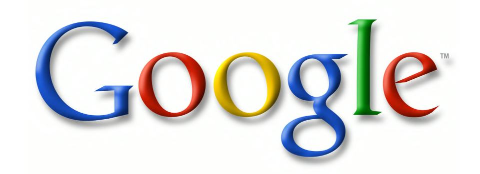
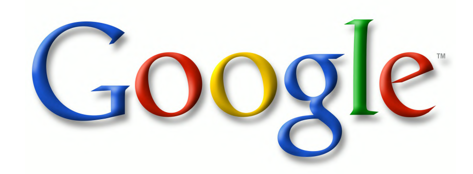




GODOFREDO DAIREAUX

TIPOS Y PAISAJES
CRIOLLOS

Primera Serie



Ilustraciones por Fortuny

BUENOS AIRES

Prudent Hnos. y Moetzel, editores
719 - Calle Victoria - 727

1901

TIPOS Y PAISAJES

CRIOLLOS



7525 — Imprenta «MARIANO MORENO», Corrientes, 829.

GODOFREDO DAIREAUX

TIPOS Y PAISAJES

CRIOLLOS

Primera Serie



Ilustraciones por Fortuny

BUENOS AIRES

Prudent Hnos. y Moetzel, editores

719 - Calle Victoria - 727

1901

AL LECTOR

«¿Porqué no es V. fotógrafo?» preguntaban, en cada esquina, á los transeuntes, centenares de carteles. «¿Porque no es V. fotógrafo?» Y tanto me porfiaron que acabé por preguntarme á mi mismo: «Es cierto, ¿Porqué no soy fotógrafo?» y, apuntando con el aparato de mi memoria algunos de los tipos que había encontrado en los paisajes pampeanos que habité ó recorrí, empezé á sacar vistas. Poco á poco, las placas que estaban en esa cámara obscura empezaron á revelarse, con la acción de todo un baño de recuerdos en el cual las hice pasar; las líneas principales no tardaron en aparecer, y, — con reforzar un poco, — hasta los menores detalles pronto salieron en el negativo. Fijé las imágenes con el mayor cuidado posible, para que su semejanza saltase á la vista, y si el colorido que traté de darlas es deficiente, la culpa es de los inventores que no han dado todavía con esa tecla.

En cambio, ha sucedido que, de vez en cuando,

contra mi voluntad algún rayo X indiscreto ha querido penetrar los secretos íntimos de los personajes: ¿quién sabe, si con acierto?

No les he mezquinado á mis figuritas, para darlas vida, las adiciones recomendadas de metales preciosos, los que pude encontrar, un poco en la imaginación y mucho en el corazón; y si he fallado en la empresa, es que mis útiles eran algo rudimentarios, lo que no tenía compostura.

Para suplir sus deficiencias, es que acudí al hábil lápiz de Fortuny, á pesar del peligro de que resulte su colaboración, para mi inexperta pluma, más que ayuda, invencible competencia.

Lo que pinté, lector, pertenecerá pronto al pasado, este pasado que tan ligero se nos vá y desaparece de nuestra vista, borrándose como en una neblina.

La mayor parte de mis recuerdos tienen ya veinte años, y más. ¡Cuantos cambios desde entonces! Por esto mismo, me apuré en juntarlos para poderlos comparar con el presente.

Si solo ha tomado este librito, seducido por lo que le pareció contener de ameno, para pasar, entretenido, las largas horas de un viaje, mire, leyéndolo, de cuando en cuando, por la ventanilla del vagón. y verá que la Pampa, por monótona que parezca, no carece de atractivo. Es como esas

mujeres sin belleza, cuyo primer aspecto no parece poder inspirar el amor, y que, suavemente, esclavizan hasta la muerte el corazón del cual han logrado apoderarse.

Tiene ya en su pasado muchas cosas dignas de ser recordadas, muy diferentes de las de su presente, y el telón entreabierto de su porvenir, deja entrever horizontes tan extraordinarios que se queda cualquiera, pensativo, sin quererlo.

Dicen muchos que la Pampa no es pintoresca, y que por esto es que inspiró á tan pocos artistas.

No lo será seguramente, para el gaucho, por la misma razón que los Alpes no lo son para el montañés suizo, ni los Pirineos para el campesino que en ellos vive; el paisano es parte del paisaje, y no lo vé, ni lo puede admirar. Hasta quizás sea, por un fenómeno singular de refracción, más fácil penetrarse de la poesía de las comarcas extrañas que de la del propio país natal.

Es que lo pintoresco reside más en los ojos y en el alma del que mira que en los mismos espectáculos de la naturaleza, y la majestuosa soledad de la Pampa es pintoresca, por más que digan, para el que la quiere con ese fervor ciego, inquebrantable, que requiere la fealdad para ser querida.

Hojee, lector, con indulgencia, estas pocas páginas,

que no son más, al fin, que un albumcito de vistas pampeanas, cuyo mayor interés consiste en que representan tipos que se han modificado ya mucho y sitios que se van, cada día, desfigurando más. Sin estar borrados ó cambiados, al punto de haber entrado ya en el crepúsculo del olvido, lo son, así mismo, bastante para despertar esa curiosidad que uno siente para las cosas entre las cuales le hubiera tocado vivir, con solo nacer algunos años antes.

No critique el idioma en el cual están escritas; no se olvide que el que las escribió no tiene, ni puede, de ningún modo, tener pretensiones á hablar la lengua castiza de la Academia Española. Se contenta con usar, como puede, el idioma que ha aprendido por pura práctica, en el hospitalario suelo argentino, y no sabe, ni quiere saber si ese hablar criollo merece ó no el apego, tan explicable, que unos le tienen, hasta llamarlo nacional, ó los anatemas exagerados con que lo rechazan algunos puristas que pontifican de académicos, y parecen creer que sería deshonra para los argentinos el enriquecer al idioma materno con algunos vocablos ó modismos, tan graciosos y tan enérgicamente expresivos que si volviese Cervantes, ligerito los cazaría de las alas, en beneficio de sus personajes: pues él, como ninguno, ha sabido hacer cuajar cantidad de palabras,

que andaban flotando por allí, en el hablar corriente, preciosas mariposas piadosamente conservadas, desde entonces, entre las hojas del diccionario español.

Pero me callo, al acordarme del cuento del catalán que extrañaba sobremanera que los franceses pudieran llamar á un sombrero: *chapeau;* pues, seguramente, se hubiera indignado al ver que, atreviéndome á querer escribir en su idioma, porfiase en deletrear mi apellido, *Dai-re-a-ux,* y en pronunciarlo *Deró.*

GODOFREDO DAIREAUX.



I

Viento norte

El campo está seco: hace tiempo que no llueve; los pastos se ponen tristes, y nada todavía anuncia la venida del aguacero bienhechor. Días con viento liviano del Oeste, ó completamente serenos, van siguiéndose sin cesar. El estanciero se desespera.

Un día, por la mañana, al abrir la puerta de su vivienda, oye rezongar al capataz; este está retando á un peón y el peón se va, contestando algo fuerte, hasta el palenque. Allí, saca á rebencazos un caballo que se encabrita, corcovea, y se oye toda una explosión de golpes secos en la grupa del animal y de pisotones y de patadas, hasta que el caballo, cortando bozal y cabestro, dispara, ensillado.

Al ruido, asoma la cabeza á la ventana, la señora del mayordomo. Fruncida la cara, tiene pegado en cada sien un redondel de papa fresca, y un aire de terrible mal humor, lleva pintado en la frente.

¡Viento Norte! amigo; con él, no hay hombre bueno, ni mujer amable, ni caballo manso!

Con él, reina insufrible malestar, indefinido, desconsolador, tanto para la gente como para los animales. El aire es pesado, caluroso, seco; si sopla fuerte el viento, lo que muy á menudo le sabe suceder, parece que le quema á uno el cutis y le va á prender fuego á la barba.

La tierra, en torbellinos, le azota la cara, y parece que todo se junta para hacer imposible la vida.

Y dura ese maldito viento Norte; dura días y días. Las papitas en la sien han alternado con porotos alrededor de los ojos; ha habido despedida de peones, peleas en la pulpería, nerviosidades de todo género, y sopla siempre.

El único consuelo es que ha de sacar agua. Pero ¿cuando?

Después de muchos días, se forma, en fin, tormenta al Sur. Se eleva despacio, magestuosa, obscura en el horizonte. Sigue soplando el viento Norte, pero mas suave, como si, poco á poco, se fuera retirando, cansado ó receloso.

Norte claro, Sur obscuro, aguacero seguro. Ha dejado de soplar el viento; la Naturaleza parece presa de un solemne estupor; los perros viejos, á ratos, se tiran al suelo y se revuelcan, patas arriba: nubes de alguaciles dorados se asientan en todas partes...

Un trueno se ha dejado oir; y pronto caen por fin las primeras gotas, anchas como patacones... que son.

¡Con que gusto se respira el perfume de la tierra mojada!

Es que con el aguacero vuelve la vida á las plantas, la fuerza á los animales, la calma á los nervios, la salud á todos los seres, la alegría á la campaña toda.

¡Caiga no mas, agua! que se desplomen las nubes, y se llenen las lagunas!...

Pasó la tormenta, refrescó la atmósfera. El cielo resplandece, las hojas de los álamos están como recien barnizadas; los peones vuelven del trabajo, mojados y cantando; el capataz chancea con ellos,

los caballos relinchan alegres y, á la ventana, asoma la cabeza la señora del mayordomo.

Risueña ella también, ahora, y de buen humor, fresca, rosada, buena moza.





II

La surestada

Despacio pasan unas nubecitas blancas hacia la Pampa. Vienen del mar y se van, se van tierra adentro. Poco á poco, corren más ligeras, más grandes, más tupidas, más numerosas, innumerables luego, y se juntan, tornándose de blancas, grises, amarillentas.

Primero, parecian volar alegres en el cielo, como livianas palomas; ahora corren, ruedan muy cerca del

suelo, negras, profundas, amenazadoras, como si quisieran sumir la tierra en una obscuridad color plomo.

No truena; un trueno haría menos triste la tristeza ambiente.

El viento,—del río—débil, primero, poco á poco se hace más fuerte. Arrea las nubes en inmensos rebaños, las acumula, hace provisión de ellas; las amontona en masas profundas, desde el suelo casi, hasta las alturas insondables. Durante dos, tres, cuatro días, no descansa en ese trabajo.

Una humedad intensa lo penetra todo, cosas y seres.

Bandadas de pájaros acuáticos, patos, cuervos, gansos y cisnes, cruzan á cada rato con sus largos triángulos el horizonte, todos en la misma dirección que el viento y las nubes, como si las estuvieran contando, para calcular qué enorme cantidad de agua les va á suministrar el cielo.

Empieza á llover. Llueve: llueve. Todo se vuelve agua; no se ve más que agua, no se siente más que humedad. El viento sigue trayendo nubes, para reemplazar á las que, sin interrupción, se van vaciando, y llueve, llueve sin cesar.

Las lagunas se llenan, los arroyos salen de sus cauces, desbordan en los cañadones; estos se juntan uno con otro, se extienden hasta el pie de las lomas.

A la oración, parece que el agua va á cesar. Se siente como un descanso, como una vacilación. Esperanza vana! El mismo Sur-Este sopla, trae nubes nue-

vas y las empieza á volcar sobre la tierra empapada.

Llueve sobre mojado. Sin cesar, más bien despacio que fuerte, pero tupida, cae, cae la lluvia. Las horas pasan; llueve. Amanece lloviendo; lloverá todo el día.

«Va pasando, parece, dice uno.—Los ponchos,» le contesta un paisano.

Las majadas, rodeadas, no comen; chapalean en el barro, lamentables; remolinean balando tristemente, y así, días y noches, hasta que el temporal se canse de soplar y el viento de traer nubes.

Los campos quedan inundados, los corrales fangosos, los caminos deshechos, pantanosos, intransitables. Una melancolia infinita domina la campaña, y cuando se pone el sol, gris y lloron todavía, el triste concierto de las ranas, con sus dos únicas notas alternadas y cortadas, á intervalos iguales, por el grito estridente del escuerzo, proporcionan una música muy apropiada á las decoraciones.





III

El pampero

Ha dejado de llover; pero todavía vuelan hacia la Pampa nubes apuradas: creen sin duda que, sin su concurso, no podrán acabar de desbordarse los arroyos, ni de llenarse los cañadones. Pena inútil; está todo tan saturado de agua, que ya no quieren más, ni el aire, ni la tierra.

Allá, en el más lejano horizonte, entre el gris profundo del cielo cargado de nubarrones, se divisa como una pequeña claridad. El aire refresca algo. Muy arriba de las nubes, cada vez menos numerosas, que marchan al Oeste, vuelven á correr otras, hacia la inmensidad del mar.

La claridad se agranda; de blanca que era, se vuelve celeste, y se abre en el cielo como una puerta azulada. Es la puerta del pampero!..

Derrotado por su soplo victorioso, recula en el espacio el ejército de las nubes. Despertó el rey de la llanuras, y lleno de ira, barre como plumas, esas invasoras que han venido á llenar de agua su imperio.

Más corre, más aumentan sus fuerzas. Sopla con furor, deshace las nubes, las empuja, las destroza, las hace rodar una encima de otra, mezclándolas todas y devolviéndolas en jirones al viejo contrario de su madre la Pampa, el Atlántico.

«Toma, viejo, tus majadas; llevátelas, mal vecino; cuéntalas y aparta, si puedes. Rabia, no más; hínchate.»

En la pelea, zozobran algunos buques incautos; ¡mejor! ¿á qué vienen estos á meterse?

Pero también, sin querer, el Pampero voltea ranchos humildes á quienes hubiera debido tener lástima.

Ahora limpió el cielo; el Sol, su amigo, le agradece el trabajo y resplandece en toda su gloria aúrea.

¿Qué más? á secar la tierra! y sopla, sopla, arrolla las aguas de los cañadones y las hace correr más ligero, entre las barrancas de los arroyos; y los sauces lo saludan al pasar, hasta besar la corriente que huye; y jimen los álamos, cerrando sus filas para atajarle el paso, murmurando contra las violencias de ese mal criado, que hace tiritar de frío hasta las ovejas.

Ah! pampero juguetón, ¿qué estas haciendo?

Tratando de quitarle el poncho al gaucho que pasa. Se lo hincha de un soplo, asusta al mancarron, y al fin, se lleva el sombrero. Y el gaucho bonachón, como conocido viejo, murmura con enojo sonriente: «¡Dejáte de... embromar, loco!»





IV

El fortín

1877. En la cima del médano, dominando la laguna de agua dulce, donde, durante siglos y hasta ayer todavía, se daban cita los indios, para repartir el botín de sus malones, un destacamento de soldados

de línea, armados de palas y picos, se apuran en cavar zanjas y en elevar una fortificación de aspecto primitivo.

Es una especie de gran plataforma cuadrada, rodeada de paredes de adobe y de zanjas anchas y hondas, atravesadas por un puentecito de tablas que comunica con el interior por una sola puertita angosta; en una de las esquinas, se eleva una torrecilla de tierra, de donde el centinela inmóvil recorre sin cesar el horizonte, con la mirada penetrante del gaucho, capaz de distinguir el color de un caballo, á una distancia en que el recién venido no alcanza á conocer un caballo de una vaca.

En uno de los costados del fortín, estira el pescuezo un cañón de bronce, con las armas británicas grabadas, la divisa: «Ultima ratio regum», y la fecha: 1805, glorioso trofeo de la Reconquista, hoy terror de los indios.

Cerca de las zanjas, bajo la protección de las troneras de adobe, á un paso del puentecito, una docena de tolditos de junco y cuatro carretas de bueyes, todo ocupado por mujeres y niños, familias de los milicos, atareadas en cebar mate y en preparar la cena, listas para correr, al primer grito del centinela, á encerrarse en el fortín. Más allá, el corral de la caballada y todo alrededor, la Pampa inmensa, silenciosa, cubierta de los penachos plateados de la corta-

dera, de entre los cuales, á cada rato, puede asomar el salvaje, lanza en ristre, echando sus alaridos.



1882. Un gran montón de arena, unas zanjas medio borradas, pero que todavía se conoce que han sido anchas y hondas; los restos de lo que fué la torrecita de césped, de donde se divisaba á lo lejos en la planicie, y al pie de ella, sin cureña, medio enterrado, el cañón viejo de bronce.

En todas partes, el silencio, la soledad, el desierto. Por el camino chileno que allí desenvuelve uno de sus mil rodeos, nadie pasa. La barbarie vencida lanzó el último grito y desapareció; la civilización triunfante retiró sus armas inútiles, pero no ha venido todavía á ocupar con sus rebaños el territorio conquistado...



1897. Quince años han pasado.

El cañón ha sido llevado á una estancia vecina, para servir de palenque.

El camino chileno, con sus numerosas sendas paralelas, se ha vuelto camino real, ancho y derecho, encerrado entre dos alambrados interminables.

Grandes rebaños de ovejas, millares de vacas

pastan, en la mayor seguridad, entre los grandes penachos de la cortadera, cada año más rala; desparraman cada día un puñado más del montón de arena que fué el fortín, tapando con ella, cada vez más, las zanjas que lo protegieron.

Y van desapareciendo los últimos rastros de este efímero abrigo de la bandera argentina, y con ellos hasta el recuerdo de los obscuros y pobres milicos que han pasado allí tantos días de penuria, tantas noches de sobresaltos, que han rechazado tantos ataques y librado tantos combates.

Bajo el montón de arena, en las zanjas borradas, también algunos de ellos quedan, durmiendo el eterno sueño.





V

Cercos y caminos

El sol había desaparecido desde media hora, y el balido de las ovejas, que regresaban al corral, repiqueteaba, melancólico, la campestre oración. La noche se acercaba.

Dos carros pesadamente cargados, atados con diez caballos cada uno, seguían despacio su camino, á lo largo de un alambrado recién concluído. Las tranqueras obligatorias estaban todas cerradas con llave, y los carreros, colocados en la cima de

su carga, iban renegando contra el dueño de ese campo, que encerraba una estación. sin dejar paso.

Entre dos latigazos á los mancarrones, cansados de tanto andar en camino nuevo, sin huellas, se oían caer, como las perlas deshiladas de un collar roto, imprecaciones dirigidas al estanciero, al gobierno, á la misma madre del gobierno, y á Dios, y al diablo, que bien se los podía llevar á todos, hasta que se detuvo el carro que iba primero, y, bajándose, dijo el carrero á su acompañante: — «¡A que lo corto!

—No seas bárbaro! dijo el otro: mira que son delicados.

—¿Qué importa? ¿Por qué no dejan tranqueras abiertas? Bájate y ayuda.»

El otro se bajó: al fin era peón, y debía obedecer. La noche, casi cerrada, favorecía el trabajo; sacando la filosa y ancha cuchilla, pegó con el gavilán de ella unos golpes fuertes y secos en los alambres bien tirantes, contrita un palo, y los dejó cortados en un momento.

—«¿Y si vienen? dijo el peón.

—Será según y conforme, contestó el tropero. Si vienen á las buenas, conversaremos; y si á las malas, no soy manco.»

Y arreglando á un lado todo el tiro de alambrado que yacía en el suelo, hicieron entrar despacio los dos carros en el campo, enderezando luego á la estación.

En el silencio ya completo de la noche serena, sonaban los ejes de los carros, haciendo ladrar á lo lejos la perrada de los puestos. Habían hecho cerca de una legua, cuando sintieron en la obscuridad, el tropel de un galope que les venía por detrás, y el grito: «¡Párense!» pronunciado con fuerte acento extranjero.

Siguieron un rato caminando sin contestar, hasta que alcanzándolos, el jinete cruzó por delante de los caballos, que dieron, asustados, media vuelta, y les volvió á intimar la orden de pararse, sacando de la cintura un revólver, que relució.

Pocas palabras se cambiaron, amenazadoras, insultantes; se deslizó del carro el tropero, echando sigilosamente la mano á la cintura, y antes que el jinete hubiera podido ni sospechar su intención, le hundió en el vientre la cuchilla.

El mayordomo, que él era, sobresaltado por la terrible conmoción del golpe feroz que le quitaba la vida, dejó escapar un tiro de revólver, y, llevado algún trecho por el caballo espantado, cayó exánime, al poco rato, entre las pajas.

El matador, sin perder un minuto, desató un ladero, le acomodó el recado y saltó encima: «¡A volar que hay chinches! Andá, vos, le dijo al peón, á la estancia y explica la cosa, que el gringo me ha buscado y que lo maté.»

Drama repentino, como tantos hay en la Pampa,

porque es difícil llevar armas siempre, sin tener, de vez en cuando, ganas de usarlas, bastando cualquier pretexto para enlutar una familia y hacer de un trabajador honrado, un criminal vagabundo.

***

¡Cuántas desgracias iguales ha causado el abuso de los cercos y la escasez de los caminos!

El transeunte, cerca ya del objeto de su larga iornada, se pone nervioso, entra en ira, al ver que, por conveniencia propia, el dueño ó el administrador de un campo grande cierra el paso, y le prohibe sin razón, esa cosa tan sencilla de poder pasar por el camino, desobedeciendo á la ley y obligando al viajero á vueltas enormes, á cruzadas de campo matadoras, con vehículos.

Por otra parte, es el sentido de la propiedad exagerado por el celo del guardián fiel, pero vulgar y engreido, para quien esa violación de la propiedad de su patrón es como un atentado á su propia dignidad, y llegan las cosas impensadamente á los extremos más lamentables.

¡Cuantas leyes se han hecho sobre la materia, la última mejorando siempre la anterior, entrando en más detalles y acercándose á la perfección! Pero la aplicación es lo que falla. Amistades ó relaciones de familia, influencias políticas, el respeto instintivo de las autoridades para la fortuna, el

orgullo del potentado territorial, cierran las tranqueras, cortan los caminos, entorpecen la circulación en las arterias del país, creando conflictos.

Los estancieros abren tranqueras, como lo exige la ley, pero cierran las puertas con candado. Dejan, como está mandado, si esto les conviene más, un camino abierto en toda la línea de su campo, entre dos alambrados. ¿Quién, entonces, se podría quejar, después de tan gran sacrificio? Pero el camino es intransitable.

¡Pobres viajeros, desgraciados carreros, infortunados troperos! Sí: hay camino, camino recto y sin vueltas. Aquí, atraviesa una laguna; el piso es bueno, ¡paciencia! Allá, es un pantano, de barro blanco, pegajoso, donde quedan encajados los carros, teniendo, para salir, que ser descargados. ¡Trabajo enorme! y el camino queda deshecho por los pozos que se han tenido que cavar para despejar las ruedas.

Salidos de la laguna, salvado el pantano, se da con un gran médano de arena, imposible de franquear con rodados, que corta todo el camino con sus murallas casi á pique. Mejor sería que no hubiese camino y pudiera el viajero desviarse á un lado, trazando, como se hacía antes, huellas tortuosas que, sin ser caminos, facilitaban, por lo menos, el tránsito; mejor aun, que las municipalidades, cumpliendo y haciendo cumplir la ley, cuidasen

que estos caminos alambrados fueran mantenidos en buen estado, á mitad de gastos, por ellas y los vecinos.

Prefieren todos dejar que hagan el trabajo los camineros habituales de la Pampa.

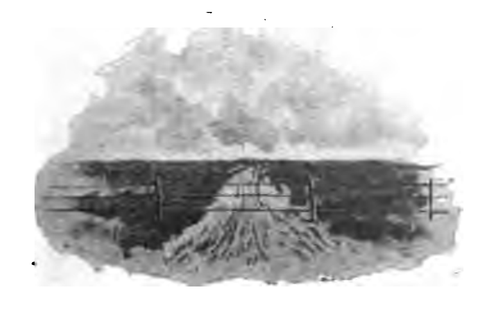
¿No ven, acercándose despacio, esas seis, ocho, diez moles inmensas, en larga fila de dos kilómetros? Cada una es un carro, de estilo moderno, largo de diez metros, colocado en dos ruedas de dos metros y medio de diámetro, con llanta de veinte centímetros de ancho. Encima, cincuenta lienzos de lana, bien atados, bien estivados con un total de tres á cuatro mil kilos, forman una montaña movediza, sobre la cual se sienta el carrero, con el látigo en mano.

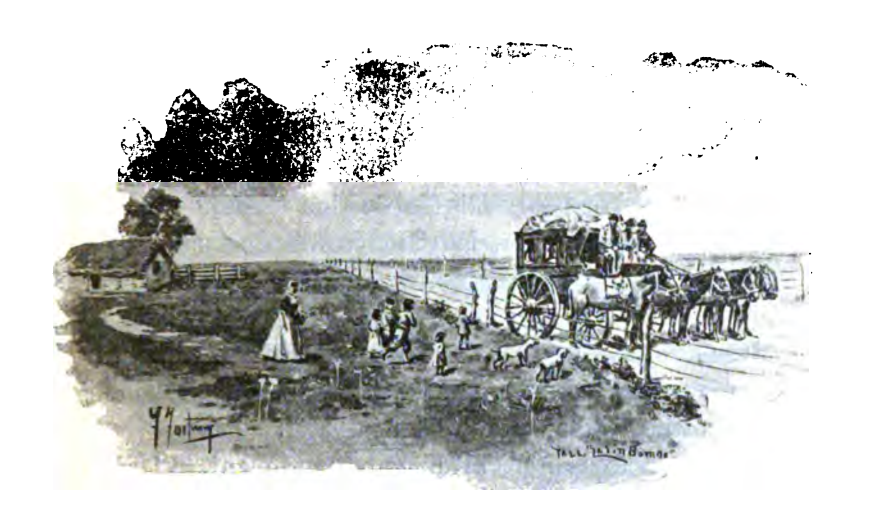
Por delante y á los lados caminan, á veces al tranco, á veces al trotecito, según la firmeza del piso, diez ó doce caballos de baja estatura, al parecer de poca fuerza; uno en las varas, conservará el equilibrio del monumento; otro, en las cadenas, de guía, de baqueano, de piloto, inteligente, vivo, fuerte, evitará los pozos y las vizcacheras; enderezará, viboreando, en los pasos difíciles, por el lugar angosto donde no hay encajadura; es el alma del atalaje. Los otros, atados en balancines ó con recados de cincha, tiran como pueden y cuando pueden, sin apuro, sin mayor esfuerzo, sólo cuando hay que arrancar y poner en movimiento la mole.

Cañadones interminables, arroyos barrancosos, pantanos y pajonales, todo, poco á poco, va quedando atrás, vencido por la paciencia, el coraje, la resistencia casi increible del mancarrón argentino.

Y los caminos se van abriendo, formando, componiendo solos, pero de singular modo. La tierra que cada tropa de carros, al pasar, levanta, se la lleva el viento á las orillas del camino. Este no se aboveda; se cava.

A cada aguacero, corre el agua por el camino como por un río, llevándose la tierra para los bajos, de modo que al cabo de algunos años se tiene, más bien que un camino, una especie de canal terrestre, que no ha costado nada y que, mal que mal, siempre vale algo para el tránsito, hasta que vengan los rieles á cortarlo en trozos inútiles, devolviéndolo al pastoreo ó al arado.





VI

La galera

«¡Ya viene, ya viene!» y la bandada de chicuelos haraposos, descalzos, sucios y mal peinados, se vuelve gritando y corriendo de la orilla del camino hasta el rancho. Sale una mujer gorda, vestida de percal nuevo que huele á cola y suena como pergamino, á cada paso que da. Las manos llenas de bultitos envueltos en pañuelos de algodón azul á cuadros, se aproxima al camino real y con un gesto entre majestuoso y enojado, les dice á los niños que siguen gritando como teros: «Pero, callensen, muchachos!»

Efectivamente, se divisa á lo lejos un bulto grande

de aspecto algo extraordinario, que se aproxima rápidamente, entre una espesa nube de polvo; y cuando viene llegando, media docena de perros echan á correr por delante de los caballos y por detrás de la máquina, ladrando como desesperados, y desafiando los latigazos, que de lo alto, les dirije el mayoral. Se paró la galera, á la señal que hizo la señora gorda, y los seis caballos jadeantes, entre una verdadera neblina de vapores, respiran; más bien dicho, soplan como fuelles.

¡Qué oficio, señor, el de caballo de galera! No hay duda que deben ser las almas de los hombres que, en vida anterior, maltrataron animales, los que están sufriendo ahora semejante suplicio.

Pero, ¿y el oficio de viajero en galera, no será peor?

Puede ser.

El mayoral ha bajado rápidamente y, abriendo la portezuela del coche, hace subir la señora.

Grito contenido de horror, entre los siete pasajeros que ya están encerrados en el instrumento de tortura.

La «Protegida del Desierto»,—así se nombra, y así lo tiene pintado en el exterior de su caja amarilla,—tiene la pretensión de dar sitio en sus bancos implacables, á ocho personas, sin contar las que en racimos apiñados ó colgantes, se colocan entre los baules, balijas, bolsas y demás objetos que pueden cargarse en su techo de zinc.

Hay que resignarse: mal que mal, entre pisotones y

apretones, risas y bromas campestres, fuertemente condimentadas, acaba por colocarse la señora gorda del rancho. ¡Pobre percal!

Y ya sonó el látigo, y los lastimosos y lastimados mancarrones han vuelto á partir á todo galope. Faltaba legua y media, la mitad de la posta. ¡Valor y coraje! Y si les viniera á faltar, aquí está el terrible, el incansable látigo. «Tiene buen látigo,» elogio supremo de las aptitudes especiales del mayoral de galera.

En el interior del coche, con los socotrocos del camino, se va emparejando la carga, entrándose los ángulos en las redondeces, con las tremendas y continuas sacudidas de los elásticos, y poco á poco, la conversación se hace general.

Difícil es que entre ocho personas de la campaña, no haya por lo menos dos que se conozcan, y cuatro que conozcan á algunas de las que conocen las primeras; de modo que pocos intrusos quedan, en esa efímera familia, formada por una comunidad íntima de padecimientos, y después de media hora de viaje, todos son como hermanos, ó por lo menos, primos.

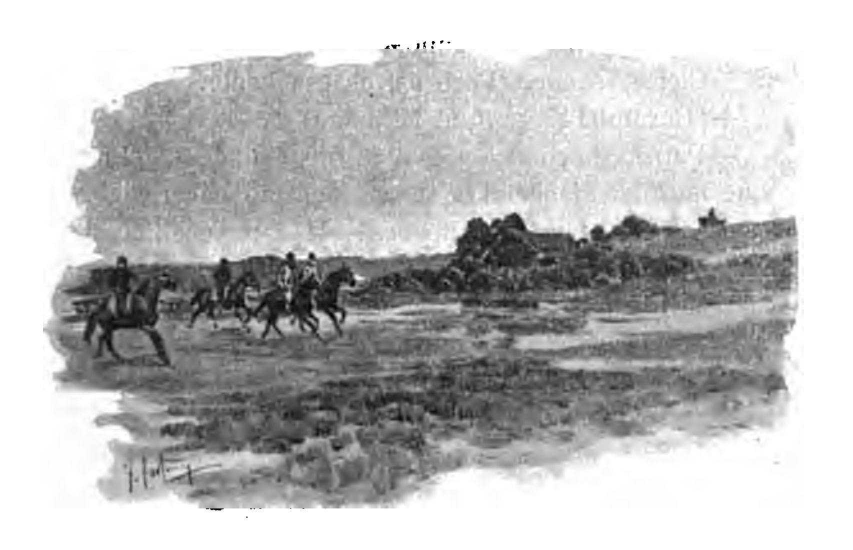
Al llegar á la posta, todos se bajan á desentumecer las piernas, ayudando al mayoral y al postillón á agarrar otros seis mancarrones flacos, para reemplazar á los anteriores que, en libertad ya, y agraciados cada uno con un cuerazo en la grupa ó un puntapié en la panza, se revuelcan en el camino,

antes de ir á buscar por allá una mantención raquítica, en perfecto desacuerdo con el esfuerzo matador que acaban de hacer.

No hay mal que no se acabe; pero hay males que duran mucho, y, entre ellos, ninguno como un viaje nocturno en galera.

Asimismo, al llegar á su destino, molido, deshecho, rendido, el viajero debe pagar á su verdugo el precio del suplicio, despedirse de sus compañeros como de viejos amigos que no volverá quizás, á ver, felicitándose del gusto que ha tenido en pasar con ellos tan agradables ratos; y si no ha perdido el tren, si la galera no ha volcado, rompiéndole algún hueso; si no ha quedado toda la noche empantanada en un bañado, debe, de yapa, dar las gracias á Dios que lo ha salvado de mil peligros.





VII

Pesquisa

—« ¡ Patrón ! en ninguna parte se puede encontrar la colorada, y el ternero ha vuelto solo, como de lo de don Ignacio; para mí, han aprovechado la siesta y nos han pegado malón.

—¡ Oh ! ¿ habrán sido capaces? Sería como un asesinato. Que carneen una vaca cualquiera, un novillo, se comprende; pero elegir una lechera, y

esa, sobre todo, que demasiado saben ellos cómo la queremos aquí, tan mansa, tan buena! Y á más, sería sólo para hacer daño, pues era flaca la vaca.

—Cierto, señor. Pero así es esa gente.

—¡Caramba!.. ¿y qué les hago?

—Patrón, la comisión está en Los Galpones. ¿Por qué no lo ve al oficial? Quizás podrían hacer algo.

—¿Está? ¡Lindo, entonces! Hágame ensillar el zaino.»

Y media hora después, don Luis Casalla llegaba á la estancia de Los Galpones, donde encontró una comisión que hacía su recorrida mensual en los establecimientos del partido. Cuando llegó, el oficial, vestido de particular, tomaba el último mate de manos del sargento, esperando que el ayudante acabara de ensillarle el caballo.

El estanciero no era para el oficial un desconocido; éste siempre había sido muy bien recibido en el establecimiento, en sus recorridas, y nunca había faltado en la estancia algún mancarrón ajeno para sus milicos, cuando llegaban con los caballos cansados. Don Luis le contó el caso.

Era algo tarde ya, y el oficial le manifestó que, á pesar de su buena voluntad, no podía ir allá derecho.

—«Pero no importa, le dijo. Vuelva usted á su casa para no darles sospechas, y, á la madrugadita, nos viene á buscar á La Barrancosa, donde haremos noche. El puesto queda cerca y los agarramos sin perros.»

Así fué; y aunque las noches, en esta estación, sean cortas, don Luis Casalla se apeaba en el palenque de La Barrancosa, antes que los gallos hubieran acabado de modular la primera copla del estridente cántico, con el cual suelen despertar al sol.

En su parecer era, con todo, mucho, el tiempo perdido, y mucho más le hubiera gustado poder, el día anterior, aunque hubiera sido de noche, caer como bomba sobre la cueva de esos malhechores, encerrarlos en su madriguera, machos, hembras y cría, y buscar en los alrededores los rastros del delito... del crimen, pensaba él, pues el amor que todos en su casa, — mujer, niños y servidores, — profesaban á esa lechera, casi la elevaban al rango de miembro de la familia.

Casi iba, sin quererlo, hasta juntar en su mente las ideas de madriguera, de bichos dañinos y de incendio; pero más que todo, renegaba, entre sí, con el maldito: «¡Mañana!» al cual, sin embargo, se sabía demasiado atener, él también, cuando se trataba de intereses ajenos.

La comisión se alistó, y, poco después, salían los cuatro, dirigiéndose al galopito hacia un rancho bajo, que en la luz tenue de la madrugada, casi no se podía distinguir entre los juncales.

Cuando todavía estaban á unas diez cuadras del puesto, oyeron el ruido de un carro que se alejaba ligero, chapaleando sus caballos entre los charcos

de agua que todavía quedaban, restos de la última creciente, en las partes más bajas de las cañadas, y al cabo de un rato, vieron destacarse en una loma alta, ya alumbrada por los primeros rayos del sol naciente, la silueta de un hombre alto, parado en el carro, acompañando con el cuerpo las sacudidas del vehículo, como acompañan los marineros, afirmados en sus fuertes y flexibles piernas, el continuo vaivén del navío.

—« ¡Diablos! dijo el oficial. ¿Quién será éste?

— Es Valentín, el panadero de San Antonio, contestó don Luis.

— Malo, ¡con estos panaderos y mercachifles! son para nosotros, como los teros para el cazador, y como compran los cueros robados, tienen que ayudar á tapar los robos.

Y dándose vuelta, le dijo al sargento:

—Mira, Zamudio: pégale una al picaso, á ver si alcanzas el carro; lo revisas, y si tiene algún cuero, te lo traes á lo de Ignacio, con carrero y todo.

— Está medio lerdo el picaso»; contestó Zamudio. Y fuera que el picaso no hubiera comido bien en La Barrancosa, fuera que las ganas con que andaba el sargento no tuvieran espuelas, lo cierto es que el carro había tenido tiempo de llegar á la casa de negocio y de ser desensillado, antes que Zamudio, llenando, con todo, su cometido, lo revisase en el

patio, por mera forma, después de tomar la mañana, amablemente ofrecida por el pulpero.

Mientras tanto, el oficial, tomando la delantera, se presentaba en el rancho, la diestra arrogantemente asentada en el cabo plateado del rebenque, y, después de un «Ave María» medio seco, se apeaba con don Luis y el milico, entre media docena de perros que los miraban de rabo de ojo, erizando el pelo y enseñando colmillos amenazadores, á pesar de los gritos de: «¡Fuera, fuera!» que les dirigían todos los miembros de la familia, mujeres viejas y jóvenes, muchachos y niños, y de los rebencazos que hacía el ademán de sacudirles el respetable y patriarcal jefe de toda esa chusma.

«—¿Don Ignacio Ramírez? preguntó el oficial.

—Para servir á Vd., contestó el viejo con una mirada tan inocente, un semblante tan humilde, una voz tan suave, que le hubieran podido dar con toda confianza y antes de oírlo más, ó la santa comunión por impecable, ó cien palos por cachafaz.

—Ábrame ese cuarto, dijo el oficial.

—Pase Vd. adelante, señor. Y Vd., don Luis, ¿qué hace?—y don Ignacio abrió la puerta, detrás de la cual colgaba un cuarto de carne de vaca.

—¿De dónde sacó esa carne?

—Una de mis vaquitas, señor, que he carneado hace unos días. Somos tanta familia; los capones no hacen cuenta.

—Esta es carne de ayer, dijo el oficial. ¿Dónde está el cuero?

—Ya lo vendí, señor. Somos pobres, y no podemos esperar que suban los precios.

—¿Y la cabeza, dónde está?

—Por allá, señor; se tiró. ¿Quién sabe?... con esos muchachos! ¡Manuelito! ¡Felipe! ¿Dónde está la cabeza de la vaca que carneamos el otro día?»

Los muchachos se acercaron. Descalzos, vestidos con una camisita toda rota y unos pantalones cortos, atados por un solo tirador y dos botones, la melena enredada como berengenal; fijaron en el padre la mirada, á la vez atrevida y humilde, muy serios, mientras el oficial repetía la pregunta con una pequeña variación.

«—¿Dónde está la cabeza de la lechera que mataron ayer?»

El viejo no enmendó la pregunta para no turbar en la memoria de los muchachos la lección de antemano dictada, y el mayorcito de ellos contestó: —«Felipe me tiró con ella, y yo entonces la tiré en el jahuel.

—¡Caramba! dijo el padre; y agregó, ya seguro del éxito final: —Miren, señores: yo creo que están sospechando de mí, algo; hacen mal, no soy ningún ladrón. La casa está á su disposición y la pueden registrar.»

—Y, levantando los colchones de un catre, abriendo

un baúl viejo, colocado en un rincón, hizo con énfasis todos los ademanes de exagerada franqueza del hombre que sabe que ya no le pueden pillar.

Al rato, viendo inútil la pesquisa, se retiraron el oficial, don Luis y el soldado, cuando justamente volvía Zamudio, con el ojo chispeante, el buche lleno, y bien lastrado con una tajada de un suculento queso de chancho. Declaró al superior que no había visto nada sospechoso; y don Luis,—agradeciendo, pidiendo disculpa, y rabiando,—se fué para su casa.

Con todo, Ignacio Ramírez pensó que el susto había sido grande, que, sin Valentín, quedaban mal, y que con don Luis, era mejor no meterse.





VIII

Campos anegadizos

«Mire, don Tomás, van ocho años que he poblado aquí, y le puedo asegurar que solo dos ó tres crecientes muy pequeñas y pasajeras he visto, que no han causado ningún daño, porque, como se ve, hay

lomas bastantes para, en un caso, salvar las haciendas, no digo de todo el campo, sino también las de todos los vecinos.

—But! dijo el inglés; ¿si el arroyo se desborda?

—¿No le digo que, cuando esto sucede, solo alcanza á llenar las lagunitas y cañadas que están á lo largo de él, donde Vd. ve juncos, y nada más? Aquí, donde estamos, nunca llega.»

El inglés tenía sus dudas, pues en muchas partes del campo que visitaba, con intención de arrendarlo, veía retazos cubiertos con duraznillo y otras plantas que indican con claridad terrenos anegadizos. Es cierto que eran retazos pequeños, en proporción; á más, en toda la llanura en que galopaban y que se extendía entre la costa del arroyuelo y la larga y alta loma que hacía resplandecer en el horizonte sus faldas de color verde obscuro, un pasto tupido, alto, delgado, algo duro, pero entreverado con otros más tiernos, y muy florido, ondeaba como trigal, bajo el soplo suave del vientito otoñal.

Siguieron su carrera, silenciosos, durante un rato largo, surcando con el pie de sus cabalgaduras ese mar de pasto, hasta que se pararon de repente al ver disparar por delante de ellos, como gamas, y sin que se quedase atrás un solo animal, una majada de ovejas gordas y en magnífico estado.

—«¿Qué le parece, don Tomás? ¿serán campos lindos ó no, los en que se crían así los animales?»

El inglés no contestó; miraba las ovejas que ya iban retozando lejos; sus ojos se habían alegrado; no quedaban en ellos rastro de duda; la convicción había entrado en su alma y, satisfecho con su inspección, aseguró el campo.



De las lomas altas, trebolares y cardales sin mezcla, que ocupaba en distrito muy cercano á la ciudad, trajo con la ayuda de sus hijos, mocitos ya, las seis mil ovejas de muy linda clase, en las cuales, después de veinte años de América, algunos de penoso trabajo, había podido concentrar lo más claro de sus ahorros, y que ya no cabían en el campito, superior pero estrecho, que ocupaba, y por el cual empezábase á exigir arrendamiento subido.

Por delante habían ido las yeguas, los caballos y trescientas vacas, con otra gente que debía, al llegar, edificar de prisa un rancho para que la familia, que venia en el carro, acompañando las ovejas, encontrase siquiera, al llegar, un lecho para dormir.

Después de largos días de marcha paciente, llegaron al arroyo, cuyas aguas se deslizaban alegremente, entre las pequeñas barrancas, ancho de seis

metros, hondo de uno. Sus riberas verdes y pastosas alegraban la vista, y las ovejas saboreaban las mil flores de estos pastos nuevos para ellas. Y don Tomás dijo á su mujer, muy ocupada en espumar el último puchero ambulante de la larga jornada:

—«La primera mudanza que hagamos será á campo propio. Puede ser que tengamos que ir lejos, pero será la última, pues aunque tenga, para comprar un retazo de campo, que vender la mitad de las ovejas, ó más, así lo haré, porque esas mudanzas son fastidiosas. Aquí nos ha de ir bien: el campo es un poco bajo, pero son buenos pastos. Unos cuantos años buenos, y abur!»

Y después de almorzar, pasaron el arroyo las seis mil ovejas, en un vado de poca hondura, tomando posesión de sus nuevos dominios.

Era en Marzo; placentera estación. Se hizo rápidamente la instalación; los corrales, rancho, galpón, cocina, en quince días estaban parados; las ovejas, repartidas solo en dos trozos provisoriamente, alegres y gordas, gozaban de la vida y empezaban á parir.

Una noche llegó un resero, conocido viejo de don Tomás, que quiso comprarle á buen precio todo lo que, de sus majadas, conviniese arrear para grasería.

Echó don Tomás el grito al cielo:

«¡Vender ovejas! ahora! cuando están ya por

parir! no me tente! — Mire, don Tomás, la plata no necesita pasto; el invierno ya se viene; ¿quien sabe como le irá aquí con tanta hacienda? Alivie sus majadas y llénese los bolsillos.»

Don Tomás no quiso saber nada. ¡Mire, quien! hacer mermar la parición! ni aunque le pagasen, — como casi era el caso, — el cordero á nacer con la oveja gorda.



Un día, llovió mucho; duró toda la noche y el día siguiente. El arroyo, ancho de veinte metros, hondo de tres, corría con mucha fuerza, cubría sus barranquitas, llenando las lagunitas y las cañadas á lo largo de él, donde se veían juncos. Los retazos donde había duraznillos estaban todos tapados por una capa de agua de algunos centímetros. Esto no hubiera sido nada y era previsto; pero entre el pasto tupido, se sentía, al pisar, que la tierra quedaba empapada. No era agua; no era barro; solo, se conocía que el suelo ya no podía tragar más.

Las ovejas perdían rápidamente su aspecto hermoso de hacienda gorda y sana; ningún resero ya las hubiera pensado en arrear.

Sin que nadie lo pidiere, vino más lluvia. Principió el mes de Abril con un temporal deshecho que duró tres días, cayendo el agua, ora despacio, ora á

chorros, como si no fuese á tener tiempo de volcarse toda sobre la tierra ahogada; y cuando cesó el temporal y que el pampero sopló, limpiando el cielo, pero impotente para secar todo, el sol radiante de otoño alumbró un espectáculo tan majestuosamente triste que parecía que sus rayos alegres hubieran debido, por decencia, caer en él, enlutados.

Del arroyuelo á la loma, no se veía más, á fuera del agua, sino los ranchos y los corrales de don Tomás. Era como un islote, sin pasto, en el cual quedaban, pisando en barro espeso, alrededor de tres mil ovejas, comiéndose la lana unas á otras, casi flacas, ya, tristes, á pena con fuerza para balar, esperando la muerte, sin recurso.

Las yeguas y las vacas andaban entre el agua, desparramadas, buscando y encontrando todavía algo que pellizcar, y el resto de las ovejas habían llegado, cuidadas por uno de los muchachos, hasta la loma, que hubiera sido la salvación, si, ocupada ya por majadas y hacienda de la vecindad, hubiese tenido área y pasto suficientes para tantos animales.

De lo alto de la loma, perfilada en la llanura como angosto y largo tajamar, se dominaba, en todo su espléndido horror, la terrible inundación: techos de ranchos, islotes atestados de animales, montes aislados por las aguas y reflejándose en ellas, como admirados de encontrar á sus pies su imagen. Algunos animales desparramados por el agua, buscaban

que comer; también se veía uno que otro jinete, cruzando el cañadón con precaución, al tranco. y las piernas encojidas; ó, si es muchacho, al galope, y corriendo como entre aureola de agua y trueno de palmoteos, salpicando con ruido infernal todo, alrededor suyo, y á si mismo, y á los perros que lo siguen, á veces nadando, á veces corriendo; y, á lo lejos, un carro, cuyo lento rodar retumba, lo mismo que el chapaleo de sus caballos, triste mil veces, en los mil écos de sonoridad tan estrepitosa y, á la vez, tan melancólica, de ese desierto de agua, hace levantar con algazara, inmensas bandadas de pájaros acuáticos que saludan con gritos de alegría la conquista de su nuevo imperio, y se mofan del hombre, intruso.

En Mayo, volvió á llover.

Para no perderlo todo, había dispuesto don Tomás ir degollando y cuereando sus ovejas, amontonadas en sus corrales, sin poder salir, y durante días y días, sonó el filo de las cuchillas sobre las chairas, y siguió la obra.

Dos meses después de haber llegado á esos pagos, con sus seis mil ovejas gordas, quedaba con cuatrocientas ovejas flacas, salvadas, quien sabe como, en la loma alta, con ciento cincuenta vacas y algunos caballos.

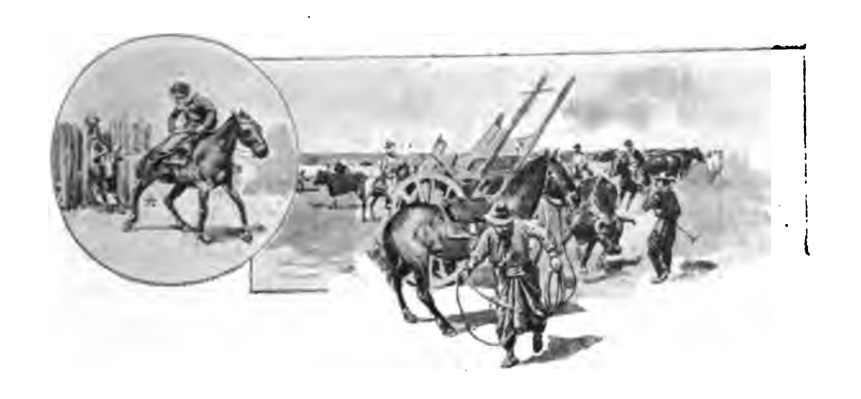
– «La mudanza está hecha, mujer; dijo una noche. But, para tener campo propio, solo en el cementerio.»

... No es, este, cuento de ayer: era en 1877.

Han vuelto, varias veces, desde entonces, á ser poblados con otras haciendas y con otra gente, los mismos campos; y con más haciendas, y con más gente, después de cada creciente.

Las aguas se llevan las haciendas, la gente queda arruinada; la voz pública reclama obras de desagüe, del gobierno que sigue cobrando, impasible, la contribución, calculada sobre el aumento paulatino del valor de los campos, que consigo trae el progreso natural... oh! cuanto!... del país; y la Tierra sigue dando vuelta.





IX

Contrahierra

Hay gauchos, en esta tierra, á quienes les gusta el trabajo fácil y liviano, la hierra de terneros, de convite y con baile; mariquitas, para quienes los piropos con guitarra y las chanzas con mujeres son las hazañas supremas.

Otros buscan, al contrario, los peligros y la gloria; y si, para ganarse la vida, tienen, algunas veces, que

bañar ovejas, les gusta más, aún con menos paga, lucir el lazo en una buena contrahierra de animales bravos, grandes y criollos, con astas que dan miedo y torada bien arisca. ¿Será que tienen sangre sevillana en las venas, que no pueden ver un toro sin tener ganas de lidiarlo, y, cuchillo en la mano, de quitarle lo que le sobra, dejándolo novillo, y si no manso, descornado siquiera?

Pialar terneros, voltearlos coleando, es juguete, y la hierra, tantas veces celebrada, es fiesta, no es trabajo. Otra cosa es la contrahierra de hacienda grande, al corte, con vacas rabiosas, toros enojadizos y novillos brutos que no han entrado todavía á conocer gente.



En un brete pequeño, de palo á pique, se encerró una punta de doscientos á trescientos animales. Comunica el brete con un corral grande por una puertita angosta. En este corral, se ha empinado un carro con las varas para arriba, y del eje cuelga un tercio vacío que contiene las herramientas y demás cosas necesarias para la hierra; al lado del carro que servirá de reparo y de fortaleza á los que trabajan de á pie y corren con la marca, se ha prendido una gran fogata de leña y huesos, avivada de cuando en cuando con sebo, para calentar las marcas.

Los peones han llegado con sus tropillas, han ensillado buenos caballos, bien adiestrados para pechar, tirar y aflojar, hacer pie ó dejar correr, sentarse como mojón ó disparar como flecha. Ha circulado el mate, uno que otro churrasco ha mezclado su perfume de carne asada con el olor de hueso quemado; ya están rojas las marcas, las del vendedor y las del dueño.

«¡A caballo, muchachos!»



Entra en el brete un gaucho viejo, algo solemne; desprende el lazo, lo acorta con un nudo corredizo, y haciendo correr la argolla, prepara despacio la armada, siguiendo con la vista al animal á quien le ha metido los puntos.

Se acerca al tranquito, al montón de hacienda, revolviendo el lazo lentamente encima de su cabeza, y, al cabo de un ratito, cae la armada, con artística suavidad, en la cabeza de una vaca grande que, toda asustada, sacude las astas y se trepa sobre las compañeras, como si, usándolas de escalera, quisiera saltar del otro lado de los palos. Con sus movimientos y su disparada, se cerró la armada: queda presa; quiere seguir á las demás, que huyen amononadas: la detiene el lazo; agacha la cabeza y tira:

el caballo resiste, hace fuerza; la vaca clava las uñas, pero cedió de un pie, siguió el otro, y ya á la fuerza tiene que seguir caminando, medio arrastrada por el valiente animal. Pasa por la puertita el caballo; resistiendo, lo sigue la vaca; al llegar á la puerta, mete el asta entre los palos y trata de resistir; pena inútil, tiene que ceder; un jinete que siguió al primero en el brete, con el lazo pronto, en caso de que el gaucho viejo hubiera errado el tiro, la castiga por detrás para hacerla correr.

Una vez en el corral grande, el viejo suelta todo el lazo; la vaca se cree libre y echa á correr; la sigue al tranco el gaucho, para aminorar la fuerza del tirón; y cuando ella llega á la extremidad del lazo, el caballo la detiene con el peso y la fuerza de todo su cuerpo, plantado en el suelo, sin mover, como en cuatro estacas de acero.

Ah! criollo lindo! decile al hijo de Ormonde que haga otro tanto!

Un momento de sorpresa, y otra vez, la vaca va á emprender la carrera. No se le da tiempo: uno de los dos ayudantes del gaucho viejo le deja caer encima del lomo la armada del lazo; el viejo le hace una aflojadita insensible; la vaca, tirando de la cabeza, da un paso atrás; pisó ya en el medio de la armada que, ligero, se cierra, atándole las dos patas, y el jinete corre, estirándoselas para hacerle perder el equilibrio. El otro ayudante se le atraviesa

y con el caballo al galope, la voltea de una pechada y salta por encima.

«¡Manea!» gritan, y los peones de á pie atan, juntas, las manos y las patas del animal vencido, que bufa, haciendo con el soplo volar la arena.

«¡Va la marca!», y, protegidos por los jinetes, corren los marcadores, con el hierro candente en la mano, hacia los animales tendidos en el suelo.

Un peón, de á pie, estira la cola de la vaca mientras la marcan; ¡marca y contramarca! Muge el animal, brama, y su gemido sube con la nubecita de humo, hediondo á cuero y pelo quemado; ya cambió de dueño.

La desmanean, se levanta enojada; pero la detienen por la cola; la hacen mirar para el grupo de hacienda ya herrada, la sueltan, y se va.



Los grupos de á tres van, uno por uno, en busca de una nueva víctima. El corral grande, poco á poco, se llena de animales herrados, y el trabajo se hace cada vez más peligroso para la gente de á pie.

Entre la bulla de los bramidos incesantes, quejidos de los animales quemados, llamamientos de madres que buscan á sus hijos, gritos de ira de los toros, que escarban, enojados, balidos lamentables de los que se hacen novillos y de los terneros extraviados;

en medio del humo, de los torbellinos de tierra, levantados por las correrías de los jinetes y el vaivén continuo de la hacienda encerrada, hay momentos inevitables de confusión, en los cuales un descuido cualquiera puede ocasionar graves accidentes.

Es un lazo que no encerró más que un aspa del animal, y no lo detiene sino un corto momento, hasta que, al tirón, resbala de la punta con fuerza la argolla, y se vuelve sobre el jinete como bala, con peligro de herirlo en la cabeza, mientras el animal, suelto, si es de mal genio, puede correr contra algunos de los de á pie; si se mixtura con los animales ya herrados, hay que volverlo á enlazar y remover toda la hacienda, pudiendo suceder que se corte algún animal enojado y se abalance sobre el fogón, el carro, el montón de leña, pegando golpes, corneando, destrozando, y sembrando el pánico entre la gente.

Risas y gritos, fugas y caídas, provocaciones y burlas á la fiera enojada, que, al fin, dió con el tercio vacío, y la emprende con él, en furor ciego.

De repente se estira un lazo á ras del suelo, y voltea, patas arriba, á marcadores con sus marcas calientes y á peatones con sus huascas. ¡Susto general! dura poco; dispararon todos tan ligero hacia el carro, que bien se conoce que han salido ilesos del trance.

***

«¡Mirá qué chambón!

—Y van tres.

—Puede ser que para cocinero.

—Había sido vividor el viejo; no le van á alcanzar las vaquillonas.

—No digás; no ves que ahora enlazó un toro.

—¡Cierto! de año y medio.

—Y don Simón, al contrario, amigo; pura novillada grande.

—De compadrito, para lucirse.

—Será porque le hace el ojo á la hija del capataz, y á éste le gustan los guapos.

—Fortacho ese Pedro, para de á pie; ¡mira, qué volteada! Como ternero para él, cualquier novillo, cuando lo colea.»

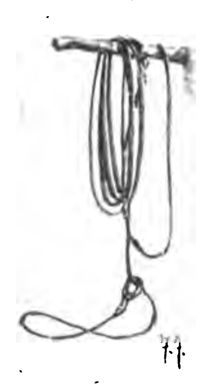
Y entre dos mates, en un momento de descanso, iba á seguir la crítica, cuando llegó al tranquito, completamente mamado, un peón, á quien habían mandado á la esquina, en busca de un porrón de ginebra. La ginebra la traía; con mirarlo, no cabía duda; pero había tirado el porrón, por vacío



Cosas del pasado, casi, ya, todo esto. Hoy entra el toro, mocho de nacimiento y buey de carácter, en un zaguan de palos, donde lo manosean, lo marcan, le hacen cualquier cosa, sin que se pueda mover;

el lazo pasa por poleas, y pronto reemplazarán el caballo por la bicicleta.

El gaucho, de pantalón, toma te y fuma en pito: la Pampa se puebla de montes y de ingleses. La poesía se va!... y vienen los pesos.





X

A pie

¡Mes de Julio! días cortos, noches largas, fríos sin piedad, heladas feroces y seguidas, que queman el pasto, hacen tiritar las ovejas, bajo su poncho de lana, y al gaucho, bajo su mantita de algodón. Si el frío afloja un poco, llueve, y después del agua,

vuelve el Pampero, que con el cacheteo de sus alas mojadas en las lagunas, le hace lonjitas á uno la cara.

—«¡Pues, amigo! quisiera yo poder andar cruzando campo, aunque me hiele de frío, pero, estoy á pie!»

Grito de profunda desesperación, lamento de inconsolable tristeza. Estar á pie: no tener un mancarron que ensillar, siquiera para ir á dar una vueltita á la pulpería, tomar una copa con los compañeros, conversar un rato. ¡Nada! «Estoy á pie».

Los caballos, flacos, con el pelo erizado, andan arrastrándose por allá cerca, buscando su miserable alimento en la loma pelada, en el cañadón anegado. Se les cruzan las patas; las costillas salientes parecen un colgadero donde se acaba de secar el cuero; el pescuezo, estirado, delgado, soporta á duras penas el peso de la cabeza, triste calavera, en la cual parece pronta á apagarse la poca luz que todavía vacila en los ojos apañados.

Apenas si queda, para que el muchacho vaya á repuntar la majada, un pobre petizo viejo y bichoco que, desde muchos años, vivia jubilado.

—«¿Y cómo es que está tan á pie, don Serapio, con su buena tropilla?

—Hemos trabajado mucho, señor, este invierno por las estancias, en arreos y contramarcas, y las heladas han venido tan fuertes, tan seguidas, que los pobres mancarrones no se han podido reponer; por esto estoy á pie.»

¿Qué más recurso le queda al pobre Serapio, encerrado en el rancho, con la Pampa por delante, que tomar mate sobre mate, prender un cigarro del pucho que se acaba, rascar las cuerdas destempladas de la guitarra, y conversar, á ratos, con la compañera?

No hay viento tan malo que no sople bien para alguno; y la china, ella, no maldice tanto la flacura de los pingos, que tiene sujeto á su lado, por una temporada, al compañero algo intermitente, con quien va pasando la vida.

Cierto es que los caballos gordos ayudan á vivir, á ganar en los trabajos de lazo algunos pesitos y hasta algunas changas en los arreos; pero también ayudan á calaverear; á quedarse, las semanas, Dios sabe por donde, dándose corte, tanto que de los pesitos, pocos son los que, por casualidad, alcanzan á llegar al pobre hogar, donde tanta falta hacen para costear los vicios.

¡Mi reino por un caballo! exclamaba el rey Ricardo. Recostado en la puerta del rancho, el mate en una mano, el cigarro en la otra, don Serapio contempla, abatido, el campo amarillento, y de buenas ganas, ya que no tiene reino, por un caballo daría el poncho ó el sombrero...

¡Paciencia, hombre! que ya viene la primavera; y, con ella, la abundancia, la gordura, la fuerza, la vida activa. ¡No se desespere! los caballos ya están

más alegres; relinchan á la madrina; el pelo se les va cayendo, y pronto vendrán á retozar, alegres y gordos, cerca del palenque, como pidiendo que los ensillen y capaces, en un descuido, de corcovear como potros.

***

No siempre por flacura del caballo, queda tampoco uno á pie. .

En el recado tendido, roncando entre las pajas, está durmiendo la siesta, don Serapio. La tirada de la mañana ha sido larga; va de chasque para el pueblito y descansa un rato, para dejar pasar la fuerza del sol y llegar á la tarde, con otro galopito. El zebruno está de cogote, y por tal que tome agua á su gusto, llegará fresco como una albaca. El amo lo desensilló, lo ató, haciendo, con el cabestro y la punta de una mata de paja, un nudo que ni el el mismo Mandiga podría deshacer, y, confiado, se durmió.

De repente, lo despierta sobresaltado, un bufido; el caballo, asustado,—por algún zorro ó algún gato montés,—tira del cabestro, las orejas paradas, pegando brincos por todos lados, hasta que de un tirón enérgico, corta la paja y dispara. Casi, casi lo cazó de la puntita de la huasca, con la puntita de los dedos, el pobre paisano, pero, en realidad no alcanzó más que un porrazo... en la puntita de la nariz.

¿Y ahora?

Después de un desahogo enérgico, dedicado, al parecer, por las palabras entrecortadas que silbaban como avispas, á la propia madre del interesado, porque así lo quiere la costumbre y por haber tenido un hijo tan chambón, al mancarrón trompeta y á la paja podrida, armó un cigarro, lo prendió, volvió á ponerse las botas, se sacudió el chiripá y empezó á mirar el horizonte.

El sol muy alto, todavía; serían las dos: un rancho, como á una legua de distancia; allá lejos, el caballo, yéndose todavía, pero ya al trotecito, para la querencia.

Después de un momento de rápida reflexión, don Serapio dobló con cuidado el recado, y alzándolo, se lo echó al hombro, pues en esta tremenda situación del hombre á pie en la Pampa, no solo tiene que hacer uso de sus piernas, inhábiles para caminar, sino que lo tiene que hacer, en el piso desparejo y resbaladizo, llevándose la pesada carga que representa la montura.

Llevó, sudando y penando, el recado hasta unas pajas altas y tupidas, de penacho blanco, fáciles de conocer; allí lo depositó y se fué hasta el rancho, llevando solo las boleadoras en la cintura, la rienda y el rebenque. Tuvo la suerte de que le pudieron prestar un caballo bueno, ensillado, y se fué á campear al fugitivo.

Arrepentido, probablemente, quizás hambriento, el mancarron, antes de seguir más adelante, se había entreverado con una manada; su amo lo encontró comiendo con toda tranquilidad, y lo pudo agarrar sin mayor trabajo.

Mucho cansancio, con todo, mucha demora, trabajo ingrato.

Pero no es esto nada; estar á pie en campo poblado. Allá, en la Pampa desierta, cubierta de brusquillas y de arbustos, sin horizonte, sin población, sin agua, sin recurso de ninguna clase, puede suceder tambien que, por una manea floja, por un cabestro cortado ó un bozal roto, quede á pie el viajero.

Y en la desesperación de sentirse solo, en medio de la llanura sin eco, sin que ningún auxilio le pueda llegar más que por un milagro, ¿qué más le queda que hacer, sino volverse á tirar en el recado, y esperar el milagro... ó la muerte?

«Son mis pies», dice el gaucho, al hablar de sus caballos. Y así mismo, los cuida tan mal, muchas veces, que cuando se queda á pie, bien lo tiene merecido.

Para no quedarse á pie de vez en cuando, para no tener que renegar con la suerte, encerrado contra su voluntad, en casa, sin poder salir; para no pasar rabietas en un pantano, con la volanta encajada, cortando tiros, quebrando la lanza, perdiendo la huasca del látigo, tirando el pito, el sombrero, la

paciencia, sin poder arrancar, lo mejor, no hay duda, es dar de comer á los caballos, remedio sin rival, que, recién hace poco, se va vulgarizando en la Pampa... y también, tomar el tren; pero con él, no se puede enlazar novillos.

A pesar de lo cual, don Serapio, sentado en la orilla del terraplen, con el cabestro del mancarrón recuperado en la mano, no pudo menos que exclamar entusiasmado, al ver pasar la locomotora, y como celebrando la abolición del Purgatorio:

«¡Con ese pingo, amigo! quién se queda á pie?»





XI

Marcas de fuego

Desde pocos momentos, un forastero, al parecer español, y,—por el traje,—seguramente pueblero, había atado al palenque su caballo, antes de entrar en la pulpería.

Sin que lo pudiera notar, por lo velado de las

alusiones cambiadas, sin mirarlo siquiera, alrededor de él, entre varios gauchos, vecinos del pago, ocupados, cuando había entrado, unos á tomar la copa, otros á comprar algunos artículos para su consumo, era él, y más que él todavía, el caballo que traía, objeto de todas las conversaciones.

—«¿Cuánto pagará don Ambrosio por las albricias?

—¿Quién se lo habrá prestado?

—¿Tendrá certificado?

—Recado pesado va á ser, para llevárselo al hombro.

—Puede ser que se lo venda.

—Voy á que ya lo compró una vez.

—¿Si tendrá toda la tropilla?»

Y mientras el forastero, que era un acopiador de frutos, pasaba al interior del almacén, á ver los cueros que el pulpero tenía para vender, los tertulianos se acercaron al palenque y constataron, sin que la menor duda fuera posible, que el caballo era bien uno de la tropilla de moros que, hacía más de un año, le habían robado, una noche, á don Ambrosio Cascallares, capataz de un establecimiento vecino.

Uno de ellos montó á caballo y lo fué á avisar, mientras los demás volvían al mostrador, á matar el tiempo, hasta que empezase la función.

Media hora había pasado; salió de adentro el acopiador, despidiéndose del pulpero, y se preparaba á

asegurar la cincha del caballo, cuando se apeó don Ambrosio.

— «Buenas tardes, señor, le dijo al español: ¿me permite una palabra?»

Y, habiéndose apartado algunos pasos, don Ambrosio le enseñó el boleto que lo acreditaba como dueño de la marca del caballo en el cual había venido, preguntándole al mismo tiempo cómo lo tenía, y si poseía algún certificado de que se pudiera valer, para probar que lo había comprado, y á quién.

No estaban tan lejos de la pulpería, que los parroquianos no pudiesen seguir con atención toda la escena, que parecía interesarlos sobremanera.

El forastero quedaba muy cortado; testimonio de propiedad del caballo, no tenía ninguno; se lo habían prestado en el pueblo; un amigo, decía, empleado en la policía. Don Ambrosio, por su parte, exigía la entrega del animal, su propiedad, como constaba del boleto de marca.

En semejante trance, acudieron al pulpero, quien, sabiendo perfectamente que el caballo era de su cliente don Ambrosio, no lo podía negar, á pesar de que, por otro lado, poco le gustaba ver á un acopiador, á quien recién conocia, pero que parecía liberal para comprar frutos, condenado por su declaración, á sufrir la vergüenza de ser dejado á pie, en condiciones tan deplorables.

Se recurrió al alcalde, quien se pronunció por la

restitución inmediata del caballo á su legítimo dueño, en cumplimiento de la ley: y se preparaba el acopiador á desensillar, cuando su paisano, el pulpero, *habilidoso,* como dice Martín Fierro, le aconsejó de comprar el animal á don Ambrosio.

Así se hizo. Don Ambrosio se lo dió por un precio acomodado, como que eran pesos que le caían del cielo, sin contar que también quedaba con la esperanza de encontrar á los demás caballos que, juntos con aquél, le habían robado. Y se fué el español, mejor sentado en la montura, como que ya el caballo era de él, y no ajeno, — como, muy bien, antes, lo había sabido...



«Esta es *mi* marca». Cuando cualquier paisano, que tenga por todo haber una tropillita de mancarrones, pronuncia estas palabras, al pintar penosamente, en el suelo, con la punta del cuchillo, un dibujo complicado, lo hace con la misma solemnidad que si se tratara de la marca de Anchorena.

Es que el poseer, por estos mundos de Dios, con derecho de vida ó muerte en ellos, cinco seres vivientes, marcados de un modo indeleble que afirma esta posesión, da al hombre más pobre el mismo orgullo, que al más rico, la posesión de cien mil.

Encierra la propiedad de una marca, para el hom-

bre de campo, una idea de dominación, igual á la que puede inspirar la posesión de la misma tierra á su propietario, si no mayor, pues la tierra es una cosa inerte, mientras el animal *siente* la dominación del amo.

No cabe duda que más era la orgullosa codicia del conquistador, que el apetito vil del lucro, la que hacía levantar antes del alba, al estanciero de antaño, para recoger, en la mayor extensión posible de campo, las haciendas alzadas, y chantar su marca á todo lo que caía.

¡Y qué marcas, señor! Esas sí que cantaban de lejos: «Esta hacienda es de Fulano!» Casi tapaban todo el costillar ó el cuarto, como para no dejar lugar á contramarca. Y si por herencia, reparto entre socios ó venta, venía algún rodeo á cambiar de manos dos ó tres veces, los pobres animales parecían verdaderos archivos de marcas, con toda la superficie del cuero quemada, requemada y vuelta á quemar. Por cierto que ya no se podía cortar en ellos esas primorosas cinchas anchas y sin defecto, gloria del jinete argentino.

Hoy, las marcas se han achicado; ocupan poco lugar y se colocan en partes donde, aunque el animal llegue á sufrir, por casualidad, una regular cantidad de quemaduras, no dañan el cuero. A más, van teniendo ciertas pretensiones artísticas, reemplazando por la forma de objetos usuales ó de animales,

de iniciales enlazadas ó de números, los dibujos de fantasía de los antepasados.

¿Serán más difíciles de falsificar con alambres ú otros medios? ¿Quién sabe?

Lo cierto es que si, antes, precisaba el hacendado un ojo perspicaz para conocer, en un rodeo, los animales de su marca, hoy lo necesita, por lo menos, igual; pues esas marcas pequeñas, cuando el pelo es de invierno, difícilmente se distinguen, en los apartes, y todavía queda por encontrarse la marca ideal.

Pero la cuestión ha perdido mucho de su importancia. La multiplicación de los alambrados que aseguran la propiedad; el estado de mansedumbre relativa de las haciendas; la reducción paulatina de los rodeos; su repartición en potreritos; el cambio radical, en fin, en el modo de trabajar, todo nos aleja, cada día más rápidamente, de los tiempos felices en que toda la ciencia del estanciero se reducía en madrugar más que el vecino, para marcar orejanos y soltarlos, sin ocuparse más de ellos.

¡Qué poco es un cuarto de siglo! Y, sin embargo, no hace todavía veinte y cinco años que trescientas vacas, bien aquerenciadas en un campo entonces fronterizo, y arreadas por los indios en un malón con veinte mil más, de otras procedencias, volvieron, después de ser batidos los indios, á su querencia, trayendo consigo cinco ó seis mil compañeras, á quienes, seguramente, habían ponderado las delicias

de su campo. Entre estas, muchas venían orejanas, y el dueño de las trescientas, que ya se había creído arruinado, se apresuró en ponerles su marca.

Esto se llamaba entonces: trabajar.

Eran los tiempos en que Catriel, arreando los caballos de un cristiano, le decía, en forma de transacción, y después de haber visto el boleto de la marca: «Marca tuya, caballo mío.»





XII

El chiripá

Argentinos no llevan calzones;
Pero llevan su buen chiripá,
Con un letrero que dice:
« Libertad, libertad, libertad ! »

Así cantaba, hace ya alrededor de treinta años, un morenito que entonces tenía cinco ó seis, repitiendo con graciosa convicción ese ingenuo y patriótico canto, aprendido en la escuela.

Como es que me ha quedado en la memoria, no sé; pero nunca he podido ver un chiripá, sin acordarme del morenito de ojos relucientes y de su cancioncita.

Y realmente que es muy argentino el chiripá, ó más bien dicho era, pues ya va desapareciendo, dejando el lugar á la bombacha y al vulgar pantalón de gambrona.

El chiripá, pintoresco atavio del gaucho; de paño negro para el criollo acomodado, hacendado, que lo usa á ratos, por costumbre vieja, y lo va dejando poco á poco; de tela liviana de algodón, vistosa, con rayas coloradas ó verdes, azules y blancas, para los mortales menos afortunados; de tela fuerte, azul obscuro con cruces blancas, *pampa,* para algunos vascos rancios, que miran la moda con desprecio.



¿De dónde salió el chiripá? Autores graves lo dan como indígena, significando la palabra «para cubrir», y aseguran que apareció como á fines del siglo pasado.

No puede haber duda que sea indígena, pues en ningún país europeo se ha usado jamás, desde los tiempos históricos, semejante prenda, y aunque se hubiera usado en Europa, ningún sastre la hubiera introducido, pues no se necesita arte ni tijeras para confeccionar esa personificada negación de la sastrería.

¿Cómo nació?—cuentan que así fué:

Los indios usaban poncho; á caballo, el poncho les tapaba todo el cuerpo y parte de las piernas desnudas; á pie, siempre estaban en cuclillas, y el poncho los tapaba enteritos.

La primera vez que un jefe indio tuvo que acercarse á los cristianos, los vió tan vestidos, que al apearse, con solo el poncho puesto, se avergonzó de su desnudez, y quitándoselo de las espaldas, se lo ató en la cintura.

Cundió la moda, y de los indios pasó á los cristianos.

«Si non é vero, é ben trovato», como dirán los argentinos de la generación venidera.

Pero si siguen estos con la moda del chiripá, le habrán cosido bolsillos, que siempre, hasta hoy, le han faltado.





XIII

Eskualduna

No hay gente más pacífica que los vascos, y no hay gente más conquistadora. Han venido por bandadas á la República Argentina, sin más armas que sus brazos musculosos y sus anchas manos, y por todas partes, se ven á ellos ó sus descendientes, dueños de grandes campos, de rebaños tan imposibles

de contar como las estrellas del firmamento ó los granos de arena del mar; poseedores de capitales enormes que sirven de pedestal á un inagotable crédito; jefes de casas de comercio sólidas.

Unos á otros se sostienen, grandes y pequeños, encadenándose como las montañas aquellas de donde han venido, y franquean las rocas abruptas de la vida, unidos entre si, como hacen en los peñascos, los arriesgados guías de su tierra, ligados de tal modo que, si uno está por caer, todos los demás hacen fuerza para detenerlo en la pendiente del precipicio y arrancarlo á la muerte, no cortando la soga salvadora sino en casos extremos.

Algo rudos en la forma, su rudeza no es más, en general, que la del sentido común, ese mal criado, que no cree necesario ponerse guantes para derribar de un puñetazo á la dialéctica más argumentadora, á la más seductora diplomacia. Así mismo, siempre saben ceder en tiempo, de sus pretensiones, para no entorpecer un negocio que no sea del todo malo, sin demostrar ese empecinamiento infantil, peculiar de otras nacionalidades, en no vender sino muy caro, ó en no comprar, sino tirado.

Sencillos y bonachones, donde quiera que sea, partirán con el huésped de un día, los recursos de su choza, como con su más antiguo conocido, llevando algunas veces esa confianza hospitalaria hasta introducir en la intimidad de su vida, por un momento,

malhechores que la aprovecharán para matarlos sin piedad y saquear lo que encuentren á mano.

El vasco, capaz de vencer á Rolando, si le viene á hacer cosquillas, no es peleador por gusto, y, para probarlo, tomó como aliada para sus avances en la Pampa, á la mansísima oveja. Allá, lejos, y cada día más lejos; ayer, en los confines de la región ocupada por los indios; hoy, en todos los campos más desiertos de la Pampa, el explorador que se aventure en ellos, encontrará, cuando más se crea solo entre el cielo y la tierra en que pisa, un rancho, un toldito, una cueva, y en ella un vasco, solo, con algunos perros, algunos caballos y su majada de ovejas.

No necesita sociedad, no necesita conversación; vive con sus animales, sostenido por la esperanza de hacerse con ellos una situación, algún día, festejando la llanura, para sacar de ella con que volver á sus montañas queridas.

¿De quién es el campo que ocupa? poco le importa saberlo; probablemente de nadie, y, si es de alguien, será de algún pueblero, cuya cara se corre poco peligro de verla tan lejos. Sus ovejas se extienden á sus anchas; viven bien, y sanas, porque nada ni nadie las estorba; no conocen el corral barroso, inmundo, donde chapalean las majadas de adentro; duermen donde les parece mejor, la panza llena, en el declive de alguna loma arenosa en que no se

detiene la humedad; para sus crías recién nacidas, tienen el reparo de las pajas altas, que las protejen contra los vientos demasiado crudos de la Pampa y contra esas heladas crueles que las estrellas relucientes, en las noches serenas del invierno, parecen desparramar con su incesante pestañeo, de la bóveda celeste sobre la tierra dormida.

Si llega á faltar el pasto, la mudanza es poco costosa: las maletas se llenan con las pocas provisiones que necesitan estos sufridos solitarios para condimentar la carne, que es su principal y casi único alimento; y, despacito, dejándola pacer, sin que pueda ni sospechar que la mudan de querencia, arrean por los campos la majada dócil.

Hay en la Pampa lejana, verdaderas colonias de vascos, así desparramadas, valiente vanguardia de la civilización, nobles sembradores de población y de progreso. Algunos de ellos andan, pacíficos nómades, con toda su familia, teniendo por casa una carreta de bueyes, joya carcomida del pasado. Llega el día que el eje renuncia, que los bujes ceden, que revientan las pesadas ruedas; la familia se ha hecho numerosa; las ovejas han aumentado; el arreo se ha vuelto pesado y parece advertencia del cielo, la catástrofe.

Ha corrido justamente la voz que en remate público, venderá el gobierno, al mejor postor, y pagaderos con facilidades, esos mismos campos; y en los ranchos,

en los toldos, en las carretas, en las cuevas, se han reunido hombres de cara afeitada, con el pito de barro en la boca, de alpargatas y de boina, como vascos que son, y también de chiripá, como buenos gauchos que podrían ser; y se han oido conversaciones animadas, en las cuales han resonado las A, como clarín, roncado las Un, como tambor, en medio del gargareo de los erri, erre, erren, erra, arruá, y la palabra *pesos* mil veces repetida.

Una comisión ha sido nombrada para ir á la ciudad, viaje largo y penoso, y llevar allá la cantidad suficiente para pagar la primera cuota anual de las compras que se puedan hacer.

Se ha fijado un precio máximum, como para no correr el riesgo de quedar sin la tierra, precio calculado con el valor que, para estos hombres conocedores de ella, realmente pueda tener; y los anchos tiradores de cuero de carpincho han volcado con liberalidad su contenido en la mano de los comisionados.

Esperanza vana, ilusión de infelices trabajadores que nada saben de la vida de este mundo, y se figuran que tiene que comer las castañas el que las saca del fuego.

En el remate, los han cuestionado hábilmente amables desconocidos, á quienes, porsupuesto, no han querido dar sino datos vagos, en esa lengua peculiar de ellos, que simplifica las frases hasta hacerlas todas

de tres ó cuatro palabras; pero bastaron estas indicaciones, corroboradas por su misma presencia de interesados venidos de tan lejos, y de allá mismo, para comprar, y los especuladores, los capitalistas, los corredores en acecho siempre de lo que pueda oler á pichincha, hicieron subir los precios de tal modo que las bases á ellos fijádas por los compañeros, resultaron lastimosamente bajas.

Los pobres han vuelto allá, entre rabiosos y tristes, á dar cuenta de su cometido, y pronto han venido los agentes del gobierno vendedor á hacer entrega de las tierras á sus nuevos dueños, volteando los ranchos, hundiendo los techos en las cuevas, y obligando las carretas á moverse, con sus ruedas ó sin ellas. Nuevamente se desparraman los vascos, buscando campo más lejos, unos; quedándose otros en los mismos parajes, pero ya teniendo que pagar arrendamiento, muchas veces á algún tendero, peluquero ó bolsista, que en su... perra vida, (como decian los antiguos), ha visto el campo, y que seguramente, no se atrevería á costearse allá.

Muchos siguen, viviendo así, aumentando siempre el número de sus ovejas, llegando á formar establecimientos, ¡provisorios! de veinte á treinta mil cabezas, resistiéndose á vender parte de ellas para comprar campo y establecerse definitivamente.

Es que creen, aunque no lo digan, que el día que compren tierra, será el del adiós eterno á las mon-

tañas nativas: en el fondo del corazón ha quedado bien guardado el profundo amor, inconsciente quizá, á los Pirineos, y esta nostalgia crónica, ese inquebrantable deseo de volver á la patria, sirve de norte á todos los actos de su vida, hasta impedirles comprender que, en esta tierra, la tierra es lo único que vale; y que ella vale por sí, aumentando cada día ese valor, no en relación á lo que produce, sino á lo que podrá producir, una vez poblada; y que el verdadero modo de adquirir fortuna suficiente para volver á su país, independientes y ricos, no es de criar muchas ovejas en tierra agena, sino de tener mucha tierra propia, aunque no queden ovejas para ponerle encima.

Los vascos que así han pensado, son los que se han hecho ricos, y cuyos hijos, hoy, predominan en la sociedad, por sus fortunas crecidas, ó predominarán mañana.

Estos ya no son, porsupuesto, ni se acuerdan que sus padres hayan sido vascos de chiripá, de poncho pampa, de pito delgado y de rebenque grueso, con la tabaquera de vejiga ó de cuero peludo arrollado, en la boina azul, guardando en los múltiples bolsillos, cerrados con patacones, del tirador grasiento, los boletos de la marca y de las señales, la papeleta de ciudadano español ó francés, y los pesos, ganados á fuerza de sudor y de callos en las manos.

Elegantes en sus trajes y buenos mozos, han dejado

también evolucionar, en el roce cuotidiano de las ciudades, ciertas de las cualidades paternas y mellarse otras, de estas que no se pueden conservar intactas sino con plena luz y aire puro, afinándose también á veces la inteligencia nativa hasta puntear en viveza.

Con todo, gente guapa, buena, vivaracha y alegre; raza fuerte, atrevida y generosa; demasiado consciente, por lo demás, de su propio valor, para que, cuando uno de ellos, llegado á gran fortuna, honradamente conquistada por su trabajo, pero sin haber querido dejar del todo los atavios y costumbres tradicionales, la boina y el pito, le dice: «Mire, yo no soy más que un vasco bruto... » haya necesidad alguna de creer que él mismo piensa lo que dice.





XIV

El recado

Se acabó la esquila; las latas han sido cambiadas por vales contra el pulpero; la cocinera, ya medio empaquetada con pilchas compradas á unos turcos que, al olor de los pesos, han caido como chimangos sobre una osamenta, está preparando el último almuerzo. Algunos esquiladores andan por allí,

recojiendo sus tropillas; otros se lavan en una tina cerca del pozo, mientras que aquellos concluyen de perder á la taba el producto de su penoso trabajo.

—«Te corro tres cuadras al gateado, ché! Antonio!» grita un gaucho á otro que se viene acercando despacio al palenque, montado en pelo, en un vigoroso animal.

—«No sé correr», contesta Antonio, algo serio. Y efectivamente, no sabe correr; no juega, no toma, tampoco; es mozo trabajador y ordenado, que emplea en vestirse bien ó en comprar algún animal para su tropilla, ó alguna pieza para el recado, la platita que gana, fuera de lo que va para ayudar el gasto de la familia: su madre y los hermanitos.

Se apeó, y empieza á ensillar. Con la palma de la mano, limpia, acariciándolo, el lomo, sanito, del animal. Extiende encima, bien doblada, una bolsa de lona que servirá de envoltorio al recado, en caso de tener que viajar en galera ó en ferrocarril, lo que, algunas veces, le sucede, cuando trabaja en arreos, pues es muy buscado por los capataces, que saben apreciar sus buenas condiciones.

Después una jerga, dura de sudor y de pelo pegado; otra jerga, más nueva; una matra de lana gruesa, muy usada; otra matra, de lana también, de fabricación santiagueña, fuerte, espesa. Encima, echa un mandil afelpado, y sobre él, una carona de cuero estampado.

Acomoda con cuidado los bastos; desliza en ellos la cincha ancha de cuero crudo, la encimera con los estribos de suela y el lazo trenzado, que cae, adorno típico y original, en la grupa: las junta con los correones. Cincha, tira con las manos y los dientes; el caballo encerrado como en un corsé, bambolea, gruñe y se resigna.

Vienen ahora los aperos de lujo: un cuero de carnero, el cojinillo chileno, un sobrepuesto grande de carpincho, y la sobrecincha de colores vistosos de los días de fiesta; mañana pondrá el cinchón de dos vueltas, de los días de trabajo.

Está ensillado el gateado. Lleva en el lomo un peso de treinta kilos y lo mejor de la fortuna de su amo, pues el recado bien completo, con las riendas trensadas y sus pasadores de plata, el bozal primorosamente trabajado, no dejan de representar para el peón una buena cantidad de días de trabajo.

Y atando del cabestro el caballo al palenque, Antonio se fué á almorzar.

... «¡Se va un gateado ensillado!» gritó de repente uno de los compañeros, con el involuntario y secreto goce del que da á otro una noticia desagradable.

Se paró Antonio, y echando á la cintura el cuchillo con que estaba comiendo, de un salto estuvo en el palenque.

—«Tomá el mío», le dijo otro esquilador; y lijero, saltó y echó á correr al galope, dando una

vuelta bien abierta, para no asustar al gateado que todavía no había tomado vuelo, ni desparramado las pilchas, y cortándole pronto el paso, lo agarró, sin bajar, del cabestro y lo trajo al tranco hasta el palenque.

Le había latido algo fuerte el corazón al ver así expuestas á perderse por los yuyos, los cañadones y otros escondrijos desconocidos de la Pampa, las piezas del recado, fruto de sus ahorros, que constituía para él no solo la montura, el instrumento de su trabajo, sino también la mayor de las comodidades de su vida errante, la cama confortable para pasar noches á la intemperie.





XV

Ha sido indio...

Un magnífico sargento de artillería venía en el tren: alto, fornido, fuerte, corpulento.

Las botas lustrosas, el sable brillante, la cartuchera y sus correas limpitas, el uniforme bien cepillado, el kepí, con su galón de oro, elegantemente colocado en la cabeza, todo hacía de él un modelo de aseo y de corrección militar.

Llamaba la atención, no sólo su porte marcial,

sino también el aspecto serio de sus facciones, algo morenas, pero bastante finas, á pesar de los pómulos un poco salientes, y en las cuales se podía leer el orgullo de ser lo que era.

— «¡Lindo hombre! dije á mi compañero; hermoso soldado!

—Ha sido indio...», me contestó.

Esta simple palabra, evocadora de toda una era pasada y casi olvidada, de malones, de alaridos, de lanzazos, de peleas, de matanzas, de glorias y de miserias, me hizo acordar que á muchos otros había conocido yo, que también *habían sido* indios, y durante un rato, repasé en mi memoria á todos ellos.

Después de la gran ráfaga que de 1875 á 1877, con Alsina primero y Roca después, acabó de barrer al salvaje de la Pampa, millares de indios, de toda edad y de todo sexo, quedaron dispersos.

Unos, en tribus enteras, se sometieron, siendo pasados por el hisopo y bautizados al por mayor; otros se resistieron, bravos hasta la muerte y fueron pasados por las armas, peleando, quedando la chusma en poder del vencedor.

A ciertas tribus, el gobierno regaló tierras en propiedad, para que dejasen de ser los nómades de antes y empezaran á civilizarse por el trabajo. Muchos indios adultos fueron incorporados al ejército, á la escuadra, cambiando la lanza por el remington, el caballo por las vergas del palo mayor.

Muchísimos niños indios, en fin, fueron entregados á las familias que los pidieron, quedando en ellas como sirvientes. Suertes diferentes han sacado estos, en la lotería del destino.

Una hija de cacique, adoptada por sus amos, educada y dotada por ellos, admirablemente instruída, sedujo por su gracia exótica á un gentil hombre de la alta sociedad europea, que la hizo condesa; y algunos, allá, seguramente, en los salones aristocráticos, no dejarán de cuchichear: «Ha sido india.»

Otro conocí á quien nunca le pudieron quitar la mala costumbre de robar á su amo, toda la plata que podía encontrar en la casa. Tuvieron que renunciar á educarlo y lo devolvieron al ejército. Indio había sido; indio había quedado.

Cierta tribu, colocada en tierras que le ha dado el gobierno, cerca de un pueblo bastante adelantado de la provincia de Buenos Aires, ha conservado muchas de sus antiguas costumbres: la carne de yegua, por ejemplo, y particularmente de yegua ajena, es todavía, para muchos de ellos, la comida de su predilección.

Poco les gusta el trabajo, y, bajo este concepto, pocos progresos puede la agricultura esperar de ellos. Hay, asimismo, unas pocas excepciones que prueban la facultad de asimilación que posee esa gente, cuando está bien dirigida, y existen allí familias seguramente

tan civilizadas como muchas de las que nos llegan de ciertas partes de Europa.

De éstas salen una cantidad de jóvenes colocados como empleados en las diversas reparticiones administrativas locales, donde llenan sus puestos con la misma competencia y la misma honradez, matizada de lucrativa viveza, que cualquier cristiano de origen. Y también se ocupan de política, enrolados todos en un mismo partido, al éxito del cual contribuirán irresistiblemente, peleadores como son, por atavismo, mientras las elecciones se hagan á tiros y tajos.

También entre ellos, hay algunos que han nacido, viven y vivirán indios, sin compostura: sanguinarios, traidores, ladrones, viciosos, incapaces de cualquier trabajo y que sólo respetan la fuerza bruta. Estos, poco á poco, van desapareciendo, por la ley natural de la lucha por la vida; ebrios, se matan unos á otros con la mayor desenvoltura, y los reglamentos de la esgrima tienen poco valor para estos salvajes. He visto á uno degollar, sin la menor vacilación, á un pobre santiagueño que, peleando y reculando, había caído de repente en una barrica vacía enterrada á ras del suelo, detrás de él.

Otros hay que no conocen del idioma nacional más que una palabra: «¡ Caña ! »

Todos están, en terreno indiviso, con los mismos derechos, los que viven de robo, como los que se dedican

á cultivar la tierra y á criar hacienda; para el progreso de las localidades donde se encuentran, sería mejor repartirles la tierra, dando á cada individuo ó familia su título de propiedad, pues así pronto venderían su lote los haraganes á los que trabajan; yéndose del pago, á vagar á otra parte y á desaparecer, elemento indigno de ser otra cosa que indio.

También podrían algunos encontrar su colocación en la brillante escolta presidencial, de coraceros armados á lanza, elegidos entre puros indios, como una evocación de la conquista del desierto por él mismo que la hizo; espiritual fantasía cesariana, que vino, como en la Roma imperial, á formar con los restos de las tribus sometidas, la guardia pretoriana de su mismo vencedor; consagración, á la vez, de la verdadera nacionalidad del indio argentino, llamado al honor de cuidar de la persona del primer magistrado de la República.

— «Patrón — me dijo una vez, en su media lengua, una pobre india vieja — leer carta.»

Leí la carta: estaba fechada en la cárcel provincial, escrita con muy linda letra, muy buen estilo, de ortografía correcta. Contaba el hijo á la madre, la desgracia que le había sucedido: encargado de una estancia, había muerto á un capataz; en legítima defensa, decía. Puede ser.

Al leer la carta, me parecía conocer la letra; al llegar á la firma, me acordé haber conocido al escritor

de dependiente en una casa de negocio. Muchacho serio, instruído, había sido educado en una excelente familia, habiendo hecho con ella un viaje á Europa, donde había aprendido algo el francés.

Desde varios años, lo había perdido de vista; me lo volvía á encontrar; y miraba con cierta melancolía á esa pobre madre india, ansiosa de tener noticias del hijo, orgullo de su vida humilde, y á quien iba á tener que dar la noticia de que el pobre, en un momento de arrebato, se había acordado... de haber sido indio.





XVI

Aves negras

Los tiempos son duros, la plata escasa, el trabajo honrado mal retribuido y la vida cara. En semejante situación, unos trabajan con más ardor, otros viven de privaciones, todos se empeñan en salvar el paso, á la espera de días mejores, de abundante cosecha y de comercio más fácil.

Las aves negras, ellas, revolotean por encima de las ruinas, buscando su presa, entre la multitud atareada, en lo más gordo, lo más sano del cuerpo social.

Con gritos de cuervo, despedazan el honor, los bienes de sus víctimas; las difaman, las calumnian; y si dan con infelices incautos, los despojan en conciencia de todo lo que constituye la vida: fama, fortuna, libertad.

¿Sus armas?... ¡La ley!

—¡Sí, la ley! La ley falseada, manoseada, conculcada por sus maniobras infames, por sus mentiras atrevidas, por sus acusaciones audaces que pueden obligar al juez más recto á poner á disposición de estos foragidos y en contra del inocente, las armas sagradas que le han sido confiadas para castigar al culpable y defender al débil.

Escarban en las deficencias de la ley como en estiércol nutritivo, y las saben aprovechar con astucia.

En ciertas provincias, por ejemplo, les bastará para armar su trampa, declarar bajo juramento, que la víctima elegida,—un hombre honrado, de buena fama, de buena familia, de posición desahogada, conquistada por su trabajo,—ha *robado* á su protegido,—un pobre desgraciado,—afirman,—cuyo sudor vertido á torrentes,—claman,—le había permitido hacerse de una puntita de animales.

La víctima del ave negra es negociante; el acu-

sador, ó sea el protegido del pájaro, es un infame borracho, que ha dado en pago al negociante sus animales, que apenas valían la cuarta parte de lo que le debía. Una irregularidad cualquiera en la transmisión de los animales, ahí está la base de la querella.

Una pirámide sobre la punta de un alfiler: pero el ave negra es hombre muy vivo.

Compra testigos, — con promesas, que son más baratas; — tiene sus espias que vigilan á la víctima y hacen correr sobre ella, mientras se forma secretamente un sumario, los díceres más tremendos, arruinándola moralmente, antes de asestarle el golpe final. Crean la atmósfera deletérea que debe turbar la conciencia del juez y la opinión pública.

Y consiguen al fin, con sus solas afirmaciones, —victoria bochornosa sobre la justicia,—una orden de prisión contra este *ladrón,* acusado de haber despojado á un pobre trabajador; y lo traen, sin que nunca haya sido siquiera interrogado por autoridad alguna, preso, como criminal, bajo las miradas de las poblaciones, por donde pasa, con su comitiva de policianos, infligiendo así á un inocente, un tormento moral inmenso, un perjuicio incalculable á su crédito, á su reputación, y el buitre asqueroso se encarniza en su víctima, renovando cada día sus tormentos.

Cubrirla de vergüenza no ha sido más que el primer

paso del proceso; es la baba, con la cual el reptil acomoda su presa, para tragarla con más facilidad.

El hombre honrado, rico, acostumbrado á vivir decentemente, está preso; encerrado en un calabozo, vive entre criminales, entregado á la desesperación.

El ave negra le manda un emisario, quien, hipócrita, le ofrece sus servicios para defenderlo, ó más bien para arreglar el asunto amigablemente, y dejarlo así pronto en libertad, mediante una buena suma de dinero.

Raras veces resiste la víctima, y paga.

El ave negra remonta el vuelo con cantos de victoria, y si, algunas veces, se oyen también gritos de pelea, son las aves más pequeñas que reclaman su parte del botín.

Estos procuradores que, de las leyes, no conocen más que el medio de darles vuelta, constituyen una verdadera y terrible plaga para la campaña. Abundan en los pueblitos, y como los asuntos, en realidad, serían pocos para hacer vivir toda la bandada, los hacen nacer de cualquier incidente.

La táctica es ingenua: consiste en incitar á un hombre que no tenga con que caerse muerto, á entablar una demanda por cualquier pretexto, á uno que tenga bienes. Por un error en una cuenta; por una palabra altisonante que se pueda reputar injuriosa, lanzada en un momento de legítimo enojo; por una diferencia en la repartición de intereses; por una exigencia absurda de retribución de algún

trabajo; por cualquier cosa, se empieza un pleïto. Al que demanda, que es algún cachafaz atorrante, no le cuesta nada, pues solo tendrá que dar un poder al atorrante cachafaz que es el ave negra, y este mismo lo toma á su cargo. Y empiezan los procedimientos, fastidiosos, costosos, enojosos, con embargos que paralizan al productor, las citas á juicios verbales, á treinta leguas de distancia; los términos perentorios para la prueba, que entorpecen todo trabajo, haciéndole perder al demandado tiempo, plata y paciencia, hasta que se decida á transar para comprar la paz.

El ave negra se traga la ostra, y el cómplice lo queda mirando.

Para estos repugnantes insectos, nada vale lo que una buena testamentaria; y puede dormir tranquilo su último sueño, el difunto cuyos bienes caen á sus manos hábiles. No los dilapidarán sus hijos.

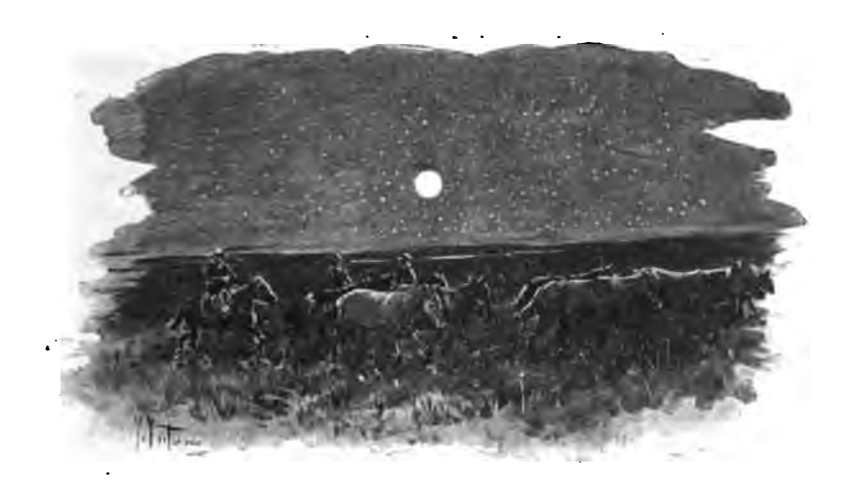
Es un fenómeno curioso lo poco que producen y se reproducen las haciendas de ciertas testamentarias. Será que lo sienten al finado.

Da vergüenza decirlo: hay en ciertos pueblos importantes de la República, abogados recibidos, doctores en leyes, que no vacilan en volverse aves negras. Gritan muy fuerte que defienden al pobre contra el poderoso, al débil contra los abusos de la autoridad; y en los primeros tiempos, algunos los creen y los felicitan... Dura poco la leyenda.

Pronto ven que, indigno del noble título de abogado, el que se da por desinteresado defensor de los pobres, no es más que un doctor en inmundicias, que envilece la Justicia, y se rodea de malhechores para conquistar algunos pesos, primero, y formarse, después, un núcleo de electores; pues anda pastoreando, ... nada menos que alguna de las más altas magistraturas provincianas.

A veces se hace el Quijote; cuando puede, el tirano; no pasa de un ave de rapiña que, en vez de los cadúceos consulares que ambiciona, logra á menudo los palos que merece.





XVII

Galope nocturno

—«Señor, la galera salió esta mañana, de madrugada, como siempre, el 30. Ahora, volverá á salir, el 6.»

Me quedé aniquilado, con la noticia. El fondero depositó mi balija en la mesa, mi recado en un rincón y se retiró, disimulando discretamente la alegría que le causaba mi mala suerte.

¡Seis días de pueblito! sin nada que hacer, y con el desconsuelo de ver todos mis planes descompaginados.

¿Volver á la ciudad? ¿Buscar alguna volanta? De antemano sabia que nunca encontraría cochero que tuviera los caballos necesarios para hacer veinticinco leguas. Rabiando estaba, y casi á punto, asimismo, de resignarme, á la fuerza, cuando cruzó por el patio un conocido mio.

De raza pampa pura, pero criado y educado por cristianos, había llegado á establecer una casa de negocio, en el extremo límite de la civilización, en aquel tiempo; y prosperaba, vendiendo sus efectos á los precios que quería, cambiándolos á los boleadores y matreros que poblaban entonces estas soledades, por quillangos, plumas de avestruz y otros productos del desierto.

Nos saludamos, y le conté el caso. Servicial y generoso, sin vacilar un rato, se puso á mi disposición.

—«Me voy esta noche, dijo; lo llevo. Tenemos, con mi peón, nueve caballos; nos sobran. La noche será hermosa, templada, corta, con luna; ¿que más quiere? Mañana los cazamos en cama á todos los de su casa.
—¿Cómo á pegar malón, no es cierto? le dije yo.» Se sonrió:

—«Así es; así soy yo. Siempre ligero para andar. Vamos, hombre, decídase. A las seis, salgo.

—Bueno, vamos, contesté, y gracias.»

A las seis, nos pusimos en marcha. Como era á fines de Diciembre, hacía todavía calor, á pesar de la hora avanzada, pero un calor muy soportable, sin rayos abrasadores. Seguimos bastante ligero, pero sin apurarnos demasiado, y como quien quiere conservar sus fuerzas, un camino muy seco, bastante parejo, en el cual no nos podía dar ningún trabajo el arreo, entre tres, de una tropillita bien entablada, como era la de mi amigo.

Ting, ting, ting, hacía por delante la campanilla de la yegua madrina, trotando largo; y por detrás, cerquita de ella y como rodeándola, los seis caballos sueltos, emparejando su paso con el suyo. Ibamos alegremente, conversando de mil cosas, en ese estado de excitación inconsciente é íntima satisfacción, que produce la ligera y acompasada sacudida del galope del caballo.

A las ocho, se apagó del todo el sol, y sin que se pusiera muy obscura la noche, poca claridad nos daban las estrellas, al venir llegando, una tras de otra, á la gran tertulia que, cada noche, forman allá arriba. Las habría convidado la luna; pero esta todavía se estaba vistiendo.

Aprovechamos su ausencia para entrar un rato en una casa conocida, donde nos dieron de comer y donde descansamos una hora, hasta que apareció la reina de la noche, esparciendo en la llanura y la atmósfera, como una nube de polvos plateados.

Volvimos á ensillar, mudando caballos, y fresquitos y reposados, con nuevo coraje, seguimos el viaje.

A las horas, y poco á poco, la conversación se fué muriendo. Cada uno parecía recogerse en sus propios pensamientos: pero creo que más bien era que ninguno ya los tenía. De cuando en cuando, relucía un fósforo y prendíamos un cigarro.

Ting, ting, ting, hacía siempre la campanilla, y resonaba el trote de los caballos sueltos y el galope de los tres montados, y el camino iba deslizándose, unas veces seco y duro, otras veces algo húmedo y blando, cortado por unas matas de paja que hacían saltar ó viborear los fletes; y sin conversar, sin pronunciar más que una que otra palabra para excitar á los animales, galopeábamos como fantasmas en la noche.

Sé que hemos mudado caballos, dos ó tres veces; los hemos agarrado, hemos desensillado y vuelto á ensillar; sé que hemos atravesado un arroyo muy encajonado y con poca agua; tengo un recuerdo vago que tropezó muy fuerte mi caballo, y que mi compañero me felicitó por haberlo sostenido. Acepté la felicitación, pero no la contesté, por poco merecida; si no rodé, fué por efecto del sobresalto que sentí, al despertarme bruscamente, cuando tropezó el mancarron.

Y seguimos así, horas y más horas, galopando dormidos, sin sentirlas correr; y me acuerdo, si,

que cuando, con el alba, aclaró el horizonte, sentí en todo el cuerpo un calofrio que me sacudió; renací á la vida, abrí los ojos, volví á oír claramente delante mí: ting, ting, ting, y me pude cerciorar que estaba á caballo, siguiendo la tropilla, lo mismo que mis dos compañeros.

Quedaba á penas legua y media para llegar. Se divisaba el monte naciente de la estancia, y casi, casi, los cazamos á todos en la cama.

Y mi amigo, el pampa, me dijo:

—«También habían sabido guapear, los gr... extranjeros».





XVIII

Compadres

¡Dios bendice á las familias numerosas! Es este un dicho que, si tiene poco de verdad, por lo menos sirve de excusa á muchos padres imprudentes que se figuran, al parecer, que lo mismo es aumentar su familia como aumentar su majada.

Don Anacleto fingía ser de esa opinión, y cuando completó su docena de hijos, sabía decir á los que lo felicitaban, con ciertas restricciones compasivas ó

burlonas, que todavía no le bastaban y que más pares de brazos le mandara Dios, más trabajo podría hacer.

Añadiremos que don Anacleto era un insigne haragan que, en ningún tiempo, había hecho mucho trabajo, y que los mayores de sus hijos, que recién empezaban á ser hombrecitos, parecían más dispuestos á ayudarle en no hacer nada, que á cuidarle los intereses con mucho empeño.

Así mismo siempre le servían de algo, y si antes de tenerlos, trabajaba poco, casi podía ahora dejarlos del todo al cuidado de la majada y mandarse mudar para la esquina, donde le gustaba mucho pasar las horas, en las emociones siempre renovadas de un truco lleno de peripecias.

Lo que no decía don Anacleto es que, para ayudar á Dios á bendecir á su numerosa familia, sabía elegir con un tino especial á los padrinos de sus hijos.

Cada hijo, cada padrino, y cada padrino es un compadre; y todos saben que, en la campaña, un compa dre que se respeta y toma á lo serio su misión, es mucho más que un amigo, algo más que un hermano. El compadre, aunque no entre para nada en la paternidad de la criatura que le atribuyen, á la fuerza tiene que compartir algunas de sus cargas.

A don Anacleto, astuto y pobre como era, no se le podían escapar las grandes ventajas que le podía atraer el tener para compadres, gente de mayor fortuna

que él, lo que no era muy difícil, por cierto, y lo que supo conseguir á fuerza de hábiles zalamerías.

Tenía un compadre cuyas majadas, muy refinadas, le servían de plantel, para sacar carneros.

—«¡No me lo cape! amigo;» decía él, en la señalada, ponderando algún cordero que le gustaba y que iban á operar, y la respuesta natural era:

«¿Le gusta, don Anacleto?

—¡Cómo no, compadre!

—Bueno, tómelo para las ovejitas de mi ahijado».

Esto de las ovejitas, no quedaba perdido,—sino enterrado hasta que brotase,—el día del santo del niño ó de su cumpleaños. Y si el compadre no se acordaba, fácil era hacerse entender, con decirle que el pobre carnerito, ahora que era grande, se aburría solo y que sería bueno casarlo.

Otro tenía muy buenas yeguas ¿y cómo, entonces, hubiera faltado á su ahijado un buen padrillito y un potrillo ó una potranca?

Al vasco tambero, padrino de la hija mayor, siempre se le podía pedir algo; pues, era muy bueno, el hombre, muy servicial, loco con la chica, y siempre dispuesto á prestar, á dar, á ofrecer lo que le iban á pedir. No faltaba leche en casa de don Anacleto.

A otro, éste le hacía cortar la alfalfita, porque tenía máquina y que no se la quería pedir prestada, pues no la sabía manejar, y se la hubiera podido romper. Y éste le mandaba sus hijos, para entrar el pasto

ó ayudarle á esquilar; aquel siempre tenía el colgadero lleno de carne— ¡qué casualidad! —justamente cuando, por uno ú otro motivo, don Anacleto no había podido carnear.

No le faltaba un compadre á don Anacleto en el juzgado, que siempre le podía servir mucho, en algún apuro, para evitar de ser llevado en caso de revolución, ó que le arreasen los caballos, ó cualquier otra cosa.

Hasta tenía D. Anacleto un compadre muy aficionado al trago, en busca de quien iba, los días de farra, y sin el cual no había fiesta posible; pues era hombre liberal y bastante bien de fortuna, que poco miraba los pesos, una vez tomado, y que no hubiera permitido jamás que su compadre Anacleto pagase un peso, estando él.

A otro, pulpero rico, lo tenía de banquero; y era cosa de ver las cartas que le dirijia don Anacleto, tratándolo cariñosamente de: «Mi querido compadre», cuando le escribia para pedirle plata prestada, y contestando por un: «Muy señor mio», seco como un Pampero, á los discretísimos reclamos del compadre, cuando este solicitaba alguna devolución á cuenta.

Y vivía muy bien, así, nuestro hombre, feliz y satisfecho, cantando las glorias de Dios que bendice á las familias numerosas. Pero le sucedió al pobre, que uno de sus hijos murió, criatura de ocho meses.

Lo lloró junto con el correspondiente compadre, tratando de hacerle bien comprender á éste, que, aunque se hubiera ido el ahijado, no soltaba él al padrino.

Pero dió con una de estas naturalezas difícilmente pechables, que no sirven para nada: y, como de las grandes afecciones nacen los grandes odios, le crió al ingrato una rabia incurable, persiguiéndolo con su desprecio en todas partes, hablando de él á todos sus demás compadres, como de un hombre sin moralidad, incapaz de comprender lo sublime del compadrazgo, indigno de ser nunca elegido para padrino de un niño de familia decente.

Y estos anatemas hacían temblar á los compadres fieles, manteniéndolos firmes en la senda del deber.





XIX

Pampa virgen

Interminable, el camino chileno hace serpear por la llanura, su cinta ancha, de múltiples huellas paralelas, buscando las lagunas de agua dulce, dando vueltas repentinas para evitar un médano ó buscar

el vado de un arroyo, cambiando de dirección á cada rato, sin más motivo aparente que la fantasía y el capricho de las tribus salvajes, que han ahondado sus sendas con el casco silencioso de sus caballos, al venir á comerciar con los cristianos ó á invadir las estancias fronterizas.

Sin tratar de mejorarlo nunca, ni de acortar sus enormes é inútiles vueltas, lo han aprovechado las expediciones militares mandadas contra los indios. Han edificado los fortines en sus orillas, y las tropas de carretas de los proveedores han hecho sonar en él sus bujes, durante muchos años.

Por él han pasado, en tiempos remotos, esas curiosas comitivas de la Audiencia real española que venía, de cuando en cuando, desde el Perú, para hacer pesar en Buenos Aires naciente, su justicia ambulante y cara.

Por él, han entrado las terribles invasiones de los indios; por él han vuelto los malones, arreando las inmensas tropas de hacienda robada, y las cristianas cautivas, arrebatadas á su mediana civilización, para servir de esclavas á sus feroces raptores.

La Pampa se extiende, gris y monótona, cubierta de pasto puna, de aspecto tan triste, con su color verdoso, sin más señal de vida que las innumerables perdices que van, inquietas, siguiendo la huella, durante algunos momentos, antes de cruzarla, para esconderse de nuevo entre el pasto.

Ya deja el ojo de divisar los últimos ranchos que todavía, de lejos en lejos, aparecían como los centinelas avanzados de esta civilización precaria, que no conoce más lujo que un débil abrigo contra la intemperie, ni más industria que la caza.

En la punta de un médano, se ve aparecer un bulto. Es un jinete; por la luz medio apagada del sol otoñal, se destaca en el cielo con líneas tan crudas, que parece una silueta de papel negro recortado, pegada sobre otro papel azul.

Escudriña el horizonte; pronto nos ve, y al conocer que venimos varios hombres y muchos caballos, se para un rato en la cima del médano, como pequeña estatua en un gran pedestal, y luego desaparece. Su gente está ahora sobre aviso.

Todo movimiento en la Pampa desierta es, tanto para el hombre como para los animales, motivo de desconfianza. Al menor ruido, el venado alza la cabeza, presta el oido, y corre algunos pasos para despertar y tener alerta la tropilla que le sigue; el avestruz se endereza y también echa á correr, inflando las alas; el padrillo relincha y junta sus yeguas, y de uno á otro, cunde el pánico, como si donde mayor es la soledad, mayores fueran los peligros.

Al anochecer, encontramos en un hueco, una especie de cueva cavada en la tierra al pie de otro médano, techada con paja. Algo retirados de ella, juntamos

nuestras tropillas y mandamos á un hombre á reconocer el sitio.

La guarida pertenece á un matrero conocido, desertor, que debe varias muertes y se ha internado en la Pampa, donde vive de boleadas, changueando de vaqueano, huyendo de la sociedad, que no podría tener para él sino castigos.

Salió una mujer, conversó con nuestro emisario y un muchacho trepó á caballo el médano, poniéndose atravesado é inmóvil, como ya lo habíamos visto hacer por otro. Poco tiempo después, asomó en otra cumbre un jinete, y sin cambiar más señales, se habían comprendido.

Pronto vimos llegar, uno tras otro, varios jinetes, rodeados de numerosos galgos; de los tientos, colgaban los despojos sanguinolentos de los avestruces boleados en el día; y jadeantes, los perros dirigían al amo miradas de tímida impaciencia, al ver tirar en el suelo, con los recados, los alones flacos, bien miserable ración para aplacar tanta hambre.

....

—«¡Tata! un león!»

Ibamos bajando la falda interior de un médano para dar agua á los caballos en el charco que encerraba, cuando el hijo de nuestro vaqueano, á punto de entrar en un huncalito que ahi estaba, llamó á sí á su padre. Se acercó el gaucho, miró el rastro que le indicaba el muchacho, y antes que tuviera

tiempo de decirle: «Esto no es león, es tigre!» su caballo recibía en el anca un terrible manotón que lo hizo encabritar.

Todos nos apeamos y rodeamos, con armas en la mano, el huncal y la lagunita. Solo volvió á montar á caballo el vaqueano, después de haber atado sus galgos, por cuya vida tenía fundados temores.

Pero la fiera parecía poco dispuesta á salir del huncal, para afrontar nuestros tiros. Se adelantó algo en la orilla el gaucho, y tiró un hueso, diciendo: «¡Ahí está!»

Un tiro con munición patera dirigido en el mismo lugar hizo pegar un brinco al tigre, y en el acto recibió una bala de revolver. Se decidió entonces á mostrarse.

Hinchado el lomo como gato enojado, gruñiendo, se dirigió lentamente, como fastidiado por una visita inoportuna que le hubieran obligado á devolver, hacia el grupo de los tiradores. Parecía vacilar y no saber á quien dirigir el primer saludo, cuando fijó la mirada en el caballo del gaucho, y se quiso abalanzar. Un tiro de Winchester lo hizo parar, y volvió al juncal como si no le gustase ya el juego.

Al rato, un galguito blanco se desató, entró con todo coraje en el juncal, sin que lo pudiese detener el amo; ladró un momento, pegó un grito, como un ladrido ahogado, y no volvió más á salir.

El gaucho, viendo entonces que todos los esfuerzos

eran vanos para conseguir la presencia del animal, espoleó su caballo tembloroso, entrando resueltamente lazo en mano, en el medio del huncal, y pronto salió de él, arrastrando, enlazada de la boca, una magnífica tigra, á quien una bala de Winchester, en la cabeza, quitó para siempre las ganas de matar galgos.

Y seguimos así viaje, varios días, por llanuras y médanos, comiendo puchero de perdices y perdices asadas, por no encontrar otra cosa; y no hay goce mayor, á pesar de las privaciones, que pisar tierra desconocida, desierta, destinada á ser poblada mañana, pero todavía con todo su sabor de inviolada soledad.

Para facilitar la vuelta á algún punto fijo, íbamos sembrando, de trecho en trecho, fósforos prendidos; y detrás de nosotros, en la atmósfera tranquila, se levantaban grandes columnas de humo, indicadoras del buen camino para volver.

Médanos áridos, apenas cubiertos de pasto duro y ralo, de terreno rugoso, lleno de socotrocos; valles encantados, rodeando de sus pastos florecidos alguna laguna celeste, llena de flamencos rosados, y todo alrededor, sorprendidos en un sueño, de pronto sacudido por una fuga de relámpagos, venados, avestruces, baguales y otros bichos de la Pampa.

De un charco, sacamos un pobre venado empantanado, y lo depositamos salvo y sano en la orilla, dejándolo entregado á las curiosas reflexiones que

puede hacer un venado, en estas condiciones, sobre la generosidad humana, de la cual había dudado con razón hasta entonces. ¡No te fies de ella, Damian [1], y no te vayas á figurar que por haberle pasado semejante cosa, por casualidad, la Pampa sea el Eden.

---

(1) Nombre familiar del venado en los cuentos pampeanos.





XX

La tapera

En la verde loma, está el árbol solitario, meneando suavemente sus ramas. Es un sauce llorón, viejo ya, cuya cáscara está, en mil partes, roida por el diente destructor de las ovejas.

Las vacas vienen, perezosas, á refregarse en su tronco, y lo hacen pulido, relumbroso. Tratan, estirando la punta roma del hocico húmedo, de

alcanzar con la lengua la extremidad de sus primeras ramitas.

Nada lo protege ya contra sus ataques; el tiempo ha borrado las zanjas; el pasto cubre, casi íntegro, el lugar que fué el corral de las ovejas.

Parece llorar el árbol abandonado, la ausencia de aquel que lo plantó. La sombra, inútil ya, no abrigará más á aquella alegre bandada de niños, que venían á jugar á sus pies, y á quienes ha visto crecer. Los pajaritos han dejado de hacer en él su nido; solo, el carancho ha elegido domicilio en sus ramas altas, y de su cumbre, acecha al cordero dormido.

Tristemente, sopla el viento en su cabellera, y de noche, el transeunte oye gemir el árbol. Las caricias del sol le son indiferentes, y luto es, para él, hasta su traje primaveral.

¡Está solo!...

El humilde rancho ha desaparecido, con sus perros bulliciosos y turbulentos, con el balido de sus ovejas. La familia se fué á otros pagos, llevándose todo, su rebañito, su pobre equipaje y sus esperanzas. No ha dejado más, alrededor del solitario, que un hornito en ruinas, que ya no se verá coronado de alegre humareda,—y abrojos, y espinas, inevitable vestigio del pasaje del hombre...

¡Cuántos corazones humanos son una tapera!



ÍNDICE

EN PREPARACIÓN

Segunda serie

1 El mayordomo.
2 Humaredas .
3 A lo que te criaste.
4 Ronda.
5 Protección eficaz.
6 Ropa de abrigo.
7 La señalada.
8 Caballo criollo.
9 Conversación.
10 Disparadas.
11 Elección pacífica.
12 Idilios agrestes.
13 Hospitalidad.
14 Recuento.
15 Bosquejo Cordobés.
16 Estación nueva.
17 Curanderos y Médicas.
18 El crédito.
19 Dicha breve.
20 El médano.

GODOFREDO DAIREAUX

TIPOS Y PAISAJES
CRIOLLOS

Segunda Serie



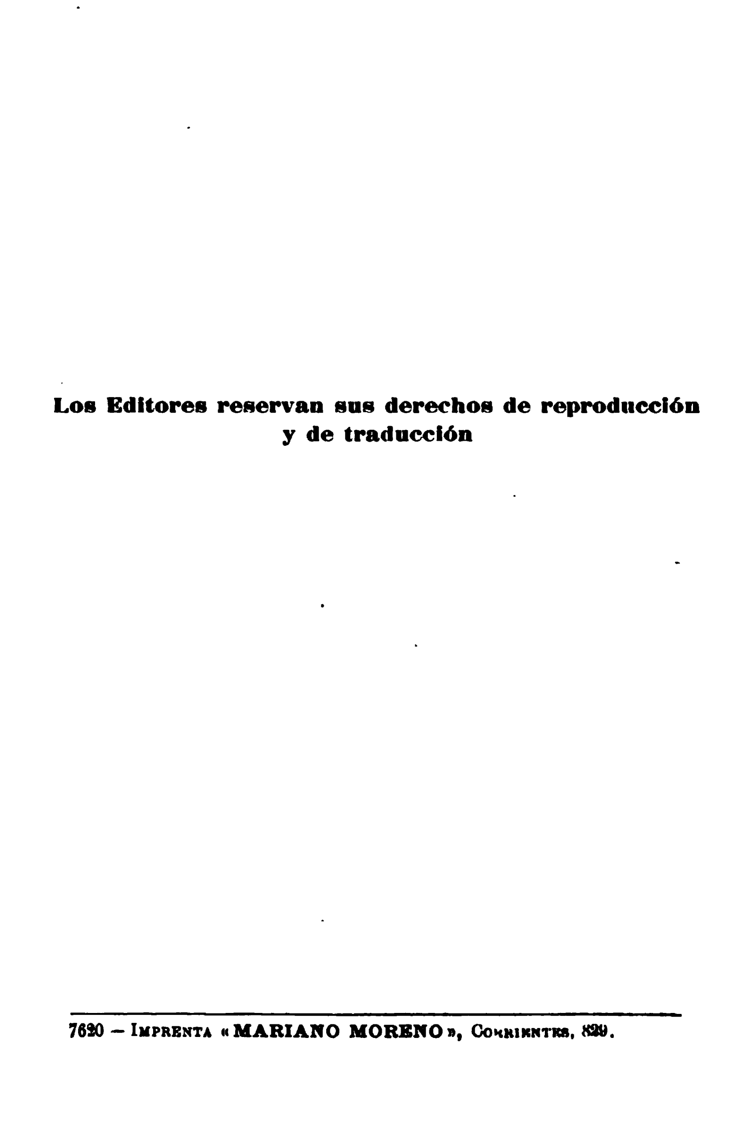
Ilustraciones por Fortuny

BUENOS AIRES

Prudent Hnos. y Moetzel, editores
719 - Calle Victoria - 727
1901

TIPOS Y PAISAJES

CRIOLLOS



7620 — Imprenta «MARIANO MORENO», Corrientes, 829.

GODOFREDO DAIREAUX

TIPOS Y PAISAJES

CRIOLLOS

Segunda Serie



Ilustraciones por Fortuny

BUENOS AIRES

Prudent Hnos. y Moetzel, editores
719 - Calle Victoria - 727
1901

LIBRERÍA MENDESKY
A. SABOURIN É HIJO
SUCESORES
FLORIDA 359

En venta:

PRIMERA SERIE

Al lector
1 Viento norte
2 La suestada
3 El pampero
4 El fortín
5 Cercos y caminos
6 La galera
7 Pesquisa
8 Campos anegadizos
9 Contrahierra
10 A pie
11 Marcas de fuego
12 El chiripá
13 Eskalduna
14 El recado
15 Ha sido indio
16 Aves negras
17 Galope nocturno
18 Compadres
19 Pampa virgen
20 La tapera

En preparación:

TERCERA SERIE

---

1 El cuchillo y la guitarra
2 Cementerio de aldea
3 La quemazón
4 Fecundidad
5 Funeraria
6 Día de reunión
7 El domador
8 Ramal en construcción
9 En viaje
10 Diversiones amenas
11 Cerdeada
12 Pelechar
13 Las admiraciones de Tomasito
14 A fuera
15 El parejero
16 Acriollado
17 Autoridades rurales
18 Amos y peones
19 El pan y la sal
20 Tíos



La había anunciado, es cierto, pero solo para complacer al editor, convencido que con la primera tendría de sobra y hasta se haría el desentendido, sí, por casualidad, le viniese yo á hablar de la publicación de la segunda. Así mismo, sucede que me habla ahora de formal compromiso con el público, y me asegura que lo voy á hacer quedar mal con muchos compradores de la primera serie, si no le entrego la segunda, porque todos se la piden, y que la fué prometiendo. No debe ser del todo mentira, pues mentir en ese caso, no le haría tanta cuenta como callarse, y no puedo dejar de sentirme algo hinchado por tanto honor, pero de veras extraño que pueda ser cierto. ¿Será posible que haya tantas per-

sonas que consientan en sacar del bolsillo para gastarlo en un pobre librito, el peso con que hubieran podido comprar tabaco, ó una entrada en algún teatrito por secciones, ó un quinto de la chica; y que pierdan una hora en leer lo que contiene, que son todas cosas conocidas, cuando les es tan corto el tiempo para ganarse el puchero cuotidiano ó aumentar la cuenta en el banco?

En fin, ya que la quieren, ahí vá la segunda serie. Anuncio la tercera, también á pedido del editor: pero no entiendo. Ha de haber hecho alguna apuesta misteriosa.

G. D.



I

El Mayordomo

Está vendida la estancia. Han venido á recibirse de ella dos hermanos, rubios, jóvenes, con muchas pecas en la cara, polainas en las piernas y gorrita de paño á cuadros en la cabeza.

Ellos son, al mismo tiempo, los dueños y administradores. Hablan español con mucho acento inglés, pero se hacen entender bien, y por lo demás, hablan poco.

Al mayordomo viejo, un criollo nacido en ese mismo campo, cuando los indios todavía pegaban á menudo sus malones, y que ha plantado por su mano los sauces

más viejos que dan á la casa su sombra, le han declarado que no necesitan sus servicios, y que, ya que se han contado las haciendas, é inventariado el material, se puede él retirar con la familia cuando guste.

No le han negado, hasta le han ofrecido algunos días para buscar su comodidad, y el viejo les ha dado las gracias.

Bien sabía él, hacía tiempo, que la estancia estaba vendida; que el patrón viejo había muerto, que estaba medio embarullada la testamentaría y que los hijos no habían podido guardar esta propiedad. Pero, mientras iban desarrollándose con lentitud los mil trámites de ley, allá, en la ciudad, él seguía cuidando los intereses como siempre lo había hecho.

Un sueldito, una habitación pequeña, sus modestos gastos de vida pagados; si necesitaba cien pesos, jamás se los negaba el patrón, sobre todo que las cuentas nunca se arreglaban del todo. ¡Había tanta confianza entre el patrón y él! Él le decía «patrón», porque al fin la estancia era de él; pero habían sido más bien compañeros siempre.

¡Cuántas veces habían ido juntos, cuando muchachos, á los apartes, á las hierras, á los bailes! Juntos habían disparado de los indios, en pelo, de noche, cruzando en sus parejeros, como relámpagos, cañadones y lomas, huncales y bizcacherales. Habían

vuelto juntos á campear las haciendas desparramadas y á fortificar el rancho.

En aquel tiempo, no había más mesa que el fogón, con el asador parado, y cada cual con el cuchillo sacaba tajada.

Hombre de poca instrucción, sin más ambición que la de dejar al patrón contento, había vivido allí su vida, sin pensar en el porvenir. ¿Y para qué? el patrón no lo había de dejar en la calle, ¿no es cierto? ¿Entonces?

Y había formado familia, y sus hijos, mozos ya, lo ayudaban en sus trabajos, sin pedir más, como en herencia propia.

Poco á poco, el campo había tomado valor; lo habían cercado; los animales criollos habían desaparecido, algunos años después de los indios. El ferrocarril acercó la estancia á la ciudad, y á cada rato, ahora, el patrón mandaba carneros finos ó algún toro que era una flor.

Y el rancho de antaño se había cambiado por un palacete, donde venía á pasar el patrón una temporada en la primavera; otra en la Semana Santa, á cazar; y los muchachos á domar petizos, y los mayores á cansar la caballada.

Días felices aquellos, cuyo recuerdo se iba perdiendo ya, envuelto en las neblinas del tiempo que corre.

¡Y siempre tan bueno con él, el patrón viejo! Cierto es que cada uno de ellos ahora comía en su casa; pero

él tenía un comedor lindo, con su buen aparador y sillas de esterilla. Hasta lujo le habían dado.

¿Y ahora?

Ahora ¿qué le hemos de hacer? Pasaron los tiempos aquellos. Murió el patrón viejo y se vendió la estancia...

—«¿Pero, con qué queda Vd.?

—Con unos caballitos, señor, de mi marca, y unas vaquitas, hijas de las que siempre sabía regalar á mi señora el patrón viejo, cuando me nacía un hijo. Varias veces, habló de darme en propiedad unas cien cuadras de campo; pero pasó el tiempo; y después no se habrá acordado...»

A los dos días, ensilló y puso en las varas de un carrito prestado el overo negro, caballo de confianza, viejo compañero de muchos años y muy capaz de comprender todo lo serio de su misión; el picazo en la cadena y el petizo zaino de ladero. En el carro se cargaron dos cajas grandes de madera, unas bolsas de ropa, varios cachivaches y tres sillas, y subió la señora del mayordomo con sus dos hijas solteras.

El hijo mayor manejaba los caballos, y después de dejar á la familia en una casa amiga donde la esperaban, volvería á buscar los trastes.

Él, de saco negro, de bombacha y bota, con el chambergo en la cabellera larga y canosa, rebenque en mano, con su crédito ensillado, esperaba para despedirse, que saliera el carro.

Salieron, al fin. Un apretón de mano al inglés que allí estaba (el otro había salido á revisar su campo), y despacio, al tranquito, se alejó.

Dicen que al pasar el palenque, dejó correr por su mejilla tostada una lágrima.





II

Humaredas

El sol apenas entreabre con sus dedos de oro la cortina rosada de los vapores matutinos, cuando ya por el agujero abierto en el techo de paja del rancho, una columnita de humo azul desenrosca lentamente sus graciosas espirales.

El criollo es madrugador. Le gusta, cuando nada se mueve todavía en el campo adormecido, saltar de de la cama, sacudir el sueño y prender fuego para el mate. La cama es dura, poco confortable, y se la puede abandonar sin mucho sentimiento; el *toilet* es corto, sin complicaciones, y, si no hay peine en la casa, con pasarse los dedos en la melena, está todo del otro lado.

Un poco de sebo en una tira de percal, unas ramitas de cicuta, tres ó cuatro pedacitos de leña de oveja bien seca, y con un solo fósforo, si está todo artísticamente dispuesto, ya se tienen prendidos el fuego y el cigarro. El agua pronto canta en la paba, el mate bien rascado se llena de yerba nueva; está todo listo para gozar de la vida.

Y el hombre, sentado en una cabeza de potro, se entrega con beatitud á la contemplación de los humos que lo rodean.

El humo del fogoncito se levanta suavemente y no demora en la pieza, pues la atmósfera está serena, sin vientos, sin mucha humedad, y la llama brilla, viva, alegre.

Un sorbo del mate, una bocanada del cigarro; el mate es sabroso: un cimarron rico, bien cargado, mate de egoista, para chupárselo solito, sin visitas, y mientras está durmiendo la familia. El cigarro muy bien lo acompaña, y su humo perfumado contribuye á que casi no se interrumpan los sueños de la noche empezados en la cama, dejando flotar las ideas en una somnolencia medio consciente.

«La majada está bien; no está muy gorda, pero muy pareja; el campo se ha compuesto algo, y en buen tiempo, pues ya viene la parición, que va á ser magnífica. Los precios de la lana, dicen todos que van á subir, y como el oro ha bajado, el dueño del campo tendrá que bajar el arrendamiento.

La familia está bien de salud; el último chiquilín bien parece algo indispuesto, pero no debe ser nada y mañana estará del todo bien. Al fin, al pulpero no se le debe gran cosa; con la esquila se le alcanzará á pagar; y, en un caso, hay novillitos que bien han de agradar á algún resero. El año no se presenta tan mal.»

Y mientras así sueña, vacía y vuelve á llenar el mate, prendiendo de cada pucho un nuevo cigarro.



El sol salió ya, pero de mal humor, y empezó á soplar un vientito feo, del norte, húmedo, y el humo, de azul se ha vuelto gris, de transparente, opaco; en vez de levantarse y de salir por el agujero, se hace nube ahora en la pieza, enceguece al hombre, lo hace llorar, lo hace toser. El mate ya no tiene sabor y el humo del cigarro mezclado con el de la leña de oveja toma un gusto horrible que quita las ganas de fumar.

Todavía sueña el hombre; pero en semejante atmósfera, los sueños se vuelven pesadillas.

«Quien sabe, el año, como nos saldrá al fin. Estos novillitos, parece que no quieren echar cuerpo, como si estuvieran entecados. Y el pulpero, seguro se me va á enojar; porque de pagarlo con la lana, ni pensarlo por bien que se venda. No sé, ese muchacho, lo que tendrá, ¿no me saldrá con alguna enfermedad grave?

Y este arrendamiento bárbaro que estoy pagando aquí por cuatro ovejas. ¡Cuándo lo van á bajar! si más tienen, más quieren!

La parición se anuncia bien; pero después, vendrá la lombriz á comérsela.

Hablan mucho de suba en la lana, pero hasta hoy ofrecen cinco pesos, como el año pasado. La majada está así no más; no sé cuando tendré siquiera un animal gordo para vender. »

El humo se ha hecho más espeso; ha invadido la pieza casi hasta el suelo; el aire es irrespirable.

El hombre deja el mate y el cigarro; se levanta, sale y va á su trabajo; el sol está alto ya, y, una vez más, se puede constatar que no por madrugar mucho, se amanece más temprano.





III

A lo que te criaste

«¡Si, señor! ahí mismo, donde estamos, en este puesto, ha sido la primera estancia, la fundadora.

Cuando llegué, el setenta y dos, con el primer arreo, que eran dos mil vacas criollazas, elegí ese sitio por la proximidad de la laguna y lo alto de la loma. Hicimos primero una cueva y la tapamos como pudimos con paja, hasta que llegaron las ovejas, tres mil, si me acuerdo bien; venía con ellas una carreta de bueyes, llena de maderas, herramientas y provisiones, y nos apuramos en edificar un buen rancho, bien rodeado de zanjas hondas y anchas, de que todavía se ven rastros y que hacían de él un fortín.

Es que entonces no era por aquí como hoy y que, más á menudo que el silbato de la locomotora, se oía el tropel de los indios...»

Habría seguido don Narciso con su tema favorito, interesante, por lo demás,—si no hubiera venido el capataz á avisar que la majada del cuadro número 6 estaba encerrada; y nos fuimos todos al corral, á seguir presenciando el recuento anual que siempre venía á hacer don Narciso, durante la semana santa, acompañado de convidados que aprovechaban los lindos días de la estación otoñal, para tomar aire de campo y cazar martinetas.

Y mientras se contaban, después de haber contado ya muchas otras, las cuarenta y pico de veces cien ovejas que desfilaban interminablemente por el angosto portillo, aspirábamos con ganas el olorcillo á asado que se nos venía desde el rancho, esperando con cierta impaciencia el momento de irnos á sentar á tomar mate, bajo los sauces.

La señora del puestero, acurrucada delante del fuego, había tendido ya el asado, apagando con el soplo las llamitas que de las brasas volvían á saltar, golosas, para lamer la carne chisporroteante, cada vez que se desprendía alguna gotita de grasa. Soplaba, echando atrás la cabeza, cerrando los ojos llorosos, y tratando, por un conjunto de horribles muecas que le retorcían la cara, de esquivar el contacto del humo espeso que la envolvía.

Roció con salmuera el medio capón bien dorado, y sacando el asador del fuego, lo vino á plantar á la sombra. Colocó en la cima un trapo, servilleta común para todos los convidados, y en un cajón vacío puso tres platos enlozados y tres tenedores de fierro para los delicados, con un jarro de lata y un balde de agua recién sacada del pozo. Algunas de esas galletas, de cuya calidad se juzga por la cantidad de pedacitos en que se deshacen al golpearlas en la mesa, completaban los aprestos.

Y los cuchillos y los dedos empezaron á sacar tajadas jugosas y suculentas del asado caliente, que chorreaba grasa; y estos hombres, acostumbrados á todos los refinamientos materiales de la vida en la ciudad, mordían, medio agachados, para no ensuciar sus elegantes trajes de campo, un pedazo de carne hirviendo, agarrado con los dedos, cortando el bocado con habilidad criolla, de un tajo dado de abajo arriba.

¡Oh! todos, perfectamente lo sabían hacer, criollos y acriollados, no habiendo entre ellos ninguno capaz de tratar de cortar de arriba abajo, como estos recién llegados, que nunca han aprendido á comer con los dedos y tienen miedo de cortarse la punta de la nariz.

—«¡Alcanzá el trapo, ché!» dijo don Narciso, y limpiándose con él la boca y los dedos llenos de grasa antes de pasarlo á otro:

—«¡Qué asado rico! amigo; no hay tu tía: esto vale un Perú; déjeme con su Esportman y su Rotisería y

sus platos estrambóticos. Un asado á lo que te criaste, así, al asador, no hay para mí festín igual en el mundo.»

Y tomando en el balde agua con el jarro, don Narciso se tragó como medio litro y pasó el jarro á su vecino, agregando con la misma convicción con que puede decir: «¡Qué rico vino!» Rotschild, al probar su chateau Laffite:

—«¡Qué linda agua la de este pozo!»

Ahora, con la digestión principiante, don Narciso queda pensativo, acordándose de sus años de mocedad, cuando con el lazo en el anca del caballo, las boleadoras en la cintura, el sombrero de alas anchas levantado por delante, á lo gaucho, ó por detrás, á lo compadrito, de fular punzó de la India en el cuello, con el cigarro negro entre los bigotes nacientes, de chiripá, muchas veces, ó de bombacha y de poncho pampa, iba recorriendo los campos, aun casi desiertos y sin valor, arreando hacienda, formando tropas, apartando en los rodeos animales extraviados ó campeando lejos los porfiados que siempre querían volver á la querencia.

¿Lo á que te criaste? pero, si casi ha sido la miseria; por lo menos ha sido vida dura, vida de trabajo y de peligros, vida de penurias, de comer cualquier cosa á cualquier hora, de pasar intemperies, cocido por el sol ó pasado de frío, y de dormir al raso, empapado por el agua, en el recado hediendo á sudor.

¿Lo á lo que te criaste? pero, si ha sido á sufrirlo todo y á saberlo pasar sin nada, cuando no había nada; y sin embargo, á estos tiempos que no volverán, de orgullosa y querida miseria, dedica don Narciso, sin decir nada, su más profundo sentimiento y su más tierno recuerdo.

Este dicho: «A lo que te criaste», no le sugiere á él ninguna idea de desprecio para las costumbres añejas: ¡oh! no, y daría por ellas,—si volviera también la juventud,—y su palacete en la ciudad, de piso tan pulido que no se atreve á tirar en él el pucho de los cigarros habanos que ahora fuma; y la salivadera dorada, al rededor de la cual escupe con tanta prolijidad, para hacerle el gusto á su señora; y su cocinero extranjero que no quiere oír hablar de puchero á la criolla, ni ha visto nunca un asador; y la levita de última moda, con la cual, por cierto, no alcanza á tener la elegancia que le daba su traje criollo; y el lustroso sombrero de copa alta con que ha creído deber coronar su cabeza melenuda, en señal de su alta posición; y hasta los sueltos de la vida social que anuncian al mundo atento los menores acontecimientos de su vida privada...

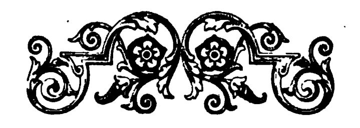
La digestión va en buen camino, y don Narciso, con una sonrisa:

—«¿Qué tal? don Juan Antonio; ¿no va á la Exposición de París?

Y don Juan Antonio, el pulpero, que ha venido de visita, contesta:

—«¡Qué París, ni que exposición! si voy á Europa, voy á mi tierra, cerca de Vigo, en la costa, á comer sardinas frescas, con aceite, y estos chorizos, amigo, que hacen allá, tan sabrosos, con tanto ajo!»

Y casi levanta los ojos al cielo, conmovido,—el corazón está cerca del estómago,—acordándose, él también, de «á lo que se crió», y de su tierra lejana.





IV

Ronda

El otoño, en la Pampa, es divino. El pintor encuentra cierta dificultad para traducir con el pincel lo que ven sus ojos. El cielo es demasiado azul, la tierra es demasiado verde, el sol demasiado dorado; el horizonte no se confunde con el cielo, sino que están netamente cortados uno de otro, aunque se toquen.

Para facilitar al artista la tarea elijámosle un paraje algo quebrado, como los hay; con unos médanos lejanos, tres ó cuatro montes desparramados en

la llanura, de estos montes que parecen indicar grandes estancias; que al caer el sol, parecen enormes, dan casi la idea de selvas impenetrables, y que, cuando uno cerca de ellos llega, se reducen, modestos, á diez sauces alrededor de un rancho, y á una cuadra cercada de álamos.

Pongámosle también un alambrado, con postes algo torcidos; una lagunita, redonda, clara, reluciente como un espejo... ¿Qué más?... Este cielo, señor, con todo, parece mancha.

Para pintar el cielo argentino, con verdad, y sin que se ría la gente, no basta el talento, se necesita génio.

Y para que á nuestro pintor no le salga mamarracho el cuadro, le alcanzaremos cuarta, permitiéndole aprovechar esta columna liviana de humo, de una quemazón muy lejana que, ligeramente, encapota de gris un rincón del cielo.

Ahora que dejó este de ser demasiado azul, coloquemos en la llanura, para que deje de ser demasiado verde, una punta de vacas, coloradas y rosillas, como buenas mestizas que son, que pacen, desparramadas, ó duermen echadas, ó toman agua.

Un caballo ensillado, soñoliento, inmóvil, parece cuidarlas, solo; pero, no; pues del cabestro que cuelga lo sujeta un hombre, perezosamente echado de barriga, perdido entre el trébol florido.

No duerme. No puede dormir; está de ronda.

Lo ha conchabado por día un resero para que le tenga á pastoreo esta puntita que ya compró, hasta que traiga otra que salió á buscar. Si cumple bien, fácil es que lo lleve con la tropa, y la perspectiva de este viaje, productivo á la vez que agradable, le tiene los ojos abiertos y la imaginación agitada.

De cuando en cuando, salta en el pingo, da una vuelta despacio, repuntando las vacas, y se vuelve á estirar en el suelo, de espaldas, esta vez, con el cigarro prendido.

¿En qué podrá pensar, solo, todo el día?—¿Pensará?—¿Os oirá?

Mouches qui murmurez d'ineffables paroles
A l'oreille du pâtre assoupi dans les fleurs..? (1)

¡Ay! las moscas son mosquitos y las espanta. Pero es joven, lleno de salud y de fuerza, y despierto, sueña en todo lo que puede tener atractivo para su alma simple de buen gauchito.

Sueña con cierta chinita, con la cual está medio apalabrado, desde la otra tarde, que entre dos retortijones á una camisa que estaba lavando en la batea, ella le dijo con una sonrisa: « Pregúntelo á mamita.»

No preguntó él nada á mamita; y queda pensando

(1) Moscas que susurrais palabras inefables al oido del pastor amodorrado entre las flores.—(*Victor Hugo*).

que muy bien podría la moza contestarle ella misma. Y piensa también que si va con la tropa, ganará bastantes pesos para traerle de regalo un lindo pañuelo de seda, lo que, múchas veces, ablanda los corazones y vence las resistencias.

Pero también se acuerda que si se va con la tropa, deja el campo libre á don Antonio Moreta, que anda dándole vueltas á la chica. Y este pensamiento amargo le hace fruncir las cejas, y bajo su tez morena, asoma la sangre roja.

—« Bah! dice, casi en voz alta; ¿qué va á hacer ese chueco?»

Con todo, queda con la pesadilla.

Pero, pronto, le pasa por la cabeza el recuerdo del parejero alazán que dejó en el rancho, al cuidado de su hermano menor.

Y una inquietud arrea la otra.

—«¿Quién sabe si el muchacho no va á querer compadrear con él y me lo manca?»

Y del parejero, fácilmente pasa á pensar en un gaucho medio loco, Silverio Montana, que le quiere correr seis cuadras y á quien se la va á ganar robada. Se rie, solo; y brillan sus ojos al acordarse de un tirador todo lleno de adornos de plata, que justamente Silverio empeñó en la pulpería y dejó fundir, que el pulpero le ofreció, mitad al contado y mitad fiado, y que es muy capaz de comprar con la misma platita que le va á ganar en las carreras.

Y, alegre con la idea, salta á caballo, da su repunte, y vuelve á sentarse en el suelo, y deja seguir bailando en su cabeza el amor, la pasión á las carreras, la coquetería, los celos, el deseo de viajar, el temor de irse. Pasan despacio las horas... Y, durante todo el día, ha gozado el intenso goce de vivir, bañado en luz caliente, en aire puro, hombre feliz en alegre paisaje.





V

Protección eficaz

El día que su patrón, hombre influyente en la política local, procurador y agente judicial, amigo del juez de paz y quien sabe qué en la guardia nacional, le aseguró que seria muy fácil hacerle conseguir en arrendamiento un buen lote de campo de estancia, de los del gobierno, con derecho á compra, don Manuel Fernández pensó haber realizado el sueño dorado de su vida, larga ya, de empeñosos esfuerzos, y de trabajo rudo y asiduo.

Honrado y robusto hijo de Galicia, venido al país cuando apenas tenía veinte años, de ninguna instruc-

ción y de poca viveza natural, pero lleno de buena voluntad, se había internado en la campaña, fijándose en el Azul, pueblo fronterizo, entonces, pero importante ya, y lleno de recursos y de porvenir.

A su humilde suerte había ligado la suerte más humilde todavía de una china de por allá, y formado una familia algo numerosa á la cual había conseguido inculcar el amor al trabajo.

No vaciló en aceptar la oferta del que consideraba como su desinteresado protector y que, en su ignorancia, creía ser á la vez que un verdadero hombre de estado, un gran doctor, un distinguido militar, y un hombre de bien.

Puso su firma,—lo que, para él, era el más penoso de los trabajos,—al pie de un documento que debía, según le dijo el otro, asegurar, para más tarde, la propiedad; y se fué con su mujer y sus hijos, á establecerse en tres leguas de campo, algo lejanas, poblándolas á fuerza de años, de privaciones y de trabajo, con bastante hacienda, que sus hijos lo ayudaban á cuidar, haciéndose hombres y diestros en todas las faenas de la ganadería criolla.

El anhelo del padre, el pensamiento de todos sus momentos, la única ambición de su vida, la que sola lo impulsaba á seguir con tesón su constante trabajo, y á sostener con su voluntad la de sus hijos, á soportar valientemente cualquier privación y á permitir que

la soportasen los suyos, era la compra definitiva de ese pedazo de suelo.

¿Y qué más podría ser?

Solo la posesión del suelo poblado por él y los suyos podría asegurar el porvenir de la familia; las haciendas peligran, mueren, dejan la ruina, muchas veces, al que no posee la tierra y tiene que pagar el pasto, que le coman sus animales con provecho para él, ó que solo lo abonen con sus huesos para el propietario.

Llegó, á los diez años, el momento deseado y, con vender una parte de su hacienda, se puso en condiciones de adquirir del gobierno, en propiedad definitiva, el campo que ocupaba, compra á la cual la ley de entonces le daba derecho como primer poblador y arrendatario que siempre habia cumplido religiosamente con su obligación.

Fué entonces que supo que, si bien la propiedad estaba segura, lo era no para él, sino para el que aparecía como verdadero poblador; para su generoso patrón, de quien había reconocido formalmente los derechos, aunque sin saberlo, por el documento firmado.

La tierra había tomado, mientras tanto, mucho valor; el tren se venía acercando al Azul; empezaba la especulación. Gracias al certificado de población real otorgada por el Juez de Paz, el hábil protector pudo sacar con la mayor facilidad las escrituras en regla.

Fernández, todavía conservó la esperanza que, vendiendo casi toda la hacienda, podría quizás comprar el campo á su feliz dueño. Pronto vió que ni con todo lo que tenía, alcanzaría á pagar el precio que este pedía. Y se contentó con seguir trabajando, pagando desde entonces un arrendamiento matador por lo que siempre habia considerado como recompensa merecida de su trabajo, sin que nadie lo hubiese desengañado.

Pero la desesperación había entrado con ese golpe en su alma sencilla.

El subterfugio inicuo le quitaba á traición la posesión real de esa tierra fecundada por sus rebaños, regada, cada día, con su propio sudor y el de sus hijos, y le indignaba ver que todavía se le pretendia exigir agradecimiento por haberle facilitado la ocupación de ese campo durante tantos años, á precio tan reducido; como si fuera servicio el dejarle creer á uno que el niño que cría es suyo, y arrancárselo, una vez que el cariño, con que nos domina lo que nos ha costado penas y trabajo, se ha vuelto incurable.

Para él, este suelo era realmente la patria de adopción que lo consolaba de haber dejado para siempre la tierra natal; arraigado ya de veras, pensaba pasar tranquilo ahí los últimos días de su vida, y dejar á sus hijos, criados en ella, hechos hombres en la ruda tarea de amoldarla por su trabajo á su nueva misión de nodriza, esa tierra querida.

No supo resistir y murió, inconsolable; con razón,

pues la misma borrasca que lo volteó, pronto hizo zozobrar con toda su tripulación tan gentil y guapa, en los escollos de la dejadez y del vicio, la pobre navecilla familiar que tan bien creía haber dirigido....

Los arrendamientos subidos devoraron la hacienda, comercialmente mal manejada por manos inexpertas, y esa Justicia, legal y malvada, que rige á los pobres, acabó su destrucción.

Pocos años después, se cambiaba esa conversación, en una pulpería establecida en el mismo campo:

—«¿Quien es ese gaucho que toma tanta caña?

— Es Romualdo Fernández, el hijo mayor de este gallego viejo, del Azul....

— Ah! si; me acuerdo. Pobre, ¡que lástima! Un muchacho á quien conocí tan trabajador y tan bueno.

— Asi es; amigo.

— ¿Y la madre? que se hizo?

— Anda por allí, de cocinera en el Azul.»





VI

Ropa de abrigo

Tiritando de frío, saltó del mancarrón el muchacho, con su botella en una mano y el pañuelo de algodón en la otra; pasó la rienda por la punta del poste, y, sacando el miserable cuerito de carnero que le servía de recado, entró con él en la pulpería, de miedo que se lo robasen.

Tenía los pies desnudos; la cabeza envuelta en un pañuelo descolorido, un sombrero todo deformado y agujereado, y en las espaldas, un ponchito miserable; una camisita rota y sucia y un pantalón corto completaban el ajuar, capaz de dar frío con su sola vista.

Colocó la botella en el mostrador, y recostándose en él, llamó con fiereza: «¡Mozo!»

Y repasaba con la mirada los estantes llenos de frazadas de algodón y de lana, de ponchos vistosos, de capas de paño azul y negro, de bombachas, pantalones y sacos de todas calidades, tamaños y colores.

¿Les tendría envidia á los que tenían bastantes pesitos para vestirse de los pies á la cabeza con tanta cosa de lujo? ¿Soñaría él en tener, algún día, un sombrero nuevo, un par de botas, medias de color, un chiripá grueso y un poncho de paño con forro de bayeta, elegante, abrochado sobre un saco de rico casimir?

En los ojos, no se le veía pintada más que indiferencia, al recorrer los estantes.

¿Para qué pensar en lo que no se puede conseguir?

El mozo, mientras tanto, muy ocupado en despachar copas de caña y de ginebra á media docena de reseros que acababan de hacer irrupción en la pulpería, no se apuraba en venir á despacharlo.

«¡Mozo!» volvió á gritar más fuerte el muchacho, golpeando en el mostrador con una pieza de dos centavos.

Se dieron vuelta para mirarlo los gauchos y sonrieron.

Bien emponchados venían, como gente que viaja,

la cabeza envuelta en pañuelos, unos de seda, otros de algodón; algunos con botas, los más con alpargatas, y zapateando de cuando en cuando, para quitarse el frío.

Un vecino de por ahí, paisano viejo, los acompañaba; llevaba,—recuerdo de algún viaje al pueblo, seguramente, ó regalo de su patrón,—un sobretodo, ropa muy extraña en aquellos parajes. Muy cansado, el sobretodo, muy usado, con botones de diferentes parroquias; el género, antiguamente negro, al parecer, había de haber sido, después, verdoso, para lograr, al fin, su color actual: amarillento. En partes, llevaba remiendos de otros géneros, de colores más ó menos aproximados al primitivo. El viejo tenía la cara risueña, y por la barba, muy blanca después de haber sido negra, en los mismos años muy lejanos, que el sobretodo también era negro, probablemente, se conocía que juntos habían envejecido y cambiado de color.

El muchacho era conocido suyo: lo saludó afectuosamente, y como había convidado con la copa á todos los reseros, agregó:

—«Servite algo, muchacho!»

Este lo miró un rato, medio serio, y, repasando otra vez con la vista los repletos estantes de la tienda, dijo:

—«¡Mozo!» á ver una tricota.

—Que tricota, ni que tricota, contestó este: ¿tienes plata?

—¡Si me convidó el señor!» y todos se echaron á reir por la gracia del chicuelo.

¡Y qué bien le hubiera venido la dichosa tricota para guarecer sus pobres huesitos de la mordedura del pampero!

Le despacharon algunos centavos de aceite, media libra de yerba y media de azúcar: arregló todo en el pañuelo, se lo ató en la cintura y volvió á saltar en el petizo, alegre y sin tiritar ya, pues el sol de Agosto, ya de regular fuerza, había derretido la helada, y con sus rayos le calentaba las espaldas, como la mejor ropa de abrigo.





VII

La señalada

Hoy es fiesta en lo de don Juan Bautista Etchautegui. Diez de Mayo, luna menguante, tiempo otoñal precioso, una mañana fresca, sin viento; un sol que calienta sin quemar, y, tendida por todo el campo, una alfombra de terciopelo verde, nuevita, flamante. Un día como mandado hacer.

En la cocina se agitan doña Mariana y sus hijas, preparando con huevos y harina, carne picada y

pasas de uva, canela, clavos de olor, sal, pimienta y azúcar, unos pasteles que seguramente dejarán recuerdo á los convidados, sin contar otros manjares criollos, para acompañar el cordero gordo al asador, con cuyo sacrificio se festejará la inscripción de sus hermanos en el registro civil de la hacienda lanar.

Están de señalada. Don Pedro, un cordobés que de todo entiende y sin cuyo consejo no hace nada el Vasco, vino á ver ayer la majada; declaró que estos corderos ya eran gente y que siendo el tiempo lo más favorable, había que aprovechar para la operación el menguante de la luna; y bien pronto supieron los vecinos que en esta casa hospitalaria habría pasteles, cordero y vino para todos los conocidos que se presentasen á ayudar en el trabajo.

Del corral grande han encerrado en el trascorral la majada, por puntas, y de cada punta han sacado y apartado en chiquero especial, de listones bien juntos, para evitar que se escapen, todos los corderos, grandecitos ya, los más, de pocos días, algunos; y las madres, inquietas, vuelven del campo de á una, de á dos, de á puntas, balando, llamando entre los listones á los hijos que se lamentan en tono agudo, y se van otra vez hasta la majada, buscando siempre y cambiando con las compañeras llantos amargos.

Ocho á diez vecinos han aprovechado la ocasión para venir á revisar la majada y apartar las ovejas

de su propiedad que bien pudieran estar en ella; pues siempre sucede que uno que otro animal se corta, sin saber cómo, muchas veces, y se mixtura con la majada del vecino; y como el campo que ocupan Juan Bautista y sus vecinos es todavía campo abierto, sin alambrados, las mixturas parciales ó generales son frecuentes. Entre las ovejas de dos horquetas y muesca de adelante en la izquierda, señal de don Juan Bautista, pasan en los chiqueros muchas otras de punta de lanza, de martillo, rajada, patria, de agujero, de zarcillo y otras señales, en todas sus combinaciones: y se cruzan, corriendo, de un lado para otro, bajo el ojo experto de sus amos, que, con mano ágil y fuerte, las cazan de una pata y las llevan caminando en las otras tres, hasta la puertita del brete, donde las encierran.

A pesar de permitirlo el Código Rural de 1865,—monumento venerable de civilización primitiva; que hoy todavía rige, aunque en estado avanzado de impotente senectud,—nuestros hombres ya no usan sino las señales en las orejas, y han dejado por completo aquellas bárbaras de botón en la nariz, en la quijada ó en la frente, que afeaban tanto al animal, después de haberlo hecho sufrir mucho.



Los vecinos han acabado de apartar sus ovejas: empieza la señalada. Con el cuchillo en la mano,

agachados, don Juan Bautista, su hijo mayor, buen mozo de 18 años, y don Pedro, solos, para evitar errores... involuntarios, apretando ligeramente en el suelo con un pie al pequeño animal que, del chiquero, les han alcanzado, echan la señal en las orejas con mano delicada, y buscando la conyuntura, cortan la cola, casi en la raíz, para las hembras; sacando sólo la puntita de ella á los corderos que hacen capones.

Tres tajos, una vuelta; otro tajo, un balido ahogado, un chorrito colorado, y se van los pobres, desfilando hacia la majada, uno tras otro, con un quejido de melancolía ó de terror, ensangrentados, lastimosos, tristes, avergonzados, menos unos pocos que, al contrario, disparan como si los corriese Mandinga. Las colitas se van amontonando, y cuando se vació el chiquero, se cruzan las apuestas sobre el número probable de corderos señalados.

—«¡Vamos á ver, muchachos! voy á setecientos cincuenta.

—¡Ochocientos! grita otro.

—¡Setecientos! amengua un tercero.

—¡Seis litros de vino seco!

—¡Pago! el que quedó más lejos, pierde.»

Y poniendo, en montoncitos de á diez, las colas casi enteras de las hembras á un lado, y los rabitos de los machos á otro, pronto cuenta don Juan Bautista y proclama: cuatrocientos siete capones y cuatro-

cientas diez y ocho hembras; el total vino después, un poco más trabajoso: ochocientos veinticinco señalados.

— «Paga el de los setecientos. Linda señalada, amigo, en mil quinientas ovejas!»

***

Aumentó la majada; los corderos señalados son de cuenta, y la esperanza parece realidad. Esta sonrisa de la Fortuna llena de gozo el alma del pastor, y se va risueño; calculando lo que le darán de lana, en la esquila próxima, estos corderos hechos ya borregos; y que al año, quizá, muchas de las hembras parirán y que podrá formar, en otro año, una linda tropita de capones.

Para mejorar la lana y agrandar el tipo, comprará carneros puros. ¿Rambouillet ó Lincoln? vacila: la lana fina es muy buscada, pero la carne se vende muy bien para la exportación; y antes que en su espíritu esté resuelto el problema, pasan, en visión rápida, el invierno con sus heladas; la primavera con sus lluvias; el campo pelado por la seca ó tapado por la creciente; la sarna que come la lana; el hambre que come la gordura; los soles del verano que queman el pasto; los temporales en plena esquila, que dejan el tendal de ovejas peladas; la manquera que aniquila, y la lombriz que mata.

¡Bah! ¡Atrás, pesadillas, y viva la ilusión! Y contentos, todos, alegres, narigueando ya con apetito campestre el perfume de la grasa derretida y de los pasteles calientes, se dirigen hacia la cocina, donde doña Mariana y sus hijas se siguen agitando





VIII

Elección pacífica

En lo más fuerte de la trilla, se había embriagado el maquinista; pero don Pedro Guetestán no era de los que se ahogan en una palangana.

Criador experto, comerciante hábil, agricultor perspicaz, para fomentar el progreso del pueblito, se había improvisado, con asentimiento tácito de la población y del gobierno provincial, jefe de policía, juez de paz y comandante militar, y poco le costó improvisarse también maquinista. Y en medio de la densa nube de polvillo que lo enceguecía y del ruido ensordecedor de la trilladora, dirigiendo y haciendo, manejando á sus hombres y á su máquina, pensaba, más que en

las pilas de trigo que iban subiendo, en las elecciones, que tenía, el día siguiente, que organizar, como juez, vigilar, como comisario, y ganar, como fiel amigo del que se trataba de hacer elegir senador, á las barbas del Gobernador.

Eran las once y media, y acababa de interrumpir el trabajo para el almuerzo de los peones, cuando lo vinieron á avisar que en la fonda de Stirloni, del otro lado de la vía, había llegado de la capital provincial toda una comitiva para presenciar las elecciones y que querían verlo.

Inquieto, olfateando á contrarios, se fué de un galopito, sin pasar siquiera por su casa á lavarse la cara, hasta la fonda indicada.

Stirloni, atareado, andaba del mostrador á la cocina, de la cocina al patio, con toda la apariencia de un hombre que tiene la fortuna segura, pero que la tiene que merecer por su trabajo, y glorioso, hinchado, todo colorado, le sopló al oído á don Pedro:

—«¡El sobrino del Gobernador!»

No preguntó más don Pedro; ya sabía á que atenerse, pues era justamente el mismo sobrino este, el candidato de su tío para el sillón vacante. Se hizo anunciar. En el patio estaban ocho hombres, unos de saco, otros emponchados, muestras genuinas del público especial de todas las elecciones de campaña.

El sobrino del Gobernador, hombre muy fino y

perfectamente educado, estaba en su pieza con un amigo. Hizo entrar al visitante.

—«¿Don Pedro Guetestán? preguntó; ¿juez de paz?

—Para servir á ustedes, contestó don Pedro con tono bonachón. Dispensarán el traje; estoy de trilla, teniendo que hacer de maquinista, y ni tuve tiempo de irme á mudar.

—No importa, señor, no importa. Me presentaré: Enrique de la Pizarra; el señor Gobernador es mi tío; y permítame usted presentarle á un amigo, don Eleuterio Martínez, secretario del Ministro de Gobierno.

—Tanto gusto, señores, contestó don Pedro. Dispongan ustedes de mí; estoy á su disposición: aunque, agregó, hoy tengo mucho que hacer con esa trilla, y no la puedo dejar.

—Pero, ¿y las elecciones de mañana?

—No sé nada, señor; los conjueces me han de mandar avisar cuando quieran organizar la mesa en el juzgado. Yo no tengo más que hacer que entregarles los registros, y después de la elección, remitirlos á los escrutadores que se deben juntar en la Carolina.

—¿Usted conoce á los conjueces?

—Poco, señor, de nombre no más.

—¿No es pariente suyo ese don Juan Guetestán que figura en la lista? Su señor padre, creo?

—No, señor; mi padre es extranjero. Mi hermano era; pero murió.

—¡Ah! cuanto siento! Pues mire; le voy á ser franco. Tengo de mi tío orden terminante de ganar las elecciones ó de anularlas. Para ello, tenemos aquí algunos mausers y gente buena. Pero mejor es que usted trate de evitar bochinches, y nos mande los conjueces para que nos arreglemos.

—Señor, creo que todo andará como lo desean; mañana veremos que clase de gente viene á votar. Lo que mas quiero yo también es que no se altere el orden, y pueden contar conmigo.»

Se retiró don Pedro, y una guiñada de los dos amigos significó claramente:

—«¡Un infeliz, hombre! Lo tenemos seguro.»

El día siguiente, por la mañana, reunidos en la orilla opuesta del pueblito, cerca de trescientos gauchos esperaban las ordenes de su verdadero caudillo, don Pedro Guetestán, y este le mandó decir al sobrino del Gobernador que había mucha gente reunida, pero toda contraria, al parecer; que la situación siendo muy peligrosa, le aconsejaba quedarse en la fonda, y que sería de buena política mandase preparar un asado con cuero, allá mismo, para entretener á la gente lejos del juzgado, si no había elección, é impedir que hubiera desórdenes; que él iba, por la forma, á instalar la mesa, como era su deber.

—«¡Que no haya elecciones! más bién, si es así, dígale; exclamó don Enrique. algo emocionado, al oir el mensaje! Que no haya elecciones!»

Y mandó preparar en la orilla del pueblo cercano á la fonda, un asado con cuero, que Stirloni, por su orden, hizo acompañar con dos cajones de cohetes y varias damajuanas de vino.

Empezó el regocijo popular; estallaron los cohetes; el vino desapareció á los gritos de: «¡viva de la Pizarra!» Y á las cuatro de la tarde, pudo don Enrique contemplar con gozo, de la azotea de la fonda, de donde no había salido, los trescientos gauchos que, de á grupitos, se habían venido pasando desde el otro lado de la vía, reunidos al rededor de los restos de su asado con cuero, aclamándolo. Saboreó la suave fruta de la popularidad y mandó á Stirloni que les llevase más vino; Stirloni obedeció, restregándose las manos.

A las cuatro y cuarto, apareció don Pedro en la azotea y, sencillamente, le anunció al sobrino del Gobernador que las elecciones habían tenido lugar sin el menor incidente.

—«Cómo, ¿qué ha habido elección? y ¿dónde han votado? ¿Quién votó?

—Estos hombres, dijo don Pedro, señalando con un gesto de la cabeza á sus gauchos; son electores. Han votado en la mesa instalada en el juzgado.

—¿Y á favor de quién?

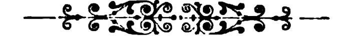
—Debo decirle que creo que su candidato era el señor Corfenú.

—¡Caiga el cielo! ¿y los registros?

—Los hago custodiar, señor, en el juzgado.»

Don Enrique se sintió fumado sin remedio; de buenas ganas, hubiera hecho prender por su gente á ese hombre que, con aire inocente, lo miraba como esperando órdenes: pero no se atrevió. Y cuenta la historia que los registros, bien resguardados de las casualidades del viaje, llegaron á la Carolina en perfecto estado, fueron discutidos y al fin aceptados, pues eran un modelo de corrección y de limpieza, con listas primorosas de nombres y apellidos, sin un borrón, demostrando una elección lo más tranquila, sin disturbios, sin tiros, sin derrame de sangre, un ejemplo para el país entero, pues nunca el Pueblo Libre había expresado su Soberana Voluntad con tanta dignidad y tanta calma, apenas turbada por el entusiasmo bien natural que le había causado su afición al asado con cuero, bien regado, de arriba.

Dicen también que á Stirloni, la comitiva le ha quedado debiendo, desde entonces, unos doscientos pesos; pero estos son percances de la guerra.



IX

Conversación

« ¿Qué tal, don Pascual, como le va?
—Bien, señor, gracias.
—¿Y la familia?
—Bien, gracias, señor, ¿la suya?
—Buena, don Pascual, gracias. »

Don Pascual es un gaucho viejo, de estos que quedan como para muestra de las generaciones pasadas, para enseñar á las actuales de que hierro se forjaban aquellas. A los setenta y tantos años, anda todavía buscándose la vida por esos mundos de Dios, vendiendo pan y tortas, con su cascajo viejo tirado por tres mancarrones flacos, haciendo triquitrac, todo el día, en las huellas de la Pampa.

Pero, ¿quién más flaco que él? Altísimo, apenas

doblado por los años, lleva en invierno como en verano, un inmenso sombrero de paja cuyas alas anchas, por amplias que sean, no llegan á guarecer del todo la prodigiosa nariz, toda picada de viruelas, precioso adorno de su cara risueña.

Hombre pacífico,—por la vejez, será—lleva asimismo en la cintura un larguísimo facón que quizás tenga historia,—pero seamos discretos—y lo hace parecer, cuando se tiene erguido, á un insecto raro atravesado por un alfiler.

—«Y, ¿que se dice de bueno, por allá, don Pascual?

—Nada señor.

—Se venden muchas tortas?

—Pocas, señor.

—La gente tiene poca plata.

—Así es, si señor, la verdad.

—Qué seca! ¿Ha visto, don Pascual?

—La verdad!

—Si sigue así, seguro tenemos epidemia.

—Pues, no! la verdad.

—El año pasado, creciente.

—La verdad.

—Este año, seca; andamos bien.

—La verdad; si señor. Fácil es.

—Y, qué me dice de Domingo? será cierto que le dieron puesto en lo de Unzué?

—La verdad, si señor, así es.

—Tanto me alegro!

—Pues no; si señor,

—Buen muchacho!

—Probable; la verdad; pues no, si señor.

—¿Y como está allí? á sueldo? á interés?

—Mensual, señor; como no; si señor.

—Está bueno; don Pascual! Ah! don Pascual; siempre firme en la cancha; no hay como los viejos, amigo!

—La verdad, si señor; pues no.

—Y para donde va, ahora? ¿á lo de doña Fortunata?

—La verdad.

—Su comadre, no?

—La verdad.

—¿Habrá como dos leguas?

—La verdad; si señor.

—Pero el camino es bueno.

—Pues no; si señor.

—Llegará antes de la noche.

—La verdad, así es.

—Bueno, don Pascual; mucho gusto en verlo siempre guapo.

—Igualmente señor; la verdad.

—Recuerdos á todos allá.

—Serán apreciados; si señor; la verdad, pues no; la verdad.







X

Disparadas

El montaráz, acosado, puede, en los recovecos de la selva, esconderse sin huir, lo mismo que el montañés, en los escondrijos de la sierra ; y, sin fugarse, pueden ambos apelar primero á su conocimiento de la comarca y á su astucia natural, para engañar á los rastreadores y burlar su perspicacidad.

La llanura, donde el ojo alcanza hasta el horizonte, á todos vientos, y donde el menor rancho salta á la vista, no tiene mas misterio que la distancia ; y el primer recurso del gaucho perseguido, el único, es de disparar; disparar á todo correr, sin perder un segundo, sin pararse jamás, en línea recta, como el

viento, como el rayo. Y para esto, cualquier petizo, sin espuelas y sin rebenque, se tiene que volver parejero.

***

—«¿Que hay? que habrá?» preguntó don Gerónimo, al oir un tropel que se acercaba; y, mirando al campo, vió venir, á todo escape, al hijo de su viejo amigo don Servando. Venía en pelo, con la cara descompuesta y los ojos agrandados por el susto. En una vuelta rápida, llegó al palenque, se resbaló del caballo que ya venía cansado; saltó, callado, en otro que el hijo mayor de don Gerónimo, en un abrir y cerrar los ojos, había desatado del palenque y desensillado, y cuyo cabestro, fraternalmente, le alcanzaba.

Y, ¡á volar!...

Un ratito después, aparecia, á su vez en el recodo de la loma, un vigilante, anunciado desde lejos por un marcial ruido de ferretería y por el pesado pataleo de su mancarrón aplastado.

El pobre había hecho lo posible para cumplir con su deber. Cuando divisó á medio kilómetro al fugitivo, y vió que había mudado caballo, vaciló un segundo, pegó un chirlo al flete,—nada más que para que no hablara la gente, y pudiera atestiguar que ya no daba el caballo,—y después de correr pesadamente unos cincuenta metros, se volvió al tranco hasta el rancho, donde lo convidaron á bajarse y á descansar.

Ahí, entre dos mates, contó que Gabino se había llevado una muchacha y que había orden de prisión contra él; que lo había corrido más de veinte cuadras, y que ya lo iba á alcanzar, cuando mudó; que, en conciencia, y aunque lo retasen, le gustaba más así, porque con Gabino eran compañeros desde chicos y que le daba no sabia que, el tener que prenderlo.

—« Por suerte, dijo, se le mancó el caballo al oficial y me mandó solo. De no, ¿quién sabe? Y más, que por haberse disparado, cuando le dió la voz de preso, seguro que le atraca una paliza macuca. Porque es así ese bárbaro; preso que se le fuga, la tiene como comprada... si lo vuelve á prender. »



Puede dar la casualidad que, al cruzar un fugitivo por delante de un rancho, no halle ningún caballo en que saltar; pero si lo hay, parece difícil que se lo nieguen y más difícil, aun, si son dos, que el segundo sea para el vigilante.

¿Porqué será? instinto caritativo, temor de hacerse de un enemigo, compasión para el fugitivo, ó repulsión irreflexiva en ayudar á la policía?

¿Quien sabe? Lo cierto es que llega el hombre, pálido, sin habla, sin aliento, dejando ver en los ojos que imploran, en el gesto apremiante, una suplicación tan intensa que casi exige: urge la decisión; se apro-

xima el perseguidor, la ley armada, con su poderío y su severidad; ¿entregarle á este desgraciado?

—«Si, pues debe ser un criminal ya que la justicia lo persigue; habrá robado, habrá asesinado; es un deber entregarlo.

—¡Es cierto! susurra la razón; mire que.... Bueno, amigo, tome, monte, apúrese, que ya vienen.» En la conciencia del ciudadano que así hizo, al seguir con la vista la disparada loca del infeliz, y á falta de un gozo completo, quedan juntas una vaga esperanza que lo alcanzarán y una media satisfacción de haberle facilitado la fuga.

No hay duda que también con esto duplica la rabia del perseguidor. Haber tenido la presa á tiro, segura, casi en la mano, y verla hacerse humo! Se explica la paliza vengadora. El agente de policía que asegura un preso, lo hace sin enojo; casi le tiene compasión al pobre; pero si se le fuga, dejando burlados sus esfuerzos y su vigilancia, esto ya es injuria personal y no habrá insultos bastante fuertes, ni castigos bastante crueles para vengar la afrenta.

Ya no será bandido por haber cometido un robo ó hecho una muerte, sino porque disparó, y casi desearía el policiano, al volverlo á prender, que un amago de resistencia autorizase las peores violencias.

El cazador se agacha medio compasivo, á alzar la perdiz herida; pero si esta de la mano se le vuela, se

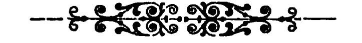
endereza furioso, y ¡ pobre de ella, si los ojos fuesen tiros!

***

— «¿Te acordas, ché, Pedrito, cuando el viejo Antonio disparó de la comisión que lo llevaba, por haber, sin quererlo, prendido fuego al campo vecino?»

Cruzando cañadones y médanos, dejando caer, cada cien metros, para correr más liviano y demorar la persecución, una pilcha del recado, que los milicos se bajaban á levantar, llegó á la estancia con el azulejo hecho sopa y siguió la disparada en el lobuno del capataz.

Pues, de no andar tan apurado, hubiera podido ver en la puerta de su rancho, á doña Eufrasia, su mujer, conversando con el oficial, quién había ido allá, no se sabe si en busca de datos para completar el parte, ó de la mejor prenda de don Antonio.





XI

Caballo criollo

En tropel llegan al corral los caballos de servicio, arreados á galope por un muchacho; con un silbido prolongado en una sola nota, los sujeta en su furia, para que entren más despacio, y no se lleven el corral por delante. Así mismo, quieren todos entrar juntos, y crujen los postes y los alambres, y algo también las costillas, al pasar por la puerta.

Coces, mordiscones, patadas, manotones llueven, y al verlo así por la primera vez, podría creer cualquiera que el caballo criollo es un animal feroz; pero toda su maldad, — que es poca, — la reserva para sus compañeros.

Entró en el corral un hombre, con un bozal en la mano, y toda la caballada, como aterrorizada, se da vuelta, se amontona, atropellando, en un rincón, con mucho bullicio y mucha tierra levantada, pero sin que ningún caballo se permita tener la más remota idea de alzar el pie contra el amo.

El hombre sigue penetrando con la mayor calma en el agitado montón de los animales, eligiendo con el ojo al que piensa ensillar.

¿Tomará ese picaso, ó el pangaré que está á su lado? Malacaras y lobunos, tordillos, zainos, pampas y rosillos, moros, zebrunos y bayos, ravicanos, colorados, alazanes y overos, se cruzan y se remueven. Parece que el Creador, cuando permitió que el caballo se multiplicase en la Pampa, no se dignó emplear para pintarlo, más que algunos colores pasados de moda y mixturados al azar, raspaduras de su paleta.

Y las formas: también hay de todo; desde el petizo, compañero fiel y manso juguete de los muchachos de la casa, hasta el caballo esbelto y elegante que todavía hace pensar en sus remotos antepasados andaluces.

A uno de los mejores, despacito, tieso, se acercó

el gaucho, á pasitos cortos, arrastrados casi, sin levantar el pie para adelantar, con una mano atrás y en ella, el bozal escondido, mirando fijamente al animal con ojo fascinador.

Y el caballo bien parece conocer en esa mirada que á él lo buscan, pues trata de esconderse detrás de los compañeros. Estos se van apartando, uno por uno, y disparan, y también quiere disparar él; pero, por donde que enderece, siempre se encuentra con el gaucho por delante, y con su ojo fijo, clavado en el suyo; da vuelta para correr al otro lado, y otra vez están frente á frente; es un duelo sin armas, un debate mudo.

El animal ya quedó cortado del todo; el último de sus compañeros pasó al otro lado del corral, y quedan solos en el rincón, los dos contrarios, el hombre y el caballo. Este todavía se quiere mover; busca por donde escapar, pero un movimiento rápido del gaucho lo sujeta; un gesto lento, un silbidito, una mirada lo paralizan, hasta que por fin queda inmóvil y permite que la mano del hombre, levantada despacito, se ponga suavemente en su pescuezo, mientras que la otra pasa por debajo y le coloca el bozal en la cabeza.

Esto es *parar á mano,* cosa de caballo civilizado y bien enseñado, que ya no precisa que cada día lo enlacen y lo mortifiquen para agarrarlo. Su educación será completa cuando *sepa comer maiz.*

Elegante era en sus movimientos rápidos, cuando quería escaparse; ahora está atado en el palenque, esperando la voluntad del amo, y, cabizbajo, medio dormido, el ojo apagado, una pata doblada, descansando el pie en la punta de la uña, parece merecer, como ninguno, el título de *mancarrón*.

Sabe quedar así, resignado, horas interminables, frente á la pulpería, donde su amo se entrega á su pasión favorita de llenarse de caña, sin pensar en él, más que para asomarse de tarde en tarde á la puerta y cerciorarse de que siempre están ahí sus pies,... los buenos, pues los en que está parado empiezan á divagar.

Sin comer, sin tomar agua, sin hacer más movimiento que el de cambiar de cuando en cuando la pata en que descansa, enfrenado, ensillado con el pesado recado, bajo los rayos ardientes del sol, las ráfagas de viento y de tierra ó los torrentes de lluvia, ahí queda, sufrido, paciente, triste.

Y cuando, bamboleando, salga por fin el bruto que tiene en su poder al pobre animal, este, dócil y sin rencor, lo llevará despacio, con precaución y sin tropezar, hasta el palenque del rancho, donde puede ser que todavía tenga que esperar otras horas más, antes que lo desensillen y le den las gracias con un lazazo en el lomo, autorizándolo á que busque por allá con que no morirse de hambre y de sed.

Pero el *mancarrón* así tratado se volverá pingo

guapo, capaz de hacer veinte leguas en el día, por tal que lo cuiden un poco; será el valiente corcel, que en los trabajos de corral y de rodeo, elegante, ardiente, rápido, fuerte, audaz, capaz de voltear con el pecho un toro pesado, de sujetar enlazado al animal más fuerte, lucirá de veras todas las admirables calidades de su raza.

Tampoco teme las balas, y como todos los caballos descendientes del árabe, es un gran caballo de guerra.

¡Pobre caballo criollo! tan feo á veces, y tan bueno! Antes que te vayas desapareciendo, lo que será pronto, perdido, disfrazado, ahogado en mil cruzas y mestizaciones con razas que quizá no te den tantas calidades como las que te quiten, te he querido dedicar cuatro renglones, en recuerdo de los goces que me diste, y en testimonio de mi admiración.

De los que hubieran debido hacerlo, ninguno ha querido tomarse el trabajo de devolverte las elegantes formas de tu raza, que generaciones de amos ingratos te han dejado perder. Ponderan tu resistencia, tu guapeza, lo sufrido que eres, tu valor y tu docilidad, las virtudes, en una palabra, que no ha podido quitarte su desidia secular, pero no han hecho nada para ayudarte á conservarlas incólumes.

Creyendo reparar sus faltas hacia tí, te han cruzado con ingleses agalgados que te han quitado tu fuerza, sin darte su ligereza; con alemanes enormes que te

han vuelto lerdo; con percherones opíparamente mantenidos que, de sufrido y sobrio, te han hecho delicado para el comer, goloso y exigente; sin que ninguno hasta hoy, te haya hecho más bonito: y pronto solo quedará de tí el recuerdo de que si bien de poca alzada, por lo menos eras de gran corazón.





XII

Idilios agrestes

La esquila estaba en su auge. Las guirnaldas verde claro, cada día mas espesas, de los sauces llenos ya de revoloteos y de gorjeos impacientes, acariciaban, al menor soplo de la brisa, los techos de paja, mientras las hileras tupidas de los álamos iban cerrando su discreta cortina verde-obscuro sobre los suaves misterios de la naturaleza enamorada.

Los insectos, entre el pasto, los pájaros en el monte, las mariposas en el prado, lo mismo que los bichos silvestres en el campo y los animales domésticos en sus rodeos, se buscaban, se amaban, y peleaban entre sí para obedecer á la ley bestial y divina de la reproducción.

¿Y porqué, entónces, no hubieran sentido moverse en sus venas, más activa, su sangre juvenil, todos estos muchachos, ocupados todo el día en hacer correr la tijera en el lomo de las ovejas? ¿Qué había de extraño que en el tendal, donde trabajaban, mixturados, hombres y mujeres, corriese, de vez en cuando, una mirada rápida, una guiñada de ardiente deseo, seductora en su brutalidad? Y los ojos, grandes y negros como la noche, porque no hubieran contestado, perversos, unos, humildes, otros, y agradecidos; ó con estas miradas de simulada indignación, severas, imponentes, que disfrazan la picaresca sonrisa pronta á asomar y á comprometerlo todo.

Las viejas no dejan de vigilar á las muchachas, para tratar de impedir lo que ellas mismas, ¡ay! no han sabido siempre evitar. Rezongan, como si no se acordasen el tiempo en que cualquier guitarra les hacía cosquillas, y como ya poco las sacan á bailar, quieren hacerles creer á las chicas que todavía no les ha tocado el turno:

—«Pero si con dos plumas vuelan, hoy, comadre; ¡ si es un escándalo !» decía, entre dos tijerazos, misia Crispina á doña Carmen; y esta, en vez de contestar, tuvo justamente que enderezarse, para pegarle un sopapo á Damiancito, hijo de la misma doña Crispina, diciéndole:

—«Pero, no te pasés, mocoso; que sos muy ternerito.»

El ruido de las tijeras asorda las palabras atrevidas, y las respuestas, irritadas ó benévolas. Al rededor de la piedra de afilar es donde se podrán soltar las declaraciones osadas y esperar, refregando las hojas de acero en la piedra mojada, el asentimiento deseado á la cita nocturna.



Escolástica no ha sabido resistir á los avances de este loco de Cirilo y le prometió, imprudente, de estar bajo los sauces, á mano derecha del galpón, á las nueve y media de la noche. Cirilo, como dispuesto á dormir, después de la cena, tendió el recado en un lugar apartado, para quedar libre de curiosidades peligrosas, y á la hora indicada, á tientas, andaban ambos buscándose en las tinieblas, con los brazos extendidos y las manos abiertas, hasta que se juntaron y empezaron á conversar.

—«No lo vaya á saber mamá, ni nadie, dijo Escolástica, casi arrepentida ya de haber venido.

—¿Quién va á saber nada? contestó Cirilo; y á más: ¿qué mal hacemos? Conversamos un rato, y, ¡á dormir!»

Y así hubo de ser, seguramente; y nadie hubiera sabido nada, tampoco, si algún fauno errante que, por casualidad, arrastraba por allá, entre los árboles, el chiripá, no hubiera contado á sus compañeros lo

que en la obscuridad, decía que había visto. Mentiras, por cierto; pero estos esquiladores son muy pillos, y, por la mañana, temprano, se juntaron unos diez ó doce, bajo los sauces, y al rededor de una mata de paja muy pisoteada y quebrajeada, estaban todos,—¡las risas! – escarbando la tierra con el pie, imitando los bufidos de los vacunos enojados ó llorones, cuando se juntan en el sitio donde se carneó una compañera.

—«¡Si serán zonzos!» dijo, entre enojado y complacido, Cirilo á Escolástica, toda ruborizada y más dispuesta ella, á llorar que á reirse...

—No llorés, Escolástica, que á otras les pasa peor.



-- «Mirá, Natalia; ¡pisá derecho, pisá derecho! ese mozo no me gusta», decía á su hija mayor doña Pepa; y rascando con la bombilla el fondo del mate, como muy atenta á lo que estaba haciendo, sin mirar á la muchacha, agregaba:

—«Es lindo hombre, no digo nada, y bien parecido, pero no por eso te dejes engañar. No se ocupa más que en jugar, no tiene nada propio ; vive, como vago que es, en cualquier parte, de agregado; sin contar que dicen que debe una muerte en el Tandil

No me gusta ese mozo, y si viene cuando no estoy, échamelo afuera.»

Pero Natalia, toda empapada en indulgencia para el mozo en cuestión, cuando se apeaba en el palenque sin decir siquiera: «Ave María», no hubiera tenido valor para ordenarle que se mandara mudar. Un día, se encontró sola en el rancho;—los hermanitos estaban en el campo y la madre quién sabe dónde —No pudo mas que dejarlo entrar y sentarse, y le empezó á cebar mate.

—«Vamos á ver Natalia, dijo de repente el gaucho; he espiado este momento que estás sola para decirte, por última vez, que te quiero llevar conmigo.

—«Oh! no sea loco!» le dijo la china, gallarda moza de 18 años, con unos ojos, unos dientes y un pelo que bastaban, apesar de sus facciones algo toscas y de su tez muy morena, para hacer de ella uno de estos lindos tipos de criolla que, con una sola generación criada en la ciudad, engalanan á sus hijas con esa hermosura perfecta de la mujer argentina.

—«Ya sabe que no soy de esas.

—Si no es á las buenas, será á las malas; pero me lo juré.

—Aunque se lo haya jurado».

Y la muchacha, desengañada ya, pero resuelta, pasó por detrás de una mesa para guarecerse. Los dos hermanos estaban repuntando la majada; y, sola su alma, temblaba, con razón, pobre palomita en las garras del halcón.

El gaucho se levantó y se dirigió hacia ella. Hom-

bre alto y delgado, de porte elegante, decentemente vestido á la criolla, de facciones que hubieran sido lindas, si los ojos pequeños no hubieran revelado la salvaje perversidad del alma y la pasión sin freno, la persiguió al rededor de la mesa, hasta que salió ella, corriendo afuera y gritando. La seguía de cerca: pronto la alcanzó, cuando llegó á la zanja, y cazándola de la opulenta trenza, la volteó brutalmente.

Pero los niños llegaban, enancados ambos en su petizo, y ya que no podía saciar su pasión, sacó el cuchillo y cortándole la trenza, dejó á la niña tirada en el suelo, desmayada, y se fué á desatar con toda tranquilidad el caballo, diciendo:

—«Siquiera me llevo lindo recuerdo.»

Menos cruel fué que aquel chino, que en vez de la trenza, le cortó, por celos,—en una reunión, y antes que nadie se hubiera podido interponer,—al desgraciado objeto de su pasión salvaje, una oreja.

No son todos así, y no por haber abandonado el hogar paterno, enancada con un bizarro criollo que una noche la vino á llevar, deja de ser feliz una que otra buena moza á quien le toca la suerte de llegar, despues de tener muchos hijos, á ser «la mujer por la iglesia», del atrevido galán.





XIII

Hospitalidad

Desde las cinco de la mañana que habíamos salido, mi peón Pancho y yo, arreando la tropilla, solo habíamos descansado tres horas en la siesta, volviendo en seguida á pegarle fuerte y parejo; no que nos corriese ninguna prisa, sino que, por la edad, ni uno ni otro habíamos aprendido todavía á andar despacio con caballos buenos. Con todo, eran las siete, de noche casi cerrada, y empezábamos á sentir la vehemente necesidad de echar algo al buche; las ganas de descansar vendrían seguramente después.

Pero, ¿dónde? ¿cómo?

En estancias grandes, siempre dispuestas á darse

aires feudales, ni pensarlo; y la casa de negocio más cercana quedaba muy lejos. Ir allá quebraba nuestra cortada de campo en línea recta hacia nuestros pagos.

También era más fácil encontrar verdadera hospitalidad en el simple rancho de algún hacendado pobre que en las mismas casas de negocio, que siempre tienen el recelo de ser una presa tentadora para los aventureros, y que por esto se contentan con edificar á cierta distancia de la casa, y cerco afuera, una ramada sin puerta, donde el viajero nocturno encuentra lo necesario para cebar mate,—si es que trae yerba,—y... el suelo, para tender la cama.

Poblaciones, había pocas, en aquel tiempo, por allá, y tan pobres, algunas, que más valía tender el recado entre las pajas que pedir semejante hospitalidad.

Vimos, por fin, en medio de las sombras ya espesas de la noche, una luz que pareció un sol á nuestros estómagos hambrientos; pues no solo brillaba en un ranchito que tenía que ser cocina, ya que estaba al lado de otro edificio más grande, sino que, á veces luz de candil, también resplandecía, por momentos, como fuego de asar carne.

Nos acercamos, y en medio del bullicio de los perros, pedimos licencia para desensillar, al dueño del puesto, que acababa de encerrar su majada.

Era uno de esos buenos criollos que, con su pequeño haber y su familia numerosa, viven sin pensar demasiado en el día de mañana, porque les parece bastante

pensar en el de hoy, y en los cuales la cordialidad lleva el lugar de la codicia ausente. Nos ofreció la casa y nos convidó á pasar adelante.

Desensillamos, se maneó la yegua, y, arreglada la tropilla, llevamos á la cocina nuestros recados.

Allí nos encontramos con la patrona, que con dos de sus hijas, estaba preparando la cena, y después de cambiar con ellas los apretones de manos del protocolo campestre, empezamos á saborear el mate amargo que nos alcanzaban las muchachas.

¡Cosa rica, un cimarrón, después de un buen galope!

Libre ya de sus quehaceres, pronto se juntó con nosotros el dueño del puesto, y quedamos charlando con él hasta que se sirvió la cena, á la cual hicimos el debido honor, siguiendo nuestra conversación sobre los campos de afuera, de donde veníamos y á donde nuestro huésped pensaba ir.

Pero las sobremesas son cortas, en el campo; los ojos que se han abierto temprano, temprano también se cierran; los cuerpos que desde la madrugada, se han agitado sin cesar, en movimientos violentos de todo género, apenas han tomado su frugal alimento, aspiran al reposo.

Bien lo vió la buena señora y le dijo al marido:

—«Bueno, Antonio; mira: este señor querrá descansar. Dejáte de conversaciones y ayúdame á sacar el catre.

—¡Qué catre, señora, ni que catre! Puedo dormir en mi recado. No se tome tanta molestia.

—Ninguna, señor. No somos muy ricos; Vd. dispensará; tenemos pocas comodidades, pero siempre estará Vd. mejor que en el suelo.»

¿Quién no se hubiera dejado hacer? Un catre no es, por cierto, cama de sibarita, pero me tendí voluptuosamente entre las limpias sábanas de algodón, sin tener tiempo de fijarme que eran cortas y que olian á jabón, pues el sueño que me acechaba, apenas hube descansado la cabeza en la almohada, se apoderó de mí. No sé si el catre soñó, esa noche; puede ser, pero yo, no.

Y el día siguiente, al amanecer, volvimos á emprender la marcha, llevando de esa pobre morada el inolvidable y grato recuerdo, lleno de tierno agradecimiento, que siempre deja al huésped que se va, lo que, sin más obligación que el impulso de su buen corazón, ha hecho por él, el huésped que se queda.

A éste, lo llena de íntimo gozo la satisfacción de haber cumplido con su deber de sociabilidad; á ambos les queda la firme y fundada convicción de que, cualquier día, y en cualquier circunstancia que se vuelvan á encontrar, tendrán un amigo con quien contar. Y esto basta para explicar por qué ha sido siempre sagrada la hospitalidad, desde los tiempos más remotos.

Apenas habíamos hecho cinco cuadras, cuando me dijo mi peón:

— « Patrón, he dejado la tabaquera en la mesa del comedor; siga no más Vd. arreando, por favor, que ya vuelvo. »

¡ Mentira !—me acordé que durante la cena, los ojos negros de la hija mayor de don Antonio habían cambiado tiros con los ojos pardos del amigo Pancho ; y pensé que lo que había dejado allá, no era la tabaquera, sino,—colgado de alguna mirada, – un jironcito de su incauto corazón.

Cuando volvió, le pregunté si había encontrado lo perdido, y me contestó que no, peró que le habían prometido, si lo encontraban, de guardárselo.





XIV

Estación nueva

—«Tata, este señor que tiene tres galones de oro, ¿es el dueño del tren?

—No, hijo, es el Jefe de la Estación.»

Quizás, esta contestación, hecha con la intención de aminorar en el espíritu del muchacho, la opinión exa-

gerada que por lo reluciente de la gorra, se iba formando de la autoridad de aquel señor, no hará más que aumentar su admiración por él.

¡ Jefe de la Estación ! nada menos ; Jefe, ya es algo; pero jefe de esta casa tan linda, tan elegante, tan bien edificada, mucho mejor, por cierto, que la mejor estancia de estos pagos lejanos, á penas poblados todavía ! Y la importancia que á sí mismo se da, casi sin querer, este personaje tan galoneado, no contribuye poco á infundir en los ánimos sencillos y algo infantiles de los habitantes de la campaña, un respeto instintivo.

Es que se da vagamente cuenta la gente que el Jefe de la estación tiene una autoridad bien definida, sus graves responsabilidades, sus momentos de trabajo penoso, y que merece por esto el respeto que le otorga. Tampoco ignora el vecindario que el Jefe de la estación tiene sus medios de favorecer á sus amigos y de perjudicar á sus contrarios. No será dueño de los vagones, pero lo mismo que en un momento, los consigue en cantidad para el agente de carga don Fulano, lo mismo, don Zutano simple estanciero, y don Mengano, agricultor, tendrán siempre que esperar unos cuantos días para poder cargar la mitad de su lana ó de su trigo: y ese poder oculto obliga á los más resabiados á caminar derecho, y á pagar, calladitos, á don Fulano, agente de cargas, una pequeña comisión.

Á más, una estación nueva es, al poco tiempo de ser librada al servicio público, el gran centro de reunión para toda la gente que vive en su relativa vecindad. En los pueblitos de campaña, la hora del tren es el gran momento del día, y si no cae muy temprano ó muy tarde, si no coincide con las horas del almuerzo ó de la comida, el andén de la estación viene á ser el paseo de moda, donde exhiben las bellezas locales, sus más vistosos atavios, sus más atrevidas elegancias, haciendo gala de arrogantes posturas, al ostentar las últimas obras maestras de sus modistas ingenuas y bien intencionadas.

En campo raso, en tierras lejanas, la estación, perdida en la soledad de la llanura, forma pronto el núcleo de las relaciones humanas. Muchas veces, en los primeros meses de su existencia, solo pasa por ella un tren de ida y un tren de vuelta, cada dos dias, y esa misma escasez de comunicaciones las hace más preciosas.

Mucho antes que llegue el tren, esperado con ansiedad, sobre todo el que viene de *adentro*, se va juntando la gente en la estación. Unos vienen á esperar á algún pasajero, otro á buscar cartas, aquellos á recibir una carga. Los mayorales de las galeras que de la estación salen á la llegada del tren, para internarse á grandes distancias, donde no alcanzan todavía los rieles, andan atareados, juntando encomiendas traídas por los trenes anteriores. Un

mercachifle descarga de su jardinera, en medio de un infernal cacareo, jaulas llenas de gallinas destinadas á la ciudad; los pasajeros esperan que el Jefe se digne abrir su ventanilla, siempre colocada por la sabiduría de los arquitectos especiales, en un zaguan abierto á las corrientes de aire más matadoras, y donde parecen juntarse para pelear todos los vientos de la Pampa.

Las conversaciones hacen pasar el tiempo de la espera; noticias de todas partes y de todas clases se cambian entre los presentes, y basta esta media hora para que cada uno se vaya después á su casa, sabiendo que murió don Juan, que se casa la hija de don Antonio, Josefina, con ese condenado haragán de Basilio, que la mujer de don Juan Bautista ha tenido otro hijo; que las lanas están firmes y que los cueros suben; que el trigo vale poca plata y que el maíz es invendible. También la política da lugar á unas cuantas coplas no del todo desprovistas de sabor, y se van formando las opiniones sobre cuales son, de los vacunos ó de los radicales, los que han falsificado con más descaro las últimas elecciones.

La señal ha dejado caer su brazo; la campana sonó; el tren no puede tardar. Allá, á lo lejos, siguiendo con la vista la doble hilera de rieles que se van juntando en la lontananza, se divisa un bultito, al parecer inmóvil, y que sin embargo se viene ligero. Pero por ligero que venga, la llanura es tan llana, la

línea tan recta, y se ve desde tan lejos que parece que nunca llegará. Poco á poco, sin embargo, crece, aumenta; se divisa el humo, se oye el silbido prolongado, se percibe el sordo rumor de la máquina en marcha y del deslizamiento pesado de los vagones sobre el riel; y pronto llega, y se para en medio de una nube espesa de polvo, haciendo temblar los vidrios de la estación y llenando todo el andén de un movimiento desordenado, de gritos, de llamadas, de carreras, de atropellos, al cargar y descargar las encomiendas que se van y las que llegan; recados, baules, catres, atados de colchones, muebles primitivos, cajones de comestibles, herramientas de trabajo, marcas de hierro para la hacienda. De los coches de pasajeros, bajan uno que otro estanciero, una ó dos familias, todos cubiertos de tierra, una bandada de napolitanos que vienen mandados por la Inmigración y que quedan azorados, con sus *lingeras* á los pies, y suspirando, desconsolados: «¡América, América!»

Sonó la campana; y el guarda-tren gritó: «¡Listóoo!» contestó el silbido de la locomotora; una pitada más, y, refunfuñando, la máquina mueve sus ejes y toma su vuelo para más allá, dejando en el silencio, en la soledad, por dos días eternos, la estación y su jefe, con la sola sociedad de su peón y de su manipulador.

Pronto se extingue hasta el ruido del tren; allá, á lo lejos, se va perdiendo en el horizonte el bultito

envuelto en su nube de tierra, y se vuelve á oir clarito el susurro trémulo, monótono, incesante del viento que cuchichea, cambiando chismes con los hilos del telégrafo.

***

Cinco minutos después que salió el tren, cruza el paso á nivel una linda tropilla de buenos caballos, arreados por un estanciero de afuera y su peón.

Ha salido de su estancia lejana, al aclarar; pero son veinte leguas, era la primera vez que iba en busca de la estación nueva, y hubo vacilaciones en el rumbo, hasta que por fin, vió colorear en el horizonte, á tres leguas de distancia, como un metéoro enorme y raro, de un rojo turbio, como el sol, al ponerse, en tiempo de seca; adivinó el techo de tejas de la estación, agrandado y deformado por el espejismo.

Apuró sus caballos, todos buenos, sanos y fuertes, pero algo pesados por la marcha y el calor, admirando desde lejos, la importancia de los edificios hechos por la compañía: un castillo colosal, una torre altísima, con un globo grande en la punta; otras torres más delgadas, y blanqueando en una extensión considerable, muchos edificios de varias formas, con techos altos unos, con techos bajos, otros.

A medida que se vino acercando, conoció el viajero que el castillo colosal no era más que el depósito de agua; la torre con globo, uno de estos molinos de viento

que si bien tienen pintado en las alas que el viento es barato, no dicen que las composturas son caras; que las otras torres eran semáforos, y los demás edificios simplemente un galponcito, un corral de embarque para la hacienda y unos cuantos vagones esperando carga.

...Tambien vió salir el tren, cinco minutos antes de llegar, á pesar de sus desesperados esfuerzos para alcanzarlo.

¡Paciencia! y tomarlas como Dios las manda.

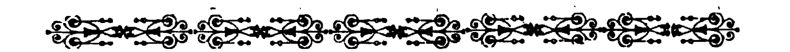
—«¿Cuando saldrá tren ahora para afuera? preguntó al jefe de la estación.

—Pasado mañana, á la misma hora.

—¡Caramba! he llegado con mucha anticipación.»

Se sonrió y se fué á desensillar en un boliche vecino, embrión recién brotado de la futura populosa ciudad que quizás, algún día, rodee la estación solitaria de hoy.





XV

Bosquejo cordobés

En cada estación donde paraba el tren, una banda de música mezclaba sus acordes al estrépito de las bombas, y un coro de niños y niñas saludaba con cánticos á su ilustrísima señoría el obispo de Córdoba, en gira episcopal.

Daba gusto ver el cariño verdaderamente filial con que los moradores de cada pueblito ó villa naciente venían, unánimes, á recibir la bendición de su Pastor.

Él, de aspecto sencillo y bondadoso, con una sonrisa de afectuosa y paternal satisfacción, distribuía su bendición á los feligreses apiñados en rededor suyo,

extendiendo la mano para que, arrodillados, besaran el anillo los numerosos sacerdotes y seminaristas que lo venían á saludar; y esta recepción tan despojada de solemnidad y de ceremonias oficiales parecía todo un cuadro de la iglesia primitiva.

Estas manifestaciones, tan ingénuas y expontáneas, ponen de relieve ciertas diferencias morales que, á pesar del continuo roce favorecido por la multiplicación de los ferrocarriles, existen todavía intactas entre las poblaciones de la provincia de Córdoba y las de las provincias limítrofes.

Puede ser que el centro de la docta ciudad se haya librado algo de estas costumbres añejas; pero no así los suburbios, y menos los pueblos antiguos de la campaña.

En estos, las casas, de construcción colonial y de paredes espesas, con sus seculares adornos sevillanos, discretas y cerradas como conventos; las calles angostas, silenciosas, donde los escasos transeuntes se sienten vigilados, espiados y sondeados por ojos escudriñadores en acecho detrás de las celosías; las iglesias numerosas, cuya vitalidad interior afirma á cada momento el bullicio de las campanas; la frecuente aparición de algún monje ó monja; la abundancia de clérigos, todo dá la impresión de que allí domina, impera, el espíritu sacerdotal.

A primera vista podría creer el forastero que los habitantes observan una especie de vida monacal y

tenerles lástima, sino le fuera dado penetrar en algunas de estas casas, donde reina la calma alegre de familias numerosas, en un cuadro de verduras y de flores encantador y que desdice del todo la apariencia exterior, tan severa, de la morada.

En realidad, si el espíritu sacerdotal ha impreso su sello peculiar á los seres y á las cosas en toda la provincia de Córdoba, no es más que superficialmente.

El terreno era adecuado, la población dispuesta á aceptar sin dificultad y á acatar docilmente las órdenes de cualquier poder, y como no se necesitaba fuerza para imponerse, pues nadie se resistía, ha habido atracción natural y consentimiento mútuo entre los afables dominadores clericales y los mansos dominados voluntarios.

Pero sería de lamentar que cundiese en toda la República el espíritu de esta población, por naturaleza humilde y buena, que, gobernada por un poder de modales siempre suaves y de energía puramente oculta, y dedicada solo á conservar y nunca á progresar, ha guardado intactos sus inofensivos defectos nativos, adquiriendo pocas de las calidades de viril arranque que necesita para adelantar, toda sociedad moderna.

Hasta en la buena clase media, el acento característico, la pronunciación cantante y lenta, se va perdiendo muy despacio, y queda como una queja lánguida contra los cansancios que trae consigo la agitación inútil y fastidiosa de los tiempos actuales.

El forastero activo, emprendedor, que cae en una población cordobesa y se empieza á agitar para hacer negocios, se expone á muchos comentarios más bien desfavorables, y poco faltará para que lo consideren como plaga.

Aunque el cordobés, á primera vista parezca practicar la economía, no le faltan ganas de tirar la plata, y será, en caso oportuno, tan gastador como cualquier otro; lo que lo detiene es que siempre se acuerda que para lograr *dinero* es preciso *trábajar*, y el *trábajo* no le gusta mucho.

Piensa filosóficamente que es mejor restringir sus necesidades, que darse el trabajo de conseguir tambien lo supérfluo.

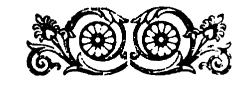
Prefiere el esfuerzo pasivo de la economía que asegura el pan, al esfuerzo del trabajo creador, que hasta el pan arriesga; y el sueño de todo cordobés de situación media, es el empleo, el empleo que dá poco trabajo y conserva la olla parada: conseguirlo y guárdarlo, pues un cordobés destituido es un hombre muerto.

La mansedumbre en los modales, la indulgencia para las faltas sin escándalo, una oficiosidad discreta y bastante efectiva, una paciencia de gente sin apuro, una bondad que parece burlarse algo de sí misma, como si hubiera perdido sus ilusiones sobre la gratitud humana, y una extremada cortesía son las calidades cordobesas dominantes, todas de esencia

eclesiástica, y que merecen, por cierto, ser apreciadas,—pues hacen la vida muy llevadera.

Todos tienden con empeño en no vejar á nadie, ni á sus mismos contrarios, y,—otro rasgo eclesiástico,—cuando se haga necesaria la querella, se apelará, no á las armas vulgares, sino á las de la justicia, bajo la forma inquisitorial de la denunciación, peleando á carcelazos.

Pero son excepciones en esta sociedad sumamente amable y culta; suave, pero de perfume algo apagado, como la flor de ciertos rosales desprovistos de espinas.





XVI

Recuento

La majada está en el corral: el mayordomo debe venir á contarla, como lo hace mensualmente, para ver si faltan animales, y por esto es que, á pesar de la hora algo avanzada, la puerta queda cerrada.

Algunas ovejas, cansadas de dormir y de rumiar, se levantan, se estiran, se sacuden, dan despacio algunos pasos, se rascan contra los lienzos, topan suavemente una con otra, para desentumecerse y quitarse el frío.

En un rincón, se levantó un carnero; después de sacudir el rocio, se aproxima despacio á las ovejas echadas y juiciosas. Las olfatea al pasar; se para,

entreabre la boca, alza el labio superior, mostrando la encía y los dientes, aspira con fuerza el aire, gruñe, agacha la cabeza y con la mano y el aspa, obliga á levantarse una borrega que le gustó. Esta huye, pudorosa, dando vueltas, y el carnero, al seguirla, se encuentra frente á frente con un competidor.

¡Cancha! que van á pelear. Las ovejas se paran; unas miran, al parecer indiferentes; otras se retiran, como desdeñosas de esas brutalidades. Y empieza el combate. Reculan despacio los carneros: vuelven corriendo, y, con un tope tremendo, chocan las cabezas, y otra vez, topan: y otra vez: y siguen los topes, hasta que las frentes coloreen. Los otros carneros vienen á juzgar los golpes, y empiezan todos á topar entre sí, armando un bochinche que, en la vida social ovina, seguramente merecerá el título de sensacional.

Llegó el mayordomo. El puestero y los peones saltan en el corral, y, después de abrir entre dos lienzos una puertita angosta, van aproximando despacio á ella las ovejas, para que salgan de á una.

—«¿No le faltarán animales, hoy, don Pedro?

—No, patrón, no. Anoche, al encerrar, vi que estaban todos los animales conocidos: dos ovejas negras y un capón, dos capones overos, una oveja con dumba y un capón con cencerro.

—En el último recuento eran 1233.

—¡Cabal!»

Recelosas de lo que quieren exigir de ellas, las ovejas avanzan lentamente hacia la puerta, no atinando á ver la apertura pequeña que les han preparado; hasta que una oveja vieja, para la cual la vida ya no tiene secretos, se para, mira el campo por la rendija, se acerca, se vuelve á parar, estira el pescuezo, pasa despacio, haciéndose chica, mezquinando las costillas, y, viéndose libre, se va adelante: y sigue la chorrera, entre el mayordomo y el puestero, que cuentan ambos, con atención, los animales á medida que van saliendo.

No se necesita ser un gran matemático para contar ovejas, pero dudo que un gran matemático alcance, si lo hace por la primera vez, y también por la segunda, á contar cien sin equivocarse.

Pasan á la vez animales chicos y grandes; pasan de á uno, de á dos, de á cuatro; pasan atropellando unos, y corriendo, parándose otros ó caminando majestuosamente; se corta el desfile, vuelve á correr; con la tierra en los ojos y el sol, también, si se ha cólocado mal, el novicio seguramente llegará á ciento quince ó se quedará en setenta y tres, cuando cualquier paisano le cantará cien y que será cierto.

«¡Cien!» dijeron juntos nuestros hombres, y cortando la corriente con el pie levantado delante la puertita, el mayordomo hizo en la cartera una rayita con el lápiz y el puestero una tarja en el lienzo con el cuchillo.

Se echaron atras las ovejas; pero un borrego que iba á salir con la madre cuando lo hicieron parar, volvió hacia la puertita, ya que quedó libre, y pegando un brinco fenomenal y un balido agudo, salió disparando, seguido por otros, que atropellaron todos juntos, se apretaron en la puerta angosta, cayeron, se levantaron y volvieron á correr para juntarse con la majada, que, ya sujetada por un muchacho á caballo, empezaba á comer.

Un capón grande, el del cencerro, como que era de campanilla, se quiso lucir; tomó cancha, reculando, y como para enseñar á las ovejas de qué era capaz, saltó por la puertita, viniendo á pegar con la frente y con toda su fuerza en un alambre estirado en la punta de los postes; dió vuelta entera, cayó patas arriba, y se quedó de lomo, azonzado, un buen rato.

Las ovejas no se rieron; por lo menos, nadie las oyó.

Entre los últimos animales, llegó un carnero viejo, de aspas abiertas y largas, que de frente no alcanzaba á pasar; tuvo que retroceder; pero volvió otra vez, con la serenidad que da la experiencia; se arrodilló, y con paciencia, poniendo la cabeza sesgada, acabó por franquear el obstáculo.

Y cuando hubo salido toda la majada, no quedó más que una pobre oveja vieja, flaca, manca, á la cual, así mismo, tuvieron que perseguir por todo el corral; que, al querer saltar por encima delos lienzos,

quebró un listón, para probar lo cierto del refrán: « Que la oveja más ruín rompe el corral», y que, al fin, salió, tirada de espaldas por encima de los lienzos, por un peón encolerizado.

Se contaron las tarjas, y con el pico resultaron mil doscientas veinte y dos ovejas, lo que después de descontar los cueros, permitió al mayordomo cerciorarse, con la debida satisfacción, de que, según la costumbre inmutable en este puesto, como en todos los puestos de la estancia y los demás de la República, faltaban de la cuenta, desde el último recuento, algunas ovejas.





XVII

Curanderos y médicas

En la galera de Nueve de Julio á Bolivar, subió la pareja, y saludando apenas, se acomodó lo mejor posible en medio de sus canastas y atados, mezquinando las palabras y los gestos con la majestuosa reserva de pontífices en oración.

Él, grave, se sentó, en actitud hierática, tieso, la

cabeza descubierta, las manos extendidas sobre el chiripá, las rodillas bien juntas, conservando inmóvil y vaga la mirada, como si su pensamiento estuviese arrebatado en insondable inmensidad; mientras ella, con una modestia matizada de algún orgullo, sentada casi frente de él, dejaba traslucir en su modales sumisos y afectos, la devoción ciega que profesaba á éste su amo y señor, el famoso médico del agua fría.

Gaucho vividor, el Antonio Somoza aquel, venido no se sabe bien de dónde, pero seguramente de lejos, conocedor que debía ser del refrán que: «ninguno es profeta en su tierra», había conseguido crearse una endividiable situación... medical, en el Sud-Oeste de la provincia de Buenos Aires.

Su aspecto físico, compuesto con el mayor cuidado, y con una ciencia teatral innata, era su primer elemento de éxito. La melena abundante y rizada, primorosamente repartida en el medio, y que lo menos posible cubría con el sombrero, venia á confundir sus rulos con los de la barba, larga y tallada en punta, como la de Jesús Nazareno, siendo á la vez tan suave y tan severa la mirada de sus grandes ojos, que era fácilmente explicable la impresión que hacía sobre los paisanos ignorantes.

Muy lindo tipo de gaucho era, en verdad, elegante y gallardo, ese Cristo de poncho y de chiripá, de botas finas y de pañuelo punzó; y quizá más temible,

con su medicina, que cualquier vástago de Juan Moreira, con su cuchillo.

Su terapeútica, inocente en sí, y hasta bienhechora, hasta cierto punto, en el principio, cuando solo usaba el agua fría en cantidad medida y prohibia el uso del alcohol, se había vuelto dañina con el éxito y con el entusiasmo que había cundido entre la gente, al ver que no mataba á todos sus clientes. Los que salvaban, cantaban gloria; la protesta de los muertos metía poca bulla; y la fe en el agua fria fué tal, que las copitas de agua acompañadas de palabras sagradas, rumeadas por el médico, se volvieron jarros, y las unciones inocuas se volvieron baños, y los muertos entonces fueron tantos que su protesta empezó á dejarse oir.

El desvalido, en la soledad, alejado de todo recurso; el hombre imposibilitado por una herida, paralizado por la enfermedad, acude, en su necesidad de ser auxiliado, á quien puede, y el curandero, macho ó hembra, que, sin dárselo de inspirado ó de sabio, se contenta con rodear al doliente de cuidados y de atenciones, le presta verdaderos servicios. Le levanta la moral, le infunde esperanza; ayuda la naturaleza con solo dejarla hacer.

Desgraciadamente, muchas veces, se acaba por convencer á sí mismo de la eficacia de sus remedios y de lo santo de su misión; y cree que si con lavar una herida con agua fría, la mejoró, con mayor razón

salvará á un febriciente, envolviéndolo en sábanas mojadas, y que si una copa de agua no le hizo mal á un herido, un buen jarro sanará á la fuerza á un varioloso. Y así empezó á hacer el amigo Somoza, matando á troche y moche, ayudado en la tarea, por la compañera, cuya especialidad era de acabar de una vez con las mujeres paridas. ¡Y solo Dios sabe cuantos humildes hogares ha sumido esta en la desolación!

Y como, en el desierto, se crían los bichos dañinos y que la obscuridad favorece la multiplicación de los microbios, en la Pampa despoblada y privada todavía de los faroles de la ciencia, cundieron y se multiplicaron durante un tiempo, los médicos y las médicas del agua fría, de un modo devastador.

Curanderas ha habido siempre en la campaña, y nunca dejará de haber; pues, por prolíficas que sean las Facultades de medicina de la capital y de las provincias, y aunque críen cada año una numerosa familia de doctorcitos, es difícil hacer comprender á estos que sería más provechoso para ellos y para la humanidad doliente, que fueran á establecer sus penates en los pueblos nacientes de la campaña, donde, — tuertos, — serían reyes, en vez de vegetar ignotos y pobres, entre la multitud de médicos ya establecidos y conocidos que, en las ciudades, les hacen forzosamente estrecho el camino del éxito.

Mientras no lo entiendan así los discípulos recién

destetados de Esculapio, tendrán que reinar las curanderas y los curanderos en los pueblitos y en el campo. Es cierto que hay hombres incrédulos que dicen en son de burla que las curanderas dejan morir y que los doctores matan; pero son exajeraciones.

No hay duda que obrando de complicidad el boticario con el médico, los remedios, á fuer de más caros, pueden ser más peligrosos que las prácticas sin artificio de la curandera, pero con todo, ya que brotan tantos doctores en los almácigos, ¿por qué no buscarles tierra fértil para transplantarlos?

Lo que si, recomendándoles de tener más moderación en sus exigencias que aquel que, llamado por una modesta familia de hacendados, para cuidar al padre, y habiendo encontrado á este ya despachado por la muerte, quería cobrar una fortunita por la visita, disgustado como si le hubieran sonsacado al cliente.



—«Doña Cándida, me duele la garganta.

—No es nada, hijo, no es nada, y ya que estoy en ayunas, te voy á hacer un remedio infalible.»

Y haciéndole levantar la manga de la camisa al muchacho, la vieja le apretó con fuerza el antebrazo, hasta dar con una glándula que aseguró se formaba

ahí, al empezar el dolor de garganta, y con su saliva de médica en ayunas, fregó y refregó, hasta que el paciente quedó convencido de que estaba sano.

Con esto no se mata á nadie; ni con otros mil remedios iguales que constituyen el formulario habitual de las médicas campestres. Un collar de piola, medido sobre el pescuezo del perro de la casa y puesto en el cuello del niño enfermo de tos convulsa, fácil es que no lo cure, pero tampoco le puede hacer mucho mal.

Ceniza del pelo del mismo animal rabioso que ha hecho el daño, puesta en la mordedura, es remedio casi tan seguro como la vacuna de Pasteur, y contra el dolor de muelas, se recomienda el uso de escarbadientes hechos con huesos de zapo.

— ¡ Vaya con los remedios ! — No se rían, que hay muchos así, tan eficaces unos como otros, si los aplican con la fe.

Pero si sus remedios son muchos y muy variados, la diagnóstica de las curanderas es sumamente reducida, y la enfermedad casi única de que se muere la gente en el campo, es el *pasmo*.

En las heridas, en las llagas, entra el pasmo, en el menor descuido; pasmo de frío, en invierno, pasmo de sol, en verano.

Un atracón de fruta no le da á uno indigestión, sino pasmo; pasmo da la insolación, pasmo da mucha agua fría después de un trabajo fuerte, y

esto de romperse una pierna casi no sería nada, si no fuera la amenaza que le entre pasmo.



Los curanderos son más escasos que las curanderas, pero mucho más temibles. No se arredran por el peligro de matar al prójimo y le pegan, no más, sin recelo. En los pueblitos, abundan, ocupando todavía el lugar de los facultativos que vacilan en tomar el puesto. Están con licencia, generalmente, para ejercer; andan de levita, pontifican, dictan recetas complicadas, hablan de ciencia, y extienden certificados de defunción, asegurando á veces en ellos, para que todos entiendan bien, que el motivo de la muerte ha sido una *«afección cardiaca del corazón.»*

Cosa más atroz, se atreven, en virtud de autorización oficial, á hacer autopsias, en casos previstos por la ley; y es preciso verlos, entonces, aprovechando la ocasión para asombrar al público con su destreza; despedazando, al rayo del sol, en medio de una nube de moscas, en presencia de todo el que quiera mirar, el cadáver de algún pobre suicida, destrozándole las entrañas, aprendices carniceros, para probar lo que ya se sabía, que el hombre ha muerto de un tiro de revólver en la cabeza.

A los desgraciados clientes de estos, se les puede

aplicar el dicho del paisano que, contando que sus caballos iban muriéndose todos, de un mal desconocido y fulminante, agregaba :

—« ¡ Qué! señor ; si mueren amontonados, como si se hubieran prestado el médico ! »





XVIII

El crédito

Al oír sonar el maíz en el morral, el zaino levantó la cabeza, y, sin dejar de mascar la gramilla verde que estaba saboreando cerca de la tranquera, echó una miradita hacia el pesebre. Paso á paso, mordiendo el pasto corto, se venía acercando, sabiendo de antemano que no lo iban á olvidar y que se aproximaba la hora.

—«Zaino, vení», dijo el capataz; y el animal regalón echó á trotar, entró al corral y extendiendo el pescuezo, buscó con el hocico la abertura del morral.

Algo petizón, con la cabeza un poco fuerte, la oreja pequeña y bien formada, el ojo negro y vivo, la crin y

la cola negras, abundantes y gallardamente atadas, de pecho ancho y hondo, zaino colorado de pelo, con la punta de las patas negra, por cierto no era, con todo, ningún animal de valor, y no hubieran dado por él muchas libras esterlinas en Lóndres.

Pero era el crédito del patrón. ¡El crédito! es decir, el compañero fiel de las grandes fatigas; el único con el cual se puede contar, cuando se ofrece un galope largo, de quince, veinte leguas y más.

Para las diez primeras, no necesitaba rebenque.

Impaciente en el palenque, algo ligero al montar, un poco loco al salir, arisco los días de mucho viento, pronto comprendía por la dirección dada por el ginete, por el peso del recado, por el modo de andar, con poco, mucho ó ningún apuro, si se trataba de un viaje largo ó corto, ó de un paseo por el campo.

Y una vez convencido de que era cosa seria, ya dejaba de compadrear, sosteniendo con una constancia sin igual un paso parejo, tendido, capaz de tragarse leguas y leguas sin sentir, y sin hacerlas sentir mucho más al amo, de que si las hubiera galopado en un sillón.

Y esto último es ya de alguna importancia: no es el zaino el primer crédito que el patrón haya tenido; pasan los años y con ellos la robusta juventud, la flexibilidad del cuerpo. Han muerto ya dos ó tres, altos, briosos, espantadizos, ligeros, locos, que han durado pocos años cada uno, pues á fuerza de galo-

par, de correr carreras, de pegar pechadas, de lucirse, por fin, y de darse corte, se han mancado, deshecho, inutilizado.

Por allí andan otros, príncipes destronados, buscando con los demás caballos del establecimiento su vida por el campo, ensillados una que otra vez por algún peón para el servicio.

Al zaino lo cuidan más y no le piden mucha elegancia; es un poco bajo; más fácil para montar. Aunque guste todavía su porte marcial, la calidad que más aprecia en él su amo es: la resistencia.

—«Sabe ser guapo!» dice con orgullo.

Pasarán algunos años más; el zaino andará tirando agua en el jahüel, bichoco, flaco, con la cola en porra, y con abrojos en la crin; haciéndose el sordo cuando oiga sonar el maíz en el morral, y el ciego al ver otro caballo en el pesebre, bien cepillado y rasqueteado, lustroso y demasiado gordo para ser guapo como ha sido él.

—«Nunca tropieza!» dice el amo al ponderar su nuevo crédito. No le pide ya veinte leguas al día, y con tal que al recorrer el campo, no le pegue alguna rodada inesperada, le encuentra mucho mérito.

También pasará este, y pasarán otros, y vendrá el tiempo, para el amo, de declarar con melancolía: que su crédito tiene «un tranco como hamaca.»





XIX

Dicha breve

Todo en él era largo: la nariz, el pescuezo, la cabeza, el cuerpo, las piernas y los brazos; hasta el nombre y el apellido tambien eran regulares, pues se llamaba Saturnino Llaureguiberry; pero como pertenecía á la variedad de los vascos flacos, lo conocían exclusivamente por el nombre de Bacalao, y esto á tal punto que si á alguno se le hubiera ocurrido llamarlo Llaureguiberry, es muy probable que no se hubiera acordado de contestar.

En todo, era anguloso y huesoso, menos en el genio; muy bonachón, capaz de soportar con alegre resignación los titeos más porfiados y las bromas menos

delicadas, y de reirse el primero de ellas, con tantas más ganas cuanto menos las había entendido.

Ocupaba un puestito, donde cuidaba una majada que le había dado á interés un compatriota suyo, y ahi, solo en su rancho, sin más compañeros que sus perros y su inseparable pito de barro, de caño largo y de hornillo chico, pasaba la vida sin sobresaltos, cocinando él mismo su pucherito, cebando su mate, cuidando su ropa, no sintiendo, probablemente, la necesidad, á los 45 años que por lo menos tenía, de formar familia, ni de complicar su vida tranquila con elementos de afuera.

Los domingos, se empaquetaba; se ponía boina nueva, bombachas y camisa limpias, reemplazaba las alpargatas habituales por botas engrasadas, y completamente afeitado, como lo acostumbran los vascos, iba á dar una vueltita á la pulpería, á charlar con los amigos, tomar unas copas, y hacer ese intercambio de pensamientos elevados que distingue las reuniones de campesinos. Por lo demás, hablaba el español como un vasco francés que, probablemente, era, pues interrogado al respecto, había contestado: «Uí musiú», todo lo que sabía del idioma de su patria legal.

Y después de este rato de inocente solaz, transformación inconsciente de la misa dominical del villorrio nativo, se volvía á sus ovejas, pastor fiel, asiduo, diligente, celoso; y si las dejaba á veces, al cuidado de algún vecino, era para ir á ganar algunos pesos cavando

un jahuel ó erigiendo artísticamente una parva de pasto.

Una tarde, al volver del campo y despues de haber encerrado la majada en el corral, encontró, sentada en una de las dos cabezas de buey que formaban el juego de asientos del único cuarto del rancho, cerca del fogón en el cual había dejado cantando sobre las brasas la paba para el mate, una mujer joven, no mal parecida, vestida pobremente, pero ni más ni menos que la generalidad de los habitantes del campo.

Bacalao no le preguntó de donde venía, ni á donde iba, ni ella se lo dijo tampoco. El le dió las buenas noches, como si todas las tardes, á la misma hora, después de haber desensillado, la hubiera encontrado sentada en su cuarto; ella le pidió permiso para pasar la noche en el rancho, á que accedió buenamente, como que, entre pobres, no hay mucho cumplimiento.

No se excusó mayormente por la falta de comodidades, pensando probablemente,—con razón,—que no había de haber dejado ningún palacio para venirle de modo tan singular, á pedirle hospitalidad.

Y la mujer cebó mate, aprontó en la olla la carne, el arroz, una tajada de zapallo y la sal, y echó leña al fogón.

Bien pensaba Bacalao, el día siguiente, que al volver de repuntar la majada, no la encontraría más en la casa, y no dejó de quedar algo sorprendido, pero

de ningún modo disgustado, al verla parada debajo de un sauce, delante de una batea y lavándole los trapos, lo mismo que si hubiera sido la dueña de casa.

Pasaron así los meses; el rancho parecía más alegre; algunas aves vagaban por el patio, la ropa lavada lo embanderaba, los perros se habían hecho más sociables, y, al ver que en el rancho había quién los atendiera, algunos transeuntes solían pararse en el palenque á pedir un vaso de agua ó alguna indicación.

Mejor que nunca, el vasco cuidaba sus ovejas; tenía que suplir el gasto ahora mayor de la casa, y no perdía ocasión de hacer algun trabajo suplementario para aliviar la situación.

Una noche, desató de prisa el mancarrón atado á soga detrás del rancho, saltó en pelo y agarró á todo correr para la casa de doña Simona. Una hora después, volvía con ella; en el cuarto se oían lamentos: la matrona se apeó y entró en él magestuosamente, cerrando sobre sí la puerta, y dejando á Bacalao soñar en el patio con los nuevos deberes que le iban á corresponder. Medio azorado el pobre por tanta felicidad, no sabia muy bien si debía renegar de su suerte ó bendecir al cielo. De rato en rato, un grito de dolor llegaba á su oído, y entonces dejaba de mandar al demonio á la mujer esa, que se había metido en su vida sin ser llamada, y al hijo que tam-

bien iba á venir á duplicar el trastorno, para tenerle compasión á la pobre, y enternecerse á la vez con la idea de su tardía é inesperada paternidad.

Doña Simona abrió por fin la puerta y le anunció que era padre de un varón, agregando:

—«Es una monada, y se parece mucho á usted», lo que, á pesar de su modestia nativa, no dejó de gustarle algo al vasco; y orgulloso, ensilló para ir á visitar á su vecino y amigo don Pedro Belloquy, ofrecerle ese nuevo servidor y pedirle de ser su compadre.

Cerca de tres años, vivieron así; él, cuidando sus ovejas, con el chico, muchas veces, sentado por delante; ella, cuidando la casa, cocinando, lavando, sin salir más que para visitar de cuando en cuando á una vecina, cuyo rancho quedaba bastante cerca para ir de á pie.

Una tarde, salió Bacalao á repuntar la majada. Cuando volvió, á las dos, no estaba la mujer; el chiquilín dormía. Pensó que estaba en casa de la vecina y no hizo caso. Volvió al campo, quedándose con la majada hasta encerrarla, y, al desensillar, encontró al muchacho dormido en el suelo, con lágrimas á medio secar en las mejillas; lo puso en la cuna que colgaba del techo; buscó, en el rancho y afuera, las huellas de la desaparecida, y por ciertos indicios inequívocos, empezó á sospechar que lo mismo que había venido, lo mismo se había ido.

Pasó la noche, pasaron los días, las semanas y los

meses; no supo, ni quiso saber nada de la desconocida que así había cruzado su vida, más bien que brillante meteoro, caprichoso candil de luz empañada; ni se informó siquiera de lo que hubiera sido fácil indagar, conformándose con vivir como lo había hecho antes, pero no tan solo, ya que tenía un compañerito; aceptando con su jovial indiferencia de siempre las bromas sobre sus pasajeros amores, su paternidad y su viudez, cuidando como madre cariñosa á la pobre criatura que la suerte burlona le había regalado.

Y no era risible, sino conmovedor, el verá este hombre tan alto, doblado en forma de Z mayúscula hasta la altura del chiquilin, para sonarle las narices.





XX

El médano

Una línea suavemente quebrada azulea en el horizonte, rompiendo la monotonía de la llanura sin fin, de la inmensa pradera argentina.

¿Que serán ¿montañas?—Montañas no son.

¿Colinas?—Tampoco; apenas pequeñas ondulaciones como las que puede producir la respiración de un mar tranquilo.

No son más que montones de arena; olas inmóviles y silenciosas que miran pasar con indiferencia al viajero, tendidas en perezosa quietud. Son médanos, con sus laderas apenas cubiertas por algunas matas ralas de un pasto duro, gris y seco; formados de arena sútil, estriada por el viento en la superficie, de color amarillento y triste.

Unos, solitarios; otros, encadenados, de cima redonda ó puntiaguda; algunos, —como si quisieran dominar á los compañeros echados en la planicie, —erguidos como centinelas, dragones ó mudas esfinges encargadas de cuidar tesoros imaginarios: todos de aspecto tan árido que parecen la imagen de la Sed implacable y del Hambre sin recurso, estos dos hijos del desierto.

Y sin embargo, envuelto en la densa nube de tierra que levanta el incansable troteo de la tropilla, sediento, quemado por los rayos oblícuos de un sol ardiente; fastidiado y dolorido por el largo galope; sostenido en la cruzada, más que por la fuerza de su voluntad adormecida, por la idea que, una vez en el camino, hay que llegar, el viajero, de repente silba la madrina, arrolla los fletes, y los hace trepar al galope, jadeantes, enterrados en la arena hasta la rodilla, resbalando y haciendo fuerza, hasta la cumbre del médano, donde se paran, con relinches de alegría.

¿Quien hubiera creído?

—En el medio del médano, desolado, estéril, árido,

caliente como un horno, hay un hueco; y en el hueco, alfombrado de un hermoso pasto fresco y tupido, verde como una esmeralda, brilla un manantial de agua cristalina que refleja el azul del cielo.

Tal un alma generosa escondida por tosco semblante.



Godofredo Daireaux

Tipos y Paisajes

CRIOLLOS

III Serie

TIPOS Y PAISAJES

CRIOLLOS

III SERIE

IMP. "SAN MARTÍN", ALSINA 459

DEL MISMO AUTOR

La Cría del ganado en la República Argentina

Manual del Estanciero—2.ª Edición

Manual del Agricultor Argentino

Un tomo de 900 páginas con 205 grabados, $ 10

Cada mate . . . un cuento

Tipos y Paisajes criollos, 1.ª serie

" " " 2.ª »

Los Dioses de la Pampa

EN PREPARACION:

Tipos y Paisajes criollos, 4.ª serie

El Hombre dijo á la oveja . . . (Fábulas argentinas)

GODOFREDO DAIREAUX

Tipos y Paisajes

Criollos

III SERIE

EDITORES:
PRUDENT HERMANOS Y MOETZEL
721 - VICTORIA - 727
Buenos Aires
1903

I

PAYADORES

Hace muchos años, era grande la fama de Faustino Videla, como payador, entre el gauchaje del sur; pero, como ser payador, no era, porsupuesto, oficio ni profesión, Videla, capataz en una estancia, sólo dedicaba á la guitarra y al canto los momentos de ocio que le dejaba su obligación.

Nadie le había enseñado á cantar ni á tocar el instrumento, sino que, como muchos otros, en la Pampa, había nacido con el don.

Hay guitarras insípidas, que ni siquiera son capaces de hacer bailar á la gente; hay guitarras fastidiosas que la ahuyentan; hay versos insulsos, hay otros peores; pero también hay gauchos cuyos cantos rebosan de poesía y de inspiración sin que jamás hayan sabido como se

llaman las notas, ni oído más música que el monótono gemido del viento entre los pajonales, ritmado por el compás del galope de su pingo, ni hayan hojeado más libro que el de la naturaleza ruda y solitaria que les rodea, empapando su pensamiento en infinita melancolía.

Lo mismo ha de haber sido, en los tiempos de Homero, de los rápsodas que con él cantaban las hazañas de sus legendarios héroes; lo mismo hicieron los bardos galos; lo mismo, los trovadores de la Edad Media, al pasear de castillo en castillo, sus romances hermosos, llenos del estrépito guerrero de las Cruzadas ó de los suspiros amorosos que engendraba la paz renaciente; así han hecho en muchos países, poetas primitivos, sin dejar, casi, de sus ingenuos y preciosos cantos, sino el ténue recuerdo de la tradición y algunos poemas escritos, de inspiración ya más literaria que genuina, para enseñar á las generaciones siguientes, más que su propio valor, el valor probable de lo que se han llevado las alas del viento.

*
* *

Descollaba entre todos los que, en su pago, podían aspirar al título de payador, Faustino

Videla, y bastaba, que hubiera prometido asistir á una reunión, para que de la inmensa Pampa, al parecer, tan desierta, manase gente, y resultasen pocos los postes del palenque de la pulpería.

No dejaba de saberlo, y para hacerle el gusto á su amor propio,—ese amor propio de artista, que, calladito, se retuerce de gozo á la menor cosquilla, ó de furor, por un inocente pellizco, —se complacía en llegar cuando la reunión estaba en su apogeo.

No llegaba tampoco sin cierto aparato teatral y bien se conocía, al verle con su traje todo negro, su rico pañuelo de seda, sus aperos y su tirador relucientes de plata, que no se consideraba como un gaucho cualquiera; y por fin tenía razón, pues todos á su talento rendían homenaje.

Tampoco se contentaba con la guitarra grasienta, sacrificada por el pulpero á las pasajeras expansiones poéticas y musicales de los gauchos ébrios; pobre guitarra pública, víctima resignada, paciente y sufrida confidente de payadores groseros, que más entendían de rajarla á golpes y de romperle las cuerdas, que de hacer vibrar lo que de alma le podía quedar.

Traía consigo bien envuelta en su funda, la compañera fiel, á quien nadie tocaba más que

él, lustrosa, coqueta, de lindas voces, que sabía, con él, llorar sus penas, acompañar sus suaves cantos de amor, ó bordonear, enérgica, los sangrientos cuentos rayados á puñaladas.

No le pidan cantos alegres; el payador no sabe reirse. Podrán los oyentes saludar de vez en cuando con una carcajada, alguna copla picante, irónica, que, como flecha aguda, se irá á plantar en el pellejo del prójimo; pero siempre será mueca más bien que risa, como la que sugiere el vinagre fuerte.

Poco cantará sus amores, porque sus amores son pocos, y nunca buscará su inspiración en ideales religiosos que ignora ó desdeña. Pero rebosa su guitarra de décimas alusivas, que acarician ó pinchan, alaban ó critican, piden cínicamente ofrendas, ó rechazan, orgullosas, las dádivas que desprecia; de sus cuerdas sonoras, caen, corriendo parejas, humildes lisonjas con ironías crueles, é indirectas lascivas que, al llamar el rubor á la frente de las muchachas, hacen fruncir las cejas de sus festejantes.

A los versos que adulan, seguirán los que chocan, y en el palabreo, ora gritón, ora sordo, lento, á veces, otras, apurado, y que á pasos iguales acompaña el zumbido de la guitarra, caberá, al lado del piropo galante á la buena

moza codiciada, el epígrama velado á las uñas del juez de paz ó al machete del comisario.

Y á pesar de no ser alegre la guitarra del payador, no por eso dejará de acompañar los mil graciosos bailes de la Terpsícore pampeana, para que se divierta la juventud. También se lucirá el verdadero payador, en los cantos de contrapunto, duelos de agudezas improvisadas, que tienen, para merecer los aplausos de la concurrencia, que salir lijeras, aladas y bien armadas.

Pero, más que en todo esto, sobresalía Faustino Videla en cantar con la guitarra en mano, las penas de la vida del gaucho, en coplas heróicas y sencillas, á la vez, llenas de dichos expresivos, chorreando á veces sangre y á menudo lágrimas, siempre impregnadas de esa tristeza pampeana que todo lo traspasa, seres y cosas. Y cuando un canto de estos empezaba, se recogían los auditores, como para pasar las horas escuchando, pues sabían que siempre eran cantos largos aquellos, de esos que no acaban y que tanto le gustan al gaucho; así les debían gustar á los griegos primitivos, sentados en rueda al rededor del fogón, donde lentamente se asaba el carnero entero, las interminables relaciones de la Odisea.

*
* *

Se apeó Faustino. Sentado de sesgo en un banco de madera, con una pierna cruzada encima de la otra, está templando la guitarra. Ting, ting, tung, tung, ting; y al oir esto, todos han dejado la carrera que iban á correr, ó la partida de bochas empezada, y hasta la taba, tan llena de atractivos, para venir, presurosos, á amontonarse en la pulpería, al rededor de él.

El cantor, impasible, sigue templando: ting, tung, ting; dá vueltas á las llaves, hace sonar las cuerdas, toma un trago para aclararse la voz, prende un cigarro, y como es algo larga la cosa, las conversaciones poco á poco, vuelven á subir de tono... De repente, corrió por toda la sala un estremecimiento: las voces se callan; las copas, al medio alzar, se han vuelto á poner despacio sobre el mostrador, y solo la crepitación de un fósforo turba á ratos el silencio, ya solemne.

Una nota aguda, alta, gangosa, agria, ha desgarrado los oídos atentos, y muchas otras han ido siguiendo, desgranándose, trémulas, ligeras ó lentas, de la garganta y de las narices del cantor, dominando con su tonada penetrante el incesante y sordo ting, tung, tung, ting

de la guitarra; y todos los presentes han quedado como suspendidos de ese canto ingenuo que tan hondamente refleja en su poesía, sus propias ideas y sus sentimientos, y hasta el ambiente á la vez lastimero y bravío en que se mueven; canto que puede hacer sonreirse al recién venido,—lo mismo que al novicio, estas pinturas primitivas, de personajes tiesos y sublimes, expresión tanto más genuina del arte, cuanto más desprovista de artificio:—pero pronto oprime el corazón su tristeza profunda, y seduce á la vez el alma su inefable poesía.

*
* *

Cuando Faustino Videla, quebrantado por la edad, ya no pudo trabajar, se iba de estancia en estancia, al tranquito del mancarron, llevando la fiel compañera,—algo cansada también, la pobre,—y en cambio de sus cantos, más hermosos que nunca, á pesar de su voz temblona, pues no hay como las chicharras viejas para cantar lindo, le daban la hospitalidad.

—«*¿Quánto vi pagano per cantare?*» —le preguntó una vez, al verlo tan pobre, un calabrés, armado de un acordeón. Y la mirada altanera que, por toda contestación, dejó caer en él el gaucho viejo, fué la de un maestro del pin-

cel á quien preguntaría un blanqueador de paredes cuanto gana por día.

El arte no tiene precio; cada sociedad, cada individuo lo tasa según su propio grado de cultura y de refinamiento. El hacendado ó el comerciante, al dar al pobre vagabundo hambriento una presa de puchero, con un trago de ginebra y un cigarrillo, sólo hace la caridad; la verdadera remuneración del payador es otra: es el murmullo de admiración con que saludan sus cantos.

II

MATUFIA

Después del confortable almuerzo, se fué don Narciso á siestear, y se sentaron á la sombra de las preciosas aromas que rodeaban la estancia don Cárlos Gutiérrez, hacendado de la vecindad, don Julio Aubert, francés acriollado y mayordomo de una gran estancia vecina, y un vasco, ovejero rico de por allá, que llegado á comprar carneros, á la hora de almorzar, había sido convidado por el dueño de casa.

Por cierto que le hubiera gustado más estar en la cocina con los peones, á churrasquear y á tomar mate que quedar sentado de sesgo en una silla que parecía tener miedo de aplastar, y sudando mares en el saco dominguero y en las botas nuevas olientes á suela tucumana, con que había creído deber engalanar á su maciza persona.

Empezaba la conversación á cabecear lastimosamente, cuando llegó un peón trayendo la correspondencia. Don Carlos se precipitó sobre la «Nación» y antes de echar siquiera una ojeada á las noticias políticas ó al precio de la lana, buscó el último extracto de la lotería. Después de un exámen atento que derribó rápidamente el edificio de sus sueños de fortuna, de la grande al segundo premio, del segundo á los premios menores, de estos á los de consuelo, y por fin á nada, exclamó:

— « Nadie me quita que en la lotería hay matufia. »

—¿Por qué don Carlos?—le dijo Aubert.

—Porque van cuarenta y una veces, amigo, que compro el mismo billete y que nunca salió, ¡nunca! ¿oye?

—Casualidad, efectivamente, pero...

—¡Qué casualidad, ni que casualidad! déjese de casualidades, hombre; si no es más que matufia!

—¡No! no crea; asistí una vez á la extracción de la lotería, y parece imposible que pueda haber sospecha, siquiera.

—¡Qué sabe V. hombre! V. es extranjero; si yo le digo que aquí, en nuestro desgraciado país, todo es matufia. »

Y exasperándose, en uno de esos arrebatos

irreflexivos que de repente dominan á los latinos, y los llevan, lo mismo á alabarse locamente como á rebajarse sin medida, dejó correr el torrente:

— « Todo es matufia, amigo; todo, desde las casas en que vivimos, hechas de ladrillos mal cocidos, juntados con mezcla de donde han matufiado la cal, hasta la política que nos rige; desde las críticas de la opinión hasta las declaraciones del gobernador. Si se hace una ley cualquiera, para indemnizar, supongo, á los damnificados de una inundación, ó para agraciar á los pobladores de tierras lejanas, ¡zás! al momento, se encuentra que hasta los boteros que se han enriquecido con la creciente han sido víctimas, y que los pobladores de tierras lejanas han sido tantos que no alcanzaría media repúblíca para satisfacer á los que solicitan acojerse á la ley.

Las elecciones, ya se sabe lo que son; ¡matufia! las licitaciones, matufia; la justicia, matufia, el ejér... »

Iba á seguir don Cárlos anatematizando la administración de su país, cuando se oyó un crujido repentino, y se levantó el orador, sobresaltado, de su silla hecha pedazos:

— « ¿No vé? dijo; ahí tiene la industria nacional: ¡matufia! y parece que, realmente, el

único anhelo de los argentinos es de matufiar al gobierno, el del gobierno de matufiar á los argentinos, y el de todos, de matufiarse entre sí.

—No exajere, le contestó Aubert; no exajere. Parece que Vds. los argentinos, no tienen mayor gusto ó peor enfermedad que la de calumniarse á sí mismos, y que no ven ó no quieren ver los progresos que, en todo y por todos lados, está haciendo el país. Paciencia, que todavía una nación tan nueva no puede estar organizada hasta en los menores detalles. Y mire; si es cierto que algo queda en las costumbres del país, del atavismo indígena, esencialmente matufiador,—eso sí,—su mismo enojo me llena de gozo, á mí, tan amigo de esta tierra como cualquier hijo de ella; porque el pecador que se rebela contra su pecado está muy cerca de la conversión...

—¡Bravo! don Julio. Tiene razón, interrumpió don Narciso, al aparecer en el umbral, con el mate en la mano, reposado, fresco como una rosa matutina, y dispuesto por su larga siesta á perdonar al mundo entero las faltas cometidas y las por cometer. ¡Tiene razón! y nos debemos empeñar, todos los hombres educados, en corregir ese defecto del carácter nacional.»

Don Narciso hubiera de buenas ganas se-

guido su discurso—pues era bastante solista, —si un ronquido del vasco, muy dormido en su silla, no se lo hubiera cortado.

—« ¡Qué don Juan este! miren; ¡Don Juan! ¿y los carneros? »

Don Juan se despertó, balbuceó una excusa. —«Haber mucho madrugado. . . » y se fueron todos á los galpones.

Linda cabaña, la de don Narciso, con reproductores hermosos, importados unos, otros nacidos en el establecimiento, pero todos de gran valor y admirablemente cuidados. El vasco era conocedor; le gustaron unos carneros de sangre casi pura, que eran la flor de los productos del año; y después de haber tratado por el precio, apartó doce animales, marcándolos con tiza en la cabeza, y se volvieron á las casas á concluir el arreglo y tomar un mate.

Mientras tanto, el capataz, obedeciendo á una guiñada de don Narciso, cambiaba ligero tres de los carneros elegidos, por otros tres, de media sangre, pero bastante bien compuestos para que ninguno de afuera los pudiera conocer. Y como don Narciso se quedaba un poco atrás, vigilando la operación, de rabo de ojo, don Julio Aubert le empujó el codo y le dijo:

— « ¡Firme! don Narciso; ¡á corregir la matufia!

—¡Bah! que quiere, amigo; . . y. . . Vds., dígame, en Europa. . . ¿no. . . ?

—Allá es más peligroso; la ley. . . ; sin embargo, también algo se hace, pero. . . para la exportación. »

Al llegar á la casa, se encontraron con una pobre mujer, de las chacras del otro lado del pueblito, y desconocida de todos ellos.

Vieja, enferma, débil, había venido á implorar la protección de don Narciso, á cuya influencia electoral había oído decir que nada se podía negar; había hecho en supremo esfuerzo, diez leguas á caballo para traerle sus lamentos de mujer desamparada, sus quejas de vieja pobre é impotente, sus lágrimas de madre desconsolada, y pedirle, no un favor, sino justicia.

Don Narciso la recibió con bondad, la hizo sentar, y le preguntó lo que le pasaba.

—« Señor, dijo, tenía un hijo, solo, que me mantenía con su trabajo; pues, enferma, como estoy, casi no puedo hacer nada. Tenía diez y nueve años; por consiguiente, dicen, no le tocaba la conscripción. Pero sucedió que á un hijo de un señor Gutiérrez, á quien no conozco, le tocó la de dos años para la marina, y co-

mo el padre,—don Cárlos dicen que es—es persona conocida, al hijo lo dieron de baja por enfermo, y, para reemplazarlo, me llevaron á mi José.»

Y entre sollozos mal contenidos, explicó la vieja que quería que él se lo hiciera devolver, mientras aun era tiempo.

Don Narciso nunca echó, en toda su vida, tanto tiempo para armar y prender un cigarro. Con don Cárlos cambiaban unas ojeadas que no eran precisamente de triunfo, y en vez de prometerle nada á la pobre vieja, le dijo:

—Mire, señora, hay que tener paciencia; si al muchacho le tocó, no le podemos hacer nada. A más, debe V. considerar que á esta edad, los jóvenes fácilmente se pierden, y que es un bien para él, eso de pasar dos años al mar.» Y dejando el tono bonachón por el clarín del entusiasmo, agregó: «Volverá hecho un hombre, señora...

—Pero ya no me encontrará, señor, contestó ella, llorando.

—...Orgulloso de haber servido á la Patria!

—Sí, sí, murmuró don Cárlos Gutiérrez; el patriotismo...

—Debe ser carne bien flaca,' señor, le contestó la madre, cuando siempre los ricos lo dejan para los pobres.»

III

DESASTRE

Cuando llueve, lo mejor es dejar llover, primero porque es lo más fácil y también porque, generalmente, la lluvia es una bendición de Dios para la campaña; pero sucede que se vuelve plaga cuando dura demasiado, inundando el campo, penetrándolo todo de humedad, traspasando el piso de las habitaciones, calando las ropas y el mueblaje, sin quc pueda ni dormir en seco la familia, porque el techo del rancho, cansado de tanto sufrir, está lleno de goteras.

«¡Quién fuera pato!» rezonga la señora, chapaleando agua en el patio para llegar del rancho á la cocina.

—« Verdad es que es mucho lavar, » contesta el marido, al ponerse el poncho de paño, pesado todavía del agua de los días anteriores. Y, bajo

la lluvia que sigue, se va hasta el corral, á ver como han amanecido las ovejas.

Las vacas y las yeguas aguantan sin morir, y los hombres, sin aflojar, en la ruda tarea de sujetarlas, los mayores diluvios, por tal que no sean de agua muy fría. Las ovejas sufren más; pasan largas horas, encerradas, esperando, hambrientas, bajo el húmedo peso de su lana empapada, que un descanso del temporal permita al amo abrirle las puertas y dejarlas comer, apuradas, durante un rato, atajándolas, para que no se desparramen: no se pueden echar en el inmundo fango del corral y se lo pasan, paradas, en el barro hediondo, encogidas y dando las espaldas al viento, ó remolineando sin descanso. Por otra parte, cuidarlas á rodeo, en noches de lluvia con viento, sería exponerse á perderlas: y mejor es todavía tenerlas seguras.

Así pensaba don Benjamín; y don Benjamín era hombre de mucho conocimiento en todo lo que se refería á trabajos de campo. Estimaba que en caso de temporal deshecho, el corral es el mejor peón, y que, aunque sufriesen hambre las ovejas, era preferible dejarlas encerradas, aun de día, que exponerse á no poderlas sujetar, una vez en el campo.

Y fiel á estos principios, es que tenía la majada encerrada, el segundo día de cierto temporal

furioso con viento sur, capaz, con sus cacheteos glaciales, de llevárselo todo por delante.

Don Benjamín, el día anterior, había largado la majada desde más de una hora, cuando principió á caer esa agua fría como la nieve; los animales azotados por el viento, empezaron á disparar y se apuró él en echar otra vez las ovejas al corral. Le costó mucho trabajo; no querían volver; no querían enfrentar ese viento que les helaba la sangre, ni los latigazos del agua que les castigaba el hocico como con puntas de acero.

Don Benjamín, sin llamar á sus dos hijos, muchachitos todavía, que no hubiesen podido resistir el frío aquel, llenó solo con sus perros, la ruda tarea de asegurar la majada.

Raras veces, dura mucho un mal agudo, y la naturaleza parece saber calcular, en sus más terribles enojos, la fuerza de resistencia de sus víctimas. Aquella vez, andaría descomunalmente rabiosa ó habría perdido la medida, pues el viento quedó fijo en el sur y trayendo agua helada, durante tres días y tres noches, arreando sin dejarlos descansar una hora, y hasta llevarlos á ocho y diez leguas de la querencia, á los yeguarizos y vacunos de la Pampa, matando á millares los que habían quedado encerrados y los que, embolsándose en algún alambrado, no habían podido seguir caminando.

¿Quién no comprenderá que don Benjamín, el segundo día, teniendo la majada encerrada, aburrido de quedarse en la inacción, inquieto de la suerte que habían podido correr sus caballos, sus yeguas y sus vaquitas, se dispusiera á desafiar la intemperie para ir siquiera hasta la esquina, á saber algo, recoger datos, oir hablar de lo sucedido á este, ó á aquel, á fulano á y mengano.

Bien emponchado, la cabeza envuelta en un pañuelo que le tapaba casi toda la cara, ensilló y fué. ¡Qué viento, señor; y que frío! el agua parecía cortarle el cutis á uno. ¡La suerte que la pulpería estaba cerca!

Había poca gente; capataces de estancias, hacendados que habían venido en sus mejores caballos, siguiendo sus animales arreados por el fantástico látigo del temporal, y que habían tenido que detenerse, porque los mancarrones ya se habían enfermado con el frío, y desmoralizado los hombres. Todos estaban contestes en que las ovejas habían sufrido poco, pero que el desparramo y la mortandad de animales mayores sería cosa nunca vista. Don Benjamín, fatalista, pensó que no había más que esperar con resignación que terminara el temporal para entrar á campear sus lecheras, bendicien-

do la suerte, por haber salvado siquiera la majada. Y tomó la mañana.

Ahí, no se sentía el viento; ni entraba el agua; hasta reinaba una temperatura regular, sino del todo confortable, por lo menos, llevadera, por comparación. Y don Benjamín ablandado por este bienestar relativo, siguió tomando la mañana.... hasta las cinco de la tarde.

Al volver á su casa, un poco antes de la oración, con la vista turbada por el alcohol, por las ráfagas del viento y los remolinos de la lluvia, divisó algunas ovejas que iban, mancas, balando, apuradas y como tratando de alcanzar á las compañeras; conoció con inquietud que eran de la señal de su majada.

Galopó en la dirección del viento, y al rato pudo ver, cruzando el cañadón y yendo hacia el arroyo, en larga chorrera, sus ovejas, que, azotadas por la tempestad, casi corrían, como si tuvieran prisa de encontrarse con la muerte.

Desesperado, las quiso detener, trató de atajarlas; no pudo.

Debilitado por la bebida, enceguecido por la lluvia, helado por el viento, ronco á fuerza de gritar, en vano trataba de atravesarse á las ovejas, que iban hechas torrente, entre el agua del cañadón crecido, sordas, ciegas, ahogándose, ya. Vino la noche: y con lágrimas de rabia

impotente en los ojos, don Benjamín enderezó para su casa, donde encontró, sumida en la desolación, á su pobre mujer.

Y ella le explicó lo que había sucedido; la majada arrinconada por el viento en un costado del corral; un poste podrido que cae, un lienzo viejo que cede bajo el peso y, por el portillo abierto, ¡el desfile paulatino de la majada!

A los balidos, corrió ella, con los niños y los perros; y pudo impedir que salieran unas trescientas ovejas, que son las que quedan. Han luchado para atajar la majada, haciendo frente á pie, en el barro, al viento áspero que muerde, al agua cruel, que, de fría, quema y hiela á la vez.

Horas han pasado así, consiguiendo apenas hacer remolinear las ovejas, pero sin poderlas volver á encerrar; hasta que las criaturas no pudieron más, se acobardaron los perros y que ella, desbordada, tuvo que dejar correr la oleada llevada por el temporal hacia el cañadón, hacia la perdición.

IV

CERDEADA

A cualquiera que no sepa, le parecerá cosa fácil el cortar la cerda de un animal yeguarizo. Claro: si es un caballo manso, no es grande el trabajo. Con tener el animal del cabestro, le puede uno pasar por la clin, con toda tranquilidad, una tijera de esquilar y despuntarle la cerda, haciéndole con la mayor prolijidad, dibujitos y cortes de fantasía que lo dejen lo más gauchito, con tal que los sepan hacer. Despuntarle la cola, tampoco es difícil y es operación sin peligro; basta agarrar la punta, bien apretada, y con el cuchillo afilado como navaja, cortarla de un tajo. El mancarrón ni caso le hace, pero sí el muchacho que está espiando los gestos del padre; pues con la poca cerda así sacada de algunos caballos, correrá en su pe-

tizo á la esquina, se trepará hasta llegar á la altura del mostrador y cambiará su cosecha por medio kilo de confites ó de galletitas, de pasas ó de nueces.

Si el menor puñado de cerda representa un valor, se comprende que, para el estanciero, no sea despreciable el producto que de ella se pueda sacar en un número crecido de animales. Lo que sí, es otra tarea cerdear una manada de yeguas ariscas y de potros, que de peluquear un mancarrón. Ahí no se trata de hacer obra de arte, sino de pelar, lo más cerca posible del cuero, la cerda de la clin y de la cola; y para esto, es preciso enlazar y voltear los animales, impidiendo por medios enérgicos que puedan despedir á patadas al oficial con sus tijeras.

Llegó marzo, con sus días frescos; las yeguas tienen todavía por delante muchos meses que esperar el aumento de su familia, y los golpes inevitables les serán menos funestos. El mayordomo cuidadoso evitará que se pialen los animales; se voltearán lo más suavemente posible, y hasta se tendrá la delicadeza de dejarles un mechoncito largo en la punta de la cola, para que puedan seguir con ella espantando los mosquitos. Que queden así muy bonitas, las yeguas harían mal en creerlo, y en volverse presumidas por lo bien tuzadas. A los potros, sólo se

les acorta la clin y la cola, para que tengan íntegros sus adornos naturales cuando venga el momento de domarlos.

Pero ¿podrá siempre el estanciero contar con el producto de la cerdeada y tener la seguridad de que el trabajo se hará con las precauciones debidas? ¡Oh! no; pues la cerda no tiene marca. Cualquier gaucho posee algunos yeguarizos, y el derecho de tuzarlos; y una vez embolsados los mazos de cerda ¿quién se atreverá á asegurar que pertenecen á don Nemesio, hacendado rico, más bien que al paisano Gregorio? ¡Hombre! justamente acaba este tambien de cerdear sus yeguas. ¡Qué casualidad!

El domingo, á la tarde, llovió gente al puesto de Gregorio. Vinieron los tres Ponce, el hijo de Agüero, el rubio Florentino y su hermano Máximo, otros más, todos con lazo y boleadoras; y era para ayudar á Gregorio á cerdear sus yeguas. Los pobres, amigo, se tienen que ayudar entre sí. ¿Dónde iríamos á parar si para tuzar cuatro yeguas, hubiera que conchabar peones por día? Que lo haga don Nemesio, está bien; pero Gregorio no puede, y tiene que ser de convite el trabajo, en su casa.

Y así fué. La noche del domingo pasó, según dicen, muy tranquila: descansando, seguramente, pues era como si no hubiera habido nadie

en el rancho; y al día siguiente, llevaron á lo de los Ponce, que tenían un corralito, las yeguas de su huésped. Entre todos, y como jugando, porsupuesto, pues eran, sin excepción, buenos enlazadores, las iban tuzando con prolijidad, sin estropearlas y dejándoles, como es de regla, el mechoncito para los mosquitos.

Don Nemesio quiso aprovechar esa reunión de trabajadores hábiles para hacer tuzar, él también—pagando—las yeguas de su establecimiento; y se dirigía á casa de Gregorio para tratar del asunto, cuando se encontró con una manada de su marca, tuzada ya. Y ¡qué tuzada! por poco le sacan con la cerda, el pellejo. ¿Mechones, para qué? si las yeguas eran ajenas. Venía también un animal quebrado de una pata, otro medio descogotado y faltaba un potrillo rosillo, el más lindo de la manada. Lo habían degollado para surtirse de lonja, tan necesaria para coser huascas.

Don Nemesio se paró, contempló el desastre, y en un arranque de legítima rabia, arrolló la manada y se la llevó por delante, hasta lo del alcalde. Pero cuando llegó allá, se encontró con el mismo representante de la autoridad abismado, aniquilado, derrumbado, en su corralito, mirando con ojos húmedos y labios temblorosos, no una vulgar manada de yeguas, sino su propia

tropilla de caballos, señor ¡sus caballos! sin clin ni cola, pelados hasta el cuero, y meneando sus rabitos del modo más ridículo.

Al ver en tan deplorable estado los famosos lobunos de don Servando, don Nemesio no tuvo valor para quejarse. Consuelo de tonto, dirán; pero, con todo, consuelo sentía, y entre las arrugas de su cara enojada, ya se iba esbozando como un sonrisa.

V

EL PAREJERO

En el patio de la pulpería, atado á una estaca cortita, el hocico hundido en la trompeta, cubierto con una funda de arpillera que lo protege mal que mal del sol, durante el día, y de la helada, durante la noche, la cabeza agachada, dormita el parejero, dando el conjunto de su persona, la idea de un aburrimiento profundo.

Estirándose, bostezando, sale de su cuarto el compositor y con pereza trae la ración del parejero. Este es el hijo mimado de la casa; y, lo mismo que ama de leche en casa rica, el compositor que lo cuida no deja, porsupuesto, de atribuirse también su parte de privilegios.

El caballo no es ningún animal de condiciones extraordinarias; pero pertenece á Fulanez, el pulpero, y sirve de cebo para organizar carreras en la casa y fomentar reuniones.

«Es mi socio,» dice Fulanez, con una guiñada; y como gana ó pierde la carrera, según queda arreglado de antemano con el compositor, este ya pasa de socio, y facilmente se comprende que nadie le va á mezquinar un atado de cigarrillos, de los buenos, ó un vaso de vino.

Es cierto que tambien tiene que varear al parejero, á horas fijas, especialmente en la madrugada, y con tino. Componer un parejero es oficio de haragán, pero de haragán que entienda el oficio.

Para Fulanez, el parejero es una regular fuente de beneficios, y sabe que, de cualquier modo, todo el dinero que traigan á la reunión los paisanos, ha de caer al cajón.

Pero lo que á uno lo mantiene, al otro lo empacha: y para don Braulio Vivar, modesto hacendado de por allá, el parejero fué fuente de ruina.

A pesar de ser buen criollo, don Braulio poco se acordaba de hacer correr mancarrones, cuando, un domingo que había reunión en lo de Fulanez, sin pensar, se puso medio alegre.

Había mucha gente: gauchaje bastante, pero también una punta de extranjeros con sus hijos, nacidos estos en el país, los más endiablados para correr. Mientras los padres, agricultores.

italianos en su mayor parte, quedaban pegados al mostrador, dándole de puñetazos, chupando vino á litros, pitando sus cigarros Cavúr, hablando á quien más fuerte, y chapurrando no se sabe si el español ó el idioma materno, los muchachos, ellos, iban buscando á quien les corriera, aunque fuera por dos pesos.

Y no faltaba algun gaucho, que más por el honor que por la plata, voltease el recado y se pusiera la vincha en la frente, aceptando el desafío.

Se iban siguiendo las carreras que daba gusto.

—«¡Tres cuadras! ¡dos cuadras! ¡una ochenta! Le corro.—¡Dos pesos!—¡Pago!—Déme cinco kilos!—¡á mano!—Bueno, vamos!»

¡E iban! que diablos! y empezaban las partidas, fastidiosas, enervantes, al tranco, á medio galope, á todo correr, que ya creían todos que se venían; ¡y las vivezas para cansar al contrario, y las miradas de reojo para calarle la lijereza! como si se hubiera tratado de un gran caballo y de diez mil pesos.

De repente, se siente el tropel. «¡Cancha! ¡se vienen! se vienen!» Y el alma en suspenso, todo el cuerpo sacudido por un movimiento maquinal, como si estuviera montado en su caballo favorito y castigándolo cadenciosamente, un

gaucho repetía, nervioso, sin resollar: «¡Picazo, picazo, picazo, picazo!»

A pesar de lo cual, pasó primero el doradillo, diez varas antes que el picazo, y el gaucho se calmó como leche retirada del fuego, alcanzando sólo á decir, al rato largo: «¡Pero, vea que lo ha ganado fiero!»

Ahora, manaban los parejeros. Todos ofrecían correr, y todos, al oirlos, no tenían más que un caballo de carro, un caballo bichoco, ó muy gordo, ó muy flaco, como quien dice: «No me tengan miedo, mi cuchillo no corta;» ó bien: «Mi mujer es fea, no me la lleven.»

Don Braulio se dejó tentar. El caballo en que había venido era nuevo, guapo, vivaracho; lo prestó á un muchacho conocido para que corriese por dos pesos, para probarlo. Ganó.

Corrió otra, por cinco pesos. La ganó.

Don Braulio volvió á su casa hecho otro hombre, y, con regalar á la patrona los siete pesos, también algo la entusiasmó.

En vez de soltar el zaino, lo ató á soga y le dió pasto, y desde el día siguiente, empezó á enseñarle á comer grano, cosa que ignoraban por completo, hasta entonces, todos sus caballos, y á hacerlo varear á la madrugada por Braulito.

Desde aquel día, también, las ovejas queda-

ron algunas veces encerradas muy tarde en el corral, y las apretó fuerte la sarna. Las vacas que, antes, daban poco trabajo, ya casi no dieron ninguno; pero el zaino empezó á ser cuidado en forma, y como verdadero parejero, tanto que fué criando fama.

Lo supo un vasco, carrerista de profesión, que vivía de pegarles fuerte á los incautos, con alguno de sus cinco parejeros mestizos, cuidados de modo á no aparentar lo que valían. Y se dejó llegar á la pulpería, donde don Braulio ahora pasaba sus días perorando.

El vasco no la emprendió con él haciéndose el chiquito, sino al contrario, alabando sus propios caballos, pinchando el amor propio del criollo, hablando de correr por cinco mil pesos para enseñarles á los argentinos, decía, lo que era cuidar parejeros. Tanto que á don Braulio, se le entraron las ganas de darle á ese gringo una lección, haciendo con él carrera por dos mil pesos, aunque tuvo para juntarlos que comprometerse, si perdía, á entregar vacas á elección, al precio de quince pesos.

Las vacas de don Braulio, á elección, bien valían veinte y dos; pero el no dudaba por un momento de la victoria del zaino.

Perdió, aunque por muy poco, y tuvo que entregar la flor de su hacienda, quedando perple-

jo de si haría el gusto á la patrona, fastidiada ya con las carreras, con liquidar el famoso parejero.

Por consejo del compositor que había tomado á su servicio, consintió, antes, en hacer otra prueba. Hizo carrera otra vez con el vasco, por quinientos pesos; pero jugó de afuera, con todo sigilo, contra su propio caballo, por más de dos mil, lo que fué fácil, pues muchos conservaban su confianza al zaino.

El mismo compositor debía montar y perder la carrera, de cualquier modo que fuese. Pero, ¡vaya! sucedió que, al correr, el entusiasmo se apoderó de él; el amor propio se lo llevó por delante; no se acordó del compromiso, sino de la vergüenza de perder otra vez; y castigó, castigó tan bien que lo batió al vasco, pero de lo lindo, dejando del mismo golpe, al pobre don Braulio triunfante y furioso, renegando con las carreras, echando al demonio á los parejeros y á los compositores, empeñado hasta los ojos, y sin embargo, con un cierto dejo á satisfacción criolla.

VI

FECUNDIDAD

En el talud de la zanja que circunda el corral, cubierto de punta á punta con un pastito bien verde y reluciente, recién lavado por el aguacero bienhechor, juegan á la mancha un centenar de corderos.

Blancos como nieve los ha dejado el agua; secos, así mismo, ya, pues su lana cortita no puede disputar por mucho tiempo la humedad al Pampero; alegres, llenos de salud, de vida exuberante, retozan y corren. La majada esparcida, aprovecha los últimos momentos de la tarde para llenarse de prisa, tratando de recuperar el tiempo que le ha hecho perder la lluvia; y, cuando un corderito, de los más chicos, bala, extraviado, llamando á la madre, ésta, sin despegar del pasto el hocico, tartamudea: «Aquí estoy,» con la boca llena.

De punta á punta del talud, carrera; descanso, y ¡volver! y así van y vienen los corderitos, llenando de alegría el ojo del amo, recostado sonriente en el caballo. Los mayores, buenos mozos de dos meses, encabezan la partida; con pie firme, ligero, disparan, y llegados á la punta, se paran, arrogantes; dan un brinco, bajando la cabecita donde asoman ya las astitas, alzando las patas ó encabritándose y pegando dos, tres saltos seguidos, en las manos tiesas, saltos que pocos jinetes resistirían, si fueran de potro: y, de repente, otra vez á todo correr por el talud, seguidos de una caterva de hermanitos que van de mayor á menor, corriendo también y retozando, y dejando por detrás á algunos chicuelos, casi recién nacidos, que también, bamboleando en sus patas largas, se han querido agregar... ¡mocosos!

Y así, hasta que siendo ya de noche, el pastor, al tranquito, arrima despacio la majada balante y que los corderos vuelven á buscar las madres, conociéndolas entre mil, cada uno la suya, por la voz, por el olor, por el instinto, y de rodillas, buscando la teta, chupan con avidez la savia vital...

***

Detrás de unas pajas de penacho plateado, están escondidos, echados de barriga, tres terneros, recién llegados en este mundo de penas; el pelo como terciopelo, liso, lustroso, brillante; los ojos como grandes perlas de azabache; el pescuezo tendido en el suelo, no se mueven, convencidos de que nadie los vé, pues sus madres los han dejado ahí, con recomendación estricta de no moverse, ni seguir á nadie; y aquí están, y no se mueven.

Las madres andan por allá, engavillando con la lengua, cortando con los dientes, y almacenando en la panza las suculentas yerbas de la Pampa. Cuando nadie las vea, volverán apuradas, al tranco largo, hacia el lugar secreto donde han dejado escondida la prole, y le propinarán á grandes tragos, la leche de sus tetas generosas.

Y el rodeo se va llenando de nuevos seres que balan, corren, retozan y maman, dando grandes cabezazos en la panza materna, para conseguir apoyo.

¿Y ese bicho raro, de cabeza tan grande, de patas tan largas, que parece mirar con tanto asombro todo lo que pasa al rededor suyo? Dejen pasar unos días y será más bonito, más elegante que la madre, esa yegua vieja, panzona, que lo está llamando. Los potrillos,

sus hermanos, lo están incitando ya á que se mezcle con ellos y venga á correr, para aprender el oficio.

*
* *

Así se complace la naturaleza en renovar las generaciones que se van, con generaciones más numerosas que llenan las soledades con su alegría y su juventud, haciendo el desierto cada vez menos solo, multiplicando las majadas, los rodeos y las manadas.

Se rie de la destrucción con que los persigue el hombre; parece ayudarlo, á veces, como en burla, con alguna mortandad inesperada; pero ella misma pronto llena los vacíos, como si la población en la pampa fértil, tuviese que buscar su nivel, como lo busca el agua de sus llanuras en las lagunas y los ríos.

¡Y en la puerta de este rancho! miren, vean! También se multiplica el hombre: una mujer da el pecho á una criatura; un niño la tiene agarrada del vestido; gatea otro más, en el patio, mientras éste, algo mayor, espanta con los brazos levantados y los gritos de su boquita toda sucia, unos patos atrevidos que le querían robar la papa que está comiendo. Y otros hay, más grandes, parados contra la

pared, mirando al hermano que se trepa como mono, en un mancarron viejo, para ir á repuntar la majada paterna.

Son muchos aquí; en otro rancho, son más, y en cada rancho, pululan. Cada olla pare diez cucharas, aumentándose el número de los futuros pastores, por lo menos en proporción del aumento de los rebaños.

En la Pampa, no le hubieran faltado modelos á Zola para escribir su obra Fecundidad. Si allá es casualidad encontrar una familia numerosa, aquí es lo común; y lo raro es hallar á alguna que no haya puesto en práctica el mandamiento bíblico: «¡crescáis y multiplicad!»

Del mucho pasto, los muchos terneros; el estómago lleno hace contento el corazón, y el corazón contento es el gran procreador.

¿Lo dudan? Pues vean á todas estas mujeres santiagueñas, paradas en la orilla del camino, esperando, para saludarlo á la pasada, al dueño del ingenio donde trabajan.

Una que otra, contadas, tiene criatura en los brazos, pero llama la atención que todas, jóvenes y viejas, parezcan tan igualmente... abultadas.

—«Tuvimos, este otoño, explicó uno de la comitiva, mucha fruta de algarrobo.»

¡Tierra fecunda, tierra feliz! á la cual basta

una buena cosecha de fruta silvestre para facilitar en este grado la tarea á sus gobernantes, ya que, como lo dijo Alberdi, gobernar es poblar.

VII

ESQUILANDO

¡Clic, clic, clic, clic, clic! suenan las tijeras; corren rápidas entre la lana que cae y se amontona en enormes copos, cuya nitidez contrasta con el color gris y sucio del vellón de las ovejas sin esquilar.

La gente ha almorzado y descansado durante las horas más calurosas de la siesta; han cobrado todos un nuevo brío, y á pesar del calor de plomo que todavía pesa sobre la naturaleza aletargada, trabajan con empeño, apurados. Agachados sobre la oveja, de un tijerazo hacen saltar el copete, la lana de la cara, y atacan con dos manos y de punta la lana tupida de las espaldas.

Gracias al calor que suaviza la lana grasienta, en pocos momentos, está todo el vellón en

el suelo. El esquilador, de una sacudida, lo pone como soplado: « ¡Lata! » dice, y el latero acude al grito, paga, alza la lana y la deposita en la mesa del atador.

Ya se agachó otra vez el hombre y desató las patas de la oveja, toda sorprendida al verse tan blanca, al sentirse tan desnuda y al mismo tiempo, toda asustada por haber sido tan violentada, cortada, sacudida, manoseada. En un minuto, están peladas la barriga y las patas.

« ¡Remedio!» grita el esquilador, parado, un pie encima de la oveja, y un muchacho, con un tarro en la mano, tapa con una pincelada de bleque los numerosos tajitos que colorean en la piel, inmaculada por un breve momento, del pobre animal. Se acabó; ¡á otra! y mientras se va á juntar la oveja pelada con las compañeras en el chiquero, el esquilador sigue con ardor su trabajo.

Nadie chista; el calor ambiente, duplicado por la sudosa actividad de tantos cuerpos en movimiento, por la respiración anhelante de las ovejas que el agarrador ata de las cuatro patas y acomoda en hilera, en la orilla del tendal; por los mil olores que se mezclan, variados y poco suaves, en la espesa atmósfera del galpón, acobarda á los más alegres y no les deja fuerza de sobra para chancear.

Durante dos horas, sigue así el trabajo. A pesar de haber, al entrar, agarrado cada esquilador una oveja elegida entre las de menos lana, el agarrador está continuamente en apuros; las chiqueradas vuelan en un momento, y mientras encierra otra, los esquiladores con su incesante clic, clic, clic, clic, acaban de pelar casi todos los animales que han quedado en el tendal. Y el hombre se apresura.

Puesto envidiado el suyo; si bien tiene ciertas obligaciones fastidiosas, como la de estar el primero en el trabajo, para carnear ó encerrar y el último en el tendal, para barrer, también puede, de cuando en cuando, disimular para un sabroso churrasco, algunas achuras, como la tripa gorda ó los riñones, y si, á ratos, el trabajo es fuerte y penoso, también tiene sus largos momentos de descanso.

Los esquiladores, por supuesto, no dejan, cuando pueden, de hacerle alguna jugada, ó de llamarle fuerte á la orden, si lo pueden pillar faltando á su obligación.

Si las ovejas remolonas han tardado mucho en entrar al brete, asustadas por el movimiento del tendal, los esquiladores, apurándose, no tanto por el interés de ganar una lata más como para desacreditar al agarrador, han acabado ligero con la última oveja atada, y claman: ¡Ove-

jas! como para volverlo sordo. Con el apuro, ató mal un carnero, y, á medio esquilar, éste se desmaneó, y con sus pataleos desesperados, hizo saltar la tijera de manos del obrero, deshizo todo el vellón, dando motivo á una algazara que obliga al mayordomo á intervenir con una reprensión.

Poco á poco, la gente se va cansando, pero al mismo tiempo, revive con las primeras brisas de la tarde.

« Me duele la cintura, » dice uno, y se endereza, estirándose para descansar un rato, al soltar una oveja. La verdad es que no sólo le duele la cintura, sino que también le hace cosquillas la lengua. Mientras ha durado el calor, no se ha conversado, y esto de trabajar sin charlar es una cosa bien triste.

« A afilar, » dice otro; y se va á sentar cerca de la piedra, donde está ya afilando las tijeras un compañero con quien, por supuesto, entabla una conversación llena de interés. « ¡ À pitar ! » grita aquél, riendose y armando un cigarro; y así, uno tras otro, con un pretexto ó con otro, se paran, descansan, charlan y desentumecen á la vez el cuerpo y el alma.

El trabajo sigue; pero ya con menos apuro. El agarrador, cruzado de brazos, ha llenado el

tendal de ovejas maneadas y saborea un cigarro, el primero, desde la siesta.

El atador, todavía, anda medio atrasado, con un gran montón de vellones en la mesa. Extiende, sin descansar, las blancas capas de lana; las separa, las coloca unas encima de otras, las arrolla, las envuelve con el hilo, aprieta con el pecho, cruza el hilo, aprieta otra vez, hace nudo, corta y ¡ á la pila ! y sigue así sin resollar, hasta que el montón desaparecido de la mesa le haya hecho lugar para sentarse también un momento, y prender el pito.

—« Te corro cinco cuadras.

—¿ Con cuál ?

—Con el bayo.

—¿ Cuánto me das ?

—Nada, á mano. Está á campo hace dos meses.

—¡ Qué esperanza ! los míos son todos mancos.

—Te doy cinco kilos.

—Así, todavía; ¿por qué plata?

—Cien latas. »

Y en el momento en que todos seguían con oído atento los detalles de la carrera que se estaba por hacer, apareció en la puerta del galpón el mismo patrón, el dueño de la estancia.

Hay patrones que se hacen temer, otros que se contentan con ser respetados, y algunos pocos

que saben también hacerse querer. ¿Por qué? ¿cómo? esto no se aprende; pero cuando, después de su buena siesta, viene el patrón al tendal á ver cómo anda el trabajo, y si la lana sale liviana ó pesada, limpia ó fea, es fácil conocer á qué variedad pertenece.

El primer momento es siempre de silencio, súbito y completo, y el clic, clic de las tijeras suena como nunca.

— « ¡Ay! exclama de repente un esquilador, sacudiendo el dedo, como si se hubiera pinchado: ¿Será abrojo? »

— «Está feo . . . el tiempo, dice otro; voy á que tenemos tormenta! »

O bien el silencio se hace profundo, y profundo queda, hasta que la aparición silenciosa se haya retirado, y un rato largo, todavía, después.

Basta que ciertos patrones pidan que se trate de acabar la majada en esta misma tarde, para que no falte quien conteste : no se puede; ó: son muchas; ó: ¿Quién sabe?

Al patrón que para sus peones no es ente ni tirano, lo saludan ellos afectuosamente, cuando aparece, y si también pide que se empeñen en acabarle la majada : « La lana está muy seca, dirá uno.

—¡Qué agua fea! » contestará otro; y con un litro de caña que mande buscar, sin que, así, na-

die parezca habérselo pedido, conseguirá lo que, para los otros ni, pudiendo, se hubiera hecho.

*
* *

El agarrador, al pasear la escoba por el tendal, entre los esquiladores atareados en cumplir con el patrón generoso, ha visto el litro de caña, apenas principiado, depositado en un rincón, cerca de la mesa del atador. Ha podido hacerlo desaparecer, y, sin que nadie lo viera, lo escondió entre unos vellones de lana negra que se han puesto aparte.

Al fin, se acabó la majada: cansados, sedientos, rodean todos un balde de agua fresca que se mandó traer, y buscan la caña, para tomarla con ella.

¿La caña?—¡voló!

Ladislao es muchacho alegre, vivo, perspicaz: se fija que el agarrador sigue barriendo con entusiasmo, sin protestar, sin pedir su parte, y ya tiene sus dudas.

—«No digan nada, les dice á los compañeros; pronto vamos á saber quién es; váyanse, no más, á comer.»

Y él, en el crepúsculo, pronto queda invisible entre los árboles que rodean el galpón. Poco tiempo tiene que esperar: ve venir al

agarrador, y también lo ve echarse al buche un gran trago de caña y volver á esconder la botella entre la lana negra.

Ladislao corre á la cocina, pide una botella vacía, la llena con un líquido. . . de color parecido á la caña, y la pone en el lugar de la otra.

Después de comer, se fueron todos sin ruido, á esconder en el galpón, y cuando el compañero volvió para asentar la comida, empinó voluptuosamente el litro, y lo tiró de repente, enojado, y quiso tirar con él hasta el gañote, ¡no fueron nada las risas y los golpes en la boca con que lo aplaudieron!

VIII

VACAS AL CORTE

Cundió la noticia de que don Filemón Urquiola, para aliviar el campo, quería vender quinientas vacas al corte, de las dos mil que tenía; y como las vacas para cría eran algo buscadas, porque iban poblándose muchos campos afuera, don Filemón no tardó en recibir la visita de varios interesados. Su rodeo, sin ser de lo mejor, era algo mestizo; tenía buena novillada, buena proporción de vaquillonas y vacas de vientre; los terneros nacidos en la primavera ya tenían sus seis meses; sólo, pues, quedaba saber el precio y las condiciones de pago.

A don Filemón, como á cualquiera, le gustaba conversar, y cuando veía acercarse al palenque algún jinete desconocido, se apresuraba en convidarlo á pasar para las casas. Y mientras

iba y venía el mate, servido por un par de ojos negros que parecían tomar el más vivo interés en lo que se decía, se cambiaban preguntas y contestaciones sobre esto, aquello y lo otro, dando rodeos y vueltas el forastero, como para evitar de hablar de las vacas, lo único que le importaba, y dejándolo, por su parte, don Filemón, enredarse en charlas sin rumbo, cortadas de silencios molestos, hasta que cansado de tantas partidas, ya largaba el otro:

—«¿Será cierto, don Filemón, que quiere vender vacas?

—Hombre, según. Hice la conversación; pero no tengo muchas ganas, sabe. Está subiendo mucho la hacienda.

—No crea, don Filemón. Muchos son los que quieren vender, y no es tan fácil encontrar comprador.

—Pues á mi, señor, me han venido á ver una punta, y supongo que con alguno ha de cuajar, á menos que hayan venido solo á tomar mate.

—¿Pedirá mucho? don Filemón.

—No, señor. Diez y ocho pesos.

— . . . ¿A rebenque?—preguntó el forastero haciéndose el inocente.

—Pues no, y con cría, contestó, sonriéndose, don Filemón.

—¿Y cuántas son las que vende?

—Quinientas, á cortar de las dos mil del rodeo, con diez por ciento de novillos garantidos, libre de entecadas, y los terneros del mes, por muertos;» y agregó como quien no quiere la cosa: «plata al contado,» sabiendo que para muchos, ese era el escollo.

Tanteadas para conseguir plazos; ofrecimientos de cambiar ovejas por vacas; combinaciones ingeniosas para evitar de dar seña, de todo le habían metido por los ojos, pero el viejo no era lerdo, y mientras esperaba la contestación del forastero, el par de ojos negros reflejaba intensa ansiedad.

Con algún trabajo, todo se arregló, previa vista del rodeo, y á recibir á los diez días; y como, del precio, sólo había tenido que rebajar don Filemón, peso y medio, en vez de los dos que hubiera consentido en ceder, le pudo decir á su mujer, refregándose las manos:

—«A este le hice pagar la yerba.»

El día siguiente, don Filemón hizo parar rodeo, aprovechando los vecinos para sacar las ajenas, y pudo ver el comprador, que si cortaba con tino, el negocio no le podía salir malo.

Firmó el boleto, pagó la seña, y notó que el par de ojos negros estaba muy risueño.

A los diez días, vino á recibir la hacienda, con bastantes peones, para evitar que, en la recogi-

da, por uno de esos descuidos involuntarios que al más honrado le suceden, quedasen olvidados entre las pajas, justamente los mejores novillos y las vaquillonas más mestizas.

Y cuando, despertado por la bulla que metían en el campo, los perros con sus ahullidos y los peones con sus gritos, se apresuró el sol á saltar de la cama, envuelto todavía en los violetos jirones de su colcha de nubes deshechas, y asomó la cara en el horizonte, por todos lados, vió surgir de los pajonales y de los huecos, trozos de hacienda que corrían á juntarse en el rodeo, trotando las vacas, galopando, mugiendo, balando, corneándose, dando de cabezazos á los perros, trepándose unas encima de otras, parándose á veces un toro, para hacer volar con fiereza la tierra por el aire; llegando por fin todas, en largas filas, al rodeo, donde se mezclan, remolinean un rato, y poco á poco se sosiegan, juntándose por familias, buscando cada cual su sitio acostumbrado, esperando, tranquilas, bajo la custodia de los jinetes, lo que disponga el patrón.

Al comprador le gusta mucho la novillada, medio amontonada en una orilla del rodeo; pero también le gustan las vaquillonas de aquella otra, y vacila. ¿Dónde cortará? Por su parte, don Filemón está algo inquieto: ¿le sacará los

novillos más grandes ó las mejores vaquillonas? Y acaban por resolver, ambos de común acuerdo, de remover despacio el rodeo y de mezclar los animales, antes de cortar.

El comprador, de repente, levanta en silencio el rebenque, para que sus peones lo sigan, y abre con ellos en la hacienda, al tranco largo, un surco que corta del rodeo, más ó menos, el trozo convenido de quinientas cabezas.

El surco se ensancha, las vacas caminan: las enderezan al viento, donde queda parado el señuelo, y al grito «¡Vaca! fuera buey!», cien veces repetido, las apuran de golpe para que no puedan tener ya tiempo de volverse al rodeo.

El comprador y el vendedor envuelven la hacienda cortada en la misma ojeada escrudiñadora. Corte lindo para cría, piensa el primero: muchas vacas y vaquillonas lindas; y como ya son de él, cada minuto que pasa se las hace parecer mejores. Don Filemón también se serenó; cierto es que se le van algunas buenas vaquillonas y uno que otro novillo grande, pero se consuela pensando que va á recibir buenos pesos, que le quedan novillos para el matadero; y después de una vueltita al rodeo, que despacio, á paso lento, se va desgranando por el campo, queda del todo conforme.

En un momento, se desternera la punta cor-

tada; se sacan dos animales ajenos, una lechera de la patrona, un buey, un novillito rengo, y ¡á contar! y se forma la gente, se corta y se aleja el señuelo, al viento siempre, y por un embudo de jinetes, pasan de á una, de á dos, de á cinco, deshilándose despacio á veces, y otras, á todo correr, las vacas y los toros, los novillos y los terneros, las rosillas y las coloradas, las blancas y las negras, las moras y las overas, saludándose cada cincuenta con un grito y una tarja.

«¡Cincuenta en la negra!» ... Se acabó. Queda la hacienda bajo el cuidado de los peones del comprador, que la van marchando despacio, atajando la punta delantera, hasta pasar la tranquera del alambrado.

El comprador se fué para las casas con don Filemón, á quien entregó los pesos; y cuando se retiró, notó en el par de ojos negros tanta alegría, al mirar á un buen mozo que parecía ser de la familia, y una sonrisita tan llena de inconsciente gratitud, al mirarlo á él, que comprendió que con la venta de las vacas, no sólo el viejo aliviaba el campo, sino que también adquiría los medios de apurar la felicidad de una simpática pareja; y sintió de veras no haber tenido que tratar el precio con la enamorada niña, pues ella, seguramente, le hubiera soltado las vacas, aun por doce pesos.

IX

AL TRANCO

Durante todo el invierno, las mujeres de la familia han trabajado con empeño para completar el surtido de matras, sobrepuestos, cobijas y ponchos, tejidos con la lana grosera de sus ovejas criollas; y al asomar la primavera, pueden salir los muchachos á vender, por la provincia de Buenos Aires, los productos de la primitiva industria santiagueña.

Saldrán al tranquito, por grupos, y al tranquito, recorrerán centenares de leguas; los caballos son escasos en Santiago del Estero; se crían mal, por las palmeritas que cubren el suelo, y hay que cuidarlos mucho.

De puesto en puesto, irán ofreciendo su mercadería: las matras espesas de lana que duran años y los ponchos pesados é impermeables,

de colores vistosos, gritones, con flores en relieve. Tentarán á la mujer, con una cobija colorada, capaz de desafiar las heladas más crudas; al marido, con un sobrepuesto de un verde que hace llorar, con el cual se podrá lucir en las reuniones; y si hay todavía algunos pesitos en el baúl, fácil es que los santiagueños hagan el día. De cualquier modo, trocarán algo, siempre, por yeguas que amansarán ó mancarrones bichocos, superiores todavía para el tranco, sin contar con el asado que, de llapa, les darán.

Pero pocos son los que tienen tejidos para vender, en suficiente cantidad para que su producto les alcance á pasar todo el invierno; y se juntan entonces por bandadas, cruzando campo, al tranco siempre, en busca de los trabajos rápidos y bien pagos, como los de esquila y de cosecha, que llenan en pocos días la maleta del hombre empeñoso y sobrio y lo arman de recursos para larga temporada.

Por cierto que, por los 1860, debían ser pocas, en Santiago del Estero, las ocasiones de ganarse con sus brazos una onza de oro; mientras que en la provincia de Buenos Aires, y con sólo cruzar apenas unas ciento cincuenta leguas, cortando de punta á punta la provincia de Córdoba, mal despierta, también, ella, de su

sueño secular, había un punto,—y pronto se supo,—donde dos franceses sembraban trigo y pagaban para segarlo con la hoz, una onza las *diez tareas*, ó sea una cuadra.

El precio era lindo, y se juntaba la santiagueñada, que daba gusto, en el momento de la mies. Pero más lindo era el precio del trigo que, también, se vendía una onza la fanega; y como no siempre hay caballos para la vuelta, ó que muchas veces faltan las ganas de dejar un pago de vida abundante y fácil, para cruzar otra vez al tranco ciento cincuenta leguas de pampa, entre penurias de todas clases, para volver á encontrar en la querencia las mismas penurias, muchos se quedaban á sembrar trigo también. Y fué fundado Chivilcoy.

No se sembraba trigo en toda la provincia, pero en todas partes se criaban ovejas y vacas, y se necesitaban peones y puesteros. ¿Quién resiste á la oferta de una majada al tercio, en campo fértil y extenso, con la celestial perspectiva de un contínuo *far niente*, acompañado de churrascos á discreción, con carne gorda colgada siempre del alero, con libreta garantida por el patrón para la yerba, el tabaco. . . y la caña, que tan suaves cosquillas hace en la garganta cansada de charlar en la pulpería? ¡Si quita esto hasta las ganas de irse robando ca-

ballos para volver á Santiago! Y se fundaron así por miles, hogares en la Pampa porteña.

La corriente que así se desprende de la llanura santiagueña, y corre despacio, deslizándose sin meter bulla, modesta como es, por la pampa de Córdoba, arrastra de vez en cuando, por la fuerza del ejemplo, á paisanos cordobeses que también quieren tentar fortuna. Hijos humildes de provincias todavía pobres, hechos industriosos por esa misma pobreza, acostumbrados desde niños á cuidar con esmero los cuatro animales paternos, traen á la provincia orgullosa de sus innumerables haciendas, cantidad de conocimientos útiles y de habilidades y prácticas ingeniosas, que aplicadas en mayor escala á los rebaños porteños, han sido todo un progreso.

En cambio, los que á su tierra vuelven, atraídos irresistiblemente por el amor á la querencia, ó porque tienen allá familia numerosa difícil de mover, llevan á sus provincias,—alzadas sin saber como, lo mismo que las carretillas que por el camino se les han pegado á las caronillas,—ideas nuevas, más amplias, más generosas, más humanas. En su tierra pobre y todavía mal preparada, no germinarán seguramente todas las semillas de trébol que llevan; tampoco se desarrollarán de golpe todas las

ideas recién ingertadas en su cerebro primitivo, pero vendrá el día,—ha venido ya,—en que brotarán, cundirán, abundarán los gérmenes así juntados y mezclados, para desarrollarse en planta lozana.

Y esa planta, cada día más lozana, es la Unidad Nacional.

Llegará el día, en que el acento arribeño, de que, por costumbre vieja, tiene propensión el porteño á sonreirse siempre un poco, pasará desapercibido. No se siente ya en la pronunciación del santiagueño, cuando preguntado por su huésped, de que provincia es, sencillamente contesta: «Soy áárgentino.»

X

CAMPEADA

El temporal fué terrible; durante tres días y tres noches, el viento, sur neto, cosa rara, castigó sin cesar, con los millones de agujas de una lluvia helada, las haciendas desparramadas sin reparo en la campaña pampeana.

Antes de dejar la querencia, el animal lucha, sufre, mientras puede, los cintarazos de la lluvia con viento, y si, en el primer momento, ha disparado, pronto se paró en el límite del campo donde ha nacido y se ha criado. Se encoje, tirita, resiste las ancas al viento; pero si este sigue penetrando las carnes, como látigo mojado, cortando el cutis, helando los huesos, ya, paso á paso, el animal, con pesar, franquea despacio la línea, y entra en campo ajeno.

Camina, sin dar vuelta la cabeza, como

dirijido por el huracán; desviando si desvía éste, parándose, si deja de soplar y de arrearlo con su incansable rebenque.

Aquella vez, el viento no paró ni un rato, durante setenta horas; arreando sin descanso las haciendas enloquecidas y rendidas, de todo el sur de la Provincia, desviando sólo un poco al sur este, en la última noche del temporal.

Los arroyos crecidos vieron formarse en su cauce, tajamares de carne, con manadas enteras de yeguas caídas unas encima de otras, enceguecidas; hecatombes como nunca las vieron iguales los dioses mas temidos de la antigüedad.

Desgraciado del animal que no ha llegado para cruzar el arroyo, antes que este haya crecido; la fuerza de la corriente, la lluvia helada, la extenuación producida por el frío y la marcha lo paralizan, y ahí no más, se ahoga, sin remedio. En la ribera, las lecheras recién paridas recorren balando la barranca, con sus terneritos indebles, buscando paso para salvar su prole, y no encontrándolo, allí mueren con ella. Y lo mismo pasa en cualquier recoveco de alambrado que no alcancen á evitar los animales en marcha; y, amontonándose para tratar de calentarse, pronto encuentran, en fúnebre promiscuidad, el frío que no se quita.

Al acabarse la tercera noche, dejó por fin de

llover; cuando el pampero limpió el cielo, y el sol, arrepentido de tan larga deserción, hizo resplandecer su luz alegre en los campos inundados y en las lomas sembradas de cadáveres, los estancieros vieron con desconsuelo que lo que no había muerto había huido; que de los animales muertos en sus campos, pocos llevaban las marcas de sus establecimientos, sino las de estancias situadas á diez leguas más al sur, y pudieron así calcular que sus propios animales tenían que estar también á diez leguas más al norte, desparramados ó muertos.

No hubo más que hacer que empezar á cuerear los ajenos, para cobrar de sus dueños, cuando viniesen á reclamar los cueros, la comisión correspondiente; ¡y ojalá! que allá también, á diez leguas, prestaran los vecinos el mismo servicio.

¡Changa linda para el pobrerío! y si el viento sur ha soplado feo para el hacendado, lo bendice el gauchaje. ¡A cuerear, muchachos! que todo sirve para un caso de esos, los niños y los viejos; y por tal que tengan un cuchillo en la cintura, no les ha de faltar chairas!

—«¡Las vainas, son las que no faltan, digo yo, en ese mundo bendito!» rezongaba don Juan Valverde, al contemplar el tendal de sus mejores vacas, las tamberas, muertas allí todas, en el

mismo corral donde las habían encerrado, creyendo salvarlas así, mientras las otras se habían mandado mudar y andaban quién sabe donde.

Y mientras la cuereada hacía por todas partes colorear y relucir al sol las osamentas, festín opíparo para los chimangos gritones, empezaban á volver, en pequeños grupos, caballos, yeguas y vacunos, en busca de la querencia abandonada. Mixturados, como después de una derrota, soldados de varias armas, se venían, punteando por entre los cañadones, vacunos y yeguarizos, juntos y de todas marcas: y salían los estancieros al encuentro, á revisar y apartar los que conocían ser de ellos.

Don Juan Valverde, desesperado, al ver que sólo dos vacas le habían vuelto, creyó ya sin remedio su desgracia; pero, siquiera, quiso saber si era cierto que hubieran muerto todas y donde estaban los cueros. Casi todos sus caballos habían desaparecido; y sólo, uno por uno, iban volviendo los más viejos. Una yegua chúcara recién había tenido potrillo; la mandó agarrar, le metió cencerro, la maneó, encerró con ella en el corral, durante la noche, todos los mancarrones y potros que venían cayendo á la querencia, y á la madrugada del día siguiente, arreando con dos peones su tropilla improvisada, heteróclita, de caballos de todos pelos, de todas eda-

des, de bichocos y de redomones, con madrina chúcara y potrillo recién nacido, emprendió la campaña.

En el cañadon, nada; ni rastro. ¿Se habían ahogado las vacas en el arroyo? Parece que nó: en la ribera son de otras marcas las que se están cuereando. Se cruza el arroyo; el potrillo guapea; á los relinchos de la madre, entró en el agua, y salió bien al otro lado: á duras penas, pero salió; ya es gente.

Después de descansar un rato, haciendo mil suposiciones sobre la suerte final de la hacienda, se sigue viaje. Pronto se va á llegar á un alambrado grande, y se divisan desde lejos los montones de osamentas frescas que están desollando numerosos peones; late el corazón al pensar que quizás sean justamente las vacas de la estancia. Por la dirección del viento, cuando el temporal, allí han de haber pasado; habrán cruzado el arroyo antes que creciera, para venir á embolsarse en el alambrado, y morir.

Peones conocidos de don Juan Valverde, están ocupados, alegres ellos, en la triste tarea. Y mientras él se acerca, sin atreverse á formular la pregunta que le quema los labios, por temor á la respuesta:

—«Buenos días, don Juan, le grita uno de ellos; ¿qué le parece el rodeíto? mansitas ¡eh! las

boconas de la Rosalía; parece que todas han venido á espichar aquí. Mire que montones.» Y sin esperar la pregunta de don Juan, agregó: —«¿Está campeando las suyas, don Juan? Sabe que no he visto ninguna de su marca. Han de haber pasado rozando el alambrado, y andarán por allá, no más. Lo que sí, debe ser una mixtura regular y deben estar algo lejos.»

Valverde cobró ánimo, al saber que sus animales no estaban allí, en el tendal, y dándole al hombre las gracias por la noticia, siguió costeando el alambrado, destacando, de vez en cuando, á uno de sus peones para dar una batida y revisar de cerca todas las haciendas que se veían.

Recién á cuatro leguas de la estancia, encontraron dos vacas viejas, de la culata del rodeo, comiendo con toda tranquilidad; la deducción fué fácil. Cansadas de tanto andar, se habían echado al reparo de unas pajas que ahí estaban, y así, bien protejidas contra los furores del viento, se lo habían estado pasando, mal que mal, hasta que cesó el temporal.

Fué como una sonrisa de la suerte: las otras, más guapas ó menos vaqueanas, habían seguido caminando, pero era imposible que estuvieran muy lejos; y si estas dos, viejas y

deshechas, habían resistido, con más razón aún, tenían las otras que estar vivas.

Y casi alegres, ya, sin abrigar dudas sobre el resultado pronto y favorable de la campeada, siguieron camino, con los ojos más abiertos que nunca. Pero, en vano, y galoparon leguas, recorriendo el campo por todos lados, preguntando á los transeuntes que encontraban,—campeadores, también, muchos de ellos,—si habían visto animales de la marca de la tropilla que llevaban, dando las señas que podían haber llamado la atención: el toro colorado tapado, de la contramarca de Fernández, dos vacas huevo de pato que siempre andaban juntas, y un novillo descornado, y las señales de las orejas.

Nada. ¿Entonces, qué? ya empezaban los alambrados intrincados de las chacras del pueblo. Si hasta aquí han llegado y se han metido en los callejones, hechos pantanos, han perecido todas, y los cueros habrán servido para surtir de huascas á los chacareros, como parecía contarlo la presencia de tantas osamentas despojadas, yacentes en el fangal. Imposible que ninguna haya salido con vida de semejante dédalo, poblado de labradores tan hambrientos de carne ajena como los mismos indios.

Y fué cosa de ir de rancho en rancho, de

chacra en chacra, durante tres días, recogiendo sólo datos vagos, contradictorios, que no tenían más utilidad que de conservar medio encendido el fuego de la esperanza.

Hasta que hilando todos estos datos, se acabó por convencer don Juan Valverde que, por la misma bendita casualidad que le había hecho cruzar el arroyo antes de la creciente, y rozar el alambrado sin embolsarse en él, su hacienda había pasado por la extremidad de las chacras, desviándose con el viento, cuando pasó del sur al sur este, sin pararse, y en momentos que, ni á palos, hubieran salido los habitantes de sus casas, por el frío, el agua y la noche; y que así, debía haberse parado del otro lado del pueblo. Y siguiendo más al norte-oeste, empezó á encontrar desparramados en puntas, por las estanzuelas linderas del pueblo, los animales de su marca, y muchos de sus vecinos.

Volvió á los siete días, arreando como en triunfo, toda su hacienda recuperada, y trayendo á los conocidos noticias ciertas de sus animales, en peligro de perderse, á diez leguas de la querencia, mientras que los amos y los capataces, con pretexto de campear, se quedaban tomando mate y bobeando en todos los ranchos de la vecindad.

XI

PRENDAS DE PLATA

Cerca del palenque, se oyó un retintín alegre que hizo lèvantar todas las cabezas agachadas en la taba, y salir de la pulpería á los gauchos en ella reunidos; y sólo fué después de una lijera cuerpeada de vacilación, que echaron todos á aclamar en bullicioso coro, y con un alboroto de teros,—con premiso de la gente,— que rodean á un perro, al amigo Ruperto Ramirez.

¿Y cómo lo hubieran conocido? acostumbrados á verlo pobre como las ratas, y, á veces, con los bastos pelados, sin poncho y sin tirador, de repente se les aparecía, todo chapeado en plata, como una Vírgen milagrosa, ó como dicen que anda Mandinga, cuando va cazando almas.

Al tranquito se venía, erguido en el oscuro, un grueso talero de plata, de punta en el muslo,

con la diestra extendida sobre la argolla, en actitud arrogante. Ni se dignaba siquiera bosquejar, entre la espesa barba negra, una sonrisa de complaciente agradecimiento por la ovación, y se dejaba admirar no mas, sin dejar traslucir en lo mínimo, la íntima satisfacción de su orgullo.

Cubiertos de plata venían, tanto el caballo como el jinete. Un ancho pretal adornaba el pecho del animal; en el freno brillaban copas como platillos, y del mismo colgaba una pesada barbada que el oscuro sacudía sin cesar, no se sabe si con ganas de quitársela ó para llamar la atención. La cabezada, las riendas, las estriberas, todo venía lleno de presillas y de argollas, y los pies finos y elegantemente calzados de don Ruperto, descansaban en unos estribos enormes de brasero, todo labrados, que dejaban boquiabiertos á los compañeros, extasiados ante semejante lujo.

Del tirador, todo estrellado de monedas, asomaba la empuñadura de plata del cuchillo, encerrado en rica vaina, y con tanta plata, al fin, cargaba don Ruperto, en sus aperos y en su traje, que bien se podía creer que lo mismo había hecho él con ese metal, que el rey Midas con el oro.

A las mil preguntas que le llovieron, al apear-

se, curiosas, admirativas, envidiosas, irónicas, contestaba... sin contestar:

— « Sí; no; ¡claro! ¿quién sabe? ¡Tu madre!» dejando vagar las suposiciones, de lo más vil á lo más honroso, aunque, sin necesitar gran perspicacia, era fácil comprender que no debía ser herencia, no podía ser remuneración, ni era robo seguramente; y que sólo una inesperada vuelta de la rueda de la fortuna, podía haber hecho, en alguna partida de choclón ó de monte, semejante milagro.

El caballo tan soberbiamente enjaezado, atado en el palenque, era como lunar entre la caterva de mancarrones mal ataviados, con cueritos haciendo las veces de sobrepuestos, bastos medio destripados, y caronas gastadas hasta faltarles el pedazo.

Los ojos del pulpero Fulanez habian quedado medio encandilados por el reflejo de tanto metal; pero pronto se repusieron, y sólo brilló en ellos un destello de codicia. Es que sabía la suerte que, tarde ó temprano, suelen correr esas ingénuas y efímeras manifestaciones de lujo campestre, infantil supérfluo de gente que nunca logra tener lo necesario, y que prefiere ostentar un cuchillo de plata sobre un chiripá roto, que tener un cuchillo de cabo sencillo, y ropa abrigada.

Tenía él, en la trastienda, todo un cajón lleno de aperos de plata, de esas prendas extravagantes, productos del arte del *platero*, quien por un caballo atrozmente tallado, cabezudo y de patas cortas, destinado á hebilla de tirador, cobraba dos onzas de oro, y que, una vez empeñados por la cuarta parte de su valor intrínseco, por algún gaucho ávido de poder seguir jugando, raras veces volvían á ser recuperadas por su dueño. Se *fundían*, y para realizarlos con la mayor ganancia posible, Fulanez los ponía en rifa; sino, los vendía al peso, á plateros que, de nuevo, los volvían también á *fundir*; pero en otros moldes, haciendo los adornos cada día más livianos, con más cobre cada día, para responder á la vez al prurito eternamente humano de lucirse, y al moderno anhelo de hacerlo con poco gasto.

No demoró mucho, por supuesto, ese día, don Ruperto Ramirez en pedir á Fulanez licencia para entrar á la trastienda y confesarse con él; la taba lo había desconocido, quizás por tan paquete, y como tenía poco dinero efectivo, había quedado pronto en seco, teniendo que acudir al manantial tentador y engañoso de los aperos de plata.

Fulanez, primero, hizo el que se echa atrás; no quería más prendas, dijo, ni chafalonía en su

casa; enseñó el famoso cajón; despreció hasta la exageración todo lo que era metal precioso; asegurando que aunque fueran onzas de oro, como las que solían llevar en el tirador los gauchos de antaño, no daría por ellas su buen papel de curso legal; y naturalmente menos, tratándose de un metal vulgar, como la plata, que, cada día, perdía en valor, sin contar que los plateros—agregaba—se habían hecho tan tramposos, que ya no podía uno fiarse de nada ni de nadie.

Tan abombado lo dejó á Ruperto con el discurso, tan desilusionado con toda su chafalonía, tan mareado, tan marchito y desarmado, que pudo entonces, con un puñado de pesos, desflorar á su gusto la fortunita del gaucho con sus ganchudas manos de pulpero. Pero también así, pudo Ruperto seguir haciendo guiñadas á la suerte, para tratar de hacerla volver. ¡En vano! por mucho dinero que tirara, la suerte lo dejó plantado, mereciendo ser tratada, una vez más, según la costumbre universal, de ingrata, y de muchas otras cosas, por no haber seguido colmándole con sus favores.

Cuando salió Ruperto de la pulpería, de noche cerrada, la luna, siempre juguetona, pudo, riéndose, sacar todavía algunas chispas de los restos del apero; pero el tirador había sido

despojado de sus mejores y más valiosas monedas; los pesados estribos de brasero, de plata maciza, quedaban empeñados en el cajón de Fulanez; y el oscuro, más liviano, galopaba, sin hacer sonar ningún pretal, ni necesitaba sacudir la cabeza, para librarse de la molesta barbada.

*
* *

El amigo Ramirez, con las prendas que le habían quedado, pudo todavía, durante un tiempo, hacer regular figura en las reuniones de gauchos; pero nunca volvió, en toda su vida, á juntarse con la suerte, y acabó por volver á ser, y sigue siendo, el gaucho pobre como las ratas, de bastos pelados á medio destripar, sin poncho y sin tirador, que reparte entre la caña y la taba los pocos pesos que gana, y los que consigue, pechando.

Cedidas en pago, vendidas para comprar galleta, ó empeñadas para alimentar la hoguera del juego, las prendas se desparramaron todas de á una, de á dos, de á puntas, como, en el campo, hacienda que sale del rodeo. Y quedan apiladas en montones, como chafalonía sin valor, en los cajones de objetos empeñados de las pulperías, de donde irán al crisol, que si

bien devuelve el metal, guarda sepultado para siempre, con la linda costumbre del jaez suntuoso, lujo original de la pampa, un pedazo del alma criolla.

¡Adios! retintín alegre de las hermosas prendas de plata, sacudidas por el corcel brioso! ¡Adios! retintín alegre de antaño!

XII

EL PECADO FAVORITO

Cuando don Augusto Bouret vino á tomar posesión de sus dos suertes de estancia, adquiridas del Gobierno, convino con don Pedro Agüero, en testimonio de simpatía, que, en vez de pedirle el campo, como á los demás intrusos, le completaría la majada, como para hacer sociedad.

Don Pedro, cordobés aporteñado, cuyo rancho ocupaba desde hacía veinte años, la mejor loma del campo, apreció, como lo merecía, la excepción hecha á su favor, que le permitía quedar en la querencia, donde había vivido tantos años, con la finada su mujer, y donde dejaba correr despacio los días, cuidando, con sus dos hijos, las pocas ovejas que le había dejado lo que él llamaba la mala suerte.

Por su lado, don Augusto, extranjero, nuevo en el oficio, sacaba de sus conversaciones con don Pedro, mil pequeños secretos de la vida del campo, aprendiendo á conocer las vivezas instintivas de los animales para defraudar la vigilancia del hombre, y los medios criollos de contrarrestarlas; el modo de hacer tal ó cual trabajo, de salir airoso en sus tratos, y de evitar las trampas, frecuentes en los negocios de hacienda.

Se estableció la estancia, dejando independiente, aunque á poca distancia, el rancho de don Pedro, y todo andaba á las mil maravillas, sin que nada viniese á confirmar los augurios de los vecinos que habían anunciado tempestades, para cuando don Pedro,—decían,—«tomase su primera tranca.»

Y ¿cómo creer semejante cosa? si todo, en su conducta, era de tanta corrección que no podía haber, aseguraba don Augusto, otro gaucho en la Pampa, mejor educado, ni más instruído.

—« Sí, sí, contestaban los vecinos; cuando no está ebrio. Instruído y educado, lo es.» Y con cierto misterio, susurraban: — «Dicen que, en Córdoba, ha estudiado para fraile.»

Hospitalario y generoso con cualquier paisano que le viniera á pedir un servicio, don Pe-

dro inspiraba á todos cierto respeto como hombre bueno y de bien, que era, incapaz hasta de comer una oveja ajena extraviada en su majada. Su relativa superioridad, por benévola que fuese, no dejaba de dar lugar á cierta envidia, pronto disimulada con los ayes de lástima que todos concedían á los arrebatos locos de vicio que, de vez en cuando, venían á empañar sus excelentes cualidades.

—« V. verá, V. verá. ¡ Es una lástima ! »

El tiempo pasaba; don Pedro seguía cumpliendo regularmente con sus obligaciones; y cuando, por la mañana, después de haber atado en el palenque su caballo, bien rasqueteado y con la clín cuidadosamente tusada, se venía, caminando, al parecer, ligero, pero á pasitos tan cortos y menudos que su apuro era más ficticio que real, á saludar al patrón, con afectuosa humildad, su cara, de facciones distinguidas, realzadas por un cuadro de pelo negro ondulado y de barba toda rizada, recordaba estos hermosos tipos semíticos, cuya sumisa gravedad deja traslucir en los ojos, á la vez serios y risueños, cierto desprecio burlón para la humanidad en general, y para el interlocutor, en particular.

Su seriedad atenta, cuando le hablaba el amo, su política aprobación habitual de las

ideas del patrón, sólo restringida, á veces, por el sacramental y prudente: « V. es dueño, » que tan hondamente significa lo que quiere decir; los consejos, dados en forma de mera y modesta indicación, como quien no quiere la cosa, y con ese tacto peculiar del subalterno que no quiere parecer saber algo mejor que el superior; su comedimiento en ofrecerse para cualquier trabajo, todos sus modales hacían de éste cordobés, barnizado sin acabar de pulir, un lunar entre el paisanaje porteño que le rodeaba, más activo, pero más rudo.

Es cierto que su ayuda era algo platónica, y cuando, viendo al patrón con una herramienta cualquiera en la mano, se le acercaba, diciendo: « Preste patrón, » y se la quitaba con gesto resoluto, como si fuera deshonra para él dejar un momento que el patrón se cansara en trabajar, en su presencia, era generalmente puro ademán; ¡pero lo hacía tan bien y con tanta sinceridad aparente!

Seguramente, cuando joven, había sobresalido en todos los trabajos de campo; hoy, se contentaba con dar indicaciones á los muchachos para lo que era domar, ó enlazar, ó cualquier otro trabajo pesado; pero para un trabajo delicado, tenía fama merecida de hombre hábil, y si algún estanciero vecino quería que se le adies-

trase un caballo para la silla de la señora, ó se le amanzase un petizo para los chicos, no buscaba sino á Pedro Agüero.

Tampoco había peligro de que Mandinga se llevase al padrillo hecho potro por él, cuando le había dibujado con la punta del cuchillo, en la faz interna de la cola, la señal de la Santa Cruz.

Fatalista, como los árabes á quienes se parecía, perdonaba á la suerte sus errores, pero no por ésto dejaba de tratar de evitarlos, y como su mayor superstición era que todo trabajo hecho un sábado tenía que salir bien, poco á poco, llegaba á no trabajar más que el sábado.... cuando no llovía, ó que lo permitía el estado de la luna.

Y por el conjunto de sus cualidades y de sus defectos, resultaba para don Augusto, entre muy útil y casi inservible.

...Hasta que un día de viento norte muy feo, se oyeron en el puesto gritos desaforados, vociferaciones, insultos soeces: «á ese gringo que se le había venido á meter aquí, quién sabe con qué derecho;» y sonó un tiro de revólver, que fué á herir en el brazo al hijo mayor, quien había querido pedir al padre que se moderase.

Y, siguiendo la farra, volvió á la pulpería,

donde, con un tono chocante que contrastaba con su finura habitual, convidó á los concurrentes, hablando, con altanería sin par, de medir con cualquier facón su «capadora» y de castigar á rebencazos á esos cobardes, que lo miraban como zonzos, sin atreverse á decirle nada.

— «Y ¿por qué no le decían nada? ¡porqué bien sabían que él era gaucho!—¡Soy gaucho! repetía, soy gaucho! »

Lo que menos era, el pobre; pero no sólo lo sabían inofensivo, sino que pocos eran, en la vecindad, los que no habían tenido ocasión de ir á buscarlo á su casa, encontrándolo siempre dispuesto á venir, á cualquier hora, á cristianar algún recién nacido en peligro de muerte, ó á rezar, en un velorio, las preces de los difuntos.

Al rato, le dió por cantar, y compró una guitarra; con ella, se fué para su casa, y de allí, mandó á su hijo menor á buscar otro porrón de ginebra.

Cuando volvió el chiquilín, le salió al encuentro, bamboléandose, emponchado, y desafinando á raja cincha con la guitara y con la voz; el mancarrón, un viejo servidor bichoco, se asustó y volteó al muchacho; don Pedro no vaciló, sacó la cuchilla, y degolló el caballo.

La vista de tanta sangre lo calmó; arrojó lejos de sí el arma; la guitarra fué á dar violenta-

mente contra el suelo, hendida, estertorosa, y don Pedro, dejándose caer en la cama, se durmió profundamente.

¡Pobre don Pedro Agüero!

XIII

CAPATACES

«Patrón, le voy á tener que pedir licencia por algunos días, porque se ha vuelto á descomponer muy feo, Eulogia; la voy á tener que llevar al pueblito.

—¡Otra vez! ¡caramba! amigo; y tanto que tenemos que hacer con la hacienda, en estos días. ¡Qué broma!

—¿Qué le vamos á hacer? patrón.

—Bueno, mire, Santiago; aprecio mucho sus servicios; pero necesito un capataz que no me deje el establecimiento, á cada rato. Me voy á tener que arreglar con Benito, hasta que sus circunstancias le permitan estar más fijo en la estancia.

—Como le parezca, patrón.

—Siento mucho, créalo, pero....

—¡Paciencia!»

Y el pobre Santiago, muy buen capataz, pero casado con una mujer que necesitaba más cuidado que el mismo padrillo del galpón, tuvo que dejar su ambicionado puesto á otro que tenía la suerte de ser soltero.

—«¡Al diablo! con la china, iba renegando el patrón; ¿por qué no morirá de una vez?»

Es que encontrar un capataz bueno no es cosa de todos los días.

¡Benito!... Benito, claro, no era mal muchacho; pero no tenía, ni lejos, la formalidad de Santiago. Conocía muy bien la hacienda y el campo de la estancia, y era lo más apto y lo más guapo para todos los trabajos de á caballo; pero ¿quién sabe si tendría esa asiduidad, esa constancia en el cuidado, que debe tener el capataz, para evitar las pérdidas, de que siempre, en campo abierto, está amenazado el estanciero, en mil formas?

Benito entró en funciones; y como escoba nueva que era, empezó á barrer de lo lindo. Había que hacer varios trabajos de hierra y apartes, y en todos ellos, se lució de veras, no sólo con su trabajo personal, que por lo limpio, correcto y sereno, podía servir de modelo, sino que para manejar á los peones y dirigir la faena, se desempeñó con tino y habilidad.

Pero cuando ya sólo se trató de cuidar, de la

escoba, pronto no quedó más que el palo. Un día, las bebederas estuvieron sin agua; otro día, faltó una punta de hacienda en el rodeo; una manada ajena iba tomando querencia en el campo; había habido dos quemazones seguiditas, y así, varias otras cosas que al patrón pronto le fastidiaron. Y á Benito, lo reemplazó Timoteo.

¡Amigo! ese si que cuidaba bien. No les dejaba descanso á los peones; tan bien que todos los què se habían conchabado con sus tropillas, se fueron retirando, poco á poco. ¿Qué le importaba á Timoteo? Los caballos de la estancia estaban gordos y descansados, y tomó peones sin tropillas. ¡Y péguele á los mancarrones! las recogidas á galope tendido, los repuntes á todo correr, y si alguna hacienda ajena se atrevía á pisar el campo, se le hacía una conducción como ventarrón, hasta lejos, en el campo de su dueño, para enseñarles á los vecinos que ahí, se cuidaban los intereses.

Pero cuando apretaron las heladas y mermó el pasto, empezaron á aflojar los fletes, y á entrar en el campo, como en su casa, las haciendas ajenas. Timoteo se disgustó, porque no había caballos; el patrón se disgustó, porque Timoteo se los había puesto á la miseria; y entró de capataz Anselmo, gaucho viejo, juicioso y sujeto—

por la edad,—cuyo principal empeño fué de cuidar mucho los caballos y ... la cocina.

Duró poco; pero capataces, al fin, siempre se encuentran, y Macedonio se ofreció. Lo probaron. Tenía muy buenas cualidades: activo, vigilante, muy de á caballo, muy de campo; lo que sí, se lo pasababa chacoteando con los peones, y estos, naturalmente, le obedecían mal.

Es peliagudo el papel de capataz. El capataz no es más que un peón á quien da el patrón autoridad sobre los demás peones; de modo que estos le tienen envidia y no pierden ocasión de hacerlo retar. Si, por orden del patrón, manda el capataz á los peones de recoger la hacienda ligero, la corren de tal modo que caballos y vacas llegan al rodeo fatigados, y el capataz tiene que oir rezongos. Si la deben traer despacio, á las horas, aparecen en el horizonte, trayendo puntitas al tranco, como si temieran de levantar tierra, y el patrón, impaciente, le pregunta al capataz si sus peones andan á pie. Si es malo, los vecinos lo critican; si es bueno, lo aprovechan. Los peones se le van, si los aprieta; y si no, engordan, muy descansados. Descubrir é inutilizar los armadijos que, sigilosamente, tienden todos por su camino, para hacerlo rodar, no es pequeño trabajo. Cuidar asiduamente, de día y de noche, intereses ajenos, más que si fue-

ran propios; cuidarlos hasta en pequeños detalles que el mismo patrón, muchas veces, ignora; tener la responsabilidad de faltas propias y ajenas, con bien poca esperanza de ver premiados sus esfuerzos; saber hacerse obedecer por sus pares, sin haber sido elegido por ellos, y sin tener que acudir al patrón que, pronto, se cansaría de ser molestado; afrentar odios, desvirtuar vivezas de todo género, rechazar provocaciones, sin permitir que lo puedan tachar de cobarde; ser inaccessible á las tentaciones que lo rodean, como á cualquier cristiano, en esta Pampa de Dios: carreras emocionantes y taba fascinadora, vino seco que parece oro cuando reluce en el vaso, ó caña que parece fuego, cuando corre en las venas: es mucho pedir á un hombre.

Por esto es que, después de Macedonio, también tuvo que renunciar Florentino, demasiado tonto para entender una orden y por consiguiente para hacerla ejecutar, y un santiagueño, cuya manía era rodearse de huéspedes, como si la estancia hubiera sido de él. Pero, como un capataz siempre mete en estos mundos, algo más bulla que un simple peón, y que lo que quiere el hombre, mientras vive, es meter un poco más bulla que el vecino, y hacer en la superficie, antes de desaparecer, algunas ondas

más que el otro, no faltó quien le reemplazara. Hasta que empuñó el arreador del mando don Juan Bautista Larray, hijo de vasco, pero criollo como él solo, y dotado de todas las cualidades requeridas.

¿Quién no comprenderá que un hombre tan perfecto, no podía dejar de hacer entender pronto al patrón que casi no se le necesitaba, y que el patrón lo despidió, ni más ni menos que Dios á los ángeles rebeldes?

XIV

HOGAR CRIOLLO

Doña Baldomera es la mujer de don Anacleto; no se sabe de cierto si esposa por la iglesia ó simple compañera, pero viven juntos y tienen familia numerosa. Tienen hijos de todas edades, desde el hombrecito cuyos labios empiezan á criar vello, hasta la criatura cuyo pudor no exige todavía más que una camisita, y que se siguen de año en año, con una regularidad de majada estacionada.

Sólo los más chicos son hijos de don Anacleto; los mayores lo son de su antecesor, pues doña Baldomera ha sido... casada varias veces; casamientos sin anotar, la contabilidad del registro parroquial ó la del registro civil siendo algo inoficiosa, donde no hay bienes. La procreación, sola, no necesita tanta prolijidad, y

la ley divina: «Multiplicad», no habla de apuntes.

La Pampa es grande, hay holgura; crezca el rebaño, que después, lo contaremos.

Y doña Baldomera, cuando se juntó con don Anacleto, sólo trajo á la comunidad algunas lecheritas, un lote de gallinas y otro de entenados; y también algo como un embrión de esas cualidades caseras que de toda mujer hacen, y de la misma paisana criolla, podrían hacer, cultivadas, el alma del hogar.

***

Sentada en un cajoncito vacío de kerosene, doña Baldomera, vestal un poco marchita, con una tira de percal, rasgada de un vestido viejo, envuelve un pedazo de sebo; dispone con arte en el suelo, un montoncito medio suelto de fragmentos de leña de oveja, bien seca, y pronto se llena la cocina de espeso humo, con olor á grasa derretida y á amoniaco caliente, incienso digno del altar.

Mientras empieza á calentarse el agua, doña Baldomera, sacerdotisa también de la batea, se va, bajo la escasa sombra del sauce raquítico, único árbol que exista al rededor de la vi-

vienda, á enjabonar un lote de ropa que tenía preparado.

Ha empezado á salir, hormigueando, gente de la casa. Uno de los hijos, saltando en el caballo que ha dormido atado en el patio, fué á traer la manada de caballos.

El padre está en la cocina, tomando mate y vigilando la preparación del churrasco jugoso que chisporrotea en la ceniza y le hace agua á la boca. Y sale la chorrera de muchachos y niñas, grandes y chicos, poco vestidos los mayores, medio desnudos los más chicos, que van en busca de la madre, refregándose los ojos, cayéndose, llorando, peleando, hambrientos, sucios.

En los dos cuartos del rancho, de donde sale toda esa carne humana, hay poca luz, porque las ventanas son pequeñas, y poco espacio, no porque haya muchos muebles, sino porque nada está en su lugar; los muebles, fuera de una cama grande de fierro y de media docena de catres, son todos cajones: cajones chicos para sentarse; cajones pegados en la pared para servir de armarios, un cajón grande para las huascas y la ropa de abrigo; cajones viejos de tienda ó de conservas, comprados en la pulpería. También hay, en un pie de fierro medio descuajaringado, una palangana enlozada, bas-

tante averiada, que cada miembro de la familia, cuando se le ocurre lavarse, lleva cerca del pozo, para hacer sus abluciones.

En la mesa grande de la cocina, podría comer toda la familia, pero generalmente come cada uno donde quiere, sentado, parado, en cuclillas. Y los dos únicos muebles de verdadero lujo que haya en toda la casa, son un sillón viejo de mimbre, donde generalmente se sienta la señora para coser, y una cómoda para guardar la ropa blanca de las mujeres y soportar la imágen de San Ramón Nonato, con una vela prendida.

¡Coser! . . . Poco cose doña Baldomera.

Cose tan mal y tan penosamente, que la aguja es para ella, más pesada que la tijera de esquilar.

Y por esto es que los pequeños andan medio desnudos y los grandes tan mal entrazados, ataviados con los productos mezquinos y caros de la industria que, para bochorno de sus protectores, se llama nacional.

De ropa casera, poca provisión tiene doña Baldomera: los muchachos duermen en sus recados; cada catre es un revoltijo de ponchos usados y de pedazos de frazadas viejas que no da lugar á tender sábanas; la mesa de comer no precisa mantel, ya que nunca se sienta la familia al rededor de ella, y con media docena de tohallas, está montada la casa.

Pero, si poco sabe coser doña Baldomera y si, en vez de perder el tiempo en componer los trapos usados, prefiere rajarlos para hacer mechas, por lo menos, ¿sabrá cocinar?—¡Como no! y de hachar la carne en pedazos, lavarla y tirarla en el agua de la olla, con arroz y sal; de hacer, en una palabra, el puchero, ó de confeccionar el sabroso asado al asador, entiende como ninguna.

*
* *

—«Deben estar muy bien estos extranjeros que han arrendado el otro puesto,» dijo doña Baldomera á su esposo al volver de una visita. «Vieras como están de bien instalados y lo bien que viven. En la cocina hay un fogón alto y una cantidad de fuentes y cacerolas todas brillantes, colgadas en la pared; ésta, por supuesto, blanqueada. En los cuartos, muchos mueblecitos bien arreglados, con coco punzó; las camas, todas bien tendidas, con sus buenas frazadas; un ropero repleto de ropa blanca, nada más que para los usos caseros, y un gran baúl lleno de ropa, para los muchachos.

«Doña María tiene máquina de coser, y ella misma corta y cose todo, que es una maravilla.

«¡Y cómo se come bien allá, Anacleto! Un

puchero no más, una tortilla, y arroz con leche; pero una cantidad de verduras de todas clases, manteca, crema, que sé yo; un almuerzo, pero en regla, en una mesa bien puesta, con su mantel planchado, que daba apetito con sólo verlo.

«Deben estar muy bien estos extranjeros.»

Doña Baldomera exageraba; estos extranjeros ocupaban un puesto igual al de ella, pagaban el mismo arrendamiento; tenían, como don Anacleto, una majada, algunas vacas y bastantes hijos, y compraban también en la pulpería cajones vacíos para hacer muebles.

Lo que si, es cierto, habían aprendido, desde chicos, á nunca quedar ociosos, y trataban de que sus hijos hicieran lo mismo, enseñándoles á hacer uso constante de sus diez dedos.

XV

EL PAN Y LA SAL

La invasión del crepúsculo parecía ahuyentar de la superficie de la tierra todo lo que, momentos antes, resaltaba, tan netamente recortado. Los animales, aunque siguiesen paciendo donde los había dejado el último rayo del sol, aparentaban haberse alejado una legua: y para alcanzar á divisar en el horizonte, un rancho, achicado de repente, como si se hubiera hundido, era preciso agacharse casi hasta el suelo, y abrir tamaños ojos.

Una tristeza infinita se extendía, con la noche, sobre la llanura; el mismo viento callaba, y todo, sepultándose en un silencio color de tinieblas, parecía borrarse paulatinamente de la vida.

Don Martín había rodeado su majada, desen-

sillado su caballo, y lo había atado con maneador largo, para que pudiera comer algo, durante la noche. Su rancho, habitación provisoria de pastor errante y sin familia, era de adobe crudo, angosto y bajo, cubierto con algunas chapas de fierro de canaleta, y le servía de cocina, de comedor y de dormitorio. Entró en él, prendió un candil de sebo, y empezó á arreglar, en el medio de la pieza, el fuego para cocinar su pobre puchero de solitario y hacer hervir el agua del mate.

Como no encerraba nunca la majada, le faltaba hasta la provisión de leña de oveja, y tenía que hacer fuego con unas anchas bostas de vaca, bien secas, que juntaba en el campo, y de las cuales acababa de traer una gran bolsa llena. Prendido el fuego, colocó en él la olla, provista ya de los elementos del puchero, que debía constituir su frugal cena, se sentó en una cabeza de potro, cargó el pito, rascó el mate, lo llenó de yerba, y esperó que cantase la paba. Un gran perro se estiró á su lado, mirando también la llama.

Así, solo, perdido en la Pampa, pasaba semanas enteras, sin ver alma viviente, meses sin saber nada del resto del mundo, y sin que supiera nada de él, nadie.

De repente, el perro levantó la cabeza, paró

la oreja, salió del rancho, y empezó á ladrar con fuerza. Don Martín se levantó, y, agachándose en el umbral de la puerta, trató de penetrar la obscuridad, densa ya, de la noche.

Un jinete se venía acercando.

Al cabo de un rato, cerca ya del palenque, se paró y pronunció la frase sacramental: «Ave María,» á la cual contestó don Martín, sin vacilar:

—«Sin pecado concebida. Bájese si gusta,» haciendo, al mismo tiempo, callar el perro.

El jinete se apeó; ató el caballo al palenque, y entró con don Martín en la pieza.

El hombre, un gaucho pobremente vestido, con la cabeza muy envuelta en un pañuelo de algodón, que, con el sombrero gacho, disimulaba parte de sus facciones, dejando sólo brillar dos ojos pequeños y centelleantes, tenía, en conjunto, cara tan poco simpática, que don Martín, al momento, se acordó que, en los días pasados, había vendido quinientos capones, y que se los habían pagado en la puerta del corral, con un dinero que justamente, tenía, en el tirador.

Pero fué sólo cosa de un rato. Don Martín concedió al forastero licencia para desensillar, pensando que al fin, con cuidarse un poco, un hombre vale otro hombre. También puede ser que se resistiera su mente generosa de monta-

ñés pirineo á discutir, siquiera, la religión innata de la hospitalidad.

Le alcanzó el mate, y siguiendo él los preparativos de la cena, se fué á un rincón de la habitación, á sacar del cajón, la sal, envuelta en un papel de estraza, y de una bolsa, cuatro galletas, ese pan rústico: el pan y la sal, sagrados emblemas de la hospitalidad antigua.

En ese momento, sonó el estridente grito de la lechuza, al cual don Martín no hizo caso, mientras pasaba un relámpago en los ojos del gaucho. Otro grito igual se hizo oir, un rato después, y este se estremeció.

Don Martín, incauto ya, seguía su trabajo de huésped atento, y, en el momento que se inclinaba para agregar para el forastero, una presa á la olla, rápido, se levantó éste—el huésped infame,—y, de un bolazo en la cabeza, volteó al pobre vasco. Este pudo todavía, aunque aturdido por el golpe, desnudar la cuchilla y acometer á su vil agresor; pero se encontró frente á dos más, emponchados, de cara tiznada, quienes, después de corta lucha, dieron con él en el suelo, acribillándolo á tajos.

Revolvieron el cajón, el catre; desataron el tirador de la cintura del cadáver, y apoderándose de su contenido, se lo repartieron, entre risas. Entre risas, se comieron el puchero, y

arrastrando el cuerpo de su víctima hasta el pozo, entre risas, lo tiraron en él, de cabeza. Y burlándose de los aullidos del perro, que acostumbrado á cazar los pequeños bichos del campo, nunca había visto fieras, y no se atrevía á acercarse, montaron á caballo; y, cortando á tientas, en la obscuridad, todo lo que, de la majada, podía caminar ligero, se internaron, arreando su botín, en los espesos y desiertos fachinales de la Pampa.

*
* *

A los cinco días, pasó de allí un vecino,—vecino de á cuatro leguas,—y bajándose, entró á saludar á su amigo, don Martín. Pronto se dió cuenta de lo ocurrido; las pocas ovejas que quedaban, desparramadas; el caballo atado á soga, que no habían querido llevarse los malhechores, para no ser vendidos por la marca, quizás, y muerto de sed y de hambre; el perro, vagando, aullando tristemente y resistiéndose á acudir á su llamada; el tirador vacío, en el suelo; el revoltijo de cosas en el rancho, y por fin, una alpargata que, desprendida, había quedado en la orilla del pozo y le sirvió de indicio para adivinar que ahí era la tumba del pobre.

No extrañes ahora, viajero, si alguna vez, á

las horas del crepúsculo, al acercarte á un palenque para pedir hospitalidad, oyes á la mujer temblorosa insinuar al marido:

«¡Por Dios! Decíle que no se puede, que no tenemos comodidades.»

XVI

Manchas en el Horizonte

La Pampa es como el mar, siempre igual y siempre diversa.

La vela de un bote de pesca, un soplo que riza las olas, ó el viento que las agita, la tenue faja de humo del vapor que se aleja, un rayo de sol, la nube que pasa, bastan para hacer del mismo paisaje marítimo, cuadros distintos.

Y en la Pampa, sucede lo mismo, sino en mayor grado todavía.

¿Se parece el alba de un hermoso día de otoño al alba invernal gris y triste? ¿Habrá los mismos tintes en el cielo y en la tierra, en una fresca tarde de primavera y en una mañana de verano? ¿Dominarán los mismos matices durante las horas abrumadoras de la siesta, y cuando las brisas de la tarde hayan refrescado la atmósfera?

¡De cuántos colores deberá recargar su paleta, el pintor atrevido que quiera dar una idea de las mil formas y aspectos en que se combinan, se deshacen, se estiran y se vuelven á amontonar las nubes blancas, coloradas, negras y doradas que cruzan á todo correr, ó encapotan lentamente el cielo de la Pampa!

Y no solamente la hora del día y la estación influirán en cada pincelada que tenga que dar el artista; que no deje la obra á medio hacer, si no tiene muy desarrollada la memoria de los colores! pues la majada que, por la mañana de un día sereno, extendida en el cañadón, le habrá parecido compuesta de animales pequeños y grises, á medio día, si el viento ha traído nubes, estará paciendo en un suelo negro, y serán todas ovejas corpulentas, de un blanco de nieve.

El rodeo de vacas mestizas, de todos colores, que, bajo los rayos del sol matutino, casi resplandecía, lustroso, al bajar en largas hileras, de la loma verde, hasta la laguna de azul profundo, se ha vuelto rodeo de puras barrosas, que toman agua color plomo, al pie de una loma negruzca.

Y así, de todo.

¿Esta será la laguna que hemos visto ayer, tendida entre sus barranquitas de arena, como

un espejo azul en un marco de oro, con flamencos rosados, pintados en la orilla? ¡no puede ser!—Y así es.

El agua, hoy, en olitas agitadas por un viento frío, salpica sus barrancas con espuma de rabia. Se ha vuelto verde, de un verde de sapo enojado que no puede sufrir que se luzcan cerca de él, pájaros hermosos y de brillante plumaje. ¿Y aquel monte allá, tan grande y cercano, qué es? no estaba ayer. Sí, estaba; pero, perdido entre los vapores que, con el calor, subían de la tierra, parecía pequeño y lejano; era gris-celeste como un sueño de amor, hoy es verdinegro como una pesadilla.

¡Monótona, la Pampa! ¡qué haya gente que así lo diga! lo han oído decir, sin haberla visto nunca.

El viento sopla, y en el horizonte, de repente, se levanta rápida, más y más, una columna que corre, ancha en la cima, delgada en el pie, remolineando como loca, hasta que de golpe, se acabó, murió, cayó, se deshizo: fantasma de tierra, ciclón en miniatura, bailarín jocoso, que se divierte en tirar polvo á las ovejas, haciéndolas disparar, perseguidas por una bola liviana de paja voladora. ¡Qué susto!

El horizonte, apenas quebrado en lontananza, por algunas lomas, está dormido, muerto. Pa-

rece que no hay, ni puede haber nada, detrás de esa barrera; y en pocos momentos, sale, se eleva, crece, una gran nube de humo, liviana como gasa, que apenas atenúa el záfiro obscuro del cielo, ó espesa bastante para tapar los rayos del sol y hacer, del disco de oro, un disco de sangre.

Y en días de calor, á medida que va tomando fuerza el sol, aparece en el horizonte la hermosa visión de montes y lagunas inmensas que hacen soñar con paraísos terrestres; paraísos bien imaginarios por cierto, simple figura, agrandada por los vapores transparentes que simulan el cristal del agua, de dos álamos y de tres sauces, miserable adorno de algún rancho lejano, cocido en seco por un sol rabioso.

No faltan tampoco manchas siniestras, en el horizonte pampeano, y de vez en cuando, oprime de veras el corazón del hacendado, la silenciosa amenaza del sol, colorado como fuego, que parece aplastarse en el globo terrestre, para quemarlo, más bien que desaparecer de tras de él. Y también, para divertirse, suele salir la luna misteriosa, en el silencio incipiente de la noche, enorme, roja, disfrazada de incendio, para infundir, con esa travesura, á los gauchos rodeados en torno de la cena, un súbito terror;

terror pasajero, que pronto disipa la luz benévola y blanquecina del astro sonriente.

Es que, en la soledad, siempre ayuda la imaginación para hacer de cualquier cosa motivo de curiosidad, ó presagio de temibles acontecimientos.

Cuando en 80, en el sur, empezaban á juntar gente para la revolución, sucedió que un día, relucieron en el horizonte, relámpagos de acero; y no eran un sable, ni dos sables; una punta de gente debía ser, y seguramente, bien armada; alguna vanguardia de cuerpo de ejército, por lo menos, y lo que más imponía, era que se venía acercando despacio, con la serenidad de la fuerza que se sabe invencible.

De todos los ranchos, empezaron á disparar, en sus parejeros, los hombres válidos, dejando para más tarde de averiguar de que partido era, y si llevaba gente de la guardia nacional para defender al gobierno ó para sostener la revolución; hasta que, pasado el susto, se supo que eran quince napolitanos armados de palas, que al tranco, porque no sabían galopar, iban á una estancia á destruir las vizcachas.

El jinete que cruza, el arreo que levanta una nube de polvo, la tropa de carros ó de carretas que, despacio, va deshilando el camino interminable, que tanto serpea por la Pampa que

parece haber perdido el rumbo; los médanos que polvorean á lo lejos, amarillentos; la humareda que se eleva, la loma que verdea, la laguna que resplandece, el espejismo que relumbra, los rebaños que pacen, todo es espectáculo, para quien quiere ver.

—«Siéntese, amigo, tome un mate y mire; que contemplar también es vivir.

¿No vé allá esas manchas verdes, color de esperanza, tan extensas y tan alegres? Son tablones de alfalfa, manchas que no engañan, estas, pues no son espejismos fugaces; es la inagotable fuente de la abundancia futura.

¿Y aquéllos edificios que, como torres y castillos, pueblan el horizonte, quebrando su línea recta con sus ingentes moles macizas? Hace poco todavía, la Pampa los ignoraba; son baluartes nuevos, inexpugnables, contra el hambre mundial; son parvas de trigo argentino.»

XVII

EL AGRIMENSOR

Se ha juntado la comitiva al pie de un mojón que viene á ser el esquinero de tres campos, lo que facilita la tarea. El estanciero, cuyo campo se va á mensurar, no tiene todavía mayor lujo en el establecimiento: un rancho primitivo y un galpón con techo de paja, son las únicas poblaciones que, hasta entonces, haya querido hacer; pero ha podido poner á disposición del agrimensor un carricoche á toda prueba, capaz de resistir los más terribles socotrocos, entre las cortaderas quemadas.

El mojón solitario, un riel fuera de uso, acostumbrado desde varios años á no recibir más visitas que las interesadas de las aves de rapiña, que sentadas en su punta, espían silenciosamente la presa que les pueda reservar la casualidad, y

de las vacas que, regalonas, y sin nunca darlelas gracias, se refriegan voluptuosamente las paletas y el pescuezo en sus filos romos, ve con cierta sorpresa, juntarse tanta gente alrededor suyo. Se acuerda que así fué, cuando lo plantaron.

Ahí están los vecinos, llamados oficialmente á presenciar la operación, para que hagan en forma las protestas que de ella puedan surgir. Más que todo, es, para ellos, ocasión de pasar el día juntos, en agradable charla, de conocer mejor por donde pasa la línea exacta de cada campo, de recorrer los mojones ya colocados y de ver plantar los nuevos.

El agrimensor, después de las presentaciones, dispone su teodolito, estudia el horizonte, toma algunos apuntes, hace cálculos, traza en su cartera pequeños signos cabalísticos, mira con atención en el anteojo, da vuelta á los tornillos, los baja, los sube, vuelve á escribir, todo en medio del más respetuoso silencio, interrumpido á ratos por los gritos de un chimango, que trata de hacer notar á esa gente que tarda mucho en devolverle su asiento.

El hombre, entregado á una tarea práctica de ciencia, por modesto que sea, siempre parece pontificar un poco, rodeado de gente ignorante que lo mira y forzosamente extraña que gestos

que no entiende, puedan resultar útiles. El dueño del campo, arrobado en la contemplación de estos preliminares, algo solemnes para él, que los costea, queda ahí, de pie, inmóvil, las manos cruzadas, teniendo del cabestro el caballo, como esperando órdenes, la fisonomía seria, las cejas fruncidas, la boca hecha geta, y los ojos como adormecidos por la misma acuidad del interés con que los contempla, sin entender. Por fin, el agrimensor dispone que salgan peones á fijar la línea que va á recorrer él con la cadena, y tres ó cuatro de ellos disparan á galope tendido, en la dirección que se les indica. Entre las quebraduras del terreno, desaparecen á ratos, y vuelven á aparecer; se destacan sus siluetas, en la punta de algún médano, dando al campo una animación inusitada; y basta para romper la monotonía del cielo azul intenso y realzar el tinte verdoso de la pradera, la alegre nota colorada de las banderitas punzó que corren. Colocados en su lugar los jalones, empieza el largo y fastidioso trabajo de la cadena y la colocación de los mojones.

La ubicación de estos no deja, en ciertos casos, de ser harto delicada. En las regiones desiertas, el agrimensor que primero mide, coloca sus mojones sin más control que sus propios cálculos, basados en indicaciones geográficas algo vagas.

y, á veces, en datos oficiales más vagos todavía, Y su mensura, correcta ó no, una vez oficialmente aprobada, será, durante muchos años, artículo de fe, y como tal, base tanto más inquebrantable de todas las que sigan, cuanto más errónea sea.

El mojón, oficialmente colocado, estaquita de madera blanca, con chapa de lata numerada, que se pudre y se pierde, ó poste de ñandubay, con que los boleadores hacen fuego, ó simple hoyo en la tierra, que las vacas y el viento vuelven á tapar, tendrá que ser respetado, si se encuentra, aunque esté equivocado su sitio, como si hubiera sido realmente puesto y consagrado por el mismo dios Término. Y si, por un descuido del agrimensor, ha sido ligeramente torcida la línea, quitándole al vecino algunas hectáreas, se quedará, no más, sin ellas, el vecino, fuera de que quiera meterse en inacabable pleito, lo que sólo sería admisible en caso de que la casualidad quisiera que cayese, ahí mismo, una estación importante de ferrocarril, embrión de alguna ciudad futura.

No se vaya el perjudicado á indignar demasiado por los errores; fácilmente se explican, y es de extrañar que no hayan sido más frecuentes, sabiendo en qué clase de títulos de propiedad se tenían que apoyar los pilotos

marinos, únicos agrimensores de antaño, para hacer sus mensuras. La fórmula: «media legua de frente al arroyo tal, por legua y media de fondo,» hubiera sido de relativa claridad, de no haber sido, á veces, otorgada á favor de muchísimas más personas de lo que tenía el arroyo aludido, de medias leguas de frente; pero se solía complicar el asunto, cuando, con este tono de majestuosa brutalidad de conquistador, en que están empapadas las leyes de Indias, agregaba el título: «hasta que topare con quien topare.» ¡De qué fondo lo podía armar al favorecido con semejante título, un agrimensor de buena voluntad.

Particularmente en el norte de la Provincia de Buenos Aires, algunas mensuras han sido de extrema dificultad, y se comprende que después de haber medido quince leguas cuadradas, comprendidas entre cuarenta y dos costados, unos de varios kilómetros, otros de pocos metros, temblase el agrimensor, al sacar el último ángulo, que le debía dar la comprobación final de la exactitud del resultado.

Era, por lo demás, puro amor propio de profesional, pues el valor de aquellos campos era entonces tan nimio ¡mil pesos papel la legua! (ahora, medio siglo después, vale medio millón de pesos nacionales;) á pesar de que,

el comprador se había hecho tratar de loco por sus amigos.

Hoy, abundan las mensuras pequeñas, de áreas cada vez más diminutas, por particiones de herencias, división de colonias, etc., pero tampoco faltan las de centenares de leguas, por cuenta del Gobierno Nacional, bajo los climas más diversos, donde tiene amplio campo el agrimensor moderno, para probar que no desmerece de sus antepasados, y que lo mismo sabe soportar los ardores del sol tropical y los mosquitos del Chaco, como las nevadas de la Cordillera, los fríos y los ventarrones de la pampa patagónica.

Sus instrumentos serán perfeccionados, algo más completos sus medios de acción y más confortable su indumentaria; no necesitará salir en coche, de la misma capital, para ir á treinta leguas, por caminos deshechos, para cualquier mensura; pero si el tren, descansadamente, lo lleva á mil quinientos kilómetros de la ciudad, no por esto deja de tener que hacer, por caminos que no existen, travesías peligrosas por la falta de todo recurso, principalmente de agua, durante decenas de leguas, á veces. Hay mucho paño todavía en que cortar, y colocación para muchos miles de los mojones de fierro en forma de tubo, que hoy se emplean, porque son

livianos y resistentes, y que no pueden servir de combustible.

Lo mismo que antes, poco se enriquece el agrimensor con su oficio; pero lo mismo que antes, si quiere y puede colocar dinero en campos, está, más que nadie, en condiciones de no equivocarse sobre la calidad de lo que compre, pues nada enseña á conocer lo que es tierra, como el pisarla con el pie, durante leguas y leguas, resbalando, paso á paso, sobre las mil clases de pastos que cubren las diferentes comarcas de la República.

De cualquier modo, tiene que ser rica en recuerdos, la memoria del agrimensor, pues el que no ha tenido alguna ocasión de morirse de sed, de hambre ó de frío, no puede decir que haya hecho mensura de cuenta.

En otros tiempos, también tenían que contar con los indios; pues, á pesar de la reserva prudente, en que los hubiera podido, por un momento, detener, la creencia de que el teodolito era un cañón, y lanzas, las cañas con banderitas, estos eran un verdadero y terrible peligro.

Seguir la cadena durante año y medio, plantando estacas y colocando mojones, para repartir en lotes de cuatro, cuatrocientas leguas en el Chaco, sin poder hacer más que un kiló-

metro por día, en término medio, por tener que abrir casi constantemente, picadas entre fachinales y montes, ó cruzar terrenos pantanosos, cocido por el sol y devorado por la sabandija, representa, sin duda, una empresa más costosa y trabajosa que agradable.

Y tiene el agrimensor, á pesar de la suma respetable recibida para semejante trabajo, que medirla bien y no perder tiempo, una vez en el terreno, si quiere que algo le quede para su trabajo personal, pues es fácil figurarse lo que tendrá que invertir en medios de transporte, en elementos de trabajo, en peones y en mantención, durante tanto tiempo, y en semejantes regiones.

No le faltarán, es cierto, compensaciones de orden pintoresco, ni momentos sensacionales, capaces de dejarle inolvidables recuerdos; por ejemplo, el instante feliz en que después de sufrir de la sed, durante dos días enteros, divisarán los peones un charquito de agua límpida y transparente, en la cual, en medio de aclamaciones de loca alegría, echarán, antes que se haya podido contener el ímpetu de esa gente entusiasta, toda la tropilla, para que tome agua. Y cuando el agrimensor que viene por detrás, en una volantita, llega, él también, con terribles ganas de beber, no tiene más

remedio que renegar con los estúpidos, y contentarse con el agua atrozmente removida, enturbiada y conculcada por toda la caballada, filtrada, Dios sabe como, en pañuelos.

Pero, tendrá á veces, después de andar todo el día, sin haber encontrado nada que comer, la suerte de que le regalen en algún puesto, donde justamente se acabó la carne, una sandía ó dos, para él y su gente, ¿y de qué se quejaría, teniendo postre?

¡Qué pene, que pene! mientras está joven y fuerte. Le llegará el día de poder, sin más trabajo que autorizar con su firma mensuras ajenas, ganar más plata en un mes, que antes, en un año, sufriendo mil penurias; lo mismo, al fin y al cabo, que en tantos oficios, en los cuales gana poco el que hace, y mucho el que dirije.

¿Y no valdrá nada acaso el goce del recuerdo? El recuerdo de la dicha, muchas veces, es un dolor; pero el de los sufrimientos materiales valientemente soportados, en la juventud, es el consuelo de la vejez impotente, el rayo de luz que matiza de alegría las tristezas del invierno de la vida.

XVIII

EL AGREGADO

El mayordomo de «Laguna Honda» continuamente lo retaba á don Pedro Linares, porque admitía agregados en su puesto, asegurándole que, el día menos pensado, iba á quedar comprometido por esa gente dañina, en sus intereses ó en su familia. En vano: no podía don Pedro decidirse á cerrar la puerta de su pobre rancho al paisano que le pedía hospitalidad; y ni siquiera le preguntaba de donde venía, ni adonde iba, sabedor, como lo era, de que todos venían de todas partes y no iban á ninguna.

A todos les daba licencia, previniéndoles,—eso sí—que el día siguiente, se tenían que ir. Uno que otro acataba la indicación; pero muchos, con algún pretexto, sabían dejar pasar los días, sin que Linares, mientras no asomaba

por allí el mayordomo, tuviera el valor de renunciar á lo que le parecía, más que un deber, noble prerrogativa de la pobreza: ayudar á más pobre que sí. Se sentía orgulloso, cuando algún desconocido le venía á decir, con toda ingenuidad: «Don Pedro, me encuentro fregado; y he pensado en Vd.—Gracias, amigo, contestaba él. Bájese y desensille.»

Y no era poca tarea, pues había cundido, entre la gente vaga, su fama de hombre bueno, y le sobraban clientes. No faltan vagos en la Pampa. . .

Hay estancias en formación, hay tropas que van y vienen, hay trabajos de rodeo; en las esquilas, escasean las tijeras; se requiere gente para levantar ranchos; hasta se buscan puesteros; para domar potros, como para segar pasto y cuidar ovejas, para todo, faltan los brazos y las buenas voluntades; pero ni los trabajos más apropiados á su modo de vivir, á sus gustos y á sus aptitudes, lo seducen al gaucho que ha guardado en sus venas la sangre nómada de sus antepasados.

Nace uno andariego en la Pampa, como nace marino el isleño.

Tener uno por delante la Pampa abierta, y á mano, el caballo, y no correr por ella, sería como tener por delante el mar, con la barca

que se mece, bajo la vela medio recogida, que tan lindamente solicita el viento, sin echarse á navegar.

Si de las olvidadas generaciones de piratas que saqueaban las costas del mar, á los siglos, todavía nacen aventureros, ¿cómo no saldrían de los nómades que cruzaban, hace poco, la llanura, pampeanos atorrantes, gauchos refractarios á toda disciplina, locos de independencia?

Tener por toda fortuna, en un mancarrón ajeno, un recado de mala muerte; á veces, un poncho, un tirador y un cuchillo, con las piezas de ropa indispensables para poder, cuando se ofrece, estar entre la gente; no poseer otra cosa, en el mundo, ni querer poseerla; no tener hogar, ni siquiera querencia, para vivir más libre; desconocer todo vínculo, hasta los de familia, de amistad y de interés; estar hoy aquí, mañana allá; vagar entre la costa del mar y la cordillera, entre los áridos desiertos del sur y los campos fértiles del norte; tener la pampa entera por casa, el cielo por techo, la tierra por cama; gozar con oir, tendido de espaldas en el recado, al reparo de las pajas espesas y altas que lo atajan, silbar el viento furioso, que pasa por encima y por los costados del abrigo improvisado, sin poder pene-

trar en él; evitar las reuniones numerosas, fuentes siempre de peligros y de compromisos; sin ser perseguido, huir de las autoridades, protectoras natas de la riqueza que las mantiene, contra todo pobre que no sea su esclavo ciego; someterse al trabajo, sólo en casos de imperiosa necesidad, por poco tiempo, y por un precio tanto mayor cuanto son menores las ganas que se tiene de hacerlo; conocer en todos sus recovecos, la llanura inmensa; poder ir, en línea recta, á cualquier punto de cualquier comarca; saber las costumbres de cuantas alimañas puede haber en la Pampa, para evitarlas ó aprovecharlas, según el caso; entender el idioma de los animales y de las cosas, de la tierra y del pasto, de las estrellas y de las nubes, del sol y del viento; saber pasarlo vagando; sin llamar sobre sí la atención de la policía, tener la memoria del lugar de donde se ha sacado el último caballo, para evitar de volver allí con él; vivir de lo que cae, sin ser delicado, pues, generalmente, vendría mal al caso, el quejarse al dueño, de que sus animales están flacos; y de vez en cuando, agregarse, para invernar, en algún rancho hospitalario, para permitir que se componga el flete, ó descansar de alguna temporada de mucha miseria, tal es todavía la vida de más de un gaucho

errante en la Pampa lejana; y tal era la de don Matias... nunca se supo de qué.

Él no pidió hospitalidad á don Pedro Linares; le pidió sólo un jarro de agua. Se lo dieron. Pero dejó entender que no le hubiera desagradado un mate, y no se hizo rogar para apearse. Le bastó, después, una vaga indicación, para ir á desensillar y soltar el caballo maneado, frente al rancho. Y una vez instalado, se mostró muy hombre de mundo con la señora y las hijas de don Pedro Linares, conversador interesante y discreto, conocedor de todos los palenques, á veinte leguas y más al rededor, pudiendo dar entradas y salidas seguras sobre las obras y milagros de cualquiera de las familias vecinas, en el mismo radio, por lo menos; servicial y dispuesto á ayudar en cualquier trabajito casero, amable, risueño, decidor; ¡lo más simpático!

Y cuando, el día siguiente, al amanecer, ensilló, para ir, según aseguró, en busca de trabajo, hubo frases de sentimiento y ofrecimientos recíprocos.

A la tarde, volvió. No había encontrado trabajo.

La verdad era que, gracias á los mates y al churrasco, con que lo habían convidado por la mañana, pudo pasar todo el día, vagando por

el campo ó durmiendo entre las pajas; y como la casa de don Pedro Linares le había parecido un albergue superior y completo, para pasar la mala estación, había resuelto pegarse en ella sin hacerse sentir, como bichuca en hombre dormido.

Traía dos mulitas para comer, y una lagarta grande y gorda, cuya grasa sacó y regaló á la señora de Linares, precioso remedio para muchas dolencias; dándole á una de las hijas mozas los anillos de la cola, preservativo seguro, como lo sabe cualquiera, contra las picaduras de víbora.

Durante varios días, hizo lo mismo, desapareciendo por la mañana, volviendo á la tarde; espiándole las mañas al personal de la estancia, hasta saber mejor que el mismo capataz, cuando iba el mayordomo á caer por el puesto de Linares.

Pudo entonces vivir sin inquietud, volviéndose, de nómada, casero. Pasaba los días trenzando bozales y riendas; cortaba leña en el corral; ayudaba á don Pedro á carnear ó á curar las ovejas; prendía el fuego para la señora, cebaba mate; y también dormía, comía, criaba panza.

Pero cuando, pasados los fríos, se acercó la esquila, y que tanto sobró el trabajo, por todas

partes, que no cupo ya pretexto para no encontrar ocupación, sucedió que una madrugada, don Pedro Linares extrañó no encontrar, dormido en la cocina, á don Matías. . . nunca se supo de qué, ni el recado que le había prestado.

Al recoger la manada, vió que le faltaba su mejor caballo; del ropero, había desaparecido su poncho de paño, casi flamante. El día siguiente buscó, sin poderlo hallar, su cuchillo de vaina y cabo de plata; y algún tiempo después, supo por la señora, que una de sus hijas estaba embarazada.

XIX

GORDOS Y FLACOS

« Jamás llegues á parar
Adonde veas perros flacos. »

(Vuelta de Martin Fierro.)

—« ¡ Pero, mire que se ha puesto de gordo, don Luciano ! ¡ Qué barbaridad !

— ¿ Qué quiere ?señora; la vejez.

—Diga la buena vida, patrón, allá en la ciudad; con todo á pedir de boca y quizás algo más. Si fuera sólo la vejez, también podría estar gorda yo ».

Y doña Filomena, llamando á su hijo Manuelito, le dió orden de matar inmediatamente dos pollos :

— « Y trata de que sean de los gordos,» le gritó.

Al rato, llegó del campo don Gumersindo, encargado del establecimiento, y esposo de doña Filomena.

—« ¡ Cómo le vá ? don Gumersindo, le dijo el patrón. Siempre flaco, no; según veo. A V. no le da por engordar. »

Y efectivamente, don Gumersindo, hombre de unos cincuenta años, era uno de esos criollos huesudos y apergaminados que hacen acordar á las huascas: cuanto más viejas y sobadas por el uso, menos grasa necesitan para conservarse flexibles.

La gordura del mayordomo, por lo demás, no indica, en general, que esté gorda la hacienda, y será siempre mejor seña, para el patrón, ver á su mayordomo luciéndose, delgado en caballo gordo, que gordo, en mancarrón flaco. No por esto, se debe exagerar, y el caballo muy gordo tampoco vale gran cosa: se pone pesado, haragán y flojo, lo mismo que los hombres demasiado favorecidos por la buena fortuna.

Hubo un tiempo en que la flacura salvaba á los caballos de un fin prematuro; era cuando, en cada cambio de presidencia, el candidato eliminado se creía con el deber de protestar, á mano armada, contra los que habían falsificado con más energía que él, los registros electorales. Y naturalmente, la protesta se resolvía en una alzada de ponchos en la campaña, inútil y rui nosa, cuyo único resultado, fuera del inevitable acuerdo final, era de dejar sembrado el campo

de los esqueletos de los millares de caballos arreados. Entre ellos, iban caballadas de estancieros ricos, que lucían así su devoción á una personalidad, de cuyo triunfo esperaban muchos bienes, y tropillas de pobres gauchos cuya convicción, algo vaga, los hacía seguir á los amos, sin darse cuenta cabal de para quién, ni contra quién iban á combatir; y lo peor era que la misma suerte corrían caballos de servicio de modestos hacendados que, sin poder discernir, con la necesaria elevación de ideas, la necesidad de lo que los otros llamaban una revolución, sólo comprendían que, sin compensación posible, salían ellos amolados, á la fija.

La comisión no insistía, cuando veía los caballos flacos; y lo mismo hacen los cuatreros. La gordura es tentadora; y aunque no precise tropilla, el que da, por casualidad, con una, bien gorda, no sabe siempre resistir, y se la lleva; pero, ¿quién se va á meter á arrear flacos, para hacerse alcanzar por cualquier gringo?

Tener caballos gordos ha sido siempre la llave de todo, en la Pampa; y cuando, después de medio siglo de lucha estéril contra el Indio, hubo gobiernos que, cansados de recibir el mismo monótono parte de comandantes de frontera, demasiado gordos, anunciando que para perseguir á los indios, los caballos estaban

demasiado flacos, mandaron que fuera al revés, la Pampa, en un momento, fué conquistada.

— « Doña Filomena, dígale á Manuelito que me engrase las botas, porque voy á salir á cazar patos.

— Bien, patrón; pero, casi no vale la pena. Están flacos todavía los patos. No ve que ha habido mucha seca, este año, y todavía no han tenido tiempo de engordar ».

Y doña Filomena, sin dejar de llenar, con el sebo derretido que tenía por delante, en una olla grande, un velero cuidadosamente guarnecido de sus doce mechas de pavilo, mandó á Manuelito que sacara de una lata que fué de kerosene, un pedazo de unto sin sal, preciosamente conservado para las grandes ocasiones.

En el patio, don Gumersindo, mientras tanto, untaba con grasa de potro, el pecho de un caballo de varas que se había lastimado, y un peón, con un pedazo de la pella de un capón, engrasaba un lazo chileno, estirado entre dos árboles.

Más allá, la cocinera hacía derretir, en medio de una nube espesa de humo, la grasa más fina de los animales últimamente consumidos en la estancia, esparciendo por el aire un olor á chicharrones, tan provocativo que, en todos estos apetitos campesinos, evocaba, con titilaciones

voluptuosas en el paladar, el recuerdo de festines de tortas doradas y de copiosos fritangos.

Cuando volvió don Luciano de cazar patos, se quejaba de dolores en la espalda; inmediatamente, doña Filomena le ofreció un remedio seguro, que tenía guardado como tesoro, en el ropero. Grasa de tigre, no tenía, lo confesó : hacía ya tiempo que, por estos pagos, había muerto el último de esos bichos; pero tenía una grasa casi tan buena, la de lagarto, y se la aplicó. antes que se pusiera en la cama, con el sólo recelo de que quizás, á los puebleros, no les hacía tanto bien como á los paisanos.

Bendito el año en que abunda la gordura, en que se le hace agua la boca al hacendado, al hablar de lo gordos que están sus animales; en que los capones están de pella, tan gordos que repugnan, y que hay que elegir para carnear, y en que las vacas están envueltas en grasa; pues, no sólo dará para freir tortas y fabricar velas, sino que seguramente quedará también el estanciero con el *riñón cubierto*.

No dejará de venir desgraciadamente, algún otro año, de vez en cuando, que no traerá consigo ni grasa para remedio, ni sebo para una vela; durante el cual, los perros y los gatos flacos se disputarán carne flaca; en que, hasta las perdices y las viscachas, andarán flacas por los

campos sin pasto; en que el peón casi no se ensuciará las manos, al manejar el lazo, ni se las tendrá que limpiar con el cuchillo, después de la comida.

La gordura es el exceso de riqueza de la llanura; es lo que en ella no cabe, y es preciso aprovecharla ligero, para que no se vuelva á sumir, otra vez, en el suelo que la produjo.

¡Al tacho con los carneros gordos! era el grito del estanciero de hace treinta años, en la Pampa desierta; y entre los ríos de sangre, el ruido de los balidos, el olor horrible á hueso quemado y á sebo derretido, y el siniestro relámpagueo de los cuchillos incansables, degollados por millares, desollados y descuartizados, en un abrir y cerrar de ojos, iban los capones, á hervir y deshacerse, en la cubas enormes de las graserías, para derramar sobre la Europa, nunca saciada, la gordura elaborada por ellos.

Y los campos, entonces, no eran más que pobres praderas de pasto duro; hoy, cunden los alfalfares; se extiende cada vez más su mancha verde, y la gordura abunda. ¿Quién sabe si no volverá el día, en que no se sepa qué hacer con ella? si no veremos, como se ha visto en Chicago, en otros tiempos, echar á las hornallas de los vapores, jamones, por ser el combustible más barato?

Dice la ciencia que la grasa no es alimento completo. Será; pero por los elementos de que se compone, encierra luz y fuerza, calor y vida; y es imposible que esté muy lejos el momento, en que algún hombre de genio condense, en forma que asombre al mundo, esta resultante de la producción de las pampas argentinas, esta obsesión de toda conversación pampeana.

XX

AFUERA

Para el paisano que tiene, por todo haber, su tropilla y su recado, en las palabras: « irse afuera, » caben todas las esperanzas que pueden hacerle concebir el abandono voluntario y definitivo del pago natal, y el éxodo hacia las adormecidas soledades que esperan, para despertar de su letargo, el sonido de la voz humana. Expresa la resolución de dejar tras sí el hogar familiar, donde el sitio se va, cada día, estrechando más, y del cual tienen, á la fuerza, que enjambrar, á su hora, los hijos mayores.

La majada paterna es poca, el rancho es pequeño, la familia aumenta sin cesar, y á los pichones que ya han criado alas, se les abre de par en par, los extensos horizontes de la lanura.

—«La bendición ¡tata! la bendición, ¡mama!» Un abrazo, con fuertes palmadas que disimulan la emoción: un sollozo penosamente ahogado, en la garganta estrechada, hasta doler, por la lucha del amor propio viril naciente del joven, en pugna con la ternura de su corazón de niño; una lágrima que asoma en los ojos de los viejos, y ¡abur!

Echando por delante la tropilla bien entablada, irán con ella, en busca de vida fácil y de trabajos de su oficio, en las estancias que se están formando; y siempre más lejos irán, hasta que el destino caprichoso señale á cada cual el lugar donde se deba detener y echar raíces, protejido, uno, por algún patrón, detenido, éste, por algún compañero, enredado, aquél, en algún lazo mujeril, que le haga sentir la necesidad de fundar, á su vez, un hogar.

También sueña con irse afuera el hacendado, agobiado por el precio del arrendamiento, en los campos de adentro, de donde el arado ahuyenta la oveja. Oprimidos están los rebaños, y si bien es cierto que los pastos refinados y tupidos por un siglo de pisoteo, dan para mucho, no alcanzan á remunerar el trabajo del arrendatario, y á satisfacer, á la vez, la codicia del dueño de la tierra.

El hacendado, él, ha oído decir que su vecino

que se fué al tanteo, con su majada, y á la aventura, ha encontrado en paraje lejano, conocido por alguna designación vaga, como ser: el moro, las tres lagunas ó los jagüeles, buen campo, extenso y barato, y que quedan todavía muchas leguas para arrendar; y con este dato, tan poco seguro, también se fué, con hacienda y familia, á conocer esos pagos nuevos, donde, según afirman todos, la prosperidad es la regla.

En pocos meses, cunde el ejemplo, se extiende la fama del paraje privilegiado, y se va formando en él, un núcleo de población, cada día mayor, donde todos ya, más ó menos, se conocen entre sí, bastante para poder conversar de los recuerdos de tierras adentro, y de los afectos que todos han dejado allá. Sólo por haber venido del mismo partido ó de partidos linderos, pronto resultan amigos y fraternizan, los que han emigrado del Azul ó de Tapalqué, con los que han venido de Las Flores ó de Rauch, en busca de mejor suerte.

Pero, con el hacendado que arrea su rebaño, en busca de mayor holgura y del éxito que la fortuna reserva á los audaces, con estos enjambres de pobladores útiles, que vienen á preparar la fertilidad de la Pampa, á despertarla, á alistarla para las mieses del porvenir, emigran los zánganos de la colmena.

Este aluvión fecundo arrolla también en sus oleadas, una resaca mezclada de espuma, que, en la orilla, se asienta, hasta que otra marejada la corra más adelante. Tiene que irse á fuera, y siempre más lejos, todo lo que, en la campaña, tiene con la justicia cuentas sin liquidar, todo lo que la disciplina social rechaza de su seno, todo lo malo, todo lo inservible. Los lejanos vapores del desierto nublan los ojos indiscretos, y allí puede el vago recorrer sin recelo la inmensidad, y sacar de sus pajonales mil recursos misteriosos, que no sólo le permitan vivir, sino también hacer, de cuando en cuando, figura de gente, en estos mundos de Dios, retribuir en la pulpería una convidada, ó afianzar una parada á la taba ó al truco.

Allí viven, ora diseminados en inhallables cuevas, ora reunidos en temible pandilla, boleando avestruces y venados, ó cortando, de noche, puntas de hacienda, de que nunca se llega á tener más noticias que si se las hubiera tragado la tierra.

Rodeado de esas aves de rapiña, el poblador de tierras nuevas les paga forzosamente un tributo que tiene que entrar en sus cálculos, lo mismo que lo que le puede costar cualquier otra plaga, y tiene que tomar precauciones para, sino evitar del todo el mal, por lo menos aminorarlo.

Y mientras lucha sin descanso, para defender su bien, viviendo de privaciones, trabajando de día, alerta de noche, arriesgando su salud y su vida, muchas veces; en lidia siempre, con las iras imbéciles de la naturaleza, la perversidad feroz del hombre y la ferocidad inconsciente de las fieras, el dueño de este suelo, que sus haciendas mejoran y abonan, á menudo, con sus huesos, por no haber encontrado en él el sustento de su vida, se felicita, allá, en su confortable casa de la ciudad, de haber, al fin, hallado para ese campo, al cual nunca ha visto, ni piensa ver, que ha comprado por casualidad, y como quien tira la plata, un arrendatario que le paga, por año, cinco veces el precio de compra... «y todavía es barato,» agrega.

XXI

PORRAZOS

—«¡Pataplum! si no le digo que son locos... y el otro, ahora ¡zás! ¡Qué bárbaros!

—Mirá; el montón!»

Y era como para mirar. La vaca, cortada del rodeo, iba disparando al viento, y dos gauchos, persiguiéndola á todo correr para atajarla, la iban á alcanzar, cuando rodó el animal, y, cayéndose al suelo, tendió sin querer una trampa tan repentina á sus perseguidores, que ambos vinieron á caer sobre ella; no dándoles tiempo para levantarse, otro jinete, que venía en su ayuda, y, que llegó justito para entreverarse con caballo y todo, y completar el enredo.

—«Siete bestias, dijo uno.

—Al barrer, completó otro.»

Ya se habían levantado, parado y sacudido

los jinetes caídos, los caballos y la vaca, la cual, abombada por tanto golpe, se volvía trotando, al rodeo.

— «Buenos chambones, les dijo el mayordomo, cuando llegaron; atropellar, en vez de abrirse. ¿Les habrán parecido pocos los tres rengos que ya andan en el rodeo?

—Qué golpe, patrón, contestó el más viejo, con aire lastimero. El pecho es lo que me duele. Voy hasta la estancia, á pedirle un poco de aguardiente á doña Sofía para refregarmelo.

—Sí, por dentro: murmuró el mayordomo. Bueno, anda, anda; y volvé pronto.

—Tráigase la botella, don Victoriano, que también hemos rodado, le gritó uno de los compañeros.»

No hay piedras en la Pampa, por suerte, y los golpes, casi siempre, son amortiguados por el pasto y el suelo blando: pero son tantas las ocasiones de sacudirse porrazos, que en la cantidad, no deja de haber algunos que resultan de cuenta; y son frecuentes, sino las desgracias, por lo menos, los accidentes. Es cierto que la mayor parte de las rodadas sólo sirven para poner en ridículo al caballo y lucir al paisano.

Por bueno que sea un animal, es difícil que, de vez en cuando, no le toque rodar. En un galope largo, se le acaban por cansar las manos, y

no es difícil que afloje, á ratos; tanto el jinete como el caballo van medio dormidos, y cualquier tronco de paja, ó la traicionera cueva del peludo, suelen ser ocasiones de rodadas repentinas, irresistibles. En esos casos, es cuando se ve que jinetear sabemos todos, pero que salir parado es la llave.

Nadie hace caso de una espantada, y si, por casualidad, por un descuido ó por no saber, deja uno, impresa en el suelo, la imágen redonda del piso bajo de su individuo, no es de mayor gravedad; se levanta y vuelve á montar; si está solo, se sonríe, geteando; si anda acompañado, los compañeros son los que se ríen.

La rodada es de mayores peripecias, y por ella, se puede juzgar, en un momento, el valor de un jinete. El que salga apretado, que no se meta á domador; el que sale por entre las orejas del caballo y se va á parar... de narices en el suelo, poco sirve. Si la rodada ha sido muy fuerte, como tendremos la finura de suponer, le aconsejaremos de alejarse corriendo, ó siquiera, gateando, para evitar que el mancarrón se le venga encima, con todo su peso.

Otros hay,—estos son ya gauchos,—que salen disparando y dejan el caballo caer ó levantarse, como le parezca; pero el verdadero jinete sabe agregar á la agilidad salvadora, la sere-

nidad impecable, que sola, le permite conservar, en lo más recio del trance, la perfecta limpieza de actitud, la exquisita sobriedad de gestos, la elegante corrección del hombre verdaderamente fuerte y dueño de sí.

En el mismo momento de tropezar el caballo, el jinete boleó la pierna, soltó la rienda, y se quedó impasible, de pie, esperando—sin dejar la punta del largo cabestro—que el mancarrón que todavía tambalea, se venga, después de un corto momento de reflexión sobre la instabilidad de las cosas de este mundo, á tenderse largo á largo, á los pies del amo. Si el gaucho está sólo, se sonrie, desdeñoso; si anda acompañado, aplauden los compañeros. Las patadas son escasas; el caballo argentino es sumiso; así mismo no las busquen: no son confites.

Entre el surtido de porrazos que puede la equitación proporcionar al que tiene afán en comprar campo en la Pampa, hay uno, reservado sólo á los valientes que se quieren agauchar de veras. Un buen criollo no necesita estribos para montar, ni suplirlos por los pesados y complicados movimientos que algún panadero europeo, sin duda, habrá hecho conocer en la Argentina, ya que por «del panadero» se designa ese modo de montar, ayudándose con toda la fuerza de las muñecas.

Con un simple balanceo lleno de gracia, el gaucho deja caer la cabeza y el tronco, de tal modo que las piernas y la parte inferior del cuerpo se encuentran asentadas en el lomo del caballo, sin salto, casi sin esfuerzo aparente, con una suavidad de pájaro que se posa, y sucede que, para imitarlo, el novicio calcula mal el abalanzamiento, exajera el esfuerzo y cae del otro lado. ¡Qué risa, señor!...

Y el niño, por supuesto, también quiere galopar, y taquea con enojo el petizo con los botincitos, y tanto le pega con el rebenque que, al fin se movió el animal, y empezó á trotear; al enojo sucede un relámpago de gozo, en la carita rosada, que pronto da lugar á cierto recelo: las sacudidas se van haciendo muy tuertes, el niño tira de la rienda, el petizo se sujeta de golpe y ¡pumba! sonó en el suelo un golpe sordo. Acude la madre asustada, levanta al niño, y á un peón que le dice: «No es nada, patrona; á golpes se aprende;»

—«Los burros», contesta ella.

El niño ya no llora, y quiere montar otra vez: «con estribos,» dice.—«Eso sí que no,» interviene el padre; y tiene razón, pues, con estribos, de cómicos que son, los porrazos, muchas veces, se vuelven trágicos.

XXII

ABUELITA

Desde que murió « el viejo » como, en su cariño más familiar que respetuoso, solían los hijos llamar al autor de sus días, la familia había pasado por momentos harto difíciles. El campo, comprado al gobierno á plazos largos, no estaba pago todavía, sino en parte, y si cada año traía consigo su vencimiento inexorable, no siempre traía los medios de aguantar el golpe.

Mientras dura el jefe de la familia, la tarea es relativamente fácil: por tal que los muchachos obedezcan al padre y trabajen, todo va bien. La experiencia del viejo, los amigos que lo protegen, y, en un caso, lo ayudan; una firma en el Banco, una prórroga oportuna, un préstamo, aunque sea, suavizan el paso y mal que mal, se llega á la orilla.

Una vez desaparecido él, cambia de tono la cosa; no hay quien mande y menos quien obedezca; cada uno tira por su lado; la madre gasta sin saber y deja gastar sin contar; los amigos tienen poca fe y no ayudan; los protectores, si no se retiran, hacen algo peor y buscan como apoderarse despacio del bien codiciado; las aves negras lo pastorean; los muchachos no las saben espantar, y, á veces, la misma madre les da de comer.

Pero, no todas son así, y doña Carmen Linares sin ser más que un a madre vigilante, supo resistir los ataques de todo género, con una habilidad tanto mayor, cuanto menos vistosa.

Era ella una perfecta china. El finado la conoció, cuando, joven, vino con una haciendita del padre, á ocupar en la frontera, campos del Estado. Nació un hijo, nacieron varios; el campo, despoblado y sin dueño, fué comprado y se volvió estancia; las haciendas se multiplicaron y, con los años, alcanzó á correr pareja su aumento con el de la familia.

Y presentó esta, la imagen acabada de la vida feliz del pastor, no ya nómada, sino arraigada en inmensa tierra propia, con sus numerosos rebaños y rodeos, libre de los mil afanes propios de las regiones de población tupida; de pocos recursos, es cierto, pero de tan pocas ne-

cesidades, que casi todas las llenan ampliamente los productos de la hacienda; vida de que sólo, en nuestros días, puede todavía y podrá, por muy poco tiempo más, gozar, el pastor argentino, en la fértil llanura pampeana.

Pues, cuando murió don Lorenzo, los hijos —fuera de dos ó tres ya mozos,—eran todavía niños, y doña Carmen, aunque prematuramente envejecida por su exuberante producción de vástagos, á pesar de su tipo pampa acentuado, muy bien hubiera podido, ayudada por el aliciente del extenso campo de su propiedad, encender los deseos y sobre todo la codicia de más un desocupado.

Pero, por suerte, no fué así, y si, por descuido, prendió algún fuego, se apresuró en apagarlo, antes que se volviera quemazón.

Mamita, como la llamaban entonces, se contentó con ser sencillamente el centro de la familia, lo mismo que lo había sido el finado; y, si no podía prestar á los suyos los mismos servicios que él, su experiencia de mujer de campo le permitía guiar con acierto á su hijo mayor, capataz y mayordomo de la estancia, al cual escuchaban y obedecían los otros, sin rezongar, porque así lo mandaba Mamita. Los trabajos se hacían bien, y en su tiempo, pagándose como se podía, los vencimientos al

Gobierno. A veces, cuando no alcanzaban para ello los recursos, hubo grandes inquietudes; no faltaron usureros para tratar de aprovechar la bolada, tendiendo la soga salvadora, cuyo nudo corredizo ahorca al auxiliado; pero todo se pudo evitar, y llegó el momento en que, vencidos todos los obstáculos, pagado el campo, poblada la estancia con numerosas y buenas haciendas, se encontró Mamita, rodeada de su gente, como general victorioso, por su Estado Mayor, después de larga batalla.

Pocos años después, una boquita sonrosada de criatura le cambió, balbuceando, el nombre de Mamita por el de Abuelita; y con el pasar de los años, sus hijos, desdeñosos, á pesar de su fortuna asentada ya en cimientos sólidos, y siempre creciente, de ir á la ciudad, «al chiquero grande,» como decían, comer carne cansada, cuando, en su casa, podían mascar á su gusto la carne firme y jugosa de la res de su marca, recién carneada, fueron formando, sin cesar, alrededor de ella, como una aureola de florecientes retoños.

Abuelita no dejaba de contemplar con cierto asombro, entre las muchas cabelleras lacias y renegridas que la rodeaban, algunas cabecitas blancas, coronadas de pelo rubio, que sonreían con su ojos de cielo, á su cara cobriza y siempre seria de hija legítima de la Pampa ruda.

XXIII

GUARDIA NACIONAL

—«¿Gusta un mate, patrón?»

—«Bueno, don Pedro, tomaré.» Y el patrón de la estancia, un extranjero de unos cuarenta y cinco años, de risueña cara colorada y de pelo rubio, se sentó, sin cumplimiento, como todo lo hacía, en la punta del banco, para saborear un cimarrón y conversar un rato con su capataz, Pedro Ponce, un puestero, Francisco Muñíz, que estabade visita, y el viejo Soria, un gaucho casi octogenario, titulado peón, para poder darle, sin herir su amor propio, el techo y la comida y algunos pesos para la caña, en que se conservaba, como un encurtido, en vinagre.

Era lindo tipo, el viejo Soria, con su poderosa estatura, apenas encorvada por la edad, su larga

y tupida cabellera blanca, y sus modales de fiera vieja, que desdeña de gruñir porque ya no puede morder, pero que nunca ha aprendido á lamer la mano.

Había sido soldado de Rosas; había llevado el gorro colorado de manga, que, como chorro de sangre, se desparramaba sobre el hombro; había presenciado, por lo menos en parte, los misterios de Santos Lugares; y la imaginación de los muchachos, hijos del estanciero, se encendía, al conversar con él, de aquellos tiempos, en que aseguraba Soria que no había cuatreros en los campos del sud.—«Desgraciado, decía, del que, entonces, hubiera carneado un animal!» Pero, como si el solo recuerdo de ellos hubiera sido terrible, bien se guardaba de agregar que á los mismos que tanto cuidaban de la propiedad agena, poca plata les costaban los rodeos enteros, con que poblaban sus campos, y que si bien prohibían carnear vacas, degollaban gente por lujo.

Salido ileso de Caseros, Soria había vuelto á sus pagos de la costa del Gualichú; hecho perdiz, entre los juncales y las cortaderas, había dejado pasar las tormentas de Cepeda y de Pavón, sin ganas de meterse en nuevas trifulcas, y disparando de las comisiones arreadoras de gente para la frontera. Conversaba compla-

ciente del tiempo viejo. ¡Qué de cosas les contaba á los muchachos, del tiempo del tirano! hablando de él sin nombrarlo, como hablan de su Dios misterioso, los sacerdotes de ciertas religiones cruentas.

Recuerdos del ejército de entonces, atrocidades, cruzadas por rasgos de burlona generosidad, historias de cuartel y de campo raso, gauchadas atrevidas, proezas y disparadas, avances y pánicos, brotaban de sus labios; y los niños escuchaban, bebían sus palabras, ávidos de más detalles, siempre.

Pero, por mucho que se las hubiesen preguntado, había dos cosas sobre las cuales nunca pudieron conseguir del viejo, más que un refunfuño de disgusto, perdido entre los espesos bigotes quemados por el cigarro, y un relámpago de rabia en los ojos empañados, escondidos en los pliegues de la cara, abotagada por el alcohol; nunca pudieron saber á cuántos cristianos había degollado, cuando soldado de Rosas, ni cuantos azotes había recibido.

Puede ser que el viejo ni hubiera tocado el violín á nadie, ni hubiera recibido palos, pero les parecía imposible que no fuera así, ya que, según la leyenda de aquel tiempo, degollar y ser apaleado, eran dos de las principales atri-

buciones del ciudadano argentino, bajo las armas.

—«Pues en mi tiempo, señor, dijo Muñíz, así como por el setenta, y un poco antes, no nos trataban tampoco muy bien, á los de la guardia nacional, pero siquiera, no tuve que pelear con argentinos, y cuando tuvimos que matar indios en la frontera, fué siempre en combate leal, y con riesgo del cuero.

—A mí me tocó algo de la grande, dijo Ponce, con la guerra del Paraguay; ¡suerte! que fué recién al final, cuando ya había menos tiempo para morir; pero, con todo, era medio fuerte la cosa... ¡Lindo país! el Paraguay, pero por demás caluroso, en aquel año del 69.»

El otro vecino, él, se jactó de haberse siempre podido escurrir del servicio, gracias á una tía á quien quería mucho el comandante militar del partido. Y seguían conversando, acordándose todos, de los sufrimientos y penurias pasadas, y también de los caprichosos arreos del 74 y del 80, de hombres, sin más arma que la caña tradicional, con la media tijera de esquilar en la punta, y de mancarrones á millares, que iban á morir, por todas partes, inútiles.

Iba uno entonces, pensaban, sin saber siquiera por quién ni contra quién; ahí estaba la comisión y había que seguir, no más. Ya que le

aseguraban, y que se lo podían probar á machete, que era Vd. guardia nacional, y que siendo guardia nacional, había que marchar, se marchaba; encontrándose cualquiera, muchas veces, revolucionario, sin saberlo.

Después, á los años de estar tranquilo el país, había surgido por el lado de las cordilleras, el fantasma chileno, y los jóvenes, los hijos ahora, habían tenido los ejercicios del domingo,—sin armas, porque no alcanzaban para todos,—chapaleando durante cuatro horas por semana, á pie, en el polvo ó en el barro del camino real, maniobrando, como bandada de gansos, el gauchaje, por el modo de caminar, y mandados por un exvigilante destituído por borracho, que hacía de oficial.

Con todo, los viejos asentían en que la guardia nacional era bastante diferente de la de sus tiempos; primero, que estaba á pie, casi toda, en vez de andar montada y con caballo de tiro, como antes; á más que, al rato de ser reunidos, se les daba á los milicos uniforme, kepí, manta y todo, y unos fusiles, que hasta los mismos remingtons eran juguetes al lado de ellos.—«Sin contar los cañones,» dijo el patrón, y les explicó los efectos de la artillería moderna, lo que los dejó pasmados.

Pero, pocos momentos después, pudieron darse

cuenta de que otra diferencia debía haber, mayor aún, entre los arreos indebidos y al tun-tun, de antaño, y el llamamiento á las armas, legal y respetado, de una verdadera guardia nacional organizada. Llegó el hijo mayor del patrón, de vuelta del pueblo vecino, saltó del caballo fatigado, y, tirando al aire el sombrero, desde el palenque, gritó: «¡Viva la patria! se retiró Portela!»

Todos se levantaron y lo rodearon, ávidos de noticias, y el muchacho, con juvenil excitación, les contó que iba á estallar la guerra con Chile, que se habían llamado las clases del 78 y del 79, que á él le tocaba, y que con ganas iba. Y pasó sobre todos ellos, sobre el mismo padre, aunque fuera padre y fuera extranjero, como un soplo heróico, que ni el viejo soldado de Rosas, ni él que había roto lanzas con los indios, ni el mismo guerrero del Paraguay, había, hasta entonces, conocido, y que hizo estremecer y ruborizarse al que siempre se había sabido escurrir del servicio militar: era la llamada ansiosa y vibrante de la patria amenazada.

XXIV

TIERRA QUERIDA

Los bueyes, con el paso lento, humildes y poderosos, en esfuerzo invencible de sus frentes agachadas, tiran del arado, mezclando los largos filamentos de su baba relumbrosa, con los vapores que suben, bebidos por el sol, del surco negro abierto, por primera vez, en la rica tierra pampeana.

Giuseppe, vigoroso piamontés, á pasos iguales y largos, sigue la marcha de los animales, haciendo pesar en la mansera la mano musculosa, para hundir más la reja del arado vencedor, en este suelo que todavía resiste.

Y sueña Giuseppe. Venido á la América del sur, en busca de fortuna, deja correr su mirada, del surco, al horizonte sin fin de la llanura inmensa; y calcula que de esta misma tierra rica

y fértil, hay extensiones inacabables y desiertas; y, al acordarse las maravillas que, en su tierra, crea el trabajo industrioso del hombre, en una sola hectárea, poblándola de centenares de árboles de variada fruta, de hortalizas suficientes para mantener á familias numerosas, de forrajes productores de carne y de leche, y hasta de glorietas floridas que, de algún rincón hacen un paraíso, siente cundir en su alma de pobre peón, la vehemente ambición de poseer, él también, algún día, un retazo, un jirón, una hilacha de este manto regio.

El esclavo que, bajo el látigo del amo, arrancaba del seno de la tierra las mieses, sin que nunca tuviera la mínima esperanza de tener su parte de ellas, podía, con razón, echarle maldiciones á esa cruel madrastra; el proletario europeo que la cultiva, por el pedazo de pan cotidiano, todavía la puede malquerer; al nómada que la recorre, sin pedirle más que lo que da sin trabajo, puede ser indiferente; pero para él que la remueve, con la legítima ambición y la esperanza fundada de llegar á poseerla, la tierra es una querida deseada con pasión, y merecedora de todos los sacrificios, de todas las privaciones, digna de todos los esfuerzos que puedan acercar el anhelado momento de los esponsales.

Y bien sentía Giuseppe que cuando, en tierra argentina, pudiera realizar esta su aspiración suprema, ese día, de inmigrante que era, se volvería ciudadano de una nueva patria.

Para muchos, la tierra es la novia rica, objeto, no de afección, sino de codicia, con quien el ambicioso se casa, no para tener en ella hijos que le hagan honor, sino para gozar de los bienes que le pueda traer. Y las leyes los ayudan; leyes agrarias, dictadas, al parecer, lo mismo que en la Roma antigua, para dar á los pobladores audaces la posibilidad de formar un hogar y de echar prole de ciudadanos arraigados, que tanto necesita la República; aprovechadas, en realidad, casi únicamente, por los hombres astutos de las ciudades, para aumentar sus improductivas riquezas.

Estos, por supuesto, no pueden querer á la tierra. Han oído decir, saben que hay hombres que la cultivan, pagando bien caro el derecho de tomar ese trabajo ingrato; y la arriendan, sabiendo que el sudor ajeno le dará valor, y que, con el tiempo, la podrán vender á mejor precio, sin haberla visto jamás.

¿Podrá querer á la tierra, el arrendatario? bien pronto supo que no, Giuseppe, al observar á sus vecinos.

Uno, cansado de cuidar muchos animales,

con mucho trabajo, en mucho campo arrendado, y de quedar siempre, al fin del año, tan pobre como antes, resolvió un día de vender hacienda, hasta poder comprar media legua. El otro prefirió seguir con sus diez mil ovejas y sus dos mil vacas, en tres leguas de campo arrendado y abierto.

Para el pulpero, la plata de este último relucía mucho más que la del primero, pero aumentaba menos; y cuando la lana bajaba y que los novillos no engordaban, lo que, muchas veces, sucede, en campo sin mejora posible, por ser ajeno, quedaba el pobre medio empeñado, á pesar de tener tanto capital.

El que compró media legua quedó con una sola majada y algunas lecheras; pero pagó y alambró su campo, y lo va llenando de alfalfa. Si la lana baja, ajusta un poco la faja, y compra alpargatas, en vez de botas; y cuando llega el fin del año, si no queda dinero, por lo menos queda la tierra, con sus mejoras, con su arboleda que crece, con sus alfalfares que verdean y sus animales que aumentan, gordos siempre, y sin peligro que enflaquezcan.

Cuando el arrendatario deje el campo que ocupa, con el bolsillo vacío y la hacienda mermada, le quedará el consuelo de llevarse, entre los postes del corral, cortado en tres pedazos,

un álamo grande que existía en el puesto. Don Fernando, él, hace plantar, cada año, en el campo de su propiedad, algunos árboles por sus hijos, y les infunde, á la vez, con esto, el amor al trabajo y el apego á este pequeño retazo de tierra, cuya posesión lo pone tan encima del que, cada tres ó cuatro años, se tiene que mudar, con la hacienda, la familia y los ranchos, de campo desnudo á campo pelado, yendo cada vez más lejos, y pagando cada vez más caro el derecho de mejorar con los esqueletos de su hacienda, la pampa desierta.

Y se sonríe éste,—pero, ¡con qué envidia!— cuando le oye á don Fernando decir al pulpero, con un orgullo que no puede reprimir: «No me mande tierra por tabaco, don Juan Antonio, que tierra tcnemos en casa».

A los años, también acabó Giuseppe, á fuerza de rudo trabajo y de privaciones, por hacerse de una chacra de cien hectáreas. ¡Cien hectáreas! una miseria en la Argentina! pero propiedad inmensa, para él que se acuerda cuántas maravillas hacen en su tierra, en una sola hectárea.

¡Y cómo la quiere á su chacra!

Más que el arrendatario, para pagar al dueño del campo; más que el peón, para ganarse la

vida; más que el siervo, bajo el látigo del amo, trabaja y se afana.

Para adornarla, embellecerla, darle todo su valor, nunca descansa; Giuseppe era peón; don José es esclavo; pero es esclavo, don José, de su propia tierra, como lo es de una esposa querida, el esposo enamorado.

XXV

AUTORIDADES RURALES

En un rincón perdido de la Pampa lejana, sin agua mejor, sin más montes que en cualquier otra parte, y nada más que por un capricho del dueño del campo, se ha formado un pueblo. ¿Pueblo? denominación algo pretenciosa para una aglomeración de media docena de casas ó ranchos, colocados sin orden, alrededor de una cuadra pelada, titulada Plaza.

Pueblo es, no lo duden, ó, por lo menos, algún día, lo será. Por ahora, viven bien felices sus habitantes. Para fomentar la formación de su pueblo, que su imaginación impaciente sueña ya ciudad, el dueño ha regalado á cada uno de los seis primeros pobladores, un solar de veinte y cinco metros de frente por cincuenta de fondo, con la única condición de edificar

en él una casa de dos piezas. Y ya están instalados en sus casas esos seis favorecidos, gozando de la inesperada suerte de vivir en casa propia, edificada en terreno propio.

¡Qué casa! ¡qué terreno! un rancho de barro, en mil doscientos cincuenta metros cuadrados! Pero, para el pobre, es la dicha; y se encuentra tan rico, cuando contempla los treinta repollos que ha conseguido en *su propiedad*, y que crecen lozanos, como el mismo patrón de la estancia, cuando viene á pasar balance y cuenta sus treinta mil ovejas, repartidas en diez y seis leguas de campo.

En ese embrión de pueblo, no hay municipalidad, no hay juez de paz, no hay comisario de policía, no hay tampoco recaudador de rentas; no hay cura, porque no hay iglesia; y el maestro de escuela, un pobre viejo haraposo, muy dedicado á estudios comparativos de las varias clases de bebidas que despacha el boliche vecino, y que junta, cada día, durante dos horas, á ocho muchachos, en una pieza prestada, para enseñarles las primeras letras, no tiene ni el más remoto aspecto de autoridad, á pesar del alto valor en que estima su ciencia.

No habiendo autoridades especiales, no existen tampoco escribientes, secretarios, empleados, y no habiendo juzgado, no nació todavía

la plaga de las aves negras, que saben suscitar cuestiones y pleitos entre los vecinos, entre éstos y el fisco, entre las mismas autoridades, entre la Luna y el Sol.

¡Pueblo feliz! pero, lo mismo que todas las felicidades sin sombra, esto no puede durar mucho. El dueño del pueblo ha vendido algunos solares más; el número de casas fué aumentando; no son ya sólo ranchos de barro, los que se van edificando: un horno de ladrillos se estableció y provee material. Las calles se han delineado, todas de ángulo recto, según la ley inmutable, dictada en el siglo décimo sexto, por el rey de España, y algunas casas tratan ya de distinguirse por su frente de relativo lujo.

Los terrenos van tomando cierto valor; la población acude. Las casas de negocio se multiplican; la competencia nace, trayendo consigo amagos de discordia: se acabó la edad de oro.

Casi al mismo tiempo que, ocurriéndosele que debería ser su pueblo, cabeza de partido, empezó el dueño á empeñarse con el gobierno provincial para conseguir su objeto, á uno de los comerciantes le pareció que el título de juez de paz daría á su casa una superioridad indiscutible sobre las demás, y como el gobierno, al atender esos pedidos, pensó en aprovechar la coyuntura para dar colocación á algunos ami-

gos sin empleo y, por consiguiente, fastidiosos y cargosos, en pocos meses, cayó sobre el pueblito toda una manga de funcionarios.

Un intendente municipal, que no tenía en la localidad terreno alguno, empezó por obligar á los vecinos, propietarios de solares en la plaza, á cercarlos y á ponerles vereda, lo que les hizo gastar cinco veces el valor primitivo del terreno. Subieron mucho los ladrillos, porque el plazo era corto y perentorio, y pronto se supo, sin que nadie se admirara, que el señor Intendente era socio en los hornos de ladrillos.

Fué nombrado juez de paz, el negociante que lo había solicitado, y administró la Justicia, basándose, para fallar, no en los códigos que adornaban su mesa de trabajo, sino en la costumbre que podían tener las partes, de sacar sus gastos de su almacén ó de algún otro.

Vino un recaudador que empezó por revisar las patentes, hasta entonces paternalmente avaluadas, según la importancia total del negocio, y, la Ley en mano, dejó caer un granizo de multas sobre los bolicheros, por haber tenido en sus estantes, sin pagar patente separada, de zapatería, cigarrería, ferretería, ropería, sombrerería y confitería, media docena de botines, veinte kilos de tabaco, cuatro paquetes de pun-

tas, seis pantalones, ocho sombreros y diez cartuchos de caramelos.

Y siguiéndose las plagas, como las de Egipto, llegó un comisario de policía que se hizo pagar mensualidades por las casas de negocio, para mantener, decía, á su personal; apaleó á los pobres, sacándoles multas, por cualquier delito imaginario, dejándose poner en los ojos una venda de pesos, para no ver las casas de juego, y tomando parte en los negocios de una carnicería que compraba muy pocos animales, en proporción de los muchos que despachaba.

Bien pronto, crecieron los quehaceres del Intendente, del Juez, del Comisario y del Recaudador, y necesitaron secretarios, escribientes, empleados de todas clases; y para pagar los sueldos de tanta gente, todos dieron cancha á su imaginación administrativa, para crear impuestos, no bastando ya las multas para tener las cosas en un pie serio, ordenado y seguro.

Y las autoridades de la ciudad, cabeza de distrito, ponderaron la prosperidad del pueblo nuevo.

Prosperidad será; ¡pero cuán más felices eran los habitantes! antes de conocer las ventajas de ser administrados, gobernados, estrujados, despojados y violentados por esos forasteros

hambrientos, atorrantes politiqueros, mandados por el gobierno provincial, para llenarse los bolsillos, en perjuicio de la gente productora, terribles bacilos, destructores del progreso.

Si, todavía, se tuviera el consuelo de pensar que, gracias á los grandes odios que nacen generalmente de las pequeñas pasiones políticas, se comerán entre sí; pero no, pues nunca falta un *acuerdo* que los salve de la muerte. Y, aun suponiendo que desaparecieran algunos, no han de faltar otros, para tomar su sitio, en el festín.

XXVI

HIJOS DE GALICIA

Entre las rocas azotadas, con estrépito, por las magnas olas del mar Cantábrico, lavadas por lluvias torrenciales y fertilizadas, al mismo tiempo, por una constante y tibia humedad, vive en paz una población humilde y ruda, sin más ambición que sacar del mar bravío, con riesgo de la vida, ó de las quebradas de su escabrosa tierra, á fuerza de trabajo, su frugal sustento.

Las grandes invasiones, venidas del sud ó del norte, si no las han respetado del todo, parecen haber tenido siempre cierto desdén ó cierto recelo á esas comarcas ásperas, pobladas de montañeses huraños y de marinos atrevidos. Los pobres barcos de pescadores y los arados primitivos de los cántabros y asturianos, fueron

los postreros trofeos ibéricos de la conquista romana, en vísperas de la era de Cristo, y cuando los visigodos, germanos á medio refinar, sometieron á sus leyes, cuatro siglos después, al suevo grosero, germano también, pero del tobo bárbaro, que había ocupado ese pedazo de suelo, de poca valía, lo dejaron, en vez de destruirlo, que mezclase, bajo su dominación, en ese rincón inhospitalario, su rubia melena con la melena morena del íbero, y su pronunciación ronca de germano silvestre con el hablar rudo del celta.

Pero el castellano altanero, hijo de los visigodos audaces y de los moros batalladores, siguió y sigue mandando; y obedece el gallego, nacido de razas sufridas, encerradas entre peñascos que restrinjen el horizonte y acortan las ideas, de lengua tosca y de genio paciente, ansiosas, por naturaleza, de tener un amo

En la llanura, corre el viento sin obtáculos y se extiende sin esfuerzo; en la montaña, choca con moles que le atajan, se encierra en desfiladeros, se desliza, tropieza, muje, da vueltas, se estrella, sin poderlas mover, en las rocas que le cierran el paso, y aunque penetre en ciertas partes, siempre deja sin poderlos explorar, tranquilos valles que parecen ignorar que exista. Así de la civilización: no necesita treparse en alturas inaccesibles para iluminar la llanura;

llama, y las poblaciones contestan á su voz; extiende el dedo, toca en la frente á la más remota, y nace el progreso. En la montaña, no. Y el gallego, montañés empedernido, ha quedado, por entre los siglos, como ha nacido, pasivo en su obediencia, fiel hasta volverse cargoso, tenaz hasta la torpeza, refractario á todo lo que la humanidad llama progreso.

Piensa como pensaban sus antepasados, siervos de la gleba goda; lo que dice el amo, lo que manda el cura, lo dice, lo manda Dios. Y cuando, á la voz de Pelayo y del obispo de Oviedo, con esa mandíbula algo bestial, que hace crujir las jotas, como de los granos de maíz hace el caballo, se agarró, á la par del asturiano, su vecino y pariente, de la costa natal, lo hizo de tal modo que fué este pedazo de España, el único, en toda la península, que no alcanzó á pisar la planta del Arabe. Así lo mandaba el amo, y sumiso, apretó tan bien los dientes, durante trescientos años, que el moro fué que tuvo que soltar la presa.

En recompensa, no hay gallego que no sea hijo de alguien, hidalgo, hijo de Gonzalo, de Lope, de Martín, de Fulano; González, López, Martínez, Fulanez.

Por cierto que sentaría mal el espadón de Quijote ó la elegante capa del andaluz á su

figura mal tallada de hombre petizo, enanchada por una capa tan tiesa que parece mojada, aplastada por un chambergo monumental, campechanamente puesto, y hecha más pesada aún por botas gruesas; pero hay, en su cara abierta y franca de gente buena, con sus patillas cortas y su gran boca mal afeitada, tan patente protesta de fidelidad y buena conducta, que se explica el afecto del gran caballero andante hacia Sancho Panza, lo mismo que se comprende de cuanta ayuda estética es, para el castellano majestuoso ó el andaluz esbelto, el relieve que da al garbo de su persona, la macisa silueta sin gracia del sirviente gallego que lo acompaña.

Pero también ejerce en él su poderosa influencia el ambiente americano, más, quizás, que en cualquier otro inmigrante. En algunos, la metamórfosis es rápida; la ambición nace con el cambio de clima, y el comercio de la campaña le abre amplia carrera.

Las gallegos, aunque audaces marineros, acostumbrados á desafiar, en pequeñas barcas, las terribles y continuas iras con que el océano castiga sin cesar las costas que habitan, nunca hubieran pensado en alejarse de ellas, para ir á conquistar un mundo nuevo, si los del Puerto de Santa María, los «porteños» andaluces

no hubieran ido, ellos; y bien tuvieron que seguir los gallegos, pues, en tierras lejanas, también necesitan los que saben mandar, sirvientes y porteros.

¡Oh! pero, en América, tierra de aventuras y de aventureros, no faltan otros rumbos; y el gallego se emancipa. Aprenderá á ser vivo, como cualquier hijo de vecino, y su honradez nativa se mellará, la pobre, cada vez más, en el borde de la balanza del almacén, á fuerza de pesar, según el caso, algo más ó algo menos.

Con el dinero, venga de donde venga, entra el orgullo, y también la ilusión de que el hombre rico lo sabe todo. Con impertérrita confianza en su propia sabiduría, don Manuel Fulanez le asegurará que en su tierra hay minas de acero, y si pretende usted insinuar que quizás . . . un «permítame que le diga» perentorio, le quitará hasta las ganas de meterse en lo que usted no entiende.

Es que desde que llegó de su tierra, ha aprendido muchas cosas; en los primeros tiempos que estaba en el campo, su patrón, un criollo medio chusco, á quien enseñaba, una mañana de invierno, un redondel de hielo que tapaba un balde, exclamó, alegre: «¡Qué lindo! ¡ligero! Manuel, traéte una sartén con grasa y me lo hacés freir!» y fué Manuel, á buscar la sartén.

Después, estuvo de changador en la ciudad, donde empezó á criar mucha fe en sí mismo; y una vez que llebava á un mecánico, hábil artesano, una pieza de máquina para componer, tomó sobre sí de decirle, con voz imperativa: «y dice el patrón que tenja Vd. buen cuidado de no romperla.»

Ahora, es negociante; tiene plata, tiene crédito, y no necesita cuidar ovejas, pues esquila á los ovejeros. Su viveza, hilvanada, con hilo blanco de acarreto, en la confianza que por tradición inspira, basta para engañar al paisano incauto y también al civilizado, desdeñoso de las pequeñas y viles trampas de trastienda.

A su pulpería acude el estanciero, en busca del dinero que necesita para pagar á sus peones, los cuales lo volverán á traer, de á poquito. El criollo se sigue burlando de él; pero él se ríe; y, para chancelar las chocarrerías, apunta con errores á su favor, los pesos que el otro le pide prestados.

Probablemente para averiguar si es cierto lo que dice el refrán español: que al andaluz con plata, al catalán con bota y al gallego con mando, no se le puede ni acercar, lo nombraron á don Manuel, alcalde de su cuartel. Salomón no se negaría á firmar algunas de las sentencias que da, si no vinieran envueltas en cierto

limo de ignorancia petulante y pomposa, resíduo de criba, producido por el roce secular de los de su raza con los amos de Madrid y de Sevilla, capaz de empañar hasta la luz centelleante de su sentido común nativo.

No puede decir sencillamente las cosas más sencillas; las repite cinco veces, como si temiera que no se le haya entendido bien; y cada vez más las enreda en adornos del peor gusto, pero que juzga suntuosos.

Y cuando, por casualidad, algo ignora, no por esto se detiene, convencido de su infalibilidad. En una revisión de cueros, dictó al escribiente, muy orondo: «horqueta de atrás», y un hacendado, amigo de él, que estaba á su lado, lo agarró despació del brazo y le sopló: «la horqueta siempre se hace en el medio de la oreja. —¡No me manosee! le contestó, irguiéndose, ¡que soy autoridad!» y corrigió: «horqueta en el medio.»

Todo esto no impide que si una cosa es ser gallego, y otra que se lo digan, más aun es una cosa serlo, y otra muy distinta, haberlo sido, pues el hijo de Galicia se acriolla ligero y bien. A más, si el tronco gallego es de madera dura, y de cáscara rugosa, no es de madera quebradiza.

Cuesta trabajo para hacer entrar puntas en ella, pero la que admite, la detiene; no se raja.

Pulirla es obra larga; no se consigue más que un lustre apagado, y dificilmente, se puede fabricar, con ella, violines armoniosos ó cachivaches artísticos; pero de ella se sacarán muebles sólidos y columnas firmes, y no son estas de las peores, entre las que sostienen al abigarrado edificio de la nacionalidad argentina.

XXVII

GORRO BLANCO

Mucho gauchaje se había juntado, en la pulpería de don Manuel Fulanez, aquel día, y todos se entretenían, jugando á la taba ó al choclón, corriendo carreras y mamándose como cabras. El pulpero, que no había pedido policía ni dado á las autoridades del pueblito aviso de la renión, había tenido la precaución de exigir que cada uno le remitiese, al llegar, el cuchillo, para evitar que algún zafarrancho repentino le valiese una buena y bien merecida multa.

Y con esto, les había dado rienda suelta, á que se divertiesen á su gusto, pensando que sería más que casualidad que les viniese á sorprender alguna de las escasas comisiones encargadas de recorrer el extenso partido.

Es que había contado sin Gorro Blanco, re-

cién incorporado á la policía de la localidad, y de quien todavía no había oído hablar; sino, no se atreve.

Gorro Blanco no era más que un oficial de la policía rural, como hay ó podría haber muchos, nacido y criado en el campo, sabiendo más ó menos leer y escribir, conocedor de todos los trabajos rurales, lícitos y clandestinos, y de todas las mañas del gaucho.

Incansable galopador, sufrido, paciente, sin miedo, de mucha sangre fría y de una fuerza muscular bastante para darle en sí mismo la mayor confianza, no hacía más proezas, al fin y al cabo, que de cumplir con su deber.

Pero cumplía con él de cabo á rabo, ligero, fuerte y bien, sin miramientos personales, sin tergiversación, sin demora, sin más cálculo que obedecer á la ley y hacerla respetar.

No había para él partido político, ni pobres, ni ricos, y lo mismo hubiera prendido al estanciero poderoso, por haber cortado un alambrado para dar paso á su break lujoso, que á un vago, por haber carneado de noche, ó al pulpero, por haberle comprado el cuero.

Un bruto, decían muchos; una gran cosa, decían los vecinos, en general.

No solía andar con los milicos de las comisiones que mandaba. Les daba cita á tal hora, tal

día, en tal parte, y tampoco faltaban ellos á la cita, pues, desde el primer día, le habían tomado un olor á paliza, capaz de hacer adivinar la hora al más dormilón, y de dar patas de acero al mancarrón más bichoco.

La sola vista de su rebenque les infundía, á los pobres soldados, un apego insólito á todas las virtudes: ¡adiós! repetidas copas que turban la vista, convites que tapan el horizonte, mientras desaparece el fugitivo; ¡adiós! amores furtivos, que, en las noches obscuras, propicias á las carneadas subrepticias, desaciertan la vigilancia; ¡adiós! bailecitos improvisados, en los ranchos, y siestas prolongadas, en las frescas ramadas de las estancias!

Con el gesto de Temistocles, rechazando los presentes de Artaxerces, atenuado sólo por una ojeadita de sentimiento, tienen ahora que desairar al compañero de otros tiempos, que, generosamente, ofrece algún maneador ancho, largo y fuerte de los muchos que tiene, sin ser hacendado, ó para la familia, un cuarto de carne de vaca, demasiado gorda para ser propia.

Y feliz que se atreva el policiano á no denunciarlo, pues Gorro Blanco no admite amistades entre su gente y el paisanaje, considerando con razón, que pronto se volverían complicidad.

Mientras las milicias se venían al sitio, de an-

temano fijado, al tranco ó al galope, según la hora señalada, pues no debían llegar ni antes ni después, Gorro Blanco, vestido de particular, de sombrero gacho, cabizbajo, recorría el campo, sin llamar en nada la atención; vigilaba, miraba, escuchaba, poniéndose su gorra de vasco blanca, su distintivo predilecto, sólo en las grandes ocasiones, y para hacerse conocer de sus ayudantes.

A las dos en punto, ese día, se apearon en el palenque de la Colorada, de don Manuel Fulanez, un sargento y un soldado de policía, en el mismo momento en que se iba á correr la carrera principal.

Entre la concurrencia, había uno de esos vagos temibles, conocidos por gauchos malos, que, imbuidos de la idea que la gloria consiste en pelear á cualquiera, y especialmente á la policía, no desperdician ocasión de provocarla, á ver si la hacen reventar ó disparar.

De facón en la cintura,—pues á él no se había animado Fulanez á pedirle las armas,—arrogante, lo primero que hizo fué convidar al sargento y al soldado á que tomasen la copa.

¡Como no! que la iban á tomar! con gorro blanco mirándolos, recostado en el mostrador. Todavía andaba de chambergo, pero, no por eso, dejaba de ser, para ellos, el terrible gorro

Blanco, y con una rigidez, al parecer, estóica, insistieron en su negativa.

Irritado el gaucho, después de insistir, él también, un momento, reculó, dándose cancha, y sacó el facón, amenazando á los milicos, insultándolos, tratándolos de cobardes y otras cosas, poniéndolos «como trapo de cocina,» decía doña Ciriaca, la mujer del pulpero, al contar el hecho, el día siguiente; hasta que, sin saber como, él ni nadie, se encontró frente á frente con un hombre de bigote, algo petizo, morrudo, de gorra de vasco blanca, el poncho de vicuña en el brazo, y bien enroscada en la mano, la lonja de un rebenque de cabo de fierro.

—«¡Dése preso! dijo el hombre.»

El gaucho lo miró con sorpresa.

—«¡Tire el facón!» ordenó Gorro Blanco. Y en su voz, en su mirada había tanta autoridad, que casi, casi obedece el matrero. Pero la imagen de su fama de gaucho malo empañada, pasó por sus ojos, y, rápido, alargó un puntazo al oficial. El cabo de fierro del rebenque detuvo la mano, y la muñeca, casi quebrada, dejó caer el puñal.

El soldado alzó el arma, el sargento le pasó las esposas al gaucho, y media hora después, la larga comitiva de los jugadores que iban á pagar la multa, con el pulpero á la cabeza,

desfilaba al galopito, seguida por el preso, á quien iba acompañando Gorro Blanco.

Pronto se hicieron legendarias las apariciones de Gorro Blanco. Era el cuco de los malhechores. Los matreros preferían dejarle el campo libre, y se mandaban mudar más afuera; pues era su pesadilla el dichoso gorro ese, y no podía uno, decían, estar carneando una ajena, en noche obscura, ó arreando hacienda... extraviada, sin verlo surgir del suelo, como alumbrando.

Estaba uno entregando cueros en la pulpería, donde no había más que un forastero, comiendo nueces. ¡Zás! de repente, el forastero asomaba la cara en el depósito, de gorra blanca, y revisaba las señales. Ya no era vida.

Y los vecinos cantaban glorias de Gorro Blanco; pues, durante meses, no hubo casi robos, ni hubo muertes. Pero,—bien decían que era un bruto,—¿no se le metió entre ceja y ceja, en unas elecciones que hubo, que no haría más que conservar el orden, dejando que cada cual votase á su antojo? Naturalmente, lo despacharon. ¿Y que más iban á hacer?

XXVIII

CUERAMBRE

—« ¡Antonio! mirá que hay que carnear. Estamos sin carne, » dijo doña Ceferina á su esposo que ya, sin acordarse de tal cosa, iba á soltar la majada. «Carnea gordo, agregó la señora, que también necesito grasa. »

Don Antonio franqueó los lienzos del corral, pasó vista un momento á las ovejas, removiéndolas despacio, y avistando, entre muchos, un capón que le pareció muy bueno, arrolló como lazo, el cinchón de dos vueltas que tenía en la mano, atropelló, en una esquina del corral, la punta de ovejas en la cual iba el capón, y lo enlazó del pescuezo. A la carrera, se volvieron las ovejas á juntarse con las compañeras; y quedó solo, tirando, saltando y brincando, el capón preso. Don Antonio lo volteó, le tocó la cola, lo

manoseó en varias partes, le miró los dientes, y haciéndolo levantar, lo condujo despacio, en tres patas, hasta la orilla del corral. Allí, lo levantó, lo hizo pasar á fuera, pasó él, y en el pastito verde y tupido, le cortó la garganta y lo dejó desangrarse y patalear, en los últimos estertores de la muerte, mientras iba él á buscar la chaira, y que los perros, ávidos, sorbían en el suelo, la sangre espumante, á medida que iba saliendo en borbollones.

Don Antonio desolló el animal, con cuidado, tiró las tripas á la perrada, después de sacarles el sebo, colgó del gañote, los bofes, en un clavo de la costanera, para repartirlos despacio á los gatos, que esperaban, sentados, en paciente rueda, que los perros se hubieran saciado; arregló la carne en dos medias reses, en el cuartito que servía de fiambrera, llevó á la cocina las achuras y la cabeza, y volvió á tender á la sombra, con todo cuidado, para que no se resecara, el cuero del capón, en una travesaña clavada en dos postes altos, colocándolo á lo ancho, y no á lo largo, lo que le hubiera hecho perder su flexibilidad.

Con un pincel, embadurnó de alquitrán las orejas, para que los gatos, más por vicio que por hambre, no viniesen á roerlas y á destruir la señal.

Sacó con el cuchillo, algunas cazcarrias que

quedaban pegadas en la lana, y, cortando algunos palitos, dejó, con ellos, entreabierto, el cuero de la cabeza, de la patas y de la cola, para evitar que quedase fresco y se llenase de gusanos, en vez de secarse bien.

Fuera del pobre capón en que recayeron los gastos de la función, todos, con la carneada, se han puesto alegres en la rústica morada. Los perros y los gatos se han hartado, casi sin pelear; las gallinas escarban y encuentran en los residuos, mil golosinas; los niños salen de la cocina riéndose, cada uno con un churrasco en la mano; doña Ceferina y don Antonio se reparten en el mismo plato, la tripa gorda, asada en las cenizas, mientras el coro de los chimangos trata, cacofónica banda, de amenizar la fiesta.

Don Antonio es hombre prolijo, que cuida sus intereses como es debido, y en todos sus detalles; sabe que los frutos en buenas condiciones seducen al comprador, consiguen mejor precio, se venden con facilidad, aun en los momentos de baja, y dan mayor peso, á más de su mayor valor. Y por esto, siempre lo pelea á su compadre Anacleto, que tiene cuatro ovejas y mucha familia, algunos hijos ya mozos y de servicio, y que no es capaz de cuidar un cuero, siquiera, como la gente.

¡Vaya! con el hombre dejado; ¿qué le costa-

ría, dígame, cuando carnea, de no dejar el capón morirse en el mismo charco de sangre, ensuciándose todo el cuero? «Le da más peso,» dice Anacleto. ¡Pavada! le quita valor, nada más. Lo desuella sin cuidado, deja que se pudra la cola; los gatos se comen las orejas, sin que nadie los espante, y después, son peleas con el acopiador, que aprovecha la bolada y le rebaja la mitad del precio, por el riesgo que corre de ser multado.

Un cuero de consumo que, en casa de don Antonio, parece dorado y varnizado, por haber sido oreado á la sombra y entrado, ó sólo dado vuelta, cuando llueve, apenas se conoce de un cuero de epidemia, en lo de Anacleto. Quemado por el sol, mojado por la lluvia, vuelto á quemar y vuelto á mojar, picado, muchas veces, por la polilla, sólo puede el pulpero comprar semejante cuerambre, con tal de rebajar algún poco, aun perdiendo algo, el monto, siempre exagerado, de la libreta.

Y en lo de don Antonio, hasta los cueros de epidemia, que, en algún invierno de flacura, de seca ó de inundación, ha habido que sacar por centenares, muchas veces en el barro del corral, tienen un aspecto de limpieza que llama la atención y excita la competencia de los compradores. Se les puede, porsupuesto, arrancar la lana,

tirando, porque así es, siempre, en cueros de animales muertos de enfermedad, pero siquiera la sarna no los ha despojado en parte de su precioso vellón, y muchos de ellos, gracias á que se ha tenido la precaución de degollar el animal, antes de que echase el último suspiro, han podido conservar la apariencia, casi, de los cueros de consumo.

Con todo, triste se le pone el alma al pobre ovejero, cuando se van amontonando, en el galponcito, los cueros de epidemia. El cuero de consumo, amarillo claro, de cutis suave y blando, de lana larga, pesada y dorada, que resbala sin ruido de la pila, no deja sentimiento al criador. Ha aprovechado la carne que contenía, y la grasa, para mantener á su familia; con el sebo, ha hecho luz, y con el cuero, tendrá todavía una regular cantidad de pesos. Pero el pellejo descarnado, flaco y liviano, de lanita corta y rala, de la oveja vieja que, por ignorancia criolla, no se ha decidido el pastor á aprovechar, cuando todavía le hubiera podido suministrar buena carne, y que ha dejado morir de senectud, haciéndola faltar á su misión en la tierra; el cuerito del borrego consumido por la lombriz, con su lanita flaca, blanca y liviana como nieve, con su cutis descolorido, que suena cuando lo tocan, pergamino sin valor, quebradizo y reseco; el cutis pelado

de las ovejas, que recién esquiladas, han muerto de frío, sorprendidas,—sin haber salido todavía de su flacura invernal, y recién despojadas de su vellón abrigado,—por alguna tormenta traicionera; todo esto apoca la majada, sin compensación, y desespera, á veces, las mejores voluntades, volviendo fatalistas á los más enérgicos.

Llegó el carro del acopiador. Se acomoda en una tijera del techo del galpón, la romana que, con su brazo fatídico, siempre indica pesos que, al hacendado le parecen pocos; al recibidor, equivocados, por lo grandes.

En una hamaca, hecha con un lienzo de corral, colgado de dos sogas cruzadas, pasan los cueros á montones, después de bien revisados y limpiados por el recibidor, con una prolijidad, no ya de liberalidad pastoril, sino de codicia comercial, de todas las garras, aspas y cazcarrias que puedan haber escapado á la vigilancia, hábilmente superficial, del vendedor.

Y cuando sale el carro, lleno hasta el tope, calcula don Antonio que ahí le llevan una verdadera majada, con la cual hubiera podido pagar el arrendamiento de un año y los gastos de seis meses.

No se desamine, don Antonio; ¡paciencia! Tiene que haber de todo en la vida, y las ovejas aumentarían demasiado, sino hubiera, de

cuando en cuando, alguna mortandad que las hiciera mermar. No se turbe por tan poco, y haga como los gobiernos, fuerza, en presencia de las grandes calamidades. Ellos no se arriedran por nada: después de la inundación, aumentan los impuestos, y si baja la lana, aumentan el derecho. Haga como ellos, amigo, y á la oveja muerta, pídale dos corderos.

XXIX

AMOS Y PEONES

—«¡Sandalio! tome esa carretilla, y se va á la alfalfa, á buscar pasto para la yunta de la volanta.

—Patrón, contestó Sandalio, esbozando una sonrisa respetuosamente irónica, yo me he conchabado para peon de campo; no para trabajos de á pie.

—¡Pues, señor! gran trabajo es ir á buscar una carretillada de pasto.

—No es mi obligación, patrón.» El patrón lo miró medio serio.

—«Si Vd. no está conforme con mi trabajo, patrón, me puede arreglar la cuenta.

—Pues, en seguida, amigo; no me gusta pagar brazos, para verlos cruzados.»

Y Sandalio, despachado, después de cenar, se

fué de la estancia, lo más contento de haber cazado un pretexto para hacerse despedir y para recobrar su libertad, enagenada durante todo un mes de conchabo. El espejismo falaz de los treinta pesos del sueldo, encerrados en su tirador, le parecía horizonte sin límite, de vida holgada y ociosa; y se iba galopando, bajo el cielo estrellado de la Pampa, aspirando, con pulmones enanchados por el gozo de sentirse libre, la atmósfera perfumada por los mil yuyos floridos, que pisaba su caballo.

Es que la ambición de Sandalio se limitaba á bien poca cosa: alguna platita para los vicios; de vez en cuando, una muda de ropa, un par de botas ó un sombrero nuevo, y era hombre feliz.

No le faltaba algún techo hospitalario, donde tender el recado, ni el pedazo gratuito de tumba, que siempre sobra en el campo.

Nunca tampoco falta en alguna estancia, por un mes ó dos, en los casos de apremiante pobreza, uno de estos conchabos, de trabajo liviano, de peón de campo, que consiste en ayudar, por la mañana y por la tarde, á recorrer las orillas del campo, para repuntar las vacas ó parar rodeo, y á sentarse á tomar mate, en los puestos, mientras la hacienda endereza despacio para el centro.

Su criterio para elegir á los patrones, á quienes hacía el honor de ofrecer sus efímeros servicios, era, más que todo, la reputación que podían tener de ser poco delicados para el trabajo.

Apreciaba particularmente á los hijos de estancieros ricos, que manejan los establecimientos paternos, en calidad de mayordomos. Con estos, en general, hay abundancia de peones y poco que hacer, bajo la indulgente vigilancia de los capataces, mientras que el amo, joven y amoroso, en vez de engordar el caballo con el ojo, pasa vista á los puestos, para elegir la vaquilloncita más sabrosa y tratar de echarle el lazo, ó anda por la ciudad, en busca de ovejas algo refinadas. Y la vida corre, suavecita, para el paisano conchabado.

Un paseito por la mañana, con la fresca; otro, á la tarde, después de la siesta larga; charlas, mates y cigarrillos, buena comida y descanso; por tal que, los días de elección, el patroncito se pueda lucir, en el pueblo, con numerosa compañía de votantes, pronto se pasa un mes, y venga la paga, no antes que el sudor se haya secado, sino, muchas veces, antes que haya tenido ocasión de brotar. ¡Vida linda!

Se comprende que Fortunato, nacido en la estancia, no haya soñado jamás en dejarla, y se haya vuelto igual á esos pumas nacidos en la

jaula, acostumbrados á tener segura la ración cotidiana, y que serían incapaces, si se llegasen á escapar, ó si los soltasen, de buscarse la vida, de noche, en las majadas mal cuidadas.

Al amo le hace, también, cuenta, conservarlo; trabaja poco, es cierto, pero es hombre de campo y no es exigente; no tiene sueldo fijo, y mal que mal, sirve para lo que le mandan.

Los padres de él han muerto en la estancia, en tiempos del padre del patrón actual, y sigue él, viviendo como han vivido sus viejos, sin más anhelo que vivir así, toda la vida. Cuida los intereses del establecimiento, ni más ni menos que si fueran suyos: es decir, bastante mal, porque es descuidado por naturaleza, pero, á su modo, los vigila con fervor, lo que siempre algo vale.

No conoce en el mundo, más familia que la del amo, ni más casa que la estancia, y si lo viniesen á echar, volvería, como perro fiel, aunque fuese para morir apaleado.

De él se ríe el gaucho Sandalio, que no tiene más patrón, en realidad, que su capricho de incorregible nómade: y también se ríe de él, el catalán Clemente Terradán, valiente trabajador y amontonador paciente de los pesos penosamente ganados, pero para quien el patrón no es más que *el que paga*; concediendo al que lo emplea la

misma mezquina dosis de respeto, que sea aristocrático descendiente de los virreyes, ó algún inmigrante enriquecido; reservando sólo la escasa y ruda simpatía de que es capaz, para el que mejor retribuya su trabajo y lo mantenga con carne más gorda.

A Terradán, no le gusta trabajar con patrones poco exigentes, poco delicados, que no sabrían apreciar y remunerar sus esfuerzos.

El es hombre de pala, más que de caballo, pero á todo se presta, y lo mismo sabrá cuidar una majada, como arreglar el jardín ó componer una puerta; trabaja sin descanso, siempre tiene algo que hacer, y su actividad, medida y sosegada, pero continua, no necesita pinchazos.

«Trabaja lo mismo que si fuera para sí; como peón es una alhaja, Clemente,» asegura su patrón.

Y lo es, no hay duda; pero si así trabaja, es que también él sueña con la independencia, y, que para conquistarla, necesita sueldos altos, en proporción con sus desvelos; y economiza con avidez, cuida y defiende sus ahorros con legítima avaricia, como que son la preciosa simiente de su fortuna futura.

—«Señor, le dijo un día, Clemente Terradán á su patrón, ¿sabe que lo voy á dejar?

—¡Oh! ¿y por qué? ¿estás mal aquí? si es cuestión de sueldo, nos podemos arreglar.

—No, señor; es que entro de acopiador habilitado con don Juan Antonio Martínez.»

Y cuando el estanciero le hubo entregado varios meses de sueldo que había dejado acumularse, Clemente, su peon de ayer, hoy comerciante, le ofreció comprar el cuerambre del establecimiento; el precio era razonable; se discutió, y trataron. *Don Clemente*, por un momento, pasó á ser casi el patrón, pues era él que pagaba.

XXX

EN VIAJE

Fortunato Lucero, hijo de un capataz de campo y de la cocinera de los peones, se había criado en la estancia, gateando entre las patas de los caballos, con los demás cachorros, con quienes compartía los rebencazos paternos y los fondos de olla, huesos de puchero y sopa de arroz enfriada, entregados por la madre, para que les dieran entre todos, una limpia preliminar. Y sin haber dejado nunca el establecimiento, á los treinta años, era el capataz de más confianza que tenía el patrón, para salir á los apartes ó traer alguna hacienda; pero nunca había subido en un tren, ni se le ocurría que jamas le pudiese esto suceder.

Lo había visto pasar á menudo; y, desde tres años que existía la estación, en el campo lin-

dero, una que otra vez, había llegado á curiosear y ver de cerca al mónstruo, pero no le entraban mayores deseos de entregarle el bulto. Le tenía más fe á su tropilla de picazos.

Y hete aquí, que una tarde, el mayordomo, en vez de darle las órdenes en la forma acostumbrada, le lee un telegrama del patrón, ordenando que por el primer tren, fuera á la estación Angélica, donde encontraría caballos, para ir á recibir una hacienda, y traerla.

El mayordomo explicó á Fortunato que tenía que embarcarse á las siete de la mañana, y que á las tres, estaría en su destino. Le dió plata para el viaje, y lo dejó sumido en la secreta é infantil emoción que hacía nacer en él la idea de ir, por primera vez, por ferrocarril, en vez de ir por tierra, como solía decir.

Nadie, porsupuesto, lo supo nunca; pero Fortunato durmió mal, esa noche, entre sueños intrincados, en que su tropilla, ora era perseguida por el tren, ora lo arreaba, hasta que después de haber ensillado él, la locomotora con su recado, se sintió arrebatado con velocidad infernal, en medio de vapores espesos y de ruidos de trueno, hacia campos desconocidos, donde se encontró con una chinita lo más atenta, que le decía llamarse Angélica.

Y á las siete, subió en el vagón, con su recado

bien acomodado, entregándose, con recelosa resignación, á su suerte. Pronto vió que el diablo no era tan negro como á sí mismo se lo había pintado. La mañana era fresca; el tren iba ligero, haciendo desfilar con rapidez, bajo sus ojos, los campos de su pago, que conocía palmo á palmo, y algunos trozos de las haciendas vecinas de la estancia, tantas veces revisadas.

Miraba por las ventanillas, con esa atención, rápidamente escudriñadora, del hombre acostumbrado á extender la vista en dilatados horizontes, anotando sin pensar, en su memoria, por ese solo instinto que da el desierto, y comparando entre sí, los mínimos detalles de los campos que atravesaba: la posición y la forma de un rancho, de un monte, de una laguna.

Se estremeció, al cruzar el tren, con fragor, un cañadón, y se admiró que hubieran hecho semejante puente de fierro para pasar un poco de agua, que no alcanzaba á la rodilla de un caballo.

Con extrañeza, veía el alambre del telégrafo bajar y subir continuamente, entre los postes que lo sostenían. ¡Y estos postes! ¿de dónde los habrían traído? pues en esta parte de la pampa, por donde cruzaba el tren, no había montes. ¡Qué torcidos eran! parecía que los hubieran elejido adrede, para la risa. Unos, doblando la

cabeza, fingían hacer estupendos esfuerzos para sostener sus dos aisladores y los cuatro hilos; otros, ondulados de los pies á la cabeza, se retorcían, como de dolor; ¿sería por las quemaduras de que eran cubiertos? algunos parecían bailar, ó quizás tratarían de sacar los pies del agua, en que los habían plantado; estos daban vuelta para arriba el pescuezo, como para mirar al ave de rapiña asentada en su punta, carancho ó gavilán, chimango ó águila. Y ni la vaca que en ellos se refregaba, ni las críticas de Fortunato, atajaban, en su marcha de relámpago, las noticias, buenas ó malas, importantes ó nímias, comerciales ó políticas, que, por el hilo, sin cesar, silenciosamente vuelan.

El sol, mientras tanto, subía, y empezaba á calentar de veras el techo del vagón, y los herrajes y la vía, cuya reverberación, á su vez, calentaba el piso del coche, de modo que ya se viajaba como pan á medio cocer, en un horno ambulante.

Y Fortunato encontraba que no era nada el calor del sol, en el rodeo, comparado con él que se sentía en esa caja, llena de viajeros, de humo, de olores y de una tierra tan espesa que había que cerrar las ventanillas y ahogarse por falta de aire, para no ahogarse con ella.

Quiso echar un sueñito. Pero, vaya, con ese

calor, no se puede dormir, y volvió á mirar el campo, aburrido, y con muchas ganas de tomar un mate.

En este momento, unos italianos que iban á hacer la cosecha en el norte, sacaron de las *lingheras*, salame, pan, cebollas y vino. Fortunato, gaucho imprevisor, que viajaba sin una galleta, siquiera, acostumbrado á encontrar, siempre y en todas partes, el pedazo de pan que necesitaba para conservar el vigor nervioso y la elegante delgadez de su sobrio cuerpo de jinete, dejó, á pesar suyo, deslizarze sobre las apetitosas vituallas, una mirada de envidia.

Y los italianos, al verlo tan marchito, y tan desprovisto de todo; contentos, por otra parte, de tener un pretexto para entablar relaciones amistosas con gente del país, como deseosos de hacerse perdonar por el gaucho, á quien bien comprenden que, por pacífica y humilde que sea su invasión, lo van despojando, poco á poco, del beneficio de la vida de abundancia y de pereza pastoril, que hasta hoy ha llevado, fraternalmente, ofrecieron de comer al paisano.

Fortunato, que se hubiera dejado morir de hambre, antes de pedirles un bocado, aceptó sin cumplimiento, y dejó á los italianos convencidos de que si el gaucho es sufrido y sabe pasarlo sin

comer, también, cuando se ofrece, le sabe pegar fuerte.

Y las horas pasaban, monótonas, rodando el tren por la solitaria llanura, cruzando campos bajos que verdean, cañadones que relumbran, pajonales que esperan el arado, trigales dorados que esperan la segadora, alfalfares de esmeralda, muestras de la Pampa del porvenir, y médanos áridos, recuerdos de la Pampa prehistórica.

Se seguían las estaciones, iguales, de construcción uniforme, con sus nombres de santos, de guerreros de la Independencia, de generales de fronteras, de estadistas y de politiqueros, de sabios, de literatos y de personajes nacionales y extranjeros, de ingleses promotores de la línea, de antiguos propietarios y de efímeros especuladores, de vencedores y de vencidos de las luchas políticas, de astrónomos célebres que han pasado su vida, contando estrellas, y de modestos estancieros que pasaron la suya, contando ovejas, de hombres que no han sido más que ricos, y de hombres que no han sido más que útiles, con apellidos ásperos de caciques indios, ó con graciosos nombres de niñas cristianas.

Entre las estaciones, algunas habían prosperado de modo inaudito, viéndose en pocos años,

rodeadas de una verdadera ciudad; otras habían quedado estaciones no más, y la suerte ciega, muchas veces, había permitido que creciera hasta volverse pueblo, justamente la estación que llevaba el apellido de un hombre chiquitito, dejando chiquitita, la estación coronada de algún nombre glorioso.

De repente silbó fuerte la locomotora, y el tren casi se paró, echando bufidos como mancarrón asustado. «¿Habrá visto algún tigre?» y el amigo Fortunato, apretando el sombrero con la mano, se estira por la ventanilla, para ver lo que pasa.

Pasa que la vía no está todavía alambrada, que los vecinos cuidan mal, y que á una vaca flaca que se estaba calentando los huesos en la misma vía, la alzó el miriñaque de la locomotora y la volcó en la zanja, hecha una bolsa de huesos.

«¡Pobre vieja!» dijo Fortunato; y viendo que cuatro yeguas, ahora, iban troteando entre los rieles, como arreadas por la máquina, sin que se les ocurriese bajar del terraplén, se agitaba el hombre, se desesperaba; gritándoles que no fueran sonsas, hasta que también cayó una, víctima del apuro humano.

Y medio kilómetro más allá, fué toda una majada de ovejas, que empezó á disparar, si-

guiéndose locamente, deshilándose por delante del tren, en forma de arco, hasta que la locomotora la cortó por lo más delgado, matando media docena.

Pero, ya, pronto iba á llegar Fortunato á Angélica, y le faltaban ganas y tiempo para protestar contra las crueldades de esta huella sin pantanos, tan recta y corta, que va buscando poblaciones viejas, y sembrando por el camino tantas otras nuevas. Sobre todo que estaba muy ocupado en mirar á un muchacho que, á todo correr y castigando el caballo, no podía igualar la marcha del tren, á pesar de haber sido ya aminorada, y calculó con asombro, que en ocho horas, había hecho, sin reventar mancarrones, al rededor de treinta leguas. Tuvo que confesar, riéndose, á sus nuevos amigos, los italianos, que el ferrocarril es una linda invención, y que los gringos que viajan en él no son mala gente.

XXXI

DIA DE REUNIÓN

Don Manuel Fulanez, dueño de la «Colorada» no sabía ya que hacer para desviar hacia su casa de negocio, la corriente poderosa de clientes de la acreditada pulpería, la «Nueva Esperanza».

En vano, para tratar de amansarlos, había usado de todas las armas conocidas del oficio: les había comprado los frutos, á precios disparatados, ofreciéndoles, en cambio, el azúcar, á diez centavos menos de lo que le costaba en plaza.

Todo lo que había conseguido era de haber dado libreta á los que rechazaba el competidor, una punta de atorrantes, metedores de clavos; y, triste, comparaba su palenque desierto con el de don Juan Antonio Martínez, cu-

yos doce postes, en hilera, bastaban apenas para la mancarronada.

Salió un rato al patio, dando vueltas, juntando con el mingo, las ocho bochas desparramadas; alzó una botella vacía, tirada por algún mamado; de un puntapié, hizo rodar á la zanja, una caja vacía de sardinas, resto del almuerzo de algún pasajero, y recostado en el alambrado, aspirando con fuerza el aire vivificante de la Pampa, para limpiar sus pulmones del polvo de los estantes, hediondo á tejido engomado y á aguardiente adulterado, cavilaba en los medios de domar la Fortuna.

Cayó, al rato, su vista en la cancha de carreras, dos líneas paralelas, trazadas con la pala, entre el pasto, á tres ó cuatro metros de distancia una de otra, y casi tapadas ya, por falta de uso; y una luz genial alumbró los repliegues de su cerebro mercantil, momentáneamente obscurecidos por la mala suerte.

Quince días después, un domingo, por la mañana, cuando don Manuel abrió las puertas del negocio, vió, con una sonrisa de victoria, los caballos ensillados, atados, en número crecido, á pesar de la hora temprana, no sólo en el palenque, sino también á lo largo del alambrado. Una tienda de campaña, formada de un pedazo de arpillera tendido en las varas

empinadas de un carrito, indicaba que hasta pasteleras habían venido de lejos, prueba evidente de que sería todo un éxito la reunión.

Y por las puertas apenas abiertas del boliche, se precipitó la gente, pidiendo copas, y galleta, y tarros de café, y cigarros, y tabaco, y fósforos, y esto, y el otro, en medio de alegre algazara.

Don Manuel y sus dependientes se movían, activos, y despachaban, atentos á recibir los pesos al entregar lo pedido, pues, en día de reunión, no hay fiado.

Nunca, todavía, se había visto tanta gente junta en la casa; y se oía el choque seco de las bolas del billar, y el rodar de las bochas en la cancha, y después de cada partido, era, en el despacho, una invasión de los jugadores que venían á hacer pagar á los vencidos los gastos de la guerra.

No había tiempo de cerrar el cajón; los centavos y los pesos iban cayendo, que era una bendición; y cuando vino la hora en que los estómagos empiezan á reclamar la protección de sus amos, bajaron de los estantes las cajas de sardinas, de calamares en su tinta, de pimientos morrones, y otros productos europeos, conservados en latas para la exportación, mientras que, en papeles de estraza, se pesaban pa-

sas de higo y pasas de uva, almendras y nueces, tajadas de queso, de dulce y de salame, á montones. Los dependientes corrían de la pipa del carlón á la cuarterola del vino seco, y de la damajuana de la caña al barril del coñac, sin tener el tiempo siquiera de lavar los vasos.

La alegría iba subiendo de tono; las conversaciones se hacían más bulliciosas; las ponderaciones al picazo ó al zaino se exageraban, y ya, sólo á gritos, se podía imponer al prójimo la convicción de que ese ó el otro iba á ganar.

A las dos en punto, empezaron las partidas de la carrera principal, objeto y pretexto de la reunión; el mostrador quedó desierto, y toda la gente se fué á juntar en la cancha: las apuestas se cruzaron, y hubo un momento largo de gran bullicio, de gritos, de llamadas; hasta que de repente, corrió la voz: «¡Ya se vienen!» quedando todo en silencio ansioso, por un instante, durante el cual no se oyó más que el estrépito de la carrera, seguido pronto de los gritos desaforados que siempre acompañan la llegada á la raya.

Los rayeros eran gente formal; no hubo discusiones; entregaron el dinero al dueño de la carrera, y la gente, cada vez más excitada, volvió á la pulpería, á vaciar copas, á charlar, á

discutir, fumando, riéndose, comiendo pasas y gastando la plata con liberalidad criolla.

Discretamente, se inició el partido de taba; y, poco á poco, empezó la vorágine del juego á poner en movimiento pesos y más pesos.

Se principia entre dos risas, por apostar cincuenta centavos al que tira ó al que no, y se sigue, un poco más fuerte, cada vez, por amor propio, por despecho de haber perdido, por ganas de recuperar, por ambición de ganar más, y èl coimero, hombre vivo, con apariencia muy seria, sabe atizar el fuego:

—«¿Vamos á ver, don Servando, qué hace? ¡Qué había sido miedoso!»

Y el gaucho que tiene en mano la taba, en postura de tirar, la mira, callado, la hace dar vueltas al aire, tentadora; extiende el brazo, lo retrae, listo ya, pero sin apuro, esperando que don Servando se decida, y por fin, lo envuelve á este, con una mirada suave como terciopelo, fascinadora, y don Servando, tomando su resolución, como la toma el pájaro, al dejarse caer en las fauces de la serpiente:

—«¡Cinco alque tira! dijo.» Y ganó.

Y jugó diez, y jugó veinte, y jugó cien, y perdió, y ganó, y sin saber lo que hacía, jugó lo que tenía, sin contar; se empeñó, pidió prestado al pulpero, le dió sus vaquitas en garantía;

volvió á jugar, á ganar, á perder, tomó muchas copas, él, hombre sobrio, hombre de familia, blanqueando en canas, ordenado, que había formado su haber á fuerza de trabajo; y, despues de la taba, hasta altas horas de la noche, quedó, febriciento, ciego, parado cerca del billar, al lado del coimero, jugando locamente al choclón; hasta que abombado, cansado, ébrio, arruinado como por un temporal repentino, fué á desatar del palenque su caballo, y se retiró.

La vorágine sigue dando vuelta. Los pesos de don Servando ruedan en ella, trayendo otros, y otros, y de todos los bolsillos van saliendo, cada vez más apurados, cada vez en mayor número.

Pero el dinero sacado del tirador para el juego, no vuelve al tirador; cambia ligero de manos, y al pasar de una á otra, siempre algo se resbala de la punta del torbellón, para el cajón de don Manuel Fulanez y de su coimero; hasta que, vacíos todos los tiradores y lleno el cajón, se acabe la reunión.

XXXII

LAS ADMIRACIONES DE TOMASITO

Don Tomás llamó á Tomasito y le dijo, con tono enfático, estas palabras: « Mira, hijo; el señor te va á enseñar á leer y á escribir. Anda con él al comedor, que allí darán la clase.» Y Tomasito, con su aire de zorrito, sin decir palabra, entró en el comedor, seguido del maestro.

Tomasito, en la ingenuidad de sus diez años, era bastante predispuesto á la admiración; pero si bien la concedía, sin reserva, á ciertas cosas, á otras, se la negaba rotundamente, y en vano se hubieran empeñado en hacerlo extasiar, donde él no veía más que motivos de crítica, de burla ó de desprecio.

Bien había comprendido que su padre, penetrado de la necesidad de dar á sus hijos una instrucción, que á él nadie le había podido pro-

porcionar, exigía tácitamente para este dispensador de la ciencia, un respeto incondicional.

Pero, aunque lo hubiera querido, ¿cómo hacer entrar en su mentecita gaucha, consideración alguna, para un hombre que había llegado á pie á la casa paterna? ¡á pie! señor, ¡en el campo! Pero ni los turcos que van de rancho en rancho, para vender espejitos á diez centavos, ó boquillas de hueso y cuchillitos, de esos que se cierran, dejan de tener un caballo, siquiera, para cargar con las cajas; y si no se atreven á montarlo, por lo menos lo arrean.

Tomasito era inteligente, y aprendió con facilidad lo que el maestro le enseñó: primero las letras, y después á juntarlas, y en fin á leer correctamente y á escribir y á contar; y se empezó á considerar algo superior al maestro, ya que el podía aprender lo que éste sabía, mientras él ni siquiera era capaz de bolear una gallina, con boleadoras de carne.

Una vez, Tomasito se lo había querido enseñar; pero el maestro se había cansado sin poderlo conseguir.

¡Qué! ¡un fracaso! Hasta de á pie, había sido chambón, el hombre.

El primo Atanasio, ese sí, merecía la admiración del muchacho.

Era un gaucho alto y fortacho, de tez morena,

que siempre andaba de chiripá y de bota de potro, con las boleadoras en la cintura y una cuchilla; pero una cuchilla que al que sólo le mirase el filo de frente, era capaz de cortarle la vista. Y daba gusto andar con él, recorriendo el campo, para recoger la hacienda. A los gritos que pegaba: « ¡ Vaacaa ! chuá, chuá, chuá ! » se venían los animales disparando para el rodeo, apurados por los perros que les ladraban, mordiéndoles el garrón, ó prendiéndoseles de la cola, ó atajándolos de frente, y esquivando los torpes cornazos que les tiraban las vacas enojadas. ¡ Qué lindo andar galopando por detrás, en su petizo, con el primo Atanasio y gritar como él : « ¡ Chuá, chuá, chuááá ! »

Algunas veces, el tropel de la hacienda hacía levantar un avestruz asustado, que después de dos ó tres rápidos dengues, echaba á correr, al trote largo, con las alitas emplumadas, infladas al aire, desafiando al mismo Pampero.

Descuidate, no más, Churri, que aquí está Atanasio. Y éste, espoleando el redomón, tratando, con una vuelta, de enderezar el avestruz al viento, desataba, galopando, las avestruceras, y llegado á tiro, las empezaba á revolear, hasta que, á cien varas, las soltaba, y, chiflando, iban las dos bolas de metal, á enredar irremisiblemente su trenza fina en las patas largas del pobre animal.

A veces, no dejaba de disparar también algún charabón que Tomasito, siguiéndolo con el petizo, en las mil vueltas locas que daba, acababa por agarrar, encerrándolo, después, en un cajón, donde, todo el día, hacía oír su silbido triste y monótono, desgarrador.

Esas eran las cosas que Tomasito admiraba, y no los libros, aunque viniesen con láminas.

Un caballo guapo ó bien amansado, capaz de galopar veinte leguas, sin resuello, ó de voltear un novillo de una pechada, también le infundía respeto. Se entusiasmaba por un pial lindo, y él también, á acertar alguno, dedicaba una constancia, un ardor, que nunca hubiera desplegado para resolver los problemas sencillos que le dictaba el maestro.

A su padrino, don Martín, un buen vasco de la vecindad, tampoco le mezquinaba su aprecio; pues cuando venía á la estancia, llamado por el compadre, para algún trabajo de fuerza, como componer el alambrado, ó hacer la parva, ó cavar un jagüel, se quedaba Tomasito, las horas, mirándolo trabajar, con pretexto de alcanzarle las herramientas. Y cuando el macizo pico de acero, levantado por los brazos hercúleos del vasco, estirados en escultural esfuerzo, volvía á caer, casi extrañaba el muchacho,

que alcanzase á rebotar, en vez de hundirse hasta el cabo, en la tosca despedazada.

¡Era lindo! pero, cuando hablaba con los demás chicuelos de su tío Juan, el domador, entonces le faltaban las palabras para ponderar sus hazañas, y sólo alcanzaba á decir: «¡Ese sí que es hombre!»

Le hubiera dado la palma, á no ser su admiración más irresistible aún para don Manuel Zelaya; ¡ah! cuando éste, de visita en la estancia, empezaba, después de templar la guitarra, á echar al cielo esas hermosas notas agudas, que salidas de las narices, desgarraban el tímpano, celebrando las virtudes de don Tomás y su hospitalidad generosa, el muchacho quedaba pasmado, embelesado. La boca abierta, los ojos como patacones, entraba en éxtasis, absorbiendo, conmovido, cada vibración del canto, dejándose arrebatar el alma en poéticos sueños.

El toro de cinco mil pesos, que el patrón acababa de mandar por el tren, era un lindo animal, y don Tomás, el padre, mayordomo del establecimiento, cuando lo fué á recibir á la estación, sentenciosamente se lo había hecho notar á Tomasito, su hijo, y éste lo admiraba, ya que se lo mandaban así: pero, lo que, en realidad, más le llamaba la atención, era lo elevado del precio que representaba esa bestia. ¡Cinco mil pesos!

¡que montón de plata! y su imaginación infantil trataba de hacerse una idea de lo que podía ser semejante cantidad.

Lo mismo, más ó menos experimentaba,—aunque sea mala la comparación,—cuando venía el mismo patrón, de paseo á la estancia, y que se escondía él, detrás de un sauce, arriesgando, de vez en cuando, una ojeadita, para contemplar la cara de ese hombre, que le habían dicho que era tan rico, y que poseía cinco estancias! y su asombro, si bien no encerraba un gran caudal de simpatía, por lo menos, era lo más exento de todo sentimiento vil de envidia ó de odio.

Lo más natural era para él, como lo era para su padre, y para el último peón criollo de la estancia, que un hombre fuera muy rico y que otros no tuvieran nada: pues es edad afortunada, la niñez, tanto la de los hombres como la de los pueblos, en que la envidia no enturbia aún la sinceridad de la admiración, y en que la pobreza es tan llevadera que puede soportar, indiferente, el resplandor de la opulencia.

XXXIII

TROPA DE CARRETAS

La lana está apilada, desde dos meses, en el galpón de la estancia, y los acopiadores han andado dando vueltas, tanteándolo á don Matías, ofreciéndole precios liberales; pero don Matías ha quedado inquebrantable en su resolución de mandar, como siempre, su lana á plaza, y de un día al otro, espera la tropa de carretas de don Bernardo Zurutuá.

El ferrocarril llega ya al Azul, y podría hacer don Matías, como muchos otros: mandar su lana enlienzada, en carros de caballos, hasta la estación, para cargarla allí en los vagones; pues así, en menos de ocho días—¡si, señor!—á veces, está la lana en Constitución. Pero á don Matías le gustan poco todas esas cosas nuevas. Con el ferrocarril y los carros de caballos, dice que la

lana corre muchos peligros: primero, que para ponerla en los lienzos, se desatan á menudo vellones y se ensucian; la lana pierde en su condición y en su peso; después, los carros al llegar al Azul, tienen que esperar vagones, semanas enteras; si se deposita la lana, hay que pagar almacenaje; si no se deposita, hay que pagar estadía. En los vagones, estropean los lienzos y la lana; el viaje dura lo mismo un mes que ocho días; en el mercado Constitución, los depósitos están atestados de pilas; cobran una barbaridad por el depósito, y los compradores hacen lo que quieren, porque la lana ha perdido toda su vista, y que ellos aprovechan. Si todavía, en el flete, hubiera ventaja, pero ¿cuándo? No; nada de tren y vengan las carretas, las carretas de bueyes, lentas, es cierto, pero seguras, que conservan á la lana toda su vista. Echarán dos meses, puede ser, pero ¿qué importa? no le corre prisa por los pesos á don Matías, y los precios quizás suban.

Y quince días después, ó quizás un mes, surgieron en el horizonte altas siluetas, recortadas sobre el límpido cielo crepuscular del otoño, las ocho carretas de don Bernardo Zurutuá, en larga procesión, majestuosas, en la solemne lentitud de la marcha acompasada de sus bueyes graves. Los collares anchos vienen carga-

dos de campanillas que, con su tintirintín melodioso, acompañan el canto de los boyeros, sentados en el pértigo; las paredes de las carretas, pintadas con colores llamativos como los de un juego de barajas, llevan el ingenuo lema: «soy de Bernardo Zurutuá» y de la lanza del techo, cuelgan los adornos de perlas multicoloras que, por su complicación, revelan cuán largas son las horas de ocio del tropero.

Don Bernardo Zurutuá, que viene sentado en la primera carreta, ha pegado el grito de ¡alto! á sus bueyes, y estos, sentándose, se han detenido. Don Matías se adelantó hasta el palenque, á recibir al tropero, conocido viejo, que desde muchos años, lo tiene de cliente fiel; y mientras pasan ambos á tomar mate y á charlar, una por una, vienen llegando y se paran las otras carretas, en dos líneas bien rectas.

Pronto, los bueyes, desuncidos, son llevados á la aguada por uno de los peones; han traído carne de las casas, el fuego ya crepita, el asador se para, la olla se llena, se ceba el mate, y no deja de hacer ya bordonear sordamente la guitarra, un aficionado empedernido, de quien la música apacigua el hambre.

Es oficio aquerenciador el de tropero: la carreta es para él, como el buque para el marinero, el hogar que, siempre y en todas partes,

lo sigue, lo lleva. Largos son y muchos sus días de reposo, pero también tiene sus horas de recio trabajo, de enérgico empeño, de labor seguida y constante, de sufrimientos y de penurias.

Los cañadones son, á veces, anchos y pantanosos, los arroyos hondos y barrancosos, y si trabajan fuerte los bueyes en ellos, tampoco descansan mucho los boyeros, á picanazos y gritos, salpicados y mojados; siempre aguijoneados por la inquietud de ver encajarse ó volcarse la carreta.

«¡Chicôo! ¡Lindôo! ¡Palomôo!» Y picanean con rabia, haciendo retumbar, en la llanura, juramentos tan enérgicamente sonoros y tan poderosamente expresivos que parecen con ellos, soliviar la rueda, enderezar la carreta que bambolea, é impedir la catástrofe.

Se cargaron las ocho carretas. Hacía mucho calor y fué obra de cuatro días de rudo y penoso trabajo, el pisar bien y acomodar la lana, vellón por vellón, en esas cajas angostas, cubiertas de un zinc que quema. Y con los cueros de potro mojados, se prepararon los buches de atrás y de adelante, que se tragan arrobas y más arrobas, hasta quedar retobados como un tercio de yerba.

Por una mañana preciosa, alegre, sonó el gri-

to: «¡A uncir, muchachos!» y las largas coyundas de cuero fijaron con sus repetidas y simétricas vueltas, los yugos encorvados en la sumisa frente de los bueyes; y una vez todo listo, empezó el largo desfile de las moles, enormes ahora y pesadas, arrancada, una tras otra, por el esfuerzo poderoso de sus cuatro yuntas, estirándose, como para reventar, los largos tiros de cuero crudo, en un crugir inquietante de las ruedas en los ejes, suavizado por el melodioso tintirintín de las campanillas.

Don Matías queda, mucho rato, recostado en la tranquera, contemplando la tropa que se va perdiendo en los vapores de la lontananza, cual escuadrilla en el mar, y mentalmente calcula cuanto le producirá la lana. Los peones, sentados en el pértigo, picanean y gritan, apurando los bueyes; tratarán de llegar pronto al término del viaje, la plaza Constitución, al rededor de la cual, una vez llevados los bueyes á alguna chacra, y libres de toda preocupación, podrán encontrar los mil medios paradisiacos de gastar su plata, con que sueñan voluptuosamente, durante el largo viaje de la vuelta, los marineros, en el mar, el boyero, en el camino. ¿Alcanzarán para saciar sus deseos sobrexcitados por larga privación, los boliches, garitos y

fondines, con sus despachos de bebidas, de azar y de amor?

Don Bernardo Zurutuá, él, fuma melancólicamente: no se acuerda siquiera de suputar cuanto importará el flete de su carga, ni de repasar en su memoria la lista de los almacenes por mayor que le han prometido flete para sus clientes de la campaña. En pensamientos más graves está absorto: la Municipalidad de Buenos Aires ha decretado la clausura del mercado de la plaza Constitución, y este será probablemente el último viaje que, con su tropa, pueda hacer á la ciudad. El mundo, para don Bernardo, se está estremeciendo en sus bases: piensa con tristeza en lo que será de él, cuando, vendidos los bueyes, podrirán lentamente las ocho carretas, que son parte de su vida; dirije á los ferrocarriles destructores de su industria secular, maldiciones enérgicas, y asegura, convencido, que «se acabó la América».

XXXIV

LAS TRES HORAS DEL DÍA

Los gallos han cantado; del fondo del galpón, donde duermen los carneros, ha salido el cocorico ronco, rezongón, acatarrado del gallo más viejo de la estancia; y de todas partes, le han contestado los cocoricos vibrantes de todos los gallos diseminados por el monte; sonando como clarines, dianas alegres, unos, ó retumbantes como trompetas de victoria; como de voz adormecida, otros, vacilante y cabeceando, en titubeos de sueño; algunos, tartamudeados por pichones que también quieren ser gallos; cruzándose, llamándose, incitándose unos á otros, como apostando á quién cante el último; y sería cosa de nunca acabar, si el gallo viejo no volviese á llamar á sosiego, con su voz grave. Se calma el bullicio, y parece más silenciosa la

noche... Impaciente, volvió á tocar dianas, un gallo joven, por la segunda vez; y aunque afirme el viejo que todavía no es hora, estridentes y precipitados, se vuelven á cruzar los cantos, contestándose sin cesar, del galpón al monte, de los techos á los árboles.

Una puerta se abre; reluce un fósforo, y en la luz fugitiva aparece, por un momento, la figura, envuelta en pañuelos, de un hombre emponchado, que prende el cigarro; al rato chilla en la obscuridad, la cadena del pozo. Se oye en el corral el ruido que, al rumiar, hacen las ovejas; y un caballo atado en el patio, hace crujir entre los dientes, restos de alfalfa seca. El horizonte se va poniendo vagamente blancuzco. Las estrellas, una por una, se apagan; las nubes matutinas se estrían en largas rayas, pintadas de todos colores y alumbradas de abajo por la divina lámpara oculta; los objetos vuelven á tomar su color, y de nuevo estalla el discordante concierto de las cien voces alegres, celebrando la cotidiana resurrección de la naturaleza.

Resopla el caballo, al ver que se le viene acercando el amo, con el pesado recado. Los perros bostezan, se sacuden, se estiran; y antes que haya asomado el sol, en el horizonte, el gaucho recorre con ellos la llanura, adivinando en las últimas sombras de la noche vencida, en los

primeros albores matutinos, los caballos que busca, y á los cuales ya relinchó el pingo en que galopa. El tiritón pasajero con que recompensa á sus admiradores, el sol naciente, les hace más intenso el placer de sentirse poco á poco empapados en luz y en calor.

*
* *

Ha subido majestuosamente el astro radiante, bebiendo á traguitos el rocío, con sus rayos; ahuyentó las tinieblas, y en ellas arrolló á las alimañas errantes que entre ellas viven, vergonzosas y dañinas; espantó las pesadillas, el frío, la muerte en acecho. Renace la vida: de los corrales han salido las majadas; la sonoridad matutina del campo repercute los gritos de los peones que arrean las haciendas al rodeo, y con su clamoreo montan, al cielo, los balidos, en alegre rumor de vida exuberante.

Y mientras que en el campo, virilmente atareado, el hombre se entrega á sus violentas faenas, la mujer, en las casas, se conforma con desempeñar el único y exquisito papel, grandioso en su sencillez, que parece haberle confiado la naturaleza, de criar sus hijos y de hacerse amar, dedicando sus afanes á preparar lo que, después del rudo trabajo, pueda reparar las

fuerzas exhaustas del esposo y proporcionarle momentos de voluptuosa quietud.

El sol, engreído quizás, por haber llegado tan alto, deja caer ahora sus rayos ardientes sobre la pampa desnuda. Atrae hacia sí los vapores del suelo, formando con ellos, en el horizonte, paisajes de ensueño, con grandes montes ilusorios que se reflejan en lagunas imaginarias. Las ovejas, cabizbajas, sacuden el hocico para espantar los gegenes, y la que recibe todo el sol en las costillas, se va, dando despacito vuelta al grupo compacto, para ponerse al reparo, dejando así desabrigada á otra que, pronto, también la sigue; y todas, incesantemente, se mueven y remolinean, fatigadas, caminando siempre en círculo, sin otro anhelo que de conseguir el alivio momentáneo de un poco de sombra.

Las casas están cerradas: las paredes arden, los techos de paja humean; todo trabajo es imposible y sólo se puede vivir inmóvil, y respirar donde no penetra el sol. Las gallinas, con el pico abierto y las alas levantadas, jadean.

Poco á poco, el sol va bajando; sus rayos oblícuos agrandan las sombras; la majada se extiende y vuelve á pacer; se ensillan los caballos, después que, á largos tragos, han tomado agua y se reanudan los trabajos de la mañana,

pero con menos empeño, y como si la siesta, en vez de reanimar las fuerzas, las hubiera disminuído.

Hasta que el sol, cansado, él también, de tan largo paseo, apura su retirada; suelta en grandes nubarrones blancos, orlados de oro y de seda violeta, ribeteados de anchas bandas anaranjadas y purpúreas, los vapores que á sí atrajo durante el día, y poco á poco, desaparece entre mil hermosos juegos de luz, dejando embelesado al hombre, maravillado de tanta hermosura.

Lá tierra se adormece; parece hundirse en la obscuridad creciente, con todo lo que lleva; las estrellas, silenciosamente, van saliendo. Los animales soñolientos entran despacio al corral y se echan; el gaucho desensilla.

Mañana será otro día.

XXXV

PRECURSORES

Un escocés, de cara colorada como un tomate, de genio alegre, decidor, muy acriollado, á pesar de su acento británico; quien siempre hubiera soñado con ir más lejos, si hubiese tenido la seguridad de encontrar allá el whisky especial que para él, se traía de la capital; un bearnés, cuyos ojos vivarachos discernían al momento, entre las vueltas de un negocio, donde estaba el clavo y donde la pichincha; dos vascos fornidos y bonachones, y unos cuantos criollos, porteños y provincianos, momentáneamente fijados con sus haciendas, en aquellos parajes, por algún capricho del destino, dispuestos todos ellos á internarse más, el día que surgiese el desconocido dueño del campo en que tenían sus animales, ó que se viniese á tupir demasiado la población,

eran los más asíduos clientes de don José Cuenca.

Este, pampa neto, vuelto, á los años, vestido de gente y bastante instruído,—como bagual buscando la querencia, después de amansado,—á los pagos ocupados antes, ó más bien dicho, recorridos por sus antepasados, y de los cuales lo había arrebatado la conquista, niño aún, había establecido una importante casa de negocio en aquellos despoblados confines de la civilización, donde el efímero dominio de cada choza era todo un condado, de varias leguas.

Hay hombres para quienes salir de la ciudad en la cual han nacido, aun para un paseo por las cercanías, es todo un asunto; que limitan sus aspiraciones geográficas á conocer la vereda de enfrente, y que se creerían perdidos si tuviesen que salir al campo.

Otros hay, al contrario, cuyos pulmones necesitan siempre más espacio, cuya vista requiere horizontes despejados y más extensos, siempre, que los que puede abarcar, y cuya actividad, en eterno movimiento, busca, con afán incansable, lo desconocido.

No es que siempre les guste la soledad y el silencio; no, pues el explorador, á más de pedir al desierto la satisfacción de la curiosidad peculiar de que está poseído, el gozo, realmente su-

premo, de ser el primero de los hombres civilizados en ver lugares ignotos; y la viril y noble emoción, poderosa hasta la opresión, de descubrir, entre los valles, algún lago escondido que sólo los pájaros del cielo hayan cruzado; de vadear un río todavía sin apuntar en los mapas; de turbar el silencio, hasta entonces inviolado, de alguna selva impenetrable, ó de poder dar un nombre á tal ó cual montaña ó cerro, también le pide la gloria, la fama, la admiración.

No le basta haber humillado por su presencia atrevida al lago misterioso, al río sin vadear, á la selva inviolada, á la montaña sin nombre; quiere que todos sepan que él ha sido el primero en pisar tal sitio.

De su conquista, no le queda generalmente nada más que la memoria de haberla hecho; ha corrido mil riesgos, arrostrado mil peligros, el hambre, la sed, los accidentes de todo género, las fieras y los salvajes, los enojos de la naturaleza y de los seres vivientes, sin buscar para sus trabajos, más compensación que la del aplauso, desdeñoso de los resultados materiales; pero el aplauso, lo busca, lo exije.

Muy diferente es el «pioneer», precursor también del trabajo, de la población y del progreso, pero cuya lucha tenaz con la Pampa indómita

tiene por objeto principal de obligarla á producir. Este no busca la fama; sus ambiciones no llegan á conquistar para la humanidad nuevos dominios; no lleva consigo instrumentos de observación, para tratar de enriquecer la ciencia con descubrimientos que podrían inmortalizar su nombre.

Tampoco le parece propio ir á internarse en regiones desprovistas de todo recurso, más allá de lo necesario para que los rebaños que lleva consigo y que le asegurarán la manutención, puedan pacer con holgura y aumentar sin reserva.

El que así se adelanta, también es hombre resuelto, valiente, dispuesto á arrostrar y á salvar los obstáculos de toda clase, con que se defiende el desierto contra los temerarios que le quieren arrancar sus secretos ó sus tesoros. Pero si sus vistas son más modestas, si demuestra menos entusiasmo, menos arrojo que el explorador, su valor es quizás de mejor temple, menos quebradizo, más resistente, más duradero.

El explorador asusta al desierto; el pioneer lo subyuga; el primero planta el hito, el otro abre las vías; aquel voltea la fiera, este la doma, la amansa, la domestica. Ambos gozan en su obra: febrilmente y violentamente, uno, como conquistador que vence y pasa, en las alas

de la victoria; el otro, saboreando despacio el inmenso placer de crear, imponiendo su dominación con serenidad, exigiendo del vencido el merecido tributo.

Y tales eran, en su ingenua audacia de simples pastores punteros, todos estos hombres venidos de tan distintas partes del orbe, á juntarse en el galpón de fierro y de madera que constituía la casa de negocio del pampa José Cuenca.

Así mismo, si se les hubiera preguntado cual era el motivo que más poderosamente los había impulsado á dejar toda clase de comodidades, para venir á vivir en ese semidesierto: si la ambición de acrecentar rápidamente sus rebaños, ó el amor á las aventuras, ó el atractivo de lo desconocido, ¿quién sabe si no hubieran podido contestar sencillamente que sólo las ganas de vivir á sus anchas, y la impaciencia de sentirse codeados?

XXXVI

EL GUACHO

— «¿Por dónde andará todavía ese hijo de perra?» gruñó don Ramón, apenas salido de su cuarto, después de la siesta; y mientras el capataz le contestaba por un ¿Quién sabe? poco comprometedor, doña Baldomera, la cocinera, se apresuró á decirle:

—«Señor, salió á repuntar los carneros.»

Refunfuñó don Ramón, pero quedó medio apaciguado por la piadosa mentira de la vieja; y ésta volvió á su cocina, añadiendo entre dientes: —« Si la madre fué perra, lástima que no seas el padre; los dos hubieran hecho buena yunta.»

Y mientras tanto, el guacho, por una hora, encontraba la vida buena y digna de ser vivida; su caballo escondido en la hondonada de un médano, estaba él en acecho, con su fiel com-

pañero, Baraja, un perro sin abolengo conocido, lo mismo que él, mirando ambos, sin moverse y sin respirar, la boca redonda de una cueva misteriosa, tratando de percibir cualquier ruido que de ella saliera. En la cueva había desaparecido un zorrino, perseguido por Baraja, y no era esa, presa de dejarla, así no más.

Pero pasaban las horas y el zorrino no se movía; el sol había bajado, y tampoco era cosa de arriesgar una paliza. Saltó á caballo, el muchacho, y dando vueltas entre las lomas, de modo que siempre le tapasen el bulto, apareció de repente á pie, tirando el mancarrón del cabestro, y arreando despacio los carneros, como después de haberlos pastoreado con la mayor vigilancia.

Lo retó, furioso, porsupuesto, don Ramón, por no haber estado en las casas, cuando lo había necesitado; pero, como lo hubiera retado lo mismo por no haber estado en el campo, si lo hubiera encontrado en las casas, no había más que aguantar y sufrir la tormenta, como lo sabía hacer el muchacho, con toda paciencia, aunque viniera con granizo.

Un día que el guacho, muy niño todavía, había cazado en una laguna cuatro patitos recién nacidos y los ofrecía á un vecino:—« Si tuvieran madre, le dijo éste, bien te los compraría, mu-

chacho; pero así, solos, se los comerán los gatos ó las comadrejas ».

Y el niño pensó que si él también tuviera madre, quizás recibiría menos palos y oiría más á menudo palabras de cariño, como esas que de lástima, le solía decir á veces doña Baldomera, la vieja cocinera.

Pero, aunque tratado como esclavo por el que se decía su tutor, poco se solía quejar, sufrido, como era, contendándose con buscar alivio á sus males en las escapadas, que con su fiel Baraja, podía hacer, entre los médanos, el monte ó los pajonales, aprovechando para ello algún descuido del tirano.

No siéndole permitido conversar con nadie, ni jugar con ningún muchacho, se había acercado á los animales; con Baraja, conversaba de veras; le contaba sus penas y le explicaba sus proyectos, y era de ver en los ojos del perro, y en los movimientos de su cola, como todo lo entendía perfectamente.

Juntando sus instintos y sus aptitudes, habían conseguido conocer las costumbres, mañas y modos de vivir de cuanto bicho existe en la Pampa, de tal modo que aquel al cuál habían echado los puntos, difícilmente les escapaba.

Ni al zorro, entonces, le lucían sus vivezas, ni al tero, sus gritos, ni al avestruz, sus den-

gues, ni al venado, su ligereza; ni con su desliz silencioso, ni con sus erguimientos enojados se salvaba la víbora, ni la perdiz, con su más completo arrasamiento. Bien podía la nutria echarse á nado, la vizcacha entrar en su cueva, disparar el peludo ó volar el cisne, todo era presa segura para las piernas ágiles, las diestras manos, el ojo certero del guacho. Su observación penetrante, su destreza infalible, su intrepidez, su paciencia á toda prueba, su energía indomable, su gran fuerza física, su sangre fría superior á toda sorpresa, su resolución rápida, inmediatamente puesta en acción, hubieran hecho de él, dirijidas por mano paterna, ó sólo cultivadas por el amor materno, todo un hombre. Bien lo decían sus grandes y hermosos ojos, donde también hubieran tenido su sitio la ternura y la bondad, si las crueldades de la vida no las hubieran ahuyentado para siempre.

Sucedió que una tarde, se dejó estar con Baraja, en el campo, algo más que de costumbre: captivado probablemente por las idas y venidas de toda una familia de cuises, que soñaba de tomar vivos; y cuando volvió á la estancia, de noche casi cerrada, se encontró en el palenque, con su verdugo esperándolo; y ni las suplicaciones del muchacho, ni las preces

de doña Baldomera, ni las miradas de humilde reprobación del capataz, impidieron la tormenta de resolverse en los hombros del guacho, en brutal lluvia de rebencazos. Baraja, primero, suplicó también con los ojos; pero, pronto, gruñió, enseñó los dientes, y al fin, se abalanzó y mordió en el brazo á don Ramón. Lo mordió poco, casi respetuosamente, como quien se vé obligado por las circunstancias, á llamar al orden á un superior.

Don Ramón dejó de castigar al chico, sacó el revólver y apuntó al perro; pero pensó quizás que no podía ser esto, para él, un simple caso de defensa propia, sino que se debía á semejante desacato de su autoridad suprema, la reparación de una ejecución en forma, y con calma aparente, se fué á su cuarto, tomó una escopeta, la cargó, y descerrajó al pobre Baraja los dos tiros, yéndose el perro á morir por allí, entre los yuyos de la quinta.

El muchacho lo siguió, besó con lágrimas su cabeza de amigo fiel, y volvió á las casas, envueltas ya en las tinieblas de la noche y en un silencio tan denso que parecía protesta contra la mala acción cometida. Don Ramón le mandó se quedase de plantón, toda la noche, al pie de su cama.

Cuando amaneció, el guacho, protegido con-

tra sus posibles perseguidores, por toda la astucia que le podía inspirar su ciencia profunda de las artimañas propias de los bichos de la llanura, había desaparecido, llevándose uno de los mejores caballos de la estancia; y el capataz encontró á don Ramón, muerto en su lecho, degollado.

A su llamada, vino doña Baldomera; y la vieja mujer, en presencia de ese cadáver, sacudida por tantas emociones, enjugándose los ojos con el delantal, sólo pudo murmurar, sollozando: «¡Pobre guacho!»

XXXVII

GENTE RICA

Don Enrique Pérez, llegado de su tierra, sin más capital que sus brazos y sus calidades nativas de amor al trabajo y de economía, había llegado, después de muchos años de empeño, á poseer una estancia importante, que él mismo administraba. Y la administraba con una rigidez y una parsimonia que, si bien le daban buen resultado, también pesaban fuertemente sobre los puesteros, peones y demás gente pobre sometida á su yugo de fierro.

Duro era para sí mismo, sin haber podido perder, con la fortuna, la costumbre de privarse de todo, contraída y profundamente arraigada en él, durante los años de pobreza y de lucha; pero más duro aún, porsupuesto, para los que todavía trataban de salir, ellos también, de su

estado precario, tarea que les hacía difícil la vigilancia de su avaricia quisquillosa. Les contaba los bocados, y ya que sólo la carne les daba, por ser el alimento más barato y más indispensable, la carne les mezquinaba, como para mantenerlos siempre en el estricto límite del hambre.

No comprendía, ignorante de toda ley moral, que el ser rico impone deberes más nobles y más sagrados que el de aumentar su riqueza; y al encontrar, días después de haberse ido un puestero cargado de familia, á quien había negado el suplemento que le pedía, de medio capón por semana, un pozo lleno de cueros podridos, ni un momento le cruzó por la mente la idea de que el verdadero culpable era él.

—« ¡Pero, mire, don Antonio, si son canallas!» exclamó, dirigiéndose al capataz que lo acompañaba; y éste, un buen gaucho, ya maduro y lleno de esa filosofía serena, que da la ausencia de toda clase de ambición, y que injustamente, porque no la entienden, tachan de cachaza los patrones, le contestó por un «¡caramba!» tan sin convicción, que, más que su conformidad, significaba que lo lindo, en este mundo, sería que los ricos también dejasen vivir á los pobres.

Y á la noche, después de la cena, en la cocina

de los peones, don Antonio, en voz baja, contó la cosa, y todos estuvieron contestes en que era bien merecido, y que realmente, son pocos los ricos que saben hacerse perdonar su fortuna.

El que no es avariento, tira la plata en pavadas, en cosas de puro lujo, y no piensa siquiera en mejorar en algo la triste vida del trabajador: al gaucho porque es gaucho, al gringo porque es gringo, lo desprecia, aunque bien se dé cuenta de las aptitudes peculiares de cada uno, y perfectamente sepa aprovecharlas. ¡Quién los ve! tan enceguecidos por la vanidad, tan campantes en sus fueros, mirando á la gente como si le fueran superiores, hablando de sí como de los únicos creadores de lo que hace su riqueza; y en vez de la admiración que se creen merecida, consiguiendo sólo hacerse objeto de odio y de risa.

Probablemente para evitar ese escollo, ó por haberse sentido, quizás, hecho de masa bastante inferior, se le ocurrió á don Fermín Zubirrúa, á medida que aumentaba su fortuna, acentuar más y más, en su persona y en su modo de vivir, las manifestaciones exteriores de la pobreza; á las aristocráticas compadradas y al orgullo relumbroso del que por demás ostenta su riqueza, opuso él la compadrada grosera, pero siquiera original, de empañar toscamente su propio or-

gullo en harapos, fingiendo ser un pobre, aunque poseyera millones. Y su gloria era poner de incógnito, frente á frente, en visitas inopinadas, su chiripá mugriento con el traje elegante de algún estanciero refinado.

Al tranco, se acerca al palenque de la peonada, un gaucho humilde, vestido pobremente, de chiripá descolorido y de manta de algodón, calzando alpargatas, y con un sombrero relavado, cuyo aspecto canta la larga y agitada vida. Sólo el caballo y los aperos indican que no es, el visitante, cualquier gaucho ruín.

—«¡Ave María!» dice, y lo convidan á bajarse. Hace rueda con los peones; toma mate con ellos, conversa un rato y pregunta tímidamente si se puede hablar con el patrón.

Y uno, que por la laya del individuo y por lo que ha oído contar, medio sospecha quien es, va á avisar al patrón, sin descubrir el secreto, prometiéndose gozar de la función.

El estanciero, después de haberle mandado decir que no necesita peón, al oir que insiste y viene á ver si le quieren comprar los novillos, manda que pase adelante:

—«¿Qué se le ofrece, amigo? le dice con aire protector y con el sombrero puesto.

—Buenas tardes, señor; contesta don Fermín, dándole vuelta entre los dedos al chamberguito

desteñido; venía á ver si me quería usted comprar unos novillitos que tengo.

—¿Para matadero ó para invernada?

—Para matadero, señor; están gordos, y como sé que usted manda tropas....

—¿Cuántos son? pregunta el estanciero, pues no me conviene molestarme por unos pocos animales.

—Tengo dos mil en una estancia, y tres mil en otra, señor, contesta con fingida sencillez, el fingido gaucho.»

Y experimenta satisfacción sin igual, al verse inmediatamente agasajado por el desdeñoso de hace un rato, quien comprendiendo que se las tiene con don Fermín Zubirrúa, conocido por su manía, se confunde en saludos y en atenciones.

Don Fermín goza; preferiría quizás, en el fondo, que adivinaran en él al millonario, á primera vista, á pesar de su vestimenta, pero bien sabe que es imposible, y de ello se consuela, al pensar que, si así lo adivinasen, creería él que estaban sobre aviso. Goza; se siente invadido, penetrado, hinchado por el orgullo recio y necio, inmenso y tonto, de haber sabido poner de relieve, sobre la pantalla obscura de su simulada pobreza, toda la brillantez de la fortuna de que lo saben dueño.

—«¡Cuánto valdré, piensa él, para que á pesar de mis harapos, me agasaje tanto ese dandy vanidoso!

—Tu plata es la que vale, compadrón,» piensa el huésped.

Y los gauchos, que desde lejos, están mirando, no atinan á comprender que ninguno de estos astros dorados por la suerte, y que tanto se empeñan en lucirse de algun modo, sepa dar en la tecla, dejando caer en el pobrerío, para que lo refleje en la pantalla de su agradecimiento, un rayo de su luz, en cualquier forma que sea.

XXXVIII

EL JAGÜEL

—«¡Caramba! esta vez, no hay mas remedio que arreglar el jagüel, y pronto; y pasado mañana, empezar á tirar agua.»

Así rumeaba don Anastasio Soleyro, al ver que todas las lagunas, en su campo, estaban secas y que se amontonaba la hacienda en cualquier charco barroso, para disputarse la poca agua turbia que allí quedaba.

Y á don Anastasio no le causaba ninguna gracia tener que emplear tiempo y dinero en tirar agua. ¡Tirar agua! ahí tienen palabras que suenan feo al oído del hacendado; trabajo fastidioso y gasto sin compensación; y no hay más que hacerlo, y ligero, para que no se desparrame la hacienda en los campos linderos.

Don Anastasio galopó hasta el jagüel, aban-

donado desde dos años, por no haberse necesitado, y vió que estaba bastante desmoronado, que los tres álamos que sostenían la roldana estaban todavía de pie, pero completamente podridos, y se fué para la estancia á hacerlo preparar todo.

Mandó avisar al vasco don Martín, para que viniese el día siguiente, sin falta, con el pico, á cavar el jagüel; hizo voltear tres álamos gruesos, de las hileras que cercaban la quinta; buscó en el galpón la soga de cuero crudo torcido que especialmente se reservaba para tirar agua; mandó atar el carro para llevar la represa y las bebederas de madera, que todavía estaban en regular estado, y un tarro de bleque, para pintarlas; cuatro postes y alambre para hacer un cerco que las protegiese; palas y demás herramientas. Pero constatando con dolor, que la manga, hecha de un cuero de potro, era ya completamente inservible, no vaciló; hizo traer la manada al corral, enlazó una yegua gorda y vieja, la degolló, y sin desdeñar de poner á un lado los matambres para adobarlos y hacer un asado, reservó la grasa, siempre tan útil para mil cosas; después, cortó el cuero, redondeándolo, para coserlo al rededor de la gran argolla de fierro, con las mismas lonjas que de él había sacado, de modo que el

pescuezo formase como un caño de embudo; llenando con pasto la manga así improvisada, para que, al secarse, no se fuera á encoger.

El día siguiente, el vasco, con dos peones, y la ayuda de un muchacho que, montado en un petizo, tiraba afuera la manga, limpió el jagüel, enderezó sus paredes, destapó las vertientes y lo ahondó, hasta darle más de un metro de agua.

En los dos años, durante los cuales han estado siempre con agua las lagunas, bien han podido las vacas olvidarse del jagüel; y así mismo, apenas el muchacho, con su petizo echándose sobre la cincha y haciendo fuerza, empezó á hacer chillar el eje mohoso de la roldana, cuando ya algunos animales viejos paran la cabeza y miran por ese lado.

Y al cesar, por un momento, el rechino de la roldana y del molinillo de la represa, cuando sordamente suena, al caer á manojos, el agua, que se desploma en catarata sobre la represa vacía, se paran más cabezas, como soñando, en su actual penuria, de regueros abundantes y límpidos, vertidos, á hora fija, en aquel mismo lugar.

Vuelve á hacerse oir el chillido de la roldana, y vuelve á caer la catarata, y el agua empieza á correr de la represa á las bebederas, con su can-

tito suave. Ya se acordaron los animales sedientos; no necesitan más llamada; uno por uno, todos, con lentitud, se vienen acercando, siguiendo paso á paso, la sendita vieja y casi borrada que lleva al jagüel.

El muchacho sigue yendo, viniendo, silencioso, en el petizo que hace fuerza; y monótono sigue el crujido del eje, seguido, al rato, por el estrepitoso derrame del agua en la represa.

Tímidas, se paran las vacas, como pidiendo permiso, como si dudasen que sea para ellas el agua que ahora sube en las bebederas, clara y limpia. Tanto ruido las asusta; vacilan; pero pronto se atreve una, estira el hocico, toca el agua, se echa atrás, vuelve y ahora bebe á grandes sorbos, sosegada y voluptuosamente, el agua sana, que para ella el hombre ha sabido sacar del seno de la tierra.

Las bebederas y la represa están llenas; el muchacho se apea y deja resollar el petizo, mirando la hacienda que tranquilamente bebe y, satisfecha, se retira á comer. De cuando en cuando, vuelve á tirar algunas baldeadas y descansa.

Pero, según se conoce, no faltarían clientes si se les dejara hacer. No todos los vecinos han tenido la precaución de don Anastasio, y también conocen la melodía del jagüel, sus animales

sedientos. Al trote largo, de otro campo, se viene una manada, con su padrillo al frente, las orejas paradas y relinchando, pidiendo ó exigiendo,—no se sabe,—su parte del festín. «Pues, señor, no faltaría más,» piensa el muchacho, y saltando en el petizo, les pega á los intrusos una corrida jefe.

—«¿Qué tal anda el jagüel, Pedro?» le pregunta al peoncito, don Anastasio, cuando viene á almorzar.

—Bien, patrón. Mana lindo, contesta Pedro; y toda la hacienda ha tomado agua á gusto.»

Don Anastasio Soleyro, con esta noticia, puede dormir tranquilo; las vacas se sostendrán; no hay peligro que se le vayan, y por fin, habrá gastado veinte pesos, entre todo.

A su vecino Demetrio, no le salió tan bien: tenía este seiscientas vacas, en campo arrendado, y como se le vencía la contrata á los dos meses, no quiso arreglar el jagüel. Trató más bien de vender las vacas; le ofrecieron diez y ocho pesos: le pareció sacrificio y quiso seguir esperando, pero siempre, sin tirar agua y tan bien esperó, que salvó los veinte pesos que esto le hubiera costado, pero tuvo que aceptar por las vacas enflaquecidas, diez y seis pesos, y ¡por suerte!

Así lo contó el mismo, ingenuamente, á don Anastasio, mientras este estaba viendo dar agua á su hacienda; y un hornero, que ya estaba edificando su nido en los palos del jagüel, al oir el cuento, no pudo contener la risa.

XXXIX

FUERON TOLDOS

Indicados en el medio de una zona como de ochenta leguas cuadradas de pampa, cuya venta decidió el gobierno, aparecen los «Jagüeles de Pincen.» Están marcados en el plano con tres manchitas azules que significan aguadas, y en la leyenda, vienen tan pomposamente descriptos por el rematador, que casi le sugieren al lector ideas de paraíso terrenal, de tierra fecundada por varias generaciones, y de asombrosa fertilidad. Y ¡cómo no! ya que Pincen, en otros tiempos, cacique sin rival en toda aquella comarca, eligió ese sitio para campamento de su tribu, no puede haber duda que reuna condiciones especiales: pastos inmejorables y agua dulce, por lo menos, pues Pincen, debía, mejor que nadie,

conocer los secretos de la Pampa y saber aprovecharlos.

Y el objeto ansiado del penoso viaje, fué de encontrar, cuanto antes, en la llanura, quemada por la persistente sequía, los famosos jagüeles de Pincen. Después de mucho andar, de cansar caballos, entre los sotrocos de esta tierra sin pisoteo, de perder el rumbo veinte veces, entre los escasos y mezquinos mojoncitos oficiales, de dudosas indicaciones, y escondidos entre las pajas, se acabó por encontrar, en la cuenca de un médano, tres pequeñas lagunas. No había, ni podía haber la menor duda: ahí era el antiguo sitio de las tolderías del cacique; y más que todo, lo confirmaba la presencia de innumerable cráneos y huesos de yeguas, quemados unos, muchos enteros, restos de festines pasados.

¡Pobre Pincen! Las rastros dejados en la pampa por su poderosa tribu, no dan gran idea de las delicias de su vida errante.

Y también establecieron los viajeros su carpa, donde habían sido toldos. El agua era poco abundante, pero dulce, y esto sólo era, para los caballos, un gran alivio, despues de las penurias de los días anteriores.

Donde ha habido toldería, siempre hay agua; y donde hay agua, forzosamente, la vegetación es algo menos pobre que en otras partes; pero si

el pasto no ha desaparecido para siempre de donde pisaron los indios, como decían que sucedía donde pisaba el caballo de Atila, tampoco ha crecido más tupido ni más refinado.

En su estadía secular, y siempre momentánea, de aborígenes nómadas, no han fecundado nada; nunca, de sus manos sangrientas, ha caído semilla que prospere, ni ha germinado, en todas esas frentes estrechas y bajas, más idea que repugnantes instintos de rapiña, de crueldad, y de hartadas bestialmente compensadoras de hambres acumuladas.

Sobre los ceñudos arcos de sus ojos oblícuos, pesaba también el instintivo recelo de la fiera que siempre se siente amenazada, hasta en los recovecos de su guarida; y fácilmente se adivina que así era, pues de los toldos de Pincen, aunque fueran disimulados en un hueco, se podía divisar, por pequeñas abras, todo el horizonte, notar cualquier movimiento sospechoso en la Pampa, y huir, desaparecer rápidamente, entre las ondulaciones arenosas de la llanura, en guardia siempre contra la sorpresa fatal, viniera de otros indios, envidiosos y traidores, ó de los cristianos exasperados ya por los malones repetidos, el saqueo de sus poblaciones, el arreo, burlón y ruinoso, de sus haciendas, el espantoso cautiverio de sus familias, el asesinato de sus

hermanos, el continuo retroceso de su pacífica conquista del desierto.

Donde fueron toldos, fácilmente se oye zumbar el alma india, y surge de las aguas azules de las tres lagunitas, en el circo formado por el médano, la visión del pasado, tan reciente, por lo demás, que la civilización todavía, apenas piensa en borrarlo: alaridos y galopes, carreras loças de figuras endemoniadas, desnudas y moviéndose en los caballos, como sólo centauros lo podían hacer, blandiendo la temible lanza; orgías repelentes; horrorosos sufrimientos de las cautivas cristianas, entregadas á los feroces amores de semejantes amos, menos crueles cuando matan que cuando aman; y las evasiones emocionantes, y las epidemias de viruela, asoladoras, que casi destruyen tribus enteras, á pesar de los conjuros ingenuamente sanguinarios de las brujas, tanto más temibles para sus víctimas, cuanto más temerosas, ellas, de las amenazas del cacique.

Y se admira uno de que tan débil fantasma haya tenido en jaque, durante tantos siglos, al invencible poder de toda una civilización armada. Es que quedaba escondido detrás de la transparente, pero misteriosa valla de la Pampa desconocida, y que la imaginación latina, siempre dispuesta á abultarlo todo, vacilaba en arre

meterlo. Ahora que el ventarrón, desencadenado á la voz de jefes audaces y serenos, lo volteó, barriendo de la llanura sus toldos miserables, al sólo flameo de la bandera argentina, queda abierto el desierto al esfuerzo civilizador, y se disolverá pronto hasta el recuerdo nebuloso de este pasado de pesadilla.

Vendrá,—vino, y ya pasó,—la cueva del pioneer solitario y nómada todavía, que arrea sus rebaños, sin más rumbo que el de «siempre más allá», y surgirá poco después, el rancho, bien humilde, por cierto, pero que, á pesar de su pequeñez, toma ya real posesión de la pampa desierta; modificando de tal manera su horizonte que el viajero que vuelve de más afuera, al ver, en un solo golpe de vista, tres de ellos, en tres leguas cuadradas, exclama, convencido: «¡Está muy poblado por acá!» Y más tarde,—no mucho más—la estancia, con su buena casa, sus galpones y sus alambrados, sus montes y sus cultivos, sus rebaños mansos y altamente productores, habrá borrado de la mente de los hombres que ahí mismo, fueron toldos.

XL

DIVERSIONES AMENAS

Impasible, detrás de su mostrador, protegido por una fuerte reja de fierro contra posibles intrusiones,—pues la cultura relativa que permite hoy, en casi todas partes la supresión de estas defensas, estaba entonces, por aquellos pagos, apenas en sus albores,—don Manuel Fulanez contemplaba el espectáculo, monótono para él, que cada día lo presenciaba, fastidioso para el transeunte indiferente, serio y triste para el pensador, de los estragos morales y físicos que puede producir en el hombre, y particularmente en el hombre algo primitivo, el despacho del alcohol, hecho sin más medida que la capacidad tragadora y pagadora del infeliz parroquiano.

Eran sólo las diez de la mañana, y día de trabajo.

—«Pero, decía el viejo Cipriano, ¿por qué será que los llaman días de trabajo? Para mi, los días de fiesta son todos los en que tengo pesos ó algún amigo que me convide; y los de trabajo, los pocos en que, á la fuerza, tengo que buscar conchabo, por no tener ya en que caerme muerto.»

Y al hacer su babosa y filosófica declaración, el gaucho, medio se levantó del banco de madera en que estaba, más bién que sentado, aplastado, estiró el brazo hacia la media cuarta de caña, que había empezado á tomar,—era la tercera, —y de un trago, la acabó de vaciar.

Era su ración, en las mañanas de los días que llamaba él, de fiesta. Se dejó caer otra vez en el banco, rezongó que «ya le habían echado agua á la caña», y después de un momento de valiente pelea contra el sueño, echó á roncar.

Al rato, entró su gran amigo, don Benjamín, que venía en busca de provisiones para su casa; por un verdadero fenómeno de intuición, lo sintió, y entreabriendo sus ojos velados por la embriaguez, balbuceó con voz impedida: «Tome algo, don Benjamín,» y se volvió á dormir.

Don Benjamín era hombre más juicioso; pero de cuando en cuando, también se dejaba enre-

dar por la tentación: tomaba un inocente vermouth, como para no desairar al prójimo, y que no dijeran que se hacía el virtuoso; después, tomaba otro, para que no anduviera rengueando el primero; y otro, porque el anterior le había dejado un gustito en la boca; y otro más, porque ya se iba; y el siguiente, porque no se había ido, y después, porque quería acabar la botella; y seguía tomando vermouth, hasta no tener más apetito que para bebidas más fuertes, como el ajenjo, la caña ó la ginebra, y ya andaba de resbalón seguro.

Cuando, al rato largo, despertó el viejo Cipriano, oyó que su amigo don Benjamín, discreto y de buenos modales, en ayunas, le hablaba al pulpero, en tono muy seco, reprochándole su mala fe, tratándolo como puede tratar al usurero que le ha prestado dinero y se lo viene á reclamar, cualquier caballero. Los ojos le chispeaban, las palabras salían de su boca, sonantes, cortantes y chocantes, irónicas, altaneras, injuriosas, por el tono más que por sí mismas, y don Cipriano comprendió que su amigo Benjamín estaba «algo divertido.»

—«Déme una botella de caña, para llevar, dijo éste á Fulanez, y no me la rebaje, ¿oye? que la quiero doble ¿oye?»

Y Fulanez, con la paciencia del pulpero que

aguanta tanto más cristianamente las injurias, cuanto más judáicamente las apunta en la libreta, en forma oculta, le trajo lo que pedía. Don Benjamín quiso probar la caña; le tomó, —dijo él,—olor á vermouth Torino, y después de un breve altercado con el pulpero, desdeñoso, volcó en el patio, desde el umbral de la puerta, el contenido de la botella; y se la devolvió al comerciante, diciéndole:

—«Lave esta botella y vuélvala á llenar.»

Dos italianos recién venidos, que estaban ahí, almorzando con queso del país, galleta y agua, lo miraban con tamaños ojos.

—«Está medio divertido, don Benjamín, pensó Cipriano.

—Sírvase algo, Cipriano, le dijo éste.» Y empezaron ambos á convidarse mutuamente, alternando las copas de bitter con las de ajenjo, y las de caña con las de ginebra, y á medida que ingurgitaban mayor cantidad de veneno, la tensión de los nervios se acentuaba; de irónicas, volvíanse provocantes, las palabras, y dirijía don Benjamín á cada uno de los que entraban, alusiones tan hirientes, apodos tan injuriosos, que se conocía que hasta los más mansos quedaban resentidos, y que los cuchillos se estremecían en las vainas.

—«Está divertido, don Benjamín, pensó Cipriano.

—¡Mozo! déme cohetes,» gritó aquel.

Y encendiendo un mazo de cohetes de la India, lo tiró sin dar tiempo para nada, en medio de la docena de caballos atados en el palenque, lo que produjo un desbande general, con cortaduras de cabestros y disparadas de ensillados; provocando protestas enérgicas, con tra «los borrachos que no se podían divertir, sin hacer daño.»

—«Está bastante divertido,» don Benjamín, siguió pensando Cipriano.

Y don Benjamín, que había oído la palabra *borrachos*, se empezó á enojar y preguntó con tono acerbo: á quién le parecía que él anduviera borracho.

Y como cayeran sus ojos, torcidos por la ebriedad, en los de un muchacho que lo miraba, más bien con curiosidad que de otro modo, se aproximó á él, cuchillo en mano, desafiándolo.

—«Está muy divertido,» susurró Cipriano.

Pero el joven, aunque bien sintiera que era pura parada de hombre mamado, al verse amenazado, y al oirse tratar de mocoso, se le enderezó, sacó la cuchilla y le pegó al agresor un tajo en la cabeza, cortándole el sombrero, y algo también, el cuero.

Al ver correr su sangre, se creyó muerto don Benjamín; soltó el cuchillo y se dejó caer en el suelo, llorando mares.

El viejo Cipriano le sostuvo la cabeza, le vendó mal que mal la pequeña herida, con un pañuelo, que empapó, suspirando, con la caña que le quedaba en el vaso y dijo:

—«Está completamente divertido, don Benjamín.»

XLI

PARA ALCANZAR EL TREN

Resolvió el patrón salir para la ciudad el día siguiente, y hubo consulta entre él, el mayordomo y el capataz, para decidir cuál de los dos caminos era preferible.

La estancia quedaba á sólo catorce leguas de una estación del ferrocarril del sud, y á veinte de una del oeste; pero, para llegar á la primera, había que cruzar mucho campo bajo; había llovido bastante, y los cañadones, arroyos y pantanos del camino estaban en un estado tal, que sólo el pensar en las dificultades del viaje hacía erizar el pelo.—«Ni con veinte caballos, llegamos, dijo el mayordomo; sin contar que van á quedar estropeados para todo el invierno.»

Y se acordó ir por el oeste, á pesar de no haber huella, en una gran parte del camino, y

de ser, por lo menos, de veinte leguas, la tirada. Pero era por campos altos, bastante parejos, donde no había más que meterle trote seguido.

El tren pasaba á las seis de la tarde, hora linda, que permitía aprovechar todo el día entero para alcanzarlo; con condición de madrugar, pues era en invierno, con días muy cortos, y teniendo los caballos poca fuerza, no se podía pensar en apurarlos.

A la tarde, hizo juntar el mayordomo las dos manadas de caballos y encerrarlas en el corral; y seguido del capataz y de dos peones, armados de bozales y de cabestros, penetró, caviloso, abrumado, al parecer, por el peso de sus meditaciones, en el entrevero inquieto de las grupas en movimiento, que se encogen, ó disparan, ó reculan, ondeando sobre la estacada movediza de la patas nerviosas, que pisotean el suelo con estrépito, y patalean, en perpetuo susto.

—«Cuatro mudas de cuatro caballos, y llegaríamos volando; pero ¿de dónde saco ocho caballos de pecho? Juan, agarrá los dos tordillos; Pedro, sacá el rosillo y el malacara.»

Esto ya se sabía de antemano; eran los cuatro de siempre; comían maíz, trabajaban sólo en las grandes ocasiones y se mantenían gordos; pero ¿después? y mientras la agarrada de los indi cados daba lugar á un revoltijo general de la

caballada, seguía pensando el mayordomo. Poco á poco, á fuerza de consultar con el capataz, de mover y remover los animales, de eliminar á los maulas, á los flacos, á los lastimados, á los mañeros, se pudo formar una tropilla regular de laderos que, á pesar de la mediocridad de algunos de los de pecho, salvarían la situación.

Y durante toda la noche, alrededor de los pesebres improvisados en el patio, hubo ruidos insólitos de mandíbulas quebrando maíz ó mascando pasto, entreveradas con pateaduras y coces sonoras en las carretillas llenas de alfalfa, y también en los flancos vacíos de aquellos mancarrones que, siempre mantenidos á campo, ignorantes de las costumbres sociales, y demasiado tímidos para imponerse, trataban de acercarse al pesebre, sin haber sido presentados; festín precursor de grandes fatigas, pero festín, no más, y quedaban pocas migas ,cuando apareció el farol vagabundo del mayordomo, empezando este, con voz imperiosa, á despertar á la gente.

Las estrellas pestañeaban, como cayéndose de sueño, después de tanto velar, esperando que el sol, todavía lejano, las viniera á relevar.

Hacía frío, y en la obscuridad, aun bien espesa, pronto se movieron sombras, que, tiritando, empezaron á desatar de los postes, los caballos medio dormidos. En la cocina, crepitó un fós-

foro, y, al rato, brilló el fuego, reanimado de las brasas por la humilde vestal del fogón, saliendo en seguida por el techo las espiras del humo. El mayordomo golpeó á una puerta, llamando: —«Patrón, son las cinco;» por la segunda vez, cantaron los gallos, y, poco á poco, se fué animando el patio, con los bulliciosos aprestos de la salida.

Al breque, sacado del galpón, eran arrimados los caballos, aperados por los peones. No faltaban reniegos y puntapies á los mancarrones, ni rabietas del mayordomo contra su gente, por dormidos, unos, por torpes, otros. Una hebilla que se cortó, pareció todo un acontecimiento: «¡Estamos frescos, ahora!» gritó el mayordomo; pero el capataz, sin decir palabra, cortó ligero un tiento, sacó la lesna plantada en la pared del rancho, y, en cinco minutos, puso todo mejor que nuevo.

Se abrió ya la puerta del patrón; listo, él, bien emponchado, de guantes, con las botas finas y el sombrerito gacho, gallardamente colocado, la escopeta á la espalda, no se necesita mirarlo dos veces para adivinar quién es; y mientras la cocinera le sirve el café, los peones llevan al coche las diversas piezas de su confortable equipaje de hombre refinado.

Aclara; las estrellas van desapareciendo; los

gallos cantan por última vez, antes de bajar al suelo: «Cuando guste, patrón,» avisan; y después de una despedida, cariñosamente protectora, á la cocinera y á los peones, el amo sube en el breque, dejando, por ahora, que el mayordomo maneje.

Empieza el viaje largo.

—« ¡Brrr! . . . no hay mosquitos, esta mañana, » observa el patrón, envolviéndose en sus cobijas.

—« Los hemos de ver más tarde,» contesta el mayordomo. Y efectivamente, si, á las seis, hace frío, á las diez, habrá sol bastante para que, en los bajos, no dejen de fastidiar en grande, mosquitos y gegenes. Y el sol picará, á pesar de estar en invierno, y calentará casi demasiado, por un costado, hasta las doce, para, después, calentar por el otro, hasta la llegada, oblícuo y fastidioso, más y más, á medida que va bajando.

Parándose, de vez en cuando, para mudar caballos, para almorzar con las provisiones traídas de la estancia, para que resuellen los animales ó para componer algún desperfecto en los aperos ó en el coche, se va, se camina, se adelanta, dejando tras sí las leguas andadas, en interminable cinta, y después de diez horas largas, se llega á la estación anhelada, cansado,

No tenía puntas en la casa, y tuvo don Pedro que ir á la pulpería, á comprar un paquete. En la pulpería, no faltaron conocidos con quienes conversar, y cuando acordó, era ya casi de noche y tuvo, que postergar para el día siguiente la compostura de los lienzos. ¡Bah! un día más ó menos, ¡hombre! lo mismo es, y curaremos pasado mañana.

El día señalado para empezar el trabajo, llovió: fuerza mayor; el día siguiente, los chiqueros estaban hechos un fangal, y no se podía trabajar; se dejó, pues; y como el otro día era un sábado, francamente, no valía la pena de empezar la cura, para interrumpirla el domingo. No se sabe bien lo que ocurrió el lunes, pero algo ha de haber habido, ese día, que imposibilitó el trabajo para el martes, y probablemente para el resto de la semana, ó del mes; lo cierto es que llegó la esquila, y que la majada se encontraba en un estado lamentable.

Dió muy poca lana, y fea; tanto que don Pedro tuvo que pensar en deshacerse de una punta de vacas, para pagar el arrendamiento. Un día que platicaba con su vecino y amigo don Próspero, que lo había venido á visitar, tomando mate sobre mate, hablando interminablemente de las dificultades de la vida, llegó un conocido, quien le dió aviso que en una estancia vecina, querían

comprar vacas, y que le vendría á él de perilla, la ocasión.

—« ¡Caramba! dijo don Pedro, ya lo creo; mañana mismo, voy allá. »

Y fué, efectivamente, el día siguiente. Lo que sí, se halló con que su vecino y amigo don Próspero, que también, sin haberlo dejado entender, tenía vacas para vender, no había sido lerdo, y había venido derechito, al salir de su casa, el día anterior, á ofrecer las de él, y que había cerrado trato; y renegó don Pedro con los amigos que traicionan y se aprovechan, sin dejarle á uno el tiempo de darse vuelta.

Al volver á su casa, encontró un aviso de que hubiera de pagar, en todo el mes, la contribución directa por una casita que tenía en el pueblo, y como, al retirarse, su señora le preguntaba cuando pensaba ir, le dijo:

—«Mañana, si Dios quiere.

—¡Y la Virgen!» agregó piadosamente la señora. Y es de creer que ni Dios quiso, ni la Virgen, ni tampoco don Pedro, pues pasó el mes, y cuando éste acordó y fué, tuvo que pagar con multa.

Lo bueno es que, apurado para ir á pagar, ya que no era tiempo, había aplazado al día siguiente el campear unos animales recién aquerenciados que se le habían mandado mudar; y

en vano los buscó, pues tan lejos estaban ya, que, á la vuelta del pueblo, ni noticias pudo conseguir de ellos.

¡Ah! don Pedro! con su eterno ¡mañana! palabra enervadora, que sólo para cuando llama la muerte, debería servir. ¿No ve que hablar de mañana es casi renunciar á vivir? ¿quién sabe lo que antes que llegue mañana, nos ha de suceder? Sólo el día de hoy vale para el hombre; mañana no encierra más que enigmas; dejemos que los resuelvan los que, mañana, ésten de pie.

—«Tiene razón, señor; tiene razón; pero, ¿qué quiere? hago como el gobierno con esos campos donde estamos. Van como quince años que han plantado estaquitas, para marcar los canales que se deben hacer para evitar las inundaciones y desde entonces, todos los días, dicen: «mañana», y nunca empiezan á hacerlos.

—¡Sí! y ¿sabe lo que representa este perpetuo mañana? la pérdida, desde muchos años, de lo que habrían producido los treinta millones de ovejas que, en esta parte anegadiza, podrían caber, á más de las pocas que en ella viven mal, si estuviera canalizada. . .

—Don Pedro, el jagüel está sin agua, vino á avisar un peón.

—Bueno, contestó; mañana. . .

—¡Don Pedro!

—¡Caramba! señor, es cierto. . . Hoy mismo lo vamos á cavar.»

XLIII

CUATREROS

« *Ladrón que hurta bestias,* » dice, del cuatrero, el diccionario, y el oficio, realmente, parece mandado hacer para el que, en la Pampa, no quiera vivir de su trabajo; pues el que, allí, tenga que robar para comer, no puede casi robar otra cosa que bestias. Con robar bestias, llena, por lo demás, todas las necesidades de su precaria existencia: carne para su mantención, cueros para vender y proporcionarse los vicios, ó para cortar las huascas indispensables para su industria.

No hay duda que le sería mucho más ventajoso al cuatrero, en general, hacerse pastor y cuidar tranquilamente una majada de ovejas ó una punta de vacas, propias ó ajenas, pues así tendría siempre carne á discreción, los vi-

cios y las huascas á pedir de boca, caballos gordos para andar, y techo seguro. Pero así, se muere el que ha nacido para cuatrero. ¡ Miren! ¡que gracia! carnear á la luz del día; elegir la res en el rodeo, enlazarla con toda comodidad, degollarla y desollarla, rodeado de comedidos: vecinos, perros y chimangos, que todos aprovechan, y quizás después, lo traten de zonzo!

Buscar la víctima en la tinieblas de la noche, sin turbar el silencio solemne del campo, más que una sombra en la sombra,enlazarla al tanteo, sin hacerla mover; sentir revolotear, en derredor suyo, al desollar de prisa, la palpitante inquietud de tener quizás que pelear y jugar la vida para salvarse, en caso de ser pillado, esto sí, le da sabor al matambre de cualquier animal y hace el cuero más blando para sobar.

Trabajo ingrato, por fin, peligroso como ninguno y de poco ó ningún provecho; pero obra de artista que trabaja para la gloria.

Hoy, todo progresa; el cuatrero moderno, mestizo y hasta importado, ya no se contenta con carnear, de vez en cuando, una oveja ó una vaca; se ha hecho criador; ha formado sindicatos; tiene socios habilitados en los varios ramos de su industria, y obra en grande. Autoridades cómplices, facilitan las guías; gauchos, que, más de gusto que por amor al lucro, se prestan á ayudar,

cortan puntas de hacienda y las arrean, abriendo y cerrando portillos discretos en los alambrados; carniceros improvisados, en los pueblos más cercanos, benefician los animales, venden la carne barata y regatean poco por el precio de los cueros, por tal que, ligero y sin fijarse en las marcas, el pulpero, que es alcalde, los haga desaparecer en los arcanos de su depósito.

No falta una estanzuela alambrada, con tranqueras hábilmente dispuestas á todos vientos, para encerrar los animales que no puedan ser muertos inmediatamente; con su administración prolija, su fábrica de marcas de fuego, y hasta su laboratorio, para estudiar á fondo el arte de contraseñalar ovejas.

Y como no se debe despreciar las pequeñas utilidades, y que la galera pasa cerca, el postillón tiene su puesto en la orilla del campo, y nunca le faltan, para vender al dueño de la galera, caballos, á precios tirados; las marcas, en general, están en llagas vivas y algo mal pintadas, en los certificados, pero todos los sellos están; y la necesidad, siempre reñida con los escrúpulos, hace que el comprador prefiera dejarlos á un lado que pelear con ellos.

Nunca puede saber el caballo más mimado y mejor invernado, de las cercanías, donde acabará sus días.

Pero, los estancieros también se van poniendo más ariscos y la policía más activa. Se cansan los primeros de verse robados á cada rato, y sin saber cómo, ni por quién, y echan el grito al cielo. El cielo les hace poco caso, mientras sólo se trata de cualquier hijo de vecino, pero basta que le toque la suerte á la hacienda de un personaje político, para que empiece la cosa á ponerse más seria.

—«Señor, decía, un día, un paisano al comisario de un pueblito naciente, vengo á decirle que me han robado anoche una punta de vacas.

—¿Las ha buscado bien? preguntó el comisario.

—Sí, señor, pero no encontré nada.

—Es que no las habrá campeado. Búsquelas, amigo, y si de aquí dos ó tres días, no las encuentra, entonces veremos.

—Y mientras tanto, señor, ¿qué le digo á mi patrón?

—¿Quién es su patrón?

—Don Benito.

—¿Quién dice?

—Don Benito Vergara.

—¿El diputado?

—Si señor.

—Pues dígale, no más, amigo, que hemos de dar con los ladrones, cueste lo que cueste.»

Y mandó formar, sin perder un minuto, tres comisiones, á las cuales dió instrucciones terminantes; tan terminantes que, el día siguiente, á la madrugada, antes que el rocío hubiera desaparecido, una de las comisiones pudo seguir, abriendo el alambrado, el rastro de otra punta de hacienda, arreada por allí, esa misma noche, y el rastro llevó á los policianos directamente á la carnicería habilitada por el Juez de Paz.

Situación difícil para un comisario; pero el diputado era influyente; le tenía rabia justamente al Juez de Paz ese, por su flojedad en las elecciones, y tanto hizo que fué un bochinche espantoso, una arreada general en el pueblito. Se mandó de la capital un comisario especial, con gente; un juez de instrucción, con sus secretarios, la mar. Se pusieron presos al carnicero, á su hijo, al juez de paz, al pulpero. En casa de éste, se encontraron muchos cueros que, mojados y lonjeados, dejaron ver el archivo entero de las marcas del partido.

Quiso negar; quisieron todos negar, pero se cortaban, se maneaban en las declaraciones y quedaban peor. El carnicero, por ejemplo, le sopló al hijo, al pasar: «niégalo todo.» Y cuando al hijo le enseñaron una marca, preguntándole si la conocía, dijo que no; á otra, lo mismo, y

á todas; hasta que fastidiado, el juez, le enseñó la misma marca del padre, y también afirmó que no la conocía. El padre se levantó entonces y le dijo:

—«Pero no seas tonto ¡hombre!

—¿Y no me dijo V., contestó el hijo, de negarlo todo?»

Y como el diputado era hombre de puño, y que no soltó la presa hasta que todos estuvieran en la cárcel, cosa hasta entonces casi inaudita, se moralizó, por un tiempo, el pago aquel. ¡Dios quiera que á todos los cuatreros de la campaña, se les ocurra, de vez en cuando, robar hacienda de algún diputado!

XLIV

EL RESERO

Para don Demetrio, como para todos los pequeños hacendados que no tienen campo propio, el gran problema anual era el pago del arrendamiento.

La lana, generalmente, alcanzaba y hasta sobraba, para saldar la libreta del pulpero, pero los mil pesos de dinero efectivo que necesitaba, á fecha fija, para el dueño del cuarto de legua que ocupaba con su hacienda, eran para él y para toda la familia, en Abril de cada año, fuente temida de punzantes inquietudes.

En Abril, suele haber en los rodeos, novillos gordos, y en las majadas, capones; de poderlos vender, está salvado el paso; pero, y aunque no se haga cuestión de precios, no siempre se encuentra quien los compre.

La mayor parte de los reseros, mandados por los saladeros y frigoríficos, tratan por lotes importantes, en las estancias grandes: menos trabajo y menos gastos requiere una tropa de varios miles de cabezas, así conseguida, que el aparte y la junta de pequeños lotes, en muchos rodeos chicos; sin contar que siempre, en el primer caso, sale la hacienda más pareja; pero los pequeños hacendados se quedan con las ganas.

Y por esto era que desde principios de marzo, don Demetrio, y como él, muchos otros, arrendatarios de fracciones del mismo campo, subían más á menudo que de costumbre, á la punta de la larga escalera del mojinete, con pretexto de observar el campo, para ver si la majada no se mixturaba con la del vecino, pero más que todo, en realidad, con la inconfesa esperanza de divisar, en el horizonte, la espesa silueta de don José Aramburú.

Es que don José Aramburú, era, para toda esta buena gente, el resero providencial. Era un vasco, de estatura soberbia, algo grueso, pero galopador incansable; trabajaba por su propia cuenta, con su pequeño capital y no podía aspirar á tratar con potentados, para formar tropas grandes, á precios altos; su clientela, la formaban grupos de modestos criadores, felices de

encontrar en él al comprador siempre dispuesto á tomarles los escasos novillos de sus pequeños rodeos, á precios siquiera regulares, por tal que en los alrededores, pudiera alcanzar á juntar suficiente número de cabezas para formar tropa.

Lo mismo que la mayor parte de sus clientes, no sabía leer ni escribir; y esto mismo simplificaba las cosas, no habiendo nunca con él, cuentas enredadas. Nunca pedía plazo; compraba, apartaba y pagaba.

Era un mesías, el hombre; y los patacones que adornaban su tirador repleto, relucían como rayos de un sol bienhechor, en medio de la negra penuria de pesos, á la cual venía á poner remedio.

De Barracas al Sur, donde tenía la familia, cerca de los corrales, irradiaba, siempre acompañado de su fiel capataz, Juan Sosa, en toda la campaña del Sud, de Chascomús á Tapalquen y de Cañuelas al Tandil. Hoy aquí, mañana allá; pero, siempre apurado, con la oferta en la boca y la plata en la mano.

Poco le gustaba la gente remolona, la que nunca sabe si debe vender ó no, la que regatea, la que nunca acepta de plano el precio ofrecido, por bueno que sea, ó discute sin razón el número de animales á apartar. El sabía lo

que hacía, conocía su oficio; al rato de estar en un rodeo, le decía al dueño, con su voz siempre pausada:

—«Mire, señor, de aquí le voy á sacar tantos novillos, á tal precio;» y de ahí no salía.

Nunca, por supuesto, faltan hacendados que quieren mayor precio, ó quieren obligar al resero á apartar osamentas, ó tratan de envolverlo en conversaciones de no acabar; y la mujer interviene, y lo dejan ir hasta el palenque, á veces montar á caballo, antes de decir que sí; con don José, era juego peligroso, pues más de una vez, había sucedido que, aunque hubieran aflojado, no se había vuelto á apear; y era esta una despedida para toda la vida, dejándolos ya que buscasen quien pagase más que él, por sus cuatro guachos.

—«Soy vasco inglés, en mis tratos,» decía él, dicho que le parecía condensar acabadamente lo infrangible de su palabra.

Con don Demetrio, se conocían desde muchos años, y este nunca hubiera vendido á otro sus novillos; pues sabía él no sólo que con don José siempre se podía tratar, sino que era hombre de buen consejo, conocedor como nadie de cuanto campo disponible había para arrendar, con precios, condiciones y todo; y esto, en ciertas ocasiones, podía ser de gran importancia.

Mientras formaba tropa, don José se hospedaba en lo de don Demetrio, y no faltaban, á la noche, visitas ni temas de conversación, pues el resero, desde veinte años que andaba derramando pesos en toda la campaña, la conocía palmo á palmo, teniendo en cada palmo un amigo, y podía dar á cualquier vecino, noticias de cuanto conocido ó pariente tuviera en cualquier parte.

Y por todo esto, era una alegría la llegada de don José. Después de los primeros mates, principiaba el tiroteo serio, cruzándose las preguntas veladas sobre el estado de los novillos, por parte del resero, con las discretas indirectas sobre los precios que iba á pagar, por parte de los hacendados.

Y don José, para hacerla amostazar á la dueña de casa, empezaba á pedirle y aconsejarle á don Demetrio, como en secreto aparte, que le vendiera algunas vaquillonas gordas, unas pocas; que le podría pagar buen precio. ¡Efecto infalible!

—« Pues, señor; ¡qué barbaridad! nunca permitiría ella semejante herejía,» gritaba, al momento, la señora.

Don Demetrio, tentado, bien insinuaba tímidamente que, con plata, se compran otras; que una vaca no es más que una vaca, y que siempre

se debe vender lo gordo; pero él mismo lo decía sin convicción. Es que si, para el rico que tiene grandes rodeos, la hacienda no pasa de un artículo de comercio, para el hacendado modesto, es cosa muy diferente. Para él, cada una de sus vacas tiene su nombre, su historia, su personalidad propia, y por mucho que se la paguen, nunca se le dará su valor.

Bien lo sabía esto don José, pero le gustaba hacerla enojar á la señora, para reirse después.

El enojo, de todos modos, duraba poco y pronto se llevaba el resero los novillos del rodeo, dejando ya forrados y libres de inquietud para todo el invierno, á don Demetrio y á muchos otros hacendados del pago.

XLV

RAMAL EN CONSTRUCCIÓN

Arterias á la vez y pulpos, que fomentan el progreso en la campaña desierta, y exprimen de ella, hasta hacerla reventar, la misma savia que le dispensan, el ferrocarril del Oeste y el del Sur, han tendido sus rieles, en soberano esfuerzo, el primero hasta los confines de la provincia, el otro hasta el punto predestinado: Bahía Blanca. Han desparramado la población, sacándola en enjambres, de las aglomeraciones ya formadas, sacudiendo y sembrando por la Pampa colonias humanas, para que ahí prosperen y se extiendan.

Han pasado quince, veinte años; las viejas aldeas han crecido; algunas han aprovechado el largo tiempo durante el cual han sido cabezas de línea, para volverse ciudades; otras, apenas

han tenido tiempo de despertar de la nada, que ya se han quedado asombradas de su propio adelanto; y centenares de puntos geográficos han nacido á la vida, adquiriendo nombres y transformándose en centros de población, pequeños ó grandes.

Pero en esto, como en todo, hay hijos y entenados; y la zona intermedia, inmensa, fértil como la que más, ávida de pobladores como de agua una esponja, queda sin vías de comunicación, igualmente alejada de cada una de las dos grandes líneas, que parecen despreciarla, en su marcha adelante, y son, para ella, más pulpos que arterias.

Pueblos antiguos de esta zona, primitivos y meritorios baluartes de la civilización contra la barbarie, quedan rezagados, como estos modestos veteranos cubiertos de gloriosas heridas, siempre omitidos en la lista de ascensos, donde figuran tantos nombres, ayer desconocidos.

¡Paciencia! que también les ha de llegar el día.

Rumores han corrido que iban á sacar, al fin, el ramal tan deseado. El pueblo viejo, entumido ya en sus esperanzas tantas veces desfraudadas, se ha conmovido. En sus casas, que al oir la noticia, recién les han parecido anticua-

das, feas y destruídas, las familias fundadoras del pueblo se sienten tironeadas entre el amor innato á las costumbres añejas, con su patriarcal quietud, y el instintivo anhelo del progreso.

Pero, sólo fué rumor: duraron, es cierto, las conversaciones, algunos meses: se inició un amago de especulación en tierras, pero sin mayor resultado que de hacer tratar de loco, por la gente sensata y antiguamente afincada en el pueblo, á un forastero, de nacionalidad dudosa, que, recién venido, se metió á comprar á troche y moche, casi sin reparar en precios, chacras y quintas cercanas al pueblo. El viejo D. Lino Villareal, que vino á formar estancia ahí, cuando el pueblo no era más que fortín, aprovechó la bolada y le vendió todas las que tenía al sur del pueblo. Muy buena plata dicen que ha hecho, sacando hasta mil pesos por una quinta de cuatro hectáreas, que se puede decir que la tuvo de balde, hará unos 45 años... ¡Oh! pero más barata la tuvo el forastero loco, por mil pesos, que don Lino por los cuatro reales que le costó!

Cuando ya habían cesado los rumores y las especulaciones, y que se había vuelto á dormir el pueblo viejo, en el almohadón de su perezosa vida colonial, forrado ahora con la esperanza

ya crónica, de un lejano ferrocarril, se llegó á saber, un día, que venían cruzando los campos, desde una importante estación de la línea principal, dos ingenieros y varios peones; medían, tomando notas sobre la disposición del terreno, desatando, sin decir nada á nadie, y volviendo á atar con toda perfección, los alambrados, y seguían su camino, en derechura al pueblo.

La emoción renació; á caballo y en sulky, muchos vecinos fueron á curiosear y á tratar de pispar algo sobre la ubicación probable de la estación: trabajo inútil, pues sacarles á los ingleses un dato que valiese un pito, ni pensarlo.

En seguida, los trabajos empezaron en el punto de arranque del ramal; los kilómetros de terraplén se vinieron estirando por la llanura, elevándose encima de los bajos, cortando las lomas, saltando, en puentes y alcantarillas, las cañadas y los arroyos. Y los durmientes de algarrobo se iban colocando; y cada día, adelantaba algunos centenares de metros la locomotora, arrastrando su largo tren de material, despertando de su sueño secular, con su agudo silbato y el trueno de su rodadura, la campaña atónita. A su paso, las majadas y los rodeos se limpiaban de sus animales viejos, vendidos á buen precio, para la mantención de los numerosos peones.

Las estaciones del trayecto se iban edificando, iguales todas, como hermanas mellizas, y la cinta de rieles ya casi alcanzaba al éjido del pueblo, sin que nadie supiera aún donde vendría á quedar la estación.

Hasta que desembarcó un día el forastero de antes, como apoderado de la compañía, para tratar definitivamente con los dueños de terrenos y levantar las dudas. Pronto se supo que en la famosa quinta vendida por don Lino Villareal, estaría la estación, y éste tuvo el consuelo de saber que si no hubiera vendido la quinta, se hubiera hecho la estación en otra parte.

Empezaron los últimos combates entre la codicia encendida de los propietarios y la calculada liberalidad del delegado de la compañía. ¡Qué suerte, entonces, la de tener un rancho viejo ó algún galpón inservible, justito donde, á la fuerza, tiene que pasar la vía! Tienen que aflojar los ingleses, y vengan los pesos por indemnización, y una casa nuevita, señor, en reemplazo de la choza volteada.

Muchos, también, es cierto, sufren perjuicios sin compensación, y no son pocos los que reniegan de la locomotora y de su penacho blanco, bandera de progreso y de civilización. En el pueblo aislado en medio de la Pampa, florecían las empresas de galeras; cuatro ó cinco impor-

tantes casas de negocio dictaban al cliente la ley y sustentaban numerosas tropas de carros. Ahora, son puros lamentos: los mayorales de galeras tienen que buscar puntos más lejanos, con sus mancarrones flacos, sus coches desvencijados, y sus aperos compuestos y recompuestos con tientos, arpillera y cabo de manila; los carreros, pronto los tendrán que seguir, y los comerciantes, ellos, lloran, inconsolables.

Es que se acabaron los tiempos aquellos, en que, la estación más cercana estando á treinta leguas, las mercaderías llegaban por cargamentos de cinco á diez carretas, quedando pronto saqueada la casa por los clientes, ávidos de surtirse á cualquier precio, los estantes medio vacíos y la caja llena. ¡Y cuando algun telegrama del consignatario anunciaba la suba de tal ó cual fruto! cualquier muchacho, dependiente de mostrador, servía entonces para acopiador; y todo el personal de la casa se desparramaba, galopaba por el campo, á comprar lanas ó cueros. ¡A ponerse las botas, amigo!

Con la venida del tren, ha llovido boliches, que con un surtido de cuatro pesos, hacen competencia á la casa más fuerte. ¡Natural! si le falta un sombrero del número 4, ¡zas! un telegrama á la capital, y al día siguiente, lo tiene por encomienda. ¡Y los frutos! cualquier hacen-

dado de mala muerte recibe hoy, de media docena de consignatarios pedigüeños y sin plata, circulares y ofrecimientos, y tan bien conocen los precios que ya es inoficioso tratar de cazarlos sin perros. ¡Vaya con el tren bendito!

Sólo con los estancieros, cantaba, sin reserva, glorias al ferrocarril, la voz alegre de Juan Cornifieri. Desde doce años, recorría el campo, cambiando pan y tortas por algunos puñados de cerda ó algunos cueros de cordero, y alzaba, por si acaso, en su carrito, todos los esqueletos de animales que encontraba, en sus largas cruzadas por la Pampa.

La llegada del tren, del montón mal oliente, clasificado en caracues, astas y huesos comunes, y listo para ser mandado á la ciudad, ha hecho un capitalito.

XLVI

JIRONES DE PAMPA

Allá por los 1880, don Pedro Arce, recomendado á un Sr. Labat, tendero, que quería poblar ocho leguas de su propiedad, en el Sur, se había costeado hasta Buenos Aires, y había recibido de su nuevo patrón instrucciones para comprar dos mil ovejas y quinientas vacas, con que debía instalarse en el campo, cuidándolas al tercio del producto.

Para don Pedro Arce, hombre de mucha familia y de ningun capital, era inesperada ocasión, y después de haber ido á conocer el campo que le era destinado, cosa de unos quince días de galopes, compró la hacienda, conchabó peones y la arreó, llevándose en el carro los trastes y la familia.

Y los años habían pasado: ¡siete! sin que

nunca se decidiera su patrón á emprender el viaje, para venir á ver sus intereses, á pesar de las muchas ganas que, de vez en cuando, escribía tener de hacerlo.

Pero ya una galera pasaba por allí, y esta vez, el anuncio fué formal: se venía, no más. Don Pedro Arce arregló el rancho como para recibir dignamente al dueño del campo, y compró en la pulpería un catre, dos sillas, media docena de platos de loza, tres vasos y varios otros artículos que, aunque siempre lo hubiera pasado perfectamente sin ellos, le parecieron de repente ser indispensables. Así cunde la civilización, creando necesidades.

Y don Juan Labat llegó. Poco sabía andar á caballo, habiendo sido siempre tendero, de profesión, pero don Pedro tenía mancarrones mansos, y todo anduvo pronto muy bien. La novedad, el aire vivificante de la Pampa, tan embriagador siempre, en su propiedad, para los pulmones del dueño; el cansancio producido por los galopes y las recorridas, el apetito formidable que se apodera, al aire libre, del pueblero de buena salud, todo le hacía encontrar al Sr. Labat, blanda la cama, rica la comida, suntuosa la casa; y gozaba, al tratar de contar, —cosa todavía imposible para él,—las ocho mil ovejas y las dos mil vacas que ya poblaban

el campo, sin haberle dado más trabajo que el de pagar, al principio, algunos miles de pesos, vueltos á cobrar, desde entonces, unas cuantas veces, en lana, novillos y capones.

El único cálculo que entibiaba algo su placer era que la parte que tenía que entregar á don Pedro Arce por su tercio, fuera ya de 500 vacas y 2000 ovejas, justamente el capital primitivo; y esto, aunque fuera el trato, le hacía cosquillas, porque está bien, ¿no es cierto? que uno gane algo con su trabajo, pero ganar tanto, ya era por demás. Sobre todo que Arce había tenido su tercera parte de los otros productos. Bien reconocía que vivir en el desierto presenta sus peligros y sus sinsabores; pero esta gente está acostumbrada. A más, el capital de uno está muy arriesgado: supóngase que con él se haya mandado mudar el Pedro Arce, este; en siete años, no hubiera sido muy extraño: esos gauchos, á veces. Pero Pedro Arce no se había mandado mudar; había cuidado bien y dado buena cuenta... Con todo, 500 vacas y 2000 ovejas, amigo, es todo un capital.

Otra idea que, aunque atropellara, difícilmente entraba de lleno y con claridad, en la mente del Sr. Labat, á pesar de haber él recorrido ya bastantes leguas en su campo, era la de la extensión real que representaban las

veinte mil hectáreas de que se encontraba dueño. ¡Veinte mil hectáreas! no se da así no más cuenta cabal de lo que son, quien, en su tierra, hubiera considerado como sueño irrealizable, la posesión de un tablar de repollos.

Sentado, á la tarde, en un banquito de madera, bajo el alero de paja del rancho, saboreando el mate campestre, contemplaba la puesta del sol en sus dominios, con algo, en los ojos, de la mirada conquistadora de Carlos Quinto, y celebraba, en su interior, la magnitud de su inteligencia, atribuyendo á un pensamiento profético todo el origen de su fortuna.

No se quería acordar, ó sencillamente se había olvidado, del trabajo que, en 1876, le había costado á un amigo suyo, simple corredor que sólo quería ganar su comisión, el convencerle que 3200 pesos fuertes, pagaderos en cuatro cuotas anuales, no eran nada, en el estado próspero de los negocios de su tienda, y que ocho leguas de campo, algun día, representarían un gran valor.

Tentado, á veces, otras, asustado por el compromiso, al fin cansado de luchar, había aflojado los ochocientos pesos de la primera cuota, remitiendo sólo seis mil francos y una mentira á su comisionista en París, en vez de los diez mil que le había prometido. Y después, había lu-

chado, economizado, con la idea no sólo de acabar de pagar el campo, sino también de poblarlo; á los tres años, lo había podido hacer, y esto lo había salvado de la tentación, fatal para muchos, y que no le faltó, en el curso de los años, de volver á vender la tierra, engañados por las apariencias de una soberbia realización.

No se acordaba que después de haber hecho el primer pago, cuando, atrasado en sus vencimientos, recibió de París cartas amargas, había tratado veinte veces, sin resultado, de deshacerse, perdiendo, de lo que él y los demás llamaban *su clavo.*

Fué entonces que, avergonzado de haberse caído en una trampa, imitó al zorro rabón, aconsejándoles á todos sus amigos de comprar también algun lote.

Pero los amigos se reían, se burlaban de él; le demostraban que era un robo del gobierno, que las leguas eran sólo de dos mil quinientas hectáreas, en vez de dos mil setecientas que tenían las leguas españolas; que nunca se acabaría con los indios, y al fin, que debían ser tierras inservibles.

Uno solo, uno, un peluquero que nunca había ido más allá de Morón, se dejó tentar y compró cuatro leguas; colocando así sus ahorros

como quien toma un billete de lotería, cerrando los ojos y haciéndose retar en grande por su mujer.

Otro, más rico, quiso también hacer algo, pero en mayor escala, y, hombre prudente, comisionó á un hacendado conocido suyo, criollo viejo de la Pampa, conocedor como ninguno, de lo que era campo. Fué este, con dos peones y una gran tropilla de caballos, recorrió la comarca indicada y volvió completamente desengañado, decía, asegurando que, para él, todo ese territorio no valía nada, que ni en cien años, se iba á mejorar tanta puna; que las lagunas eran saladas, que había muchos médanos, que hasta las perdices eran flacas, en fin, que sólo un infeliz se podía meter en ese desierto.

Singular aberración, común, en aquel tiempo, á casi todos los hacendados que, en vez de ser los primeros en aprovechar la única y espléndida oportunidad, dejaron caer esas tierras en manos profanas de especuladores, que sin haberlas visto jamás, sacaron de ellas, sin trabajo, fortunas enormes, inmerecidas. Porsupuesto, se retiró el candidato prudente, ante semejantes informes, y compró cédulas, burlándose más que nunca de su amigo Juan Labat.

Apenas cinco años más tarde, vió llegar este hasta su campo, un ramal de ferrocarril que

centuplicó su valor; y calculando que ya el jirón de pampa, ayer inculto y desierto, estaba en vísperas de hacerse un verdadero condado, se apresuró, con razón, en rescindir su contrato con Pedro Arce.

XLVII

TÍOS

Don Anastasio Soleyro, buen criollo viejo y solterón rico, andaba recorriendo al trotecito su campo, revisando sus haciendas, y al pasar cerquita de una manada que ahí pacía, se paró para llenarse el ojo, contemplándola.

La manada desparramada á lo largo del cañadón, saboreaba el gusto de vivir en libertad, con temperatura suave, entre gramilla semillada y pastito verde, realización del ideal gastronómico para el yeguarizo pampeano.

Las yeguas comían y descansaban, y una que otra, tendida en el suelo, con las cuatro patas estiradas y tiesas, parecía más bien muerta que dormida, mientras que los potrillos corrían, retozando, y venían, bandada loca, á rodear á

los potros y caballos de servicio, entreverados con las madres.

—«Estos son como yo, pensaba don Anastasio; puros tíos.»

Conversarán, no hay duda, con los caballos y con los potros, estos potrillos. ¿Qué les dirán? Lo que á sus tíos, dicen las criaturas: «Cuéntame, tío, lo que sabes de la vida.» Y si el tío les dijera todo lo que le ha pasado, las penas que ha sufrido y los pocos goces que ha tenido; quizás se asustarían, al pensar que lo mismo les puede suceder. Pero los tíos son buenos; no dicen sino lo que deben decir, y piensan también que si dijeran todo, los potrillos podrían burlarse de ellos. Son afectuosos con ellos, los lamen, cuando se les acercan, y les tienen un gran cariño.

El padrillo de la manada, él, poco simpatiza con esos parientes intrusos. Aunque—egoista—aprecie, en cierto modo, la protección que los caballos dispensan á sus hijos, aliviándolo así de parte de su responsabilidad, y que tolere el amor verdaderamente paternal con que los envuelven, le causa celos la sola presunción de que su prole pueda tener para estos tíos un verdadero sentimiento de afección, y su mal humor, algunas veces, llega al extremo de correrlos y de echarlos á patadas, de la manada.

Resignados, se contentan ellos con mirar de lejos á los queridos animalitos, hasta que vengan los peones de la estancia á arrear la manada para el corral.

Allí, las madres y sus crías quedan libres de todo trabajo; el padrillo, orgulloso, las rodea, las vigila, las proteje; mientras que el lazo, las riendas, el recado. . . y el rebenque hacen de los. . . tíos, los esclavos del hombre.

Seguía cavilando don Anastasio.

¡Pobres! ¡Cuánto sentirán no tener familia propia, hijos de su propia sangre! Para ellos, tirarían agua, traerían pasto, arrastrarían el arado, ni más ni menos que lo hacen al fin, para esos hijos ajenos á quienes quieren, porque el instinto paterno se tiene que desarrollar, tarde ó temprano, y aun guacho, en toda criatura de Dios, y que,—bien se dan cuenta de ello,—aprovechan su trabajo, gozan de su cariño, y se ríen entre sí de sus penas.

Un poco más lejos, vió don Anastasio á sus peones que cortaban de una punta de vacas, unos bueyes viejos, de trabajo, dejando sin molestarlos los terneros, las vacas y un toro que ahí estaba, haciendo volar con fiereza la tierra por el aire.

— « Otros tíos, pensó. . . ¿Y yo? Más tío que todos ellos, con esa caterva de sobrinos que me

miran trabajar sin ayudarme para nada, cuyo cariño son zalamerías, y que hacen cálculos sobre mi fortuna y sobre los días que me pueden quedar de vida.

— « Toma, viejo zonzo; no quisiste cargar con familia, y la tienes doble, sin gozar de ella. »

Y siguiendo su camino, iba don Anastasio, casi resuelto ya, él, viscachón viejo, á casarse con una viudita sabrosa, mucho más joven que él, que le gustaba, y que le parecía lo más bien dispuesta para con él.

Echó una ojeada, al pasar, sobre la majada extendida en el campo, y su vista cayó en un animal, muy aspudo, que había sido carnero, en otros tiempos, y se había vuelto... tío.

—«¡Hum! pensó: puede ser que algunos somos que hemos nacido sólo para tíos. »

Se acordó también, al rato, de que la viudita tenía hijos del primer marido, y si, cuando llegó á su estancia, se hubiera encontrado con algún sobrino en acecho para pecharle cien pesos, hubiera sido capaz de darle doscientos.

XLVIII

MESTIZACIÓN

Cuando nos acercamos al palenque, nos salieron á recibir media docena de perros, ladrando con todas sus ganas, y nos pudimos dar cuenta, una vez más, que todo, en la Pampa, se va mestizando muy ligero, pero que la especie perruna, si se ha mestizado, ha sido hasta ahora, burlándose de la ley racional del perfeccionamiento continuo.

Los que nos atropellaban, parecían haber querido formar, entre todos, como un muestrario de las veinte razas que se podrían haber cruzado, en cien leguas en contorno; pues en ellos había de todo: hocico de zorro, miradas de lobo, dientes de mastín, cabezas de galgo, orejas de pointer, piernas torcidas de rastrero, boca enorme de danés, tamaños de faldero y

de terranova, pelo de ovejero, colas peladas y otras peludas.

Y mientras cambiábamos sobre el punto, nuestras reflexiones, salió del rancho la mujer del puestero, con unas siete ú ocho criaturas, entre negras y blancuzcas, que se pegaron contra la pared, mirándonos con toda la atención de sus tamaños ojos negros. La mujer era mulata, con la mota característica, y de cara bastante negra para que se pudiera afirmar, sin ser todo un antropólogo, que ese color acentuado no podía proceder únicamente de la acción del sol.

Al rato, llegó con la majada y la empezó á encerrar, para el aparte que debíamos hacer, el marido de la morocha aquella. Y, como llevaba boina y alpargatas, pensamos que era vasco, pero nos dijeron que era napolitano.

¡Cosa particular! ¡como les gusta á los tanos blanquear á los hijos de las negras! Esa sí, es mestización.

Y no sólo á la sangre la mestizan, sino también al traje, al idioma, á todo. Cuando se nos presentó este italiano, vestido de vasco y casado con negra, y nos empezó á hablar, vimos que era muy gaucho, el hombre, de cuchillo en la cintura y bastante compadrón, pero con una jerga criollo-bachicha que era otra mestiza.

Todo, en este bendito país, se tiene que mestizar á la fuerza: las ovejas en las cabañas y las vacas en los rodeos, y la gente en todas partes, y si es cierto que el mejor toro es el que de más lejos viene, seguro que, con el tiempo, no habrá morena por renegrida que sea, que no tenga nietos rubios.

Hasta los campos se mestizan, y cierto es que con el traqueo de haciendas traídas de campos refinados, las semillas que en su lana ó en sus colas traen pegadas, brotan entre los pastos duros, y poco á poco, mejoran la planicie.

Las calidades y los detectos, en la gente, también se casan y, como buenos casados, pronto pelean entre sí, pero echan unas crías de calidades y defectos inesperados. Las costumbres se cruzan; y justamente, ese día, después de concluído nuestro trabajo, aceptamos unos mates cimarrones que nos cebó el puestero napolitano, en cuclillas cerca del fogón, á la gaucha, mientras su señora prefería tomar una taza de té, como una lady inglesa.

Y en este incesante intercambio de elementos tan variados; en este entrevero de costumbres, de trajes, de idiomas, de vicios y de calidades, todo y todos cambian algo de su personalidad, moral y física, por algo del medio ambiente, hasta formar á veces ciertas mezclas dispara-

tadas y un conjunto algo desconcertado, cuya dominante todavía no se puede percibir con claridad.

Por ejemplo, esta bandada de muchachos que, cuando volvimos, estaba en el andén de la estación, esperando el trèn; con mirarlos un momento, se conoce que los irlandeses han de haber poblado fuerte la comarca, pero no solos; y es una mezcla realmente sabrosa, la de estos ojos azules con estas cabelleras negras, de estas pecas, en caras que hubieran querido ser trigueñas, con estas narices arremangadas encima de bocas anchas, de las cuales salen, sin el mínimo acento inglés, á pesar de los dientes largos, el idioma criollo, en toda su flor.

XLIX

ANIMALES EXTRAVIADOS

Eran ya las seis de la mañana, y el ternero de la única lechera que, todos los días, ordeñaba doña Tomasa, para las necesidades de la familia, balaba todavía lastimosamente en el palenque, con el hocico metido en la trompeta, el ojo triste y la panza chupada. Doña Tomasa, lista desde un gran rato para ordeñar, con su balde, su jarro y su banquito en las manos, miraba el campo y repetía, impaciente.

—«Pero ¿qué estará haciendo este muchacho, que no trae la vaca? Salió hace una hora y no vuelve. ¿ó se habrá ido esa gran pícara, quién sabe á dónde?»

Momento después, apareció Luisito, muchacho de ocho á diez años, uno de los hijos de oña Tomasa, y á la pregunta de ésta, contes-

tó que, en ninguna parte, había podido encontrar la Juanita, ni con las otras vacas, que recién bajaban de la loma, ni en el cañadón donde se solía cortar sola; y la madre se iba poniendo inquieta de veras, cuando su esposo, D. Anacleto, que estaba tomando mate y churrasqueando en la cocina, se acercó y le gritó al muchacho:

—«¡Ah! qué no miraste en el maíz!» Y sin contestar nada, Luisito se fué al galope, costeando el alambrado mal estirado del pequeño retazo de tierra que don Anacleto, cada año, sembraba, con actitudes de sublime esfuerzo, y como para enseñar á sus vecinos con que empeño fomentaba en su casa el progreso de la agricultura.

Al cabo de un rato se oyeron los gritos de Luisito: «¡Fuera vaca!» y la Juanita, buscando el portillo de que era vaqueana, pasó como pudo entre los alambres flojos, y sin soltar una chala que todavía venía mascando con el mayor descaro, llegó al trote hasta el palenque, sacudiendo su panza repleta hasta más no poder.

—«Ya empieza esa mañera del demonio, rezongó don Anacleto, como todos los años, cuando el maíz está por florecer; no me va á dejar una espiga para el parejero.

—Dejála á la pobre, dijo doña Tomasa, á quien el mismo susto de haber creído perdida su vaca

favorita y la satisfacción de volverla á ver incitaban á la indulgencia; dejála, es tan buena, la pobre. ¿Y también, por qué no estiras esos alambres?»

En campo abierto, se puede decir que vive el criador entre inquietudes siempre renacientes. Si la Pampa, en su conjunto, es llana, también tiene sus recovecos; hay en ella lomas, ondulaciones, médanos, cañadones, y en campo algo quebrado ó poblado de pajonales y de juncos, es harto fácil perder de vista un grupo de animales, creerlo extraviado y campearlo desesperadamente, cuando con toda tranquilidad lo está esperando en casa. También hay chambones que campean sin tino, sin reflexión, y buscan sin tón ni són, donde de ningún modo pueden estar los animales que faltan. Otros son haraganes, para quienes la campeada no pasa de un pretexto para visitas y conversaciones en todos los puestos de la vecindad, y no faltan tampoco peones pícaros que de cuando en cuando, fingen haber perdido la tropilla, para andar con licencia á campear hacienda de otra laya, cuando no de marca ajena.

La inquietud crece en razón del estado y de las condiciones del animal extraviado. Un animal flaco, enfermo, puede haberse ido á morir

detrás de alguna mata de paja; no puede haber tentado la codicia de nadie, y sólo para el cuero, hay que andarlo buscando; pero tratándose de algún novillo gordo ó de alguna vaquillona madura para el asador, la desaparición súbita es de mal augurio, y con razón, le hace fruncir las cejas al amo. ¡A campear! y ligero, pero con pocas esperanzas y con muchas probabilidades de encontrar sólo la panza, la cabeza y las tripas en algún pajal. Para semejante campeada, los chimangos son impecables vaqueanos.

Si del rodeo ó de la majada, echa de menos algún animal conocido, el ojo certero del capataz, difícil es que sólo falte aquel, y se puede dar por seguro que toda una punta del rebaño ha de haber quedado en el campo, extraviada, mixturada, ó algo peor, y si no se encuentra en el campo, después de prolija recorrida, hay que ir pidiendo aparte á los vecinos y hacerles parar rodeo.

A veces, se encontrarán los animales extraviados; y no digamos que nunca se encontrarán todos, pues sería calumniar al hacendado que todavía ni ha tenido tiempo siquiera de darse cuenta de la presencia de animales ajenos entre los suyos. Casi siempre, se hallarán muchos de estos, ó por lo menos algunos, y

también varios de cuya ausencia ni se sospechaba.

Es que no son pocas las causas por las cuales los animales desaparecen, en campo abierto: caprichos primaverales, de que son presa aun los que menos se deberían acordar de paraísos perdidos; inoportunos recuerdos de alguna antigua querencia; arreadas mandadas hacer por el impertinente mosquito; ganas de caminar al viento, cuando hace calor, ó de huir ante él, cuando sopla muy frío; también se desparraman ó se van los animales, en tiempo de seca ó de epidemia, á buscar agua ó campo mejor, ó huyendo de la muerte, como si no los pudiera ella seguir. Todo esto, sin contar los robos, de que nadie está libre.

¡Oh! no le faltan al hacendado ocasiones de *pensar en bueyes perdidos*.

Y justamente, era la complicada operación mental á la cual se estaba entregando don Bernardo Zurutúa, sentado en una cabeza de potro, cerca del fogón, con un mate vacío en una mano y un cigarrillo apagado en la otra, la boina en la nuca y mirando con ojos fijos las llamitas que, de vez en cuando, bailaban en las brasas y teñían, en la noche, de rojo subido, su cara colorada de vasco viejo, recocido, durante cincuenta años, por el sol de la Pampa.

Pensaba, sí, y de veras, en *bueyes perdidos*, con la tropa parada hacía tres días, á espera de los campeadores.

Es que á los bueyes, con su aire bonachón y sumiso, con su facha de gente formal y seria, incapaz de hacer una mala jugada á nadie, de repente les da la loca para mandarse mudar y volverse solos á la querencia, dejando plantadas las carretas, que ya se cansaron de arrastrar. Se figurará uno que debe ser cosa fácil encontrarlos, lerdos como son; sí, si fuesen lerdos de veras, pero no es el caso, cuando así se ván, y tienen su trotecito que no deja de tragarse las leguas.

También deben saber ellos, que no sería, con todo, muy penoso alcanzarlos, pues nunca se van derecho á su destino: agarran por cualquier lado, dan una vuelta grande, y recién un poco antes de llegar á la querencia, enderezan á ella.

Y así se burlan de los que se van pelando... la montura, campeándolos, sin más rumbo que el miedo de perderlos, sabiendo que son comestibles.

Y por esto mismo, don Bernardo Zurutúa, con la tropa parada hacía tres días, pensaba, melancólico, en bueyes perdidos.

L

NOCHES OBSCURAS

Santiago Ponce era un chino enorme, tan ancho de espaldas como alto de estatura, de frente estrecha, de cara tan peluda que casi sólo, en ella, se veían los labios rojos y los ojos pequeños, llenos, no de maldad, pues eran medio sonrientes, pero sí de estricta desconfianza y en constante movimiento, como acechando sin cesar de donde iba á venir el peligro. Había caído, no se sabe de que provincia, San Luis, Córdoba ó Santiago, concluyendo por fijar su vida errante en la orilla de un cañadón, de propiedad fiscal, edificando allí un ranchito, donde vivía con la familia: mujer, hijos é hijas: una punta. Tenía algunas yeguas, una majadita nacida toda de guachos recogidos en el campo y mantenidos con la leche de cuatro ó cinco

vacas, habidas no se sabe como. Para costear los vicios, la mujer y las hijas lavaban y planchaban la ropa de algún vecino y los hijos domaban algunos potros en las estancias. La esquila y la cosecha de alguna plantación de maíz, proporcionaban también recursos pasajeros, y don Santiago no desdeñaba de trensar algún par de riendas, ocupación tan apropiada á su cuerpo de gigante, como al de un buey, el arrastrar un carretilla.

De cuando en cuando, se mataba una yegua, para tener carne; y como no faltaba algún cerdo medio silvestre que saliera del cañadón, para aprovecharse de los residuos de la carneada, también habían podido formar un pequeño rebaño medio domesticado, de estos animales. Y todo esto era la tapia, detrás de la cual brotaban otros recursos ignotos, aunque sospechados, que ayudaban á resolver el problema de la vida.

Cuando, en tiempo de luna menguante, se ponía nublado el cielo, no dejando ver ni los dedos de la mano, casi siempre brillaba, en la casa de Ponce, la lucecita de un farol, colgado del mojinete; y todos la conocían, la estrella pícara, faro sin vergüenza de las expediciones nocturnas á los corrales del vecindario.

« Han salido los Ponce, » decían los vecinos,

al divisarla, pestañeando, fuliginosa, taladrando á duras penas las tinieblas espesas del bajo, y para cada uno de ellos, era como un aviso de cuidarse bien.

Pero son muchos los corrales á los cuales les puede tocar la suerte; y cada uno acaba por creer que para otro será, con tanta mayor facilidad cuanto mayor sueño tiene, y todos se van á dormir, confiados en que los perros, en caso de peligro, sabrán cumplir con su deber.

La obscuridad es tan opaca que parece que ni las viscachas se podrán atrever á alejarse de la cueva, y que, hasta que aclare, no habrá bicho viviente que se pueda mover. Así mismo, suena á lo lejos, el grito del tero-tero; chirria, enojada, la lechuza gritona, y hasta se oye el bullicioso y pesado remonte del chajá, en una sonora llamada. Algún fantasma que pasa, sin duda, entre un revoloteo de ánimas. Pronto cesan los ruídos en el cañadón; pero empiezan, en la loma, á ladrar los perros de los ranchos. Cosa de un momento; todo calla, todo vuelve á caer presa del sueño.

La lucecita siempre pestañea en el mojinete lejano de la choza, esperando, inquieta, la vuelta silenciosa, rastrera, de los que han salido.

En el corral de la majada, se ha oído de repente un gran ruído sordo de disparada, como si

las ovejas, levantándose todas de golpe, hubieran sido espantadas por la súbita aparición de algún perro fenomenal ó barridas por un sopio misterioso.

¡ Cosa rara ! los perros han quedado callados; pero la dumba del capon madrino ha hecho oir su tañido de tacho cascado. El patrón se ha dado vuelta en la cama; ha prestado el oído, y al sentir disparar, otra vez, las ovejas, salta al suelo, se viste de prisa, llama al capataz, despacio le dice : « se ha movido la majada, » y salen ambos, revólver en mano.

Caminan agachados, á tientas, sondeando inútilmente, con los ojos desencajados, la obscuridad impenetrable; el silencio es completo, no se mueve una paja; escuchan, sin resuello, y esperan, cerca ya de una mata de sauco que sirve de reparo al corral.

—«¿Dónde estarán los perros?

— Durmiendo.»

De repente vuelve á correr la majada, y sin más ni más, al tanteo, suena un tiro, iluminando con su relámpago de medio segundo, las tinieblas; retumbando formidablemente en la llanura extensa; dura un rato largo, el siniestro silbido de la bala, que corre, ciega, en el aire, mientras que mil ruidos parecen haber nacido del trueno del tiro. La majada dispara en el

corral por todos lados, la bomba tañe apurada; los perros han acudido y ladran desesperadamente hacia el corral, excitados por el: «chúmale» del amo; los tero-teros se deshacen en gritos, y un rato después que un perro ha echado un quejido lastimero, herido seguramente por la cuchilla muda, crujen las ramas del sauco; y el patrón, y el capataz, ahora, tiran derecho á matar, si pueden, mientras las ramas siguen crugiendo, y retumban los tiros, siniestros en la noche, con un rápido relampagueo; y el silbido largo, rabioso, de las balas, que corren, ciegas, en el aire, apuradas, una tras de otra, allá lejos, se va perdiendo.

La estrella fuliginosa del mojinete de Ponce pestañea, se agita, inquieta, en el bajo, esperando la vuelta de los que han salido.

Volvieron, no más; no ha habido muertos ni heridos; era tan obscura la noche; pero aunque brille la lucecita del cañadón, la majada aquella, durante mucho tiempo, dormirá tranquila.

—«¿Y esa plaga? ¿Por qué no la quitan de ahí?

—«¡Eh! amigo, son muchos los Ponce, y muy dóciles para votar!»

LI

PAZ Y JUSTICIA

Se iban acabando las últimas ovejas de la última chiquerada; el agarrador recogía las maneas, las tijeras corrían á todo vuelo, agarradas á dos puños, y cortaban, cortaban, apuradas y cansadas, la lana, y á veces el cutis, para concluir de una vez. Ladislao se enderezó, manteniendo con el pie la oveja desmaneada, á la cual sólo le quedaba por pelar la barriga y las patas, y le dijo al mayordomo:

—«Patrón, no voy á poder venir el lunes.

—¿Por?

—Porque tengo que ir al pueblo, á las elecciones.

—¿A las elecciones? ¿Y qué elecciones son? preguntó el mayordomo, asombrado de que La-

dislao pudiese tener tanto empeño en cumplir con sus deberes cívicos.

—No sé, patrón, pero he prometido ir.

—Pero, ¿serán municipales, provinciales, nacionales?

—¿Qué sé yo, señor? pero le prometí á don Narciso ir á votar, porque así me lo pidió, cuando lo compuso á Manuel, mi hermano, por esa pelea que tuvo, el mes pasado, y en la cual cortó medio feo á Juan Sota.

—¡Al diablo con las elecciones! en fin, si es así, vaya no más.»

Y Ladislao se fué, haciendo, en la noche del sábado, diez y ocho leguas, y diez y ocho, el lunes, para volver á su casa, todo para cumplir con ese singular compromiso de dar su voto á un desconocido, para una función desconocida, en cambio de la absolución de un culpable.

Pero don Narciso lo recibió muy bien, y cuando se presentó en la plaza, para que le indicasen el bando con el cual se debía juntar, fué presentado al juez de paz, con los demás votantes; y este magistrado les dirigió la palabra, dándoles las gracias en nombre del gobierno, y hablándoles de la Constitución, de la patria, de los deberes del ciudadano y de varias otras cosas por el estilo, que por retumbantes que fueran, no les llamaron mayormente la atención;

agregando que después de la elección, habría carne con cuero; esto sí, lo entendieron bien, vivando ruidosamente al orador.

Y el juez de paz los dejó y volvió al Juzgado, donde lo esperaba, según le avisaron, un hombre, para un asunto urgente.

El juzgado era la sala de una casa esquina: un asta-bandera en la azotea, un escudo encima de la puerta principal; un vigilante, de guardia, muy ocupado en repartir sonrisas y piropos á las chinas que pasaban en la vereda, eran los signos exteriores que diferenciaban de las demás casas del pueblo, ese templo de la justicia.

En el interior, un plano del pueblito, otro del partido, varios proyectos de iglesia y de escuela, estas aspiraciones natas de toda población naciente, irrealizables siempre, por falta de fondos, adornaban las paredes de la sala, con avisos para el pago de la contribución y de las patentes; en la mesa, un escribiente extendía una guía, ese documento de dos filos que, bajo pretexto de protejer los intereses lejítimos del criador, se ha vuelto instrumento de su despojo, al buscar en él las municipalidades despilfarradoras, una elástica fuente de recursos, y cuya fácil falsificación permite á los empleados infieles aliarse con audaces cuatreros, para saquear, por otro lado, la propiedad del hacendado.

El juez pasó con el individuo que lo estaba esperando, á otro cuarto que le servía de oficina particular.

—«Señor, le dijo éste, venía á ver si usted podía arreglar el asunto que tengo con don Justo.

—¿Qué asunto?

—Unas ovejas que, no se como, señor, han encontrado, contraseñaladas, en mi majada. Dicen que soy yo, y me han metido pleito.

—¡Ah! si; me acuerdo. Pero es de suma gravedad, esto, amigo, y no se va á poder arreglar. ¿Quién sabe si no le cuesta todo lo que tiene, y si se libra de una temporada en la cárcel? Mire que, hoy, se han puesto muy severos para el abigeato.

—Pero señor, si no he sido yo; ha de haber sido alguno que me quiso embromar.

—¿Qué quiere? amigo; todas las pruebas están en su contra; no puedo yo hacer nada.

—Pero, señor juez . . .

—También le diré una cosa: en las últimas elecciones, usted cometió la barbaridad de votar en contra de nuestro partido, y se me enojaría don Narciso, si me empeñase en su favor.

—Señor, lo he visto á don Narciso, y me dijo él que arreglase con usted.

—¿Le dijo? ¡Ah! entonces, cambia de especie;

pero, con todo, me parece difícil, porque, al fin, la justicia es la justicia.

—Pagaría, señor. Aquí traía mil doscientos pesos, todo lo que pude juntar, pidiendo prestado y empeñándome, por tal que todo quede arreglado.

—Bueno; quizás . . . es muy difícil; don Justo es hombre bueno, pero muy testarudo, cuando se trata de robos de hacienda. En fin, déme la plata y haré lo posible; por tal que, por otra parte, se comprometa á acompañarnos cuando haya alguna otra elección.»

El paisano lo prometió todo, sacó del tirador el rollo, y al remitírselo al juez, pidió tímidamente un recibito.

—«Se lo daré cuando hayamos arreglado con don Justo»; y agregó: «No vaya á decir á nadie cuanto le cuesta, pues todos dirían que es demasiado poco y me armarían un bochinche.»

Poco tiempo después, el juez mandó llamar á don Justo, y le hizo comprender que no valía la pena seguir pleito á semejante infeliz; que tampoco, quizás, era él el culpable; que podía ser, lo de las ovejas contraseñaladas encontradas en su majada, alguna venganza de peón despedido ó quien sabe qué.

«Y á más, ¿qué es lo que va á sacar de él? le dijo. El hombre es pobre. ¿Quién sabe si á

usted, por fin, no le viene á costar muchos dolores de cabeza y dinero, encima?»

Sin mayor trabajo, dejó convencido á don Justo que doscientos pesos era todo lo que razonablemente se podía sacar del individuo en cuestión, y que con esto, cobraría, bien pagas, las ovejas que le pudieran faltar.

Algo es algo, y don Justo se llevó la promesa de los doscientos pesos, considerando que no había del todo perdido el día.



El puesto de juez de paz es honorífico; y ¿cómo no se va á entender, entonces, que tengan que encontrarse algunas compensaciones á los sinsabores inherentes al ejercicio del poder? Esto de tener que distribuir á cada uno lo poco que, en este mundo, le deba tocar de paz y de justicia, no deja de ser algo fastidioso, y si no hubiera, de cuando en cuando, algún arreglo provechoso, ó alguna recogida de animales de marcas desconocidas, ó concesiones de tierras municipales, cuyos mejores lotes es fácil reservar, ó cualquiera otra cosita, ¿á dónde iríamos á parar los jueces de paz?

———

LII

EL FUNDADOR

De esta loma, se hará la cuna de la estancia futura : edificaremos en ella nuestro rancho, no al pie, porque se debe dominar el campo donde pacerán las haciendas; ni tampoco en la cima, demasiado barrida por el viento, pero en la falda que suavemente se desliza hasta la cañada fértil.

Las carretas, cargadas hasta el tope, han llegado y ya se anima el desierto, nace á la vida; se llena de los mil rumores del trabajo.

Los peones han cavado el pozo; con ansiedad se prueba el agua todavía turbia, que mana con fuerza de las venas de la tierra, abiertas por el pico.

Huele á tosca, está llena de arena, su sabor es algo salobre, pero, ¡qué rica parece!, y ya se

plantan los pequeños árboles que esperaban oprimidos en las barricas en que han venido.

Los pájaros del pago no han tardado en acudir, á presentar sus cumplimientos y á dar su opinión sobre lo que ahí se hace; han probado también el agua del pozo, y seguramente la encontraron á su gusto, pues una cabecita negra se meció, cantando, en la punta arqueada por el peso de su cuerpo, de una casuarina de medio metro de alto.

La paja de embarrar está cortada, el pisadero, punteado con la pala, las maderas, preparadas y clasificadas: todo está listo; y pronto sucede que se han parado los principales: cinco tirantes bien clavados, en hoyos hondos y pisados con esmero; encima de los cuales se pudo colocar, antes que anocheciera, la cumbrera. Y ese monumental embrión de la modesta morada, parece tener la ambición de encuadrar, entre sus cuatro marcos anchos y toscos, la maravillosa cortina de luz anaranjada del sol poniente.

A la tarde del otro día, cambió de forma, y con las costaneras puestas en su sitio, y las tijeras descansando ya en ellas, surge en el campo llano, como enorme esqueleto de algún monstruo antidiluviano.

Un vecino ha venido á curiosear, y disgustado

quizás, por no poder tener toda la Pampa para sí solo, chanceando, y de modo que todos lo oigan:

—«Más alto es el rancho, más pronto vuela el techo,» dice.

Y miren lo que son las cosas: ese mismo pobre que, él, era bajo y retacón, fué volteado por la muerte, pocos días depués; mientras el rancho, á los años, está todavía en pie.

En pocos días, ese rinconcito de la llanura desierta ha cambiado de aspecto. El terreno está todo pisoteado; las pajas quebrajeadas y y el trébol marchito desaparecen bajo las pisadas de los obreros; en las tablas y en los tirantes, suenan los martillazos, cruje el serrucho; y se oyen los gritos y los rebencazos con que, parado en el borde del pisadero, un peon, los brazos y las piernas embadurnados de barro, la cara toda salpicada, excita á dos pobres mancarrones que, en castigo de ser viejos, y, como tales, más amoldados á las peores circunstancias de la vida, andan obligados á dar vueltas en el barro pegajoso, arrancando con trabajo, á cada paso, las patas que salen haciendo ¡fluc! como chupadas por la liga viscosa.

Van subiendo las paredes; el armazón desaparece bajo los pesados *chorizos* de paja embarrada, y pronto se volvió casa. Pues casa es, y no un

rancho cualquiera : cuatro piezas, cuatro puertas y cuatro ventanas, con un corredor todo en contorno, y en la punta, una cola de pato, donde se podrá dormir, en verano, siestas inefables; paredes espesas, bien revocadas y blanqueadas, adornadas por un albañil artista, de piedras imitadas con primor, y pintada,—arrogante,— en lo alto del mojinete, la marca del establecimiento en formación. ¿Le parece poco lujo? pues, algo más le diré: cada pieza tiene su piso de tabla, ¡las cuatro!... y, por fin, ¿qué importa? ¿No cabe lo mismo la felicidad en la choza como en el palacio?... ¿Y también el dolor?

***

Ahora, la estancia ha crecido; la marca del mojinete requiere otro marco más lujoso, alguna casa elegante y bien construída, pues ella se luce en la cadera de millares de vacunos. Pero, después de tanto tiempo, le crié tal cariño á mi rancho viejo, que no me puedo decidir á voltear sus grietadas paredes, de las cuales se va borrando la pintura y cayendo el revoque, ni á devolver su polvo al polvo de donde ha salido, ni á hacer leña su esqueleto descuajaringado, dejando desvanecerse, en el

humo de cada astilla, uno de los mil recuerdos alegres ó tristes, de tantos años de vida, pasados bajo su techo de paja. Hasta los mismos árboles que lo rodean; que al crecer, lo han ido protegiendo contra los excesos del viento brutal, y que hoy alegran y poetizan su melancólica vejez, piden perdón por él... Hagamos más bien la casa nueva en la otra orilla del monte.

FIN.

INDICE

Páginas

TIPOS Y PAISAJES

CRIOLLOS

IV SERIE

IMP. "SAN MARTIN", ALSINA 459

DEL MISMO AUTOR

La Cría del ganado en la República Argentina

Manual del Estanciero—2.ª Edición

Manual del Agricultor Argentino

Un tomo de 900 páginas con 205 grabados, $ 10.

Cada mate . . . un cuento

Tipos y Paisajes criollos, 1.ª serie

" " " 2.ª »

" " " 3.ª »

Los Dioses de la Pampa

EN PREPARACION

El Hombre dijo á la oveja . . . (Fábulas argentinas)

GODOFREDO DAIREAUX

Tipos y Paisajes

Criollos

IV SERIE

EDITORES:
PRUDENT HERMANOS Y MOETZEL

721 - VICTORIA - 727
Buenos Aires
1903

LIBRERÍA MENDESKY
A. SABOURIN É HIJO
SUCESORES
FLORIDA 359

I

EL DOMADOR

El cisne mal sabe caminar en tierra, pero es hermoso, cuando, sin esfuerzo, hiende las aguas.

El domador, con sus piernas arqueadas, sus botas de potro y sus espuelas enormes que, á cada paso, hacen criss, criss, en el suelo, hace acordar, cuando camina, al pesado cisne; pero también al cisne nadando hace acordar el domador, cuando, pegado en el lomo del potro, resiste, sin esfuerzo aparente, las feroces defensas del animal, y lo deja vencido, sometido, doblegado, admirado de la fuerza humana.

El domador necesita tener, y tiene inconscientemente, un conjunto de cualidades que, menos especializadas, aplicadas á otros objetos y desarrolladas en formas variadas, bastan pa-

ra colocar al hombre culto que las tiene, en el rango más elevado de la humanidad.

Sin saberlo, por la costumbre nata y casi atávica que de ello tiene, dá prueba cotidiana del dote viril por excelencia: el valor sereno, que busca y afrenta el peligro, y lo domina con sangre fría y energía paciente, secundadas por una fuerza física, una agilidad, una flexibilidad de cuerpo sin rival.

El domador de profesión habla poco, en general, y en la alegre rueda que, alrededor del fogón, hace el personal de la estancia, es un compañero casi mudo. Demasiado afianza con hechos su indiscutible superioridad, para necesitar afirmarla con palabras, y su orgullo ligeramente protector con el gauchaje corriente, facilmente se vuelve desdén para con el labrador que no doma más que la tierra, víctima mansa que no corcovea.

Profesor de primeras letras para bestias analfabetas, el domador tiene que ser, á la vez, indulgente para terquedades de novicios, inexorable para mañas de resabios. Trata primero de hacer comprender al discípulo lo que de él exije, pero al rebelde se le tiene que imponer por la fuerza.

¡Oh! los modales del domador no son de los más finos, y sus argumentos que, generalmente,

rematan en rebencazos, no se pueden citar como modelos pedagógicos; pero es que se trata para él de dejar incólume su fama de ginete impecable, de quien ningún caballo pueda decir que su maestro le ha enseñado á voltearlo, y también, en una sola lección, tiene que enseñarle tantas cosas nuevas y diferentes, que no podría hacerlas entrar sin una elocuencia contundente.



Todo está listo; el potro, encerrado en el corral con la manada, por el peon apadrinador, apenas se acuerda, después de la vida ociosa y libre que ha llevado durante tres años, que ya lo voltearon dos veces, una para quemarle la pierna, otra para infundirle juicio. No le ha quedado más que el temor instintivo al hombre, delante del cual huye despavorido, ya que se le acerca.

De repente, en medio de una disparada, el lazo traicionero, de un pial certero, le ligó las manos y lo volteó brutalmente de cabeza. En un abrir y cerrar de ojos, tiene atadas juntas las dos manos y una pata. Con la que le queda libre, cocea desesperadamente; levanta penosamente la cabeza y la deja caer.

Pronto la tiene encerrada en el bozal; á la

fuerza, le abren la boca y le atan el bocado en los asientos.

— «¿Te gusta más el pasto, verdad, goloso?» le dice el peon, mientras el domador le pega con las riendas dos ó tres tirones bárbaros: ¡pobre boca, pobres dientes! Y con las riendas y el cabestro atados en el pezcuezo, prendido de la argolla del bozal un lazo, lo hacen levantar y caminar, con las patas maneadas, y salido del corral, tambaleando, tembloroso, furioso y violentamente asustado, se encuentra cara á cara con el hombre. Echa bufidos, se sienta, mira al domador con espanto:

—«¿Seré tan feo? dice éste, ¡che! no me pises, que tengo callos.»

Para sosegarlo, el peon apadrinador le acaricia el hocico, la frente, acercándole despacio la mano á las orejas, hablándole con ese modo cariñosamente irónico que consuela á la vez que hiere. Cada vez que la mano roza la oreja, son saltos, enojos, miradas relampagueantes, como si la oreja fuera el paladio de su libertad, el rinconcito sagrado, inviolable, de su persona infamemente manoseada.

Y de repente, se la oprime resueltamente y con toda su fuerza, el peon, colgado de la argolla del bozal, y tapándole el ojo con el brazo. Se rebela el potro contra esa nueva brutalidad;

pero, maneado, como está, casi ciego, casi sordo, poco le luce la resistencia. Tiene que sufrir, en su rabia impotente, las caricias del domador que, una por una, le vá amontonando en el lomo, sin perdonar una, las innumerables prendas del recado pampeano.

Y empieza el suplicio de la cincha; la cincha que hace crujir las costillas y aplasta en el lomo, el peso del recado. El animal hincha la panza, como para reventar la cincha ó reventar él; inútil esfuerzo. Lo han desmaneado; trotea, hinchando ahora el lomo, como gato enojado, y desesperado, se deja caer al suelo y trata de revolcarse. «¡No me ensucies las pilchas!» le dice el hombre, y lo hace levantar; y mientras el peon lo vuelve á agarrar de la oreja, en un santiamén, el domador está sentado encima, concentradas todas las fuerzas de su cuerpo y las energías de su voluntad, en las rodillas, pegadas, clavadas, atornilladas en el recado. Ese es el momento de la lucha récia, no sólo de las fuerzas físicas, sino también de los dos orgullos en pugna.—«Te voltearé.—No me voltearás.» En esto se resume el diálogo entre la bestia y el hombre.

El potro, á pesar de los manoseos ya sufridos, algo sorprendido por esa suprema audacia, vacila un rato; y vuelto en sí, se encabrita, se

abalanza, se para enterito, bate el aire con las manos, hasta se bolea á veces, ó se deja caer pesadamente. El hombre, sereno, ó queda en él, inconmovible, ó lo deja levantarse, desdeñosamente parado, y vuelve á montar.

Reculó el animal, volvió adelante, galopó algunos pasos, se paró de golpe y saltó cinco veces seguidas, en las manos tiesas, haciendo un derroche inútil y desesperado de fuerzas, en ese corcoveo rabioso, última y verdadera prueba del jinete. Ya está vencido. Llueven en su cuerpo tremendos azotes; le tironean la boca á sacudidas; el apadrinador lo empuja con el caballo; hasta que busca en la disparada el supremo recurso, sin pensar que esto es justamente lo que quieren de él, el objeto verdadero de la primera lección.

Y volvieron al corral, sino muy buenos amigos, algo menos distanciados; el potro, fatigado, impotente ya para resistir; el domador, sino con la sonrisa radiante del triunfo definitivo, por lo menos con una mueca satisfecha, aunque de labios apretados y de ojos apenas abiertos, gaje de victoria incompleta aún, y penosamente lograda, pero segura, ya.

—«Tuviste que ceder, zainito; pero peleaste lindo, y vas á ser una gran cosa, si te amansan bien.»

¿Y no creen Vds. que también podrán ser una gran cosa los descendientes del audaz y enérgico domador, una vez pulidos por la civilización, y agregadas á las dotes heredadas, las que se pueden adquirir por la instrucción? No lo duden; y cuando desde mucho tiempo, se habrá dejado de domar á lo pampa, se conocerán todavía claramente los hijos del lazo de los hijos del arado.

II

CAUDILLOS

—«Sírvase, don Florencio,» dijo don Narciso, alcanzándole un soberbio mate de plata á su vecino Urtubey, que con pretexto de pedir rodeo para apartar unos cuantos animales extraviados, había venido á visitar en su lujosa estancia, al señor intendente municipal, senador provincial, dispensador, en el partido, de los favores fiscales bajo todas sus formas: indulgencia suma en la avaluación de los impuestos, apertura de tranqueras y compostura de caminos, exenciones del servicio militar, autorización tácita para establecer, bajo la protección de la vista gorda de la policía, casas de recreativa extorsión. De su pasiva benevolencia dependían también ciertas facilidades para escurrir, sin peligro de inoportuna revisión, en

una partida de frutos, cueros comprados á precios demasiado bajos para ser de propiedad del vendedor, y su recomendación bastaba para el descuento fácil, en el banco de la localidad, de firmas algo averiadas, dulce maná, todo esto, que del cielo político cae, sin ruido, rocío benéfico y engordador, sobre los que—sin ser nada graciosos, muchas veces,—han sabido caer en gracia.

Don Florencio Urtubey, modesto hacendado, adicto al partido que, en el pueblito, acaudillaba don Narciso, porque sus inquebrantables convicciones políticas siempre lo llevaban hacia el que le parecía de base más sólida, hizo los debidos cumplimientos para aceptar el mate, y contestó, como lo manda la más elemental urbanidad:

—«Está en buenas manos.

— Sírvase, sírvase, don . . . ,» insistió don Narciso.

Y don Florencio, salvados sus escrúpulos, empezó á chupar la bombilla con una solemnidad verdaderamente linsonjera para el huésped, á quien dejaba ver en qué precio estimaba el envidiable honor al cual se encontraba llamado.

No tenía, por el momento, ningún favor que pedir, pero sabía que siempre es malo dejarse olvidar, y que más vale ser un yuyo al sol que

planta fina en la sombra. Comprendía que la política de aldea, exacerbada por la misma estrechez del cuadro en cuyos rincones se golpea las alas, no admite indiferentes; que inspira desconfianza á todos, el que con nadie se mete, y que, de ambas partes, le caerán, con cualquier pretexto.

Y así, durante un tiempo, les sucedió sin cesar á los hermanos Sánchez, estancieros y comerciantes recién establecidos en el partido. Tenían por vecino al otro caudillo local, don Pedro Costas, el temible contrario de don Narciso, protector nato de cuanto gaucho malo se le presentase, confesando que necesitaba de quién lo compusiera con la justicia. A todos, los admitía en su estancia, á título de peones; los mantenía y hasta les pasaba algunos pesos, teniéndolos de haraganes, la mayor parte del tiempo, y ocupándolos ó dejándolos ocuparse en expediciones misteriosas, que poblaban el campo de hacienda, y de cueros, los galpones.

A las elecciones iban, como en cuerpo de ejército, dispuestos á pelear y á matar.

¡El patrón era tan bueno! ¿y no debe el hombre débil ó pobre obedecer al protector, sin preguntar demasiado al sol con qué derecho le quema los huesos, en verano, por tal de que se los siga calentando, en invierno?

Por supuesto que á los hermanos Sánchez, como linderos de la pandilla, á menudo les faltaban animales. Reclamaron á las autoridades del pueblo; pero, si Costas era contrario, los Sánchez no votaban, y tuvieron que contentarse con buenas palabras; y pronto, la manga de los amigos de don Narciso empezó también á caerles, como moscas en carne mal guardada.

Un estanciero les cerró el camino; el recaudador les avaluó la patente en el doble de la de su competidor; con ó sin motivo, sus pedidos de guías siempre demoraban en las oficinas; no podían mandar á plaza un vagón de cueros, sin que se los revisarán uno por uno, buscándoles camorra por una oreja comida por los gatos ó cualquier otro zoncera, pinchazos de alfiler que si no matan, exasperan.

Don Narciso, personalmente, tenía fama universal de hombre muy bueno, servicial y de honradez acrisolada, verdadera virtud de lujo, esa, con que, sin perjuicio, le permitía adornarse su gran fortuna. Claro que él no robaba, pero no impedía robar, y entregaba como presa á sus fieles hambrientos, los contrarios mal protegidos y los indiferentes sin resguardo; y aquellos les buscaban el lado flaco, con ese olfato de fiera cobarde que no yerra, y adivina dónde se puede morder, y dónde no.

¡Terrible tiranía, la de la aldea! El tirano poderoso, en sus momentos de peor crueldad, conserva, á veces, rasgos de generosidad; en la inmensa red del más tiránico de los gobiernos, siempre fallan algunas mallas, por donde puede escapar el humilde, desconocido. En la aldea, no; y no hay en ella víctima tan pequeña á la que no puedan sacar algo, por astucia ó por violencia, los secuaces del caudillo.



En las inmensas soledades de la llanura, deslizándose sin ruido entre los fachinales espesos, vagaba el tigre feroz; vencía los toros bravos, y saciaba su sed de sangre, degollando baguales.

La población ha cundido, los fachinales han desaparecido y tan sólo quedan, en los pajonales diminutos, gatos monteses, matadores de perdices miedosas y de gallinas mansas.

También han desaparecido los caudillos sanguinarios y los tiranos de antaño, tigres que mataban y degollaban, y sólo quedan ahora, en los pueblos de la Pampa, como gatos monteses cobardes, entre las pajas, caudillos, encubridores de ladrones, ó politiqueros imbéciles; hombres excelentes, serviciales y de acrisolada

honradez, pero que con sólo dejar que sus amigos embrollen y roben impunemente, por tal de conservarles la poltrona de legislador, donde tan lindo se duerme, acobardan al trabajador, espantan al inmigrante, atajan el progreso, y detienen, por un tiempo, en su marcha adelante, al país entero, peñascos inertes y molestos, caídos en medio del torrente.

III

PARADAS COSMOPOLITAS

—« Mire, don Anacleto; ¿ por qué no se retira? Mejor que se vaya para su casa, hombre, á dormir. ¡ Mañana será otro día !» decía, con tono persuasivo, don Juan Antonio á un gaucho algo entrado en años y bastante mamado, que empezaba á meter bulla.

Pero, en este mismo momento, entró en la casa el hijo mayor de don Anacleto, hombre ya, y conocido por guapo, que venía en busca del padre; y el gaucho viejo, sintiéndose con resguardo seguro, se afirmó en el mostrador y echó á compadrear más fuerte que antes.

Pidió otra copa, á pesar de la discreta exhortación del hijo, que le aseguraba que su mamá los esperaba para comer; y empezó á explicar, sin que nadie lo hubiera provocado,

y á repetir con insistencia tenaz y cargosa: «Que él no tenía miedo á nadie, y que quien lo buscaba lo encontraba, y que á nadie le sabía mezquinar el cuerpo; que bien sabía que hay hombres que lo quieren embromar á uno, y ponerlo en compromisos, pero que él era pobre y honrado y no se dejaba pisar, y que todavía sabría enseñarles, á esos compadritos lampiños, que el viejo Anacleto era capaz de ponerlos á raya; y que no, por unos mocosos, aunque fueran extranjeros, iba á dejar el sitio; que él era buen criollo, y que sólo á los ingleses los respetaba, porque había tenido un patrón inglés, que si no lo hubiera echado, todavía estaría con él; y que mientras habría un gaucho para pelear, ahí estaría Anacleto.»

¡Parada! ¡pura parada! pero parada de gaucho borracho, fastidiosa como el ruido de la lluvia tormentosa en techo de fierro; enervante, porque nunca se sabe si no traerá alguna manga de piedra, ó—si dura,—algún desastre.

Hay paradas más inofensivas. Miren el tordillo viejo, si supiera todo el miedo que le tiene el maturrango á quien lleva de jinete, capaz sería de erguir la cabeza, y acordándose de otros tiempos, de echar á corcovear. Y seguramente, en ese caso, el pobre Nicolás Guazzalone, venido, hace poco, de Nápoles, no demoraría

ni un minuto en comprar terreno. Pero el tordillo es sumamente pacífico, y sólo extraña que su jinete lo sujete de la rienda, como si fuera redomón, y lo haga trotear corto y seco, en vez de dejarlo galopar como acostumbra.

El amigo Nicolás, con las piernas medio descuartizadas por lo ancho del recado que le han prestado, con los pies fuera de los estribos, y abiertos como hojas de guadaña, suda á mares y salta como mano de mortero pisando mazamorra.

Su pantalón está ya á la altura de las rodillas, el sombrero bambolea; la mano derecha, armada del rebenque, busca, inquieta, donde prenderse, en las pilchas del recado, y la catástrofe final le parece tan cercana al imprudente, que ya encomienda sus huesos á la Santa Madona, cuando, de repente, en movimiento involuntario, afloja la rienda, y el tordillo echa á galopar, con el ritmo suave del caballo pampeano.

El susto fué rudo, pero breve; el mismo galope restableció el equilibrio físico y moral del jinete; y Nicolás Guazzalone, cuando vuelve á pasar por delante de la puerta de la casa de negocio, donde le había parecido oir, momentos antes, un concierto de risas burlonas, aunque siempre tenga los pies abiertos, el sombrero en la

nuca, y el pantalón arremangado, lleva ya inscripta en la mirada orgullosa, la conciencia de su valor como amansador de animales ariscos, y hasta se atreve á castigar el tordillo, arriesgada parada, ésta, que casi descompone las cosas.

Con todo, el napolitano, á los pocos meses, se ha vuelto tan compadre, que podría ser peligroso, á ratos, expresar dudas demasiado acentuadas sobre alguna de las inauditas proezas de que se alaba, pues lleva en la cintura tamaña cuchilla, mal afilada, es cierto, pero sospechosa de traicionera, y un tremendo «ribólbere,» como lo llama él.

Dios los cría y ellos se juntan: al airoso hijo del Vesubio, de palabra redundante y de mirada torva, que á fuerza de paradas y de jeringonza gesticulante, ha logrado criar fama de malo, dándoles á los gauchos del pago las ganas de probarle las costillas, á la vez que cierto recelo para empezar, se ha pegado como garrapata, Ramón Olivares, español, acopiador de frutos, de boca más zafada que un juramento, y más guapo,—en palabras,—que el mismo Matamoros.

Es un dúo lindo, cuando cuentan sus hazañas los dos compañeros; si de peleas hablan, puras victorias han sido; y si de negocios, pi-

chinchas resultan todas las compras, y cada venta, una fortuna.

Lo que sí, un día que subía de punto el interés, al articular enfáticamente Olivares, que «al ver el peligro, había salido como un rayo!» un gaucho, medio divertido, agregó: «por la puerta del fondo»; y no rectificó el narrador.

Puede ser que haya sido porque, justamente, en ese momento, discutía, elevando la voz, un oficial albañil, francés de nacionalidad, con un peoncito que le quería ayudar á transportar una escalera pesadísima.

«¡Oh! decate de ambromar!» le dijo el francés, hombre de poca estatura, pero de anchas espaldas y de aspecto nervioso, vestido de blusa azul y de pantalón ancho de corderoy.

Y, alzando solo la escalera, la llevó, erguido, concentrando toda su energía en no aflojar más, bajo su peso, que si hubiera sido de pluma, para él.

Esfuerzo bárbaro, reventador, inútil y gratuito, pero debidamente compensado, para el buen francés que era, y que, como tal, no sospechaba que toda admiración encierra una levadurita de envidia y por consiguiente de odio, por el aplauso, criollamente pasivo y mudo, de los concurrentes.

Entre estos estaba Mr. Goldenclaw, medio

ingeniero del ferrocarril, hombre fornido y fuerte, de pelo rubio como el sol y de cara colorada, que fumando tranquilamente en su pito de madera, apoyado de espaldas en el mostrador, y vaciando y volviendo á llenar su copa de whisky, consideraba con desdeñoso interés, el instructivo espectáculo de todo este latinaje, que se desgastaba en palabras vanas y gestos improductivos.

El, no; gracias al irresistible poder de las libras esterlinas, sus atrevidas, frías y proficuas compatriotas, paulatinas conquistadoras de la Pampa y de todo lo que en ella se vende, almas y cosas, no tenía más que dirigir, descansado, y con sueldo gordo, los trabajos rudos hechos por esos mismos latinos, pobres, flacos, harapientos y bochincheros, que siempre tiran inutilmente la plata, ó la amontonan sin usarla.

Impasible, pensaba, con razón, que pueden quedar callados ciertos orgullos, de tamaño suficiente para que todos los vean, sin que necesiten gritar: «¡Aquí estoy!»

Y parecía ser de la misma opinión, un alemán, vendedor, ambulante todavía, pero con aspiraciones á establecerse pronto, «te basdelidos y te una borción de odras gozas», que con su canasta del brazo, miraba con atención al inglés, pensando ya que también esto se puede imitar.

IV

CEMENTERIO DE ALDEA

Entre los llantos desgarradores de la señora y de sus hijos, se colocó el modesto ataúd en un carro de trabajo, ingenuamente adornado con improvisados atavíos de lùto, y la fúnebre comitiva emprendió, á trote y tranco, el viaje al pueblito, distante seis leguas de la estancia. Y la ondeante faja de aquellos treinta á cuarenta jinetes, más ó menos enlutados, según su grado de parentezco con el finado, y su estado de fortuna,—pues no pueden todos comprar, así no más, un chiripá de paño negro, ó una pechera de merino,—entristecía, al pasar, con su larga mancha de duelo, todo el horizonte primaveral de la Pampa verde.

Por mucho que viva, siempre tiene el hombre que dejar sin concluir algunas de las tareas

que, en sus sueños siempre renacientes y siempre vanos, había creído poderse asignar; y, aunque el que vive cuidando rebaños, demasiado sepa que la muerte siempre anda á la par de la vida, también se había figurado don Gerónimo, ser tan indispensable en esta tierra, que, cuando, en sus momentos de reflexión, consentía en admitir la remota posibilidad de su propio fin, se preguntaba con terror lo que sería entonces de su estancia, de su cabaña, de su mujer y de sus hijos, acabando por rechazar la importuna suposición de que la muerte se pudiera atrever á faltarle de respeto.

Así había sucedido, sin embargo. Pero, al cruzar el acompañamiento por este mismo campo que le había pertenecido, ya se podía tranquilizar para el porvenir, su alma inquieta, al ver pacer, tan indiferentes, sus propias ovejas, gozando de la vida, saboreando el pasto tierno en la pradera sin fin, y disgustadas tan sólo por la molestia que les diera la comitiva, al removerlas, para poder pasar.

Es que la muerte no borra la vida, sino que sólo la enmienda, para que pueda perfeccionar su obra.

Pocas tumbas había en el pequeño y desnudo campo santo, término del fúnebre viaje, simple retacito de pampa inculta, cercado por un

tapial, con un portón de madera, pintado de negro, sin un árbol, sin una planta que corrigiese con una verde nota de vegetación vivaz, la tristeza de la muerte, el horror de la nada.

El sol requemaba y grietaba á sus anchas la tierra amarilla, esa tierra greda, pegajosa, del suelo removido de los cementerios, que húmeda, parece querer detener al transeunte, y, seca, corre en torbellinos, de tumba en tumba, como para mezclar en polvo impalpable y hacer definitivamente impersonales las cenizas humanas.

Si pobres son las chozas de los primeros habitantes del pueblo nuevo, más pobre tiene que ser la morada de sus muertos: pero en este cementerio pampeano, donde se iban á depositar los restos del finado, á más de los siempre banales y siempre conmovedores epitafios que enternecen al visitante sobre las jóvenes esposas arrancadas en la flor de su vida feliz, ó sobre la suerte de las blancas novias sacrificadas por el destino envidioso, ó sobre la tumba de inocentes criaturas, víctimas prematuras de las irreparables torpezas de la muerte, otra cosa había, capaz de distraer, por un momento, la atención, hasta de los más devotos amigos de don Gerónimo.

Muy cerca de la misma tumba que le era

destinada, bajo una sencilla cruz de madera, descansaban, juntados después de muchos años, los restos de las últimas víctimas de los indios, mártires olvidados de la civilización, defensores del pueblito, cuando, apenas naciente, había sido destruído por el salvaje. Se elevarán ahí, con el tiempo, cuando la aldea se haya vuelto ciudad, sepulcros pomposos, ridículo homenaje de la riqueza engreída á la vanidad necia, pero pocos merecerán ser honrados á la par de esa humilde cruz de palo.

Al lado, otra cruz: otros precursores del adelanto del pueblo, muertos también en la brecha. Tres eran: un inglés y dos italianos; el primero, ingeniero, los otros, peones, empleados todos en la construcción de la vía ferrea, que hoy empieza á traer, cada día, al pueblo creciente, su paulatino aluvión de pobladores.

Y, al volver lentamente, con aire compungido, hacia la puerta del cementerio, para despedirse de los deudos del nuevo habitante que ahí dejaban, los de la comitiva podían, de reojo, leer á ambos lados de la calle principal, en modestas cruces, ó en lápidas toscamente esculpidas, con fechas cada vez más recientes, entre apellidos de consonancia bien criolla, ó, por lo menos, ibérica, muchos otros, como ser: Huhuequil, Garibotti, Martini, Wilson, Baurin, Ibar-

turuá, Zimmermann; nombres que claramente indicaban que lo mismo que de la Pampa cristianizada, ciudadanos de los países más distintos y más lejanos, habían ya venido á traer á ese rinconcito, todavía ignorado, de la patria argentina, el grano de arena de su buena voluntad.

Seguramente, cada uno de estos muertos, durante su vida, había creído trabajar para sí; los más, con la esperanza de llevar á su patria la fortuna conquistada por su trabajo, en tierra extranjera, sin acordarse, que, quiera ó no quiera, el hombre, aun el más egoista, no trabaja más, al fin, que para aumentar la herencia común de la humanidad.

Estancieros y peones, negociantes y obreros, ingenieros y albañiles, ricos y pobres, todos duermen allí, al lado uno de otro, después de haber dado á la tierra argentina, en pago de su hospitalidad,—en menor grado quizás, los pocos que han dejado capital, que los mil anónimos que, toda su vida, sólo han conseguido, á duras penas, el pan cuotidiano,—lo mejor de su vida: el sudor de su frente, la fuerza de sus brazos, la habilidad de sus manos, los esfuerzos de su ingenio, las palpitaciones de su corazón; mezclándose la cosmopolita sangre europea con la de los hijos del suelo; ingertándose, moral y físi-

camente, las razas del Viejo Mundo en el vigoroso y silvestre tronco de este país nuevo; elaborándose, con él y para él, una nacionalidad única en el mundo, amalgama de elementos tan diversos, que—según el soplo que lo vivifique,—todo se puede temer, y todo también se puede esperar, de este formidable amasijo, de misteriosa complicación, cuya intrincada incógnita sólo despejará el porvenir.

V

LA LIBRETA

La pulpería de don Juan Antonio Martínez, poéticamente denominada por su dueño: «La Nueva Esperanza,» quizá en homenaje á anteriores descalabros, era la más acreditada de todas las casas de negocio brotadas ó por brotar, á veinte leguas al rededor.

Muchos eran los bolicheros, y bastantes también los comerciantes de regular capital, que se habían gastado las uñas en la infecunda tarea de hacerle competencia. Don Juan Antonio, regordetón y risueño, hijo de las costas cantábricas, se reía de esos inútiles esfuerzos, conteniendo con admirable diplomacia á los clientes buenos que hubieran podido tener veleidades de saldar definitivamente sus cuentas, y dejando irse, sin un gesto, á los clientes dudo-

sos á quienes *La Verde* de Espinosa, ó *La Blanca* de Lissagaray, ó *La Colorada* de Fulanez ofrecían libreta...

¡Tener libreta! es decir, cuenta abierta en la casa de negocio; poder, sin dar un peso en efectivo, y durante todo el año, de esquila á esquila, sacar de la casa todo lo necesario á la manutención de la familia y á la administración del rebaño: comestibles y maderas, vicios, ropa, calzado, remedios, muebles y ustensilios, y el antisárnico para curar las ovejas, y las tijeras para esquilarlas, ó las herramientas para mover la tierra, y los aperos y monturas, todo en fin; y hasta, de cuando en cuando, poder girar contra la casa un valecito por algunos pesos: sueldo de algún peón conchabado en un momento de apuro, ó platita destinada á satisfacer algún capricho de la patrona, loca por comprar al mercachifle, al napolitano ó turco ambulante, despreciado y temido competidor de la casa establecida, algún cachivache de lata nikelada, ó cinco metros de algún género estrambótico.

¡Si lo viniera á saber don Juan Antonio!... ¡Vaya! venirle á pedir plata prestada para gastarla con mercachifles: capaz de cerrar la libreta y de dejarlos plantados, y, entonces ¿con qué hacemos la esquila? Pues, en tiempo de

esquila, la pulpería es banco, y adelanta dinero para todos los gastos.

¡No tengan ese cuidado! Don Juan Antonio Martínez, puede ser que se haga el enojado; pero no es tan tonto como para cerrar una libreta segura, en medio del año, cuando ya le deben mucho, y que se viene acercando la esquila; pues sería lindo que, por una nimiedad, permitiese que viniera otro á quedarse con el cliente, teniendo él, después, que correr detrás de su plata. No; él sabe que hay que dejarle soga al redomón, para que no corte, y que, si el nudo es bueno, la huasca fuerte, y el poste seguro, no hay peligro.

Y el palenque de don Juan Antonio es seguro, pues es el de la necesidad. La soga es la libreta.



En el patio interior de la pulpería, se ha parado un carrito; lo maneja el hijo mayor de misia Tomasa, buen muchacho, trabajador, que recién ha dejado sus estudios en la escuela del pueblito; ha aprendido á leer, y ya puede escribir,—orgullo de sus padres,—unas cartas que, por lo claro, parecen una conversación por gestos. Algo se ha olvidado del lazo, pero pronto lo volverá á conocer.

Don Juan Antonio se precipita; á gritos, llama á los dependientes; pide un banco, un cajón, para que se bajen del carrito misia Tomasa, una señora muy gorda, y dos de sus hijas: Ceferina, en toda la flor de sus diez y siete años, cuyos morenos encantos no sufren de la ausencia de corsé, siéndoles, sí, fatales, el corte tosco del vestido de percal muy relavado, las medias mal estiradas en los botines á la crimea, enormes y sin lustrar, y el pañuelo de algodón floreado que le tapa toda la cabeza, y deja apenas pasar el relampagueo de sus ojos; y Concepción, una niña de trece años, pintona, como dicen entre dientes, allá en un rincón, dos viejos gauchos mirones.

Trabajoso, el desembarco de doña Tomasa, mientras los perros que han venido con ella, empeñan con los de la pulpería una conversación á rezongos y ladridos roncos, precursores de cercanas luchas.

Don Juan Antonio, con amable sonrisa, remite á misia Tomasa una libreta nueva, que lleva, para no desperdiciar nada, su propio precio en el primer renglón, y al haber, una bonita cantidad de pesos: sobrante del importe de la lana que compró él y ya realizó.

Y empieza el delicado trabajo de volver á atar

suavemente la soga al bozal, sin hacer corcovear al cliente.

— « ¿ A cómo me vende el azúcar? pregunta, antes de todo, doña Tomasa, instalada en una silla, cerca del mostrador.

—Se la pondremos á 0.45 el kilo, este año, señora. Hacemos este nuevo sacrificio para nuestros clientes. »

Y aunque parezca mentira, es un sacrificio; pero, en trampa sin cebo, no se caza pajarito.

Y después de conquistada así la buena voluntad de doña Tomasa, le hace bajar los artículos que pide, y otros que no necesita; le llena los ojos con el relumbrón de las piezas de percal y de los fulares de seda, la abomba con incesante palabreo, y le hace rebajas, y galante, le regala un abanico japonés de diez centavos, y otro á Ceferina, y á Concepción un paquetito de caramelos, y apunta, apunta, apunta.

Ahora, cada dos ó tres días, vendrá el muchacho, con las maletas, á buscar las mil cosas que, para comer y vestirse, necesita la familia.

El marido de doña Tomasa no dejará de venir, él también, de vez en cuando, á jugar un partido y convidar á los amigos; y en la duda de cuántas copas son, siempre se apuntan algunas más, y la libreta se va llenando de garabatos, de manchas grasientas, y de sumas cada

vez más abultadas; hasta que al mismo pulpero le entre el susto, por poco que pinte mal el año; pues el cliente, él, no se asusta por tan poca cosa.

Cada mes, el carro de la pulpería pasa por el rancho, á alzar los cueros ó la cerda, y también se apuntan en la libreta; pero don Juan Antonio apunta entonces lo menos posible, ya que es al haber; y como el muchacho, aunque diga, no revisa nada, los cueros resultan todos de epidemia ó pelados.

La libreta se ha hinchado. Los pulperos competidores ofrecen al esposo de doña Tomasa precios altos por la lana; y don Juan Antonio, para no perder un cliente que, al fin, no está todavía fundido del todo, paga por la lana cualquier precio.

Queda, así mismo, en la libreta, una cola que sólo se podrá liquidar con la venta hipotética de novillos ó capones que, quizás, engorden; hasta que, poco á poco, la libreta se vaya comiendo, después de lo gordo, los animales al corte; después del rédito, el capital, y que llegue el momento oportuno del ahorcamiento final; pues, siempre se debe degollar con tiempo la oveja moribunda, para que siquiera el cuero salga un poco mejor.

Y, cuando el cliente arruinado, humilde, vendrá á decirle á don Juan Antonio:

« ¿Podremos seguir con la libretita, patrón?

— Amigo, vea, contestará don Juan Antonio Martínez. ¿Porqué no lo ve á Fulanez? »

VI

FUNERARIA

— « ¡ Ave María ! » gritó desde el palenque el muchacho; y antes que don Agustín hubiera tenido tiempo de espantar los perros y de invitarlo á apearse :

— « Don Agustín,—le dijo,—manda decir mi tío si V. puede venir hasta casa, para hacer un cajón.

— ¿ Un cajón ? ¿ para qué ?

— Para el finado Patricio.

—¿Cómo? ¿murió Patricio?

— ¡ Sí señor !

— ¿ Y de qué ?

— Lo mató Suarez.

— ¡ Hombre ! ¿ y cómo fué la cosa ? Bajate pues, hombre, y mientras me visto, me contas. »

El caso era muy sencillo. Patricio era un

mestizo inglés, compadrón y chocante como él solo, cuando estaba mamado, cosa que le sucedía, en término medio, cinco días por semana, y en su calidad de compositor de los dos parejeros de la pulpería, admitido, como tal, detrás del mostrador, se daba mucho tono con los clientes, doctoreando de conocedor en caballos y carrerista, sin admitir réplicas.

Más de una vez, había suscitado camorras, y sacado el revólver ó hecho relucir la cuchilla; pero no había pasado de compadradas de que nadie había hecho caso.

Este día, estaba entre la concurrencia, un gauchito, bajo de estatura, delgado, medio lampiño, de ojos chiquitos; con una de estas caras que nadie piensa en mirar; que, instintivamente, se disimulan detrás de espaldas más altas, y cuya vista inspira al que, por casualidad, las ve, la misma repulsión que la de una víbora, con la misma intuición de destrucción necesaria, aunque sea con asco.

Se llamaba Suarez; era hijo de una vieja puestera del pago, mala, ella también, como la hiel, y todos le tenían . . . recelo, por lo menos.

Se armó lo de siempre, entre él y Patricio, y después de un cambio de palabras algo fuertes, saltó el inglés enfadado por encima del mostrador, rebenque en mano; pero antes que hu-

biera puesto el pie en el suelo, quedó tendido de espaldas en el mostrador, pataleando en medio de las copas volcadas, con una herida bárbara en el costado.

Suarez limpió el cuchillo en el umbral, y conservándolo en la mano, con la mirada circular, torva, humildemente desafiadora de la fiera acorralada, se retiró hasta el palenque, montó á caballo, y pronto se perdió en el pajonal, sin que nadie hiciera un gesto para detenerlo.

Cuando llegó don Agustín con el muchacho, el alcalde estaba allí, conversando con el dueño de la pulpería, cerca del catre donde descansaba el cadáver de Patricio.

Lo único que quedaba que hacer era preparar todo para velarlo y llevarlo, el día siguiente, al pueblo;—catorce leguas de caminos deshechos y pantanosos, donde se daría cuenta á la autoridad, se haría reconocer el cuerpo y se le daría sepultura.

Primero, se necesitaba un cajón. Don Agustín se puso á disposición del pulpero: no era, á decir la verdad, carpintero de oficio, pero tenía cierta afición y era bastante vaqueano para enderezar á martillazos los clavos torcidos y enmohecidos que nunca faltan en una casa de negocio, serruchar medio derecho tablas de

cajones vacíos y de barricas, y pegarlas juntas, sin ofenderse por demás los dedos.

Bien se hubiera podido,—y algunos viejos habían emitido la indicación,—envolver al difunto en un cuero de potro y llevarlo así, á la moda antigua, de cuando una tabla era un lujo, y que había que hacer seis leguas para pedir un serrucho prestado. Pero nadie los escuchó; ¿ para qué ? si había de todo en la casa, y el pulpero indicó á don Agustín un montón de cajones vacíos, autorizándolo con una liberalidad que hacía honor á sus sentimientos de caridad cristiana, á tomar todo lo que necesitase.

Una hora despues, apenas, de haberle don Agustín tomado medida de su último traje, se encontraba Patricio descansando en un féretro artísticamente trabajado; dando la casualidad que en el sitio de los pies, se pudiera leer: «Bitter de los Vascos,» mientras se juntaba en la cabecera, un letrero de coñac con uno de ajenjo, y derramada en los costados y en todas partes, la lista completa de las bebidas con que suele *ponerse alegre* la gente del campo : vermouth francés y vermouth cinzano, ginebra, whisky, anis de carabanchel, aguardiente de uva y algunas otras. Ningún honor fúnebre le podía haber sido rendido con más exquisito tacto al finado Patricio.

Lo velaron muchos vecinos, atraídos por la curiosidad, y por las ganas de oir los detalles del suceso; fumaron una gran cantidad de cigarros, se tomaron bastantes copas; dicen que se arreglaron dos carreras para el domingo siguiente, y no hay duda que, si el dueño de casa lo hubiera permitido, hubiera sollozado la guitarra algún canto más ó menos fúnebre.

Al amanecer, se ató un carrito con tres buenos caballos, se cargó en él el pintoresco ataúd, y se marcharon, en medio del silencio de la concurrencia, más atontada por una noche sin sueño que respetuosa de la muerte, don Agustín, sentado en el carro, y el viejo don Anselmo, á caballo, para cuartear, en caso de apuro.

Y en las brumas matutinas, fué extinguiéndose poco á poco, el rumor vago, salpicado de notas claras, producido por el sonido de las ruedas en el eje, los tumbos del carro en los huecos de las huellas, el trote de los caballos en los charcos de agua y la conversación á gritos de los dos viajeros, medio excitados por la emoción involuntaria que les infundía la presencia algo solemne, con todo, del mudo compañero, por la agitación del viaje, y, quizás también, por la copiosa *mañana* tomada antes de salir.

Ocho horas después, llegaban frente á la poli-

cía del pueblito, y bajaban ambos del carro; pues el viejo Anselmo, en las seis paradas que habían hecho, en los boliches del camino, para dar resuello á los caballos y contar el suceso, con amplios detalles, se había tragado tantos anises con ginebra, que don Agustín, algo bastante punteado también, le había hecho atar el mancarrón á la par de un ladero y ofrecido un asiento en el carro.

Y cuando hubieron entregado al oficial de guardia el parte del alcalde, y recibido la orden de bajar el difunto, vieron, atónitos, que la puerta del carro, desprovista de sus clavijas, colgaba, avergonzada, de las bisagras, y que el muerto había desaparecido.

¡«Ahijuna! se nos fué!» exclamó Anselmo.

Pero don Agustín que era hombre formal, lo hizo trepar otra vez en el carro, á su lado, y sobre la marcha, sin decir nada á nadie, agarró por donde habían venido, registrando cuidadosamente el camino recorrido, hasta que, á una legua, más ó menos, del pueblito, encontró al pobre Patricio, que esperaba tranquilo, con el cajón boca abajo, en un charco, que lo viniesen á buscar.

VII

ARREO

La hacienda comprada ha sido contada y entregada: corren ya por cuenta del comprador todos los riesgos y los gastos, y el capataz encargado de la tropa, conoce demasiado la responsabilidad que pesa sobre él, para no vigilar estrechamente los intereses que le han sido confiados.

En un grupo, cortado de un rodeo de cuatro mil vacas, ahí están las mil cabezas *al corte,* de ganado medio arisco, que tiene que llevar á setenta leguas de distancia.

La hacienda,—toros, novillos, vacas de todas edades, vaquillonas regordetas y terneros retozones,—está rodeada por los ocho hombres que constituyen su guardia; ya se formó la tropa

en son de marcha, caminando despacio, en su orden definitivo.

Por delante, dos hombres arrean al trotecito, juntas todas, las tropillas de los peones y del capataz, en medio del alegre campanilleo de los cencerros que las madrinas llevan colgados en el pescuezo. Al frente del trozo de hacienda, tres jinetes la sujetan constantemente, para oponerse, desde un principio, á las veleidades que podría tener, de emprender una de estas disparadas locas, que pronto desparraman por el campo, en todas direcciones, puntitas de vacas que se precipitan, seguidas, á todo correr, por gauchos que gritan y alzan los ponchos, cansan los caballos, y acaban, muchas veces, por no poder sujetar nada.

Todos los esfuerzos de la gente se concretan en evitar ese desastre; y hasta que la hacienda no se haya alejado bastante de la querencia, en vez de apurarla de atrás, la sujetan, al contrario, por delante y en los costados, haciéndola caminar, como encerrada, entre sus guardianes atentos.

Al salir de la querencia, las vacas miran para el campo, donde adivinan á las compañeras. Una que otra se para, estira la cabeza, y deja oir un balido quejoso, como si supiera que es un adios eterno al campo donde nació, á los hijos

que ahí deja, á las compañeras que, á media legua, pacen, indiferentes.

«¡Fuera vaca!» y el rebenque rabioso y brutal de un peón la obliga á seguir camino.

Poco á poco, van desapareciendo los amagos de fuga: las cabezas aspudas no se acuerdan ya de mirar por atrás. Resignados, caminan los animales, y para que se olviden más pronto de la querencia, de cuando en cuando, los llevan al trotecito.

Y las astas suben y bajan, golpeándose unas con otras, las grandes de los novillos con las finitas de las vaquillonas, en un movimiento contínuo de olitas cortas y pequeñas, como las que produce la marejada de un río; las pezuñas se chocan con un ruido seco, y las panzas vacías suenan, como trapos mojados agitados por el viento.

Los novillos y las vacas grandes, personas serias que quieren saber adónde las llevan, trotean por delante, como divisando, siempre sujetadas por los peones, mientras que por detrás vienen los animales de menos edad, siempre dispuestos á chacotear, trepándose uno encima de otro, sembrando el desórden entre las filas.

«¡Vaaaca!»

*
* *

Pero ya la querencia ha quedado lejos; los animales, agitados, algo cansados, muy hambrientos, poco se acuerdan de ella, y el capataz, eligiendo un buen retazo de campo, con buena aguada, manda parar.

Rodeados siempre por los peones, los animales comen un buen rato, pero sin que los dejen extenderse; los hombres, ellos, no descansarán hasta más tarde, y sólo comerán, á la oración.

¡Fuera bueeey!... Se vuelve á emprender la marcha. Se estrecha otra vez el círculo, y la tropa sigue su camino. Dará trabajo para pasar en la manga de una tranquera. Hacienda, como es, mal educada, que poco sabe lo que son puertas, se abalanza, se echa atrás, remolinea, atropella los postes, se enrieda en los alambres; y llueven los rebencazos, y los gritos ensordecen, y los balidos les contestan; y las risas dominan, al ver una vaca enojada darse vuelta y perseguir al capataz, con las astas bajas. «¡Él es! Él es!» gritan todos; y enceguecida, agachada, la vaca sigue, rápida, la media vuelta que de repente, dió el jinete, encontrándose sin saber como, súbitamente calmaba, con el hocico entre las colas de las compañeras.

—«¡Ah! mancarrón lindo! si tiene una boca como miel!»

*
* *

El sol se apagó; en la noche serena y clara, los guardianes de la tropa, medio dormidos en sus caballos, llevan por delante los animales soñolientos.

Un silencio, lleno de ruidos misteriosos que lo turban sin quebrarlo, lo mismo que alumbra la luz vacilante de las estrellas, sin disipar la obscuridad, se extiende sobre el campo sombreado, mientras pasa lentamente el arreo, agregando su nota peculiar al concierto nocturno de la Pampa.

Los cencerros de la tropilla, el continuo cliqueteo de las pezuñas, un balido, un relinche, la crepitación de un fósforo, el grito lento de los peones: « ¡ Vaaca! » interrumpen, por un rato, el canto de las ranas ó el gruñido sordo de la vizcacha, dando lugar al clamoreo vibrante del tero, á la protesta enojada, diez veces repetida, con tono agrio, de la lechuza quisquillosa.

— « La hacienda va bien; está sosegada. Mauricio, cántanos algo, » dice el capataz.

Y el interpelado, sin hacerse rogar, echa al cielo, en un grito agudo, una lastimosa queja de su corazón dolorido, diluída en seis versos.

— « ¡ Pobrecito! » dice un compañero, medio

riéndose, medio convencido; y el cantor sigue con otra copla que, lagrimeando, cuenta el abandono de la traidora.

— « ¡Adiós mi plata! » murmura el chusco. Y todos los peones, sin dejar sus puestos de guardia en el arreo, tienden el oído para no perder una palabra del canto.

Mauricio, ahora, con voz gangosa y ronca, le reprocha á la infiel su crueldad, y deja entrever en el último verso, la ira, naciendo ya del despecho.

— « ¡ Esa máula! » dijo uno, y alzando el rebenque: « ¡ Vaaaca! » gritó fuerte, mientras el cantor, con un trino como pito, apagado paulatinamente, en voz más sorda, concluía, enjugando sus lágrimas y afilando el facón, en versos ávidos de venganza y de sangre vertida.

— « ¡Mirá con el tigre! » exclamó la voz.

— « Tomá un cigarro, Mauricio, » dijo el capataz.

— « ¡ Está lindo! » aprobó otro.

Y el silencio se hizo más profundo.

***

Los peligros no faltarán, ni las fatigas, en la larga jornada de diez á doce días que tienen que hacer. Habrá días de sol ardiente y noches de

lluvia fría, horas de tormenta, durante las cuales la ronda se hace á ciegas; horas que parecen años al capataz, hombre de vergüenza, que tiene el sentido de su responsabilidad.

Pero, también, al entregar la tropa sin que falte un animal, ¡qué satisfacción del amor propio, y que pronto se olvidarán las malas noches al raso, las privaciones y los sustos!

VIII

EL TIRADOR

— « ¡ A ver, mozo ! un tirador. »

El mozo era un galleguito recién llegado, cuyo espíritu crítico no había tenido todavía tiempo de desarrollarse bastante para que pudiera hacer la diferencia entre un cliente y otro cliente, y ya que le pedían un tirador, y que los tiradores colgaban de las vigas del techo, agarró una caña larga, armada de un gancho en la punta, y empezó á descolgar y á depositar en el mostrador todos los tiradores de la casa.

Si hubiera echado primero una ojeada en el parroquiano, se habría dado cuenta de que éste no era más que un gaucho cualquiera, un peón, y que era inútil deslumbrar con semejante profusión de muestras á quien sólo era capaz

de comprar un pobre tirador de carpincho, de los más baratos.

Tentador era, por cierto, el surtido : tiradores de toda laya, y de todos precios, anchos y angostos, con bolsillo para el revólver ó sin él; con hebilla de acero ó con ojales para botones de plata; de carpincho y de vaqueta, de imitación de cuero de cocodrilo, de tafilete y de gamuza; algunos, bordados con flores de todos colores, otros, con magnífico escudo patrio en perlas, que por poco lo hubiera hecho parecer al que lo llevara, todo un presidente de la República, y más, teniendo el mismo emblema en las botas acartonadas, con arrugas artificiales, último grito de la moda de entonces, en la Pampa: ¡ y qué grito !

Claro es que, en este mundo, cada hombre necesita un tirador; para el gaucho andariego, es la caja de seguridad, donde conserva todo lo que posee de mayor precio: es el cinturón que detiene las puntas del chiripá y sirve de asiento al cuchillo; en sus tres ó cuatro bolsillos, se resguarda el boleto de la marca, para evitar tropiezos en el camino, cuando se va de viaje, arreando la tropilla; y el boleto de la señal de las ovejas, con la papeleta de guardia nacional, el papel de pitar y los pesitos que, por casualidad, y por poco tiempo, hay que encerrar. La

cartera los acompaña, con sus hojas grasientas y su lápiz, para pintar marcas de animales perdidos ó apuntar algún dato.

Otras cosas habrá todavía, pues cada uno es dueño de sus bolsillos, ¿no es cierto? y mientras algo quepa, le puede echar, no más, cualquiera cosa.

Hay tiradores especiales para los trabajos de á pie, con lazo; pues no es todo pialar un animal ó enlazarlo; es preciso detenerlo hasta que lo volteen; para esto es el culero, delantal de cuero que cuelga de la parte posterior del tirador y permite hacer fuerza con todo el cuerpo, y apoyar en las piernas así garantidas, el lazo, antes que resbale en las manos, quemándolas, cruelmente, á veces. El que usa culero es gaucho guapo siempre, y fortacho; ¿de qué le serviría á un flojo? de parada, no más; pues, con culero ó sin él, lo mismo se dejará arrastrar por el animal enlazado, hasta que lo suelte, esputándole ajos, porque se lleva el lazo.

Es el antípodo del tirador angosto, de gamuza, de hebillas de acero relucientes, cuyos bolsillos sólo pueden servir para guardar plata en billetes grandes, y que lleva el joven estanciero, cuando viene á pasar una temporada en el campo y trata de dar á su persona el aspecto pintoresco que requiere la situación: bombachas

anchas y botas cortas, el sombrero gauchito lindamente puesto, y en la cintura, el revólver, discretamente amenazador y cuya boca sugestiva infunde respeto.

El ancho y sólido tirador de carpincho ciñe la musculosa cintura de los trabajadores, de los vascos ovejeros, de los que necesitan bolsillos grandes para amontonar los pesos, ganados de á uno, con el sudor de su frente. No es elegante, y se vuelve con el tiempo y el uso, mugriento y ajado, dejando bostezar los bolsillos cansados.

Es cierto que este mismo tirador sencillo, modesto y sin pretensión, suele, á veces, ensancharse en la opulenta panza de algún resero cargado de pesos, ó en el talle elegante de algún gaucho compadre, en vena de prosperidad, con un lujo de adornos y de monedas de plata, capaz de tentar á algún pobre.

La hebilla, toda de plata, es la misma marca del envidiado dueño de tanta maravilla, y alrededor, resplandece todo un mosáico de monedas de todo tamaño y de toda procedencia: patacones españoles, de columnas, gastados, pero de buena ley, y piezas de cinco francos, con la cara olvidada de Luis Felipe; dolares americanos, de águila y estrellas; piezas chilenas, con el cóndor, rapiñador hambriento, y bolivia-

nos humildes, con la palmera achatada, mal acuñadas y de valor mermado; soles peruanos, algo borrados y águilas mejicanas, tragándose víboras.

El tirador de flores bordadas sienta á la juventud amorosa, y sucede que la bordadora, en un arrebato de imaginación,—quizás era jóven también, y soñaba de besos dados y devueltos,—ha pintado dos corazones unidos, atravesados por una flecha.

¡Bendito sea Dios! y también le hizo bolsillos! ¿para qué? si su dueño todavía no posee más que su bigote naciente y su buena figura? ¿ó sólo será para alojar, lo que en todas partes cabe, alguna risueña esperanza?

El viejo Zuviría, él, ya no tiene esperanza que alojar, ni tirador para ello; hace años que nunca se ha juntado con bastante plata para no poder chupársela toda, y nunca le ha quedado para comprar tirador. Se contenta con una faja; no la faja ancha y larga, de lana azul ó colorada, en la cual algunos extranjeros suelen envolverse tres ó cuatro veces el cuerpo, sino una pobre, miserable fajita, angosta, de algodón, descolorida y sucia, torcida por el uso como el hilo de acarreto, y que cuelga desatada, cuando está mamado, haciendo acordar, á pesar de la gran flacura de su dueño: *que al que nace barrigon, es al ñudo que lo fajen.*

IX

FEUDALISMO

Por calzadas anchas, de declive suave, baja del castillo feudal, cuya masa sombría de torres altas y macizas se diseña en la cima del cerro, la brillante comitiva del señor y dueño de las diez leguas cuadradas de campos cultivados, bosques y llanuras, que rodean la soberbia mansión.

En caballos magníficos, suntuosamente enjaezados, desfilan, caracoleando, los caballos y gentilhombres, cubiertos de ricas armaduras ó de túnicas de seda, con su numeroso séquito de palafreneros, escuderos y pajes, en el derroche chillón de los mil colores de sus trajes llamativos.

Las trompas suenan, los galgos, heráldicos, ladran impacientes; gallardetes y banderas fla-

mean al viento matutino, con chasquidos alegres. El pueblo aclama á su señor, y desde las gradas de piedra de la escalera monumental, saludan, en gestos elegantes, las nobles damas, regiamente ataviadas, con sus vestidos de brocatela y sus birretes altos, envueltos en una nube de gasa. Los ojos están de fiesta.

Vasallo de algún rey, pero tan rey, en su tierra, como el rey en su reino, el señor, ocupado sólo en cazar ó guerrear, aprovecha, de padre en hijo, la riqueza creada en sus dominios, por el trabajo de generaciones de paisanos, atados al suelo también, de padre en hijo; y seguirán haciendo lo mismo los hijos del señor como los hijos del paisano.

Así lo permite el régimen feudal de la Edad Media, y diez leguas cuadradas de campos cultivados, de bosques y llanuras, inagotable fuente de recursos, bastan para costear la guerra ó embellecer la paz, al señor feudal europeo de hace dos mil años. . . . . .

Diez leguas cuadradas de campo pelado, sin población, cultivo, ni bosques, simple tajada de desierto crudo, rodean el rancho de barro y paja, castillo del señor moderno, en el dominio pampeano.

Montado en un mancarrón overo, modestamente aperado, sale del palenque de la estancia,

para el campo, á parar rodeo ó á repuntar la hacienda, el señor, con su séquito. Con el lazo en el anca, lo acompañan los peones, capataces y puesteros, luciendo sus sombreros sucios y sus boinas descoloridas; los corceles llevan recados más ó menos descompaginados, y el único objeto de lujo que, en el desfile, pueda llamar la atención, es la tricota nueva, de lana, que, por primera vez, endosó hoy el patrón; y este anda al tranquito, prendiendo el cigarrillo, rodeado de una perrada que parece bandada de lobos. Pasa cerca de una hilera de calzoncillos y camisas, recien lavados, que flamean al viento matutino, hinchándose y deshinchándose, en medio de chasquidos húmedos y sin alegría: y la dama, su esposa, ocupada en aumentar el número de banderas y gallardetes, un pañuelo atado en la cabeza, el vestido de percal arremangado, lo saluda á la pasada:

—«¡Ché! José; no te olvides que el almuerzo es á las doce.»

Y don José López y González, señor y dueño de las diez leguas cuadradas de campo pelado, sin población, cultivo ni bosques, que rodean su rancho de barro y paja, azota al caballo para irse á juntar con su gente, y apurar el trabajo, deseoso de hacerle el gusto á la señora, con quien comparte el odio que, cocinera puntual,

le tiene al puchero recocido y al asado reseco. . .

En los vastos dominios de don José, pacen, á millares, ovejas y vacas; humildes y sumisos vasallos que trabajan y producen, de generación en generación, para enriquecer al amo y permitirle cambiar su rancho por una casa decente y su tricota por un traje de saco.

Y don José López y González, campesino español inmigrado, enriquecido en la cría de ovejas, sin haber visto jamás en los libros, como trataban en el año mil, al rebaño de sus siervos, los señores feudales, perfectamente sabe exprimir, con su mano de plebeyo, corta, vigorosa y repleta, el jugo del trabajo ajeno, sin proporcionar á sus inferiores estrujados, arrendatarios, peones y puesteros, la protección que, siquiera, los de antaño daban á sus vasallos.

X

EL CUCHILLO Y LA GUITARRA

Serio como una lechuza, muy tieso en su camisita, y descalzo, Román caminaba en el patio lentamente, y con un aire de importancia que contrastaba con su alegre modo de ser habitual y con su talla de criatura de tres años escasos. Es que en cada una de sus manos, cruzadas por detrás, tenía, bien agarrada, una cuchilla de veinte á veinte y cinco centímetros de largo, aguda y cortante. Las había encontrado encima del banco de la cocina, y parecía concentrar el pensamiento de su cabecita rubia en lo que iba á hacer con ellas.

Cuando la madre lo vió, echó un grito de terror. Extranjera, no se había acostumbrado todavía á ver cuchillos en manos de criaturas, ignorando que si bien en Europa, los niños

se contentan con armas de fuego que sólo hacen ruido, ningún criollito consentiría en manejar un cuchillo de lata.

Boleadoras de carne, pasa; lazo de hilo de acarreto, todavía está bueno, por un tiempo; pero el cuchillo no admite ser juguete, y llevar un cuchillo que ni pincha, ni corta, ¿para qué? más bien no llevar ninguno, lo que, de veras, por otra parte, á nadie se le puede ocurrir.

¿No evoca la sola palabra «gaucho» la idea de cuchillo? ¿Y cuando puede haber gaucho sin cuchillo? Este es el amigo fiel, el útil y valiente compañero, siempre listo para el trabajo, siempre listo para la pelea.

Modesto, sencillo, con su cabo de madera y su hoja tosca, de buena gana se presta á las humildes tareas domésticas y ayuda en todos los trabajos de campo. Con él, el gaucho, lo mismo cortará una huasca, emparejará los vasos de su caballo, partirá la carne, se escarbará las uñas y también los dientes, como degollará un animal y lo desollará, ó podará una planta, hará las tarjas del recuento, sangrará su caballo y lo tuzará; de un tajo, partirá la jugosa sandía, y la punta del cuchillo será el tenedor; con el cuchillo, se señala los animales y se pica el tabaco, y también se corta los mazos de paja para techar la choza. Es el

gran obrero, cuando, como moscas, mueren los animales y que hay que cuerear; y el salvador, á veces, en los trabajos del rodeo, cuando un lazo enredado y tirante pone en peligro alguna vida.

Y también sabe relumbrar, punzante como lengua de víbora, cuando sale, rabiosamente amenazador, de su pacífica y grasienta vaina de cuero.

¡Cuidado con él, entonces!

Cuando la mano estremecida pasa, rápida, por detrás, y lo busca en la cintura, ¡cuidado! que los tajos vuelan y son ligeros; y tardíos para sanar, pues el cuchillo del gaucho es vaqueano y no yerra.

Y no son tajos pequeños; no se contenta con pinchar: corta, desgarra, se hunde. El cuchillo del gaucho, cuando se vuelve arma, mata sin piedad, grosero como herramienta enfurecida que es, ignorante de los aristocráticos escrúpulos de la esgrima.

El gaucho que lleva en la cintura el facón, ridícula espada demasiado corta, falsificación ruín del cuchillo convertido en odioso puñal, parece llevar consigo patente de matador y de guapo: nunca pasa, en realidad, de un cobarde, que sólo se atrevería á desafiar á los que tuvieran hojas más pequeñas, tratando por su

oportuna actitud de parada, de asustar peligros que no sería capaz de afrontar.

Por lo largo del cuchillo no se mide el coraje.

Así mismo, para trabajar á gusto, tampoco tiene que ser el cuchillo de los más chicos, y el gaucho desprecia el cuchillo de bolsillo; no le parece valer la piedra que se gasta en afilarlo; y también se ríe del cuchillo que, por moda, el extranjero lleva en la cintura, sin haberlo nunca afilado bien, y cuyas hazañas nunca requerirán, para ser celebradas, que se temple la guitarra.

¡La guitarra! símbolo del arte en la Pampa; síntesis de su música y de su poesía: música triste como el viento que gime, de noche, en la paja de los techos, y á la cual no consigue alegrar, aun cuando lo quiera, el canto del gaucho. Las mismas notas altas del instrumento lloran más de lo que cantan, y cuando el payador, cansado de conmover á sus oyentes por la lúgubre narración de proezas sanguinarias ó por quejas gangosamente agudas, sobre la desgracia de su infeliz madre y la infidelidad de su amante, se quiere empeñar en ponerse risueño, y que, sordamente, entona: «Soy el gaucho alegre . . . » casi se hacen invencibles las ganas que dió de llorar.

Así mismo, la guitarra es de todas las fiestas,

como el cuchillo de todos los trabajos. No se concibe una reunión de gauchos sin que, en algún rincón, bordonee una guitarra; y el canto, y el baile, al compás de ese zumbido, á la vez brincoteador y melancólico, personifican á las mil maravillas la alegría tan poco expansiva y tan poco sonriente, peculiar del hijo de la Pampa.

No solamente en las reuniones, desempeña el papel principal la guitarra, sino que bien miserable sería el rancho que no la tuviera, colgada en la pared, para, en los días de ocio, apurar con ella el vuelo de las horas, ó, de noche, confiar á las estrellas, quebrando el silencio majestuoso de la llanura, las alegrías y las penas que puede contener un corazón de solitario. . .

. . . .

Ese día, se encontraron ambos en la pulpería, y maliciosamente, los presentes, acordándose que un viejo rencor los distanciaba, les pidieron, — pues cantaban con primor, — que echaran unas coplas.

Poco se hicieron rogar, templaron las guitarras, sin rechazar las copas ofrecidas, y empezó el canto. Llenos, primero, los versos, de saludos amables y de alabanzas excesivas, pronto resbalaron en alusiones irritantes, contestadas con enojo contenido, en ese lenguaje pintoresco

que para el que lo entiende, hace más hirientes las agudezas; hasta que subiendo de tono, se cruzaron desafíos insultantes . . .

En medio del tumulto, de repente hubo un grito ronco, ahogado por la sangre, como el «cruach» del carnero, cuando lo degüellan; y mientras que en un chiripá se enjugaba el cuchillo homicida, el cantor, con un anatema supremo á la madre que lo crió, cayó derrumbado, en la guitarra destrozada.

«Ceci a tué cela.»

XI

CARNE AJENA

—«Senor, venía á ver si Vd. me podría dar licencia para hacer un ranchito en el fondo de su campo, allá, en la orilla del cañadón. No lo estorbaría en nada, señor, pues, fuera de unas lecheritas, no tengo hacienda ninguna.

—Mire, amigo Montoya; no puedo, porque como Vd. tiene mucha familia y poca hacienda, siempre estaría yo con la pesadilla de que carnea de la mía, y viviría intranquilo. Es mejor que busque su comodidad en otra parte.»

Y Montoya se fué, medio pasmado de tamaña verdad, expresada con tanta frescura.



«¡Oh! Señor! dénos hoy nuestra carne cotidiana.»

El pan es todavía un artículo de lujo en muchas partes de la Pampa; la misma galleta tiene que ser excluída de muchos hogares; y pedir á Dios el pan cotidiano sería, de parte del gaucho, casi tan osado, como para los pobres de las ciudades, pedirle manteca. Pero algo tiene que comer; lo que gana en changuitas se va en vicios: yerba, tabaco y otras cositas, y aunque tuviera pesos de sobra, no le vendría seguramente la idea de ir á comprar carne. ¿Ir á pedirla en la vecindad? esto está bueno una vez por casualidad; y por lo que es de carnear de los cincuenta guachos que forman su majada, ó de las diez lecheras que componen su rodeo, ni pensarlo.

Pero estos pocos animalitos son la pantalla bendita que tapa los misterios de la milagrosa multiplicación de la carne gorda, siempre colgada de la cumbrera del rancho. Quien tiene ovejas, bien puede carnear un capón para su consumo; y no puede extrañar nadie que, teniendo vacas, mate una, de vez en cuando, para comer á su gusto y mandar á los amigos un cuarto ó un costillar. El hombre tiene su marca bien registrada, y el boleto de señal de sus ovejas; ¿por qué no tendría, como cualquier otro hacendado, cueros para vender... y para cortar?

Lo único, quizás, que podría parecer extraño, es que, con tan poco capital, no sólo viva bien una familia tan numerosa, sino que también aumente el rebaño, á pesar de la gran cantidad de cueros vendidos al pulpero y acreditados en la libreta.

¿Será que como la familia es numerosa, y que todos sus miembros, grandes y chicos, no se ocupan más que en cuidar sus haberes, la hacienda tiene que prosperar á la fuerza, mucho más que la del estanciero vecino, que hace cuidar la suya por peones á sueldo? No hay duda que así sea; y ¡qué diferencia en todo! El estanciero, por economía, come puras ovejas y vacas viejas, muchas veces no muy gordas; mientras que el que le dije siempre carnea gordo. ¡Lo que es, amigo, el trabajo personal!



La carne va tomando valor, con el incremento de la exportacion; pero todavía es, y por algún tiempo, será, para el paisano, á la vez que el alimento primordial, un objeto de liberal desperdicio: ¿y no se dejaba antes podrir en el campo, las osamentas á millares, cuando se trataba sólo de recojer cueros?

Lo que abunda no vale, y el gaucho ham-

briento muy bien volteará una res por el solo placer de llevar para su casa un matambre, echando á perder un valor—ajeno, es cierto—de treinta ó cuarenta pesos, para conseguir un bocado que no vale ni cuarenta centavos, y que le hubieran regalado, si lo hubiera querido pedir.

¡Ah! pero es que el atractivo de la carne ajena es atávico en la Pampa. El pobre que carnea ajeno para evitar el hambre, merece, por cierto, indulgencia, cuando no se vuelve por demás dañino y no mata por matar, como el puma; pero, ¿qué diremos del hacendado rico que no puede ver un animal ajeno en su rodeo ó en su majada, sin que le venga el agua á la boca; para quien es amarga la carne de las vacas de su marca y sabrosa la del vecino?

Y no es una excepción; la excepción está del otro lado; es cosa corriente, en los campos de afuera, por lo menos; y, entre vecinos, hasta objeto de espirituales chanzas:

—«¡Qué rica, amigo, la carne de la marca del candelero!

—No tan rica como la de la llave; ¡jugosa la vaquillona colorada que carneamos, el otro día!

—¿De veras? ¡Caramba! me hubieran convidado.

—¡Qué esperanza! no ve que esa carne no le hubiera sentado, por la poca costumbre que tiene de comer de ella!»

Y como lo ajeno poco cuesta, se tira la carne, se malgasta el cuero, se desperdician bienes materiales, y se perpetúa la desmoralización.

Si Dios hubiera ubicado en la Pampa el paraíso terrestre, el Espíritu del mal, no encontrando manzana para tentar al hombre, se hubiera contentado con deslizar en la majada de Adán, una borrega gorda de la señal del Señor, ó en su rodeo, una vaquillona apetitosa de la hacienda celeste. El éxito hubiera sido seguro, aun sin necesitar á Eva para nada.

XII

NOCHES PAMPEANAS

Estar acurrucado en la blandura espesa de las pilchas del recado, cuidadosamente colocadas unas encima de otras, en un rincón abrigado de la cocina caliente, bien tapado con toda la ropa de abrigo que uno pueda tener, ponchos, mantas y chiripás de paño, y, antes de cerrar los ojos y de dejarse resbalar al sueño completo, fumar un cigarro, oyendo llover, esto es sencillamente la suma de la felicidad.

Así, por lo menos, pensaba Mauricio, cierta noche de temporal, que asentado en su caballo, con paciencia, hacía frente al agua fría que le azotaba la cara, entrándole, á pesar de lo que podía hacer para evitarlo, un poco por todas partes. Y tenía que hacerle frente no más, al agua fría, pues, de otro modo, ella hu-

biera arreado quién sabe hasta dónde, la hacienda que se iba conduciendo para los corrales de abasto de la ciudad.

Poder fumar un cigarro, siquiera, hubiera sido un consuelo en ese fastidioso trance, pero prender un fósforo, con hacienda tan arisca, era dar la señal de una disparada que nadie hubiera sido capaz de atajar. No, por cierto, no se puede, que de sólo pensarlo, quién sabe si no se asusta la hacienda.

Realmente, estar acurrucado en las blandas pilchas del recado, en un rincón abrigado de la cocina caliente, bien tapado, fumando, y oyendo llover, es la suma de la felicidad en este mundo.

***

Las ovejas encerradas en el corral, mojadas hasta los huesos, paradas en el barro, con el vellón empapado, no aspiran, ellas, á dormir á galpón, como los carneros finos y sus esposas elegidas, pero no dejan de pensar que también en la vida de los animales, hay ciertas desigualdades por demás abusivas. Y mientras así cavilan, su amo también duerme mal, aunque él esté muy si señor en su cama, pues calcula que si dura esta lluvia, se le vá á llenar de

agua el campo, y no deja de ser una broma que nunca pueda llover con moderación, y sólo cuando se necesita. Y así son las cosas, en este mundo; lo que á uno, un día, lo llena de gozo, otra vez, lo perjudica.¡ Paciencia! Y dejar llover.

Y también dejar que hiele. ¡Son largas, las noches de invierno! Caído el viento, á la oración, prendidas las estrellas en el firmamento, todavía no se siente mucho el frío, pero desde ya, lo envuelve á uno la sensación penetrante de que va á caer una helada recia; y todo el que puede busca el rinconcito donde encontrará calor y reparo. No todos lo pueden, y el mancarrón atado al palenque, sin abrigo de ninguna clase, tiene que ser dotado de buena fuerza de resistencia para soportar, inmóvil, sin morir, el frío siempre creciente de la inacabable noche. Eriza el pelo, encoge el pescuezo y sufre.

En las noches de helada, á pesar de la gloriosa claridad de las estrellas que refulgen intensamente, en la transparencia del aire límpido, pocas ganas tienen de moverse, y quedan en sus cuevas ó entre las pajas, todos los bichos y las aves de la pampa.

El hambre los obligará, á veces, á salir del escondite, pero sólo por un momento, pues lo que más quieren es calor. Puede ser que salga

á merodear algún cuatrero ó algún bicho dañino, pero seguramente no se arriesgará ningún enamorado.

Y á medida que se aproxima la hora de los primeros rayos del sol, el frío se hace más cruel. Apenas aclara, se pone de pie el hombre, entumecido; pues ni la pobre cama del gaucho, ni su pobre vivienda alcanzan á mitigar la temperatura terrible de la mañana, y tapado lo mejor que puede, á veces bien poco y miserablemente, la cabeza envuelta en pañuelos, tiene que zapatear fuerte y tomar mucho mate para restablecer la circulación de su sangre helada. Poco mérito tiene en madrugar.

Todo blanquea afuera. Los techos parecen de plata pulida; la tierra, el pasto, el lomo de los animales, todo está cubierto de una capa blanca que hace centellear el sol. Los rebaños quedan encerrados hasta que se derrita la escarcha; pues, con su pisoteo, echarían á perder el pasto, hecho quebradizo por la helada.

Por fin, resplandece el astro del día; renace el calor, y el pasto reverdece; alivio de pocas horas; son tan cortos los días del invierno!

Y pasarán todavía muchos días cortos y muchas noches largas y glaciales, antes que vuelva la primavera á lustrar el pelo de los animales, á forrar con carnes nuevas sus cuerpos enflaque-

cidos, á darles las ganas y la fuerza de vivir, á hacer hervir en su sangre los deseos de la generación.

Pero entonces, en la serenidad calurosa de las noches cortas del verano, se llenará la Pampa de mil ruidos, discretos hasta el misterio, murmullo de la llanura desierta, ávida de ver nacer, de su prolífico seno, seres innumerables; sin elegir, en su ansiedad, dejando, lo mismo, pulular las alimañas nocivas, como la hacienda fecunda; el yuyo venenoso, como el grano de trigo; contenta con sólo oir el divino concierto de voces que tan hermosamente cantan,—en medio de la luz plateada de las estrellas y del calor de la tierra arrancada de su letargo,—el espléndido poema del amor victorioso y de la vida renaciente.

XIII

COSAS DE ANTAÑO

¿De antaño? . . . no tan viejas: apenas treinta años. ¡Pero Chivilcoy,—y todo, en la República Argentina,—ha cambiado y crecido tan rápidamente! A más, en la vida de un hombre,—y aunque le parezca poco, cuando mira por atrás,—treinta años es un tirón; y de antaño, pues, bien le podemos decir al Chivilcoy de entonces, pobre pueblito de cuatro calles mal pobladas.

Pueblo glorioso ya, sin embargo, no por haber visto, como tantos otros, su suelo regado por la sangre derramada en alguna batalla célebre, sino por haber inspirado palabras entusiastas y proféticas á Sarmiento, quien, en los campos de oro del trigo colonizador, acariciados por el pampero asombrado, veía, con

razón, la más poderosa barrera contra las incursiones del salvaje.

En aquellos días fué, nos contaba el viejo Simeón Montes, cuando conoció él á Carpio Caro. Era todo un tipo lindo: hombre alto y fuerte, hábil en todas las faenas del campo, luciendo siempre ricas prendas de plata; un gaucho elegante, hermoso y simpático. Cuando en Chivilcoy se empezó á sembrar trigo, se empleó en la trilla, con su hijo mayor, y las yeguas que tenía: eran pocas, una manada ó dos, que cuidaba en un puesto donde vivía con la familia. De año en año, aumentando la producción, Carpio Caro aumentó también el número de sus animales y llegó á tener dos mil yeguas, y á ganarse ampliamente la vida.

Pero tanta yeguada ya necesitaba mucha extensión, y no la podía tener en el puesto, pues se tupía mucho la población, allí; por suerte, el campo era lo que menos faltaba, y pastoreaba su inmensa manada en plena Pampa desierta, llevándola, con toda osadía, hasta donde merodeaban continuamente los indios. A estos no les tenía miedo; era amigo de ellos, casi compañero; hablaba su idioma, les prestaba servicios; más de una vez, les había servido de lenguaraz, y por sus buenos oficios, había desviado malones á punto de largarse, haciendo

dar oportunamente á los indios dos ó tres centenares de vacas por los hacendados más expuestos. Nunca tampoco les negaba algunas yeguas, cuando los apuraba el hambre, y todos lo respetaban, llamándolo con sinceridad: «cristiano amigo.»

Terminada la trilla, se llevaba despacio las yeguas, cansadas y enflaquecidas, hasta cien leguas y más, en pequeñas jornadas, haciéndoles desflorar los pastos otoñales de la Pampa. Se internaba, hasta llegar donde, hoy, se juntan, en un punto común, rebosando de vida, las tres provincias de Santa Fe, Córdoba y Buenos Aires, en la llanura más llana con que se pueda soñar. ¡Qué triste, entonces, y que solitaria debía ser! únicamente animada, á veces, por la disparada rápida de los pocos avestruces, venados y baguales que en ella se buscaban la vida, asustados por algún movimiento inusitado. Allí pasaba el invierno, en una cueva cavada en cualquier parte, esperando que la primavera volviese á hacer engordar las yeguas y á devolverles las fuerzas necesarias para emprender de nuevo el trabajo anual de la trilla del trigo.

Nunca faltaba; y los agricultores de Chivilcoy, una vez sus trigos emparvados, lo espe-

raban con la misma confianza con que habían esperado el verano y la siega.

Un año, pasaron los días, pasaron los meses, sin que apareciera en el horizonte, creciendo con rapidez, al acercarse galopando, el gran arreo de las yeguas de Carpio Caro. Los colonos tuvieron que ocupar á otros trilladores, y, mal que mal, se hizo el trabajo; pero muchos se perjudicaron por la demora, y, el año siguiente, empezaron á traer algunas trilladoras á vapor.

De Carpio Caro, de su ausencia, de su desaparición, durante algún tiempo, se habló, por supuesto. La familia trató de conseguir noticias, pero todo fué en vano, y ni de él, ni de su hijo, ni de sus dos mil yeguas se volvió á saber nada; hasta que todo cayó en el silencio, en el olvido.

Ocho años después, se empezaron á poblar los campos extensos y desiertos, desalojados ya definitivamente por los indios, y el dueño de un gran retazo de Pampa, al recorrerlo, encontró por casualidad, cerca de una laguna grande, dos esqueletos humanos, cubiertos todavía de ciertas prendas de plata, que hicieron conocer estos restos por los de Carpio Caro y de su hijo.

¿Cómo habían muerto? nunca se supo. Crimen, no fué: no los habían despojado; algún des-

cuido, quizás; los caballos que disparan ó desaparecen; ¿ó alguna fiera? puede ser; ¿la viruela? ¿un rayo? No se sabe, ni se ha sabido nunca, ni se sabrá jamás. Hay tantos medios de morir.

***

Y Simeón Montes, con la vista fija, como si mirase en el pasado todo lo que había visto desaparecer, agregó:

—«Habría quizás comprendido que ya era tiempo que cediesen el paso las yeguas á las trilladoras, lo mismo que había hecho la hoz á la segadora.

¿Y no tuvimos que hacer lo mismo, nosotros, dijo, cuando se extendió el ferrocarril, con nuestras inacabables tropas de treinta y cuarenta carretas tucumanas, que iban en fila, tiradas por ocho, diez, veinte bueyes, haciendo rechinar sobre sus ejes, las toscas ruedas de madera maciza; formando el cuadro, en las paradas, para rechazar los ataques de los indios?

¿Y con nuestras *arrias* de centenares de mulas, que bajaban de San Juan y Mendoza, cargadas de lanas y de semilla de alfalfa, para volver, meses después, con mercaderías de todas clases?»

Nos contó también, el viejo Simeón, los sustos que, cuando tropero, había pasado, y las pérdidas sufridas, cuando, para salvarse de los indios, no había más remedio que de arrear, disparando, las mulas desnudas, dejando tirada toda la carga.

Entre sus historias, hubo una, bastante enredada, de cierta sorpresa y del consiguiente pánico, que tuvo por teatro la travesía de La Carlota á San Luis, en la cual, una tropa, según él, abandonó, para huir, su carga de artículos de almacén y de botica, llegando después otra, que cargó con los restos del saqueo. Nunca pudimos aclarar muy bien que tropa conducía don Simeón; si la que fué pillada ó la que recogió el botín; prefería, al parecer, esquivar las preguntas al respecto; ignoraba los detalles; no sabía si los indios habían sido de la gente de tal ó cual cacique, ó si sólo, gauchos malos; pero sus ojitos de zorro viejo brillaban tanto que quedaba uno pensando, al oirlo, que el desierto debió conocer y guardar para sí, curiosas y tremendas historias, á veces.

XIV

EL ARADO

Antes de que el sol ardiente de Enero asome en el horizonte su faz de fuego, á las cuatro de la mañana, cuando todavía puede uno creer que dura la primavera, al sentirse rozar la cara por el fresco álito del alba, los arados de don Giuseppe ya rajan la tierra vírgen de la Pampa. Á cierta distancia del rancho, en medio de los confusos rumores del despertar de la naturaleza, retumban gritos enérgicos, llamadas imperativas, nombres raros, como apodos de esclavos, incesantemente atropellados por un amo gritón y exigente.

Pero la voz es juvenil, los nombres son de benévola sonoridad, y los gritos, no parece que sean de enojo:

«¡Machete! ¡Zarco! ¡Pepito!» Detrás del arado,

caminan, apurados, los hijos de don Giuseppe, la picana en la mano, tropezando entre los terrones, manejando como hombres vigorosos, muchachos que son, de doce y trece años, ocho bueyes, cada uno, y trazando, cada uno, su doble surco de cinco cuadras de largo, obligando á la tierra ignorante á pasar sin transición, del pasto puna al trigo.

—«¡Remolón! ¡Azucena!» y mientras que, entre risas, por el nombre tan florido que ha dado el muchacho á un buey, vuela una bandada de mixtos locos, la picana tanto cae en Azucena como en Remolón. Es que hay que andar ligero: hay que aprovechar la madrugada, pues apenas salido el sol, se pone insufrible, y lo que por la mañana no se haga, menos se hará por la tarde.

—«¡Indio! ¡Palomo!» y en el pelaje blanco del Palomo, asoma una manchita colorada; mientras el Indio se encoje y pega un tirón, como si quisiera llevarse todo por delante, para remediar quizás, en lo que pueda, la torpeza secular de los gobiernos tacaños, que con mezquinar, en su criminal avaricia, la tierra al agricultor, han demorado tanto la conquista del desierto y el progreso del país; ¡necios! ¡como si valiese algo la tierra sin el arado, la herramienta sin el obrero!

—«¡Casero!» grita el muchacho, y cimbra la pica.

Casero, sí, será el labrador, dueño del retacito de suelo patrio que cultiva con sus manos y que con su sudor riega. El pastor vive solo, errante, con su rebaño; recorre la llanura; dispara del peligro; no le puede hacer frente; el labrador, lo mismo que el árbol que plantó, echa raíces y queda firme; el cultivo de la tierra agrupa á los hombres, y resisten, formando, para defender lo que es suyo, la muralla de pechos humanos, que sólo hace invencible á la patria!

—¡«Chingolo! ¡Porteño!» y llueven los puntazos. La tierra es dura; opone al arado vencedor la resistencia de las mil raíces enmarañadas en su seno, desde las edades remotas en que ha podido germinar en ella la semilla llevada por el viento ó traída por el pájaro. Resiste—y los mismos chingolos, santafecinos-cordobeses ó porteños, si no fuera más que por ella, nunca habrían sabido lo que es un grano de trigo. Pero tiene que ceder al arado.

—«¡Ginebra! ¡Gaucho! ¡Haragán!» gritan los muchachos, picaneando; y dá la casualidad que justamente, en este momento, pasan frente á la casa, en cuyo umbral, sentado descansadamente, un gaucho andariego, sin trabajo y sin

ganas de hallarlo, está por echarse un trago al buche; y, medio sorprendido, endereza el porrón y mira, frunciendo las cejas, á don Giuseppe, su huésped, que sonriente, y sin dejar la herramienta que está afilando, le dice.

—« ¿Qué le parece, amigo, esos bueyes?»

—¡Lindos!» contesta el gaucho, y empina largamente el frasco, murmurando no se sabe bien que fórmula de... agradecimiento.

Ya pasaron los dos arados, con su larga fila de diez y seis bueyes, dejando abierto al calor del sol naciente el ancho surco que humea; y se va achicando, á lo lejos, el grupo compacto, donde relampaguea, á ratos, el acero gastado de las rejas.

Apenas ya se oyen los gritos á los bueyes: « ¡ Mestizo ! ¡ Guapo ! ¡ Bandera ! » Claro : no podían faltar esos nombres en la boyada de don Giuseppe, casado con una criolla, cuyos hijos, labradores guapos, sienten para la bandera de su tierra nativa todo un orgulloso amor de prosélito.

Y la misma tierra se admira de verse tan fecunda, cubierta, en pocos meses, de alfalfares que siempre retoñan, y de trigales dorados que caen, tupidos, bajo la cuchilla, mientras que las hermosas plantas de los maízales extienden hasta el horizonte, sus verdes líneas.

Giuseppe, don José—el pobre Giuseppe de antaño,—no tiene las manos ni la cara mucho más lavadas que en otros tiempos; fuma siempre en el mismo pito hediondo, pero el hombre está muy forrado : tiene campos y hacienda, y casas, y plata; y sigue trabajando, produciendo, ganando, porque es su placer, y su vida. Manda y paga á un ejército de peones, y, lo mismo que á sus hijos, ha enseñado á muchos de ellos como se trabaja: su ejemplo los intruye, y cuando, durante la trilla, bajo los ardores de un sol sin piedad, echan incansablemente á las ruidosas fauces de la máquina las gavillas, su presencia los alienta.

A otros también abre su obra, á veces, nuevos horizontes: y un corredor con quien acababa de recorrer sus innumerables parvas de trigo, después de quedar pensativo un rato, le dijo :

—« Mire, señor; si hubiera en la campaña tantos don Giuseppes como hay de corredores en la Bolsa de Buenos Aires, el oro pronto estaría á la par. »

———— ———

XV

RODADOS PAMPEANOS

Don Ambrosio ya se iba haciendo medio pesado para el caballo. Para dar una vuelta á la majada, revisar el rodeo, ir hasta la esquina ó á lo de su compadre don Anacleto, á pasar un rato, no se cansaba, por supuesto; pero cuando tenía que dar un galope algo serio, para alguna diligencia en el pueblo, más de una vez, había pensado en lo lindo que sería poder hacer el viaje, cómodamente sentado y suavemente hamacado en una volantita, como su vecino don Julián, que ya casi nunca ensillaba, se puede decir.

La volanta de don Julián era efectivamente una gran cosa; liviana, aunque de cuatro ruedas y de seis asientos, pudiendo usarse con ó sin capota, con dos caballos ó con uno solo;

de ruedas altas, para desafiar las grandes crecientes en los cañadones, y de elásticos reforzados, «de patente», para resistir, en tiempo de sequía, los más rudos socotrocos y los tumbos más traicioneros, en los caminos endurecidos. ¡Qué volanta linda!

Sí, pero debía costar un platal, y don Ambrosio no era capitalista. Vivía, á gatas, con la libreta siempre á medio saldar, y realmente, soñar con tener una americana como la de don Julián, hubiera sido, en su situación, descabellado.

¿Por qué no hubiera pensado, también, en tener un *breque*, como el Sr. don Nicolás Rivas, el estanciero más rico del partido, que cuando iba á su otra estancia, la de afuera, desdeñaba de tomar el tren, y se iba, solo ó con la familia, haciendo arrear por delante veinte caballos gordos, para mudar por el camino, atándolos de á cinco por turno: uno en las varas, dos á los lados, con balancines, y dos por delante? ¿Para qué pensar en lo que no se puede?

Empeñándose, quizás hubiera podido don Ambrosio, comprar uno de esos *sulkies* que empezaban á entrar en moda; pero son medio peligrosos, para cortar campo; sólo son buenos para muchachos que tienen pocos pesos y se quieren

dar corte en las calles del pueblo, ó para acopiadores que tienen que andar siempre apurados, què son gente liviana, y á quienes el afán perpetuo en que viven de ganar plata, hace olvidar que los huesos son quebradizos. Para un viejo, no sirven; á más que con ellos, si se les antoja á la patrona ó á los niños dar un paseito, no se puede.

Le llamaba también la atención á don Ambrosio un *vagón*, con que cruzaban á veces unos ingleses, cerca de su casa; un día, los veía llevar en él carga para la estación; otro día, venían con un cargamento de visitas, hombres y mujeres, como en la mejor volanta. Pero cuando supo que se llamaba el vagón ese, quinientos pesos, ni se quiso acordar más.

Sin hablar de las carretas de bueyes, ya desaparecidas, y de los carros de caballos, cada vez más monumentales, que sólo tienen por humilde misión de acarrear cargas pesadas, ruedan por la Pampa muchos vehículos, destinados á transportar gente, que bien merecerían un lugarcito en los museos de antigüedades.

¡Qué lástima! que no se dispute con más ahinco á la destrucción final, á la dilución paulatina producida por las lluvias y el sol, la humedad y la sequía, los golpes y las composturas, la putrefacción que los desmenuza y las ra·

jaduras que de ellos hacen saltar pedazos enteros, ciertos rodados, de construcción ingeniosa: galeras irremediablemente volcadoras, majestuosas berlinas y venerables carretelas, tílburies y birlochos, de todas formas y alturas, recuerdos de las generaciones pasadas, que los han ostentado con orgullo, cuando nuevos, en las calles mal empedradas,—ó sin empedrar,—de la capital!

Fué entre esas reliquias del pasado, todavía militantes, no se sabe por qué milagro, que acabó don Ambrosio por encontrar el carricoche ideal, con el cual, sin mayor sacrificio, pudo, por fin, materializar su sueño dorado.

Pudo comprarlo,—condición para él especialmente favorable,—sin sacar del bolsillo un solo peso. El que se lo cedió,—un vecino nuevo que, después de haber andado mucho, rodando por la Pampa, haciendo mil pequeños comercios de buscavida, se había fijado por ahí con una majada,—se lo cambió por ciento cincuenta ovejas al corte.

El no lo había comprado nuevo; ¡oh! ¡no! y no le había perdonado, durante muchos años, ni una de las penalidades á que puede someterse y someter á los demás, el que, pobre, tenazmente persigue á la fortuna. Su cuerpo era lleno de cicatrices; la caja, la capota, las

ruedas, la lanza, los ejes, todo había sufrido mucho y acusaba las mil peripecias de los largos y penosos viajes por la Pampa; pero á don Ambrosio no le importaba el lujo; el rodado era bueno, y tenía *la huella*, es decir, la distancia de rueda á rueda que permite seguir, en el campo, por cualquier parte, el camino que serpea, caprichosamente trazado por las tropas de carros; y esto le bastaba.

Como al carricoche, el nombre de volanta mal le hubiera sentado, pues no era tílbury, americana, breque, ni nada parecido, don Ambrosio, en la duda, lo llamó modestamente una jardinera, á pesar de sus cuatro ruedas.

Por detrás, tenía una especie de plataforma, sumamente cómoda para colocar un baúl... y perderlo también, por el camino, si no está muy bien asegurado. Las ruedas, de llanta ancha, se hundían poco en el suelo; los elásticos, fuertes y macizos, estaban todavía reforzados por un enrollamiento de tiras de cuero crudo, de tal resistencia que, en alguna sacudida imprevista, saltarían primero, despedidos del asiento, los pasajeros, antes que se rompiesen aquellos.

Desde que la tiene en su poder, don Ambrosio le ha pegado fuerte á la jardinera, y cada año, cuando no cada mes, tiene que cambiarle al-

guna pieza rota ó gastada, por una nueva; de tal modo que casi ha desaparecido la volanta primitiva. Pero, para él, siempre es la misma, y por todos lados, anda con ella, cruzando campo, sin reparar en vizcacheras, blandiendo en galopes y trotes atrevidos, su blanca capota, hecha, hoy, de lona, lo que le dá, cuando voga en la inmensidad de la llanura, el aspecto de una vela en el mar; y los muchachos, por esto, le han dado al vehículo el poético nombre de «la paloma», que si bien de lejos es adecuado, desdice con el sonajeo terrible de herrajes destornillados, con que, de cerca, anuncia su presencia.

XVI

LO CRIOLLO

Don Victoriano Ortiz, al tranco sosegado de su crédito, penetró con don José, el resero, en el rodeo de sus vacas,—unas mil cabezas,—parado en una loma medanosa, y caminaron ambos, despacio, entre el oleaje de grupas y de astas, tratando, el resero de no pisarse en sus cálculos y de darse buena cuenta del estado de los animales y de su valor; y Ortiz, de remover delante él los novillos más grandes y gordos.

— « ¡ Qué le parece, don José, la novillada? van tres años que no vendo; se puede cortar de á puntas.

— Sí, cierto; contestó el resero. Hay bastante novillada grande; pero es muy criolla.

— ¿ Le parece ? » Y quedó Ortiz todo des-

consolado, y como quien pierde la ilusión de un gran esfuerzo inútil, al acordarse que había podido conservar, hacía tres años, en su rodeo, durante unos meses, un torito mestizo, de la estancia vecina, creyendo asegurado así el refinamiento rápido de su hacienda.

Barrosas y chorreadas, hoscas y bayas, overas y yaguanés, con astas largas y amenazadoras, en sus cabezas grandes; las ancas estrechas y salientes; puro pecho, poco cuarto, y con unas patas largas que más les hubieran hecho ganar un premio en las carreras que en una exposición rural, las vacas del amigo Ortiz eran, como él, de pura sangre criolla.

Pero lo que puede, para el hombre, ser un mérito relativo, no lo es para los animales, y los reseros de hoy ya no tienen más ojos que para las mestizas. Si Ortiz no vendía novillos desde tres años, y si de los que llevó don José, no sacó más que un precio irrisorio, es que lo criollo ya no tiene aceptación. ¿Qué le vamos á hacer?

Pero él difícilmente podía entender esa moda, como decía, y seguía resistiéndose á invertir plata en esos toritos ingleses que todos ponderaban, y que, por fin, no le parecían tan buenos.

Lo mismo con la ovejas. Tenía una gran ma-

jada de criollas, altas, delgadas, con una lana más fiera que la peluca de Mandinga, y esto sólo en el lomo; y á los que le indicaban la necesidad de mejorar su rebaño, contestaba que las ovejas criollas eran las únicas en que tenía fe; que ellas no sabían lo que era sarna, ni lombriz, ni mancura, ni nada; que eran sanas y fuertes, que criaban lindamente sus corderos, y que no quería saber nada de *línca* ni de *rambullé*.

—« Demasiado se me van mestizando con las mixturas, » decía; aunque más miedo todavía le tenían los vecinos á la majada de él, siempre llena de carneros, en toda estación; y ¡ qué carneros ! tan emprendedores, é indómitos como fieras : « criollos lindos, » decía don Victoriano.

El animal criollo es el que, de un estado doméstico anterior, va retrocediendo al estado silvestre; el criollo, por otro lado, es el hombre que se va acercando al refinamiento: se encuentran ambos por el camino, y mientras no sean mayores las necesidades del último, quedan juntos y se acompañan, en ese estado de transición. El criollo se contenta con conservar la propiedad de sus animales; observa sus mañas, sus costumbres y les opone su vigilante astucia, salvando su dominio por medios primitivos

de coerción. Todavía no piensa en mejorar su propia condición; ¿cómo pensaría en mejorar la de su hacienda? ella vive y se multiplica; ¿qué más quiere? también está apropiada á lo poco que le pide y se contenta con vivir de ella.

La ambición de enriquecerse no ha nacido todavía en él; ni trata de producir más de lo que necesita, ni menos, de conservar lo que le podría sobrar.

Facilmente se comprende que con semejante ideal, nunca se hubiera acordado Ortiz de comprar campo. Primero había andado vagando por tierras sin dueño conocido, ó en campos del estado, y sólo cuando aumentaron sus intereses y se empezó á poblar la campaña, pensó en arrendar. Bien veía que, por todas partes, se formaban estancias, grandes y pequeñas, y la mayor parte, de propiedad de extranjeros; pero acostumbrado á ver que el pesebre y la rasqueta sólo servían para el caballo importado, y que la intemperie y el campo pelado bastaban para el criollo, no se le ocurría que pudiera, él, nacido acá, aspirar algún día á ser también dueño de algún retazo del suelo patrio y á radicarse en él.

Se dejó estar, pues, durante mucho tiempo, hasta que aconsejado por su amigo don José, el resero, logró un campito á precio regular.

Con la inesperada posesión de la tierra, cambiaron sus ideas.

No tener ya que pensar en el pago del arrendamiento, esa terrible pesadilla anual, ni en la próxima mudanza, ese trastorno periódico que, muchas veces, es la ruina, que siempre es un atraso, esto basta para que se borren de la mente del criollo los vestigios del instinto nómada, heredado de sus antepasados.

Y pronto, aunque ya viejo, dejó Ortiz de ser el criollo empedernido que siempre había sido. Fué vendiendo poco á poco las barrosas y yaguanés; y los toros mestizos de buena cría anduvieron haciendo la ley en el rodeo, mientras que la ovejas criollas, cruzadas con buenos carneros, daban crías que quizás hubieran renegado de sus madres, por ordinarias, si hubieran sido gente.

Hubo por cierto, desconsuelos pasajeros; la tierra había quedado pampa, y los mestizos son delicados. El pasto puna, que basta para mantener ovejas y vacas criollas, enferma á aquellas; pero después de maldecir, en más de una ocasión, las mestizaciones, y de insistir, á veces, en que «no hay como los animales criollos,» Ortiz tuvo por fin que aplaudir á sus hijos haciendo oficio de gringos y siguiendo á pie el arado que hace mestiza la tierra, y arraiga en ella al hombre.

Fué por aquel entonces, cuando el resero don José, vino un día, muy paquete, á visitar á la familia de Ortiz, con el solemne objeto de pedir, para su hijo, la mano de la jóven Zulema. Y como el viejo Ortiz, muy halagado por el pedido, por previsto que fuese, le preguntaba al resero, con aire socarrón, si no tenía recelo de que le saliera muy criolla la hacienda, don José, galante, contestó que, tratándose de flores, cambiaba de especie la cosa, y que hay violetas del país y rosas criollas que pueden competir con las mejores flores importadas.

XVII

EL ALCALDE

Una de las preocupaciones mayores del Juez de paz del partido «Sargento Cabral» era de encontrar y de conservar alcaldes para los nueve cuarteles de su jurisdicción. Ser alcalde, es un honor, no hay duda; pero también es un hueso pelado que no da para puchero; y pocos eran los vecinos bastante valientes, tontos, vanidosos ó abnegados para aceptar el puesto, ó para no tirarlo como ascua, cuando en un descuido se lo habían dejado colar.

El juez de paz tiene mil modos de sacar provecho de su posición oficial; el comandante militar consigue con facilidad peones, de ojito, para su estancia; al comisario, siempre se le queda pegado en el fondo del cajón, una que otra multa olvidada en los apuntes oficiales; el

secretario de la Municipalidad no deja de percibir su comisioncita para apurar el despacho de alguna guía; para el médico amigo del juez de paz, hay visitas obligatorias y bien remuneradas; y el recaudador de rentas, si es vivo, sabe crear pretextos para cobrar multas de las cuales le toca la mitad.

Pero el alcalde, ¿de dónde sacaría sebo? Vive en el campo, lejos del foco luminoso que irradia sus favores sobre los felices mortales acurrucados en rededor de él; tiene que atender sus propios intereses ó los que le han sido confiados. De poquísima instrucción, apenas le alcanzan los medios para verificar una señal ó una marca, y descifrar los hieroglíficos certificados de venta de hacienda, en los cuales tiene que poner su visto bueno; y si, á veces, podría ser muy capaz de apropiarse una vaca ajena, no tiene ni la más remota noción de como se puede, por medio del papel y de la pluma, trampear al prójimo.

Sí, sí; es un puesto honorífico el de alcalde; pero á más de las pocas utilidades que proporciona al titular, lo hace candidato á sufrir eventualidades, que, por honoríficas que sean, suelen ser poco sabrosas.

De repente llega del pueblo una comisión que le entrega un imponente oficio, mandándole se

constituya inmediatamente en el domicilio de Fulano de Tal (un bandido de siete suelas que vive entre los juncales y capaz de matar al propio padre), para intimarle orden de prisión, y tiene el alcalde, si quiere cumplir con su deber, que dejar sin acabar el pacífico trabajo que estaba haciendo, para ir á correr el riesgo de que le sacuda el otro algún balazo ó un buen pinchazo.

Hay alcaldes que, sin vacilar, ensillan y van; y los hay que, también sin vacilar, se quedan en su casa, y ya que el juez no se sirvió acompañarla, mandan á la comisión á arrostrar sola á la fiera.

De los primeros era don Dionisio Sayago, hombre reposado, de edad algo más que madura, hacendado, de buena raza criolla, quien fué una vez, así, con tres milicos y un sargento, á prender á un cuatrero famoso que se había refugiado en su cuartel. Al llegar al rancho, lo vieron muy si·señor, parado en la puerta, y tomando mate, con el parejero ensillado en el palenque, listo para la disparada.

Don Dionisio, sin bajarse, y dejando á retaguardia á sus acompañantes, le dió la voz de preso. La contestacion fué breve y expresiva: el gaucho alzó un trabuco, que tenía á mano, cargado hasta la boca, y como manga de piedra

con trueno, silbaron las balas y los recortes, en una detonación formidable. Cuando se disipó el humo, se veían desde el rancho, cinco grupas de caballos huyendo á todo correr, y el bandido, con una sonrisa sarcástica, se golpeaba la boca.

Uno de los jinetes, entonces, sujetó de golpe, y dándose vuelta, se acercó otra vez al palenque.

Don Dionisio había sentido, al oir la risa del criminal, una nube de vergüenza invadirle el rostro, y se volvía, solo, resuelto, sereno, á cumplir con su deber.

Se apeó con toda tranquilidad, ató su caballo, se aproximó al rancho, sin decir palabra, y cuando estuvo á cinco pasos del gaucho, que atónito de tanta audacia, había dejado caer el trabuco descargado, para empuñar el facón, don Dionisio sacó ligero del cinto el revólver, y apuntándolo, le dijo con calma:

— «Tire las armas, amigo, y dése preso.»

El cuatrero cedió, abochornado, al instinto de la propia conservación, y quedó temblando de rabia, pero paralizado. Quiso, no hay duda, atropellar al atrevido; tuvo, por cierto, la idea de abalanzársele; de darle vuelta rápida por un lado y de herirlo; calculó también la distancia que lo separaba del parejero salvador; se

acordó con sentimiento del trabuco yacente, inútil, en el suelo; casi dió un paso adelante, al comparar su ligereza y su fuerza con la pesadez y la relativa debilidad de ese hombre ya casi viejo; pero se quedó inmóvil, como clavado en el suelo, pálido, febriciento, avergonzado de verse tan cobarde que ni se atrevía á mover la mano, siquiera para secarse el sudor de la frente; casi rugió, casi lloró Vió cerrarse las puertas de la cárcel; oyó las risas. . .; quiso moverse, erizado.

—«¡Una!» dijo don Dionisio.

Y se sobresaltó el gaucho, como si hubiera oído hablar la misma boquita del revólver, redonda, negra, reluciente, que guiada por un ojo agrandado de todo el esfuerzo de mantener cerrado el otro, y con agudeza de visión duplicada por la ceguera del compañero, espiaba cualquier gesto, cualquier movimiento que hubiese tentado hacer.

No hizo ninguno.

— « ¡ Dos ! » dijo la voz : y todo lo que le permitió la parálisis de que era presa, fué de abrir la mano para dejar caer el facón; ¡malvado, cobarde, flojo!

Seguido siempre por la enervante amenaza de la boquita redonda, muda elocuente, tuvo que marchar, reculando, hasta el palenque, montar

en el caballo de don Dionisio, mientras éste saltaba en el parejero, y llegar, así conducido, al puesto del alcalde, donde encontraron á los milicos rodeando el fogón y floreándose con contar, entre dos mates, con todos los detalles, por supuesto, la pelea tremenda, en la cual, á pesar de la bravura por ellos desplegada para salvarlo, don Dionisio había seguramente encontrado su fin.

— « ¡ Pobre don Dionisio ! » empezaba uno, cuando el alcalde lo interrumpió :

— « ¡ Sargento ! dijo, asegure á este preso; y mande uno de sus hombres á alzar el facón y el trabuco que el señor ha dejado olvidados en el patio. »

Luego, corrigió : « Pueden ir dos, si uno les parece poco.»

XVIII

JUEGOS DE AZAR

El muchacho remitió á Fulanez un papelito todo arrugado y borroneado con lápiz, que decía: «Don Manuel, sírvase Vd. remitirme un kilo yerba, un kilo azúcar, una docena fósforos, cuarto kilo tabaco alemán, del bueno, si hay, un atado papel Duc, un litro vino francés y veinte pesos en efectivo.»

—«Me gusta esta gente, rezongó don Manuel; mandan pedir fiado por tres pesos de mercadería, y lo pechan á uno por veinte pesos. ¿Para qué necesitará veinte pesos don Agustín?»

Y discretamente lo iba á indagar del muchacho, cuando se acordó que, al día siguiente, que era domingo, había reunión en su casa, y comprendió que los veinte pesos, siendo destinados á ser perdidos por su dueño, y gastados ahí mis-

mo por el que los ganara, ningún interés podía tener en negárselos.

Hizo, pues, despachar lo que pedía don Agustín, y le entregó los veinte pesos al niño, prendidos de la libreta, con un alfiler.

Apenas se había dado vuelta que entró don Benjamín, cuya libreta, ya muy pesada, le daba pocas ganas de seguir sirviéndolo, y cuando después de haberlo saludado y pedido la copa, para darse una postura, el hombre lo llamó aparte con la frase consagrada: «Me permite una palabra, don Manuel,» no pudo este hacer menos que murmurar: «Pechada, á la fija.»

Efectivamente era: el paisano le venía á pedir, por favor, que le prestara diez pesos, porque tenía á la suegra muy enferma, y que la iba á tener que llevar al pueblo para hacerla ver, pues doña Simona la desahuciaba. Se resistió Fulanez y sólo fué después de un largo debate que le aflojó cinco pesos, haciéndole sentir toda la magnitud del sacrificio, la magnificencia de su munificencia, y lo profundo que tenía que ser, desde ya, su agradecimiento.

«Si estos diablos, para pedir plata son tremendos», decía entre sí Fulanez; siempre tienen alguna suegra enferma, ó la mujer por morirse› ó una criatura que enterrar, cuando le toman el olor á la taba.»

Don Benjamín se iba, mientras tanto, con los cinco pesos en el tirador, calculando que si le favorecía la suerte, lo primero que haría sería de saldarle la libreta á Fulanez, para no pisar más en la casa de ese sin vergüenza que, desde tantos años, lo venía explotando.

Y todos los vecinos de por allá, cercanos y lejanos, pequeños hacendados y pobres peones, gauchos jornaleros y nómades, ó puesteros de estancias y mensuales, todos se iban preparando para la fiesta del día siguiente. Carreras debía haber, como siempre, y no faltarían parejeros improvisados para hacer correr. Pero las carreras no eran más que el pretexto, siendo más bien el objeto verdadero de los preparativos, el buen partido de taba, durante el día, y de choclón, á la noche, en que todos se prometían de tomar parte.

En lo de Fulanez, no había peligro de sorpresa, como en otras partes: se sabía que él era muy amigo con el comisario. Algunos decían, —en todas partes, hay malas lenguas—que á éste se le daba parte de la coima.

Lo cierto es que, aunque estuviese presente la comisión, y por tal que no hubiese bochinche, ahí se jugaba con la misma libertad que en cualquier ruleta de pueblo veraniego.

Y los preparativos, por consiguiente, consistían, para todos, en juntar pesos.

Los peones y los puesteros pedían á sus patrones, algún valecito para la esquina, y con los patrones, encontraban pichinchas fáciles los acopiadores de frutos que consentían en dar alguna seña buena por cueros á recibir.

Pobres pesos, ganados sin mucho trabajo, quizás, pero tan escasos, tan necesarios, que da lástima de verlos condenados al matadero, cuando tan bien se podrían emplear en mejorar la precaria vida de la familia.

Bastante gente se juntó en la rueda, cuando el coimero, de su alcancía de lata, sacó las fichas, y las empezó á repartir, en cambio de buenos pesos.

Mozo serio, el coimero; muy ponderado entre el gauchaje, como formal y recto. Con él, nunca había discusiones; no se sabía equivocar en las cuentas, y siempre, á cada uno, daba lo que le correspondía. Por lo menos, así lo decían todos, y tan bien lo creían, que su mirada fría y su palabra algo cortante convencían pronto al que dudaba, que él era que no sabía contar.

Tampoco jugaba nunca; ¿por qué habría jugado, si, con la coima, ganaba sin riesgo? sin contar que, entre los jugadores, estaban unos

hermanos de él que siempre se retiraban con el tirador forrado.

Entre la concurrencia estaba don Benjamín, y cuando Fulanez le preguntó por la suegra, no extrañó que le contestase que andaba muy mejorada.

Parados, sentados en el suelo, en cuclillas, todos seguían con ojos ansiosos los movimientos de la taba. Poco á poco, se iban retirando los á quienes la suerte adversa había dejado pelados. Eran los pobres imprudentes que, teniendo poca galleta, se la habían tragado de un bocado: en la rueda quedaban los más ricos, á quienes no podían voltear, así no más, algunas paradas desgraciadas, y los pobres prudentes ó suertudos, que sabían manejar sus pesitos para, siquiera, hacerlos durar más tiempo.

Don Benjamín no era de estos; no era hombre vivo, ni suertudo, y pronto se tuvo que ir al mostrador, donde se le vino á juntar don Agustín, y pronto se empezaron á consolar con algunas copas.

Y cuando don Agustín se hubo retirado, don Benjamín trató en vano de conseguir de Fulanez otros cinco pesos, para volver á jugar, con la esperanza, siempre, de ganar la cantidad bastante crecida que necesitaba para saldarle de

una vez la libreta y no pisar más la casa de ese sin vergüenza que, desde tantos años, lo explotaba.

Fulanez se los negó y don Benjamín entonces, con la tranca, le dijo, con franqueza, porque los quería, y se lo dijo en los mismos términos que tenía grabados en la cabeza. Pero Fulanez, por tan poca cosa, no se formalizaba, y riéndose, se fué á preparar el billar para el choclón nocturno, el gran recurso para hacer salir los últimos pesos de los tiradores recalcitrantes.

XIX

APODOS

Mal muchacho no era el amigo Baldomero; bastante buen trabajador; esquilador asiduo, conchabándose por día para trabajos de corral, cada vez que lo podía; experto en el manejo del lazo y jinete cual el mejor.

Hubiera podido, por cierto, tener muchos amigos, pues era de figura simpática, liberal y generoso; pero tenía la maldita costumbre de nunca dar á nadie el nombre ó apellido que, por ley ó casualidad, le hubiera caído en suerte, y hasta á los animales los designaba por apodos. Esto, por supuesto, lo hacía mirar de rabo de ojo por todos los compañeros: uno, porque ya sabía qué apodo le había metido, otro, porque sospechando que no podría escapar, le tenía miedo. Con razón; pues, no tratándose de reyes,

poco suelen los apodos alabar las cualidades, y más bien, al contrario, tratan de poner de relieve los defectos físicos ó morales de la víctima.

Menos trabajo cuesta conocer de qué pierna cojea un hombre, que penetrar en su pensamiento, y facilmente cree uno que, con señalar la tara que rebaja al prójimo, aumenta el peso de su propio valor; algo se consuela el pobre, el inferior, el ignorante, de su pobreza, de su inferioridad, de su ignorancia, con llamar al rico « Galgo bayo » si es un inglés flaco, ó al patrón « el Zapallo » si es gordo, ó « el Pelado » al que se ha vuelto calvo.

Pero para Baldomero, cualquiera servía de blanco, pobres y ricos; no perdía ocasión de pegarle á cada cual el mote que, según él, le podía convenir, y cuando, sentado en medio de los demás peones, exclamaba : « ¡Ché ! ¡ Susto ! mirá quien viene; » y que, sin enojarse, conviniendo así, tácitamente, que su fealdad nativa merecía ser castigada con las bromas de Baldomero, Pedro, dándose vuelta para ver, contestaba con sencillez : « Nariz de porongo, » todos sabían que en el palenque se apeaba el viejo Cipriano, dotado por la naturaleza, ayudada por el sol y copiosas libaciones, de voluminoso apéndice nasal.

A otro, que en vez de tener una nariz abul-

tada, la tenía delgada y larga, Baldomero lo llamaba: « Picana, » y por « Tres pelos » era conocido Epifanio, á quien nunca le había salido barba. Ireneo, que cuando se reía, abría un un horno que daba miedo, se llamaba « Pichón de golondrina » y su hermano Lucio, que era bizco, no pudo evitar de ser bautizado « Lechuza. »

« Toronja » sirvió para designar un desgraciado á quien la viruela había dejado completamente desfigurado, poniéndole la cara tan abotagada y plagada de costurones, que ni los ojos casi se le veían; varios « chuecos, » como facilmente se comprende, había en este surtido de jinetes natos; ni faltaban, entre tantos hombres de lazo, los « rengos, » y sobraban los mancos. » Ya se sabía que « Una vela » era el tuerto Gregorio; que « Guaycurú » era Martín, con su tipo de indio mal desbastado; que « Pelo de invierno » designaba á José, por su costumbre de siempre llevar el poncho puesto.

« Rotoso » merecidamente se le había pegado á Hilario, por el desaseo en que se mantenía, y « el Delicado, » al contrario, lo pintaba á Gervasio que siempre, andaba bien empilchado, con ribetes de paquetería.

« Maíz frito » lo había llamado Baldomero á un compañero que siempre, por lo listo, parecía

andar chisporroteando, y « Palomo » á un muchacho que se enamoraba de cuanta china lo rozaba; « Charabón » le decía á otro, por lo descuajaringado; y « Flauta, » « Petizo, » « Pata larga, » « Bacaray » y mil otros, á todos, á cualquiera, á los del pago y á los forasteros; en voz baja, muchas veces, ó por detrás del interesado, para que no supiera que ya le había cambiado, el nombre, ó en voz alta y en medio de las risas, por tal que del recién bautizado no se pudiera temer alguna peligrosa explosión de mal humor, muy natural, por lo demás, pues hieren los apodos.

En varias ocasiones, lo pudo comprobar Baldomero. Había estado, una vez, á punto de casarse con una buena moza, hija de un hacendado regularmente acomodado, lo que, para él, hubiera sido, además de lo escogida que era la prenda, un fin feliz á su vida algo nómada de peón por día, y de acarreador de hacienda. Todo estaba arreglado; consentían los padres; la niña no pedía otra cosa; y quien sabe si ya no habrían cambiado, en la propicia penumbra tan paternalmente proporcionada al patio de la casa por el hermoso sauce que ahí estaba, uno que otro beso furtivo, para afianzar mejor las palabras dadas.

Pero Baldomero no había podido resistir el ¡ntenso placer de darle á la misma novia un apodo; ya que lo atormentaba esa manía, la hubiera podido dar siquiera el nombre de una flor, de lo que seguramente la niña no se hubiera resentido; no pudo. El apodo, para ser apodo, tiene que ser burlón, un poquito siquiera; y como la jóven era de un morocho algo subido, y tenía ciertos airecitos amodorrados, hizo alusión á ella con los compañeros, llamándola «Gata negra.» No le faltaban envidiosos al amigo Baldomero, y pronto supo la niña que apodo le habían dado, y quien se lo había dado; y como no era de genio paciente, le hizo cerrar la puerta paterna.

Baldomero, no por esto se corrigió: necesitó otra lección. Un día que, en la pulpería, había mucha gente, vió á un gaucho forastero muy barbudo, que, á cada rato, escupía; y de modo que éste lo pudiera oir, dijo él á otro, á pesar de no poder tener porra el guanaco, por no tener cola:

—« Mirá el guanaco porrudo. »

El gaucho lo miró bien y le dijo:

—« Y Vd. ¿cómo se llama?

—A mí, contestó Baldomero, no me han dado todavía nombre; estoy orejano.

—Por bagual, será, dijo el otro.»

Y como Baldomero hacía el gesto de sacar el cuchillo, el otro, rápido como relámpago, hizo relucir el suyo, y cortándolo en la oreja, le dijo:

—«Pues ahora, quedaste patria.»

Y le quedó desde entonces, al pobre Baldomero, á pesar de no usar señales los baguales, el doble apodo de «Bagual patria.»

XX

PUEBLO AMODORRADO

Cien años han pasado, desde la toma de posesión definitiva del suelo por Garay.

En los inmensos dominios pampeanos del poderoso propietario colonial, quedan agrupados en un solo punto, atados al yugo y laboriosos á la fuerza, los indios sometidos y los negros esclavos; y diseminados en la llanura, viven los criollos, despreciados y temidos á la vez por el amo español, que sólo los ocupa en la salvaje faena de la cuereada, medio nómadas, pobres, harapos, manteniéndose de los animales que roban, si robar se puede llamar el tomar su parte de bienes proporcionados al hombre por la naturaleza, en demasía tal que no sabe que hacer con ellos.

Independientes y altaneros, se ven, con impa-

ciencia creciente, excluídos de la posesión de la tierra en la cual han nacido y donde no les es permitido tener más que una miserable choza, tan instable como el toldo del indio.

Y pasan los tiempos; y setenta años más han transcurrido, desde aquellos brumosos albores de la conquista, cuando los descendientes del rudo aventurero de ultramar sienten la imperiosa necesidad de afirmar organizándolo, su dominio sobre el suelo, cuya propiedad legitiman, más y más, los años que pasan, agregando el peso de la duración al derecho del primer ocupante; y también sobre sus habitantes, indios sometidos, negros esclavos y gauchos independientes.

Es menester, antes que todo, formar un centro de población, en el cual se junten y se arraiguen las familias diseminadas en el campo, vasallos errantes é inseguros; y por esto fué que se fundó, allá por los 1750, el pueblo que todavía hoy existe, edificándose primero una capilla y algunas casas, trazándose calles, nombrándose autoridades, sometidas estas á la voluntad suprema del amo poderoso y rapaz.

Y sobre la pequeña población, así formada en medio de la pampa, ha pasado siglo y medio, lleno de revoluciones inauditas, en las ideas y en los hechos. El edificio vetusto del coloniaje

se derrumbó, dejando sólo vestigios que, poco á poco, van deshaciéndose, cayendo en polvo y desapareciendo bajo la vegetación hermosa de la civilización invasora.

La tierra pampeana, explotada por los españoles como mera conquista que, para ellos, era, vino á ser saludada, un día, por los criollos, del nombre de patria; retumbó en ella el fragor de las batallas, hubo luchas intestinas y guerras civiles, crueldades y tiranías, hundimientos de potentados efímeros, sacudimientos terribles, gritos hermosos de entusiasmo y lágrimas de desolación, y, se sucedieron las generaciones, y con ellas, los progresos.

El pueblito ha dejado pasar todo esto en medio de la mayor calma, casi con indiferencia; perdido en la llanura, se ha hecho el dormido, protejido por su ancha faja de grandes propiedades que, á pesar de algunas particiones, han quedado todavía tan extensas y tan despobladas.

La misma llegada del ferrocarril no lo ha despertado. Como respetuoso de su sueño, la vía lo ha dejado á tres kilómetros, y sus habitantes, que apenas perciben el lejano silbido de la locomotora, todavía no piensan en aprovechar las facilidades de transporte que les viene á ofrecer, para empuñar el arado y cambiar en trigales y alfalfares sus campos incultos. No

dejan de ser orgullosos de la feracidad natural de su suelo, pero no ha nacido en ellos la ambición de hacerlo más fecundo por el trabajo.

Las calles, en ciento cincuenta años, apenas se han alargado; la capilla se ha vuelto iglesia, pero de modestísima arquitectura; los árboles de la plaza han crecido; pero las veredas denotan una dejadez enteramente colonial; las calles son apenas transitables, y ningún jardinero cuida de embellecer la plaza. En 1875, recién se acordó una municipalidad patriota, de que, en 1810, había habido un cambio de gobierno digno de ser conmemorado, y mandó edificar una pirámide adornada con una estatua de la Libertad.

No habiendo agricultura, sino sólo ganadería, en los establecimientos que rodean al pueblo, el comercio carece de alimento; no hay casi tráfico en las calles silenciosas. El mate en la mano, parados en el umbral de la puerta, los vecinos miran á la calle, esperando que pase gente, para curiosear, pero nadie pasa. ¿Quién va á pasar? ¿para ir á donde? Se habían abierto dos humildes fondas; una tuvo que cerrar pronto sus puertas, pues, con la otra, sobra.

No hay movimiento alguno de edificación; casas viejas, destruídas y musgosas, y tapiales medio derrumbados bajan de la loma en que se

levanta el pueblo, como majada de ovejas sarnosas. Donde no hay fortunas, no puede haber casas lujosas; y ¿quién haría fortuna en medio de semejante inacción? Los propietarios ricos de los alrededores, sucesores aristocráticos, aunque criollos, de los desdeñosos españoles de la conquista, viven en la capital, y se acuerdan lo menos posible del triste pueblito, adormecido en medio de sus latifundia inertes, dejándolo envuelto en su fastidiosa quietud, apenas turbada por las politiquerías de caudillos imbéciles, y los cantos alegres de los gorriones, en los árboles de la plaza . . .

Se acabó la siesta larga; de la casa parroquial sale un presbítero; es el señor cura. Con gestos amplios y majestuosos de su fina y elegante mano blanca de ocioso profesional, indica á los obreros ocupados en blanquear las paredes de la iglesia, lo que deben hacer.

Es español; y su actitud imperativa, llena de orgullo sacerdotal, en este ambiente de aspecto tan anticuado, por un momento, evoca el recuerdo de aquellos tiempos en que los clérigos de ultramar eran omnipotentes, en esas buenas tierras indianas, creadas por Dios, al parecer, para ser estrujadas eternamente por los parásitos de la metrópoli.

XXI

HUASCAS

Entró en la casa de negocio un jóven de dieciocho á veinte años, de cara más rosada que tostada, de bigote naciente, retorcido para arriba, y que no dejaba de tener buena figura, con su boina azul, su chiripá y sus alpargatas, su tirador bordado y el fular floreado de seda, medio suelto en el pescuezo.

—«¡Gauchito lindo!» murmuró, al verlo, un criollo viejo, recostado en el mostrador, acordándose de los tiempos en que también él solía lucir su elegancia; y se quedó mirándolo con interés.

El muchacho, carrero de oficio, compró algunas chucherías, chacoteando alegremente con el mozo; y divisando, colgado de un estante, un cabestro que por lo muy flamante, y lo de-

masiado pulido, olía, á pesar de ser de cuero crudo, á talabartería de poblado, pidió al mozo que se lo alcanzara.

—«Te lo vendo, dijo éste; cuatro pesos.» El joven había desatado y desarrollado el cabestro; lo estiraba, lo miraba, tentado, y acabó por ofrecer tres pesos. La discusión fué corta, y se lo dejó el mozo por el precio ofrecido, asegurándole que era pichincha.

—«Te lo tomo porque es bueno, contestó el criollito, en tono de conocedor; siempre tengo que atar animales ariscos y necesito buenas huascas.»

Esa palabra quichúa: huasca,—cadena,—evocadora de Huascar, último poseedor de la legendaria cadena de oro, emblema de la omnipotencia de los Incas, antes de la conquista española, sólo designa,—ahora que de sus montañas fértiles en oro, ha bajado á la llanura,—todas las sogas de cuero crudo usadas por el hijo de la Pampa en sus faenas. Fácilmente se comprende que prolijidad exige la fabricación de estas sogas, de cuya solidez pueden depender, á menudo, el éxito de un trabajo, la seguridad de un animal, y hasta la vida de un hombre; y por esto, se volvió extrañeza, y casi desprecio, el interés con que el gaucho viejo miraba al carrerito, al ver que compraba cabestros cortos y delga-

dos, hechos, quien sabe por quien, y con que cuero.

—«Pues amigo, pensaba: ¡cómo serán de ariscos los redomones para semejantes maneadores!»

Y casi se quedó atónito, al ver que, á más del cabestro, compraba el otro diez metros de cabo de manila, para completar el surtido.

¡Miren! cabos de manila para atar caballos! y el viejo, atorrante y matrero mal domado, volvía á los años de su juventud, cuando para hacerse de una buena cincha, ancha y sin defectos, se elegía una res de poca marca, y se mataba, nada más que para esto.

No faltaban entonces huascas, en las estancias; pues en campos abiertos, como lo eran todos, nunca faltan en los rodeos animales ajenos; y de los cueros ajenos salen las huascas más fuertes . . . porque se cortan más anchas. Pero, como el rico siempre es algo mezquino, porque sabe que es el mejor medio de conservarse rico, mientras que para el pobre, todo animal es ajeno, tenía cualquier gaucho, en algún rincón del rancho, á más del apero corriente, un surtido completo de maneas y cabestros, lazos y boleadoras, cinchones y bozales, maneadores y cinchas, riendas y rebenques, y de todo.

¡Que ocurrencia hubiera parecido entonces

atar un caballo con cabo de manila! ¡ni los napolitanos!

Tampoco se necesitaba talabartero para trabajar huascas. Cualquier gaucho lo era: con el cuchillo para cortar, la lesna para coser, la maceta para ablandar, y la horqueta para sobar; grasa de potro, en invierno, de vaca, en verano, un rollito de lonja de potrillo para tientos, saliva para remojarlos y larga paciencia, el taller estaba armado. Esa sí que era industria nacional; y sin pedir protección á nadie. Por tal que la policía hiciera la vista gorda, no había peligro que se importasen huascas trabajadas en Europa; sobraban las de acá; y como los milicos también necesitaban riendas, cabestros y cinchas, se surtían en cualquier parte. ¿Cuándo va á faltar un bozal para asegurar á un amigo?

Este arte tan criollo de trabajar lindamente las huascas de uso corriente, que era cosa común en la campaña, hace veinte años, se va perdiendo bastante. El gaucho tiene pocos cueros á su disposición, y menos ocios, y ya pasó el tiempo de voracear con las huascas. Un lazo trenzado es, hoy, objeto de lujo que se conserva con cuidado; y un maneador de tres dedos de ancho y de algunos metros de largo en manos de un peón, hace sospechar que lo

ha de haber comprado en noche obscura y sin pedir certificado.

La bota de potro se ha vuelto prenda de museo, y los hijos de Martín Fierro van á la escuela, de alpargatas, conversando, algunos de ellos, de los caballos. . . vapor de la trilladora, montados en sillas, con cinchas de algodón trensado y sobrecinchas de género.

Y cuando se fué el mocito, llevándose su cabestro tan pueblero y su cabo de manila, el gaucho viejo, acabando de un trago su copa de ginebra, rezongó: «Los criollos de hoy, amigo, son lonjas de otro cuero que los de ayer.»



Mucho antes que los criollos, hubo quien supo de un cuero sacar lonjas bien cortadas, pues cuentan que la reina de Tiro, Dido, al llegar, fugitiva, en las costas africanas, después de conseguir de los habitantes la concesión—según su pedido—de la tierra que podría encerrar en un cuero de vaca, cortó el cuero en lonjitas largas y delgadas, abarcando así una extensión de terreno tal que pudo, en ella, fundar la ciudad de Cártago, y tarde vieron los incautos africanos que se habían *pisado la huasca.* Fué

el estreno de la fe púnica. Los cartagineses modernos reemplazan, en América, el cuero de vaca y las lonjas, con rieles de ferrocarril.

XXII

LOMAS Y CAÑADONES

Muchos años hacía que el viejo ya no andaba más á caballo y que, postrado en su silla, pesaroso, fumando y tomando mate, se lo pasaba contemplando el dilatado horizonte; percibía apenas, en el entorpecimiento del ocaso, el vuelo silencioso, el misterioso roce de las fugitivas horas postreras de su vida; vida forzosamente ociosa, pero no inútil, ya que era ella el centro de atracción que conservaba compacta á toda la numerosa familia.

De la pequeña loma en la cual estaba la casa, se perdía la vista, por todos lados, en inacabables cañadones, apenas cortados, de trecho en trecho, por ondulaciones amplias y de poca elevación. En los albardones así formados, abundaban los pastos tiernos, el trébol y el

cardo, contrastando con la pobreza relativa de los bajos anegadizos; y al mirar esas lomas fértiles, pero tan poco extensas, se acordaba el viejo de los pagos del norte, de las espléndidas costas del Paraná, de donde había emigrado, en 1832, cuando, joven aun, había arreado su hacienda, hacia el sur ignoto, en busca de pasto, «por esa gran seca que hubo.»

Y « esa gran seca que hubo, » era el eterno refrán, el inevitable punto de comparación, el recuerdo imborrable; el hito que separaba en dos partes su vida; la indicación fatal que, á medio camino, le había hecho el dedo del destino.

Había tenido que dejar, huyendo, las comarcas fértiles donde se había criado, llevándose por delante sus animales envueltos en espesa polvareda; pues esta tierra negra, tan rica y siempre fecunda, ya despojada de toda vegetación, parecía negarse á mantener por más tiempo las haciendas.

En el sur, no había encontrado más que pastos duros y pajonales, pero pasto por fin, y agua en abundancia.

Había salvado sus vacas, y con los años, aprovechando la inmensa extensión, casi desierta, de estos campos todavía despreciados, había prosperado bastante. El espectro de la sequía

no era más que un recuerdo de pesadilla; en el sud, más bien sobraba el agua, pero ¡ había tanto campo!

Casi todos los hacendados del norte, emigrados con él, poco á poco, se habían vuelto para sus pagos, encontrando, con todo, que más fácil era la vida en aquellos campos de pura loma, de tierra negra profunda, de pastos tiernos y tupidos, y que el riesgo de la sequía era compensado por la asombrosa riqueza del suelo y también por no haber allá, como en el sur, el peligro continuo de las crecientes.

Él se había quedado; con el tiempo, compró el campo que ocupaba, formó ahí su familia y se dejó estar, cuidando su hacienda en los cañadones, con el agua, á veces, hasta el encuentro, entre los juncos y las pajas.

No dejó de tener, de vez en cuando, noticias de la querencia vieja, y no le faltaron ganas de volver allá; pues sabía que sus compañeros de otros tiempos, sus vecinos, se habían enriquecido casi todos, dejando poco á poco la hacienda vacuna para criar ovejas que daban, en esas regiones privilegiadas, resultados magníficos.

Pero ya estaba arraigado, en campo propio, aunque bastante fiero, y con familia; y se quedó, acordándose, no sin amargura, cuando veía la

campaña toda cubierta de agua, de la « gran seca que hubo. »

Sus hijos quisieron, como la gente del norte, tener también ovejas, y mientras quedaba la pampa poco poblada, pudieron criar majadas con bastante éxito. Alcanzaban las lomas para salvarlas, en el invierno, y los cañadones, durante el rigor del verano, conservaban pastos que resistían á cualquier sequía. Pero, á medida que se fué tupiendo la población en la llanura, cada vecino mezquinó más su retazo de loma, y se sintió entonces toda la diferencia que hay entre los campos anegadizos del sur y los campos altos, hermosos y feraces del norte. En los primeros, el más hábil criollo, por mucho que haga, quedará siempre pobre, con sus tres ó cuatro mil ovejas por legua, mientras que cualquier irlandés recién venido criará fortuna y fama de buen pastor, en aquellas lomas, capaces de mantener treinta mil.

Y todo esto, más que nadie, lo sentía el viejo, al ver á sus hijos empeñados en el ingrato trabajo de cuidar, en estrechos retazos de campo alto rodeados de agua, sus ovejas enfermizas, sin poder casi reservar nada para sembrar un poco de maíz ó de alfalfa. La inutilidad desalentadora de tantos esfuerzos vanos, con razón, le hacía acordar ahora como de una maldición

de « esa gran seca » que lo había arrebatado para siempre de los campos ricos donde había nacido, y donde su descendencia de trabajadores empeñosos, siempre arruinada, hoy, por las crecientes, hubiera conseguido con menos esfuerzo la suerte merecida, en vez de luchar sin esperanza contra la naturaleza rebelde, chapaleando, toda la vida, en la sonoridad triste del agua tendida por los cañadones anegados de la pampa del sur, en vez de pisar, en alegre galope, la tierra firme y fecunda, tapizada de opulentos pastos, de los campos del norte.

— « Sí, sí, es cierto, tata, contestaba el hijo; pero, ¿ qué quiere ? estos cañadones son tan aquerenciadores, que por mi parte, seguiré lidiando con ellos. También,—agregó,—los están por canalizar, dicen. . .

— Sí, dicen ; suspiró el viejo : desde veinte años. »

XXIII

BUEN PEÓN

Una noche, pidió licencia el hombre para desensillar, y el día siguiente, pronto ya para la marcha, preguntó al patrón si no tendría algún trabajito para él, explicándole que era nativo de la provincia de Córdoba, que se había venido disgustado con la familia, y que buscaba colocación.

—«¿Qué es lo que sabe hacer? le preguntó el patrón.

—Un poco de todo, señor; entiendo bastante de campo y algo también de agricultura.

—¿Cuánto quiere ganar?

—Lo que usted disponga, señor. Usted verá mi trabajo.»

Y Ciriaco se había quedado en la estancia,

sin mayor compromiso, sin sueldo fijo, sin saber si lo guardarían ó no.

El primer día, lo ocuparon en desgranar maíz con una máquina de mano, ayudado por un muchacho, y á la tarde, pudo ver el patrón que jamás ningún peón le había llenado tantas bolsas en el día. Y sin embargo, el hombre no parecía muy fuerte; era más bien bajo, delgado, menudito; no metía ruido ni con la lengua, ni con los pies, y si caminaba ligero, era sin demostrar apuro y como resbalando.

Al poco tiempo, no había necesidad de decirle lo que tenía que hacer. El establecimiento era modesto, de pequeña área, pero bien montado en animales de precio y en rebaños finos. La hacienda vacuna no formaba rodeo muy numeroso, pero, entre las vacas, había muchas lecheras, y se aprovechaba la leche en fabricar quesos.

De modo que no faltaba que hacer para el hombre empeñoso. No había capataz, y el mismo patrón manejaba todo de por sí, dando sus órdenes á cada peón.

Ciriaco vió que en la manada había unos potros en edad de ser amansados y, con asentimiento del patrón, domó él mismo algunos para andar; amansó uno para la silla de la señora, y una yunta para la volanta: todo sin bulla,

como en momentos perdidos, y bien, sin tropiezo, sin accidente, sin cortar una huasca, se puede decir, y saliendo todos los animales sin una lastimadura, sin mañas, y tan mansos que parecían agradecidos de que los hubieran tratado con buen modo.

Ciriaco no dejaba tiempo á la sarna de invadir las ovejas, ni ocasión á los malvados de dar sus golpes en la estancia.

Sin ser del pago, no sólo ya conocía del campo cada mata de pasto y cada charco de agua, sino el nombre, apellido y filiación de cuanto bicho dañino había en la vecindad, sus mañas, sus costumbres, el número y el pelo de sus caballos; y, cosa rara, cada vez que alguno había querido pegar malón, había topado, en el momento de desatar el alambrado, ó de hacerlo franquear por el caballo, con perros de la estancia, que amenazándole de cerca las pantorrillas y esquivando los tajos, le habían ladrado hasta que, de entre la obscuridad de la noche, los llamase una voz tranquila, algo irónica, con un despreciativo: «Dejalo, hijo!»

Pronto la conocieron todos, esta voz, por ser la de Ciriaco, aunque nunca se dejase ver, y empezó á criar fama de brujo. Aseguraban algunos que los postes del alambrado para él

se volvían gente y lo tenían al corriente de todo lo que pasaba en el campo.

Tampoco faltaba, porsupuesto, quien, en la misma estancia, lo llamara espía, hipócrita, y otras cosas. Es verdad que el patrón le tenía mucha fe y no dejaba de consultarlo, en muchos casos. Pero ¿cómo hubiera sido de otro modo? si ese hombre todo lo sabía ó lo adivinaba.

En un aparte, ningún animal, por peludo que fuera, escapaba á su ojo certero, y conocía la madre de cada ternero y el ternero de cada vaca. Apenas aparecía un bulto en el horizonte que ya lo tenía filiado: vaca, yegua, caballo solo ó montado, y el color del animal y quien era el jinete, y de donde venía, y á donde iba.

No necesitaba mirar los dientes del animal para decir su edad, ni manosear un capón para saber si era gordo. Le bastaba una ojeada para saber de cuantas ovejas se componía una majada; y esto, que la viese extendida en el campo, muy suelta en pastos ralos, ó muy tupida en un trebolar, ó bien encerrada en el corral, echada ó parada.

También sabía decir, en un momento y á ciencia cierta, cuantos animales se podía sacar de ella para tropa, y de cuantos kilos saldría ésta, por cabeza, en término medio.

Lo mismo, en un rodeo, las vacas parecían

haberle divulgado de antemano, sus secretos: cuantas eran, cuantas vacas viejas y cuantas vaquillonas, y cuantos novillos, y cuantas había de preñadas entre estas y que peso darían los últimos; y si faltaba algún animal, era como si hubiera encargado á los demás de avisarle á Ciriaco, tanta era la prontitud con que notaba su ausencia.

Y cuando dos ó tres gauchos no atinaban en cortar del rodeo algún animal porfiado y lo estropeaban á golpes, sin poderlo sacar, se acercaba él despacio, con su caballo mansito, despachaba dos de los peones á otra tarea, y con el que quedaba, sin mayores gritos ni rebencazos, sin más aparato que una voluntad enérgica, dominaba al bruto, y como por persuasión, lo llevaba hasta el señuelo. Sabía que la pericia del hombre de campo consiste en vencer sin violencia resistencias violentas, y que, más que su fuerza, debe lucir su astucia y su paciencia.

Aunque, ni con viento pampero, supiera errar el tiro, no era de aquellos que, porque porfía un poco un animal, al momento, desprenden la presilla y con grandes gestos, para llamar la atención sobre su destreza, arrollan el lazo ó revolean las tres hermanas.

Era como manía, en ese hombre, hacerlo todo

sin cascabel. No era mayordomo, ni siquiera capataz; y sin embargo, todos le obedecían y el mismo patrón seguía sus indicaciones, hechas humildemente, pero siempre tan justas. Mandarlo á él era inútil.

—«Ciriaco, el toro quebró un palo, ayer tarde, en el potrero uno; sería bueno componerlo ó cambiarlo.

—Ya está, patrón.

—¡Ya! y ¿cuando lo hizo?

—Esta madrugada, señor; fuimos con José.

—¡Ah! bien. ¡Diga! murió la ternera esa, entecada, ¿sabe? Mándela cuerear.

—Ya lo mandé á Maximito, patrón. Pronto traerá el cuero.»

Y así todo; y no sólo esto: el honor y la fama de su patrón eran para él tan sagrados como los propios, tan bien que no vaciló, una vez que había oído cuentos que no le gustaban, en salir de su reserva, y sin decir nada á nadie, en cantarle la cartilla á un vecino, de tal modo que este, para siempre, se acordó que en boca cerrada no entran moscas.

Aunque fuera hombre de pocos amigos, muchos de afuera lo venían á consultar, pues entendía como nadie de remedios caseros para curar los animales enfermos.

Entre los que así venían, don Fermín era el

más asíduo. No le faltaba pretexto para largarse á conversar con Ciriaco, recibir sus consejos y también darle los de él, que tampoco eran malos.

—«Eres muy bueno, le decía, amigo Ciriaco; y pocos hombres he conocido tan buenos como tú. Pero de bueno ya vas rayano á sonso. Aquí, te estás dejando explotar; y sin embargo, tu patrón también será bueno; pero, como no le pides nada, nada te da, y sigues trabajando sin saber ni cuanto ganas, ni si sólo ganas algo.

Así nunca vas á adelantar; y toda la vida, quedarás un pobre gaucho, lo mismo que si fueras un haragán; es preciso hacerse valer, amigo; trabajar no es todo, y también se necesita en este mundo: SABER TRABAJAR.

XXIV

SABER TRABAJAR

Y don Fermín, él, había *sabido trabajar*. Peón de confianza en un establecimiento de regular extensión, había llegado á desempeñar las funciones de capataz, sin tener el título de tal. Pero si el sueldo no era más que el de cualquier otro peón, había sabido conseguir de su patrón ciertas ventajas que le podían facilitar la tarea de ir levantándose, poco á poco, hacia el ideal soñado: dejar de ser, toda la vida, el gaucho pobre y despreciado, cuyas condiciones tristes cantan en sus versos los poetas, sin poderlas mejorar; cuyos vicios,—hijos de la ignorancia en la cual lo han tenido sumido, á pesar de su viveza natural, los que han manejado los destinos del pueblo,—sirven de pretexto para mantenerlo en humilde sujeción; cuyas reconocidas cuali-

dades de voluntaria fidelidad al amo, de resistencia sufrida, de noble arrojo, de vigor, de destreza, de amor al suelo patrio, son el inagotable tema de mil obras literarias, sin haber sugerido jamás á los gobernantes la idea práctica de hacer con él el verdadero núcleo de una nación valiosa y valiente; cuya suerte, en fin, corre parejas con la del caballo criollo, su compañero, siempre alabado y maltratado, siempre ponderado y mal comido.

Don Fermín había nacido con la idea, poco común entre los gauchos, de mejorar su suerte por el buen manejo de sus fuerzas y de la platita que podría producir su trabajo. Por cierto, en sus aspiraciones, no podía ser muy ambicioso; pero siquiera soñaba con poseer en propiedad, algo más que un sombrero grasiento, un poncho roto y un chiripá descolorido; quería llegar á tener algunos animales que llevasen su marca; algunas ovejas que le diesen su lana, y también algunas lecheras.

Su proligidad en cuidar los animales finos, le había valido la simpatía de su patrón, y una vez parado el crédito, no se le había echado á dormir. Pero no quería que el patrón fuese solo en aprovechar su trabajo.

Sabía que, por bueno que sea un hombre, raras veces se adelanta á hacer prosperar á un inferior,

á pesar de su mérito, y que si el mérito debe ser modesto, no debe serlo tanto que pueda creer, el que lo aprovecha, que ignora su propio valor.

Sin levantar nunca pretensiones que le hubieran podido resultar contraproducentes, Fermín no perdía ocasión de hacerse valer discretamente.

Sabiendo que «el que no llora no mama», algo siempre pedía al patrón, y como lo que pedía, nunca era gran cosa, siempre lo conseguía. Pero siempre pedía cosas de provecho futuro, que si valen poco de por sí, valdrán con el tiempo, por lo que puedan atraer ó producir.

El establecimiento necesitaba huascas y había que cortar un cuero. Fermín pedía permiso para sacar un maneador. « Tome, tome, » decía el patron, y el maneador salía tan ancho y tan largo que de él, Fermín podía, con el tiempo, sacar un surtido completo de huascas de todas clases.

En la hierra, nunca dejaba de hacerse regalar un potrillo; un potrillo ¿qué es para un estanciero? y le chantaba la marca con la idea que, algún día, sería un lindo caballo, de valor, cuidándolo bien. Y cuando, habiendo formado tropilla, pidió al patrón una yegua para madrina, la consiguió preñada del pa-

drillo fino que él tan amorosamente cuidaba.

El patrón necesitó un puestero para una majada, y de tal modo se manejó Fermín, que se la hizo dar á un interés moderado, estableciendo en el puesto á su madre y á sus hermanitos, en edad ya de cuidar la majada, bajo su vigilancia.

La majada no era muy grande, ni de muy buena calidad, ni muy fuerte el interés; pero el puesto estaba en la orilla del campo, y con el pretexto de que los muchachos no sabían, siempre estaban pastoreando las ovejas en el campo del vecino, dándoles así mucha extensión.

Siendo Fermín el encargado de cuidar los carneros y de repartirlos entre los puesteros, elegía de antemano los mejores y los mandaba para su majada. Su parición, así siempre superaba á la de los demás puestos, y su rebaño mejoraba rápidamente.

Animales gordos para vender, tenía siempre también, porque de la estancia mandaba carne al puesto y no necesitaban carnear.

Las lecheritas de su mamá no tenían toro; pero eran tan pocas que el patrón cerró los ojos, y los mestizitos que nacieron de ellas, eran lindos animales.

Si los caballos de la estancia siempre estaban gordos, es que Fermín los cuidaba mucho,

y con dejar comer maíz á dos ó tres de los de él, en el pesebre, á la par de ellos, no les causaba gran perjuicio.

No era él hombre de reuniones y carreras, pero lo solicitaba don Juan Antonio, cada vez que en su pulpería se organizaba una partida algo seria y se necesitaba coimero; y no podía despreciar los buenos pesitos que siempre deja el oficio.

Tampoco impedían sus ocupaciones en la estancia, que, durante la esquila, pudiera atar la lana del establecimiento, trabajo que también le valía bastante dinero.

Y poco á poco, aprovechando las migas que él mismo hacía así caer de la mesa de otros más ricos que él, y haciéndolas fructificar, llegó á poder realizar su sueño: dejar de ser un gaucho pobre, para trabajar por cuenta propia.

XXV

LATIFUNDIA

—«¿Y esos pobres guachos, de quien serán?» exclamó, riéndose, uno de los estancieros ahí reunidos, al ver entrar en la feria un lotecito de vacas tan éticas y raquíticas, criollas, flacas y deshechas, que más parecían perros con aspas que animales vacunos.

—«Callate, le dijo un amigo; si son de ...» Se perdió el nombre en el tumulto de la reunión, y agregó el hombre: «¡Pobre! no le alcanzará para comprar un torito. Dice el rematador que les ha puesto base, para que no se las vayan á sacrificar.

— ¡Qué vergüenza! mandar semejantes animales; yo, que él, los cuereo, más bien. ¡Mire la gente progresista, con sus millones!»

Estos hombres hablaban, de envidiosos, y por

hablar, no más. Ellos que tenían apenas, en algunas leguas de campo, unos cuantos centenares de vacas, que las tuvieran muy refinadas, de muy buena raza, de gran cuerpo, de poca asta, de fácil engorde, se comprende, pues así lo necesitaban; pero á la persona de quien se ocupaban, ¿qué le podía importar que sus animales fuesen,—como eran, en realidad,—los últimos en clase, que se pudieran encontrar en la República Argentina?

Al cruzar la provincia en la cual estaba radicada la familia cuyo nombre había sido pronunciado, el viajero se cansaba de preguntar á su vaqueano: «¿De quién es este campo que atravesamos?» pues la contestación era casi siempre la misma, y el mismo apellido caía de la boca del interpelado.

Y todos estos campos,—extensos todos,—presentaban el mismo aspecto de abandono que si no hubieran sido de nadie. Uno que otro ranchito de mala muerte, perdido entre fachinales, abrigaba algún miserable puestero, encargado de cuidar á la de Dios es grande, rebaños bastante grandes de ovejas sarnosas, entre las cuales á ningún Teseo se le hubiera ocurrido buscar la del vellón de oro. Entre los pajonales, que era bien prohibido quemar, andaban vagando inmensos rodeos de vacas

ariscas, fiambrera de los gauchos que vivían en el establecimiento, de los vecinos y de las fieras que todavía se guarecían en el pajonal, y que el patrón había prohibido también de perseguir.

Nunca, porsupuesto, había tenido la curiosidad de dar una recorrida general á sus campos ¿para qué? Hubiera sido un viaje muy penoso, largo y aburrido. Pero quería que supiesen bien, los que en ellos pasaban la vida, que él era el dueño, y que sólo él tenía derecho de mandar, aunque fueran disparates. Por supuesto que no tenía afición particular á los tigres y á los pumas, pero bastó que un mayordomo le escribiese que hacían mucho daño en la hacienda y que lo mejor sería de ir quemando los fachinales, para que pasase á todos sus mayordomos una orden general, prohibiéndoles terminantemente de quemar campo y de matar fieras.

A otro mayordomo que se permitía indicarle la conveniencia de mudar de campo una hacienda para evitar que se siguiera muriendo, con la seca, le contestó que sacase los cueros no más, y se dejase de consejos: que las osamentas mejoraban el campo. Y á otro que le pedía semilla para sembrar un poco de alfalfa, lo echó, por trompeta.

Tenía razón, el hombre. ¿De qué serviría la riqueza, si fuera para dar trabajo? Que se molesten los pobres; que codeen fuerte los del populacho, para llegar á ser los primeros en la senda del progreso; santo y bueno; pero, en la procesión, ¿no camina siempre por detrás, el obispo?

¡Miren! si fuera preciso que el dueño de centenares de leguas, las convirtiese en buenas estancias, divididas, alambradas, pobladas, cultivadas, con mayordomos instruídos, personal numeroso, animales refinados, la mar! ya no valdría la pena ser dueño de una extensión de tierra tal que, de por sí, sin trabajo, le da á uno más pesos de renta por minuto, que los que gasta en un mes un hombre regularmente acomodado.

No; nada de administración. Los mayordomos: que solo sepan escribir lo suficiente para saludar al patrón y remitirle guía de cueros y lana; los puesteros: que ahí estén, sin sueldo, por la tumba, no más, y como con licencia. Que el pueblito que, en un descuido, ha dejado que se formase, quede encerrado entre las estancias y no tenga chacras, ni siquiera quintas, pues el arado trae consigo mucha gente; y, menos bulto, más claridad.

En caso de decidirse el patrón á alambrar

alguna gran extensión, dejaba sólo un camino todo alrededor, y una que otra tranquera, siempre cerrada con candado, como para hacer comprender bien al viajero que, por estas puertas, hubiera podido pasar, si tal hubiera sido la voluntad de él,—dueño,—pero que él,—dueño,—no quería que se cruzase su campo, ni que le pisoteasen la paja de embarrar, ni el pasto puna.

Y con todo, aumentaba su fortuna; á pesar de esta resistencia pasiva, se volvía colosal; por debajo, por encima de la muralla china de su orgullo inerte, por infiltración contínua, invadía sus campos la marejada de la población, del trabajo y del progreso, dándoles un valor cada día creciente, obligándole, á veces, por la exageración de las ofertas, á arrendar algunos retazos. Pero era rezongando; de lo que había arrendado, le parecía ser un poco menos dueño, y su orgullo sufría.

Como no ostentaba más lujo que el de chupar yerba paraguaya y de fumar tabaco negro de la «Hija del Toro», que su vida era modesta, su casa sencilla, sus muebles vulgares, y su mesa, de una sólida abundancia y nada más, no necesitaba aumentar sus entradas; pero, si, tenía la vanidad de poseer tierra, mucha tierra,

demasiada; quizás para que nadie se atreviera á decir que no tenía en que caerse muerto.

Y esto de caerse muerto, le sucedió como á cualquier hijo de vecino, bastando para su sepulcro, diez metros cuadrados de las inmensas áreas, cuya posesión efímera había hecho famoso su nombre, durante el corto período de una vida humana.

¿Fué sentida su muerte? No. No era malo el hombre, pero estorbaba. El progreso, impaciente, esperaba que se quitase del camino, pues no le gustan los campos extensos, flotantes mantos de reyes haraganes, en los cuales anhela cortar vestidos de menor amplitud, pero más fáciles de engalanar con todas las maravillosas prendas de la naturaleza generosa.

Se abalanzó en su ayuda, para corregir la injusta suerte del trabajador que pena y ahorra, la misma locura de los hijos del potentado. El había sacado su gozo de la sola é inútil posesión de tierras inmensas; sus hijos buscaron su gloria en la vanidosa ostentación de sus riquezas, lumbre fatal que resplandece menos de lo que, sin vuelta, consume. Quebradas sus tierras en pedacitos por el martillo del rematador, volvieron á ser parte de la herencia de la humanidad productora. El pueblito se ciñó de un opulento y verde cinturón de chacras,

y en los modestos hogares allí surgidos, hubo una suma de felicidad incomparablemente mayor que en la desdeñosa morada del primer poseedor.

XXVI

EL MAESTRO DE ESCUELA

Gallarda, elegante, de corte airoso, blanco el velámen, nítida la pintura, brillantes los cobres, por la primera vez sale la nave del puerto, y más saluda las olas, en su balanceo, como condescendiente vencedora, que como luchadora inexperta.

Así sale de su tierra, por la primera vez, lleno de las ilusiones de los veinte años, el joven inmigrante, de buena familia, á campear, por la América lejana, la fortuna fugitiva.

Y después de muchas campañas, de travesías penosas y sin número, después de haber sufrido mil tempestades, la nave, muchas veces, desgarrado el velámen, el casco hecho una ruina, con el timón roto, viene—errando el puerto—

á encallar y zozobrar en los escollos de la costa.

Y también, á menudo, sucede al joven inmigrante, de buena familia, demasiado confiado en la superioridad relativa de su instrucción, de venir, después de muchas tempestades, á encallar y zozobrar en los escollos de la vida americana, con las ilusiones hechas añicos y el timón roto.

Hacía muchos años ya que había perdido el timón, don Anselmo, cuando apareció en la estancia de don Tomás, una tarde, miedosamente colocado en un mancarrón mal aperado, prestado en la pulpería, donde había llegado á pie, desde el pueblito, distante de tres leguas, objeto de la burlona curiosidad de los paisanos, con sus harapos de pueblero, mestizados de prendas campestres, sus alpargatas nuevas y su galerita aboyada, su levita remendada, recuerdo de grandezas pasadas, sus pantalones arremangados en las medias sucias, y sus manos sin ampollas.

Don Tomás había pedido á un amigo que le mandara un buen maestro de escuela, y habiendo caído don Anselmo, astro errante, en la órbita del comisionado, éste se lo había dirigido.

¿Errante? ¡Oh! sí; pues no había hecho otra

cosa en la vida, que de cambiar de oficio, de sitio, creyendo siempre mejorar su condición, neciamente desdeñoso, en una sociedad puramente ocupada todavía en llenar imperiosas necesidades materiales, de todo trabajo que no fuese, á su parecer, intelectual; persiguiendo sin cesar la imposible realización de los irrealizables sueños de su ambición mal ponderada y mal adecuada al ambiente. Hasta que viejo, y cansado de verse siempre más pequeño que tantos otros que juzgaba serle inferiores, se resignó á ir á esconder en la campaña la humillación de su orgullo vencido, listo ya, en el abandono de su desaliento final, para hundirse en el remanso sin fondo de la derrota moral y física, dispuesto á todas las concesiones, presa de todos los vicios.

Y don Anselmo empezó, sin ganas, á desasnar á los tres hijos de don Tomás, paisanitos de fecunda é ingeniosa travesura, y á tratar de hacerles comprender, á razón de tres horas por día y de veinte pesos al mes, y la tumba, las complicadas reglas de la aritmética y las árduas bellezas de la cartilla primera.

Así mismo, y á pesar de lo que puedan pensar los grandes escritores de la antigüedad, en cuyo noble comercio no se olvida que ha sido criado, las horas de clase son, para él, las mejores del

día; pues entonces, siquiera, y aunque bien se dé cuenta de que si el terreno en que siembra no está muy preparado, tampoco la semilla está muy fresca, se siente útil, mientras que fuera de ellas, se ahoga en desesperante fastidio, incapaz, como lo es, de ayudar en ningún trabajo, pasando el tiempo en fumar y tomar mate... y caña, cuando hay.

El domingo, á la noche, don Anselmo, á veces, prende una vela en la pieza que le sirve de escuela y de dormitorio, y, al rato, suenan, en el silencio crepuscular, en medio de inhábil zangarreada de guitarra, los acentos de su trémula voz de viejo aguardentoso.

Después de comer, cualquier ruido es música, y todo el personal de la estancia, abandonando la cocina, se viene á juntar en la puerta; poco á poco, de á uno, entran todos de puntillas y le hacen rueda al cantor.

Don Anselmo, agachando la corona sin honor de sus canas desgreñadas, sentado en un pupitre, con las piernas cruzadas, á nadie mira. Ha pasado parte del día en la pulpería, tomando solo, sin hablar con nadie, tampoco; pues el gaucho le parece poco digno de su conversación, y éste, cuya miseria siquiera tiene el consuelo de poder fraternizar con la del prójimo, le devuelve con usura su desprecio.

Y por esto mismo es que, cediendo á la invencible necesidad de desahogo que siempre acaba por apoderarse del que sufre, acostumbra don Anselmo, confiar á la guitarra sus penas.

Sus décimas son bien pobres, su música bien destemplada, y su voz bien ronca, pero su canto improvisado, aunque no alcance, por cierto, á expresar como lo quisiera, su desconsuelo, deja traslucir tan resignado pesar por las decepciones y los desengaños sufridos, en su larga vida mal aprovechada; y tanto rebosa la amargura de su vejez miserable y sin hogar, que su auditorio lo escucha con cierta compasión, y que los mismos niños, sus discípulos, siempre dispuestos á hacerlo víctima de alguna travesura, por un momento perdonan, indulgentes, al hombre que, cantando, casi llora, su tiranía inofensiva de maestro atorrante.

XXVII

PUEBLO NUEVO

Los conquistadores, al remontar las grandes arterias fluviales, han ido formando pueblos, de trecho en trecho, jalones de sus etapas atrevidas en esta tierra desconocida, puntos de auxilio contra las sorpresas de todo género, siempre posibles, entre hombres salvajes, en naturaleza chúcara. En la Pampa, las corrientes de agua escasean, y los pueblos se fundan un poco al azar, como caen los dados en un tapete. Muchos han sido edificados por malhechores inconscientes, en terrenos bajos, malsanos, rodeados de cañadones y de ciénagos, cundiendo en ellos, apenas existen, y renaciendo siempre, la viruela, la fiebre tifoidea, la difteria y mil otras plagas, sin contar á los curanderos, que diezman su población.

Otros, á falta de ríos ó arroyos, se han fundado cerca de alguna laguna; hoy, la mayor parte nacen al rededor de una estación de ferrocarril; y lo mismo que los libros, tienen sus destinos los pueblos que así surgen del suelo pampeano, hijos del capricho, de la especulación ó de sentida necesidad. Basta que la casa de negocio, primer núcleo, protoplasma de todo pueblo, se vaya rodeando de algunos establecimientos no menos útiles, como la inevitable fonda vascongada, la zapatería de los tres hermanos, la herrería, la peluquería y algunos más, para que se desarrolle el embrión y crezca, con ínfulas de ciudad. La panadería y la carnicería no tardan en establecerse, y en poco tiempo, frente á la manzana reservada, con el nombre de *plaza*, para muestra, al parecer, y recuerdo de la puna destronada, queda formada una calle que, por la intermitencia de sus construcciones y de sus terrenos baldíos, parece la dentadura mellada de una criatura de seis años; criatura á veces capaz de gran desarrollo, otras veces, raquítica y de vida endeble.

Y á los pocos años de edificada la primera casa, donde pacían las haciendas con toda tranquilidad, se ven chiquilinas barriendo veredas, y tirando á la calzada como para empe-

drarla, los papeles sucios y las cajas de lata vacías del almacén.

Crecerán las chiquilinas, y pronto se necesitarán escuelas, y mucho antes que haya iglesia y campana, el amor al campanario dará su primer fruto, fruto amargo: el odio y la envidia al pueblito vecino, competidor temido.

La necesidad de tener, juntos y á mano, los oficios más indispensables, ha fomentado la creación del pueblo; y en éste, se va creando á si misma necesidades nuevas la misma población. Es poca, todavía, para tener en propiedad un cura, pero una vez por mes, el del pueblo grande más cercano vendrá á celebrar misa en la capilla improvisada en un galpón, catedral provisoria de la futura ciudad.

Y sucederá que, por una risueña ocurrencia de la casualidad, de vez en cuando, se encontrarán en la galera, el cura y el sacristán, con toda una comparsa de personas alegres, chillonamente vestidas y de conversación á gritos, de loras guarangas, que también van al pueblo nuevo, á prestar al vecindario los servicios de su oficio.

También las aves negras han abierto sus oficinas, pues no sólo necesidades, sino también parásitos nacen de toda agrupación humana, por humilde que sea, precursores infalibles de

su naciente prosperidad, como lo es el gusano, de la madurez de una fruta.

El comercio tiende sus redes; la primera casa no ha quedado mucho tiempo sola, y, de todas partes, han acudido bolicheros, rezagados ó quebrados de otros lugares, para tentar nuevamente la fortuna, á la luz de esta alba.

Tratarán de comerse vivos unos á otros; venderán perdiendo, por tal que el de enfrente se arruine.

Y seguirá la especulación sobre los terrenos; éstos irán tomando ficticiamente un valor que no podrán tener de veras antes de muchos años, viviendo de esperanzas, por lo pronto, sus felices poseedores.

La municipalidad se forma, y reparte, con mano liberal, impuestos, á troche y moche; la policía se organiza y trata de efectuar arrestos, por cualquier delito, para facilitar á la primera los trabajos de embellecimiento del pueblo, haciendo abovedar por los presos, las calles ahondadas sin cesar por el rápido y constante traqueo de las activas jardineras de lecheros y panaderos, de los carros pesados y lentos, y de las descuajaringadas volantas de alquiler; y tanto se multiplican las autoridades, que pronto parecen una nube de escarabajos

atareados en hacer desaparecer algún resíduo festilizador.

¿Progresará, con todo esto, el pueblo nuevo? Si, porque á pesar de todo, todo progresa en este país; pero el progreso será lento, difícil, á saltos, y no casi milagroso como en los Estados Unidos, donde se explota la agricultura y no al agricultor.

De cualquier modo, será, en medio de la tranquila soledad pampeana, un nuevo hervidero de pasiones humanas, mezquinas y turbulentas. Los odios nacerán en él, como los mosquitos en un charco: la política, las competiciones comerciales, la vanidad, el interés los crearán, de todos calibre y de todas formas.

En sus mil trampas, abiertas siempre: tentaciones sin gracia ó groseros embustes, espolia ciones violentas ó cautelosas estafas, dejará el campesino productor, algo de lo suyo, cada vez que en él penetre; y se tendrá una prueba más de que no hay infierno mayor que un pueblo pequeño.

XXVIII

¡4032!

Don Evaristo López, español, madrileño, después de haber gozado, en su tierra, de respetable fortuna, malograda en los pasatiempos que, por todas partes, proporcionan á la gente, en diversas formas, los juegos de azar, había venido á caer, arrollado por la mala suerte, como hoja seca por el viento, en el pueblo General Alvarez, recién fundado sobre una estación de la línea de B. A. al Pacífico, estableciendo allí una modesta agencia de venta de billetes de lotería, en combinación con una casa de Buenos Aires.

Soltero, hombre ya de pocas necesidades y de menos ambiciones, incapaz de comprender que la lotería más segura es el trabajo asiduo y prudente, invertía en billetes casi todo el im-

porte de su comisión sobre las tres decenas que alcanzaba á vender, reservándose siempre, entre otros, un quinto del mismo número, el 4032, al cual guardaba, desde cierto sueño que había tenido, una fe ciega.

Ese día, estaba don Evaristo esperando, después de un día de calor tórrido, durante el cual, á fuerza de andar, había logrado colocar el saldo de sus billetes, que la sirvienta pusiera en la mesa la modesta cena.

Cómodamente sentado en un sillón de hamaca, en mangas de camisa, fumando su eterno cigarrillo, descansaba de las fatigas del día, y, porsupuesto, pensaba. Pensaba en su precaria situación, en su vida derrumbada y triste de desterrado; en lo lindo que sería poder volver, algún día, á España, sino rico, con algo, siquiera, que le asegurase la vida; y pensaba también en la imposibilidad probable de poder jamás realizar este sueño.

— « Sólo ganando la grande ; pero ¿ cuándo? nunca sería para él semejante ganga. »

Y con todo, en un rinconcito de su cabeza, no dejaba de revolver el montón relumbroso de los sueños dorados y de las risueñas ilusiones, que todo hombre cultiva, con razón, ya que hacen la vida más llevadera.

¡ Ganar un quinto, no más, de la de cien mil!

¡ veinte mil pesos ! ¡ la resurrección ! Y brotaban primero, en su mente de viejo jugador, ideas de munificencia: daría mil pesos para el hospital español; quinientos á la sirvienta que, desde que estaba en este pueblo, cuidaba de él; á otros cien, haría regalos; y hasta se daría el orgulloso lujo de pagar cierta deuda vieja que, aunque nadie se la reclamase, le hacía en la conciencia cosquillas. Al pensar así, bosquejó el gesto,—siempre tan noble,—de pagar.

Inconscientemente, hacía de esa generosidad, algo exagerada, como una ofrenda propiciatoria á la suerte titubeante, para que se decidiese, de una vez, á favorecerle.

Y sólo entonces empezó á pensar en sí, y en lo que haría para su propia satifacción; y compraba tantas cosas y gastaba tanto dinero que, aunque no apuntase las sumas, pronto vió que se pasaba, y tuvo que restrinjir en algo sus liberalidades.

Se enredó en sus cálculos; unas veces, mermaban hasta la parsimonia, creciendo, en otras, hasta la prodigalidad; pero afirmándose cada vez más en su cerebro, la ilusión,— ¡ qué! ilusión, —la certidumbre de que era el dichoso poseedor de bienes reales que necesitaban administración prolija, y no de castillos en el aire.

Y había acabado por dar, lápiz en mano, con

se!» y le enseñó triunfante el telegrama. El interpelado manifestó ruidosamente su pesar, otros se mostraron asombrados, y hubo muecas de duda, felicitaciones unánimes y bulliciosas, por fin, al oir que don Evaristo tenía un quinto y Lucena los otros cuatro. Don Evaristo no estaba en situación de percibir lo que podía haber de ironía disimulada en las sonrisas, y, glorioso, se fué.

El carnicero, que por las necesidades de su oficio, se tenía que levantar siempre á las tres de la mañana, ya estaba en cama, lo mismo que toda la familia. Al oir la noticia, al ver el telegrama, casi echó á bailar, pero pronto tuvo sus dudas. Irrazueta sabía que tenía él ese número, y ¿quién sabe si no era algún cuento, lo del telegrama? Se le hizo frío el sudor á don Evaristo; y para salir de duda, se fueron juntos á la estación; pero allí el jefe galoneado les enseñó, con su flema británica, madre de la confianza, el original del despacho, les confirmó su autenticidad, y los dejó convencidos de que su suerte era cierta.

Lucena sacudió á gritos á su gente toda dormida, hizo levantar á la familia entera, mandó á la mujer que hiciera pasteles, y se fué á la casa de negocio á buscar golosinas. Allí se encontró con la pandilla de los copetudos y, en

cambio de sus felicitaciones, los convidó á tomar una copa de champagne. Una vez empezada la farra, duró toda la noche; fueron todos á comer los pasteles á casa del carnicero, llevándose más botellas que lo que de convidados había. Lucena, por cierto, insistió para pagarlo todo, y gastó doscientos pesos, en la noche, lo que para él era cantidad importante; pero ¿que le importaba? ya que iba á tener una punta de miles de pesos.

Aprovechó la ocasión para aproximársele despacio, un estanciero que, hasta entonces, nunca le había querido fiar un novillo, y le propuso todos los que tenía, á precio alto, porsupuesto; pero, ¡bah! cuando hay plata, ¿qué importa? y Lucena, para florearse, los compró. Hubiera comprado todo, aquella noche. . .

A la madrugada, llegó el tren, y, con él, el extracto y el desengaño. Lo del telegrama había sido mentira, no más; un amable chasco, una liviana chanza de campesinos aburridos, ingeniosos bastante para forjar en alma ajena, sobre la efímera ilusión, una realidad casi palpable de dicha, para poder, en seguida, darse el sabroso placer de pisotearla á sus anchas, y de exprimir brutalmente de ella, con el pesado zapateo de sus risas sin piedad, algunas lágrimas de rabiosa decepción.

XXIX

¡AL SUR!

Alberto Dupont, poseído, desde su ya remota llegada á Buenos Aires, del deseo de conquistar, él también, siquiera en parte, la América, soñaba sin cesar, detrás del mostrador de su pulpería, con las lejanas y desiertas tierras de la Patagonia, y con la posibilidad de cortarse en ellas un amplio dominio, de cualquier modo que fuera. Joven y fuerte, con algún capital y bastante audacia, espiaba la ocasión propicia para lanzarse en alguna operación de tierras en el Sur, desde que en el mercado central de frutos, había visto pilas enormes de lana venida de aquellas tierras ignotas, oyendo de boca del consignatario que las vendía, datos alucinadores sobre el aumento extraordinario de las

majadas y su maravillosa producción, en esas comarcas todavía despreciadas.

Y en un remate de la oficina de tierras públicas, como quien se tira en aguas hondas para aprender á nadar, arrendó por ocho años, en el territorio nacional de Santa Cruz, y por seiscientos pesos anuales, diez mil hectáreas.

Salió del remate, algo ensoberbecido de tanto coraje y, á la vez, temeroso de haberse metido en camisa de once varas, al pensar que su reino quedaba á trescientas leguas del punto bastante central y poblado de la provincia de Buenos Aires, donde estaba establecido; que las comunicaciones por tierra eran poco menos que imposibles y que sólo salía, cada mes, un pequeño transporte nacional, en fechas inseguras, sin itinerario fijo, sin comodidades dignas de este nombre, para pasajeros, y cargado, las más de las veces, por el mismo gobierno, con materiales y víveres destinados á las prefecturas marítimas de la costa.

Pagó, con más resignación que entusiasmo, la primera cuota del arrendamiento; firmó, en papeles sellados de elevado valor, las letras correspondientes á los pagos anuales siguientes, y de llapa, el compromiso leonino, absurdo, de hacer mensurar por su propia cuenta, él, arriesgado poblador, esta tierra arrendada al Estado, y que

más tarde tendría que devolver, mejorada.

Y como el plano de los millares de leguas cuadradas que constituyen la parte patagónica del enorme patrimonio territorial de la República Argentina, ha sido dibujado al tanteo, haciendo en el papel una multitud de cuadritos calculados, cada uno, en cuatro leguas cuadradas, era lo más fácil que su lote quedase, como tantos otros, bajo las aguas del Atlántico, cuyas olas bravas castigan sin descanso estas costas llanas, tan poco hospitalarias, ó fuera parte de algún árido pedregal.

Empezó á buscar datos, para orientar sus resoluciones; pues no era cosa de dejar improductivo el negocio; y pronto conoció que ya se formaba una corriente de fuerza insospechada todavía, pero irresistible, hacia esas comarcas desdeñadas hasta por los mismos indios y recorridas solamente por los pumas y los huanacos. No le faltaron fuentes de información, y, más bien, le sobraron, pues muchos datos se contradecían; lo que facilmente se explica por la diversidad de las condiciones locales, en semejante extensión de tierras, desde la orilla del mar y la llanura desnuda, pedregosa, sin montes, y casi sin pasto ni agua, batida siempre por un viento feroz y por fin de escasa fertilidad, y los admirables y feraces valles andi-

nos, entre las múltiples cadenas de las cordilleras majestuosas, con sus grandes lagos, sus misteriosas selvas y sus nieves eternas.

También varían forzosamente los datos que, sobre tierras despobladas, pueden suministrar hombres de diferentes profesiones y temperamentos. El marino, el criador, el turista, el agricultor, el especulador, el comerciante, las miran desde puntos de vista tan variados, que difícilmente pueden concordar entre sí.

El aventurero superficial contará de ellas maravillosas exageraciones que no se acordará haber notado el poblador reposado; y él que, una sóla vez, haya desembarcado en ellas, por tiempo casualmente sereno, tasará de ponderativo al marino experto que sostenga que son esos mares comunmente ásperos y sus puertos poco accesibles.

Y después de mucho indagar, se le ocurrió, un día, á nuestro hombre ir á ver salir de la dársena el vapor «Primero de Mayo» que zarpaba justamente para las costas del Sur.

¡Qué pequeño el vapor! ¡y qué cargado! La cubierta toda rebosaba de instalaciones improvisadas, para caballos y mulas; de carros y rodados de todas clases, de cajones, de barricas, de baules y de catres; muchos pasajeros apiñados en la proa: soldados que acompaña-

ban hasta la isla de los Estados, á los presidiarios, encerrados ya en la sentina; peones de un agrimensor que iba á descifrar, por primera vez, los misterios de algún retazo del desierto; y, mezclados con hombres rubios y fornidos del Norte de Europa y con criollos puros, unos pocos inmigrantes napolitanos, en busca quizás de clima clemente, y que se habían conchabado para ir á la Tierra del Fuego, inducidos en error, sin duda, por la denominación engañosa; con ellos, iban algunas mujeres, esposas y parientas, torpes y atascadas, en sus vestidos domingueros, desorientadas, azoradas por tantas cosas nuevas vistas desde su salida de Italia; llamadas, así mismo, por su escasez, más que por sus lastimosas prendas naturales, á ser, allá, codiciadas y disputadas, como objeto, á la vez, de altísimo lujo y de primera necesidad, por los varones atrevidos que van á esas soledades, para poblar.

En la popa, en el muelle, suben, bajan, vuelven á subir, atareados, vigilando el embarque de los elementos de toda especie que llevan consigo, y cuyo extravío, aun parcial, podría serles, allá, en esas comarcas desiertas y faltas todavía de todo recurso, tan intensamente perjudicial, los pasajeros de primera clase, jefes de empresas, propietarios ó mayordomos de

grandiosas estancias ya establecidas, ó fundadores de colonias, comerciantes y agentes de toda catadura. Algunos no dejan de darse cierto aire de conquistadores que no quieren la cosa, tomando actitudes de benévola superioridad, que, en otros tiempos, hubieran sentado bien al mismo Colón, cuando oyen susurrar: «Este es Fulano de Nahuel-Huapí, de Santa Cruz, ó Mengano, de Puerto Deseado.» Y se prestan, amables, á dar á todos los que se los pidan, los mismos datos, siempre confidenciales y siempre vagos, exagerados ó deficientes, sobre las tierras de tal ó cual región, agregando siempre: «pero lo mejor es, como hice yo, ir uno mismo», afirmando así, sobre todos estos novicios, ávidos de oir algo de lo desconocido, su incontrastable superioridad de pioneers efectivos.

Y Alberto Dupont completó, en una hora de conversaciones con gentes de allá, los datos que ya tenía sobre la calidad y ubicación probables de su lote, bastante para sentir nacer y crecer en su pecho de neófito audaz, el irresistible arranque que cambia los destinos del hombre resoluto, y le abre los árduos caminos de la fortuna; y juró, al ver perderse en el horizonte, el penacho negro del vapor, que el primero que saliese lo contaría, costase lo que costase, entre sus pasajeros.

¡Y cuántos como él, no saldrían así, para forrar la frontera lejana de hombres enérgicos y vigorosos, si los gobiernos, dejándose de mezquindades absurdas, les facilitasen de una vez la posesión de la tierra! ¿Cuándo comprenderán que es preciso formar allá un cerco vivo, y que, para ello, hay que sembrar propietarios. Crecerían estos y se multiplicarían, y pronto, una nueva raza, la raza del Sud, blanca y rubia, de espíritu ponderado, fuerte, musculosa, emprendedora, libre de la indolencia nativa de los arribeños y de su nerviosidad enfermiza, formaría en la Nación Argentina, un núcleo de enérgicos portaespadas que, después de haber domado y poblado las áridas planicies y los valles fértiles de la Patagonia, ayudarían eficazmente á sus compatriotas del norte á hacer respetar, en mar y en tierra, su independencia, y á fomentar el progreso patrio, en todas sus formas, desde la aplicación ámplia y sin mentiras de la liberal constitución argentina, hasta el desarrollo sin límite de las colosales fuerzas productoras del país.

———— ———

XXX

PELECHAR

A medida que el pasto ralea y se acorta, el pelo de los animales crece, se abulta y se tupe. Imprevisor, el gaucho no ha sabido juntar provisiones, para proteger á sus animales contra la penuria invernal; y tampoco se acordó que las noches de helada son largas, para pasarlas á campo raso, con la barriga vacía. «Son sufridos», dice. ¡Oh! si, son; y tienen que serlo de veras, para llegar á la primavera sin haberse resbalado en alguno de los hoyos que tan bien les han preparado el hambre, el frío y la dejadez.

La naturaleza no lo puede hacer todo, y no le alcanzan los galpones para tanta familia, pero cuando llega el mal tiempo, les proporciona á todos una cobija, que va aumentando

de espesor, con los rigores de la estación. No es traje de lujo, por cierto, pero tapa algo los huesos á los pobres animales hambrientos y flacos, y les ataja un poco el frío. No los mantiene, pero siquiera los calienta y sirve de forro á su miseria.

De lejos, casi puede dar la ilusión de la gordura el caballo que eriza, esponja el pelo, para resistir mejor á la intemperie; pero pronto se conoce que sólo es apariencia, y que el cuero es ancho para lo que queda en él.

Poco á poco, las heladas aflojan y se vuelven menos seguidas; los días, más largos, dejan crecer el pastito verde; ya pueden pellizcar mejor los dientes alargados por el hambre; y el hueco de las panzas se va rellenando á vista de ojo.

Los animales, por su aspecto, todavía no podrían inspirar sino el cincel de algún escultor de estética singular, que fuera entusiasta de seres cabezones y barrigudos; pero, siquiera, ya dan señal de vida. No hablemos de corcovear, que ya es mucho el conservarse parado, pero está cercana la hora del renacimiento.

Una mañana, el sol radiante ha sacudido sobre la Pampa rejuvenecida como una gloria de luz y de calor; y el jinete, al llegar á su

casa, ha tenido que cepillar el poncho, todo lleno de peluza.

Está pelechando el tordillo, y cuando empezó uno, pronto seguirán los demás. Ahuyentada la muerte, se va para otros pagos; aquí ya no tiene nada que hacer; y la rasqueta y el cepillo voltean á jirones los andrajos de poncho usado.

Ahora sí, relumbran los lomos y redondean as grupas, reflejando la luz alegre, lisas y brillantes, intranquilas y briosas, ávidas de lejanos horizontes y de galopes sin fin.

¡Fuera buey! ¡á correr! á menear esos huesos, ese cuerpo escuálido, para criar pronto carne y gordura. ¡A sudar! haragán, para soltar de una vez ese pelo largo, sucio y descolorido, tapaflacura repugnante, ropa vieja de invierno.

El peleche no es privilegio exclusivo de los animales; también se produce en la humanidad, aunque no del mismo modo y por los mismos medios. Basta, para producirlo en el hombre, el calor artificial de alguna herencia, ó de una suerte en la lotería, ó sólo, algunas veces, el resultado feliz del trabajo.

En el hombre, el peleche no consiste en perder el pelo; no faltaría más. No; sus signos exteriores son, entre otros, la erdondez y el

color rosado de mejillas anteriormente chupadas, un aire general de prosperidad en el traje y en el modo de llevarlo; la amplitud naciente de la barriga, en sujetos que, hasta entonces, habían parecido tener apenas los medios de impedir su completo achatamiento. Algunos, al pelechar, sienten la necesidad de caminar erguidos, de inflar la voz para hablar, de mirar á la humanidad ambiente con aire protector, como si pensaran que fuera preciso hacer saber á todos que, no siempre, han sido tan vistosos.

Según la clase de animales, es el peleche.

La serpiente, por ejemplo, como no tiene pelo, no lo puede perder; pero, en la primavera, se deshace de su ropa de invierno, y aparece como joya esmaltada, entre las plantas floridas de la pradera. ¡Qué linda está! ¡qué brillantes colores! ¡el topacio, el rubí y la esmeralda, con ribetes de azabache, embellecen su cuerpo gentil!...

¡Puf! Serpiente era antes, y serpiente quedó.

... «¡Pero, miren, quien baja del tren! ¡Policarpio!

—¿El es?—¡El es! ¡Qué buen mozo nos ha venido!

¡Tan pelechado, amigo! Salió de aquí cuidando un vagón de hacienda, con una mantita

de mala muerte, toda rota; un sombrero que daba lástima y un chiripá que daba miedo; ¡quién lo ve ahora! de pantalón á cuadros, como un inglés, de fular de seda, de saco de casimir, de sombrero iguelife. ¡Qué Policarpio este! ¿Habrá comprado estancia?»

Y Policarpio se erguía . . .

—«También los burros suelen pelechar,» dijo un envidioso.

XXXI

ACRIOLLADO

Bajo los sauces, el asador estaba plantado, frente á la puerta de la cocina de los peones, y estos,—cinco ó seis gauchos,—en cuclillas, unos, otros parados, con el cuchillo en una mano y un pedazo de carne en la otra, acababan su frugal almuerzo, antes de ir á dormir la siesta.

De repente, los perros, fieles cumplidores de su deber, heróicos, dejaron, sin vacilar, los huesos que estaban royendo y se abalanzaron, ladrando, hacia la tranquera. Un jinete se acercaba despacio, al tranco, después de haber arrollado su tropilla de overos, á corta distancia.

— « ¿ Quién será ? dijo uno de los peones.

— Algún resero, contestó otro.

— O algún campero que viene á pedir rodeo.

— No debe ser; anda demasiado paquete

— Ese es un forastero que pasa, no más. »

Y todos los ojos, ávidos, escrudiñadores, se apoderaban de su persona, calando, curiosos, con sus miradas agudas, al que llegaba, como para penetrar en el secreto de quién podía ser, de dónde podía venir, de su edad, de su profesión, pero no de su nacionalidad, que no parecía dudosa. Por poco, hubieran tratado de adivinar cuánto dinero traía en el bolsillo, y qué ideas encerraba su cabeza, y qué sentimientos su corazón.

El jinete se aproximaba y ya se le podían detallar la facciones. Hombre de treinta años, al parecer, de alta estatura, de anchas espaldas y cintura delgada, airoso, gallardamente sentado en el recado, el cútis bastante tostado, pero no tanto que no relucieran en él, en partes, unos reflejos rojizos, y, en la barba, algunos pelos dorados, que lo hicieron, al momento, notar por *rubio*.

No contradecía la filiación el color de los ojos, azules como los hay pocos en la Pampa, y si, por su lado, sondeaban estos las fisonomías, era sin deslizar la mirada, sino fijándola bien, como un foco de luz radiante y clara, á la vez que benévola.

El ala ancha del sombrero se levantaba— un tanto compadrita,—sobre la frente alta y blanca, descubriendo una nariz aguileña que daba á toda la cara aspecto de muy resuelta decisión.

— « Buen gaucho lindo, dijo uno; ¿de dónde será? »

Y realmente que era lindo gaucho él que venía. Todo, en él, anunciaba el hombre de campo formal, que toma á lo serio su oficio, y lo lleva escrito en todos y cada uno de los detalles de su atavío. Garbozo era en el vestir, y no desprovisto de cierto lujo, pero sin la menor nota chillona. Usaba chiripá de paño negro y llevaba poncho de color, pero las anchas rayas eran de matices apagados, sin nada que llamase la vista ó turbase el ojo. Las botas de baqueta eran botas de trabajo, fuertes y sólidas, que no debían su elegancia más que á la sola forma del pie, sin que ningún bordado estrafalario indicare, como suele suceder, dolorosas pretensiones artísticas. El mismo fular, flotante en el pescuezo, si bien era de género rico, no cantaba su precio con colores á gritos, y el cuchillo de cabo de plata pasado en el tirador, era sencillo y cortador.

Y cuando, después de haber pedido licencia, se apeó, los gauchos que lo seguían estu-

diando, mientras ataba con cuidado su caballo al palenque, pudieron constatar que el hombre venía tan bien armado y montado como bien vestido, y que no sólo era gaucho correcto, sino también completo.

El overo, gordo, sin ser pesado, ni tampoco con formas de parejero, demostraba bien ser el caballo ideal de trabajo que sueña tener, para lucirse en el rodeo, todo gaucho, y que pocos, en realidad, saben, sino adiestrar, por lo menos conservar en sus buenas condiciones: bien tuzada la clín, en la forma que presentan á menudo los caballos de las antiguas esculturas romanas, lo que hacía más salientes las orejas; la cola larga, sin exageración, y primorosamente peinada; sanito de manos y patas, llevaba en el lomo un recado bien completo, confortable y adecuado, por su composición, á la conservación del caballo y á las necesidades del amo.

El lazo trenzado, el bozal y el rebenque, las riendas y la cincha, todo bien trabajado, fino y fuerte, anunciaban que el hombre sabía como nadie lo que era bueno y lindo; y cuando, sentado en el fogón, contestando á una pregunta, dijo á los peones, ofreciéndoles un cigarro negro, que él mismo fabricaba sus huas-

cas, corrió entre los gauchos un pequeño murmullo de admiración.

Se supo que era mayordomo de una gran estancia lejana, y que iba para dentro, llamado por su patrón, á recibir y poner en marcha una hacienda destinada al establecimiento que manejaba. Como era, el hombre, de conversación chistosa y entretenida, que no le corría mayor prisa, y no le disgustaba dejar descansar un poco la tropilla, y como, por otra parte, el patrón de la estancia no estaba y sólo volvería tarde, el día siguiente, le hicieron fuerza para que se quedara.

Consintió; ayudó á carnear una res y á desollarla, luciendo su habilidad; y se pasaron lindamente las horas, escuchándole cantar, acompañándose con la guitarra, sentidos versos criollos, coplas de amor y de pelea, quejidos contra la suerte y alabanzas de la mujer querida.

—, « Gaucho lindo! repitió despacio uno de los peones al capataz.

— Sí; dijo este, un santiagueño viejo, astuto y desconfiado.

Pero ¿ será que tiene un pelo en la lengua que no puede decir erre ?»

Y dirigiéndose al forastero, le dijo :

— « Seré cúúrioso. ¿De qué próóvincia es V. ? dííigame.

—De Suiza,» contestó sencillamente el gaucho. Y para celebrar la Pampa aquerenciadora que se lo había asimilado tan bien, y,—fuera de un detalle, de por sí inmutable,—sin que una sola pincelada exagerada ó torpe hiciera desmerecer la obra, preludió con la guitarra y cantó, en versos criollos, unas décimas á las nevosas y verdes montañas de su tierra, que, muy joven aun, había dejado, para venir á ver si la Fortuna había emigrado á las llanuras.

XXXII

BICHOS Y YUYOS

El celestial pintor encargado de iluminar, en el libro de la naturaleza, la gran página de la América del Sud, gastó en las comarcas más favorecidas por el sol, sus mejores colores. No dejó allá un árbol, una yerba sin pintar, y no sólo hizo inaudito derroche de verde en las hojas, sino que en todas partes colocó flores amarillas, coloradas, azules y violetas, prodigando en los bosques y en los prados, en las planicies y en las montañas, todos los esplendores de las notas más llamativas. No contento con esto, agotó casi todo lo que le quedaba de sus más brillantes pastas, en adornar régiamente las moscas, las mariposas y los pájaros; de modo que, cuando llegó á la Pampa, su paleta desasurtida no le alcanzó más que para

pasar encima de todo, plantas y séres, una leve y uniforme mano de gris, verdoso ó castaño, apagado y sin barniz, pues también éste se le había acabado.

En vano, protestaron todos los bichos y pájaros que ya poblaban la Pampa; no había más remedio que sufrir y aguantar, lo que, renegando, hicieron, consiguiendo apenas, á gritos, una que otra pinceladita colorada, azul, verde ó amarilla, algunos privilegiados, como el churrinche, que quedó con la cabeza y el pecho punzó, el flamenco que logró media mano de rosado, el tero que pudo teñirse las espuelas de colorado, y así algunos otros.

Pero, en compensación, ya que les faltaban los colores hermosos prodigados á las plantas y á los animales de los países tropicales, las plantas de la pampa quedaron libres de ponzoña; las fieras fueron pocas y poco temibles, y lo mismo las serpientes. El romerillo, es cierto, bien podría matar algunos animales que no lo conocieran, pero basta zahumarlos un rato con una fogata de la misma planta, y pronto dejan de probarlo. Hay abrojos, en la pampa, pequeños y grandes, chamico, paja brava y rosetas, cardos y cortadera, flechillas y pasto puna; pero los abrojos, sólo los trae la población; el agricultor es el que siembra, con

su trigo, el chamico, y los cardos de espina más brava sirven, como cualquier otro yuyo, de mantención á la hacienda.

¿Quién no perdonaría á la cortadera los tajos que pueda dar en dedos imprudentes? Tiene que defender contra los atrevidos el delicado penacho de sus flores hermosas. La flechilla daña al cordero, si lo dejan con lana, pero también lo mantiene. Si el pasto puna poco sirve, tampoco resiste mucho al arado; y del hombre depende el tener tierra buena, siendo el pasto puna un mal merecido para el que, por pereza, lo quiera conservar. En tierras mejoradas, nacen mejores plantas: según los pastos son las haciendas, y según las haciendas, también son los hombres.

Entre los pajonales y los juncales viven los bichos dañinos y la gente perversa; todo lo malo se junta; se esconden allí los gauchos haraganes, atorrantes y ladrones; y también los tigres y los pumas, mientras no los aleje la población, al tupirse.

Pero también, entre el trébol abundante y florido, la gramilla tupida y el cardo nuevo, pastean á millares las mansas ovejas, cuidadas por gente pacífica y bien mantenida, y con el traqueo de las majadas, salen y suben al cielo, mezclados en delicioso concierto, los

mil perfumes de las plantas olorosas de la cañada fértil, la altamisa, la verbena sútil, la flor morada, el trébol de olor y la rama negra embriagante.

No faltan, es verdad, algunos bichos traviesos, en esas mismas tierras privilegiadas, y no dejan, á veces, las plantas más buscadas por los rebaños, de dar hospitalidad bajo su follaje al zorro ó á la comadreja. Es que también allí abundan las habitaciones, con sus despensas bien provistas, sus gallineros bien poblados, sus galpones llenos de maíz; y aunque debieran saber que poco le gusta al hombre que lo vengan á despojar de lo que es suyo, se atreven, á menudo, hasta á venir á cavar su cueva familiar en las mismas casas. La comadreja es la más osada, capaz, como lo es, de venir de noche, á chuparse la leche de un cántaro, ó á robar pollos ó huevos, ó cualquier otra cosa, en una pieza habitada. Es que tiene que mantener á ocho ó diez comadrejitas pequeñas, y le parecerá natural que el hombre la ayude á criar toda esta preciosa familia, de tan provechoso porvenir.

El zorrino también parece preferir la habitación humana para criar su prole ¡Aberración singular! Así mismo, no le gusta el pro greso, pues raro es el viaje que pueda uno

hacer en ferrocarril, sin respirar el perfume tan peculiar y penetrante con que se apresura á rociar á la pasada, las ruedas de los vagones.

Usa vincha en la cabeza, lo mismo que el hurón, la vizcacha, el bienteveo y varios otros cuadrúpedos y pájaros de la Pampa, que habrán querido, sin duda, imitar al indio, cuando lo conocieron.

Es también cosa de ver como todos los bichos dañinos de la Pampa se muestran ávidos de huevos: el hurón, el zorro, el lagarto, el zorrino, la comadreja, no cejan ante ningún peligro, para conquistar este su manjar preferido. Se comprende: la perdiz vuela y es difícil de cazar, pero pone, y los huevos ahí quedan; y el terú-terú pone tres, en su nido descubierto; y los patos innumerables y los cisnes de pescuezo negro, y los gansos y los chajáes gritones, y los mil pájaros de las lagunas, ponen y ponen montañas de huevos; y los flamencos se juntan en grandes bandadas rosadas para depositar en ciertas islas, de ellos conocidas, tantos huevos de su mismo color que, á lo lejos, aparece en los vapores del horizonte un espejismo rojizo.

Desde el huevito de la ratoncita que vive en el techo de paja del rancho, hasta el enorme huevo del avestruz, los hay de todos ta-

maños y de todos colores, sabrosos todos y nutritivos, presa fácil y predilecta de cuanto bicho ladrón anda rondando por ahí.

Es preciso que todos vivan en este mundo; pero, si la Pampa tiene que mantener á mucha gente, no le falta con qué, y cuando el zorro se para, pensativo, no es, en general, que le falte que comer, sino que anda combinando algún ecléctico menú para el almuerzo ó la comida.

XXXIII

VUELTA AL PAGO

En 1880, una vez asegurada la conquista de toda la Pampa, con miles de leguas libres de indios y desiertas, no había pretexto ya, para un joven sano, guapo, y de atávico resabio de andariego, de quedar, toda la vida, encerrado entre sus cañadones nativos, de los derrames del Gualichú, sin ir á conocer mundo; así lo entendió Antonio Mesquita, y con la venia paterna, se fué á buscar fortuna por aquellos campos recién abiertos á la población y al trabajo, del Azul al Rio Negro. Y con su tropilla por delante, armado de un recado completo y de buenas huascas, de un sombrero nuevo y de una muda de ropa, se fué, como tantos otros, á cincuenta, á cien leguas y más, conchabándose de peón de campo, trabajando por día en los ro-

deos, de mensual, á veces, buscando quien le diera alguna majada á interés ó cualquier otra colocación ventajosa. Y se quedó así, muchos años, ganándose regularmente la vida, hasta que habiendo sabido que el viejo estaba muy enfermo, pidió licencia al patrón con quien entonces trabajaba, y se fué á hacer un viaje á la querencia vieja.

Cerca de quince años habían pasado desde que había salido de ella; ¡ quince años ! todo un trozo de vida; y galopaba, tragándose las leguas, y pensando en lo que iba á encontrar por sus pagos. ¡ Cuántos cambios iba á ver! no lo iban á conocer, por cierto, lampiño que era, cuando se fué; barbudo, ahora, como cabrón. ¡ Qué cosa ! y como pasa el tiempo, ¡quince años! y le parecía ayer. Más sueño parece, á veces, el recuerdo de lo que realmente ha sido que la frágil esperanza de lo que quizás nunca será.

De vez en cuando, había tenido noticias de la familia; sus hermanos y hermanas se habían desparramado, casi todos, por estos mundos de Dios, sabía que ninguno había hecho fortuna, pero si pocos eran los que tenían hacienda, todos, por lo menos, tenían hijos, y bastantes.

Los padres, ellos, habían quedado acompañados por dos ó tres de esas familias, así brotadas,

y no les había faltado ayuda. Por lo que era de él, venía, tan pobre como se había ido, con sus caballos, su recado y su lazo por todo haber, lo mismo que al salir, sin haber juntado un peso ni formado familia, y sin haberse acordado siquiera, en quince años, de venir una vez á visitar el rancho paterno.

Iba galopando, cuando su caballo, dando un paso en falso, casi rodó en un charco, y lo salpicó todo: « Me desconocen los cañadones,» dijo, y vió que ya había dejado atrás la región arenosa de la Pampa, para entrar en la que, á cada paso, le iba á hacer acordar los risueños momentos de la niñez y de la juventud.

El invierno había sido llovedor, y el sol todavía no tenía bastante fuerza para haber secado los cañadones; así mismo, empezaba á bajar el agua, dejando marcado lo que había sido su orilla, con una orla de resaca, y asomaban, en el suelo empapado, las puntitas verdes del pasto nuevo que tan bien hace purgar las ovejas y apesta los corderos.

¡ Ah ! Gualichú bien nombrado ! que no pierde ocasión de salir de su cauce, y de desparramarse en la llanura, cambiando la verde pradera en cenagoso criadero de plagas.

Iba Antonio Mesquita, acercándose á la querencia, pisando agua, chapaleando con regoci-

jo íntimo,—¡hacía tanto tiempo que sólo andaba por campos arenosos!—entre los duraznillales de triste follaje gris y ralo. De la tropilla que arreaba, sólo la yegua madrina y dos caballos eran de los que había llevado, al salir del lado de sus padres, y pocos relinchos cambiaron con las manadas del pago, por serles, en su mayor parte, desconocidas; así sucede, que las vueltas, después de muy largas ausencias, despiertan siempre más curiosidad que cariño entre los que así se vuelven á ver, y que, por poco, parece intruso el que llega.

Pocos montes nuevos habían surgido; se comprende: ¿quién va á poblar en esos campos anegadizos? Una que otra zanja insignificante, perdida entre esta masa de agua, indicaba, por lo impetuoso de su corriente, las ganas que tienen de ser desagotados, y lo que podría producir el espíritu de asociación, con alguna iniciativa inteligente, en vez de la ruina, hija de la dejadez y de la mezquindad de gobiernos y particulares.

Los chajaes bulliciosos, de elegante cabecita copetuda y de cuerpo abultado; las garzas y las cigüeñas, imponentes, en su andar acompasado, los patos de mil clases, los gansos y los majestuosos cisnes, reinaban tranquilos en ese dominio que sólo les disputaban los mosquitos

insoportables. No eran, pensó Antonio, los mismos reyes que cuando él se había ido, pero eran de la misma dinastía.

Algunos cambios, así mismo, pudo notar el viajero; las majadas que, cuando se fué, eran todas merinas, se habían vuelto Lincoln; en muchas partes, se ordeñaba vacas por centenares; en las lomas, había mucha tierra arada y por todas partes, parvas grandes de alfalfa. Se cruzó, en el camino, con unos gauchos que arreaban una tropilla y junto con ellos pasó un puente; ¡un puente; que lujo! y fijándose en los gauchos aquellos, notó que á pesar de llevar el lazo en el anca, no tenían ya el garbo peculiar de la raza; algo, en la facha, como de gringo, tenían, y más bien que jinetes, eran hombres á caballo: ¡y como no! si ya no lidia más esa gente que con hacienda mansa.

Cuando llegó al rancho paterno, le ladraron fuerte los perros, como á cualquier forastero; muchos niños había, que tampoco sabían quien era, y su propia madre tuvo que mirarlo dos veces, antes de darle la bendición de bienvenida. El viejo había muerto, y, dos días antes, lo habían llevado; la casa toda y sus habitantes estaban sumidos en profundo luto, y Antonio también se vistió de negro.

Pero á los pocos días, se sintió demás en

ese hogar que le era como ajeno, y poco tardó en despedirse y en armar viaje, otra vez, para los campos de afuera, donde el horizonte le parecía más despejado y la vida menos oprimida.

XXXIV

PARTICIÓN DE HERENCIA

No hay como el olor á carne muerta para atraer desde lejos á todas clases de aves negras; y por pequeña que sea la presa, acuden, presurosas, solitarias ó en bandada, silenciosas ó gritonas, á tomar posiciones, de donde puedan dejarse caer á pellizcar.

Cuando murió doña Serafina, no faltaron algunas que vinieron á olfatear la presa. La herencia era poca: un rancho, un corral de ovejas, de lienzos de madera, bastante grande y bueno, con los palos correspondientes; los veinte cachivaches del modesto ajuar; una puntita de caballos bichocos, tres lecheras, y, más ó menos, mil doscientas ovejas de clase regular.

Pero, por poca que fuese, bien valía la pena

de prestar á los herederos el flaco servicio de sembrar entre ellos la discordia.

Con sólo conseguir de uno de ellos un poder en forma, ya se podía armar una de esas embrollitas capaces de disolver, en trampas y gastos de justicia, algo más de la herencia. Y en esto se ocuparon sigilosamente dos ó tres de los buenos amigos que, en el pueblito, tenían los hijos de la finada.

Cinco varones y dos mujeres, todos mayores de edad, de poca instrucción, pero de algún sentido común; regularmente unidos entre sí; sin quererse hasta el sacrificio, siempre dispuestos á cuartearse unos á otros para salir de un mal paso, y hacerse menos penosas las ásperas sendas de la vida.

De los hermanos, uno era hombre muy formal, trabajador é inteligente, Eufemio, en el cual, aunque no fuera el mayor, todos tenían mucha fe, y cuyos consejos no hacían dificultad en seguir.

Supo, pues, que á las dos hermanas, les estaban aconsejando mal, insinuándoles que los hermanos las iban á embromar, á quitarles de su parte todo lo que podrían, y que debían nombrar algún apoderado.

Uno de los hermanos, Juan, el más joven, quien, si, por suerte, no hubiera sido tartamudo,

habría salido muy doctor, apoyaba la idea; y cuando el candidato á apoderado, procurador conocido en el pueblito con el apodo de «Gusanillo», había desarrollado sentenciosamente sus argumentos irresistibles, él, con elocuencia espontánea, decía: «¡Por, por, por... porsupuesto!» y quedaban muy perplejas las mujeres; hasta que, una tarde, convinieron en que al día siguiente, sin falta, iría una de ellas, de un galopito, á firmar el poder; y esta tarde, se volvió Gusanillo á su casa, tarareando alegre mente una cancioncita, al compás del galope de su caballo.

Pero, esta misma noche, Eufemio reunió á toda la familia, y con los argumentos poderosos que le dictaba su convicción profunda, basada en un miedo cerval á la justicia, no les dejó duda que si pasaban los pequeños bienes dejados por la pobre vieja, por las uñas de las aves negras, no les iba á quedar absolutamente nada.

—«¿Co, co, co.... cómo haremos?» preguntó Juan; y Eufemio le explicó que su idea era de pedirle é don Mariano, hombre recto y bueno, dueño del campo que arrendaba la finada, se hiciera cargo de la partición; y la hiciera á su gusto, prometiendo todos de acatar lo que mandara.

—« Así, dijo, evitamos gastos, discusiones, demoras, y juez por juez, me gusta más un mal conocido que un bueno por conocer.

—« Se, se, se.... se puede ver», dijo Juan, y remitiendo á otro día de firmar el poder, las hermanas asintieron, sabiendo que don Mariano arreglaría todo lo mejor posible.

Dos días después, don Mariano ató su caballo al palenque de la finada, con la cual, tantas veces, había venido á conversar un rato, escuchando con benévola sonrisa, entre dos mates, los charqueos que la vieja hacía del prójimo.

Enterado ya del asunto por Eufemio, para quien tenía la estima que siempre tiene un estanciero para el que, por sus cualidades, le haría cuenta tener de puestero, había formado su plan.

—«Miren, muchachos, les dijo; ustedes son siete, la herencia no es muy grande. No se metan á pleitear; si no se reparten todo á las buenas, de lo que ha dejado la finada, no les va á quedar ni un peso; de modo que cualquier arreglo vale más que irse ante el Juez.

Hagan una cosa. Contamos la majada y como no se puede cortar en siete trozos, á campo, la volvemos á encerrar. Ponemos en un sombrero los siete nombres y tiramos á

la suerte. El que sale primero, saca las primeras ovejas que salgan del corral, contadas hasta completar su parte, y así, en seguida.

Si alguno sale algo más favorecido que otro, será por poca cosa, y no se podrá echarle la culpa á nadie.

El rancho y el corral están en mi campo; les fijamos precio y cargo con ellos. Los muchachos podrán repartirse los caballos y dejar las lecheras y los cachivaches á sus hermanas, poniendo, porsupuesto, á cada cosa su valor, y, si falta un pico de algunos pesos para equilibrar el reparto, se ha de encontrar.

— ¿Qué, qué, qué... qué hago yo con mi, mi, mis ovejas? preguntó Juan.

— Te las compro, le dijo Eufemio, que tenía economías y crédito, si don Mariano me deja en el puesto.

— « Te lo iba á ofrecer, muchacho; dijo don Mariano, y te completaré el capital para darte la majada en sociedad. »

Otro hermano también le vendió sus ovejas á Eufemio y el reparto se hizo como había dicho don Mariano, sin más perito, sin más abogado, ni procurador, ni juez que él, quedándose cada uno conforme con su lote.

Para festejar tan buen arreglo, Eufemio puso al asador un lindo cordero gordo...

En este momento, llegó el amigo Gusanillo, algo inquieto del silencio de su clienta; lo convidaron, y le contaron alegremente el corte dado al asunto.

Con otra presa había soñado el pícaro, que con una costilla de cordero, y la encontró algo desabrida, á pesar de la cantidad de ajos que entredientes, iba mascando.

XXXV

LAS TRAVESURAS DE LA LLANURA

Toda inmensidad impone: el mar, el desierto, la pampa hacen al hombre pequeño; y será por esto, quizás, que siempre sueña él con franquear la siempre renaciente sucesión de horizontes con que defienden su misterio.

La pampa es, de todos los desiertos, el más fácil de vencer; ofrece recursos; tiene pastos y aguadas; está libre de los indios, y bien pocos son los animales feroces ó ponzoñosos que viven en ella: su resistencia es puramente pasiva y cede con facilidad; pero no por esto deja de tener sus resabios de redomón mal domado, para rechazar las atrevidas acometidas del hombre.

Y hasta en las partes donde ya no tiene nada que ocultar, donde los ranchos y los mon-

tes la tienen como salpicada de hitos, todavía, á veces, se vuelve burlona, y maliciosamente se entretiene en engañar al novicio.

—«La casa de Fulano, por favor, ha preguntado.

—Allá, derechito, se ve de aquí;» le han contestado, enseñándosela en el horizonte.

Y se fué, galopando. Y el viento, viejo criollo travieso, le ha volteado el sombrero, haciéndole á la Pampa una guiñada. El novicio, impaciente, paró el caballo, le hizo dar vuelta, se apeó, agarró el sombrero y volvió á montar; y siguió . . . derechito. Y después de largo galope, llegó á una casa, persuadido que era la de Fulano; pero le dijeron que no, que allá, á sus espaldas, derechito, era. Hay que fijarse muy bien, en la llanura, para no errar.

También tiene la Pampa brillazones y espejismos engañosos y neblinas espesas; pero más que todo, tiene su cansadora inmensidad, su uniformidad y su silencio. Infunde el peor de los terrores, el de lo desconocido, que no le permite á uno atinar como defenderse.

Unicamente el gaucho le conoce bastante las mañas á la Pampa desierta, para poder vivir en ella y de ella, con relativa seguridad. Su sobriedad, preciosa y única herencia de sus famélicos padres; su aguante, adquirido en

las faenas contínuas de su vida; la paciencia, virtud nata del pobre; la previsión, que fácilmente adquiere él que sólo puede contar con sí mismo; la astucia, que le enseñan las mismas alimañas del campo; la vista penetrante, aguda, intensa, que dan los vastos horizontes; la observación sagaz que le hace adivinar lo que sólo ve á medias; la sangre fría que ataja los peligros y el valor que se los hace mirar de frente, son sus armas.

El gaucho desdeña la brújula, y hace bien, pues mejor que ella, su solo instinto lo lleva al punto lejano donde tiene que ir, aun por una mañana de cerrazón ó por una noche obscura; mientras que al quererla usar, pronto enredado en las indicaciones del instrumento, tendría que volver renegando con la bruja esa, obra, por cierto, de Mandinga, para engañar á los hombres y hacerles perder el rumbo.

Tiene sus astros familiares que le sirven de guía; y con consultar el viento y las formas de las nubes, la cara ceñuda de la luna creciente ó la amable sonrisa de la luna llena; el aspecto tan diverso del sol saliente y del sol poniente, sabe lo que más le interesa, si lloverá ó no. Y si tiene que viajar en noche obscura, estudiará á la luz del cigarro el pasto, para distinguir una mata de otra, conociendo

su camino por las singulares revelaciones de su botánica especial.

Tampoco tiene el pampeano muchas necesidades: agua, carne y fuego; pero para conseguirlos y conservar así su vida é impedir que la sed le desparrame los caballos, ¿de cuantas precauciones no se rodeará? ¿de cuantos medios no se tendrá que valer?

En la memoria conserva el recuerdo de que en tal punto, hay agua; en tal otro, buenos pastizales; que ha habido vacas allá, hace poco, y que habrá por consiguiente leña, ó que en el médano tal, hay raíces combustibles; y allí irá en derechura, y acampará, desprendiendo de la cincha del caballo la pavita que pronto cantará, colgada de la cruz del facón plantado de sesgo sobre un fuego de leña de vaca, para cebar el confortante mate, con la yerba traída en los dobleces del pañuelo. La perdiz, muerta de un rebencazo, ó la mulita, se asa de cualquier modo, y basta con esto para que no se muera un cristiano.

La madrina está bien maneada, con cuidado especial; las huascas son fuertes y bien sobadas; el crédito descansará, atado á soga, cerca del amo, á mano, por si acaso. Y confiado, se estira el gaucho en su recado, envuelto en su poncho, y duerme . . .

Bastará, á veces, que el maneador bien engrasado haya tentado al zorro hambriento, para que el caballo suelto y espantado dispare, punteando para la querencia, dejando al jinete presa segura del hambre y de la sed.

Las leguas en la Pampa, con un buen caballo gordo y guapo, parecen siempre pocas y cortas; con caballo flaco, lerdo ó cansado, se alargan y se multiplican; pero, á pie, se vuelven infranqueables; y la llanura burlona se ríe de la desesperación del hombre impotente, festejando, muda, como inocente travesura, su crueldad de madrastra.

XXXVI

RATOS DE SOLAZ

La cristiandad está de luto; conmemora en sus templos, con cantos lagrimosos y lóbregas plegarias, el aniversario de la muerte de Jesús; y Juan Anocibar, nacido y criado en los Pirineos, todo embuído de la fe ingenua que mantiene incólume su reino en aquellas regiones montañosas, cerradas aun á la irrupción del progreso, ni un momento piensa, en ese día del viernes santo, en sustraerse al cumplimiento de los preceptos que le enseñó el cura de su aldea natal: ayunar y holgar.

Holgar no le hace ninguna cuenta, pues ha tomado por un tanto, con dos compañeros, un trabajo de alambrado; y por lo que es de ayunar, con sólo mirarle la cara, un poco antes de las doce del día, se tendrá la segu-

ridad de que hace un verdadero sacrificio á sus infantiles convicciones.

En la Pampa, no hay iglesia sino en los pueblos, y no puede Juan, hacer veinte leguas, y perder tres días ó cuatro: « para hacerles el gusto á los frailes, » dice, riéndose; pues á pesar de haber conservado para ciertas prácticas un respeto supersticioso, no deja de burlarse un poco, desde que de su tierra salió, de los que, en su niñez, se lo impusieron; y, vistiéndose con su ropa dominguera, temprano se vino á la pulpería.

Allí, espera, fumando,—pues el cigarro no quiebra el ayuno;—y conversando, á ratos, que lleguen la doce para poder, en fin, comer. Y á medida que se viene acercando la hora, parece marchitarse más y más su grande y pesado cuerpo de atleta: su ruidosa alegría de hombrón algo bruto se calla, y rehuye hasta los juegos de manos que tanto le gustan siempre. Los gauchos que ahí están no participan, en general, de sus preocupaciones; comen, beben, y no dejan de hacerle algunas burlas:

— « Mire, don Juan, que mañana, le va á quedar flojo el alambre, si no come hoy.

— ¿Qué quiere? amigo; no puedo; me parece

que si, en viernes santo, comiera antes de las doce, me haría mal. »

Por fin, en el tosco reloj de la tienda, adelantado subrepticiamente de un cuarto de hora por el pulpero compasivo, han dado las doce; con un puñetazo formidable en el mostrador, se endereza el vasco, y dejando ver, en amplia risa, sus dientes alargados por el hambre, exclama: « ¡Ahora sí! mozo! »... Pero vacila en su resolución: iba á pedir un chorizo, cuando se acordó que, el viernes santo, la carne es prohibida, y sofrenando sus ganas pide una caja de sardinas, con pan y vino. Las sardinas desaparecen, y el pan y el vino; todavía no conversa don Juan, pero ya vaga sobre sus labios aceitosos y en sus ojos azules una sonrisa de satisfacción. Ha cumplido con su deber de cristiano, y puede comer ahora sin temer de cargar su concencia con un pecado; y come, — ¡mil demonios! — come con un apetito bestial. Después de dos cajas de sardinas, devoró una de ostras; no le gustan mucho, pero hay que comer algo que no sea carne, y no se puede comer siempre sardinas; y al enumerarle el pulpero las demás conservas que adornan sus estantes, oye: « pimientos morrones españoles, » y pide una caja, y come á plena boca las picantes frutas colo-

radas que son, para él, como rayos del sol de su tierra encerrados en una lata.

Dos cajas de pimientos rojos pasan por el rojo trapiche de su boca poderosa, mascados y tragados con gran ruido de labios y mandíbulas.

Se ríe ahora el vasco, gozoso; hazaña les ha parecido el almuerzo á los gauchos que lo miran extasiados; y déle vino para apagar el fuego que dejan tras sí, inextinguible, semejantes manjares.

— « Pues, amigo, dijo uno, ¡ qué atracón ! »

Para cumplir en algún modo con la regla, todos los que tienen hogar se llevan para su casa un pedazo de bacalao; es una especie de comunión pascual que nada tiene de penitencia, pues al contrario, es un pretexto para variar un poco la comida. Todavía no ha muerto la religión de Cristo.

¡ No ha muerto ! no; apenas han dado las diez, el sábado, por la mañana, empiezan á chisporrotear las gruesas de cohetes de la India, llenando el aire de ruido alegre, de humo y de olor á pólvora, espantando los caballos atados en el palenque, haciéndolos patalear y tirar de los cabestros.

Es el Sábado de Gloria, y el sol otoñal, glorioso como una resurrección, desparrama por

todas partes sus rayos de oro que calientan sin quemar y penetran las almas sencillas del intenso y suave gozo de vivir.

***

Muchos otros días de fiesta hay en la Pampa, pero muchos también pasan desapercibidos; no abundan siempre los pesos, y sin plata, la diversión tiene que ser poca.

Así mismo, no se perderá ocasión de correr algunas carreras, ó de armar alguna partida de taba ó de naipes, y la guitarra convidará al canto y al baile.

En las fiestas populares, dadas en cualquier ocasión, para el santo del patrón ó para entablar en debida forma la manada chúcara de los electores, el asado con cuero será el gran atractivo; y la fiesta del Patrono del pueblito no irá sin carreras de sortija, que permitan á la juventud lucir su habilidad y su elegancia.

Por lo demás, cuando se quiere, todo puede ser fiesta; y nada como la marcación, por tal que sea de convite, para ser pretexto á mil diversiones, con acompañamiento de bailes y torta frita.

¡Y la noche de San Juan! con sus mil fogatas de chala, que iluminan toda la campaña y

parecen grandes ojos amigos cambiando guiñadas.

—«¡Mirá! ya prendió don Pedro.

—«¡No! es el de la Barrancosa.

—«¡Qué lindo el de doña María!

—«¡Y allá, en la loma!» Y en todas partes, surgen, efímeras y brillantes, las alegres estrellas, y con la languidez de las tibias noches del veranillo, las insulceces de los versitos de confitería parecen verdad á las niñas morochas, Salomés sin crueldad, dispuestas á entregar su corazón, sin exigir, en cambio, la cabeza de ningún Juan.

Navidad poca alegría suele traer. Hace mucho calor en la Pampa, en Diciembre; y Navidad es una fiesta de invierno europeo, fuerte y crudo, fiesta íntima de comilonas opíparas, enormes, en salas herméticamente cerradas y bien calentadas, mientras, afuera, cae y se amontona despacio, en los surcos adormecidos, la nieve silenciosa. En la campaña argentina, le falta forzosamente su principal atractivo.

—«¡Ché! decía el hijo de un mayordomo francés al hijo del capataz de la estancia, criollito de la misma edad que él, lijeramente ataviado con una bombacha rota y una camisa sin botones, ¡ché! esta noche, pongo mis zapatos en la estufa. ¿Y vos?

—¿Yo? contestó el chinito sorprendido; en casa no hay estufa, y yo no tengo zapatos.»

El carnaval, sí, podría ser lindo y lleno de gracia, por la estación en que cae, si el gaucho supiera reir; pero no sabe. Y durante tres días, hace vanos esfuerzos para persuadirse que se divierte; harapos sucios de telas chillonas, adornos de papel y moños de cintas, caretas insulsas é uniformes de alambre tejido, con los ojos sonsamente azules y sus mejillas de color enfermizo, carritos llenos de guitarras mal templadas y de acordeones desafinados, con hombres vestidos de mujeres, y otros hombres disfrazados de payasos ó de no se sabe qué, que recorren leguas, sin otra gracia que la de gritar, en cada palenque, con voz aguda, «¡Te conozco! ¿cómo te va?» y de recibir con la contestación: «Te conozco mascarita», algunos jarros de agua.

Dá tristeza el carnaval.

XXXVII

CABALLO DE TIRO

El patrón llamó á José y le dijo: «Apróntese para ir de chasque, tempranito, mañana, á las «Dos Hermanas», y como tiene que andar de prisa y traerme la contestación sobre la marcha, llevará caballo de tiro.»

José era gallego; pero, desde unos seis meses que andaba trabajando de peón en el campo, se había hecho todavía algo desmañado en ciertas cosas, aunque regular jinete; y como conocía el camino de la estancia de las «Dos Hermanas», le pareció cosa fácil y de bien poco trabajo, ir y venir en seguida; en total, eran diez leguas, poca cosa para asustarlo, sobre todo llevando caballo de tiro.

Nunca, es cierto, había tenido ocasión de andar así, pues no poseía más que un man-

carrón propio, y, una sola vez, había ido con un compañero, arreando tropilla, lo que también le pareció, y con razón, un lindo modo de viajar. Pero varias veces, había visto cruzar por los caminos ó por el campo, ó llegar á la estancia, á gauchos que andaban con caballo de tiro, lo que le había parecido lo más bonito y cómodo.

¡Tan bien que iban, y tan ligero; y tan descansados, al mismo tiempo! Daba gusto ver al jinete galopar en el ensillado, con esa regularidad rítmica de paso y esa serenidad que nada turba, mientras que, desnudo y liviano, trotea el de tiro, igualándose bien en la marcha, ambos, y caminando á la par, tan acordes como las dos manos de un pianista, aunque una toquetee ligero la sonata, mientras la otra insiste en el bajo, acompañando.

Y al salir el sol, el día siguiente, estaba el amigo José ensillando, con todo esmero, un malacara medio petizón, pero guapo, teniendo atado al palenque con buen bozal y cabestro largo, un caballo rosillo alto, delgado y bastante inquieto.

El capataz, al ver que primero ensillaba al malacara petizón, caballo muy manso y bien adiestrado, estuvo á punto de aconsejarle de hacer lo contrario; pero reflexionó que con

esos extranjeros, siempre se ven novedades, y se calló la boca. Hizo bien, pues cada uno, en este mundo, se las maneja como mejor le parece; y José pensaba que le convenía más salir en el más manso y dejar prudentemente que al otro se le fueran pasando los bríos con la caminata, antes de montarlo.

Ensillado el malacara, desató el rosillo y montó, teniendo bien arrollado el cabestro con la mano derecha; pero el rosillo era asustadizo, y al verlo montar, pegó para atrás un tirón que casi lo voltea, volviendo sobre sí y queriéndose encabritar.

El capataz, con un rebencazo, lo llamó á la orden, y José pudo asentarse en el recado, tratando, en seguida, de poner el rosillo á la par para emprender la marcha. Fué imposible; pero tirando fuerte del cabestro, y ayudado primero por el capataz que, de á pie, arreaba al animal, empezó á caminar, medio al tranco, medio al trote, haciéndose seguir por el mancarrón testarudo; y pudo hacer así, mal que mal, unas cuadras, lo que viendo, se retiró el capataz para la cocina.

De repente, y como movido por inquebrantable decisión, el rosillo se detuvo, se sentó y quedó plantado en sus cuatro patas, con el pescuezo estirado, sin que nada lo hiciera mo-

ver; y José al acordarse cuan fácilmente andaban los gauchos, con su caballo de tiro á la par y sin esfuerzo, se sentía abochornado.

Dichoso el tordillo de no entender el castellano de los alrededores de Vigo, pues no resiste la terrible avalancha de maldiciones que, siempre tirando del cabestro y agachado en el malacara detenido, le sacudía el hombre enojado. Así quedaron luchando un gran rato, hasta que después del desahogo, vino la resolución; y José, aflojando, corrió hasta el mancarrón, y, rabiando, le pegó un rebencazo tal, que al disparar, éste casi se corta los dedos con el cabestro.

Fué una revelación y el principio de la victoria. «Más bien arrear que tirar,» pensó en seguida José, y cómo era medio filósofo, se acordó que mucha gente había como el rosillo, que, á las buenas, se empaca, y sólo cede á palos; y desarrollando la huasca lo más que pudo, corrió detrás del mancarrón trompeta, pegándole unos chirlos cada vez que lo podía alcanzar, haciéndolo disparar como desesperado y siguiéndolo al galope, dándole, de vez en cuando, unas sacudidas que le hacían entrar la travesaña del bozal en el hocico, hasta que el caballo ya tomó el trote y empezó á comprender que mejor era sujetarse.

Acabó por ponerse á la par del malacara dócil, reglando su trote sobre el paso del compañero, evitando de quedarse atrás, donde lo iría á buscar el rebenque irritado, ó de apurar el paso, lo que le hacía lastimar á tirones el cútis del hocico; y todos anduvieron entonces mucho más á gusto: el malacara, que no tenía más que seguir con su galope regular y sereno; el jinete, que dejó de sudar y de renegar y hasta pudo, descansado, prender un cigarro, y el mismo rosillo, más que ninguno.

José, después del trabajo bárbaro que primero le había dado este loco, pudo saborear á su vez, ese lindo modo de viajar con caballo de tiro, como lo había visto hacer á tantos gauchos; y no dejó de pensar que, en la vida, los que más valen no son los que se empacan, ni tampoco los que disparan, sino los que, sin echarse atrás, ni querer atropellar, saben andar á la par.

A la vuelta, fué todavía más fácil, porque se iba para la querencia; de donde sacó en limpio José que debía estar haciendo, en aquel momento, algo parecido á lo que su patrón, hablando de política, llamaba, días antes, gobernar con la opinión.

XXXVIII

INTRUSOS

Sebastián Aguirre había nacido en la Pampa, al sud, no muy lejos de Chascomús, muchos años antes de que el pueblo fuera puesto en comunicación con la capital, por el ferrocarril. El campo, en estas alturas, era entonces poco poblado, las estancias extensas y mal delimitadas; muchas tierras,—la mayor parte,—pertenecían al gobierno, y éste las vendía ó las arrendaba con facilidades de pago á los que las pedían; pero muchos, todavía, despreciaban estos campos del sud, anegadizos que eran en muchas partes, poco seguros, expuestos siempre á las incursiones de los indios, pudiendo allí, el gaucho, entregado á sí mismo, vivir á sus anchas, errante, haragán, vicioso y peleador, en medio de una abundancia extre-

ma de lo único que necesitase: carne, sebo y cuero.

Y en la choza paterna, edificada en campo fiscal, hirviendo, bajo su techo de paja, de la prole de sus viejos, anual y patriarcalmente aumentada, había aprendido Sebastián, desde chico, á vivir de lo ajeno, en campo ajeno.

Consideraba la pampa como bien propio y también las vacas que en ella andaban; y las aprovechaba á su modo, voraceando con ellas, como con cosas sin valor, ya que no las podía vender, pero indispensables para la vida.

Cuando cundió la población y que todos los campos de las cercanías llegaron á tener dueños, se empezó á disolver la familia, buscando cada uno de sus miembros el medio de seguir viviendo como había acostumbrado: y Sebastián se fué hasta los cañadones inmensos formados por los derrames del Azul, del Chapaleofú, de los Huesos y de tantos otros arroyos, que buscando, sin encontrarla, su salida hacia el mar, se juntan y se mezclan, y ahí quedan, remolineando como trozos de hacienda entrados á la vez, por varias tranqueras, en un mismo corral, cubriendo con sus aguas estancadas, durante varios meses, área

tan fértil y tan extensa, que podría vivir en ella media nación.

Pero la llegada del ferrocarril y la venida de miles y miles de inmigrantes hicieron que toda la tierra tomase valor, y que hasta los cañadones se volvieran objeto de codicia para los que, aunque viviendo en la ciudad, no ignoran que del campo viene la riqueza, y conocen al dedillo las oficinas enlaberintadas, en zaguanes y corredores, misteriosos escondrijos donde se elaboran las combinaciones enriquecedoras. Sin mayor trabajo, llenan estos los trámites exigidos por la ley, amparados por amistades de alquiler, y, sin más gasto que algunas propinas oportunas y unos cuantos papeles sellados, borroneados de mala prosa, brotan, á veces de las obscuras bóvedas del avenegrismo habilidoso, los aristocráticos millonarios del porvenir.

Y tuvo Sebastián que mandarse mudar del rinconcito donde, durante algunos años, había dejado deslizarse su vida de suave holgazanería, únicamente ocupado en criar, á su vez, toda una nidada de gauchitos, enseñándoles lo que él mismo sabía : jinetear, enlazar, carnear, esquilar, y cuidar la hacienda paterna de tal modo que aumentase á la vez por los medios lícitos que proporciona la naturaleza

y por los ilícitos que, á escondidas, facilita la Fortuna.

Y se fué. ¡ Oh ! ni por un momento, le entró en la mente la idea peregrina de arrendar un retazo de campo para seguir, ahí mismo, cuidando con toda tranquilidad su pequeño rebaño. Sus instintos de independencia, la convicción innata de que la llanura toda más pertenece al que libremente la recorre, que al que tiene la pretensión de poseerla, le impidieron que solicitara alguna colocación fija ó un puesto á interés; y armó viaje para fuera, llevándose la familia, la hacienda y los trastes, hasta que, muy lejos, y después de innumerables jornadas de indolente ganduleo pastoril por la llanura solitaria, volvió á encontrar otro campo fiscal. Cuatro leguas eran, de buena tierra, con buenas aguadas, cañadas fértiles y lomas que, aunque todavía de pastos muy duros, prometían un porvenir halagüeño. Era *la reserva* de toda una vasta comarca recién entregada á la ganadería, y había sido realmente previsor el gobierno, al elegir tan bien el sitio donde, más tarde, se levantaría seguramente algún próspero centro de población, rodeado de quintas floridas y de chacras bien cultivadas.

En esa reserva,—como bien se sabía que, antes

de muchos años, no se formaría pueblo,—se habían amontonado los pobladores, como vizcachas en la loma, y nuevos ranchos, cada día, surgían del suelo. Sebastián ahí levantó también el suyo. Las pequeñas majadas de esa gente se mixturaban á cada rato; eran tantas, que no se podían extender, ni, por consiguiente, prosperar; pero,—consecuencia legítima de su situación irregular,—el recurso de casi todos estos pobladores sin campo propio, ni esperanzas de tenerlo jamás, más era la hacienda de los vecinos ya establecidos en las estancias linderas que sus propios animales, y se habían vuelto plaga para los hacendados de buena ley, para aquellos que, antes de poblarla, habían sabido conquistar la tierra, en las oficinas del gobierno.

Y como presentaran repetidas quejas vecinos expectables, el ministro de gobierno resolvió tomar contra los instrusos que así se habían apoderado de estas tierras fiscales, tan previsoramente reservadas para éjido del futuro pueblo, medidas eficaces.

Hubiera podido, por cierto, consagrar los derechos de los ocupantes, repartir entre ellos, en equitativo prorateo, las cuatro leguas que habían poblado, moralizando de golpe, con radicarlas en el suelo, treinta familias de va-

gos; pero no le pareció esto bastante radical; prefirió decretar la venta del campo y el desalojo por la fuerza, haciendo que, á las buenas ó á las malas, tuvieran que volver á desparramarse á todos vientos, estos intrusos perjudiciales, con su familias numerosas y sus pequeños rebaños; y, entre ellos, Sebastían Aguirre, fiel á su destino de gaucho nómada, se fué á meter en una lonja angosta, sobrante de un campo vecino, donde con la resignación de siempre, esperaría que lo echaran otra vez.

Pronto se supo que las cuatro leguas de buen campo, tan previsoramente reservadas, en otros tiempos, para éjido del futuro pueblo, y libres ya de todo intruso, según afirmaban los partes de la policía, habían pasado á ser propiedad personal del enérgico ministro de gobierno.

— —

XXXIX

PATRIARCA

—« La bendición, Tata.

—Dios te haga bueno, hijo.

—« Tata, aquí está un señor que dice que quiere hablar con Vd. »

El anciano, gaucho alto y fornido, de ancha barba blanca, erguido todavía, en su traje criollo, á pesar de sus 80 años, se levantó de la silla de paja, desde la cual, en el umbral de la puerta principal de la casa, seguía con cariñosos ojos, algo velados ya por el crepúsculo de la noche eterna, cuya hora paulatinamente se acercaba, los infantiles juegos de la cuarta generación de su sangre.

—« Pase Vd. adelante, señor, le dijo al visitante, y tome V. asiento. Marianito, traete una silla. Ana, un mate. »

Y el forastero, comerciante del Azul, introducido por el hijo menor del anciano, hombre ya de 28 años, se acercó, saludó, se sentó, y, ofreciendo al viejo un cigarro, prendió otro y empezó á fumar, callado, pensativo, y como cortado.

Es que la sola vista del patriarca, el aspecto de la modesta morada, repleta de familias, desbordando de muchachos de todas edades, hormigueando de humanidad, le hacían súbitamente parecer como peregrina la idea que había tenido de venirle á proponer al viejo don Ceferino Lacueva de comprarle el campo.

Y no se atrevió á hablarle de lo que, en realidad, lo había traído, comprendiendo que al roble secular no se le cambia de sitio. Se contentó con preguntarle por el precio que iba á pedir por la lana, cuando hubiera esquilado; si tenía cueros para vender, y otras cosas por el estilo, que el viejo le declaró que ya no eran de su incumbencia, sino de la de su hijo menor, Anselmo, ahí presente; él era que hacía de mayordomo y corría con la administración de los bienes de la familia, por ser el que mejor entendía de cuentas, habiendo tenido la suerte de nacer cuando se empezaron á fundar escuelas.

De los otros catorce hijos que le quedaban

vivos, algunos se habían desparramado, un poco en todas partes; muchos ocupaban puestos en el mismo campo, cuidando á interés haciendas de su propiedad; otros se habían ido á buscar la vida en las estancias vecinas, de capataces, unos, de mayordomos, dos ó tres, y hasta de peones, los que más no habían podido. Al fin, á todos y á cada uno les había proporcionado parte de lo que Dios le había dado, según los tiempos y las circunstancias, soltándolos á todos, á medida que las alas les iban creciendo y ayudándolos siempre, según sus propias fuerzas.

Y seguían ellos haciendo lo mismo con sus propios hijos, numerosa prole que se extendía en los campos adyacentes, con diferentes condiciones de fortuna, de tal modo, que un solo pulpero de los alrededores tenía dadas á personas del mismo apellido «La Cueva,» ¡38 libretas!

— «Y ¿cuántos años hace que está V. en este campo? preguntó el comerciante.

— Cuarenta, más ó menos. En el sesenta, el patrón, en casa del cual me había criado y estaba yo de capataz, y que era hombre de posición, me hizo conseguir del gobierno esta suerte de estancia, tres cuartos de legua, que valían entonces poca plata, como pajona-

les que eran y siempre expuestos á algún malón de los indios.

Tenía bastante familia, y ya que, á pesar de lo poco segura que era entonces la vida, había podido escapar á la muerte, tanto en las guerras civiles que presencié, como en las expediciones contra los indios que me tocó hacer, juré que, sosegado ya, de aquí no salía más.

Y así fué. Tampoco tenía mayor ambición que criar la familia que Dios me mandara. Me la mandó, señor, numerosa, como Vd. ve. Cuando murió mi pobre finada,—que en paz descanse,—en el 82, teníamos ya treinta y cinco nietos.

Los haberes, es cierto, aunque todavía pocos, iban en aumento; las haciendas empezaban á tomar bastante valor, y el campito, refinado, podía soportar otra cosa que las 4000 ovejas y las 1000 vaquitas de antaño. Pero, señor, una familia tan larga come y gasta, y pasaron, hace mucho, los tiempos en que los terneros nacían de las pajas, y en que la carne sobraba.

Aunque comprendo lo que es el progreso, encuentro que los campos están ya por demás tupidos de gente; y me es difícil no echar de menos el tiempo en que, para hacerse de un lazo bueno ó de una cincha blanca, había que andar poco, antes de encontrar algún animal

de marca desconocida que se lo proporcionara.

—Pero también, señor, insinuó el visitante, justamente por esa población, es que su campo hoy vale una fortuna. Mire que son 2025 hectáreas, que representan, por lo menos, cincuenta pesos cada una.

—No sé, señor, lo que valdrá, ni quiero saberlo. No entiendo de hectáreas, y sólo sé que son 1200 cuadras bien pobladas de hacienda, y donde pueden vivir, con sus familias, todos las de mis hijos que así lo quieran. Cuando descanse yo en la tierra, los muchachos se arreglarán. Dicen que será difícil porque son muchos, y que algunos han muerto, que otros andan desparramados; pero, entre mis nietos, no dejará de haber alguno capaz de componer las cosas, y de tratar de que puedan echar raíces algunos, siquiera, de los retoños, en el sitio donde vivió tanto tiempo el arbol viejo.»

¡Cuán pocos han sido, en tierra argentina, los árboles así clavados en el suelo, bastante arraigados y firmes para conservar intacta, á través de los años, la cuna familiar, salvándola de la destrucción que, para el gaucho pobre, siempre han traído consigo los vicios, la dejadez, el despilfarro y las trampas!

XL

OVEJAS SARNOSAS

La majada está en el corral, encerrada, y, por la escarcha que cubre el campo, se soltará tarde. Cansadas de rumear recuerdos y de hacer crugir las muelas para moler ilusiones, las ovejas se empiezan á levantar; se estiran, y apartado el sueño, se acuerdan de la sarna que las está trabajando, pudiéndose pronto constatar que, realmente, para el rascar, no hay más que empezar.

En movimiento febril, se rascan en la paleta, con la pata toda sucia, haciendo de su mejor lana, jirones verdosos que se desprenden y pronto cuelgan, sueltos, arrancados. Pero, rascarse con la pata cansa, y no basta: tratan de alcanzar con los dientes, destornillándose el pescuezo, el sitio donde roe la sarna. Apenas si

lo pueden rozar, y el parásito sigue, muy tranquilo, cavando, en el cútis, la cuevita donde depositará los huevos.

Excitada la sarna de la paleta, pronto se despierta la de la cruz, y empieza á hacerle cosquillas á la oveja. Esta deja la paleta y endereza la cabeza, la echa por atrás, arrugando la piel y moviendo todo el cuerpo, fijo en las cuatro patas, como si la sarna pudiera quedar estrujada entre los dobleces del cuero. Pena inútil, la sarna se ríe de estos esfuerzos, y sigue, impasible, su trabajo: barrenea, serrucha, cava, penetra en el pellejo, abre trincheras, tira y amontona afuera los residuos de la excavación, come, pone, se multiplica, se extiende, y ni la pata, ni la boca de la oveja desesperada por la comezón, pueden hacerle nada, en esa situación inaccesible, entre las puntas de las dos paletas, donde la lana tupida, la grasitud abundante, el cuero espeso, le proporcionan alimento suculento y albergue tranquilo.

La oveja se echa, y, de lomo en el suelo, se remueve, con las cuatro patas arriba. Después, se acerca á los lienzos del corral; pero, allí, no puede todavía hacer lo que desea y se contenta con refregar fuerte, contra los listones, la raíz de la cola que ya empezó también

á picar. ¡Cómo se conoce que goza! ¡Con que alma, con que fuerza, con que ganas se frota la cola! á derecha, á izquierda, se tuerce y se retuerce, y estira la lengua, y se lame el hocico, y hace crugir los lienzos del corral.

¡Deleite recio!

Pero la sarna de la cruz y del lomo la vuelve á molestar, y busca; y ve, por fin, en un costado del corral, un trecho de alambrado. ¡Ah! suerte! y mete entre los alambres la cabeza, el pescuezo, y con el alambre de arriba se rasca la cruz hasta cansarse, y al verla, es de creer que si fuera alambre de púa, el gozo sería mayor.

Se abrió, por fin, la puerta del corral, y don Salustiano, parado en ella, contempla, triste, el lento desfile de la majada. Ahí está todo su haber, se puede decir, y lo mejor de ese haber, lo constituye la lana, el vellón, el rico vellón de sus ovejas merinas, que ya tiene ocho meses y debería envolverlas enteritas, espeso y crecido, como opulento manto.

Pero no es así, ni lejos, y se ven, en el montón, tantos vellones despedazados, tantos ponchos desgarrados, y capas hechas trizas, que la majada parece turba de mendigos haraposos; también hay lomos tan pelados que su desnudez hace tiritar hasta los ojos que los ven.

Los mismos corderitos tienen, en su lanita corta, manchitas redondas como piezas de moneda,—pero que no lo son,—y ya se saben rascar como la gente. Han nacido con sarna y así crecerán, hasta donde puedan; los que lleguen á borregos, raquíticos, flacos y deshechos, quedarán, hasta que los esquilen, hechos un amasijo de sarna viva, desde la punta de la nariz hasta la punta de la cola, suplicio refinado que les impone su amo, don Salustiano, sin tener, así mismo, hasta hoy, la fama de hombre cruel, al contrario.

¡Oh! las excusas no le faltan: ha llovido mucho; es año de mucha sarna; los corrales siempre barrosos; atacó de golpe y cundió sin dar tiempo; empezaba la parición y no se pudo curar; la familia ha estado enferma, y hubo que atenderla; y, como se ve, el pobre no tiene la culpa. Son puras fatalidades.

También asegurará que, antes, no se conocía tanta sarna, y por poco que ande revuelta la política, no dejará de insinuar que, con los malos gobiernos, todo anda mal.

Por suerte, agrega, que pronto vendrán los calores, y que, haciendo corretear y sudar bien la majada, se ataja la sarna; remedio sencillo, de fácil aplicación y baratísimo.

Cuando venga la esquila, atropellarán los

esquiladores á asegurar *robos*, eligiendo las ovejas ya de por sí peladas, y que en cuatro tijeretazos, dejan al peón su lata, y, al patrón, cuatro mechones de lana sucia que ni la lata alcanzarán á pagar.

Pero los robos fueron tantos, esta vez, y el importe de la lana tan poco, que don Salustiano ya se alzó contra la suerte y mandó hacer una bañadera, compró remedio, y tres veces en dos meses, hizo zambullir en el baño toda su majada.

Y se le llenan de gozo el corazón y los ojos, al ver, en pleno invierno, á pesar de las lluvias y del barro del corral, de la parición en su fuerza y de ser el año, de mucha sarna,—en otras partes,—desfilar, alegre y gorda, su majada bien vestida, majestuosas las madres, bajo el peso del espeso, largo y tupido vellón, intacto y limpio; alegres, gordos y retozando, los corderos.

Podrá pagar buen precio á los esquiladores, este año, don Salustiano, pues ya se les acabaron los robos, en su majada.

XLI

LA EDUCACIÓN DE ÁQUILES

—«Alcánzame el chiquilín, Eufemia,» dijo don Antonio á su mujer, al montar á caballo, para ir á repuntar la majada. Y doña Eufemia, sin la menor emoción, entregó al centauro, su esposo, el joven Aquiles, tiernísimo fruto de sus amores, que recién empezaba á probar con las patitas la firmeza del suelo.

Y la criatura, con los ojos agrandados por una curiosidad risueña, miraba las orejas del caballo, volvía la cabeza hacia su madre, se reía, y el padre, apretando las rodillas, hacía caminar al tranquito el animal, en medio de los palmoteos maternos y de las exclamaciones de triunfo: «¡Mirá el jinetito! ¡pegale, mi hijito!»

Y del tranco, se pasó al trote sacudidor, que duró poco, sólo algunos pasos, empezando á

galopar, de este galope suave, hamacador, pampeano, que sin atropellar, silencioso, se traga las leguas, sin contarlas.

Y dieron despacio la vuelta á la majada, atajándola, un rato, para modificar su dirección é impedir que fuera á entrar en el campo del vecino.

¡Qué lástima que el cerebro del niño no pueda notar, para contarlas después, las impresiones de sus primeros pasos en este mundo! ¡Lástima es que, siendo tan vivaces, como seguramente lo son, sean, al mismo tiempo, tan fugaces! ¡Qué cantidad de cosas expresan esos grandes ojos aterciopelados, apenas abiertos á la luz! Inquietud, alegría, admiración, confianza, preguntas y contestaciones, dudas, certidumbre, orgullo, todo se podía leer sucesivamente en la carita movediza de Aquiles, durante ese paseo á caballo, en los brazos del padre, alrededor de la majada.

Pero todos los trabajos no son de á caballo, y también hay que aprender á caminar. Esto lo aprenderá Aquiles, bajo la dirección de la madre, teniendo como profesor directo, por falta de hermanos mayores, un cachorro de su edad, pero mucho más vaqueano que él para correr. Y juntos irán gateando, á comer, á manos llenas, la sopa de las gallinas; se revol-

carán juntos en el pasto, en la tierra ó en el barro, y cuando la madre, justamente indignada, le lave la cara, rezongando, el padre le observará que no se engordan chanchos con agua limpia.

También sucederá, que cuando sepa ya caminar del todo, se lo lleve el cachorro, jugando, campo afuera, poniendo en inquietudes locas á sus padres que lo buscarán en el pozo de la quinta, antes de divisarlo, allá, á cinco cuadras, acercándose á una laguna con el compañero, entre el duraznillal: primer amago de independencia.

Cinco años: ya casi somos hombre. Un hombre sin armas es incompleto; en las armas descansan la dignidad, el honor, la independencia y no sólo hay que tener armas, sino también saberlas manejar.

El cuchillo, de la cintura ya no se le cae, y con hilo de atar lana y tres pedacitos de carne, se fabricará Aquiles boleadoras poco peligrosas, pero ya muy fastidiosas para las gallinas y los patos, cuando anden cruzando el patio.

Con el cinchón, empezará á enlazar lo que le caiga á mano, y á correr la majada en el corral, cortando las ovejas en puntas, haciéndolas disparar por todos lados, asustándolas con el revoleo del lazito, volteando á veces

los corderitos ó llevado él, á la rastra, por todo el corral, por algún animal grande que, por casualidad, haya enlazado. Al verlo potrear así, se excusa la prematura severidad de ese buen cordobés que, expresando el deseo de poder hacerse de algunas cabras, vió que su hijo revoleaba el lazo, como para indicar que iba á agarrar uno de los cabritos así evocados, y se le enojó, hasta pegarle un sopapo, exclamando: «¡Déjame ese cáábrito!»

Pero con todo, Aquiles aprende á manejar diestramente boleadoras y lazo, parte principal de lo que será, algún día, su oficio.

Y no crean que preste pocos servicios. En cualquier aparte de ovejas, allí está él, haciendo lo que no es capaz de hacer, según dice el refrán, el hombre zonzo: ataja portillo.

Y en la esquila, se pasea por el tendal con un tarro de bleque y un hisopo, para curar las numerosas heridas hechas por las tijeras, en el cútis de las ovejas.

Y ayuda en muchas otras cosas, siendo ya bastante de á caballo para poder prestar también al padre servicios apreciables, en el cuidado de la majada. La repunta con paciencia; sabe distinguir ya los animales conocidos, y avisar si falta alguno; cuenta las dumbas y los cencerros, y no deja de hacer

juntar con la madre el corderito que se ha quedado atrás, dormido entre las pajas, y que levantándose al grito, dispara, la cola tremolante, con balidos entrecortados por el susto, hacia la majada.

Pronto empezará á tener el cargo de ir de madrugada á campear y traer la manada de caballos, y á buscar la vaca lechera, cuyo ternero atado en el palenque, muge tristemente, y sacude con el hocico la trompeta con que lo tienen loco de hambre tantálico.

En tiempo de parición, con igual empeño cuidará los corderos vivos y los corderos muertos; los primeros, por deber, y los otros, por interés, pues representan para él, los cueritos que salve de las garras del carancho, á más del aprendizaje necesario para desollar ligero y bien, deliciosos horizontes de caramelos y de galletitas; y cuando no haya en la esquina donde los esté negociando, nadie que lo pueda descubrir, preferirá un atado de cigarros; pues ya sabe fumar á escondidas.

Pero todavía es pequeño para ponerse de un salto en el lomo del caballo, ó para usar el estribo; y para treparse en el paciente mancarrón, tiene que buscar vueltas y darse maña, utilizando como escalera la mano izquierda del animal, agarrándose como pueda, con los pies

y las manos, y hasta con los dientes, de todo lo que, poco ó mucho, resalte, desde la rodilla hasta la paleta, la clin y el cogote...

Allá, lejos, aparecen, ligeramente esfumados en opulenta orladura de vapores translúcidos, los contornos de forma dudosa de un ser apocalíptico. Se aproxima ligero, corre, vuela, se viene como si fuera parejero ó mala noticia. ¿Caballo? Asi parece; pero ¡qué forma rara! lo de encima semeja un toldo negro, bajo, que apenas alcanzará á sobrepasar la cabeza del animal. Caballo es; ya no hay duda; pero ¿qué será ese bicho raro que se le ha pegado encima y lo hace andar como el viento?

Ese bulto raro, ese insecto dominador que maneja al animal y lo hace obedecer á su fantasía juvenil, es Aquilecito: Aquiles que vuelve de la esquina, á donde lo mandaron con la libreta, á buscar una porción de cosas. Como amenazaba llover, lo han tapado con un inmenso poncho de paño, que lo cubre hasta bastante más bajo que los pies desnudos, y de techo, le han metido un sombrero viejo que deja pasar una mecha, por un agujero, y le entra casi hasta el pescuezo. De cintura, lleva el clásico pañuelo azul, á cuadros, bien arrollado y rebosando de paquetes y ata-

dos, lo que casi duplica el volúmen de su pequeño cuerpo, y acaba de hacerle perder toda forma humana.

XLII

MAÑAS

Don Nicolás Santillán tenía una especialidad singular: todos los animales de su propiedad salían mañeros. El hombre no era mal gaucho, al parecer; sabía domar, enlazar, desollar un animal, como cualquier otro, pero sería perseguido sin duda por la suerte, pues no sólo nunca podía conseguir un caballo sin maña, sino que hasta las mismas ovejas se le volvían recabiadas; y de sus hijos mejor es no hablar, pues eran los peores de la marca; sin contar que, desde chicos, empezaban á ser, ellos también, maestros para formar animales mañeros.

Don Nicolás tenía, porsupuesto, su buena tropilla de caballos; pero con una yegua madrina tan terrible para caminar maneada, que

siempre, por la mañana, cuando iban de viaje, la tenía el amo que ir á campear lejos. Y raras veces, en estos casos, andaba todavía con ella cierto lobuno que, desde que lo habían asustado los muchachos con un cuero que arrastraban, no perdía ocasión de mandarse mudar solo, para la querencia.

De los demás, el que no era empacador, disparaba; uno había aprendido á sacarse el bozal, cuando estaba en el palenque, y á mandarse mudar, cuando estaba ensillado, lo que ya le costaba á don Nicolás dos recados completos; tropezadores algunos, espantadizos otros, cortándose de la tropilla, varios, cuando iban arreados, cada uno tenía su maña.

Santillán era domador atrevido; no había potro que lo asustara y, por esto mismo, era brutal con ellos, y nunca los amansaba bien. Hay que ser un poco miedoso para amansar lindo, porque el que tiene recelo á los animales, en vez de irles en contra, les busca la vuelta. Tiene que andar con paciencia, para evitar los golpes; y el potro, tratado con suavidad, no cría mañas. Con don Nicolás, el que, aunque caballo ya hecho, no corcoveaba, al salir, ó no se boleaba, coceaba al que se le acercaba, ó se revolcaba, para no dejarse ensillar, y

más de uno, cansado en el primer galope, había quedado deshecho para siempre.

Es que don Nicolás Santillán no había nacido para educador; no tenía paciencia, que es lo primero que se requiere.

Brutal, á veces, hasta el exceso, abusaba del rebenque; pegaba como loco y en cualquier parte, en la cabeza, lo mismo que en la grupa; y esto, sin motivo, casi siempre. Después, de repente, le entraba, por unos cuantos días, una mansedumbre tal que dejaba de castigar las peores faltas, de modo que el animal creía haber cambiado de amo, y aprovechaba la oportunidad para conservar las mañas que le habían hecho adquirir los rebencazos, y criar con esmero las que no le habían atajado.

Con el mismo sistema, educaba á sus hijos y manejaba á los peones, de modo que, en la casa, eran á cual más mañero, hasta los mismos perros que nunca sabían, cuando se los llamaba, si debían venir ó mandarse mudar, por no ser los chirlos, en la casa, resultado legítimo de algún delito, sino de mero capricho.

Para encerrar en los chiqueros la majada, cuando la quería repasar, le costaba siempre tanto trabajo á Santillán, que, las más de las

veces, se acobardaba y dejaba que la sarna anduviera no más, haciendo de las suyas. Es que, en un corral que siempre tiene fallas, donde los listones quebrados no se cambian, sino que se tiende, para tapar el agujero, alguna huasca, pronto las ovejas dan con la tecla y cuando pasó una, pronto pasa la majada; y se vuelven á mixturar las apartadas con las otras, y se deshace solo el trabajo ya por acabar, y se manda todo al diablo, naturalmente.

Hay vacas, que es un gusto llevarllas al rodeo; un grito en el campo, y paran la oreja, todas; otro grito, y se levantan las que están echadas; mirando ya para donde deben ir. Cuando se acercan los jinetes, todas empiezan á trotear, se juntan, se dirigen al sitio acostumbrado. Allí descansan y se quedan, tranquilas, sin porfiar para el campo, cortándose el señuelo, al primer grito de «¡fuera buey!» y cualquier trabajo se hace con facilidad y bien.

La haciendita de Santillán, ella, parecía hija de Mandinga. No había primavera, á pesar de estar desde muchos años ya en el campo que arrendaba, que no se le fueran algunas vacas para la querencia vieja, y eso únicamente porque, al traerlas, las había cuidado mal, dejando irse algunos animales que nunca

después, se había podido entablar. Para traerlas al rodeo, era todo un trabajo; parecía que si bien los gritos las hacían disparar, era para el lado opuesto; y se cansaban los caballos galopando y los perros ladrando, para sacar de la pajas á las vacas empacadas.

El señuelo, de repente, disparaba para el campo ó se volvía con todo lo apartado al rodeo. al cual, por otra parte, era cosa difícil tenerlo parado solamente una hora; para esto hubiera necesitado cada vaca un peón.

« ¡ Vaya, vaya ! con las mañeras ! » se quejaba don Nicolás, pero no hacía nada para remediar el mal, y dejaba el trabajo sin poderlo acabar.

Tenía lecheras Santillán, ¿ cómo no ? pero para conseguir un vaso de leche, había que lidiar fuerte. Casi siempre, amanecía la madre con las ubres secas; y tranquilamente dormido en el palenque, estaba el ternero, con la trompeta sacada y la panza llena.

Y la señora de don Nicolás, que era la que ordeñaba, á pesar de su buen cuidado, muchas veces, había rodado por el suelo, con el banquito, el jarro y el balde, renegando con la mañera que coceaba como mula; otras sabían á las mil maravillas detener la leche, quedando como si no la hubieran tenido, y

los dedos más vaqueanos no les podían sacar ni para llenar una taza.

Y mientras tanto, los toritos y vaquillonas amansados en el tambo, habían aprendido á colarse en el maizal por entre los alambres y destrozaban las plantas antes que madurase el grano.

Pero, « ¿dónde habrán aprendido esas mañas? » clamaba Santillán, al ver que, por otro lado, los cerdos habían agujerado la troja y se comían el maíz, y que los peones se robaban todos los huevos, y que las gallinas destrozaban los cuatro repollos que constituían la huerta. Y muy sosegado, sentado en la cocina, llenando el mate por la trigésima vez, repetía; « Pero dónde habrán aprendido esas mañas? »

XLIII

EL PALENQUE

¿Por qué fué allí y no allá, en esta loma y no en aquella ó en la de enfrente, del otro lado del cañadón, que, para siempre, desató los bueyes don Pedro Agüero? Lo sabrá la semilla alada del cardo, que llevada, en loca carrera, por el huracán ó suavemente arrollada por la brisa, cae en el suelo, por algún capricho del viento.

Pedro Agüero había salido del centro de la Provincia de Córdoba, con la idea de ir á la de Buenos Aires, á probar fortuna, y había juntado su carreta de bueyes con una tropa que iba para la capital, cargada de frutos. Después, había ido para el Sud, rodando despacio por la pampa solitaria, sin más rumbo que el deseo de encontrar algún campo en el que pudiese poblar, acabando por pararse en este sitio.

Era campo del Estado, como tantos otros, entonces; y poblándolo, lo podría solicitar en arrendamiento ó en compra. Tenía algunos pesos; se hizo de una majadita, y no faltó, en el vecindario, una muchacha que consintiera en ligar su suerte con la de este mozo de modales simpáticos y de buena presencia.

La carreta se volvió casa, y ya que una casa no es cosa de mover, se vendieron los bueyes, y cuando después de algunos años, con el aumento de la familia, y por los destrozos que en todo ocasiona el tiempo que pasa, la carreta se volvió inhabitable, Agüero edificó un rancho. Del pértigo sacó la cumbrera; la caja, el techo, el piso de la carreta, todo sirvió para el nuevo edificio; y las dos ruedas de madera dura, enterradas hasta el mazo, en tierra bien pisoneada, formaron el más resistente de los palenques, el más pintoresco también, y para don Pedro, el más sugestivo y el más durable de los recuerdos de toda su vida anterior.



«¡Ave María!» grita, parado cerca del palenque, un jinete. Los perros ladran, rodean al caballo, que agacha las orejas, aprontando, por siacaso, una coz para el que se atreva por de-

más. El jinete inmóvil, espera la contestación que le permitirá apearse; y por su actitud, por su vestimenta, por el caballo y por su apero, puede desde ya prejuzgar algo de su personalidad, el dueño de casa. Este, despacio se aproxima, filiando al recién venido, con los ojos clavados, en atención aguda, concentrando toda su perspicacia en tratar,—antes de dejar caer de sus labios el sacramental: «sin pecado concebida», que le permitirá franquear el límite de la vida privada,—de acordarse ó de adivinar, por algún detalle exterior, quien puede ser, de donde y á que viene, que intención ó que noticia trae.

Si es forastero, seguirá todavía, por un buen rato, y por ambos lados, la indagación muda y discreta de los ojos, mientras, despacio y con el cuidado requerido para evitar disparadas, el recién venido esté formando, con el cabestro, algún nudo de experta combinación, de estos que parecen algo sueltos, por lo poco complicados, — hay nudos así, en la vida,—pero que con los tirones del caballo, se cierran, quedando fáciles de desatar, sólo para el amo.



Cuando, desde lejos, al volver á su casa, divisa el campesino un caballo desconocido ata-

do en el palenque, siempre le late el corazón; y ¿cómo no? ¿Quién será? ¿Quién habrá venido, y á qué? ¿Traerá alguna esperanza ó algún desengaño? ¿En que forma vendrá á turbar la vida aletargada, monótona y pasivamente feliz del pastor? ¿O será alguna visita insulsa? A medida que se aproxima, va conociendo los detalles que le revelan la personalidad ó las condiciones del que lo está esperando en su casa. Antes que todo, el color del caballo: es el rosillo de don José el resero; ó el malacara de don Justo, un vecino fregador, que, cada tric y traque, viene á pedir rodeo; ó el zaino bichoco del napolitano Juan—seguro que se habrán mixturado las majadas,—ó el ruano de sobrepaso de don Eugenio, que viene á ver los cueros, ó el caballo desconocido de algún transeunte que viene á pedir licencia; y, según la visita, esbozan los ojos del campesino una sonrisa de contento ó una mueca de fastidio.

Hay también, á veces, en los palenques, caballos que comprometen...

Al volver, á la noche, del pueblito, donde había anunciado primero que se quedaría dos días, don Crescencio Herrera divisó, en el palenque de su rancho, un caballo desensillado, y, al acercarse, conoció al tordillo de Máximo Benavidez. A pocos pasos estaba, y ya los

perros, sin haber ladrado, le venían á acariciar. Se detuvo. Para contener, á la vez, el desconsuelo que deja el inesperado y súbito derrumbe del hogar, y el pesar de la felicidad perdida; el asco que da la traición; el arrebato de rabia vengativa contra el amigo que engaña y la mujer culpable, y el rubor, por la mancha sufrida, el corazón es pequeño; y sintió, en las sienes, agolparse la sangre, como si hubiera querido, oprimida, romper la frágil puerta de su cárcel.

Dejó pasar un rato largo, mirando el rancho, como si se admirara de verlo quedarse inconmovido, en su presencia, y se aproximó despacio, algo más sereno ya, dominándose poco á poco. Se apeó en el palenque, ató su caballo, soltó el tordillo y lo espantó, haciéndole ganar campo, y con el mango del rebenque, golpeó en la puerta, llamando, con voz que trataba de conservar firme: «¡Carlota! ¡Máximo!» Oyó el rumor apagado de las voces asustadas, de los movimientos torpemente precipitados en la obscuridad; las consultas, á media voz, vacilantes entre la violencia imposible y la sumisión quizás peligrosa, con rebeliones varoniles sujetadas por lágrimas femeninas.

Después de un momento, don Crescencio volvió á hablar, y nunca, hasta entonces, había notado que su voz fuera susceptible de tonada

tan imperiosa, al pronunciar palabras tan sencillas: «A ver si se van, de una vez, y me dejan mi casa!»

Un sollozo le contestó; en el umbral, apareció un hombre armado, como dispuesto á vender cara su vida; pero don Crescencio, tranquilamente, le ordenó de sacar del rancho su recado y de llevarse á la compañera. Y, dominado por el sentimiento de su humillante situación y por la actitud serena de Herrera, volvió al interior de la pieza, se echó al hombro el recado, y llevándose de la mano á la mujer, cabizbaja y sacudida por el llanto, pasó, sin mirarlo, por delante de don Crescencio. Vió que en el palenque ya no estaba el tordillo, y comprendiendo que castigo les era impuesto, agarró con ella, á pie, por el campo, entre las sombras de la noche profunda.



Hay palenques lujosos, de puro palo á pique, con barrotes de fierro; algunos encierran plantas de sauce, que proporcionan á los caballos durante el verano, ese lujo: sombra; y hay otros que los compone un pobre estacón torcido. El palenque del domador tiene que ser sufrido, para resistir, sin aflojar, los golpes y los

tirones locos de los potros recién agarrados; y el del pulpero, discreto, por las muchas confidencias que ha de oir, rodeado, como está siempre, de tantos caballos, venidos de todas partes, de la estancia y del puesto: flacos y gordos, parejeros ricamente aperados, ó mancarrones que con sólo un cuerito en el lomo, rumian tristes monólogos, durante las largas horas de fastidiosa espera, al sol, á la lluvia, al frío.

Y después de mucho andar, el jinete atará el mancarrón al palenque de la Vejez, de donde lo sacará poco, para paseos cada vez más cortos; hasta que se apee en el hospitalario palenque de la Muerte, donde podrá desensillar, con toda confianza.

XLIV

GRINGADAS Y GAUCHADAS

Don Gustavo, siendo francés, todo le parecía fácil, por tal que lo miraran. Desde poco tiempo en el país, estropeaba con atrevimiento y sin compasión el español, haciendo creer y también creyendo que lo entendía, reemplazando por gestos expresivos las palabras ausentes de su vocabulario.

Aunque, en su tierra, nunca hubiera andado á caballo, pronto se había hecho medio jinete, y no dejaba de empezar á querer alborotar al gauchaje con sus proezas; causándoles gracia siempre, á todos, el verlo salir de las casas á todo galope, castigando á dos lados, desde el palenque, como si la carga de duraznillo que debía traer del cañadón, en el petizo, se le hubiera podido escapar.

Una vez, los que estaban trabajando en el corral, al ver volver, á toda disparada, el petizo ensillado, con un cinchón largo á la rastra, comprendieron que don Gustavo había querido hacer una gauchada, y venir con doble carga, pero á la cincha, en vez de traerse una brazada por delante, como se lo habían mandado. El petizo, por falta de precaución, se había asustado, sembrando por todos lados la cosecha de don Gustavo, y volvía, jadeante, quizás de risa.

Tuvo don Gustavo que volver á pie, lo que para él era de poca gravedad, y cuando llegó, todos lo titearon en grande, como titean al pasajero novicio los viejos lobos marinos. No se enojó; pero quiso dar una lección al petizo,—un animal de dieciseis años, ¡figúrese!— Lo llevó al palenque, y allí, lo ató, pero no del cabestro, sino de la cincha, «para que aprendás», le decía, y le pegó un buen rebencazo. El efecto fué inmediato: tiró el animal, y como el poste no podía ceder, se cortó la costura de la argolla y quedó colgando la cincha; el petizo pataleó un rato, y se desensilló solo, quedando ahí no más, muy tranquilo, pellizcando el pasto tierno . . .

Hubo risas alegres, esta tarde, entre la peonada.

Un compañero le compuso la cincha, y para no dar su brazo á torcer, quiso don Gustavo ensillar otra vez el petizo: pero éste empezó á cocear y á retorcerse por todos lados, sin que pudiera don Gustavo darse cuenta del porqué; hasta que uno le gritó que por el lado del lazo no se ensillaba un caballo.

Por fin, volvió á montar, pero el petizo se puso inquieto, tanto que por poco hubiera corcoveado; ¡cómo no! si ya tenía la cincha en la verija, lo que á don Gustavo le dió otro trabajito.—«Si hasta los mancarrones viejos se vuelven ariscos con él,» decían, riéndose, los compañeros. ¡Ah! gaucho!



Muy serio, conversando, después de comer, aseguró, un día, el capataz que en la estancia donde antes había trabajado, habían conseguido magníficos resultados, cruzando venados con ovejas. Y el día siguiente, vieron todos que don Gustavo durante la siesta, ora corría por todos lados á galope tendido, ora caminaba con un sigilo de rastreador, alrededor de la majada rodeada; y como había muchos venados en el campo, se dieron cuenta de que había cuajado la insinuación, pues, afanoso,

trataba él también de echar á la majada algún macho, para hacer cruza.

Otra vez, lo mandaron á que fuera, de un galope, á impedir que se mixturase la majada con la de un vecino que se le iba aproximando, y que se viniese despacio, arreándola para el corral. Y se fué, señor, disparando; y cuando, á la oración, estuvo cerca con las ovejas, recién le hicieron ver que se había equivocado, trayendo la majada del vecino y dejando allá la de la estancia.

Lo mismo, de repente, salía á todo correr, creyendo ver cortada de la majada, y yéndose á lo lejos, una punta de ovejas; y las traía, triunfante, gloriándose, entre sí, de haberlas salvado de una pérdida segura: «¡qué lindas! murmuraba; ¡las mejores de la majada!» y ¡zás! á gritos, mixturaba, muy fresco, el plantel con la majada de consumo.

No hay que hacer, la Pampa siempre desconoce, durante un tiempo, al que no ha nacido en ella, y antes que el extranjero sea capaz de cruzar campo sin perderse, de afilar su cuchillo como es debido, de hacer un nudo que asegure de veras el caballo, de ensillar como la gente, de hacer fuego, en cualquier parte, por cualquier tiempo y con cualquier cosa, de adquirir, en una palabra, por experiencia, por

reflexión y por observación, algo de los dones nativos del gaucho, tiene que pagar más de una vez la chapetonada.

Lo que en uno es instinto, en el otro, tiene que ser el fruto, á veces amargo, de muchos desengaños.

Pero no, por eso, dejó don Gustavo de hacer pronto su primera gauchada: manejando un carro, con un solo caballo atado, dejó caer una rienda; el caballo pasó del tranco al trote y del trote al galope, hasta que agarrando con la rueda un poste por el medio, se volcó el carro patas arriba; y la gauchada fué que de semejante trance que le podía costar la vida, salió ileso don Gustavo.

Escapar de un peligro, aun por mera suerte, llevar á cabo algún trabajo difícil, salir parado en una rodada, evitar cualquier perjuicio por una rápida resolución, dar prueba de tener, de día, la vista tan aguda, y de noche, el oído de tal alcance que nada le puede pasar desapercibido de lo que ocurre en el campo, estas son gauchadas.

El extranjero novel, al ver disparar un caballo lo seguirá corriendo y no lo alcanzará; el gaucho, sin apurarse tanto, pronto le corta el paso y lo agarra; si la hacienda apartada se vuelve disparando para el rodeo, el que ho

sabe trata de atajarla, y pronto se ve desbordado; el buen gaucho le alza el poncho y la desvía, á todo correr, campo afuera.

Toda *gauchada* es una resultante del conjunto de calidades nativas ó adquiridas, apropiadas al ambiente; de la intuición de los peligros que hacen correr al hombre el desierto y sus secretos, los animales y sus mañas, y de los medios que se les puede oponer.

Ser buen gaucho,—y muchos extranjeros llegan á serlo,—es juntar la prudencia con el valor, la agudeza de los sentidos con la viveza de la inteligencia, la paciencia en la espera y la rapidez en la acción, la resignación para sufrir las penurias y el saber aprovechar, cuando cae.

Pero si hay gauchadas nobles, también las hay perversas; como de ensillar para una visita, sin avisar un caballo coceador que se deja aproximar y, de repente, pega á traición; ó para hacerse de un par de botas de potro, la de tirar un pial al potrillo que corre, para detenerlo, y aflojar de golpe, de modo que se quiebre el espinazo: y mil otras.

No hay tampoco gaucho que, de vez en cuando, no haga alguna chambonada; como el que, confiado, no manea la madrina y amanece sin tropilla; mientras que, volviendo á la queren-

cia, por una neblina cerrada, el gringo que deja que el caballo ande como quiera, y llega así, derechito á su casa, hace una gauchada.

XLV

NAVEGACIÓN TERRESTRE

Siete leguas para ir: un paseo de tres horas, por la mañana, pisando pasto verde y florido, bebiendo la brisa vivificante de la madrugada; otro igual, á la tarde, siete leguas para volver, bañándose los pulmones con el soplo perfumado del céfiro crepuscular, suavemente hamacado por el galope igual y parejo del mancarrón guapo, la cabeza llena de sueños primaverales, los ojos de luz, el corazón de alegría, era un gusto sin par, tener que ir de la estancia al pueblito, á hacer alguna diligencia.

Pero los campos del Sur se suelen inundar, y el pasto florido de los cañadones, muchas veces, queda sepultado debajo de un pie ó dos de agua tendida, cruzada de corrientitas entrecortadas que, acá y acullá, en una depresión

del terreno, amago de arroyo angosto y hondo, tratan de abrirse un lecho entre el duraznillal. El camino desaparece bajo el agua, cortado de atolladeros fangosos, de pozos traicioneros, cavados por los carreros empantanados, y anegados por los rebalses de cuanta laguna costea.

Y el arroyo tan cantante y bonito, tan claro y transparente, en los días de verano, y fácil de saltar á pie, hoy se hace el imponente. Ancho, amarillento, feo, arrolla de barranca á barranca, y todo atareado, una enorme masa de agua turbia, que no sabe á donde llevar, porque él mismo no va á ninguna parte; y la tendrá, después de haberla sacado, de puro comedido, de algún cañadón, que derramar en algún otro, hasta que un hombre enérgico le diga: «¡No, ché, esto, al mar!» y le abra camino.

Pasado el arroyo, vuelven á extenderse por todas partes, lagunas y cañadas, charcos y pantanos, sin interrupción, hasta las chacras del pueblo; y ahí es peor, porque, con admirable previsión—la pampa es tan pequeña—se ha mezquinado de tal modo el terreno para caminos, que el que no es un río angosto, estrechado entre dos zanjas y dos alambrados, es un fangal, en el cual nadie se atrevería á meterse.

Cuando las siete leguas que separan la estancia del pueblo están inundadas, que los días son cortos, y que amanece escarchado el pasto, ó nublado el cielo y frío el viento, una diligencia al pueblo, de gusto, se vuelve carga, de paseo, viaje, y más bien que viaje, jornada.

Ir á caballo es casi imposible, pues esto de atravesar al tranco, con las piernas encojidas, las interminables extensiones anegadas, sería cosa de morirse, y pasando de los veinte años, ya poco placer encuentra uno en azotar como loco por entre el agua, matando caballos, y mojándose de los pies á la cabeza. Mejor es atar el tílbury y lanzarse á rodar, cortando por los cañadones y las lagunas, como si estuvieran en seco, con un caballo de varas, de pie firme y sin miedo, bien mantenido y fuerte, obediente y vivo. ¡Adelante y paciencia! que un ojo bien abierto y un buen látigo son dos cosas grandes, en la vida.

Después de los escollos del cañadón, y de haber evitado de caer en algún trozo de arroyito en formación, dispuesto á encajar entre sus barranquitas ocultas, abiertas debajo del agua, como mandíbulas de tiburón, las ruedas del tílbury, se llega á la costa del arroyo. ¡Tremendo, el arroyo! No da paso.

Por suerte, don Pelagio, dueño de la otra

ribera, benefactor de la humanidad ambulante y de su propio bolsillo, se ha tomado el tra bajo de hacer construir un puente de madera, encima de la turbulenta corriente. Pero don Pelagio duerme todavía y todos los de su casa; y como, para que ningún pícaro pase por el puente sin abonar los veinte centavos del pasaje, ha tendido en él una gruesa cadena con candados, hay que esperar un gran rato, hasta que el ladrido de los perros haya despertado y hecho salir de la casa á uno de los habitantes. Perezosamente, va á buscar la llave; lentamente, vuelve, y, despacio, arrastra la cadena á un lado; y rueda el vehículo, con ruido de trueno, sobre las tablas descuajaringadas, con gran susto del caballo que parece vacilar entre el costado izquierdo y el costado derecho, para tirarse al agua, parando y moviendo las orejas, y llega, por fin, sano y salvo, arrastrando al virloche y al amo, en tierra firme. No hay duda que, cuando el arroyo no trae mucha agua, es menos peligroso que el puente.

... ¿Y ahora? ¡Un carro volcado en el mismo medio del camino inundado, en el único lugarcito libre de pozos! No hay más remedio que enderezar, al tanteo, entre el agua, sin atropellar, pero no tampoco muy despacio, dispuesto

á todo, y el látigo levantado. ¡Zás! de repente, un barquinazo terrible; el caballo hundido hasta el encuentro; la rueda derecha hasta el eje en el barro, y la izquierda levantada; cruje el elástico; salta el lodo, entra el agua en la volanta, y si las leyes del equilibrio fueran ciertas ¡qué beso hubiera ido á dar el liviano vehículo al carro volcado! pero una palabra enérgica, un latigazo envolvedor y picante, un esfuerzo soberbio del rosillo, imponen á las reglas físicas, antes que hayan tenido tiempo de afirmar su imperio, un terrible mentís, y sigue rodando y balanceando, con campestre elegancia, su capota embarrada, el tílbury victorioso.

¿Y este? ¡Pues señor! ¿Este también? Se acabaron los niños. Una miserable zanja que, mil veces, ha pasado uno sin pensar siquiera que existiera, se ha vuelto todo un arroyo, enojado, con una corriente bárbara de agua sucia. ¿Qué hacer?

¿Qué hacer?—Pasar no más; el pueblo ya está cerca. El rosillo se paró, indeciso. Tuerce la cabeza á un lado, como para consultar ó pedir órdenes; compartirá el peligro; pero no quiere asumir solo la responsabilidad.

—«¡Firme! rosillo. Tu amo tiene confianza en tí, y no duda que la tengas en él.» Y resoluto, entra en la corriente; el viajero estira los

pies en el guarda-lodo, con el agua hasta cerca del asiento, tratando de conservar el pulso firme y el corazón sereno. Pronto, nadó el caballo, pero cortó la corriente, y con las manos tocó la barranca, resbaladiza como jabón, que, dos veces, le rechazó las uñas; y sólo fué arañando que se trepó, al fin, el rosillo triunfante, con el tílbury á la rastra.—«¡Bravo! rosillo»—gritó entusiasmado el amo; y recién entonces, sintió que, al ponerse de pie, sin pensar, en la volanta, durante la travesía, se le habían llenado de agua las botas, y se dejó caer sentado... en el agua estancada en el asiento.

Pero siquiera, llegó al pueblo, salvado de los naufragios por su resolución y su prudencia, dos cualidades muy necesarias en toda clase de navegación, y con una vaga idea que, quizás, es algo deficiente todavía la viabilidad, en la Pampa.

XLVI

EL ÉXODO

Han pasado dos semanas enteras, desde que don Florencio, armando viaje para fuera, se ha ido con su hijo mayor y un peón, á recorrer campos desconocidos, internándose en la Pampa, un poco al azar, con datos algo vagos sobre tal y cual punto que le han ponderado como bueno y fácil de arrendar, en condiciones ventajosas. Otros han ido, de los cuales algunos han vuelto, y se preparan á mandarse mudar con todo, sin mirar para atrás, convencidos de que ya, adentro, no hay adelanto posible y que allá, lejos, con campo extenso y barato, á pesar del pasto duro, están el porvenir, el aumento, la fortuna.

Sólo los miedosos se quedarán, amontonados y estrechos, pagando arrendamientos aplasta-

dores, en estos campos sin holgura, donde el dueño les limita el número de yeguas y de vacas; donde las majadas, á cada rato, se mixturan; donde todo podrá ser muy lindo, ricos los pastos, verdes las lomas, dulce el agua, pero donde falta esta hermosura que sola hace la vida feliz, aun en medio de sus tristezas, la esperanza en el porvenir.

Y cuando don Florencio, de vuelta, dejando la tropilla, se aproxima al palenque con sus compañeros de viaje, entre la alegre gritería de su numerosa prole y de los saltos locos de la perrada, todos, en la sonrisa alegre que le ilumina la cara, leen otra cosa que la banal satisfacción de encontrarse ya en su hogar y rodeado de su familia; canta en sus facciones tostadas como nunca, por el áspero y continuo roce de los vientos y del sol de la Pampa, durante los quince días pasados á la intemperie, el triunfo del éxito. No llegaría Colón á España, después de su primer viaje á las Indias, más lleno de orgullo por su descubrimiento que don Florencio, ese día.

Y sentados en la rústica mesa, devorando en grandes tajadas el jugoso costillar de vaca, cuyos sabrosos vapores llenan la cocina del apetitoso perfume de la carne gorda asada, todos escuchan con avidez los mil cuentos

que hace el viajero, de su larga expedición, cautivando la atención de su auditorio con la descripción de la llanura despoblada y la enumeración de sus riquezas inexplotadas. «¡Vieran que pastizales! allá no se puede comer los capones de gordos!» ¡Y las lagunas, y las flores que hay en el campo, y el trébol de olor! y á lo lejos, se ven sierras, las de Curamalal; ¡y la cantidad de venados, de perdices, de mulitas, sin contar los bichos de todas clases, tan tranquilos todavía, en ese desierto fértil, donde nada les falta!

Encantados están todos; y no cabe vacilación; mañana, irá don Florencio á la ciudad, á cerrar trato por dos leguas cuadradas de campo, y á la vuelta,—cuatro días apenas,—se empezará á preparar todo para la marcha, para el éxodo á los campos de afuera.

Nadie está triste en la casa, aun los que en ella han nacido, pues estos son muchachos todavía, y charlan sin descanso, con sus grandes ojos relucientes, soñando ya de mil proezas contra las alimañas de que habló el padre, y Martincito, que ya tiene diez años, hace revolear sus boleadoras de carne, persiguiendo un gallo, y gritando, en un arrebato de imaginación: «mirá, ché, mirá: ¡un avestruz!»

Y mientras anda don Florencio por la ciu-

dad, se da aparte á los vecinos en los tres puestos del establecimiento, para dejar bien limpitas de ajenas sus cuatro mil ovejas; después se marcarán estas en el anca, con un fondo de botella mojado en alquitrán, precaución que evitará por el camino muchos transtornos, en caso muy posible de mixtura con majadas de señales parecidas. Y todos estos trabajos se vuelven fiestas para los muchachos, y también para los grandes, inagotables temas de conversaciones, de bromas, de suposiciones, de proyectos, optimistas todos, porsupuesto.

Volvió don Florencio: ha tratado con el dueño del campo lejano, un comerciante de Buenos Aires, algo sorprendido de que ya pudiera darle renta ese campo que tiene como olvidado, desde más de diez años, y que, por lo demás, nunca ha pensado en visitar. Logró condiciones inesperadas, inesperadas para ambos, á la verdad, pues el campo le salió barato á don Florencio, y para el dueño, fué toda plata encontrada. Algunos días para acabar los preparativos, vender algunas cosas que estorbarían en el viaje, comprar ropa y provisiones, arreglar las cuentas con el pulpero, herrar los terneros y los potrillos orejanos, embalar los cachivaches, contratar algunos peones que ayudarán á juntar los animales dispersos en la

vecindad, y á arrear la hacienda; y una buena mañana, estando ya más ó menos todo listo, empezó la jornada.

Todos han madrugado de veras, ese día; hay que aprovechar las horas de la mañana para emprender la marcha y hacer la primera etapa. Corta será: dos leguas quizás, apenas; del sitio, elegido de antemano, de la primera parada, todavía se alcanzará á divisar, medio perdidas en los vapores de la lontananza, como espejismo que se desvanece, las poblaciones que se acaban de entregar al dueño del campo; pero, por corta que sea, esta primera etapa es la que violentamente separa el pasado, con todas sus zozobras, del porvenir, que sólo ofrece á los ojos de la ilusión, promesas hermosas.

Las tropillas, juntas con la manada, tomaron la delantera, y no quedan más caballos, en el palenque, que los ensillados.

El carro, donde ya se instalaron las mujeres, siguió al trote largo para el lugar donde deberán ellas preparar el almuerzo; van arreando los peones el rodeito de lecheras, pequeño plantel del rodeo grande con que, con razón, sueña don Florencio, al salir para los campos extensos de pasto duro, tan propicios para la hacienda vacuna, y cuando ya se va reti-

rando esta vanguardia, se abre el corral de las ovejas y se suelta la majada, juntándola, á las pocas cuadras, en medio de una tormenta de balidos ensordecedores, con las otras dos, traídas de los puestos; y despacio, sin apurarlas, dejándolas comer, el patrón, con sus hijos y algunos peones, arrean, en un solo trozo, las cuatro mil ovejas, haciéndolas salir, sin que lo sientan, del campo acostumbrado, hacia sus nuevos destinos.

Don Florencio se ha hecho vaqueano del camino que tiene que recorrer. Calcula que echará de doce á quince días, haciendo, por día, dos etapas de dos á tres leguas cada una. Ha fijado en su memoria, en lo posible, los sitios más adecuados para las paradas; los lugares donde hay agua y pasto, en campos de fácil acceso, sin demasiados alambrados, ni dueños de estancia conocidos por inhospitalarios y rezongones con las tropas que cruzan el campo.

En las primeras paradas, no está todavía, que digamos, muy bien organizado el *servicio de campaña :* por temor de olvidar la olla, se le ocurrió á doña Mercedes, la señora de don Florencio, de ponerla antes que todo, en el carro; y al llegar, porsupuesto, hubo que descargar una cantidad de cosas para poderla encontrar. La suerte que había salido el ca-

rro con mucha anticipación y que hubo tiempo para preparar todo, prender el fuego y preparar el puchero, antes que llegara la majada.

A la noche, fué más fácil, porque se pudo llegar á lo de don Teódulo Fuentes, un amigo viejo de don Florencio, quien lo estaba esperando con buen corral para la manada y las vacas, cena lista para toda la comitiva, amos y peones, y hasta buenas camas para las mujeres. ¡Qué charla! esa noche. ¡Qué de cuentos! ¡qué excitación! ¡qué alegría! á pesar del cansancio causado por ese repentino cambio de vida.

¡Mire! que le pidió datos y más datos don Teódulo á don Florencio, sobre los campos de afuera, y lo que costaba la legua, y si eran buenos los pastos, y si había buenas aguadas, y si el agua no era muy amarga; y quiénes estaban ya por allá, si á don Fulano le iba bien, y qué tal andaba de aumento; y si no era mejor vender las ovejas y comprar vacas, y esto, y el otro; y las contestaciones algo entusiastas, porsupuesto, de Florencio lo dejaron tan pensativo que su despedida, por la mañana, fué casi una promesa de ir, el año siguiente, á visitarlo por allá.

Seguía el viaje, con todas las pequeñas

peripecias previstas é imprevistas que se pueden presentar, en tan larga jornada.

Cada día traía consigo algún pequeño acontecimiento que le imprimía su sello peculiar, de satisfacción ó de inquietud, de malestar ó de relativo descanso. Las paradas no siempre salían como era de desear; en unas, se encontró romerillo, y quien sabe si no hubiera habido mortandad, á no ser la previsión que tuvo don Florencio de hacer zahumar en seguida las ovejas con una fogata de la misma planta; así se evitó un desastre seguro, pues en el campo de donde venían, no se conocía semejante peligro y las ovejas incautas y hambrientas, apenas en libertad, habían empezado á pellizcar las ramas florecidas.

Hubo días de lluvia, tristes y largos, durante los cuales, iban todos envueltos en humedad y en barro, con el ánimo desalentado, sepultada la cabeza en espesos pañuelos y la mente en pensamientos lóbregos, la vista ahogada por la espesa neblina que no permite siquiera ver á los compañeros, y apenas deja distinguir el trozo más inmediato del rebaño en marcha; ¡y qué vista aquella! Las ovejas cabizbajas, lentas y pesadas, por el agua que llevan en la lana, chapaleando en el barro

de la huella, echando, de vez en cuando, un balido triste, triste como el día.

Penosa es la vida, en semejante ambiente cargado de agua, con el cielo que se desploma en lágrimas sobre el suelo esponjoso y empapado: difícil es prender fuego y conservarlo prendido; apenas alcanzan para ello los cardos secos y las ramas de cicuta que, por el camino, se han podido juntar y se han guardado al reparo, con toda clase de cuidados. ¡Y los cueros que no se secan! Allí están, tendidos en todas partes, sobre las barras del carro y sobre los cachivaches, los de los capones de consumo y los de los animales muertos por el camino, por una causa ó por otra; y no dejan de ser numerosos ya, pues el que, acurrucado en el nido, mal que mal se conserva en vida, muchas veces, si lo mueven, aprovecha cualquier pretexto para dejarse morir.

Lo peor es, cuando llueve, no tener á mano, siquiera para las mujeres, algún rancho para que puedan pasar la noche bien abrigadas y en seco. Pero, no hay más remedio, á veces, que arreglarse como uno puede, y tender los colchones á bajo del carro, formando una especie de carpa con lienzos y lonas . . . y sufrir; una mala noche pronto se pasa.

Sí, pronto pasa; pero como quiera, no pasan

tantos días, fecundos en pequeños trances de todas clases, sin dejar recuerdos á veces imborrables en los que, juntos, se han encontrado en ellos. Se forma, durante ese tiempo, tal cúmulo de ayuda recíproca, de atenciones contínuas, de familiar cambio de ideas; reina una comunidad tan estrecha de penurias pasajeras, alegremente sufridas, y de relativos goces compartidos, que se anuda toda clase de vínculos; y apenas ocho días después de haberse emprendido la marcha, no podía ya recibir Celestino, buen muchacho, puestero de don Florencio, un mate, de manos de Filomena, hija de este mismo, sin que se le viniera á los ojos un rayo luminoso, tan intenso que á la muchacha le hacía derretir el corazón y temblequear la mano.

—«Pero Filomena, ¿qué estás haciendo? no ves que vuelcas el mate? gritaba doña Mercedes; y ¿cómo no lo iba á ver Filomena, si el agua le quemaba las manos; pero hay dolores que para que sean gustos, basta que los presencie . . . Celestino.

No siempre llueve; también hay días lindos, para hacer nuevas etapas y adelantar el viaje, más cuando se va al Sud, y que después de la lluvia, sopla casi de frente y con todas sus ganas, el viento sudoeste, el Pampero que todo lo rejuvenece y lo reanima.

En esos días, al poco andar, dos de los muchachos cortaban de la punta delantera, cien ó doscientos animales guapos y livianos, capones, los más, y echándolos por delante, los arreaban lijero, haciéndolos correr un poco. Las ovejas que quedaban por detrás no querían, porsupuesto, ser menos, y balando, empezaban á correr también, para juntarse con las de adelante, y seguían las demás, y al cabo de un rato, se iba deshilando la chorrera, apurando el paso, cada una según sus fuerzas, para alcanzar á las de adelante, ocupando el arreo, con su inacabable rosario de cuatro mil ovejas que caminaban de á una ó de á dos en fila, una extensión de una legua. Hasta que la culata haciéndose más pesada, con la corrida, y más renga, y más lerda, y más mañera, exigiendo de los que la arreaban, cada vez más gritos y más esfuerzos, había que mandar parar la punta delantera; y á ésta le entraba entonces tal apuro para comer, que á vista de ojo se hinchaban las panzas y se pelaba el campo.

Al pasar por delante de un rancho, don Florencio se paró y pidió un vaso de agua. Iba él detrás de todo, cuidando de que no quedase rezagada alguna punta de ovejas, olvidada entre las pajas, ó algún animal caído, al cual hubiera que sacar el cusro; y ya no podía más el pobre,

con la tierra que le llenaba la garganta y los ojos, cubriéndole el rostro de una capa espesa; y aunque fuera para él un desconocido, el dueño de casa lo vino á saludar y lo convido á bajarse un rato, á tomar un mate, siquiera. Un resero, que compre y arree animales para dentro, ó que vaya para fuera con hacienda de cría, merece siempre ser bien recibido; pues de él no se puede esperar sino cosa buena: dinero, si compra, datos, si se muda. Don Florencio se tragó primero un gran jarro de agua, y apeándose, entró en el rancho; no podía quedarse allí mucho rato, pues seguía caminandol a majada, aunque más despacio, y apenas demoró un cuarto de hora. Pero fué tal la avalancha de preguntas y de indagaciones que le hizo el huésped, que comprendió que también ese era otro candidato para los mismos rumbos; y cuando se le preguntó como le iba á don Casimiro Arancibia, que era un conocido de ambos, y también se había mudado para aquellos pagos, y que contestó: «¿Don Casimiro? si somos vecinos, allá; ocho leguas escasas hay de su casa al campo á donde voy. Le va espléndidamente,» ya se le afirmó la resolución al hospitalario criollo, de mandarse mudar también pronto, con hacienda y todo, para fuera.

Ese mismo día, se llegó á la orilla del Azul, arroyo barrancoso, de regular anchura, pero poco hondo, y se buscó un buen sitio para poderlo vadear sin mayor dificultad, en la mañana siguiente. Noche apacible fué aquella, tibia, sin viento, de silencio profundo, sólo turbado por el soñoliento balido de algún borrego separado de la madre, por el cantito del agua sobre la tosca, y por el monótono ruido del rumeo de las ovejas que, hasta tarde, se habían podido llenar á su gusto, con el pasto tierno y abundante de la costa del arroyo. Y cuando dejaron las estrellas, encandiladas por la luz del alba, de mirarse en el espejo quebradizo de la corriente rizada, don Florencio se recordó y despertó á los compañeros, para que después de churrasquear y tomar un mate, se empezara el penoso trabajo de pasar el arroyo.

Puede ser que si hubieran sido extranjeros, hubieran dejado los caballos á un lado; pero siendo criollos, todos, lo primero que hicieron fué de arrear, montados, la inmensa majada, amontonándola en la ribera, encerrándola cada vez más, haciéndola remolinear, revoleando los rebenques y desgañitándose á gritos. Una hora, por lo menos, duró el esfuerzo; pero al sentir el agua, las ovejas les mezquinaban las

patitas, como si hubiera sido fuego, y hacían tanta fuerza para atrás como si hubieran sido, ellas mismas, infranqueable corral; de tal modo que las de la orilla, pisoteadas por los caballos y golpeadas, sin poder avanzar, pronto no tuvieron otro deseo que el de volverse por atrás y de ganar campo: y diez veces, lo consiguieron, cortándose en puntas, disparando por todos lados, entre la patas de los caballos, burlando la rabiosa impotencia de los peones desanimados.

— « Cortaremos una punta, dijo don Florencio; » y manteniendo aproximada al arroyo la majada, atajada por dos ó tres muchachos, los otros cortaron, entre todos, las doscientas de siempre, las delanteras de las caminatas aceleradas; y echándolas á todo correr hacia el arroyo, á gritos y golpes, trataron de hacerlas enderezar para la otra orilla; mientras los muchachos empujaban el grueso de la majada, para que no se interrumpiese la corriente.

Si los hombres hubieran andado á pié, quizás pasan las delanteras; pero estaban á caballo, y fué en vano; apenas hubieran tocado el agua, que nada las pudo contener y se volvieron como tromba. Desanimados estaban todos, cuando un puestero irlandés que vivía

ahí cerca, notó el percance y vino en su auxilio.

— « ¡ Porfiadas las rabonas ! como cangrejos para volverse atrás, le dijo don Florencio, cuando se acercó; vamos á quedar aquí toda la mañana.

— No crea, contestó el irlandés; pruebe de otro modo. A pie, corten una puntita que puedan, entre todos, encerrar de tal modo que ni una oveja se vuelva; acérquenla despacio, sin gritar, sin chistar, siquiera, sin golpear, y mientras por detrás se va arreando la majada, cruzan el arroyo, á pie entre el agua, empujando despacio las ovejas con las manos. »

Don Florencio, renegando, pero dócil como quien conoce que ha agotado todos sus recursos y acepta cualquier auxilio como caído del cielo, obedeció, y la maniobra empezó, bajo la dirección del irlandés. ¡ Oh ! la primera vez, no salió bien; pues, aunque las ovejas, como abombadas por la fuerza silenciosa que las envolvía, entraran al agua, sin hacer mucha resistencia, vacilaron los peones, al ver que había que mojarse casi hasta la cintura, y enpezaron á aflojar.

Dos capones grandes se dieron vuelta, forcejearon hacía la orilla que ya iban dejando; un peón gritó, otro levantó un brazo para pe-

gar á los revoltosos, y bastó esto para que toda la puntita se volviera atrás, rompiendo el cerco y pasando los animales entre las piernas abiertas y los brazos levantados, de tal modo que los peones quedaron con la cara compungida de quien ha cerrado fuerte la mano para agarrar agua.

El irlandés se reía: « ¡Oh! decía, le tienen miedo al agua; hay que entrar, no más, con las ovejas, y seguirlas hasta la otra orilla; sino no hacen nada. »

Y se volvió á hacer la misma maniobra; pero esta vez, en toda forma, y cuando llegaron á la otra orilla, todos mojados, pero satisfechos, y dejaron allá, sueltas, las veinte ó treinta ovejas que habían así llevado, oyeron en seguida detrás de sí, los balidos apurados de toda la majada que, en columna espesa, cortaba la corriente y salvaba el paso.

Ya empezaban los pastos á cambiar de naturaleza. La población era todavía escasa, por aquellas alturas, pero era llanura fértil y de tierra buena, voluntaria para cubrirse de pasto, algo duro quizás, pero tupido y florido; tan florido que, dos horas después de haber pasado el arroyo, vió con sorpresa don Florencio que muchas de sus ovejas caían y se revolcaban, como atacadas de alguna enfermedad nerviosa.

Hizo juntar pronto la majada, acordándose de lo que le habían contado del *chucho*, pasto muy pernicioso, le habían afirmado, que mataba en un momento millares de ovejas.

No pudo conocer esta vez el dichoso yuyo ese, fruto, por lo demás, de la imaginación campestre; y sin sospechar siquiera que la súbita enfermedad pudiera ser un simple acceso de ebriedad, causado por las flores con que se habían llenado vorazmente las ovejas, emprendió otra vez la marcha, después de señalar con cinco esqueletos rojizos la etapa.

Pocos son los sitios donde se haya hecho parada, que no luzcan mayor ó menor cantidad de estos tétricos mojones. Pero, aunque merme un poco la majada, durante el viaje, no hay por eso que perder la fe en el porvenir: ¿no hablan todos los que han ido á establecerse en aquellos campos, de aumentos inauditos? Y entonces, ¿qué importan cien ó doscientas ovejas sembradas por el camino?

Don Florencio, por su parte, tiene el corazón rebosando de esperanza; nunca por cierto, ha oído hablar de los patriarcas bíblicos; pero lo mismo que ellos, siente que su misión de pastor, en estas inmensas llanuras, es de poblar: poblar con sus rebaños la Pampa extensa; desparramar por ella, en enjambres, los animales domésticos,

providenciales proveedores de la humanidad, que, con prodigalidad sin igual, le ha confiado la naturaleza, y también esparcir por estos campos tan injustamente desiertos, los hijos de su sangre, para que, según la orden divina: «crezcan y se multipliquen.»

... Y lo mismo piensan Celestino y Filomena.

XLVII

VASCADAS

Los peones de don Juan Arambeheré estaban cargando en un vagón fardos de pasto, y trabajaban con cierta flojedad, por el gran calor que hacía, cuando llegó el patrón. El había sido peón también, unos cuantos años antes, y peón de almacén por mayor, de estos que, por apuesta, suelen llevar al hombro una bordalesa de vino, de trescientos kilos, caminando, con ella cargada, veinte pasos; y no le desagradaba, ahora que estaba en el camino de la fortuna, enseñar, de vez en cuando, á sus subordinados que no había perdido del todo sus pequeños talentos de sociedad.

Se apeó, lo que, por el soplido que este dejó oir, pareció gustar sobremanera á su caballo, pues era corpulento el vasco, musculoso y de

poderosa humanidad; á pesar de lo cual, se trepó al vagón, retó por la forma á sus hombres, y, agarrando con las dos manos el alambre de un fardo que trataban los otros, inútilmente, de cambiar de sitio, tiró con todas sus fuerzas. El fardo no se movió; ni se podía mover, pues estaba atrancado por otros, pero á don Juan no le importaba; del momento que él tiraba, tenía que ceder el fardo, ¡. . . ! y siguió tirando, no más, hasta que reventó el alambre, tan de golpe que, de lo alto del vagón y de la pila de pasto, fué á dar de espaldas en la vía el pobre don Juan, lo que le valió un mes de cama.

El que tiene mucha fuerza la debe usar con tino, y sino, se perjudica.

Pero don Juan Arambeheré, de músculos hercúleos y testarudo como él solo, hacía poco caso del tino y aplicaba, con inquebrantable resolución, el sistema de la fuerza bruta á todos los problemas de la vida. Y cuando, con brio ciego, enderezaba á algún pantano. . . y se quedaba en él, sacudía el mancarrón con toda clase de nombres y apellidos, sin reservarse para sí ninguno, como hombre modesto que era, lo mismo que hubiera hecho con el alambre, sino se hubiera desmayado, al caer.

La prudencia más elemental parecía serle extraña; y un día que andaba muy apurado

para alcanzar el tren, pensaría que la línea recta es la más corta, aun cuando está sembrada de vizcacheras, pues entre estas, azotó al caballo como si tal cosa y pegó una rodada feroz, naturalmente. Se levantó, cubiertas de tierra su ropa dominguera y la boina nueva, pero, muy fresco, se sacudió, y se consoló pronto, al ver que, por suerte, no se le había roto el pito.

Cuidaba sus ovejas con mucha prolijidad, y los vecinos podían tomar por modelo las majadas de don Juan Arambeheré. La sarna no tenía peor enemigo que él y no mezquinaba remedio ni trabajo para extirparla. Pero sucedió que, un año, fué tan porfiada que ya no sabía don Juan que hacer, y se le ocurrió que sólo recargando el baño con una dósis bárbara de remedio, la iba á vencer. Y le metió el doble, ¡. . . ! de lo que rezaba el prospecto. El resultado fué inmediato, y doscientas ovejas se le murieron en el día.

Quedó un poco ajada su convicción de que nunca daña la abundancia; pero no por esto dejó de seguir comiendo hasta reventar, y bebiendo vino como pipa, cada vez que se le ofrecía la ocasión, pues ¡. . . ! él no era oveja, y el vino no es veneno.

Firme en estos principios, y como le gustaba

mucho el pavo gordo, quiso hacer como su vecino don Urbano, un bearnés vivo, que cebaba los suyos á la fuerza, con pelotillas de harina y con maíz; pero quizo engordar los de él más ligero y mejor, y para esto ¡ . . . ! le metió al pavo tanto maíz en el buche que lo ahogó.

Difícilmente pudo entender que con maíz se pudiera ahogar un pavo, pero ahí estaba, no más, la prueba.

Con todo, le parecía ser esto como si, cuando iba uno á pagar cien pesos, hubiera tenido que sacar del tirador justito los cien, en vez de sacar, como siempre hacía él, un puñado siquiera de cinco mil, por lo menos; no para lucirse, no crean, sino porque siempre es mejor que sobre y no que falte.

Oyendo contar don Juan que unos troperos, sus compatriotas, habían querido, en otros tiempos, hacer caer la piedra Movediza del Tandil, y no lo habían podido conseguir:

—«¡Vascada linda hubiera sido!» exclamó, pero pensó que no debían haber sido vascos de veras, ya que no habían atado bastantes yuntas de bueyes.

Don Juan Arambeheré sentía no haber estado allí; no hubiera cejado él, no, para conquistar semejante gloria, pues cuando se metía algo en la cabeza,¡ . . !

Y, á veces, le habían aprovechado la maña; como aquel que habiéndole, en una féria, ofrecido en vano, por quinientos pesos, un carnero premiado, se lo hizo pagar mil en el remate, ayudado por dos gurupíes: uno que hacía posturas, y otro que le decía al vasco: «Déjelo, hombre; no ve que son muchos los que lo quieren,» lo que aguijoneaba de tal modo á don Juan que, por ningún precio, lo hubiera dejado ir.

Pero, ingenuo como era, al punto de ceder por un momento, durante un almuerzo, á la maligna insinuación que los caracoles se comían con cáscara y todo, le parecía conveniente, para dar á sus pesos todo su valor, imponer bien al médico de lo que, por su plata, exigía; y un día que había venido á ver al doctor, con su sobrino, pobre jóven, víctima de una de esas enfermedades que, celosas, velan en las puertas del paraíso, le dijo:

—«Mirá, sabes; está medio . . . embromado, sabes; ficate bien. Y es preciso darle unos arremedios que arrempujen, sabes, para que no gaste plata al ñudo.»

XLVIII

LA TROPILLA

Recibida la hacienda y puesta en marcha, don José cortó de las demás su tropilla y se volvió para la estancia, donde era capataz, arreando solo y en tren ligero, los quince caballos rosillos y la yegua mora que, con su recado, su poncho y sus huascas, constituían lo mejor, sino el total de su fortuna, al mismo tiempo que eran su orgullo y su gloria.

Unas veinte leguas, más ó menos, tenía que hacer: de estas leguas pampas, medidas al tanteo, y que, según la estación y la hora, el estado del caballo, la dirección del viento y el rumbo, parecen dos cada una, ó se vuelven un soplo. Todo, en esa ocasión, le favorecía: la tropilla, compuesta de puros animales lindamente baqueteados y bien reposados, volvía

para la querencia, por una mañana deliciosa de otoño y con el viento de cara, que refresca y barre el polvo: era como quien dice el cielo.

Una cosa es andar en esas condiciones y otra muy diferente galopar, envuelto en una nube de tierra, con el viento de espaldas, y por una tarde de verano, en mancarrones flacos, cansados ó demasiadó gordos, ó mal arreados y que porfían para volverse; así, ¿quién no llega marchito? pero, como iba don José, es fácil guapear y, sin sentir, andaba, suavemente arrullado por el galope rítmico del caballo, mecido por el campanilleo alegre del cencerro de la yegua que marchaba por delante, acelerando el trote, rodeada por los catorce rosillos, en grupo compacto.

Ninguno se atrevía á pasar delante de la madrina, dejando todos que puntease su cabeza, y que, á su lado, marchase sin estorbo el bonito potrillo de pocas semanas que la acompañaba.

Don José iba pensando, cantando, silbando ó conversando solo, y de vez en cuando, apostrofando á sus dóciles compañeros de viaje, no con palabras muy elegidas, que digamos, pero siempre en tono de indulgente cariño, como amo altanero á viejos servidores queridos.

Se acordaba cuántos años y cuánto trabajo le había costado la formación de su tropilla.

Quince caballos, de un mismo pelo, siguen una yegua; obedecen al silbido, al gesto del amo; andan en un solo montón, sin que ninguno se corte; no se separan de la madrina, ni de día, ni de noche; paran á mano, en medio del campo, y se dejan ensillar sin moverse, todo esto con tanta facilidad y tanta limpieza, que cualquiera se figuraría que así han nacido: al que no sabe las cosas, todo le parece sencillo. Pero don José sabía, él; y en cada pieza de su tropilla, podía leer un capítulo de su historia.

Cuando hizo sus quince años, su padrino le regaló la primera yegua mora, con un potrillo rosillo, y su padre le sacó un boleto de marca á su nombre. ¡Ah! como todavía se acordaba el gusto, el orgullo con que había, él mismo, aplicado el fierro candente en el cuarto del primer potrillo de su propiedad! ¡Qué rico olor el del pelo quemado! Desde entonces, cada vez que había podido tener juntos unos pesos, y encontrar, á la vez, algún potro rosillo que pudiese comprar, aumentaba la tropilla. Y habían pasado ya muchos años; la yegua fundadora habíamuerto, siendo reemplazada por una hija que le salió igualita, y los

potros se habían vuelto caballos, domados todos por el mismo amo con el cuidado que siempre se le da al trabajo que uno hace para sí, amansados con mano prolija y paciente.

Por cierto que muchos se habían renovado; de los primeros entablados sólo unos cuan tos quedaban, y viejos ya, medio bichocos, pero á medida que se hacía inservible alguno, lo reemplazaba un potro, siempre del mismo pelo.

A pesar de ser todos tan parecidos, á primera vista, don José bien los sabe distinguir: uno es más claro, otro, más oscuro; éste tiene un lunar blanco en el lomo, aquél, una estrella en la frente. La cola, la clín, el tamaño, el modo de orejear, todo le sirve de indicación para conocerlos y saber cuál debe ensillar en tal ó cual parte del viaje, ó para tal ó cuál trabajo.

Aquél que anda allá, á mano derecha, contrita la yegua, es el más viejo de todos; guapo y sufrido como ningún otro, tiene un galope tendido y suave, exquisito, y se ensilla siempre el último, en las jornadas largas, cuando vienen llegando las ganas de descansar. *El postre*, lo llama, por esto, don José. Este es tropezador, porque se duerme caminando; y es necesario pegarle, de vez en cuando, un

buen chirlo. Otro tiene el galope duro y seco, cansador y desagradable, pero, amigo, para carnear, no hay otro, porque solo, sin jinete, sujeta, sin aflojar, cualquier novillo enlazado. Si se trata de apartar, aquel, allá, es el mejor; pues, busca el animal con el pecho y se le pega hasta que salga corriendo. Para ir de chasque, ese alto, y, de tiro, el que lo sigue, y no hay tren que lo gane.

También hay el de las carreras, y el del juego de sortija; para bolear avestruces, hay uno lindo, y si viera, en el rodeo, aquél otro, pegando una pechada, quedaría admirado. Cualquier mujer puede ensillar este que va en la orilla; es un carnero, de manso, y anda de sobrepaso.

Algunos tienen sus defectos ó sus mañas; uno se lastima en el lomo, otro es duro de boca, aquél es espantadizo, pero esto es poca cosa y no hay que hacerle caso, pues casi es tan imposible encontrar un caballo sin tacha, como un hombre perfecto.

Y don José, galopando, repasaba en su memoria muchas cosas del pasado: no puede uno estar solo, durante tantas horas, sin que trabaje la mente y, por ella, se remuevan recuerdos y pensamientos. Se acordaba cómo había tenido cada uno de sus animales; y cómo los

había domado; lo que, con cada cual, había hecho, y en qué circunstancias alegres ó tristes, buenas ó malas, lo habían acompañado. Uno le había dado un porrazo; con el otro, se había llevado en ancas, á su rancho, por una noche oscura, y, para asegurar el consentimiento paterno, á la mujer con la cual iba pasando la vida y rodeándose de muchachos; con aquellos dos, se había presentado, en el 80, á la comisión reclutadora, cuando la revolución. Tres de ellos habían quedado perdidos más de seis meses, llevados quien sabe por quién, —aunque sospechaba,— y devueltos por la suerte; y aunque ya no fueran de los mejores, porque se los habían cansado y echado á perder, les tenía ese cariño especial, tan fuertemente arraigado en el áspero suelo de la injusticia, que siempre otorga el padre cariñoso al hijo pródigo.

Así de todos, y de cada uno; y á cada recuerdo, esboza don José una discreta sonrisa ó una mueca triste; y cuando le toca ensillar uno de los que menos le agradan se resigna, pensando que, en la vida, siempre hay que sufrir, y que el hombre feliz es el hombre de aguante, y que cada cual tiene que cruzar la travesía con el caballo que le haya caído en suerte, pingo guapo, bagual indómito ó mancarrón bichoco.

XLIX

VIUDAS CASADERAS

—«¿De quién es esa población, don Julián?

—De una viuda. Es puesto del campo vecino. Ahí vive una pobre mujer, que ha quedado con una punta de hijos; pero no está mal; tiene su buena majada y un rodeito de lecheras.

—No ha de faltar entonces quien la festeje.

—Claro. ¿Y qué más puede hacer que volverse á casar? ¿Quién le atendería los intereses? ¡Pobre de ella, si no tuviera ya quien la ayudase!»

—¡Ah! ¿ya tiene...?

—¡Y como no! Vd. cree que las viudas, en el campo, se quedan mucho tiempo viudas. Pues no faltaría más. ¿A donde iríamos á parar, con tanta tierra que poblar y tan poca

gente, si quedasen mucho tiempo las ovejas sin carnero?»

Y pegó don Julián un chirlo al cadenero, enderezándolo á otro puesto, cerca del cual nos aseguró que ibamos á encontrar martinetas.

—«¿Y será también de alguna viuda? le preguntamos.

—¡Hombre! justamente; pero no por muerte del marido, esta. Tiene también una caterva de muchachos, pero todos de apellidos diferentes; forman una especie de índice de los diversos esposos que la han sucesivamente dejado viuda. Dicen que es de mal génio. La verdad es que no faltan gauchos vividores que tratan de aprovechar; y sea que ella se canse de mantener haraganes, cuando ha cumplido con lo que considera probablemente como un deber anual, sea que piensen aquellos que ya no tienen allí nada que hacer, ella queda . . . viuda. Jura, porsupuesto, que se acabó y que ya no quiere saber nada; pero, amigo, cuando la primavera hace que los padrillos repuntan, es difícil que las yeguas viejas no contesten el relincho.»

Tuvimos, en otros paseos largos que con don Julián hicimos, varias ocasiones de preguntarle de quién era tal ó cual población,

puesto humilde, modesta chacra ó estancia grande, y nos admiramos de la proporción considerable de viudas, ó llamada tales, que existen en la campaña.

Es cierto que, como lo decía nuestro huésped, pocas eran las que quedaban viudas mucho tiempo; pero, viudas de veras ó viudas sin haberse casado, todas, pronto, sentían alrededor suyo el suave revoloteo de los candidatos, más ó menos disimulados, á la sucesión del finado. Por otro lado, rica ó pobre, joven ó vieja, con ó sin familia, ¿qué haría sola, una mujer en el campo? ¿Cómo atendería sus intereses, que siempre requieren el brazo del varón? Por cierto, se han visto excepciones, pero son escasas las mujeres capaces de tomar realmente á su cargo y con éxito, el manejo de un establecimiento de campo, después de la muerte del marido ó del compañero, y todo, pronto, se junta, el anhelo interesado de uno con la necesidad de ayuda de la otra, y el renuevo pícaro, para que no quede sin cumplirse la gran ley, por la cual, demostrando la naturaleza su horror al vacío, se empeña en que cunda en la Pampa, lo que más precisa: la población.

Cuando doña Martina enviudó, perdiendo, á los pocos meses de casada, á su esposo que-

rido, trágicamente muerto de una coz, aunque no tuviera más que una majadita, pronto se vió rodeada de comedidos que, con algún pretexto, la venían á visitar y á ofrecerle sus servicios.

Su hermano Benjamín había venido á acompañarla y á atenderle la majada; y por cierto, en los primeros tiempos, impertinentes le hubieran parecido hasta las visitas de condolencia; pero el hermano era muchacho; no estaba, ni podía estar siempre llorando con ella; perder á un cuñado no es lo mismo que perder á un marido, y pronto la tristeza que habían momentáneamente infundido á Benjamín el acontecimiento, el duelo y la soledad en que quedaba la casa, había tomado su vuelo dejándolo listo para las risas y las alegrías de su edad. No podía ella impedir que el muchacho recibiese á sus relaciones, y sin darse él mismo cuenta del porqué, de repente se encontró con una cantidad de amigos á quienes apenas conocía. Mientras unos cuidaban con él la majada en el campo, charlando de todo y de mil otras cosas, no alcanzaba el palenque para los caballos de los hermanos mayores ó compañeros de ellos; y no estando Benjamín en casa, tenía á la fuerza que atenderlos la viuda.

Y á pesar de la honda herida de su corazón, realmente destrozado por la súbita desaparición del esposo amado, mal se podía defender de cierta gratitud enternecida, al oír los benévolos ofrecimientos de toda esa gente, tan desinteresada, al parecer.

Entre mate y mate, los tres ó cuatro gauchos que siempre por allí andaban, hacían alguna alusión á lo poco que da una majada mal cuidada; á lo fácil que es de perder las lecheras ó los caballos, cuando falta de casa el amo; á lo perniciosas que suelen ser, para la salud, la tristeza y la soledad; y con astucia más ó menos ingénua ó torpe, cada uno le hacía á la viudita desconsolada, desamparada, jóven y buena moza, la delicada alusión que le pareciera más adecuada á su tema preferido.

Primero, todo y todos le parecieron á doña Martina fastidiosos y cargosos; sobretodo que en los primeros tiempos, ahí estaban ellos, como postes, incapaces de decir una cosa que valiera la pena, porque la gente campestre, para expresar sentimientos, es poco ladina. Después, los que se atrevieron á hablarle del finado y de la pérdida que había hecho, aunque no fuera más que con algunas palabras mal ensartadas, se le hicieron más soportables.

Otros le supieron hacer comprender que sola, iba á andar mal con sus intereses, é iba pronto á quedar pobre. A estos contestaba la viuda, diciendo que tenía al hermano; pero ni ella misma, ni menos los pretendientes se hacían sobre el punto mayores ilusiones.

Uno se quiso hacer el vivo, y sólo la trató como á mujer deseable, por lo bonita; quizás en otro tiempo, hubiera salido bien, pero en aquella ocasión, era esto varear en cancha sin orear; y resbaló el parejero.

Un día, Benjamín manifestó á la hermana el deseo de volver á casa de los padres, por una semana, dejándole, para cuidar la majada, á uno de sus amigos. Y con menor trabajo de lo que él mismo pensaba, consiguió lo que pedía, poniendo ella como única condición que no propusiera el cargo á otro que á Victoriano, y que él lo aceptara.

Victoriano aceptó...

Había sabido, este, templar la guitarra en la tonada requerida, modulando la voz según el verso, y pudo apretar las llaves, calladito, para el próximo canto de la victoria.

Cuando volvió Benjamín, aunque fuera desierto el palenque, la casa le pareció más alegre; y, de vez en cuando, Martina dejaba, entre dos lágrimas, asomar una sonrisa.

De la punta de las hojas, más lustrosas que nunca, cuelgan todavía, después de la tormenta, gotas de lluvía; pero en ellas, se rie el sol.

L

MISERIAS MERECIDAS

Junio, recién; y ya se cortan en puntas las ovejas. Mala seña, piensa don Martín, al recorrer el campo de pasto duro que recién ha poblado, y al encontrarse, por todas partes, con pequeños grupos de diez, de cinco, de dos ovejas, flacas y sin fuerza.

¿Y qué será, en Agosto, cuando hayan pasado tres meses más, de heladas ó de aguaceros, sobre los pobres animales?

No le digan mala madre á la oveja que abandona el cordero; pues cuando deja de mandar el instinto materno, es que obedece el animal, aun á su pesar y mirando para atrás, con balidos de lamento, á otra ley de la naturaleza; la propia conservación es más imperiosa, para la oveja, cuando se siente

débil, que la de su prole. Lo mismo, cuando olvidándose de su amor á la majada, las ovejas se cortan en puntas y dejan de seguirse unas á otras; ó cuando, al cruzar cerca de ellas el jinete, no disparan, mala seña; y no sin razón, don Martín considera con tristeza el campo amarillento y de pasto ralo, donde, en verano, sólo llega á florecer la puna, por ser la única planta que desdeñan los animales.

¿Qué será, ¡si! en Agosto, cuando el invierno, al terminar su carrera, acabe de limpiar, de una vez, lo que no puede más, antes de hacer la suma total de todo lo sufrido durante el año, de cerrar las cuentas de la muerte, y de proclamar el resultado? Resultado funesto, á veces; y si no fuera que asoma la primavera, calentando el lomo de los animales flacos que han sobrevivido, y haciendo brotar un poco el pasto nuevo, sería cosa de desesperar. No es todo color de rosa, en la vida del hacendado.

Pero ¿no tendrá él, en algo, la culpa?

¡Clima benigno, el de la Pampa, que permite al hombre criar los animales domésticos á la intemperie; tierra generosa, la que le permite mantenerlos con lo que ella produce, sin que en nada, la ayuden! Y ya que el clima es tan benigno y la tierra tan generosa, ¿por qué trabajaría el hombre?

Pero el clima más benigno tiene sus caprichos; pasan meses sin llover: las lagunas se secan, el pasto ralea, desaparece, y las haciendas mueren de hambre y de sed. ¡ Suerte ingrata ! clama el pastor. O bien, lluvias demasiado frecuentes y abundantes llenan las cañadas, achican el campo, lo reducen á algunas lomas exiguas; y perecen las majadas, aniquiladas por la constante humedad, pisoteando, amontonadas, el poco campo que les queda; y vuelve el pastor á maldecir su suerte.

La sarna hace estragos en las pocas sobrevivientes; renguea lastimosamente la mitad de la majada, arrastrándose las ovejas, como pueden, á algunos metros apenas del corral, paciendo de rodillas, muchas de ellas, por no poder tenerse de pie; y las osamentas colorean por todo el campo, salpicando la llanura de tétricos reflejos, mientras en los alambrados y en los corrales, secan, al viento, los arrugados cueros de epidemia, fúnebres colgaduras de escaso valor, cenefas haraposas de funerales sin cuento, herencia ruinosa para el pastor, que, ni siquiera, por ellas, podrá, con exactitud, tarjar sus pérdidas.

Aun en clima benigno, tirita, á veces, el hombre, en su rancho mal construído, ni le faltan goteras al techo. Pero no por esto se acuer-

da de lo que sufren las ovejas, en el fango de su corral sin reparo, mojadas hasta los huesos, ni qué con plantar algunas estacas de álamo ó de sauce, pronto podría hacerles un abrigo salvador; y ¡ para qué se va á acordar ! ¿ valdrán realmente la pena de cuidarlos, animales, que sin esto, le dan todo lo que necesita ?

La tierra más generosa también tiene sus horas de desgana. Falta el pasto; las heladas lo han quemado, ó el sol de verano; y, raquíticas, endebles, bamboleándose en las patas que se les cruzan, vagan, despuntando las pajas duras y la puna sin jugo, las vacas hambientas.

¿ Sembrar para mantenerlas ? ¿ acaso el amo siembra para sí ? ¡que hagan come él! cuando la carne es flaca, come menos. ¿ Y si se mueren ? ¿qué le haremos? se sacarán los cueros, que siempre valen algo.

Aguantar lo que Dios manda; la lucha es estéril contra los furores de la naturaleza. ¿ De qué sirve al hombre tratar de conocer y de atajar las enfermedades de todo género que diezman los rebaños en la Pampa, ya que siempre vuelven ?

Y en lugar de la riqueza exuberante de que, con ayudar en algo á la benignidad del clima y á la generosidad de la tierra, podría gozar, el pastor pampeano parece preferir el acos-

tumbrado cuadro de miserias siempre renovadas, que sólo debe á su incurable indolencia, á su fatalismo innato.

El campo, cubierto de los ásperos fachinales primitivos, empobrecido por el recargo de hacienda, parece teatro preparado para todas las catástrofes de que amenazan á todas las haciendas las mil plagas del desierto. Y así fué, y así será, mientras no entienda el pastor que al hambre invernal de las haciendas lo debe combatir con el arado, y que sus animales, objeto ya de la envidia del orbe entero, merecen, cada día más, el esfuerzo varonil, que los libre de los peligros que los rodean, y permita recoger la cosecha de inmediata prosperidad que tienen ellos en reserva.

LI

LA QUEMAZÓN

En el mismo momento en que la cocinera ponía en la mesa la sopera, el capataz se paró en la puerta y dijo:

— « Patrón, hay fuego en el campo.

— ¿ Dónde ? preguntó el mayordomo, frunciendo la ceja.

— « En el reservado, » contestó sencillamente el capataz, con el tono más natural del mundo, sabiendo que no necesitaba grandes gestos, ni frases dramáticas, para producir efecto.

— « ¡ En el reservado ! » exclamó el mayordomo, y retirando el asiento, sin dar siquiera una mirada de sentimiento á la sopera humeante, que, como matrona hospitalaria, parecía convidar á los presentes á reponerse de las fatigas de la mañana, se levantó, gritando:

—«¡Aten el carro, muchachos! mojen cueros; llenen un barril de agua y echénlo al carro. ¡Pronto, ligero! y se van todos al fuego!»

Saltó á caballo, y, acompañado de un peón que llevaba algunos cueros pelados ya mojados, voló en dirección al humo. El «reservado» era un retazo de campo muy pastoso, reservado efectivamente para recibir é invernar una hacienda que se esperaba, el día siguiente. Un desastre, si se quemaba ese campo.

Distaba de las casas como legua y media; al cruzar una loma, se dió cuenta el mayordomo de la extensión del mal. Un sol que rajaba; las doce del día, un viento algo suave, pero suficiente para avivar la llamarada y ayudarla á correr ligero, por el pasto hecho yesca y por el calor de la atmósfera.

Pronto vió que con la poca gente de que podía disponer, iba á ser tarea difícil atajar el elemento destructor. Quizo tratar de detenerlo, prendiendo fuego, él mismo, en contra de la ráfaga de llamas que se venía; se bajó, y dando el cabestro á su ayudante, prendió un fósforo; apenas tuvo tiempo de volver á subir á caballo. Como pólvora, venía corriendo la línea de fuego, devorando en las lomas el pasto puna y la paja voladora, llevándoselo todo por delante.

Las yeguas, curiosas, venían acercándose á la llama, estirando el pescuezo, parando las orejas, olfateando el humo y, de repente, echando á correr como locas, haciendo temblar el suelo con el estrépito de su carrera sin rumbo.

El fuego, ligero en las lomas arenosas, donde encontraba poco alimento, se detenía en los bajos, de pasto tupido y de pajas altas, comiéndose despacio, como saboreando, los pajonales, avivándose repentinamente, al devorar una mata de cortadera, envolviendo con sus roscas coloradas los magníficos penachos plateados, tumbándolos y no dejando el sitio, sino cuando no quedaba más que un tronquito calcinado, resto informe de la soberbia planta.

Venía llegando gente, y, á cuerazos, iban apagando poco á poco, achicando, en lo posible, la línea de incendio, tratando de impedir que se deslizase más adelante, cortándole el paso en las senditas de la hacienda, trabajando con rabia, para evitar que ganase el alambrado y que quemase los postes, parecidos, desde lejos, á condenados de la Inquisición, retorciéndose en las ligaduras.

La mancha negra se iba extendiendo, rodeada de humo, tapando como de un manto enlutado, dobladillado de rojo, las lomas y los bajos, reemplazando con cenizas la vegeta-

tación exuberante que, horas antes, los cubría con su esplendor. Y el olor acre del pasto quemado apestaba la atmósfera, llevando á leguas de distancia su penetrante sahumerio de tristeza y de desolación.

Las aves carnívoras, los caranchos, chimangos y gaviotas, revoloteaban en bandadas, llenando el aire con sus gritos de melancólica alegría, espiando la presa sabrosa, achicharrada por el fuego, tan variada como variada es la fauna pampeana: bichitos é insectos de todas clases y tamaños, envueltos en el mismo cataclismo.

Atajado por un lado, el fuego se volvía á levantar por otro, consumiendo, en una hora, pasto suficiente para mantener, una semana entera, mil animales vacunos, y fué necesario apelar al medio heróico de bolear una yegua, degollarla y cortarla largo á largo, del hocico á la cola, en dos horribles trozos, que yuntas de jinetes, enlazando cada uno un miembro del animal descuartizado, arrastran al galope, haciéndolos saltar, deshechos y sanguinolentos, en la línea del fuego, dominándolo ya bastante para que, con algunos esfuerzos más de los de de á pie, se vaya, al fin, venciendo del todo.

Y si no se consigue acabar con la quemazón, dura, algunas veces, días y días, sobre-

todo en campos poco poblados; devasta muchas leguas, alumbrando de noche el horizonte lejano con líneas de luces que sugieren, un momento, la visión de ciudades iluminadas, edificadas, en un día, en las llanuras desiertas.

El olor á quemado destruye pronto la ilusión, y sólo queda una rasgadura negra en el traje gris de la pampa, hasta que pase por allí un aguacero remendón y le pegue un retazo de paño nuevo, demasiado verde, que, por el contraste, chilla.

Fin de la IV.ª y última série

Era nueva

¿Qué ocurre? ¿Se me turba la vista? ó ¿se me ha descompuesto el aparato? . . . No, por cierto; ni una, ni otra cosa; pero van cambiando tan rápidamente los tipos criollos que me complacía en retratar, y modificándose tan hondamente el paisaje pampeano que hacía mis delicias—recuerdos queridos de cuando mi vigor me permitía hacer lo que hoy sólo puedo contar,—que sí no renuncio en presentarlos como los ven todavía los ojos de mi memoria, pronto me van á tachar de embustero.

Y por esto es que me paro. Pero juro que así los he conocido y que no han nacido de mi sola fantasía las siluetas y los horizontes que he pintado; así lo podrán atestiguar muchos hombres, no muy ancianos todavía, que, como yo, los han visto.

¿Existe todavía el gaucho? — Sí, todavía

existe; pero tan diferente del gaucho que he conocido en 1880, como lo era ese mismo, de su antecesor de veinte años antes, el imperecedero Martín Fierro.

Es preciso internarse cada vez más en los territorios todavía despoblados, para encontrar el tipo genuino del gaucho irreducible, refractario á toda disciplina, heredero empedernido del nomadismo original. Siempre ha ido retirándose hacia el desierto, arrollado sin cesar por la ola de la población, y sólo desaparecerá del todo, en su tipo primitivo, cuando ya no sepa, á donde ir, sin chocarse con la civilización que avanza.

En cada etapa, merma el número de los que así resisten, quedando muchos de ellos envueltos en las volteadas del progreso, conquistados al trabajo por la necesidad y el ejemplo.

El roce contínuo del gaucho con el extranjero va modificando sus costumbres de dejadez y de imprevisión: se burlaba, antes, dei trabajador y de su economía; ya no se burla; imita.

Siente, comprende, que hay que elegir: ó quedarse y trabajar, ó huir y seguir entregándose á los azares de la vida errante, que lo lleva cada vez más lejos, sin esperanza, de mejorar su suerte.

Lo aconsejan bien, y, muchas veces, lo con-

vencen, la tierra que se cultiva, las haciendas que se refinan. No cede siempre al primer tirón; se enfurruña y se va; pero siempre lo alcanza el progreso y le toca la espalda. Se da vuelta, mira: el desierto en que vagaba se ha vuelto chacras; lo que, más allá, había creído otro desierto más inaccesible, está invadido; los años vienen, trayendo consigo el sosiego y los deseos de vivir tranquilo; y se entrega. ¿Qué más iría á hacer? Los alambrados cubren, con las mallas de su red inextricable, toda la llanura; la inmensidad ha quedado destrozada por los caminos y las tranqueras; las haciendas, casi mansas, no necesitan lazo; se cuidan solas, en pequeños potreros, y las vacas son todas tamberas.

Los montes se multiplican, y hasta el mismo Pampero se siente domado, vencido. En canales hondos y numerosos, ora corre apurada el agua que, antes, se estancaba, durante meses, en los cañadones anegados, ora se desparrama obediente, detenida por la mano del hombre que, por fin, corrigió la Naturaleza, en los campos amenazados por la sequía.

Los pajonales y los juncales, guarida del matrero y de las fieras, han desaparecido, dejando que, en su sitio, la alfalfa, esa maravilla, extienda su preciosa alfombra verde, salpica-

da de novillos, inagotable reserva de las carnicerías europeas. El jinete que, en su largo viaje, en vez de ir cruzando campo, tiene que dar vuelta, con su tropilla, para no pisar trigales, ha dejado, á la fuerza, de ser gaucho errante.

Seducido por el arado, atará en él su pingo, tirando el poncho que estorba, el mate que hace perder tiempo; sin, por esto, dejar de ser buen domador y de lidiar con astucia, fuerza y paciencia, con los animales mañeros.

Sus huascas, cortadas en cuero comprado, con cuchillo de cerrar, que ya no quiere ser arma, no, por esto, serán trabajadas con menos primor. El alcohol y el juego tendrán poco atractivo para este gaucho de nueva laya, capaz de leer con fruición el libro civilizador que enseña á cultivar bien la tierra y á cuidar con esmero las haciendas, ó el que recrea y alumbra el espíritu, mientras descansa el cuerpo.

Perderá, con la cultura, algo de esta resignación burlona que siempre le permitió, á pesar de su coraje natural, sobrellevar sin rebelión violenta, casi sin quejarse, los peores males y las mayores penurias; pero conservará, de su genio nativo, la espiritual ironía que, aguzada por la instrucción y ayudada por el buen sentido, podrá, más que la fuerza, contribuir á re-

formar las leyes opresoras y á derribar á los que de ellas abusan.

Cuando haya, para él, tantas escuelas como de pulperías ha habido para sus antepasados, pronto se verá que el gauchaje sólo ha sido turba, mientras no se ha tratado de hacerlo gente, y saltará á la vista que la ignorancia en la cual lo han mantenido, era como el agua que se echa en las orejas del bagual, para poderlo jinetear.

¡Qué inmensa fuerza moral y física ha desperdiciado el país, al dejar sacrificado, tanto tiempo, ese elemento fundamental y valioso de la raza! Y sino, que lo digan los que, salidos de esta multitud, por alguna circunstancia *felíz*, han sabido ocupar su sitio en la sociedad.

Ahí, es cierto, sale, á veces, á relucir el voraceo, hijo casi legítimo de las privaciones pasadas, con su tendencia á abusar de toda ventaja lograda, haciendo del poder, el gaucho mal pulido que á él llega, y según el escalón á que ha podido treparse, una tiranía grande ó pequeña que, para castigar al contrario ó favorecer al amigo, no vacila en prostituir á la justicia, en pisotear las leyes económicas, en comprometer el interés público, en conculcar las libertades más sagradas.

Pero siempre han sido, son y serán pasaje-

ros estos males, pues no faltan, ni jamás dejará de haber hombres de buena voluntad que, por sus nobles esfuerzos, traten de hacer de la Pampa el emporio de producción y de vida fácil y dichosa, que la destinó á ser la Naturaleza.

INDICE